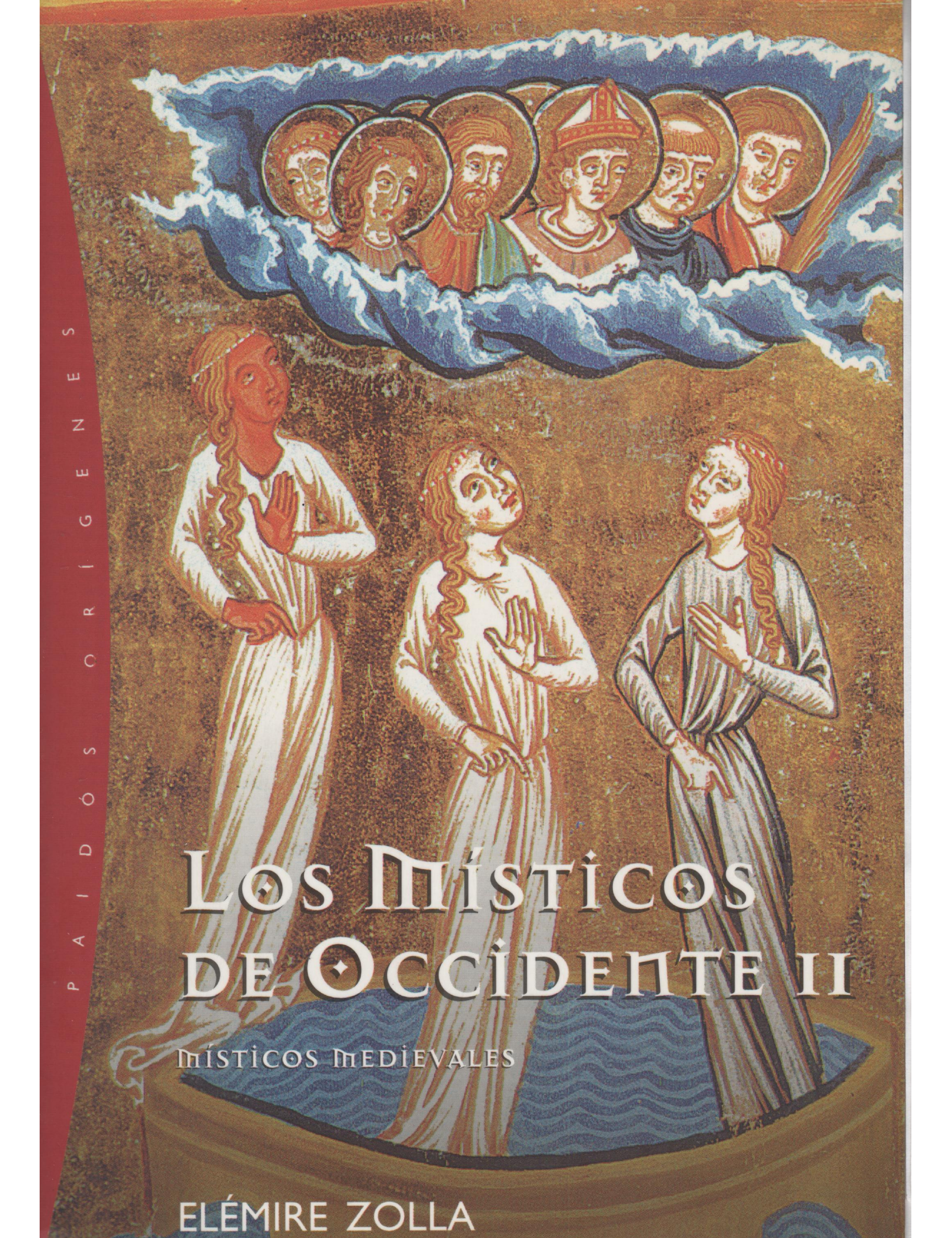

PAIDÓS ORÍGENES
LOS MÍSTICOS DE OCCIDENTE II
MÍSTICOS MEDIEVALES
ELÉMIRE ZOLLA

LOS MISTICOS DE OCCIDENTE, II

PAIDOS ORIGENES

1. B. McGinn, *El Anticristo*
2. K. Armstrong, *Jerusalen*
3. F. Braudel, *En torno al Mediterrdneo*
4. G. Epiney-Burgard y E. Zum Brunn, *Mujeres trovadoras de Dios*
5. H. Shanks, *Los manuscritos del Mar Muerto*
6. J. B. Russell, *Historia de la brujeria*
7. P. Grimal, *La civilization romana*
8. G. Minois, *Historia de los infiernos*
9. J. Le Goff, *La civilization del Octidente medieval*
10. M. Friedman y G. W. Friedland, *Los diez may ores descubrimientos de la medicina*
11. P. Grimal, *El amor en la Roma antigua*
12. J. W. Rogerson, *Una introduction a la Biblia*
13. E. Zolla, *Los misticos de Octidente, I*
14. E. Zolla, *Los misticos de Octidente, II*
15. E. Zolla, *Los misticos de Octidente, III*
16. E. Zolla, *Los misticos de Octidente, IV*

ELEMIRE ZOLLA

LOS MISTICOS DE OCCIDENTE

Volumen II

Misticos medievales

PAIDOS
Barcelona
Buenos Aires
Mexico

Titulo original: *I mistici dell'Occidente*
En el presente volumen se recogen los capitulos correspondientes a «Mistici medioevali», del tomo I de la edicion original.
Publicado en italiano, en 1997, por Adelphi Edizioni, Milan

Traduccion de Jose Pedro Tosaus Abadia

Cubierta de Joan Batalle

Ediciones Paidos Iberica, S.A.
Mariano Cubi, 92 - 08021 Barcelona
y Editorial Paidos, SAICF,
Defensa, 599- Buenos Aires
http://www.paidos.com

ISBN: 84-493-0927-1
ISBN: 84-493-0930-1 (Obra completa)
Deposito legal: B-25.511/2000

Impreso en A&M Grafic, S.L.
08130 Sta. Perpetua de Mogoda (Barcelona)

Impreso en Espana - Printed in Spain

Sumario

JEAN DE FECAMP

Uno de los mayores misticos del siglo XI. Su obra nos ha llegado bajo nombres diversos, dispersa en varias recopilaciones. Benedictino, influyo tambien sobre los cistercienses y los celestinos.

Las consideraciones que siguen sobre el demonio meridiano probable-mente no son suyas, pero si ciertamente de su escuela.

DE «CAUTA CONSIDERACION PARA EVITAR LOS ARREBATAMIENTOS DEL DEMONIO MERIDIANO»

[Ms. Zwettl 164, folios 85 y sigs.] Cuando el alma es arrebatada hasta las cosas visibles para el espiritu, pero semejantes a las corporalmente visibles, de manera que es alejada de los sentidos del cuerpo mas de lo que sucede en el sueno, pero menos que en la muerte, la socorre la advertencia divina gracias a la cual sabe espiritualmente ver, no ya cuerpos, sino visiones semejantes a cuerpos. Son estos como quienes saben ver en el sueno aun antes de despertarse de el, aunque parecen divisar las cosas venideras de modo que

conocen el futuro, cuyas imagenes se ven como si estuviesen presentes, sea porque la mente del hombre recibe ayuda divina, sea porque una de las cosas asi reconocidas manifiesta su significado; Juan, en el Apocalipsis, hizo uso de una exposición asi. Es grande la revelación, aun cuando aquel al que se reve-lan esas cosas ignore si ha salido del cuerpo o todavia se encuentra en el; pero en todo caso las ve con el espiritu alejado de los sentidos. En efecto, quien es arrebatado de ese modo tal vez pueda ignorar su arrebatamiento, en caso de que no le sea desvelado abiertamente. Ademas, si fue arrebatado fuera de los sentidos corporeos, de manera que se encuentra entre esas semejanzas de los cuerpos tal como se ven con el espiritu, sera arrebatado por ellas para ser transportado a la region de las ideas intelectuales. Alii se distingue la lim-pida verdad, sin semejanza corporea alguna, sin la ofuscacion de nubes de falsas opiniones. Alii las virtudes del alma no resultan fatigosas; alii la unica virtud consiste en amar lo que ves, y suma felicidad es tener lo que tienes. Alii se bebe la vida dichosa en su fuente, desde donde salpica algo sobre esta vida humana, de manera que luego se vive en las tentaciones de este siglo con vigorosa templanza y con prudente justicia. Asi se distingue la claridad del Senor, no ya por vision significativa o corporal, como se vio sobre el Sinai, ni espiritual, como vislumbraron Isaias o Juan en el Apocalipsis, sino especifi-ca, abiertamente, en la medida en que la mente humana puede comprender, segun la gracia de Dios que la eleva, de suerte que Dios habla cara a cara con aquel al que ha hecho digno de tal coloquio; se entiende la cara del alma y no del cuerpo, como se escribio de Moises, quien, segun el Exodo, quiso ver a Dios, no como lo habia visto sobre el monte, o en el tabernaculo, sino en la sustancia en la cual consiste Dios, sin las semejanzas corporeas, en la medida en que es dado a la mente humana concebir sin mediaciones. El lo mere-cio, como atestigua el Senor diciendo: «Si hay entre vosotros un profeta, yo, el Senor, le hablare en vision, o en suenos, no como con mi siervo Moises... hablandole cara a cara, abiertamente y no en enigmas» (Nm 12,6-8), y Moises vio la claridad de Dios. Dios habla con quien quiere con esa habla inefable, mas secretamente y con mayor presencia; en efecto, ningun vivien-te durante su vida mortal lo ha visto jamas con estos sentidos corporeos, salvo estando ya muerto a esta vida o habiendo salido del cuerpo, o estando en oposicion a las cosas carnales y alejado de ellas hasta el punto de no saber si se encuentra en el cuerpo o fuera de el, como el Apostol cuando fue arrebatado hasta esa vision tan verdadera y certisima. Alii, en efecto, se gusta, aunque parcialmente, la verdadera vida que tras esta otra mortal nos tocara vivir junto con los angeles en la eternidad. Por eso dice el Senor: «Bien-aventurados los puros de corazon porque veran a Dios» (Mt 5,8). Cuando la mente humana

es iluminada por tal vision, lo percibe todo con veridica inte-ligencia en si misma o en la vision, pues la luz en que se encuentra es Dios. Cuando,

arrebatada fuera de los sentidos corporales, el alma se presenta a esta vision que no se produce en un espacio, sino de un modo enteramente particular, ve tambien sobre si misma aquello en virtud de lo cual reconoce tambien algo dentro de si. Antes de haber experimentado esta divinisima vision, cuide el alma que aspira a esta dulzura de no dejarse arrebatar por el angel de Satanas, semejante al angel de la verdadera luz, cuide de no aco-gerlo fiandose de lo que el no puede dar, y de no poner, por el contrario, en duda el arrebatamiento que acontece en virtud del espiritu; es mas, no crea a ningun espiritu que lo arrebate en modo alguno, ni aunque prediga cosas verdaderas. En efecto, el arrebatamiento demoniaco que nos engana produce el poseso o el falso profeta; en cambio, el buen espiritu conduce hasta el don de la profecia al fiel que ha arrebatado en extasis solo algun tiempo des-pues de haberlo hecho elocuente en los misterios.

La vision intelectual no se obtiene por medio de dicciones y silabas, como con el oido, sino por la intuition simultanea de la mente, tal como se alcanza con la vista, de la misma manera que se desvelan en un solo instan-te en el espiritu mismo de Dios todas las cosas, sabidas y vistas, en vez de oidas a traves de enigmas, y ve tal vision veraz e inmutablemente. Por eso los prof etas son llamados videntes. Lo mismo que si el cuerpo del hombre fuera todo un ojo, por delante y por detras, veria las cosas circunstantes de golpe, igualmente la mente iluminada por Dios en ese momento de la asun-cion entiende todas las cosas que se le muestran simplemente mirandolas.

Por tanto, cuando comiences a ser una paloma de sencillez en la conversation espiritual y tortola de castidad en la adhesion a Dios, estate en guardia con mayor diligencia contra las astucias del buitre que da vueltas alrededor, es decir, contra las insidias y arrebatamientos del demonio meridiano, de cuyos lazos no escaparas sino sometiendote a la obediencia con plena humil-dad. En efecto, a las almas que se entregan con lagrimas a la oracion perpe-tua suele arrebatarlas a menudo sin vejacion alguna, sino mas bien elevando-las por encima de los sentidos corporeos y prediciendo cosas por lo demas verdaderas, advirtiendo muchas cosas santas y saludables, para poder enga-narlas mejor cuando ellas den ya fe de esas cosas buenas. Sin embargo, en virtud de la verdadera fe tambien el esta condenado a mostrarse, manifestando-se como demonio *{daemonem se esse manifeste personare)* al alma que en el extasis le pregunte: «^Quien eres?». A veces arrebata al alma y engana igno-miniosamente al cuerpo, cosa que lo revela sin duda como espiritu inmundo. A quien hace progresos en el cenobio le sugiere el desierto, y a quien le sea

aquiescente y al que haya conseguido arrancar del camino de la salvation lo precipita en el baratro de la muerte eterna, matandolo. Por lo demas, al que permanece en el claustro lo exaspera contra las ordenes ajenas para alejarlo de la paz del corazon. A los mas devotos les sugiere que se eleven sobre si mismos entre las cosas grandes y maravillosas, haciendoles incurrir en exa-geracion cualquiera que sea su ocupacion. Quiere con el exceso mostrarse Espiritu Santo a quienes no lo reconocen, y al alma engafiada no le queda recurso alguno si no recibe iluminacion de Dios. En efecto, a menudo, con una armonia que suena dulcemente y que preludia en el cielo, cuando el alma es arrebatada y pregunta: «^Quien eres?», se le responde: «Soy Dios».

La mente que no haya sido todavia iluminada de este modo se engana mucho al creer que el que la arrebata maravillosamente es, ora el espiritu bueno, ora el malo, y es necesario que sufra cuando el Espiritu Santo tan apenas espire. En efecto, cuando es arrebatada por el angel bueno, Dios le concede discernir con cierto sabor espiritual. Cuando mas tarde se haya purificado hasta el punto de ser capaz de entender las palabras de la Sabi-duria misma, sin mediador de ningun tipo, elevada por el Espiritu Santo hacia Dios y fuera del cuerpo y de toda imagineria, entonces con suavisi-ma dulzura, con una sola y veraz intuition ve, sabe y comprende cuanto le es mostrado en esa segura vision.

SAN PEDRO DAMlAN

Nacio en Ravena en el aiio 1007, tuvo una infancia desgraciada. Se hizo religioso en Fonte-Avellana en 1035 y alii escribio la *Vida de san Romualdo,* que lo hizo celebre. Fue prior, fundo nuevos monasterios, se aplico a la reforma del clero. En 1057 fue hecho cardenal y obispo de Ostia, Uevando a cabo varias misiones de diplomacia eclesiastica. Murio en Faenza el 22 de febrero de 1072.

DE LA «VIDA DE SAN ROMUALDO»

Nuevo metodo de vida de san Romualdo

[9] Leyendo un dia Romualdo que san Silvestre, obispo de la ciudad de Roma, habia ordenado el ayuno sabatino como vigilia del dia festivo, penso en trasladar al jueves la interruption del ayuno que antes habia establecido

para el sabado, haciendo asi mas tolerable la abstinencia de alimentos a lo largo de la semana. Y a todos cuantos pretendian hacer vida de anacoretas les prescribio que ayunasen los tres primeros dias de la semana y despues los dos ultimos, es decir, el viernes y el sabado, permitiendo que el domin-go y el jueves se tomara la sopa y un plato de legumbres condimentadas, salvo las dos cuaresmas del ano, durante las cuales no solamente el, sino tambien la mayor parte de sus discipulos solian ayunar la semana entera. Muy justo era que quien siempre se aplicaba a alabar al Senor *in choro et tympano,* reproduciendo tambien en las contingencias de la vida material las consonancias de la musica, el diapason, el diapente, el diatesaron, hicie-se resonar su armonia en el oido de la luz incircunscrita.[1]

Pero por ayunar, advertia, no se entiende ya pasar toda la Jornada sin probar alimento; basta con quedarse siempre con hambre, aun comiendo cada dia, hasta que la costumbre haga leve aquel ayuno que a los novicios tan pesado les parece. El no tenia en cuenta a quien cargaba sobre si una gran penitencia y despues no perseveraba en ella con longanimidad.

Queria tambien que las vigilias fuesen moderadas y hechas con discretion, para que no sucediese que, tras el nocturno, alguno se abandonase al sueno. Este sueno tras el oficio le era hasta tal punto odioso, que si alguno le confesaba haberse amodorrado tras la recitation de los salmos, le prohi-bia celebrar la misa. Anadia ademas que era mejor decir un solo salmo de corazon que decir cien con la mente distraida, y confortaba a quienes no tenian la gratia del recogimiento espiritual, diciendo que no desesperasen, que no se entibiaran en el ejercicio, aunque fuera material, de salmodiar, pues Aquel que daba la buena voluntad concederia tambien un dia la facultad de hacerlo bien. Solo queria que la mente fija en Dios custodiase el incienso de la oracion de manera que ninguna ansiedad de pensamien-tos extranos pudiese turbarla. Si la intention es recta, los pensamientos que vienen involuntariamente no pueden hacer gran dafio y no se han de temer demasiado.

1. Guido Battelli anota: «En musica, diapason es la octava; diapente, la quinta; diatesaron, la cuarta. En cuaresma, ayunando de un domingo a otro se obtiene el diapason; en los demas tiempos se obtiene el diapente del domingo al jueves, y el diatesaron del jueves al domingo. En este computo se deben incluir tambien los dias en que no esta prescrito el ayuno, es decir, el domingo y el jueves. Las dos cuaresmas a las que se alude son las que preceden a la Pascua y la Navidad. Esta ultima se llamaba comunmente cuaresma de san Martin, preci-samente porque comenzaba el once de noviembre» (vease Pier Damiani, *Vita di san Rc-mualdo ed altri scritti,* **a cargo de G. Battelli, Milan, I.E.L, 1927, pag. 49, nota 18).**

Sergio, padre de Romualdo, quiere volver al mundo

[12] Entre tanto, Sergio, padre de Romualdo, se habia hecho monje, pero despues, por instigation del diablo, buscaba regresar a Egipto. Los monjes del cenobio de San Severo, situado no lejos de Ravena, donde Sergio estaba con el cuerpo, pero no con el corazon, advirtieron inmedia-tamente de ello por medio de un mensajero a Romualdo, y este, afectado por la triste noticia, determino que el abad Guarino y Juan Gradenigo acompaiiasen al conde Oliban, en tanto el volaba en ayuda de su padre.

Partida de Romualdo: sus penalidades
durante el viaje, y su justo rigor para con su padre

[13] A los habitantes de la Galia, al oir que Romualdo se disponia a partir, les sobrevino una gran tristeza y, buscando el modo de retenerlo sin encontrar, empero, ninguno, finalmente pensaron en hacerlo matar por unos sicarios, para tener al menos el patrocinio de sus restos mortales, ya que no podian tenerlo vivo.

Enterado Romualdo de este impio plan, se rapo el pelo y, cuando los sicarios se acercaron a su celda al hacerse de dia, se puso a comer avida-mente, hasta el punto de que aquellos lo creyeron enloquecido y se nega-ron a matarlo. De ese modo la prudencia del espiritual Daniel vencio a la astucia de los hombres carnales, pues salvo su propia vida y les impidio cometer un grave pecado, incrementando de esa manera sus meritos.

Obtenida la autorizacion para marcharse, no a caballo, ni sobre un carro, sino a pie, apoyandose en el baston, fue desde los confines meridio-nales de la Galia hasta Ravena, donde, tras encontrar a su padre, que queria volver al mundo, lo hizo encadenar, apretandole los pies en los cepos, y lo golpeo con dureza hasta que con piadosa severidad consiguio domar-le el cuerpo y lo hizo volver con la mente a Dios,

Como Sergio tuvo la vision del Espiritu Santo

[14] Sergio, volviendo en si, si antes se habia alejado del camino recto, en la misma medida hizo ahora progresos en la vida espiritual. Tenia el la cos-tumbre de permanecer de pie mucho tiempo ante una imagen del Salvador llorando a lagrima viva y mortificandose con piadosa contrition de corazon.

Un dia en que estaba con mayor atencion que la habitual en oracion cosa nueva e inaudita en nuestros tiempos) se le aparecio no se bien con que figu-ra el Espiritu Santo. Al preguntarle quien era, respondio sin titubear que era el Espiritu Santo, y despues, desapareciendo de improviso, se desvanecio. Sergio, que estaba arrebatado en extasis, y encendido por el fuego que habia visto, se puso a correr por el monasterio preguntando a cuantos se encontra-ba adonde habia ido el Espiritu Santo. Lo tomaron por loco y le reconvinie-ron duramente, pero el aseguraba que habia visto realmente al Espiritu Santo, y que este le habia pasado visiblemente delante de los ojos.

Le sobrevino despues una languidez, se echo en la cama y al cabo de pocos dias murio. Con lo cual se demuestra que es verdad lo que la voz divina dijo a Moises: «Ningun hombre podra verme y seguir viviendo» (Ex 33,20); y Daniel, que habia visto, no a Dios, sino una imagen de el, anade: «Languideci y estuve muchos dias enfermo» (Dn 8,27).

Vida de san Bonifacio mártir

[27] Una vez se hubo hecho monje, observo una abstinencia tan rigu-rosa que solo comia los domingos y los jueves; ademas, si veia una espesu-ra de ortigas o de espinos, inmediatamente se tiraba dentro y se revolcaba en ella. Y como un hermano le reconvenia diciendole: «Hipocrita, obras asi para atraerte el favor de la gente», le respondio: «Sirvante a ti de guia los confesores, a mi los martires».

GUILLERMO DE SAINT-THIERRY

Nacio en Lieja, quizas en el ano 1090. Se hizo benedictino, y en 1119 se convirtio en abad de Saint-Thierry de Reims. En 1135 renuncio, reti-randose al monasterio cisterciense de Signy, donde murio en 1148.

Fue discipulo intimo y copista de san Bernardo.

De «El espejo de la fe»

[II, 370b] La humildad es la autentica senal de la oveja del Senor, que se coloca a la derecha; como la pregunta orgullosa del incredulo es senal del macho cabrio, que se ha de poner a la izquierda. Ante Dios nadie se salva

excepto el humilde de espiritu; por la puerta de la fe nadie entra sino con la cabeza humillada. La fe es el ojo de la aguja por el que no puede entrar el camello enorme y anguloso si no ha sido reducido y enderezado a la humildad y la simplicidad de Cristo. El hombre soberbio e hinchado Uega a la puerta de la fe y recibe la llamada a creer y la invitation a entrar, pero se queda discu-tiendo con el portero sobre por que unos son admitidos y otros excluidos; hasta que con justo juicio el portero le cierra la puerta; y discutiendo de los admitidos y los excluidos, hete aqui que se encuentra entre estos ultimos. Dice, en efecto, de las diversas cosas que no comprende: [370c] «Es duro este len-guaje» (Jn 6,6); pero el es mas duro todavia y, al alejarse y volverse atras, se ve puesto entre los que quedan atras. El pobre de espiritu que esta entre aquellos de los cuales es el Reino de los Cielos, que trabaja en la propia salvation con temor y temblor, que no se entromete en las cosas celestiales, llega llorando, y ruega ser admitido; y cuando lo admiten adora siempre pavido y temeroso, y esta a disposition del alfarero, el cual hace lo que le place con su arcilia.

[VI, 383b] Ante todo, a las cosas de Dios les debemos, sin retractatation ni vacilacion, el simple y puro asentimiento de la fe; luego, para entender lo que creemos, con respeto y obediencia a los mandamientos de Dios, debemos confiar al Espiritu Santo todo nuestro espiritu y entendimiento, no tanto con el esfuerzo de la razon ambiciosa, cuanto con el afecto del piado-so y simple amor. Asi mereceremos, mas con las practicas de la humildisima piedad, que con las fuerzas del poderoso ingenio, que Jesus comience a con-fiarsenos; [383c] con la gratia iluminadora del entendimiento de la razon, que el asentimiento de la fe se vuelva sentimiento de amor, el cual, para conocer el sacramento de la interior voluntad de Dios, no tiene necesidad de los sacramentos exteriores. Pero, mientras vivamos aqui abajo, que nuestras partes exteriores permanezcan ligadas a la sacrosanta religion y, por tal medio, tambien nuestras partes interiores, para que no se derramen en las cosas ajenas; por eso *religio* proviene de *religare*.

[IX, 392d] Conocer, en la acepcion comun de la palabra, como cuando se habla de conocer a un hombre o una cosa, es tener cabe si una fantasia concebida a partir de abundante vision, gracias a la cual la cosa como tal es pensada si esta ausente, o conocida si esta presente. Este conocimiento en Dios es el de la fe, no porque sea en modo alguno semejante a un fantasma, sino mas bien en cuanto es cierto afecto de piedad concebido por la forma de la fe y confiado a la memoria, y que, [393 a] cada vez que vuelve con el recuerdo, toca suavemente la conciencia de quien piensa.

Ese verdadero conocimiento reciproco del Padre y el Hijo es la unidad misma de los dos, que es el Espiritu Santo; no son en ellos cosas distintas la cognition por la cual reciprocamente se conocen y la sustancia por la cual son lo que son. Con este conocimiento «nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre salvo el Hijo y aquellos a los cuales lo quisieron revelar» (Mt 11,27).

DE LA «CARTA A LOS HERMANOS DEL MONTE DE DIOS»

[II, 3, 1] Existe otra semejanza de Dios, de la que se ha hablado mucho y que es muy propia, hasta el punto de Uamarse no ya semejanza, sino unidad espiritual, cuando el hombre se hace una sola cosa con Dios, un solo espiritu, no solo identico por unidad de querer, sino por cierta unidad de virtud mas pronunciada... por la cual se llega a no querer otra cosa. Esta es llamada unidad de espiritu, no solo porque el Espiritu Santo la opere, o conduzca hasta ella el espiritu del hombre, sino porque es el Espiritu Santo mismo. Dios como caridad. El, que es el amor del Padre y del Hijo, produce la unidad, la suavidad, el bien, el beso, el abrazo y todo lo que de comun puede haber entre ambos en esa suma unidad de verdad y verdad de unidad; acontece en el hombre respecto a Dios, a su modo, lo mismo que con sustancial unidad une el Hijo al Padre y el Padre al Hijo.

En el abrazo y el beso del Padre y el Hijo, la conciencia bienaventura-da se encuentra en medio; y de modo inefable e impensable el hombre merece convertirse en hombre de Dios, no en Dios, pero si, no obstante, en lo que es Dios: el hombre es por gratia lo que Dios es por naturaleza.

SAN BERNARDO DE CLARAVAL

Nacio en Fontaines, cerca de Dijon en el ano 1091, hijo de un vasallo del duque de Borgona. En 1112 entro en el monasterio benedictino de Qteaux; en 1115 guio a un grupo de monjes a la busca de una nueva sede, y encontro Claraval, irrigada y boscosa, en las cercanias de Langres. En 1130, el cisma entre los seguidores de Anacleto II, apoyado en Italia, e Inocencio II, ayudado por el rey de Francia, Uevo a Bernardo a participar en las vicisitudes del siglo, defendiendo con elocuencia a Inocencio II y acompanandolo por Europa, hasta la muerte del opositor. No dejo de tomar parte eminente en las vicisitudes politicas, promoviendo la creación

de la orden de los templarios y, en la esfera doctrinal, combatiendo a Abelardo. Escribio para su discipulo Eugenio III el *De consideratione.* Murio el 20 de agosto de 1153.

Pourrat situo el centro de la doctrina de san Bernardo en el concepto de vida espiritual como crecimiento perpetuo, en el cual no hay otra alter-nativa que el retroceso: dejando de ser mejor se deja de ser bueno.

Compendio la sabiduria en cuatro maximas: «Desprecia el mundo. No desprecies a nadie. Despreciate a ti mismo. Desprecia despreciarte».

A los doce grados de la humildad descritos por san Benito *{Regla,* capi-tulo 7) contrapone los doce de la soberbia, formando de ese modo el esque-ma de la vida espiritual, por un lado, y de la carnal, por el otro. La humildad se adquiere no hablando nunca de uno mismo; la piedad, con la consideration o la atencion.

Por contra, todo vicio nace de la soberbia. Ya esta sutil doctrina se podia encontrar en Isidoro de Sevilla, quien habia afirmado: «Quien esta domina-do por la soberbia, y no se apercibe de ello, cae en la lujuria carnal» *(Sententiae,* II, 38,1). Es el Hijo de Dios quien posee la ciencia del bien y del mal, el hombre intento arrebatarsela; a consecuencia de aquel pecado, le fue arrancado el habito de salvation que llevaba; misericordia, su companera, verdad, su maestra, justicia, su guia, y finalmente paz, su estado, componian aquel vestido, entrelazadas entre si; tras la caida, verdad y justicia por un lado, paz y misericordia por otro, se opusieron; solo satisfaciendo a la justicia y a la verdad pudo el Hijo de Dios salvar al hombre. Entre el Hijo de Dios y el hombre la mediadora es Maria, la estrella del mar a la que se puede mirar cuando se esta suspendido sobre las olas. En el alma esta como compaiiero el angel, y Bernardo exhorta a rezar a este custodio del destino.

Entre sus obras estan: *De consideratione; Tractatus de gradibus humili-tatis et superbiae; De diligendo Deo;* los *Sermones* y las *Sententiae.*

DE «SOBRE LA CONSIDERACION»

[1,3] No creo que apruebes la paciencia a la que Pablo se referia: «Con gusto soportais a los insensatos, vosotros que sois sensatos» (2 Co 11,19). Si no me equivoco, aqui hay clarisima ironia y no alabanza, mordaz repren-sion de la mansedumbre de algunos que, entregandose a los falsos aposto-les y seducidos por ellos, toleran con falsa paciencia que les arrastren a sus extranos y depravados dogmas. Por eso anade: «Si alguien os esclaviza, se lo aguantais» (2 Co 11,20).

No consiste la paciencia en consentir que te degraden hasta la esclavi-rud. cuando puedes mantenerte lib re. Y no quisiera que pase inadvertida por ti esa servidumbre en la que dia a dia te estas hundiendo sin darte cuen-m. Xo sentir la continua vejacion propia es un sintoma de que el corazon se balla embotado. «Los azotes os serviran de leccion», dice la Escritura (Is 2S.19). Lo cual es verdad, pero si no son excesivos. Cuando lo son, nada ensefian, porque provocan repugnancia. Cuando el impio llega al fondo del mal, todo lo desprecia.

Despabilate y ponte alerta. Que te horrorice el yugo que te viene enci-ma y te oprime con su odiosa esclavitud. No creas que solo quien sirve a un unico senor es esclavo, sino tambien el que, sin serlo, esta a disposition de todos. No existe peor ni mas opresora servidumbre que la esclavitud de los judios. Alii donde vayan la Uevan consigo, y en todas partes son moles-tos para sus senores.

Confiesalo tambien tu, por favor. ^Donde te sientes libre? ^Donde te ves seguro, donde eres tu mismo? A todas partes te sigue la confusion, te invade el bullicio y te oprime el yugo de tu esclavitud.

[4] No me repliques ahora con las palabras del Apostol, cuando dice: «Siendo yo libre de todos, a todos me esclavice» (1 Co 9,19). Porque no puedes aplicartelas a ti mismo. El no servia a los hombres como un esclavo para que consiguieran ventajas inconfesables. No acudian a el de todas las partes del mundo los ambiciosos, avaros, simoniacos, sacrilegos, con-cubinos, incestuosos y otros monstruos de parecida ralea para conseguir o conservar mediante su autoridad apostolica titulos eclesiasticos. Es cierto que se hizo siervo de todos aquel hombre cuya vida era Cristo y para quien morir era una ganancia. De este modo queria ganar a muchos para Cristo; pero no pretendia amontonar tesoros por su avaricia.

No puedes tomar como modelo de tu servil conducta a Pablo por la sagacidad de su celo, ni por su caridad tan libre como generosa.

Seria mucho mas digno para tu apostolado, mas saludable para tu con-ciencia y mas fecundo para la Iglesia de Dios que escucharas al mismo Pablo cuando dice en otro lugar: «Habeis sido rescatados con un precio muy alto; no os hagais ahora esclavos de los hombres» (1 Co 7,23)...

[6] Ya hay jueces para esos asuntos tan mines y terrenos: ahi estan los principes y los reyes de este mundo. <fPor que te entrometes en compe-rencias ajenas? ^Como te atreves a poner tu hoz en la mies que no es tuya? Xo es porque tu seas indigno, sino porque es indigno de ti injerirte en causas semejantes, cuando debes ocuparte de realidades superiores. Y si alguna vez lo requiere asi un caso especial, conviene que recuerdes no ya

mi opinion personal, sino la del mismo Apostol, que dice: «Si vosotros vais a juzgar al mundo, ^sereis incapaces de juzgar esas otras causas mas pequenas?» (1 Co 6,2)...

[7] Lo primero que purifica la consideration es su propia fuente; es decir, el alma, de la cual nace. Ademas, controla los afectos, corrige los excesos, modera la conducta, ennoblece y ordena la vida y depara el conocimiento de lo humano y de los misterios divinos. Es la consideration la que pone orden en lo que esta confuso; concilia lo incompatible, reune lo dis-perso, penetra lo secreto, encuentra la verdad, sopesa las apariencias y son-dea el fingimiento taimado. La consideration preve lo que se debe hacer, recapacita sobre lo que se ha hecho; asi no queda en el alma sedimento alguno de incorreccion ni nada que deba ser corregido. Por la consideration se presiente la adversidad en el bienestar, tal como lo dicta la prudencia, y casi no se sienten los infortunios gracias a la fortaleza de animo que infunde.

[V, 12] *dQue* es Dios? Es tambien castigo de los soberbios y gloria de los humildes. Efectivamente, es como una regla recta de equidad, inflexible e indeclinable, que llega a todas partes. Toda perversion debe estre-llarse necesariamente contra el. ^Como no ha de chocar y quebrarse en el todo lo hinchado y retorcido?

Desgraciado el que se atraviese en su camino frente a su rectitud into-lerante. Nada contraria y repugna tanto a una voluntad inocua como luchar y darse constantemente contra la pared sin conseguir nada. jPobres voluntades, las que siempre se resisten para conseguir solamente el castigo de sus rebeldias! ^Hay castigo mayor que estar siempre deseando lo que nunca se ha de conseguir y rechazando lo que jamas se puede eludir?

No hay condena mayor que la de no poder sustraerse al deseo inevitable de querer y no querer, sin poder elegir mas que lo perverso y miserable. Nunca alcanzara lo que desea ni se librara de lo que rechaza. Justo es que quien nunca apetecio lo que debia, jamas llegue a lo que ardientemente desea.

({Quien hace todo esto? Nuestro Senor, el Senor recto, que se compor-ta duramente con los duros de corazon. No podran ponerse de acuerdo nunca el recto y el depravado; mutuamente se oponen, aunque no pueden danarse entre si. De los dos, el que pierde es el depravado: «Dura cosa es para ti revolverte contra el aguijon» (Hch 9,5). No es duro para el aguijon, sino para el que se revuelve.

Dios es el castigo de los malvados, porque es la luz. ({Hay algo que odien tanto los espiritus obscenos y viciosos como la luz? «Todo el que obra perversamente detesta la luz» (Jn 3,20). <JY no podran esconderse de

ella? Jamas. Brilla en todas partes, aunque no para todos. Porque «brilla en las tinieblas y las tinieblas no la han comprendido» (Jn 1,5). La luz ve las ti-nieblas, porque para la luz lucir equivale a ver. Pero, reciprocamente, las tinieblas no ven la luz, porque las tinieblas no la han comprendido. Los viciosos son descubiertos para su confusion; pero ellos no pueden ver para que no puedan consolarse. No solo son delatados por la luz; tambien son descubiertos en la luz. ^Por quien o por quienes? Por todos los que pueden ver, para que aumente su vergiienza ante tantos que los ven.

Pero entre todos aquellos que los contemplan, nadie les resulta tan moles to como ellos mismos. Ni en el cielo ni en la tierra encontraran otra mirada que tanto deseen evitar como la de su propia conciencia tenebrosa. Las tinieblas no pueden contentarse ni en ellas mismas; los que no ven abso-lutamente nada se ven en si mismos. Les acompafiaran las obras de las tinieblas y no podran ocultarlas ni encubriendolas entre las tinieblas.

El recuerdo del pasado es un gusano que no muere nunca. Una vez que se introduce, o mejor, que nace en el alma por el pecado, se agarra a ella fuertemente y jamas podra ser arrancado. Roe incesantemente la conciencia: vivira perpetuamente alimentandose de ella como de un pasto inago-rable. Me horroriza este gusano voraz y esta muerte en vida. Es horrendo caer en manos del Dios vivo y de la vida siempre agonizante.

Esta es la segunda muerte que nunca acaba de matar y siempre mata. ; Quien le diera morir para no estar muriendo eternamente! «Los que piden a los montes: "Desplomaos sobre nosotros", y a las colinas: "Sepultadnos"» <Lc 23,30), ^que pueden pedir sino el beneficio de morir a su muerte y la gracia de acabar con ella? Ansian una muerte que no llega.

Vamos a explicarlo mejor. Sabemos que el alma es inmortal, que jamas perdera la memoria, porque dejaria de ser el alma. Mientras ella viva, vive su memoria. Pero <{que memoria? Una memoria deformada por los vicios, espantada por los crimenes, hinchada de soberbia, resentida y rechazada por el desprecio. El pasado paso por ella sin acabar de pasar: se alejo del presente, pero no del pensamiento. Lo hecho, hecho queda para siempre. Se realizo en el tiempo, pero permanece como realizado para siempre. Lo que sucedio en el tiempo no se desvanece con el tiempo. Sera un tormen-to eterno el recuerdo del mal que hiciste para siempre.

Es como experimentar la verdad de aquellas palabras: «Te acusare, te lo echare en cara» (Sal 50,21). Las dijo el Senor y nadie podra contradecirle sin contradecirse a si mismo. Sera demasiado tarde para poder quejarse contra el Senor como Job: «Centinela del hombre, ^por que me has tornado por bianco de tus enojos, hasta hacerme intolerable a mi mismo?» (Jb 7,20).

Asi es, Eugenic Nadie puede ser enemigo de Dios y vivir en paz con-sigo mismo: el que es acusado por Dios, es tambien acusado por si mismo. Entonces la razon no podra ocultar disimuladamente la verdad, ni el alma podra esquivar la mirada de la razon cuando se encuentre despojada de las ataduras corporales y recogida dentro de si misma. ^Como podra hacerlo despues de haberse adormecido y extinguido por la muerte aquellos sentidos por los que se alejaba de si misma y salia a curiosear las apariencias de este mundo que pasa?

^;Ves como a los impudicos todo se les viene encima para su confusion, dandolos como espectaculo a Dios, a los angeles, a los hombres y a si mismos? [Que incomodos han de encontrarse todos los injustos frente al que es un caudal de rectisima justicia, expuestos a la luz de la verdad manifies-ta! ^No es verse golpeados y avergonzados eternamente? «Quebrantalos con doble quebranto, Senor, Dios nuestro» (Jr 17,18).

DEL «LIBRO SOBRE EL AMOR A DIOS»

El amor de Dios no queda sin recompensa

[71 Quien ama a Dios no queda sin recompensa, aunque debamos amarle sin tener en cuenta ese premio. El amor verdadero no es indiferen-te al premio, pero tampoco debe ser mercenario, pues no es interesado. Es un afecto del corazon, no un contrato. No es fruto de un pacto, ni busca nada analogo. Brota espontaneo y se manifiesta libremente. Encuentra en si mismo su satisfaction. Su premio es el mismo objeto amado. Si quieres una cosa por amor de otra, amas sin duda aquello que busca tu amor, pero no amas los medios que utilizas para conseguirlo.

Pablo no predica para comer: come para predicar; porque el objeto de su amor no es comer, sino anunciar el Evangelio. El autentico amor no busca recompensa, pero la merece. Al que todavia no ama, se le estimula con un premio; al que ya ama, se le debe; y al que persevera en el amor, se le da.

En la vida ordinaria atraemos con promesas y premios a los que se resisten, no a los que se deciden espontaneamente. ^Se nos ocurre ofrecer una recompensa a los que estan deseando realizar una cosa? Nadie, por ejemplo, da dinero al hambriento para que coma, ni al sediento para que beba, ni menos aun a una madre para que de de mamar al hijo de sus entra-nas. ^Estimulamos con ruegos o salarios a una persona para que cerque su vina, cave la tierra de sus arboles o construya su propia casa?

Con mayor razon, quien ame a Dios no buscara otra recompensa para su amor que no sea el mismo Dios. Si espera otra cosa, no ama a Dios, sino aquello que espera conseguir.

Engano fatal del pecador al alejarse de Dios

[7] Asi se enredan los malvados. Quieren satisfacer sus apetitos natura-les y rechazan neciamente los medios.que les conducen a ese fin: no el fin en el sentido de extincion y agotamiento, sino como plenitud consumada.

No consiguen un fin dichoso, sino que se agotan en vanos esfuerzos. Se deleitan mas en la hermosura de las criaturas que en su Creador. Ma-riposean de una en otra y quieren probarlas todas; no se les ocurre acer-carse al Senor de todas ellas.

Estoy cierto que llegarian a el si pudieran realizar su deseo, es decir, poseer todas las cosas, menos al que es origen de todas.

La fuerza misma de la ambition le impulsa a preferir lo que no posee por encima de lo que tiene y despreciar lo que posee en aras de lo que no tiene. Una vez alcanzado y despreciado todo lo del cielo y de la tierra, se lanzaria impetuoso al unico que le falta, al Dios del universo.

Aqui si descansaria, libre de los halagos del presente y de las inquietudes del futuro. Y exclamaria: «Para mi lo bueno es estar junto a Dios. <*A quien tengo yo en el cielo? Contigo, <{que me importa la tierra? Dios es la roca de mi espiritu y mi lote perpetuo» (Sal 73,28 y 25-26).

De este modo, como hemos explicado, todos los ambiciosos llegarian al bien supremo, si pudieran gozar antes de todos los bienes inferiores.

Pero es imposible por la brevedad de la vida, por nuestras pocas fuerzas y porque son muchos los que lo apetecen. jQue camino tan escabroso y que esfuerzo tan agotador espera a los que quieren satisfacer sus apetitos! Nunca alcanzan la meta de sus deseos. j Si al menos se contentaran con desearlos en su espiritu, y no querer experimentarlos! Les seria mas facil y provechoso.

El espiritu del hombre es mucho mas rapido y perspicaz que los senti-dos corporales; su mision es adelantarse a estos en todo, para que los sentidos solo se detengan en lo que el espiritu les dice que es util. Por eso creo que se ha dicho: «Probadlo todo y quedaos con lo bueno» (1 Ts 5,21), es decir, el espiritu cuide de los sentidos y estos no cedan a sus deseos sin la aprobacion del espiritu.

En caso contrario «no subiras al monte del Senor, ni habitaras en su santuario» (Sal 24,3 LXX), porque prescindes de tu alma, un alma

rational. Sigues tras los instintos como los animales, y la razon permanece inac-tiva, sin oponer resistencia.

Aquellos, pues, cuyos pasos no estan iluminados por la luz de la razon, corren, es cierto, pero sin rumbo y a la deriva; desprecian el consejo del Apostol y no corren de modo que puedan alcanzar el premio. ^Como lo van a conseguir si antes quieren poseer todo lo demas? Sendero tortuoso y lleno de rodeos, querer gozar primero de todo lo que se les ofrece.

Amarse a si mismo unicamente por Dios

[10] Dichoso quien ha merecido llegar hasta el cuarto grado, en el que el hombre solo se ama a si mismo por Dios: «Tu justicia es como los mon-tes de Dios» (Sal 36,7 LXX).[2] Este amor es un monte elevado, un monte excelso. En verdad: «Monte macizo e inagotable» (Sal 68,16 LXX). «^Quien subira al monte del Sefior?» (Sal 24,3 LXX). «^Quien me diera alas como de paloma, y volaria a un lugar de reposo?» (Sal 55,7 LXX). «Tiene su tabernaculo en la paz, y su morada en Si6n» (Sal 76,3 LXX). « j Ay de mi, que se ha prolongado mi destierro!» (Sal 120,5 LXX). ^Puede conseguir esto la carne y la sangre, el vaso de barro y la morada terrena? ^Cuando experimental el alma un amor divino tan grande y embriagador que, olvidada de si y estimandose como cacharro inutil, se lance sin reser-vas a Dios y, uniendose al Senor, sea un espiritu con el (1 Co 6,17), y diga: «Desfallece mi carne y mi corazon, Dios de mi vida y mi herencia para siempre» (Sal 73,26)?

Felicidad del amor beatifico

[10] Dichoso, repito, y santo quien ha tenido semejante experiencia en esta vida mortal. Aunque haya sido muy pocas veces, o una sola vez, y esta de modo misterioso y tan breve como un relampago. Perderse, en cierto modo, a si mismo, como si ya uno no existiera, no sentirse en absoluto, ani-quilarse y anonadarse, es mas propio de la vida celeste que de la condition

2. **El traductor [italiano], Luigi Ajme, anota: «"Montes de Dios", hebrafsmo por** "monies **altisimos"»** (vease **Bernardo de Claraval,** *De diligendo Deo ed altri opuscoli,* **a** cargo **de L. Ajme, Alba,** San **Paolo, 1946, pag. 76, nota 1).**

humana. Y si se le concede esto a un hombre alguna vez y por un instante, como hemos dicho, pronto le envidia este siglo perverso, le turban los ne-gocios mundanos, le abate el cuerpo mortal, le reclaman las necesidades de la carne, se lamenta la debilidad natural. Y lo que es mas violento, le re-clama la caridad fraterna.

;Ay! Tiene que volver en si, atender a sus propias miserias y gritar des-consolado: «Senor, padezco violencia, responde por mi» (Is 38,14). Y aquello [del Apostol]: «;Desdichado de mi! <{Quien me librara de este cuerpo mortal?» (Rm 7,24).

Si la Escritura dice que Dios lo hizo todo para si mismo, llegara un momento en que la criatura este plenamente conforme y concorde con su Hacedor.

Es menester, pues, que participemos en sus mismos sentimientos. Y si Dios todo lo quiso para el, procuremos tambien de nuestra parte que tanto nosotros como todo lo nuestro sea para el, es decir, para su voluntad.

Que nuestro gozo no consista en haber acallado nuestra necesidad ni en haber apagado la sed de la felicidad. Que nuestro gozo sea su misma vo-luntad realizada en nosotros y por nosotros. Cada dia le pedimos en la ora-cion: «Hagase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (Mt 6,10). jOh amor casto y santo! jOh dulce y suave afecto! jOh pura y limpia intention de la voluntad! Tanto mas limpia y pura cuanto menos mezclada esta de lo suyo propio; y tanto mas suave y dulce cuanto mas divino es lo que se siente. Amar asi es estar ya divinizado.

Como la gotita de agua caida en el vino pierde su naturaleza y toma el color y el sabor del vino; como el hierro candente y al rojo parece trocarse en fuego vivo olvidado de su propia y primera naturaleza; o como el aire, bariado en los rayos del Sol, se transforma en luz, y mas que iluminado pa-rece ser el mismo luz. Asi les sucede a los santos. Todos los afectos huma-nos se funden de modo inefable, y se confunden con la voluntad de Dios. <{Seria Dios todo en todos si quedase todavia algo del hombre en el hombre? Permanecera, sin duda, la sustancia; pero en otra forma, en otra glo-ria, en otro poder.

^Cuando sera esto? ({Quien lo vera? ^Quien lo poseera? «<{Cuando vendre y vere el rostro de Dios?» (Sal 42,3 LXX). Senor, Dios mio, mi co-razon te dice: mi rostro te busca a ti. Senor, busco tu rostro. ({Cuando con-templare tu santuario?

Del esclavo, del asalariado, del hijo

[12] Hay quienes alaban a Dios porque es poderoso, otros porque es bueno con ellos, y otros porque es bueno en si mismo. Los primeros son esclavos y estan llenos de temor. Los segundos son asalariados y les do-mina la codicia. Los terceros son hijos y honran a su padre. Los que te-men y codician solo se miran a si mismos. El amor del hijo, en cambio, «no busca su propio interes» (1 Co 13,5). Pienso que a este se refiere la Escritura: «La ley del Senor es perfecta, y convierte las almas» (Sal 19,8 LXX). Porque es la unica capaz de arrancar al alma del amor de si misma y del mundo, y volverla hacia Dios. Ni el temor ni el amor de si mismo son capaces de convertir el alma. A veces cambian la expresion del rostro o la conducta exterior, mas nunca los sentimientos. Los esclavos hacen algu-nas veces obras de Dios, pero no las realizan espontaneamente y les cuesta mucho. Tambien los asalariados, pero no lo hacen gratuitamente, y se de-jan arrastrar por la codicia.

Donde hay amor propio alii hay individualismo. Y donde hay indi-vidualismo hay rincones. Y donde hay rincones hay basura e inmundi-cia. La ley del siervo es el temor que le invade. La del asalariado es la codicia que le domina, le atrae y le distrae. Ninguna de estas leyes es pura y capaz de convertir las almas. La caridad, en cambio, convierte las almas y las luce tambien libres.

[13] Por lo demas, los esclavos y asalariados tienen tambien su ley; que no es la del Senor, sino la que ellos mismos se han impuesto. Los primeros no aman a Dios, los otros aman otras cosas mas que a el. Tienen, repito, no la ley del Senor, sino la suya propia; aunque, de hecho, esta su-peditada a la divina. Han podido hacer su propia ley, pero no han podido sustraerse al orden inmutable de la lev eterna.

Yo diria que cada uno se fabrica su ley cuando prefiere su propia voluntad a la ley eterna y comun, queriendo imitar perversamente a su Creador. Porque asi como el es la ley de si mismo y no depende de nadie, tambien estos quieren regirse a si mismos y no tener otra ley que su propia voluntad. jQue yugo tan pesado e insoportable el de todos los hijos de Adan, que aplasta y encorva nuestra cerviz y pone nuestra vida al borde del sepulcro! «jDesdichado de mi! ^Quien me librara de este cuerpo de muerte» (Rm 7,24), que me abruma y casi me aplasta? «Si el Senor no me hubiera ayudado, ya habitaria mi alma en el sepul-cro» (Sal 94,17).

Este peso oprimia al que sollozaba y decia: «<{Por que me haces bianco tuyo, cuando ni a mi mismo puedo soportarme?» (Jb 7,20). Al decir: «ni a mi mismo puedo soportarme», indica que se ha convertido en ley de si mismo y en autor de su propia ley. Y al decir a Dios: «me haces bianco tuyo», muestra que no puede sustraerse a la ley de Dios.

Porque es propio de la ley santa y eterna de Dios que quien no quiere guiarse por el amor se obedezca a si mismo con dolor. Y quien desecha el yugo suave y la carga ligera de la caridad se ve forzado a aguantar el peso intolerable de la propia voluntad.

En que modo el esclavo y el asalariado dependen de la ley divina

[13] De este modo tan admirable y justo, la ley eterna convierte en ene-migos suyos a quienes le rechazan, y ademas los mantiene bajo su dominio.

No trascienden con su vida la ley de la justicia, ni permanecen con Dios en su luz, en su reposo y en su gloria. Estan sometidos a su poder y ex-cluidos de su felicidad.

«Sefior, Dios mio, <{por que no perdonas mi pecado y borras mi cul-pa?» (Jb 7,21). Haz que arroje de mi el peso abrumador de la voluntad propia y respire con la carga ligera de la caridad. Que no me obligue el temor servil ni me consuma la codicia del mercenario, sino que sea tu espiritu quien me mueva. El espiritu de libertad que mueve a tus hijos de testimonio a mi espiritu que soy uno de ellos, que tengo la misma ley que tu y que soy en este mundo un imitador tuyo.

Los que cumplen el consejo del Apostol: «No tengais otra deuda con nadie que la del amor mutuo» (Rm 13,8), imitan a Dios en este mundo y no son esclavos ni mercenarios, sino hijos.

La ley de amor de los hijos

[14] Asi pues, tampoco los hijos estan sin ley, a no ser que alguien piense otra cosa por aquello de la Escritura: «La ley no es para los justos» (1 Tm 1,9).

Tengamos en cuenta que una es la ley promulgada por el espiritu de ser-vidumbre en el temor, y otra la ley dada por el espiritu de libertad en el amor. Los hijos no estan sometidos a aquella, ni privados de esta.

Quieres oir que los justos no tienen ley? «No habeis recibido el espiritu de siervos, para recaer en el temor» (Rm 8,15). <jY quieres oir que no estan exentos de la ley de la caridad?: «Habeis recibido el espiritu de hijos adoptivos» (Rm 8,15).

Escucha por fin al justo, que confiese lo uno y lo otro. No esta some-tido a la ley, ni privado de ella: «Con los que viven bajo la ley, me hago como si yo estuviera sometido a ella, no estandolo. Con los que estan fuera de la ley, yo hago como si estuviera fuera de la ley, no estando yo fuera de la ley, sino bajo la ley de Cristo» (1 Co 9,20-21).

Por eso no se dice: «Los justos no tienen ley», o «los justos estan sin ley», sino: «la ley no es para los justos». Es decir, no se les ha impuesto a la fuerza, sino que la reciben voluntariamente y les estimula dulcemente.

Por eso dice tan hermosamente el Senor: «Tomad mi yugo sobre vosotros» (Mt 11,29). Como si dijera: «No os lo impongo a la fuerza, tomadlo vosotros si quereis; porque de otro modo no hallareis descanso, sino fatiga en vuestras almas».

La ley del amor perfecciona la del temor

[14] Buena, pues, y dulce es la ley de la caridad. No solo es agradable y ligera, sino que ademas hace ligeras y faciles las leyes de los siervos y asalariados. No las suprime, es cierto, pero ayuda a cumplirlas, como dice el Senor: «No he venido a abrogar la ley, sino a cumplirla» (Mt 5,17). Modera la de unos, ordena la de otros y suaviza la de todos. Jamas ira la caridad sin temor, pero este sera casto. Jamas le faltaran deseos, pero estaran ordena-dos. La caridad perfecciona la ley del siervo inspirandole devotion. Y perfecciona la del mercenario ordenando sus deseos. La devotion unida al temor no lo anula, lo purifica. Le quita solamente la pena que siempre acompana al temor servil. Pero el temor permanece siempre puro y filial.

Porque aquello que leemos: «La caridad perfecta echa fuera el temor» (1 Jn 4,18), se refiere a la pena, que, como dijimos, va siempre unida al temor. Es una figura retorica en la que se toma la causa por el efecto. La codicia, por su parte, se ordena rectamente cuando se le une la caridad. Se rechaza todo lo malo, a lo bueno se prefiere lo mejor, y solo se apetece lo que es bueno en vistas a un bien mejor.

Cuando. con la gratia de Dios, se consigue esto, se ama el cuerpo; to-aos los bienes del cuerpo se aman por el alma, el alma por Dios, y a Dios ro: *si* mismo.

DE «LOS GRADOS DE HUMILDAD Y SOBERBIA»

La viga y la paja

[4] El que sinceramente desee conocer la verdad propia de si mismo, debe sacarse la viga de su soberbia, porque le impide que sus ojos conec-ten con la luz. E inmediatamente tendra que disponerse a ascender dentro de su corazon, observandose a si mismo en si mismo, hasta alcanzar con el duodecimo grado de humildad el primero de la verdad.

Cuando haya encontrado la verdad en si mismo o, mejor dicho, cuando se haya encontrado a si mismo en la verdad y pueda decir: «Yo me fiaba, y por eso hablaba; pero jque humillado me encuentro!» (Sal 116,10), en-tonces penetre el hombre mas intimamente en su corazon, para que la verdad quede enaltecida, Uegando asi al segundo grado, y exclame: «Todos los hombres son unos mentirosos» (Sal 116,11).

Como la santisima Trinidad obra en nosotros estos tres grados de verdad

[7] <;Te das cuenta de como a los que primero hace humildes el Hijo con su palabra y ejemplo, despues el Espiritu derrama sobre ellos la caridad, y el Padre los recibe en la gloria? El Hijo forma discipulos. El Para-clito consuela a los amigos. El Padre enaltece a los hijos. Verdad no se llama el Hijo en exclusiva. Tambien lo son el Padre y el Espiritu Santo. Por eso, respetada la propiedad de cada una de las personas, una es la verdad que obra estas tres realidades en los tres grados.
En el primero, ensena como maestro; en el segundo, consuela como amigo y hermano; en el tercero, abraza como un padre a sus hijos.

Restauracion integral del hombre obrada por la santisima Trinidad

[7] Primero el Hijo, la Palabra y la sabiduria de Dios Padre, cuando ve esa potencia de nuestra alma llamada razon abatida por la carne, pri-sionera del pecado, cegada por la ignorancia y entregada a las cosas exteriores, la toma con clemencia, la levanta con fortaleza, la instruye con pru-dencia y la hace entrar dentro de si misma. Y revistiendola con sus mismos

poderes de forma maravillosa, la constituye juez de si misma. La razon es a la vez acusadora, testigo y tribunal; desempeiia frente a si misma la funcion de la verdad.

De esta primera union entre la Palabra y la razon nace la humildad.

Luego el Espiritu Santo se digna visitar la otra potencia llamada voluntad, todavia inficionada por el veneno de la carne, pero ya ilustrada por la razon. El Espiritu la purifica con suavidad, la sella con su fuego volviendola misericordiosa. Lo mismo que una piel, empapada por un liquido, se estira, la voluntad, banada por la uncion celestial, se despliega por el amor hasta sus mismos enemigos.

De esta segunda union del Espiritu Santo con la voluntad humana nace la caridad.

Fijemonos todavia en estas dos potencias, la razon y la voluntad. La razon se siente instruida por la palabra de la verdad; la voluntad, por el Espiritu de la verdad. La razon es rociada por el hisopo de la humildad; la voluntad, abrasada con el fuego de la caridad. Ambas juntas son el alma perfecta, sin mancha, a causa de la humildad; y sin arruga, por causa de la caridad. Cuando la voluntad ya no resista a la razon ni la razon en-cubra a la verdad, el Padre se unira a ellas como a una gloriosa esposa. Entonces la razon ya no podra pensar de si misma, ni la voluntad juzgar al projimo, pues esa alma dichosa solo encuentra consuelo repitiendo: «E1 rey me ha introducido en su camara» (Ct 1,4).

Ya ha sido digna de superar la escuela de la humildad. Aqui, ense-riada por el Hijo, aprendio a entrar en si misma, segun aquella adverten-cia que le habian insinuado: «Si no te conoces, vete y apacienta tus ca-britos» (Ct 1,8 LXX). Ha sido digna, repito, de pasar de la escuela de la humildad a las despensas de la caridad, que son los corazones de los pro-jimos. El Espiritu Santo la ha guiado e introducido a traves del sello del amor. Se alimenta con pasas y se robustece con manzanas, las buenas cos-tumbres y las santas virtudes. Por fin, se le abre la camara del rey, por cuyo amor desfallece.

Alii, en medio de un gran silencio que reina en el cielo por espacio de media hora, descansa dulcemente entre los deseados abrazos, y se duer-me; pero su corazon vigila, en tanto considera las verdades arcanas, de cuyo recuerdo se apacentara apenas se despierte. Alii ve realidades invisibles, oye cosas inefables que el hombre no puede ni balbucir y que excede a toda la ciencia que la noche susurra a la noche. Sin embargo, el dia al dia le pasa su mensaje; y por eso es licito comunicarse la sabiduria entre los sabios y compartir lo espiritual con los espirituales.

Primer grado de soberbia: la curiosidad

[10] El primer grado de soberbia es la curiosidad. Puedes detectarla **a** traves de una serie de indicios. Si ves a un monje que gozaba ante ti de ex-celente reputation, pero que ahora, en cualquier lugar donde se encuentra, en pie, andando o sentado, no hace mas que mirar a todas partes con la cabeza siempre alzada, aplicando los oidos a cualquier rumor, puedes colegir, por estos gestos del hombre exterior, que interiormente este hombre ha sufrido un cambio. «E1 hombre perverso y malvado guiria el ojo, mueve los pies y senala con el dedo» (Pr 6,12-13). Por este inhabitual mo-vimiento del cuerpo puedes descubrir la incipiente enfermedad del alma. Y el alma que, por su dejadez, se va entorpeciendo para cuidar de si misma, se vuelve curiosa en los asuntos de los demas. Se desconoce a si misma. Por eso es arrojada fuera para que apaciente a los cabritos. Con acierto llamanse cabritos, simbolos del pecado, a los ojos y a los oidos; porque, lo mismo que la muerte entro en el mundo por el pecado, asi penetra por estas ventanas en el alma. El curioso se entretiene en apacentar a estos cabritos, mientras que no se preocupa de conocer su estado interior.

Si cuidas con suma atencion de ti mismo, dificil sera que pienses en cualquier otra cosa...

«No se debe saber mas de lo que conviene» (Rm 12,3). Probar el mal no es saborearlo, sino haber perdido el gusto. Guarda bien lo que se te ha confiado; espera lo prometido. Evita lo prohibido, no sea que pierdas lo que ya posees.

<{Por que te obsesionas con tu propia muerte? ^Por que diriges con tanta frecuencia tus ojos inquietos hacia ese arbol? <{Por que te agrada mirar lo que no se puede comer?

Tu me respondes: «S6lo me acerco con los ojos, no con las manos. No se me ha prohibido mirar, sino comer. <jEs que no puedo levantar hacia donde quiera estos dos ojos que Dios ha dejado a mi libertad?»

El Apostol responde: «Todo me esta permitido, pero no todo me apro-vecha» (1 Co 6,12).

Tercer grado de soberbia: la alegria tonta

[12] Es caracteristico de los soberbios suspirar siempre por los acon-tecimientos bullangueros y ahuyentar los tristes, segun aquello de que «el corazon del tonto esta donde hay jolgorio» (Qo 7,4). El monje, una vez

bajados los dos primeros grados de soberbia, llega, por la curiosidad, a la ligereza de espiritu. Se siente incapaz de soportar la humillante expe-riencia de un gozo que tanto anhela, pero siempre banado en tristeza, cuando constata el bien de los demas. Busca entonces el subterfugio de un falso consuelo.

Reprime la curiosidad para rehusar la evidencia de su bajeza y la no-bleza de los otros. Se inclina hacia el lado opuesto. Pone de relieve aque-llo en que cree sobresalir y atenua con disimulo las excelentes cualidades de los demas. Asi pretende cegar lo que considera fuente de su tristeza y vivir en una incesante alegria fingida.

Fluctuando entre el gozo y la tristeza, cae al fin en el cepo de la ale-gria tonta.

Aqui planto yo el tercer grado de soberbia. Con esto tienes ya sufi-cientes indicios para saber si este grado se da en ti o en otros.

A estos tales nunca les veras gimiendo o llorando. Si te fijas un mo-mento, pensaras que se han olvidado de si mismos, o que se han lavado de sus pecados. Pero sus gestos reflejan ligereza; su semblante, esa alegria tonta; y su forma de andar, vanidad. Son propensos a las chanzas; faciles e inclinados a la risa.

Como han borrado de su memoria todo cuanto les puede humillar y entristecer, suenan y se representan todos los valores que se imaginan te-ner. No piensan mas que en lo que les agrada, y son incapaces de contener la risa y de disimular la alegria tonta.

Se parecen a una vejiga llena de aire; si la pinchas con un alfiler y la aprietas, hace ruido mientras se desinfla. El aire, a su paso por ese invisible agujero, produce frecuentes y originales sonidos. Esto mismo ocurre al monje que ha inflado su corazon de pensamientos vanos y jactanciosos. La disciplina del silencio no les deja expulsar libremente el aire de la vanidad. Por eso lo arroja forzado y entre carcajadas por su boca. Muchas veces, avergonzado, esconde el rostro, comprime los labios, aprieta los dientes, rie constrenido y suelta risotadas como a la fuerza. Aunque cierra la boca con sus punos, todavia deja escapar algunos estallidos de nariz.

Cuarto grado de soberbia: la jactancia

[13] Si a la vanidad le da por tomar cuerpo y sigue inflandose la vejiga, se llega a un grado de dilatation tal que se precisa un orificio mayor. De lo contrario, podria reventar. Esto ocurre en el monje que rebasa la vana

alegria. Ya no le basta el simple agujero de la risa o de los gestos; y prorrumpe con la exclamation de Eliu: «Mi seno es como vino sin escape que hace re-ventar los odres nuevos» (Jb 32,19).

Septimo grado de soberbia: la presuncion

[16] El que esta convencido de aventajar a los demas, ^como no va a presumir mas de si mismo que de los otros? En las reuniones se sienta el primero. En las deliberaciones se adelanta a dar su opinion y parecer. Se pre-senta donde no le llaman. Se mete en lo que no le importa. Reordena lo que ya esta ordenado y rehace lo que ya esta hecho.

Noveno grado de soberbia: la confesion fingida

[18] Aunque todos estos tipos de excusa son malos y el prof eta los llama «palabras malevolas» (Sal 141,4, LXX), sin embargo, la enganosa y soberbia confesion es mucho mas peligrosa que la atrevida y porfiada excusa.

Hay algunos que, al ser reprendidos de faltas evidentes, saben que, si se defienden, no se les cree. Y encuentran, los muy ladinos, un argumento en defensa propia. Responden palabras que simulan una verdadera confesion. Como esta escrito, «hay quien se humilla con malicia, mientras dentro esta lleno de enganos» (Si 19,26). El rostro se abate, el cuerpo se in-clina. Se esfuerzan por derramar algunas lagrimillas. Suspiran y sollozan. Van mas alia de la simple excusa. Se confiesan culpables hasta la exagera-cion. Al oir tu de sus mismos labios datos imposibles e increibles que agra-van su falta, comienzas a dudar de los que tenias por ciertos...

El que... se acusa con fingimiento, puesto a prueba por una injuria in-cluso insignificante, o por un minusculo castigo, se siente incapaz de apa-rentar humildad y disimular el fingimiento. Murmura, brama de furor, le invade la ira y no da senal alguna de encontrarse en el cuarto grado de humildad. Mas bien pone de manifiesto su situation en el noveno grado de soberbia, que, segun lo descrito, puede ser llamado, en sentido pleno, confesion fingida.

Undecimo grado de soberbia: k libertad de Pecar

[20] Despues del decimo grado, que llamamos rebelion, el monje es expulsado del monasterio o se marcha el mismo. Inmediatamente cae en el undecimo, y entonces entra por unos caminos que a los hombres les pare-cen rectos, pero cuyo fin, a no ser que Dios lo impida, sumerge en lo pro-fundo del infierno, es decir, en el desprecio de Dios.

Duodecimo grado de soberbia: la costumbre de pecar

[21] El duodecimo grado puede ser denominado costumbre de pecar; costumbre en la que se pierde el temor de Dios y se incurre en desprecio.

Conclusion

[22] No me ha parecido conveniente describir las subidas, pues tengo mas experiencia de las bajadas. Que San Benito te exponga los grados de humildad, grados que el dispuso, primero, en su corazon. En cuanto a mi, solo puedo proponerte el orden que he seguido en mi bajada.

Si reflexionas seriamente sobre esto, tal vez encuentres aqui tu propio camino de subida. Si tu, en camino hacia Roma, te encuentras con un hombre que viene de alii, y le preguntas la direction que lleva a la Urbe, <{que mejor contestation puede darte que indicar su camino ya recorrido? Cuando te nombra castillos, villas y ciudades, rios y montes por los que ha pasado, te esta indicando su camino y al mismo tiempo trazandote el tuyo. Al reemprender la marcha, iras reconociendo esos mismos lugares por los que ese hombre acaba de pasar.

Valga este simil. En mi descenso probablemente encontraras los grados ascendentes; y al subirlos, los reconoceras muchisimo mejor en tu corazon que en este opusculo mio.

HUGO DE SAN VICTOR

Nacio en el ano 1096 de la familia de los condes de Blankenburg, en Sajonia. Se retiro junto con su tio a la abadia de San Victor de Paris, y alii murio en 1141. Sus obras, dogmaticas y misticas, estan recogidas en los vo-lumenes CLXXV, CLXXVI y CLXXVII de la *Patrologia latina.*

Comento a Dionisio y elaboro la teoria de la caida como embotamiento en el hombre de la capacidad de leer simbolicamente lo creado; el Verbo se encarno para poner remedio, ofreciendose como libro escrito exterior-mente por la humanidad, interiormente por la divinidad.

DE «LOS SACRAMENTOS»

[I, 1, 11] No se diga que antes de la creacion del Sol no pudo existir el dia, porque antes de que fuese hecho el Sol ya existia la luz: «Y vio Dios que la luz era buena... y llamo a la luz dia y a las tinieblas noche» (Gn 1,4-5). Y creo la luz como tal en los primeros tres dias, antes de que fuese hecho el Sol e iluminase el mundo. Pero ^que significa que no fuera hecho inmedia-tamente el Sol del cual debe nacer la luz, sino mas bien que antes de la clara luz existiera la luz? Quizas la confusion era indigna de la primera luz; sin embargo obtuvo cierta luz para poder ver el camino por el que debia pro-ceder hacia el orden y la justa disposicion.

[12] Yo creo que aqui se nos encarece algun sacramento; en efecto, toda alma, durante el tiempo que esta en pecado, se encuentra en las tinieblas y en la confusion.

Pero no puede escapar a su confusion, ni disponerse al orden justo y a la forma, si antes no es iluminada para ver sus males, distinguiendo la luz de las tinieblas, es decir, la virtud de los vicios, para disponerse al orden y confor-marse a la verdad. Esto no puede hacerlo un alma que yace en la confusion, sin luz; por eso es necesario que antes sea hecha la luz para que se vea a si misma y reconozca el horror y la torpeza de su confusion, saiga de ella y se dirija a la disposicion racional y al orden de la verdad. Despues de que ha-yan sido ordenadas todas sus cosas, y dispuestas segun el ejemplo de la ra-zon y la forma de la sabiduria, comenzara inmediatamente a resplandecer el sol de la justicia; porque asi esta dicho en la promesa: «Bienaventurados los puros de corazon, porque veran a Dios» (Mt 5,8). Ante todo, pues, en ese mundo racional del corazon humano se crea la luz, y se ilumina la confusion para que sea llevada de nuevo al orden. Luego que hayan sido purificadas

sus partes internas, surge la clara lumbrera del Sol y la ilumina. No es, en efecto, digna de contemplar el sol de la eternidad hasta que no este limpia y purificada, y tenga por materia la especie y por justicia la disposition.

Asi, la ley precedio a la gratia, la letra al espiritu; asi, Juan precedio a Cristo, la luz a la lumbrera, el candil al Sol; y el mismo Cristo mostro primero su humanidad para despues manifestar la divinidad, y en todas partes la luz precede a la luz... Por tanto, fue hecha la luz antes que se mani-festase la claridad del Sol, y fue el dia y hubo tres dias en que fue la luz y no existia aun el Sol. El cuarto dia refulgio el Sol, y ese dia era claro, porque tuvo una verdadera luminaria, y no habia en el tinieblas en absoluto. Asi, ninguna alma merece recibir la luz del Sol, ni contemplar la claridad de la suma verdad, si esta no va precedida por esos tres dias. El primer dia es hecha la luz, y se separan luz y tinieblas, y se denomina y se hace dia a la luz, noche a las tinieblas. El segundo dia, el firmamento es creado y co-locado entre las aguas superiores e inferiores, y se le llama cielo. El tercer dia se recogen las aguas que estan bajo el cielo en un solo lugar, y se ordena a las partes secas que se manifiesten y se revistan de su grama. Y todas es-tas cosas ofrecen testimonios espirituales.

Ante todo: en el corazon del pecador se crea la luz cuando comienza a conocerse, hasta el punto de separar la luz de las tinieblas, y comienza a llamar a la luz dia y a las tinieblas noche, y no es de aquellos de los que habla Isaias: «jAy de los que llaman al mal bien y al bien mal; que dan tinieblas por luz y luz por tinieblas» (Is 5,20). En efecto, cuando uno comienza a separar las tinieblas delaluz ly eldia dela noche]... queda todavia por crear en el el firmamento, es decir, se debe confirmar en su buen proposito: separar las aguas superiores de las inferiores, o sea, los deseos de la carne y *del* espiritu, para que aquel que esta en el medio y es mediador no permita mezclas ni transposiciones, a fin de que no coexista lo que se debe escindir, ni este encima lo que se ha de colocar debajo... Sigue, por ultimo, en el or-den de la disposition, la obra del tercer dia, por la cual se recogen las aguas que estan bajo el cielo en un solo lugar, para que no sean fluidos los deseos de la carne ni se extiendan mas alia del signo de la necesidad, de suerte que el hombre entero, Uamado de nuevo al estado de naturaleza y dispuesto segun el orden de la razon, recoja en un unico lugar todo deseo, y asi la carne quede sometida al espiritu, y el espiritu al Creador. Cualquiera que este de tal modo ordenado es digno de la luz del Sol, a causa de la mente elevada hacia lo alto y del deseo fijo en las cosas de arriba, y la luz de la suma verdad irradia al que contempla, el cual ya conoce y sabe la verdad, no «en un espejo, en enigma» (1 Co 13,12), sino en si misma y tal como es.

Pero tampoco se debe descuidar lo siguiente: «Vio Dios que la luz era buena y separo la luz de las tinieblas y llamo a la luz dia y a las tinieblas no-che» (Gn 1,4-5). Hizo y vio; despues separo y llamo. ^Por que vio?... Dios quiso ver si la luz era buena, para que «no nos fiemos inmediatamente

de cualquier espiritu, sino que pongamos los espiritus a prueba para ver si provienen de Dios» (1 Jn 4,1).

DE «LA MEDICINA DEL ALMA»

[1] Los antiguos Uamaban al hombre microcosmos, es decir, mundo menor, porque tiene una figura que se asemeja al mundo mayor.... El cielo se asimila a la cabeza, el aire al pecho, el mar al vientre, a la tierra las extre-midades. En el cielo reside Dios, y en la cabeza del hombre tiene su princi-pado la mente. En Dios hay tres personas, Padre, Hijo y Espiritu Santo, y en la cabeza del hombre tres potencias, entendimiento, razon y memoria.

En el cielo hay dos grandes luminarias, Sol y Luna, y en la cabeza dos ojos que iluminan el firmamento de la cara. Sol y Luna iluminan dia y noche y dan a los hombres la luz del conocimiento con su claridad: los ojos con su sutileza acogen en si las imagenes de las cosas y asi nos aseguran las cosas que vemos anunciandolas a la razon a traves del entendimiento. Asi mismo en el pecho, como en el aire, vuelan pensamientos semejantes a nubes, unas veces se crea la claridad de la alegria y otras la oscuridad de la tristeza; alii se levantan los vientos de las tentaciones que turban el animo; por division del aire relam-paguea la ira, y de ella se sigue el fuego del odio, es decir, la combustion del animo que, cuantas veces desciende de lo alto, es decir, de lo que pre-fiere, golpea las cosas que estan debajo. Estas tempestades a veces produ-cen Uuvias, a veces nieves y otras granizos. En ciertas ocasiones, unas pala-bras de santa exhortation bastan para aplacar tales asperezas; en otras bast a una blandicia de consolation... Pero, como las aguas en el mar, asi se recogen en el vientre los humores. Alii brota del higado la inundation de la sangre, la efusion de la hiel y, al modo de Caribdis, en el pulmon acontece la emision y la atraccion de la linfa [o catarro]. Se produce tambien, como [obra de] Circe, el endurecimiento del bazo. En tal agitation marina, o re-bullir del vientre, se verifican hinchazones y rechazos, ora desde abajo, ora desde arriba, por expulsion o por vomito. Lo mismo que el mar no tolera en si por mucho tiempo nada fetido, asi el vientre, teniendo necesidad cotidiana de alimento, para no tener que contener por mucho tiempo lo putrefacto, se purga a traves de los lugares secretos de la naturaleza. Asi, las

extremidades de los hombres, los pies, son asimilados a la tierra, porque como ella son de naturaleza fria y seca. Cuando, en efecto, las extremidades del enfermo se enfrian, anuncian la muerte, porque se acercan a la tierra, cuya naturaleza asumen.

[2] El animo humano utiliza cuatro humores [lo mismo que el mundo se compone de cuatro elementos]: como sangre la dulzura, como bilis roja la amargura, como bilis negra la tristeza, como linfa la serenidad de la mente. Dicen los medicos que los sanguineos son dulces, los colericos, amargos, los melancolicos, tristes, los flematicos, de cuerpo bien ordenado. En la contemplation, junto a la dulzura debe estar tambien la amargura por el recuerdo del pecado, la tristeza por su comision, la serenidad por la enmienda. Tambien se debe cuidar de que la dulzura espiritual no sea tur-bada por la amargura temporal y de que la amargura recibida del pecado no se corrompa por la dulzura carnal, de que la util tristeza no sea turbada por la ignavia... y de que la mente serena no sea destruida por cosas ilicitas. El alma tiene tambien sus estaciones, y como calor estival usa la caridad, como rigor invernal el entorpecimiento de la tentacion, como otono y pri-mavera la templanza y la discretion. Sea, pues, moderada en el corazon, discreta en las obras: el alma que guarda la atemperacion vive con salud.

[3] Los flematicos y los decrepitos son frios y humedos. No es extrano que a los que lloran sus pecados, pero no arden encendidos por el amor de las cosas celestiales, se les considere flematicos. Su estado mental sucumbe antes a la tentacion y a la corruption. Pesima es la enfermedad que nace del catarro, o flema, es decir, de la corruption de la propia mente, de la cual procede una fiebre cotidiana, es decir, un continuo ardor de la carne. En esta estacion, o sea, en invierno, aprovechan las cosas calidas y secas, segun el ejemplo de los elegidos. Las obras de los elegidos son abrasadas por el ardor del Espiritu Santo. Notese que el frio de esta estacion se debe a la distancia del Sol, que entonces entra en Capricornio, al que se llama signo infimo. Advierte la naturaleza del animal del cual toma nombre el sig-no, y de ello sacaras alguna conclusion moral. La cabra es semejante a los delincuentes, porque hiede a causa del humor corrompido por la fiebre continua, lo mismo que el pecador por la costumbre del pecado. Pace sobre las altas penas, y el pecador se deleita con las palabras y los ejemplos de los hombres sublimes. En esta estacion el Sol entra en Capricornio, mientras que el Sol de justicia ilumina al pecador con los rayos del Espiritu Santo. Despues de Capricornio entra en Acuario, para lavar con lagrimas

el hedor de los pecados. Sube hasta Piscis, que es el tercer signo, y toca el final del invierno, para que, como el pez en el agua, asi viva el pecador en las lagrimas.

[4] Tras el frio y las lluvias del invierno, tras el refrigerio y las lagrimas del corazon compungido, se llega al tiempo de primavera, al tiempo se-reno, es decir, a la pureza mental de la novedad de la conversion... La san-gre tiene su sede en el higado, es de naturaleza humeda y calida, aumenta en primavera como el grave mal de la fiebre cuartana... Tiempo propicio para los viejos, desfavorable para los jovenes. En este tiempo se ha de usar de lo frio y lo seco. Segun se dice, la sangre es la dulzura de la contemplation, que tiene su sede en el higado, como en su fuente, siendo el higado lugar de fervida coccion desde donde la sangre se dirige por los miembros para ser cocida por tercera vez con el calor de estos.

La primera coccion, en efecto, tiene lugar en el estomago, la segunda en el higado, la tercera en todos los miembros. Del ardor de amor, lo mismo que del calor del higado, segun la costumbre de la sangre, dimana la dulzura espiritual del contemplador. Esta es, en efecto, de naturaleza calida y humeda: el calor viene del amor, el humor del temor. Con este calor y humor crecen puros aquellos que acaban de convertirse, los cuales se asimilan a la primavera y al aire, es decir, a la novedad de vida, al crecimiento pri-maveral. Cuando uno se convierte de nuevas, se deleita de multiples modos con la dulzura espiritual. Propias de este tiempo son la grave enfermedad debida a la melancolia, la cuartana, y la pesima que proviene de la sangre, el sincope. Al comienzo de la conversion, mientras el animo del contempla-tivo se deleita, en el caso de la abundancia de la buena obra, como por una inundation de sangre, nace la turgencia de la exaltation; entonces surge, como de la corruption de la sangre, la fiebre, y sucede que la sangre, que es amiga de la naturaleza, se vuelve enemiga de la vida. Los medicos dicen que.
los apoplejicos son amigos de la muette... En primavera se ban de usar lo frio y lo seco. Asi pues, a fin de que por deseo de vanagloria no bulla el ardor de la sangre, es necesario que el animo traiga a su memoria el frio de la tentacion y la esterilidad de la sequedad, y use del beneficio de la dieta, que debe ser mas sana en primavera, de modo que al comienzo de la conversion no apetezca el amor de la alabanza. Advierte tambien que en primavera, a causa del calor y del humor de la estacion, se abren los poros de la tierra. Las diversas variedades de plantas generan las flores, es decir, las diversas virtudes, y casi se nos produce una primavera en nuestra mente. Por lo cual se dice: «El verano y la primavera Tu los plasmaste» (Sal 74,17). Por pri-

mavera entiende los convertidos recientes, atemperados por la mansedumbre; por verano los más provectos, que hierven con el fuego de la caridad. En esta estación, el Sol al subir toca tres signos, primero Aries, después Tauro y finalmente Géminis... Atiende en Aries al mando, en Tauro al yugo, en Géminis al consorcio de la cohabitación, para que sepas mandar, obedecer, asociarte. Aprende también a mantenerte con amor, tanto en el temor, como en la pesadumbre. Esta es la templanza primaveral, es decir, la mansedumbre de la mente apenas convertida. El Sol de esta estación es inconstante, ora lluvioso por la cercanía del invierno, ora seco por la cercanía del verano, ora frío, ora cálido... Los pecadores ora son humedecidos, como por lluvias, por la inundación de sus anteriores delitos, ora son secados como por la irradiación del Sol a causa de sus deseos de cosas celestiales. Es de prever que la enfermedad nacida en el frío del invierno vuelva en marzo, es decir, al comienzo de la conversión, matando al enfermo.

[5] La cólera roja tiene su sede en la vesícula biliar. Es de naturaleza cálida y seca. De ahí hombres iracundos, ingeniosos, agudos y ligeros. Es semejante al fuego, al verano, a la cálida juventud. La respiración a través de los oídos crece en verano, y en este tiempo están mejor los flemáticos, peor los coléricos. Mejor los decrépitos, peor los jóvenes... Tiempo de usar cosas frías y húmedas. A la cólera roja se debe atribuir la virtud de la amargura. Como en la sangre la dulzura, así se reconoce en la cólera roja la amargura, para que no sólo te endulces en las cosas espirituales, sino que también te amargues gravemente de los vicios... Es cálida por el fervor de la buena voluntad, seca por el humor del pensamiento fluido. Hace a los hombres iracundos contra los vicios, ingeniosos para destruir las maquinaciones diabólicas, agudos en sentir sutilmente las cosas y ligeros en captarlas rápidamente al vuelo... Hay una purgación a través de los oídos. En efecto, mientras con gusto oyes lo que debes hacer, purgas a través de los oídos del corazón las superfluidades de la cólera roja. Crece en verano. En efecto, cuanto más abunda la caridad, más se odia la iniquidad, porque los hombres se deben amar sin amar sus errores...

En este tiempo es útil usar de cosas frías y húmedas. En tanto ardor de caridad está bien pensar en el frío del invierno precedente, es decir, en la caída de los delincuentes para provecho de la confirmación de los buenos. «Si estás en pie, cuida no caigas» (1 Co 10,12). Cuanto más alto es el grado, tanto más grave es la caída. Atempera, pues, lo cálido con lo frío, lo seco con lo húmedo, para no calentarte demasiado; piensa en el caso de Pedro, espera las lágrimas...

La inmensidad del calor de Pedro era la excesiva confianza por excesivo afecto de amor. Y puesto que hirvió más de lo debido, se secó diciendo: «Xo conozco a ese hombre» (Mt 26,72). Era preciso, pues, que mitigase la aridez y que extinguiese la llama de la confianza excesiva... El Sol sube hasta Cáncer, donde tiene lugar el solsticio estival. Este es el altísimo camino que nos muestra el Apóstol y del cual se dice en otro lugar: «Fe, esperanza, caridad; pero la mayor es la caridad» (1 Co 13,13). Por eso en la perfección de la caridad tiene lugar el solsticio, para que no amemos nada más que a Dios. Cáncer se llama signo trópico, es decir, de conversión, a fin de que del amor de Dios te vuelvas al amor del prójimo. Tal es, en efecto, el regreso de Cáncer a Virgo, del ferviente amor a Dios al casto amor al prójimo. El Sol roca los tres signos... para que en Cáncer la caridad se convierta en compasión, en Leo la vigilancia en circunspección, y en Virgo la pureza en amor. El Cangrejo es retrógrado. El León durmiente tiene los ojos abiertos. La Virgen ignora todavía la mezcla carnal. Cuide, quien se convierte al amor del prójimo, de no amar al prójimo sino únicamente por Dios. En este uempo se secan las raíces de las hierbas y de los árboles, mientras que las mentes de los fieles no se nutren de ningún humor de amor terreno.

[6] [La cólera negra o atrabilis] domina el lado izquierdo, tiene su sede en el bazo, es fría y seca, vuelve iracundo, tímido, somnoliento, a veces vigilante. La purgación acontece a través de los ojos... Se puede entender... como atrabilis la tristeza, y nos pone tristes el mal que hicimos. Pero la tris-reza puede ser también de otras clases, cuando la mente está atormentada por el deseo de pasar a Dios. Domina el lado izquierdo porque está sujeta a los vicios que se encuentran en la parte izquierda, tiene su sede en el bazo porque, aun cuando se entristezca por la lejanía de la patria celeste, goza, sin embargo, de esperanza en el bazo. Recuerdo haber leído que los médicos sitúan el origen de la risa en el bazo. Por eso considero natural que los melancólicos rían unas veces y lloren otras. Es fría y seca, y las dos cosas tienen un sentido, ora bueno, ora malo. En la acepción mala se usa k palabra frío diciendo: «Ya ha pasado el invierno, las lluvias se han ido» Ct 2,11), entendiendo el entorpecimiento de la devoción. En la acepción buena, en cambio, donde ;>e dice: «Pasamos por el fuego y el agua, y nos sacaste al refrigerio» (Sal 66,12 LXX), es decir: tras la quemazón y la disolución pasamos a la quietud. El fuego, en efecto, quema, el agua disuelve. Quema la adversidad de la tribulación, disuelve la prosperidad del mundo que nos ablanda. El recipiente consolidado con fuego no teme al agua. Tras el rránsito de la tentación, el Señor nos conduce al refrigerio de la mente.

Así, también lo seco tiene dos acepciones. El salmista dice: «Y seca la formaron sus manos [de Dios]» (Sal 95,5). Llama seca a la tierra de nuestro corazón desecada de los malos humores. Pero lo seco se puede entender también de otro modo, cuando la aridez de la mente carece del rocío celeste, del Espíritu Santo. Ella hace a los hombres iracundos según está dicho: «Airaos y no pequéis» (Sal 4,5); tímidos, porque «dichoso el hombre que teme siempre» (Pr 28,14). Unas veces somnolientos, otras vigilantes, es decir, ora cargados de preocupaciones, ora vigilantes y atentos a los deseos celestes, semejantes al otoño, a la tierra, a la vejez, para que se imite en la tierra la estabilidad de la tierra, y de ahí le llegue al viejo la gravedad de los ancianos, al otoño la madurez de las cosechas. La purgación acontece a través de los ojos: de los vicios que nos ponen tristes y que hemos extirpado por medio de la confesión, nos purgamos por medio de lágrimas...

En este tiempo aprovecha usar de cosas cálidas y húmedas. Para conservar la salud del alma, no basta, en efecto, ser desecados del humor de las voluptuosidades y refrigerados tras el bochorno de los vicios, si no se te infunde también el rocío de la contemplación suprema y no te ves encendido al mismo tiempo por el amor del Espíritu Santo. En otoño, el Sol toca tres signos. Primero Libra, en medio Escorpio y al final Sagitario. Sabes que en otoño se recogen los frutos que han llegado a su plena madurez. Y en este tiempo cae el equinoccio. Si has llegado, pues, a la madurez, si por tu propia iniciativa no te resistes a expresarte así, si eres vino, y de buen sabor, si deseas llegar a la bodega del Rey supremo para decir «quiero partir y estar con Cristo» (Flp 1,23), presta atención al signo de Libra y al solsticio. La Balanza, en efecto, con aguja igual pesa las noches y los días, es decir, las obras buenas y las malas. El Escorpión amenaza con la cola y pica con el aguijón. El aguijón está en la cola como el dolor en el final. Cuando llegas, en efecto, a la vejez, temes el peligro de muerte inminente. Después, efectivamente, el Sol entra en Sagitario, que tiene dos naturalezas, la humana y la ferina. La parte superior es humana, animal la parte inferior. Quienes viven racionalmente, en efecto, son dignos del cielo, del infierno quienes viven como animales. Sostiene el arco, dispara la saeta. La realidad es doble: existe el arco de Dios y existe el arco del demonio. En aquél se apoyan los espirituales, en éste los animales. «Los pecadores tensan su arco para asaetear a escondidas al inmaculado [los rectos de corazón]» (Sal 11,2 LXX). A aquellos a quienes esconde el lugar y el hábito de la religión, el diablo no cesa de hostigarlos con insidias ocultas. Los pecadores, en efecto, tienen un arco de oculta malicia con cuerda de nequicia. Tienen también una aljaba donde llevan las saetas, es decir, los pensamientos perversos, «porque los pecadores

tensaron su arco, prepararon sus saetas en la aljaba» (Sal 10,2 LXX). Preparan saetas porque los perversos se aplican con ahínco a subvertir. Pero «el Señor quebrará el arco y romperá las saetas» (Sal 46,10 LXX). El arco espiritual de los justos es la inteligencia espiritual, la cuerda es la doctrina; las saetas, las palabras de la doctrina; la aljaba, la memoria.

El Señor tensa este arco y lo ha preparado... Este arco lanza «las flechas afiladas del poderoso» (Sal 119,4); hieren traspasando el corazón; «El Señor sabe asaetear el amor», dice Agustín. Ninguno asaetea mejor el amor, que quien asaetea con la palabra. Asaetea, en efecto, para convertir en amante. Por esta saeta es herida la esposa. «Estoy herida», dice, «de caridad [languor de amor]» (Ct 2,5). ¡Oh, muera a este mundo quien sea alcanzado por tal proyectil!

De «El arra del alma»

ALMA: ¿De qué modo se puede demostrar lo que no se puede ver? Y lo que no se puede ver, ¿de qué modo puede ser amado? Ciertamente, si no hay un auténtico y duradero amor temporal y visible, no puede ser amado lo que no se puede ver; miseria eterna persigue siempre el viviente que no encuentra nunca amor duradero. En efecto, nadie puede ser feliz sin amor; y se garantiza la propia miseria al amar lo que no es. ¿Quién podría llamar dichoso, no a aquel a quien me he referido, sino al que, olvidando la humanidad y despreciando toda paz social, se amase sólo a sí mismo con cierto amor mísero y solitario? Es necesario, pues, que apruebes el amor de las cosas visibles o que, si lo excluyes, muestres las otras cosas que se pueden amar más sana y jovialmente.

HOMBRE: Si te parece que se deben amar las cosas del tiempo y de la vista porque tú ves que a ellas pertenece cierta gracia particular, ¿por qué no te amas más bien a ti misma, que, con tu belleza, superas totalmente la gracia y la belleza de todo lo que es visible? ¡Oh, si te mirases a ti misma! ¡Oh, si vieses tu aspecto, sabrías ciertamente de cuánta reprensión has sido digna al considerar adecuada a tu corazón alguna cosa fuera de ti!

ALMA: El ojo ve todas las cosas, pero no se ve a sí mismo, porque con la vista con la que vemos las demás cosas no vemos nuestro propio rostro, en el cual se encuentra ella. Los hombres conocen su rostro por signos exteriores, y conocen la belleza de su semblante más a menudo con el oído que con la vista. A menos que se quiera tomar un espejo de tipo particular en el cual se pueda conocer y amar el aspecto del propío corazón, ¡como si todos no llamasen con razón necio a quien contemplase constantemente en el espejo la imagen de su propio rostro para satisfacer su amor! Puesto que, por tanto, no puedo contemplar cuál es mi rostro ni la belleza de mi semblante, extiendo más fácilmente mi afecto a las cosas que son exteriormente admirables...

HOMBRE: El amor no es solitario, con él está Dios; ni se extingue la fuerza del amor cuando éste se ve retenido con cosas abyectas y viles apetitos. Se hace la mayor ofensa a sí mismo quien admite en compañía del amor cosas deshonestas o cosas que no son ciertamente dignas de su amor. Por tanto, en primer lugar es necesario que cada uno se considere a sí mismo y, cuando haya conocido su propia dignidad (para no hacer injuria a su amor), no ame las cosas abyectas. En efecto, también lo que es bello, si se considera en sí mismo, acaba por verse rebajado en comparación con algo aún más bello. Y lo mismo que no es adecuado unir cosas deformes a cosas bellas, así es del todo inarmónico igualar a la belleza aquellas cosas que no tienen sino una belleza en cierto modo imaginaria y podrida. Si no quieres tener en el alma un amor solitario, no quieras prostituirlo continuamente. Tú buscas lo único; busca también algo que se deba elegir únicamente. Sabes que el amor es fuego, y el fuego busca pábulo para arder. Pero evita arrojarte en lo que da más bien humo o hedor. Es tal la fuerza del amor, que es necesario hacerse igual al objeto amado, unirse a él por medio del afecto, transformarse a su semejanza en la unión que le es propia. Considera, pues, tu belleza, oh alma, y entiende qué belleza debes amar. No es invisible tu rostro. Nada ve bien tu ojo si no se ve a sí mismo. En efecto, cuando es perfectamente nítido para contemplarse a sí mismo, ninguna peregrina semejanza o falsa imaginación de verdad puede engañarlo desde el exterior. Y si por casualidad esa visión tuya interna estuviese oscurecida por tu negligencia, y tú no te bastases para contemplarte a ti misma como corresponde y conviene, ¿por qué al menos no examinas lo que debes juzgar de ti basándote en el juicio ajeno?

Tienes un esposo, pero no lo sabes. Es el más bello de todos, pero no has visto nunca su rostro. El te ha visto, porque, si no te hubiese visto, no te amaría. No quiso presentarse aún ante ti, sino que te envió regalos, te dio una prenda, un signo de amor. Si pudieses conocerlo, si vieses su belleza, no dudarías más de la tuya. Sabrías, en efecto, que no habría en tu aspecto tanta fascinación de belleza, armonía, elegancia y singularidad, si no lo atrajese sobre todo su gracia singular y admirable. ¿Qué haces, pues? Ahora no puedes verlo porque está ausente. Y

por eso no temes, ni te ruboriza, hacerle agravio, despreciando su amor excepcional; y te pones torpe y vergonzosamente a precio de la libídine ajena. No lo hagas. Si todavía eres incapaz de saber quién es el que te ama, considera al menos el signo que te dio; quizás en el don mismo de quien está cerca de ti podrás reconocer con qué afecto te ama, con qué interés y cuidado debes conservarte para él. Pues grande es lo que te ha dado, pero mayor es lo que ama en ti.

¿Qué te ha dado, alma, tu esposo? Quizás vacilas todavía y no sabes qué decir. Piensas de qué puedes haber recibido un valor tan grande, y te parece que no tienes nada y que nada has recibido.

Yo te lo diré, sin embargo, para que sepas lo que te ha dado el esposo. Mira este mundo en su conjunto y considera si existe en él algo que no te sirva. Toda la naturaleza dirige su curso a este fin: a someterse a tus órdenes, a servir a tu utilidad, a salir igualmente al encuentro de tus pasatiempos y de tus necesidades con una abundancia de dones que nunca mengua. Tal fin el cielo, tal la tierra, tal el aire, tal los mares, *con todo* Jo que hay en ellos, nunca dejan de cumplirlo; a tal fin tiende *el giro de los tiempos con* su renovación *anual, innovando lo antiguo* con partes redivivas, restaurando lo arruinado, *reconstruyendo lo consumido,* alimentándolo todo perpetuamente. ¿Quién crees, pues, que ha establecido eso? ¿Quién edificó la naturaleza de manera que toda ella te sirva? Tú recibes el beneficio, pero no conoces a su autor. Está manifiesto el don, oculto el donador... Quienquiera que sea, pues, te ha dado mucho; él, que te ha dado absolutamente todo, debe ser muy amado; él, que tanto pudo y quiso dar, amó mucho. Se demuestra, pues, tan amante, tan merecedor de ser amado con su don, que necio es no desear espontáneamente amarlo a él, poderosísimo, lo mismo que es impío y perverso no corresponder a tanta atención.

Mira, pues, oh alma impudente y temeraria, mira lo que haces cuando deseas amar y ser amada. Todo el mundo te está sujeto, y no has desdeñado admitir en tu amor, no digo a todo el mundo, sino ni siquiera una pequeña partícula de él, aunque no destaque ni por su bello aspecto, ni por ser necesaria y útil, ni por ser grande, ni por ser óptima. Si amas las cosas, ámalas como tus subordinadas, como sometidas a ti, como dones, como prendas del esposo, ofrendas del amigo, beneficios del Señor. Así, al recordar siempre lo que le debes, no amarás, ni las cosas en vez de a él, ni las cosas con él, sino las cosas por él, o por medio de ellas a él. Evita, alma, que te llamen meretriz, en vez de esposa, si amas (no suceda nunca) los dones del donador más que el

afecto del amante. Además, haces a su caridad mayor ofensa todavía si recibes sus dones y, sin embargo, no le restituyes el amor. Rechaza, si puedes, sus dones; si no puedes, dale el amor.

Amale, ámate a causa de él, ama sus dones a causa de él. Amalo de manera que goces de él, ámate porque eres amada por él. Amalo en sus dones, pues te son dados por él. Ámalo por ti y ámate por él, ama sus dones en cuanto te vienen de él, en cuanto son para ti. Tal es el amor casto y puro, nada tiene de sórdido, nada de amargo, nada de transitorio, pues es agraciada su castidad, risueña su dulzura, duradera su eternidad.

HILDEGARDA DE BINGEN

Nació en el año 1098 en Bermersheim, cerca de Maguncia. A los ocho años se convirtió en oblata de una reclusa, y en 1147 fundó el monasterio de Rupertsberg junto al Rin. Fue consultada como un oráculo por los poderosos de la época. Murió el 17 de septiembre de 1179.
Escribió *Savias {Conoce los caminos)* y el *Liber divinorum operum {Libro de las obras divinas),* además de tratados de zoología, botánica y medicina.

Entre sus profecías se encuentra la relativa a la quinta época, o siglo XVI, según la cual se desintegrará el imperio, se producirá un cisma y «cada país y cada pueblo elegirán un rey particular... El papa perderá de tal modo su antigua autoridad, que a duras penas podrá conservar bajo su tiara Roma y algún trozo de alrededor... muchos hombres volverán a las costumbres de los antiguos», los conventos serán suprimidos.

DE «SCIVIAS»

[II, 2] Vi una luz fulgidísima y en ella una figura de hombre color zafiro que inflamaba todo con un suavísimo fuego ruinante, y esa luz espléndida se difundió por el entero fuego rutilante, y este fuego rutilante por la entera luz esplendente, y la luz fulgidísima y el fuego rutilante por la entera figura del hombre, produciendo una sola lumbrera de una única virtud y potencia.

Y oí a esa luz viva que me decía: «Este es el sentido de los misterios de Dios: que con discreción se vea y comprenda cuál es la plenitud sin nacimiento y a la que nada le falta, que con virtud potentísima trazó todos los cursos de los fuertes. Si, en efecto, el Señor estuviese vacío de su virtud, ¿qué necesidad se tendría de El? Ninguna, ciertamente; por eso en su obra

perfecta[3] se ve cuál es su categoría de artista. Por eso ves la luz fulgidísima, que es sin nacimiento y a la que nada puede faltar; designa al Padre, y en ella el Hijo declara, por medio de la figura de hombre color zafiro sin mancha de imperfección, envidia ni iniquidad, que fue engendrado según la divinidad antes de los tiempos por el Padre, pero que después se encarnó en el tiempo según la humanidad. La que entera flamea con suavísimo fuego rutilante, fuego exento de contacto con cualquier mortalidad árida y tenebrosa, indica al Espíritu Santo, del cual fue concebido según la carne el unigénito de Dios, nacido temporalmente de la Virgen, el cual infunde luz de verdadera caridad al mundo. Pero si esa espléndida luz se difunde por todo ese fuego rutilante, y ese rutilante fuego por toda esa luz esplendente, y esa espléndida luz y rutilante fuego por toda la figura del hombre, produciendo una única lumbrera con una sola virtud y potestad, es porque el Padre, que es suma equidad, no es sin el Hijo y el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo enciende los corazones de los fieles, pero no sin el Padre y el Hijo, y el Hijo es plenitud de virtud, pero no sin el Padre y el Espíritu Santo, y son inseparables en la majestad de la divinidad, porque el Padre no es sin el Hijo, y el Hijo no es sin el Padre, ni Padre e Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin ellos, y estas tres personas existen como Dios único en una sola e íntegra majestad de divinidad, y la unidad de la divinidad está inseparablemente viva en esas mismas tres personas, no pudiéndose escindir la divinidad, pues permanece siempre inviolable ante cualquier mudanza; pero el Padre es declarado por el Hijo, el Hijo, por el nacimiento de las criaturas, y el Espíritu Santo, por el mismo Hijo encarnado. ¿Cómo? Fue el Padre quien antes de todos los siglos engendró al Hijo, fue a través del Hijo como todas las cosas fueron hechas por el Padre al comienzo de las criaturas, y fue el Espíritu Santo quien en forma de paloma apareció en el bautismo del Hijo de Dios al fin de los tiempos. Por eso nunca se olvide el hombre de invocarme único Dios en estas tres personas; porque a causa de ellas me mostré al hombre para que el hombre ardiese tanto más íntimamente en amor por mí, habiendo yo mandado por amor suyo a mi Hijo al mundo del modo que mi amado Juan proclama diciendo: "Y en esto se manifestó la caridad de Dios en nosotros, en que mandó al Hijo unigénito al mundo para que vivamos por EL En esto consiste la caridad: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó primero, y mandó a su Hijo como propiciación por

3. Más adelante se dice que el hombre íntegro es la obra perfecta de Dios.

nuestros pecados" (1 Jn 4,9-10). ¿Qué significa esto? Puesto que Dios nos amó, brotó una salud distinta de la que en el próximo nacimiento tuvimos como herederos de la inocencia y santidad, porque el Padre supremo mostró su caridad en nuestros peligros, cuando estábamos afligidos por la pena, mandando a su Verbo solo entre los hijos de los hombres, en perfecta santidad, por suprema virtud, a las tinieblas de los siglos, donde el mismo Verbo, habiendo obrado todo lo bueno, llevó de nuevo a la vida por medio de su mansedumbre a quienes estaban abatidos por la inmundicia de la prevaricación y ya no eran capaces de volver a la santidad perdida. ¿Qué significa eso? De la misma fuente de vida vino el amor paterno del abrazo de Dios, educándonos en la vida, y fue nuestra ayuda en los peligros como profundísima y suavísima claridad, instruyéndonos en la penitencia. ¿De qué modo? Dios recordó con misericordia su gran obra y preciosísima alegría, al hombre, digo, al que El formó del limo de la tierra y en el cual inspiró el aliento de vida. ¿De qué modo? Lo instruyó para vivir en penitencia, y la eficacia de ésta no perecerá jamás, porque la astuta serpiente engañó al hombre con soberbia invasión, pero Dios la echó con la penitencia que muestra humildad, y que el diablo no conoció ni hizo, porque no supo levantarse al camino recto. Por tanto, esta salvación a través de la caridad no salió de nosotros, pues ni sabíamos, ni podíamos amar a Dios en la salvación, sino que el mismo Creador y Señor de todos amó de tal modo al mundo, que por la salvación de éste envió a su Hijo, príncipe y salvador de los fieles, quien lavó y detergió nuestras heridas, rezumando aquella dulcísima medicina de la cual dimana todo bien de la salvación. Por eso, oh hombre, entiende que ninguna inestabilidad de mudanza afecta a Dios. En efecto, el Padre es Padre, el Hijo Hijo, el Espíritu Santo Espíritu Santo: tres personas en la unidad de la divinidad que están indivisiblemente vivas. ¿En qué manera? Existen tres fuerzas en la piedra, tres en la llama y tres en la palabra. ¿Cómo? En la piedra están la virtud del humor, la virtud de la palpabilidad y la virtud ígnea; mas la piedra posee la virtud del humor para no deshacerse ni consumirse, la aferrabilidad palpable para ofrecer morada y defensa, y la virtud ígnea para ser alimentada y consolidada en su dureza; la virtud húmeda significa al Padre, cuya virtud nunca se seca ni acaba, la palpabilidad comprensible designa al Hijo nacido de la Virgen, al que se pudo tocar y comprender, y la virtud del fuego rutilante significa al Espíritu Santo, que enciende e ilumina los corazones de los fieles. ¿Qué significa esto? Del mismo modo que el hombre a menudo atrae con su cuerpo la húmeda virtud de la piedra, y, por tanto, debilitándose enferma, así el hombre que por la inestabilidad de

sus pensamientos quiere temerariamente ver a Dios Padre cara a cara perece en la fe. En la palpable aferrabilidad de la piedra hacen su morada los hombres, con ella se defienden de los enemigos; así el Hijo de Dios, que es verdadera piedra angular, es morada del pueblo fiel, lo protege de ios espíritus malignos. Y, lo mismo que el fuego rutilante ilumina las cosas tenebrosas quemando aquello en lo que se apoya, así el Espíritu Santo ahuyenta la infidelidad, quitando toda herrumbre de iniquidad. Y lo mismo que tales fuerzas están en una sola piedra, así la verdadera Trinidad está en una sola divinidad.

»Lo mismo que una llama en un solo fuego tiene tres virtudes, así un único Dios está en tres personas. ¿Cómo? La llama consta de una espléndida claridad, de un ínsito vigor y de un ígneo ardor, pero la espléndida claridad la posee para relucir, el ínsito vigor para mantenerse vivo, y el ígneo ardor para quemar. Por eso, considera en la espléndida claridad al Padre que expande su claridad sobre los fieles con paterna caridad; entiende a través del ínsito vigor de la espléndida llama al Hijo, en el cual dicha Llama muestra su virtud, el Hijo que tomó cuerpo por medio de una virgen en la cual la divinidad declaró sus maravillas; y reconoce en el ardor ígneo al Espíritu Santo, que suavemente quema las mentes de los fieles. Pero donde no haya ni espléndida claridad, ni ínsito vigor, ni ígneo ardor, illí no se ve tampoco llama alguna; igual que, donde no se adora ni al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo, no se tiene digna veneración. Lo mismo que en una llama se perciben estas tres fuerzas, así en la unidad de la divinidad se deben entender tres personas. Lo mismo que en la palabra o verbo se denotan tres fuerzas, así se puede considerar la Trinidad en la unidad de la divinidad. ¿Cómo? En el verbo están el sonido, la virtud y el ¿liento. Pero el sonido existe para ser oído, la virtud para ser entendida, el aliento para ser completado. En el sonido observa al Padre, que di-ronde todo con inenarrable majestad. En la virtud, al Hijo, que maravillosamente fue engendrado por el Padre, y en el aliento, al Espíritu Santo, que sopla donde quiere y por quien todo es consumado. Donde no se oye sonido, ni tampoco opera la virtud ni se alza el aliento, allí no se oye el verbo, precisamente igual que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no es-*zin* divididos entre sí, sino que unánimemente realizan su obra. De macera que, lo mismo que esas tres cosas están en el verbo, igualmente la suprema Trinidad está en la suprema unidad... Así resuena el verbo desde la boca del hombre, pero no hay boca sin verbo ni verbo sin vida. ¿Y dónde permanece el verbo? En el hombre. ¿Y de dónde sale? Del hombre. ¿En *zué* manera? Siendo el hombre viviente...

»Oh hombre, abraza a tu Dios con la fuerza de tu vigor antes de que llegue el día de la purgación de tus obras, cuando todo sea manifestado y no quede nada oculto, cuando vengan los tiempos sin defecto en su duración. Y no murmures de estas cosas con tu sentido humano diciendo: "No me agradan, ni comprendo si suponen prosperidad o tribulación", porque sobre este punto el espíritu humano siempre alberga dudas; en efecto, aun cuando realice obras buenas, anda preocupado por si agradarán o no a Dios. Y cuando perpetra el mal, teme por su salvación. Pero quien ve con ojos vigilantes y oye con oídos atentos, ofrezca el beso del abrazo a estas místicas palabras mías que emanan de mí, el que vive.»



FIGURA 1. Figura que pisotea al diablo. Miniatura del códice manuscrito *Sanctae Hil-legarais revelationes,* **Biblioteca estatal de Lucca, siglo XIII (n° 1942).**

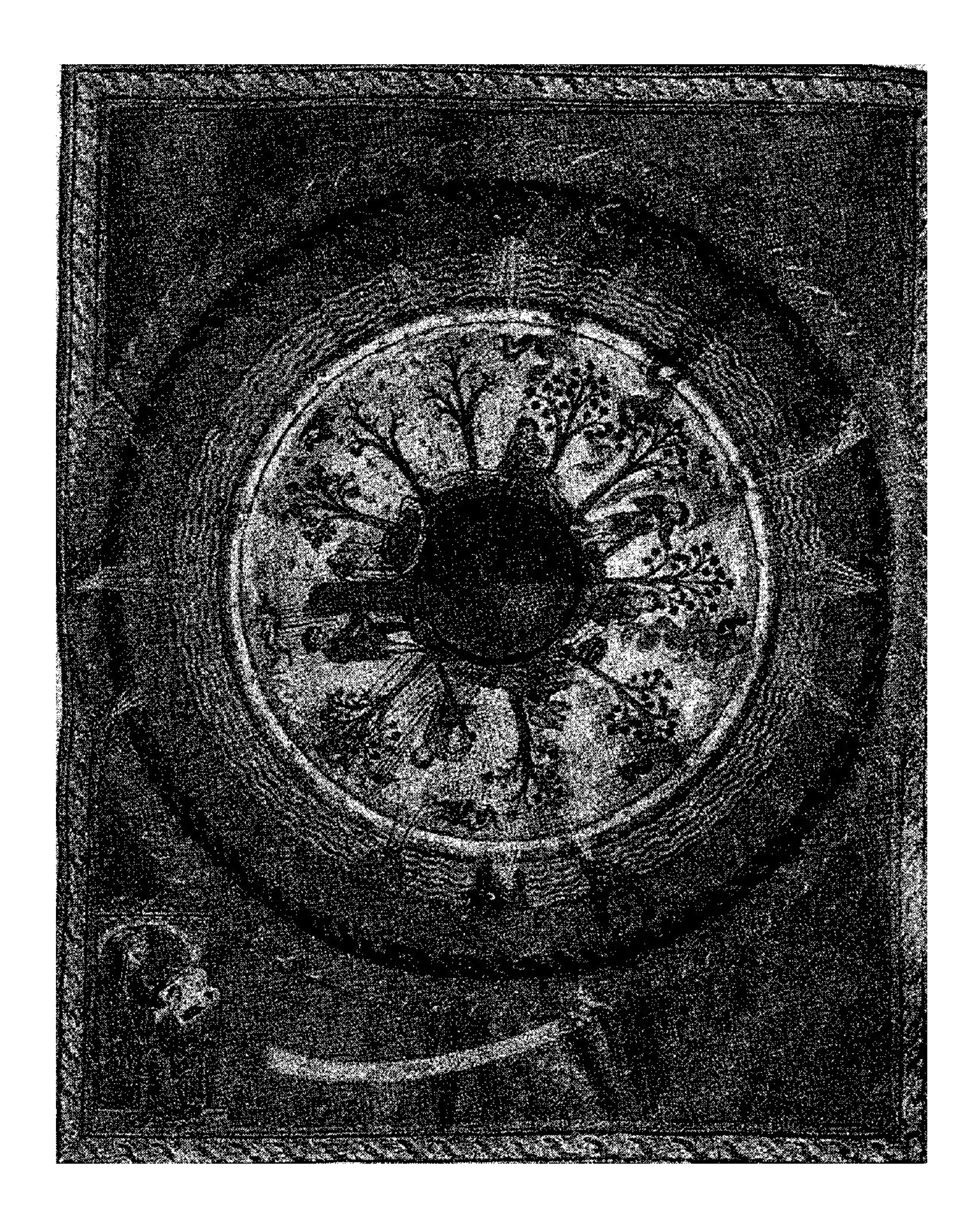


FIGURA 2. Influencias de los astros.

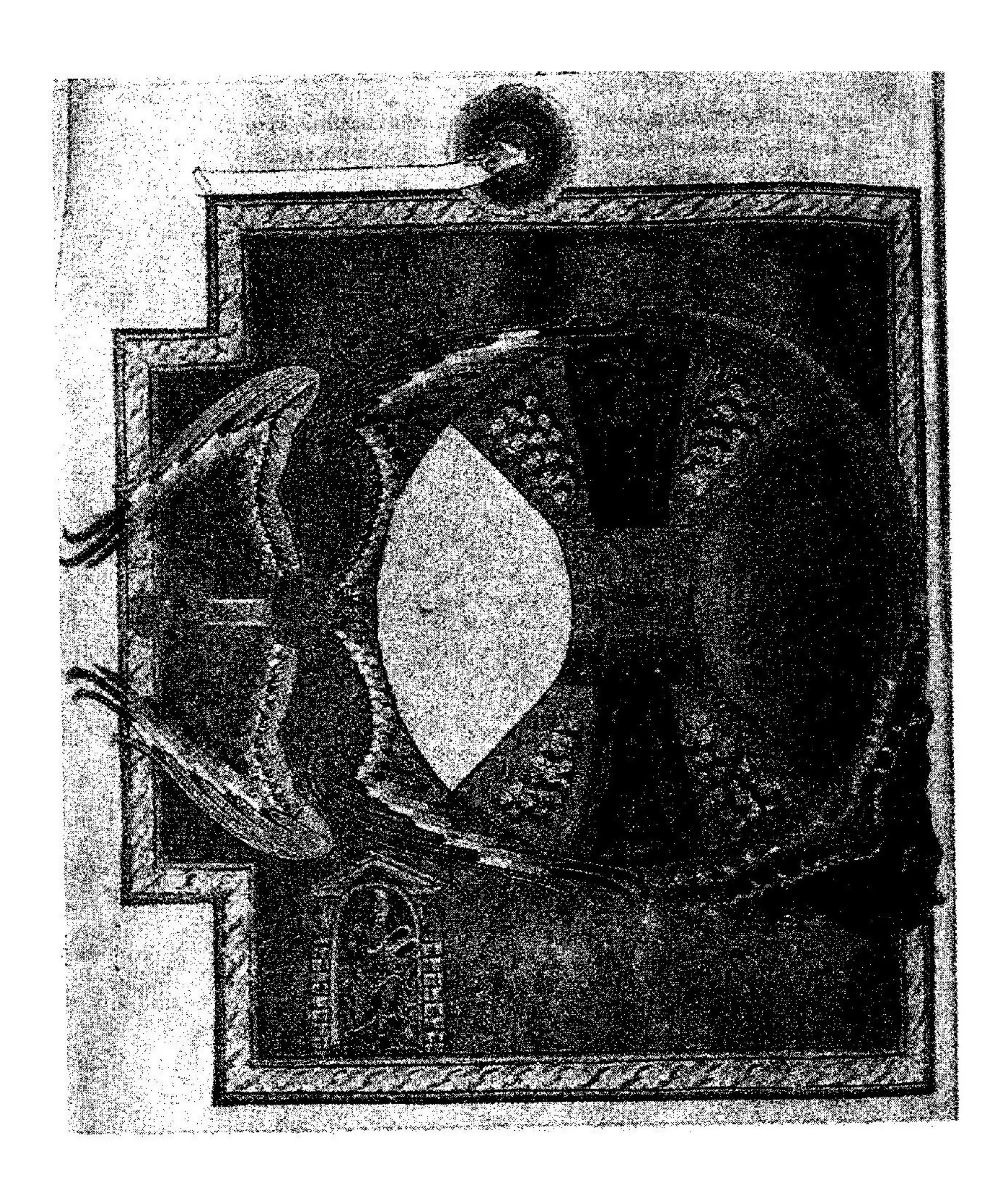


FIGURA 3. Estructura de la esfera.

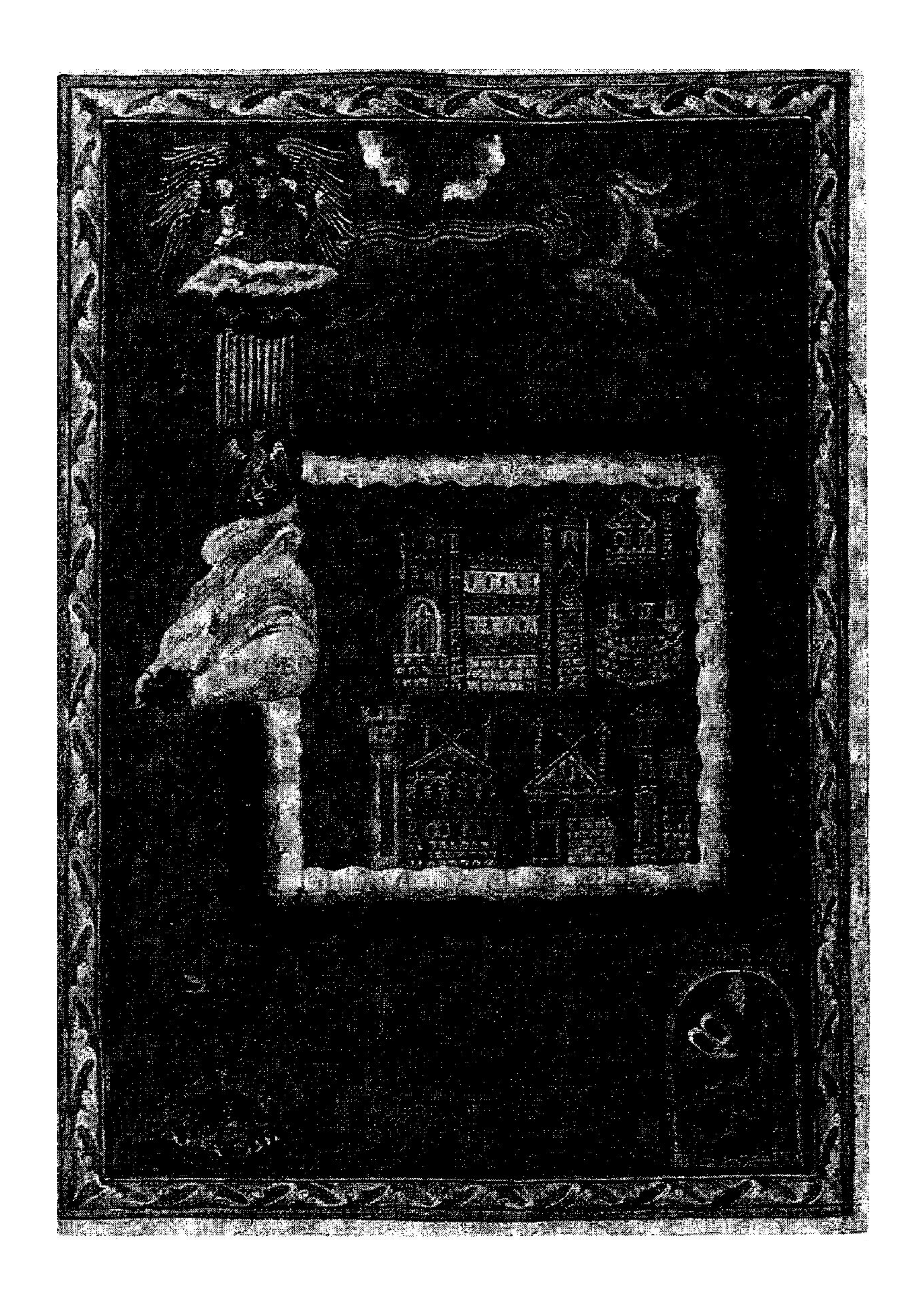


FIGURA 4. La Ciudad celeste, la verdadera Iglesia o paraíso, dentro del marco, y diversos acontecimientos místicos fuera de él.

DEL «LIBRO DE LAS OBRAS DIVINAS»

Por qué la Divinidad comprende todo en sí,
como una rueda íntegra que no tiene principio ni fin,
ni está circunscrita por el espacio ni el tiempo

[I, 2,2] Oí una voz del cielo que me decía: «Dios, que por la gloria de su nombre construyó el mundo con los elementos, lo consolidó con los vientos y lo iluminó engastando en él las estrellas, lo llenó también de las restantes criaturas, envolviendo y fortaleciendo al hombre con todas estas cosas, y le infundió por todas partes un supremo poder, por cuanto ellas lo asistirían siempre e intervendrían en todas sus obras, de manera que él atendería a sus obras con su ayuda, ya que el hombre sin ellas no puede vivir ni existir, como se te pondrá de manifiesto en la presente visión».

En efecto, sobre el pecho de la ya mencionada imagen apareció una rueda, admirable de ver, con signos semejantes poco más o menos a aquella construcción que hace veintiocho años viste en una figura oval de valor semántico —como te fue mostrado en las visiones precedentes—; pues con tal imagen se quiere decir que la forma del mundo existe inmersa, sin olvido, en la ciencia del verdadero amor que es Dios; tal forma gira eternamente sin deshacerse nunca (lo cual es admirable en comparación con la naturaleza humana) y... no es susceptible de aumento mediante novedad alguna, sino que, tal como fue creada la primera vez por Dios, así durará hasta el fin de los siglos. La divinidad, en efecto, en su presciencia y su obra, está siempre intacta en su totalidad y no está dividida en modo alguno, pues no tiene principio ni fin, y no puede ser comprendida ni abarcada por nada, dado que se encuentra en una esfera intemporal y eterna. Lo mismo que el círculo abarca todo lo escondido y guardado dentro de sus límites, así la divinidad sacrosanta comprende en su infinitud todas las cosas y es excelsa sobre todo, pues nadie pudo nunca dividirla ni fragmentarla en su potencia, ni superarla o agotarla.

Por qué en el libro «Savias» la esfera del mundo
se presenta o describe en forma de huevo,
mientras que en el presente libro se recurre
aü la comparación de la rueda

[I, 2, 3] El hecho de que la construcción antedicha, en tus visiones precedentes, quedara plasmada en forma de huevo, pretende expresar

únicamente la distinción de los elementos, pues en el mundo ya diferenciado por elementos, la forma discriminante del huevo se asemeja en cierto modo a ese tipo de distinción... En esta visión hodierna, en cambio, la rueda sólo pretende mostrar la circularidad y la justa dimensión de los elementos mismos, pues ninguno de los elementos como tal se asemeja completamente a la figura del mundo, ya que, con esa forma íntegra por todas partes, redonda y giratoria, cualquier globo que sea íntegro y giratorio es una imagen relativa de la figura mundana.

Por qué los dos circuios del fuego negro y luciente
están uno debajo del otro; y cómo ambos
operan juntos; y qué significan

[I, 2, 4] El hecho de que en su órbita extrema el círculo aparezca como fuego luminoso significa que el primer elemento, es decir, el fuego, existe antes que los demás, pues es ligero, comprende en sí los restantes elementos, y da luz y penetra todas las cosas creadas suministrándoles la alegría de su luz, simbolizando además el poder de Dios que está por encima de todos y a todos proporciona la vida. Debajo de este círculo se muestra otro de fuego oscuro: dicho fuego está puesto debajo del primero por estar creado en función del juicio y ser fuego de gehena para la venganza sobre los malvados. No respeta a ningún culpable sobre el que caiga el justo juicio divino, pues en él se muestra cómo todos los que se oponen a Dios serán desbaratados en una caída oscura entre calamidades de todo tipo. En verano, en efecto, cuando el sol asciende a lo alto, el mismo fuego ejecuta la venganza de Dios encendiendo el rayo; cuando luego, en invierno, el sol desciende, muestra las plagas del juicio con el hielo, el granizo y el frío, desde el momento en que cualquier pecado es probado según su medida o con el fuego, o con el frío, o con otras plagas. El círculo de fuego luminoso supera al círculo de fuego tenebroso en densidad, dos veces, pues este fuego oscuro es tan fuerte y amargo en su oscuridad, que esconde y dispersa la luminosidad del fuego superior. Ese fuego no supera a éste en densidad por cuanto significa que la venganza de los pecados de los hombres lleva consigo tantos peligrosos tormentos, que el hombre no podría soportarlos si la gracia y la clemencia de Dios no los previniese. Ambos círculos se combinan como si fuesen uno solo, pues se encienden con el ardor ígneo, y el poderío y el juicio de Dios enlazados entre sí en una sola línea no se superan nunca mutuamente.

El círculo del puro éter, que es el tercero:
qué vale en su estructura, qué significa
y *por qué tiene tanta densidad como los dos círculos superiores*

[I, 2,5] Bajo el círculo de fuego oscuro hay un nuevo círculo semejante al éter puro, de densidad igual a la del círculo de los dos fuegos precedentes. Resulta que, por debajo del fuego luminoso y del fuego tenebroso está, abrazando el mundo con su carácter circular, el puro éter, que procede de ellos como el rayo del fuego llameante, cuando el fuego abre su llama para mostrar la pura penitencia de los pecados, que es estimulada en el hombre a través de la gracia divina como por un fuego luminoso, y a través del temor de El como por un fuego oscuro. El éter es además tan denso como los dos fuegos precedentes porque de uno y otro obtiene su esplendor, y por eso tiene la densidad de ambos: no es más dulce en el fulgor de la luminosidad, ni más áspero en la barrera de la tiniebla, que cuanto indique la justa sentencia divina, ya que ni el día ni la noche muestran tampoco en sí mismos otra cosa que lo que la voluntad divina dispone.

Así, el éter mismo refrena también las cosas superiores y las inferiores para que no traspasen sus límites; y él no cae sobre ninguna criatura como una sentencia de juicio de tribunal, sino que con su sutileza y equidad muchas veces se resiste a ellas, justamente como la penitencia refrena la venganza de los pecados.

Que él [es decir, el éter] conserve, además, la misma densidad que esos fuegos significa que el hombre penitente debe considerar en el fuego luminoso la caída del primer ángel que fue luminoso; y debe considerar también, en la densidad del fuego oscuro, la caída de los hombres que pecan por incredulidad y audacia, y de ese modo, viendo el poder y el justo juicio de Dios, arrepentirse de manera franca y decorosa.

El cuarto círculo que aparece a guisa de aire húmedo:
cuánta densidad tiene y qué significa

[I, 2, 6] Sin embargo, también por debajo del círculo del puro éter se manifiesta un nuevo círculo de aire húmedo de densidad igual, en su órbita, a la del antedicho círculo de fuego luminoso; ello significa que, por debajo de tal éter, a través de la órbita del firmamento, están esas aguas que, como todos saben, se encuentran por encima del firmamento y tienen, en su órbita, la misma densidad que el mencionado fuego luminoso.

También ese aire húmedo manifiesta las obras santas en los ejemplos de los justos; pues tales obras son transparentes y luminosas como el agua y purifican las obras impuras del mismo modo que el agua lava toda suciedad; pues, además, tales obras conservan, en su punto máximo de perfección, tanta capacidad cuanta enciende en ellas la divina gracia con el fuego del Espíritu Santo.

El circulo del aire impetuoso, blanco y luminoso:
con cuánta utilidad ocupa el quinto puesto;
cuánta densidad tiene; qué significa eso;
y por qué se combina con el circulo superior
hasta casi unificarse con él

[I, 2, 7] Por debajo del círculo del aire húmedo se muestra un nuevo círculo de aire potente [impetuoso] blanco y luminoso, semejante, en su rigidez, a los tendones y a los nervios que hay en el cuerpo humano. Dicho círculo, opuesto a los peligros de las aguas superiores, contiene con su fuerza y tenacidad los desbordamientos de aquellas, para que no invadan la tierra con una inundación imprevista e inoportuna. Otro significado es que la discreción consolida las obras santas con un freno de esa índole, de suerte que el hombre refrene su cuerpo para no arruinarse por una injusta constricción. Tal círculo mantiene en su órbita, en cada punto, la misma densidad que el antedicho círculo de fuego oscuro, pues está puesto para utilidad de los hombres, lo mismo que aquél estaba puesto para vengar sus pecados. Sin embargo, cada vez que, por justo juicio de Dios, las aguas inferiores son sacadas por un temporal para tomar venganza de los malos, cierto humor del aire húmedo rezuma a través del aire fuerte, blanco y luminoso, como si fuese bebida humana en la vejiga... y hace precipitar las aguas en una inundación que es fuente de peligros.

De ahí se sigue que la virtud de la discreción discierne por doquier con justa moderación las obras humanas por la salvación de los hombres mismos, pues los juicios de Dios no sobrepasan, en su venganza, los pecados de aquéllos, sino que juzgan con justicia, pues el protector y el rector [que es Dios] ... se atemperan mutuamente.

Así, también estos dos círculos se combinan hasta el punto de parecer uno solo; ya que con la humedad destilan e infunden en los demás círculos el humor, del mismo modo que la discreción contiene en su medida equilibrada las buenas obras para que no perezcan.

El sexto círculo que a guisa de aire sutil parece proceder de los círculos superiores: cuál es su valor; qué se representa con él místicamente

[I, 2, 8] También bajo este último círculo, es decir, el círculo potente, blanco y luminoso, está trazado un nuevo círculo, que es de aire sutil. Demuestra que procede de los círculos y elementos superiores como un soplo de aire que no está separado de los elementos mismos, del mismo modo que el aliento del hombre sale de él sin que, no obstante, esté separado de él. Ese mismo círculo de aire también parece portar sobre sí nubes a veces excelsas y luminosas, a veces curvas y densas de sombras. El aire húmedo, del que hemos hablado antes, arroja fuera las nubes y después las condensa, lo mismo que el fuelle del herrero echa el aire y después lo recoge, de manera que algunas estrellas colocadas en el antedicho elemento del fuego, al tiempo que ascienden a lo alto en sus giros orbita-Ies> llevan también a lo alto esas nubes. De ahí que éstas se hagan tan luminosas. Pero cuando descienden en sus giros, las hacen caer de nuevo abajo, y entonces son oscuras y siembran lluvias.

También el mencionado aire sutil parece como si se difundiera por la entera rueda de la que hablamos, pues todas las cosas que están en el mundo sacan de él la vida vegetativa y la subsistencia. Por otra parte, también bajo la defensa de la discreción, los justos deseos de los hombres virtuosos y leales, que moran en la más severa justicia, derivan evidentemente, por medio del Espíritu Santo, de virtudes y fuerzas supremas, ya que no se separan de ellas, sino que se les adhieren continua y devotamente. Esos justos deseos orientan hacia Dios la intención, que se hace cada vez más clara en tales hombres confiados y leales, aun cuando ahora, aquí abajo, está trémula a causa de la humildad. Resulta que tal intención de la mente surge de las esferas santas y de los ejemplos de los justos y se concentra en deseos y aspiraciones justos, lo mismo que el obrero es remunerado por su misma obra. En efecto, al tiempo que en los hombres la ciencia válida hecha ardiente por el Espíritu Santo se eleva a las cosas celestes en sus justificaciones, arrastra consigo las mentes humanas y las purifica. Al tiempo que luego, en las mismas justificaciones, desciende a las necesidades corpóreas, tal ciencia cede y devuelve a dichas necesidades ías mentes humanas, de manera que éstas se muestran turbias y llevan consigo lluvias de lágrimas. Gimen ellas por tal apego a las cosas terrenas, si bien se confían completamente a la potencia divina.

Por que estos seis circulos
se unen entre si sin intervalos;
y a que se quiere aludir por medio de tal conexion

[I, 2, 9] Estos seis circulos estaban unidos entre si sin intersticio alguno, pues si Dios no hubiese dispuesto que estuviesen asi soldados, el firmamen-to se habria quebrado y no habria podido tener consistencia. Tales circulos muestran que las virtudes perfectas en el hombre de fe, aliadas y enlazadas por inspiration del Espiritu Santo, quedan asi reforzadas ademas para rea-lizar Concordes toda obra buena luchando contra los vicios diabolicos.

El primer circulo inflama los demds con su fuego;
el cuarto los atempera con su lux;
que significado se esconde en tales figuras

[I, 2, 10] El circulo supremo atraviesa casi con su fuego los restantes cielos; a continuation, el circulo acuoso riega casi todos los demas con su humedad, pues el elemento superior que es el fuego refuerza los restantes elementos con su potencia y su luminoso ardor: el elemento acuoso, luego, con su humedad infunde en los demas verdor, del mismo modo que tam-bien la potencia de Dios, con las maravillas de su gracia, santifica a los fie-les, mientras que la obra de estos, con verdadera y humilde santidad, alaba la piadosa santidad del Creador,

La linea que aparece trazada sobre la descrita rueda
desde la primera salida del sol,
hasta casi la punta extrema donde se pone:
cudl es su significado mistico

[I, 2, 11] Casi desde el principio de la parte oriental de la rueda, hasta el termino de su parte occidental, se extiende una linea en el firmamento hacia su parte septentrional, la cual distingue la zona septentrional de las restantes regiones. La razon es que de la primera salida de oriente, es decir, de donde el Sol comienza a salir cuando los dias comienzan a alargarse, hasta la extrema puesta en occidente, es decir, hasta donde el Sol no va mas alia, la linea, el camino del Sol, valga la expresion, rehuyendo la parte septentrional, se vuelve hacia atras, pues el Sol no se sumerge en las mismas

partes donde el antiguo seductor decidio poner su morada, sino que las tiene casi en descuido: esa es la razon por la que Dios le privo de la llegada del Sol. Igualmente, desde el principio de las buenas obras existentes en el divino poder, hasta su perfection final, el hombre de fe opone a la iniqui-dad la recta justicia distinguiendo las artes diabolicas de las obras buenas y santas, ya que quien quiera adherirse fielmente a Dios procurara evitar todo lo que ofenda a su alma, para que esta escuche las Sagradas Escrituras.

Testimonio sacado del «Apocalipsis»;
y como se debe en tender para expresar
lo que tiene el mismo significado antedicho

[I, 2, 11] «A1 vencedor le dare mana escondido; y le dare tambien una piedrecita blanca, y, grabado sobre la piedrecita, un nombre nuevo que na-die conoce, sino el que lo recibe» (Ap 2,17). Este texto se debe entender, evidentemente, asi: quien evita la parte siniestra debe combatir contra la tortuosa serpiente, que intenta siempre arrastrarlo consigo a la parte siniestra. Si aquel persevera en tal batalla y pone en fuga a Satanas no consin-tiendo en su sugestion, yo que tengo la plenitud del ser le dare el pan vivo que baja del cielo, el cual estaba escondido a todo engano de la antigua serpiente, y le dare ademas la participation de Aquel que siendo piedra angular luminosa y blanca es Dios y hombre a un tiempo. El es el Cristo, del cual proceden los cristianos. Ninguno comprende bien este nombre, pues se en-cuentra en esta vida caduca del tiempo, sino aquel que consigue la vida de la eterna felicidad en la recompensa de los premios celestes.

La mole de la Tierra, a guisa de globo,
esta establecida inamoviblemente entre los sets circulos
mencionados, a igual distancia de los cinco circulos superiores
v *en mitad del sexto, el del aire sutil:*
que significado se debe extraer de ello

[I, 2, 13] Pero tambien el globo terrestre tiene su distintivo en el centra del antedicho circulo del aire sutil: en todos los puntos de su orbita dista igualmente del circulo del aire impetuoso, bianco y luminoso; ello indica que la Tierra esta en el centro de los restantes elementos en cuanto ex-rrae su temperamento de todos. Por eso, liberada en igual medida de ellos

y unida, no obstante, a ellos, recibe continuamente de dichos elementos verdor, frescura y fuerza de apoyo. Igualmente la vida activa —que es como el signo de la tierra—, habitando, por decirlo así, en el centro de los justos deseos y transcurriendo por doquier, se conserva con la justa medida de piedad en relación con la virtud de la discreción. En efecto, ella atiende, ora a las necesidades del cuerpo, ora a los deberes del espíritu. Y todo eso lo hace con templanza... pues quienes aman la discreción dirigen todas sus obras a la voluntad de Dios. La anchura transversal es igual a la profundidad espacial comenzando desde el ápice del círculo supremo hasta las extremidades de las nubes, y desde éstas hasta el ápice del globo. La Tierra fue así plasmada en forma de esfera y reforzada por el Creador supremo, para que no pueda ser disgregada, ni por el estrépito de los elementos superiores, ni por la fuerza de los vientos, ni por inundaciones de aguas. En verdad, todos los fieles, con corazón abierto, consideran por una parte la grandeza de la divina potencia, por otra la inconstancia de la mente humana y la flaqueza de la carne: así obran con templanza, para no faltar saliéndose de la justa medida, en las causas superiores e inferiores, según las exhortaciones de Pablo... [14] «Hacedlo todo sin murmuraciones ni vacilaciones, para no ser censurados, con la sencillez de los hijos de Dios, para ser irreprochables en medio de gente malvada y perversa, entre la cual resplandecéis como luminarias, conservando en el mundo la palabra de la vida» (Flp 2,14-16). Este texto se debe entender así: el hombre está como en una encrucijada, de manera que, si pide a Dios salvación en la luz, la obtendrá; y por eso el hombre debe soportar su naturaleza humana y todas sus obras sin lamentarse ni murmurar, es decir, sin la giba de los pecados y sin perplejidad ni duda, es decir, conservando una fe firme y perfecta, de manera que, si ama el bien y odia el mal, no caiga en la duda de no ser librado por Dios, en su futuro juicio final, y no ser separado de los condenados que se apartaron del bien, abrazando en cambio el mal. Quienes así obran sin ofender a nadie no serán sometidos a censura, viviendo en la sencillez de las buenas obras como hijos de Dios y permaneciendo irreprensibles de todo engaño ilusorio contra la jactancia de los malvados que se glorían de ser fuertes en sus acciones perversas. Los buenos, en su fe perfecta, resplandecen entre los malos como estrellas a las que el Creador encomendó la tarea de iluminar el mundo: ellos, con su doctrina moral, es decir, concerniente a la vida, convierten a muchísimos malos, del mismo modo que el Hijo de Dios resplandecía para todos, en el mundo, sin pecado. Dios, en efecto, puso dos luminarias en el firmamento, el Sol y la Luna, que designan en el hombre la ciencia del

bien y del mal; pues, lo mismo que el firmamento está reforzado por el Sol y la Luna, así también el hombre habita aquí y allá con la ciencia del bien y del mal. Pero, lo mismo que el Sol realiza su recorrido, sin reducir su giro orbital, así la ciencia del bien hace su recorrido no deseando el mal, sino reprimiendo y reprendiendo la ciencia del mal; puesto que no hay en ésta utilidad alguna, se llama «infernal». En efecto, la ciencia del mal lleva a término sus anhelos y malos deseos, y crece y mengua como la luna; así también la ciencia mala desprecia la ciencia del bien, la trata de necia y la nene en nada. Sin embargo la conoce, igual que el diablo conoce a Dios aun oponiéndose a El.

La imagen en forma de hombre
en el centro de la antedicha rueda:
el hombre aparece en la punta con pies y manos extendidas,
casi tocando el círculo del aire fuerte, blanco y luminoso;
qué significa tal imagen en sí y en su posición

[I, 2, 15] En el centro de esta rueda aparece la figura del hombre, cuya cabeza está arriba y cuyas extremidades tocan, por debajo, el antedicho círculo del aire fuerte, blanco y luminoso; al lado derecho, la extremidad de los dedos de la mano derecha, y al lado izquierdo la extremidad de los dedos de la mano izquierda, están tendidos hacia delante hasta el borde de la circunferencia por una parte y por otra, pues la misma imagen tenía extendidos así los brazos. Tal figura quiere significar que, casi en el centro de la estructura del mundo, está el hombre, pues es más poderoso que todas las criaturas que habitan en ella; el hombre, digo, pequeño, sí, en estatura, pero grande en poder y virtud de ánimo: él, quiero decir, endereza a lo alto la cabeza, los pies abajo, y así se mueve hacia los elementos superiores e inferiores, y así también, en la parte derecha y en la izquierda, penetra en los elementos con las obras de sus manos, pues entre las fuerzas íntimas del hombre se encuentra tal poder operativo. En efecto, del mismo modo que el cuerpo del hombre supera en grandeza a su propio corazón, así también las fuerzas del ánimo superan en poder al cuerpo del hombre; y lo mismo que el corazón del hombre está escondido en su cuerpo, así el cuerpo humano está ceñido por las fuerzas del alma, pues éstas se extienden por todo el orbe terrestre. Pero el hombre de fe también tiene su existencia edificada sobre la ciencia de Dios y tiende a Dios, con sus razones de orden espiritual y mundano; y aspira a El mismo, tanto en la prosperidad, como en

la adversidad, pues en ellas abre sin tregua su piedad hacia ÉL En efecto, lo mismo que el hombre ve con los ojos del cuerpo a toda criatura por doquier, así con los ojos de la fe ve por doquier al Señor y lo reconoce a través de las criaturas, pues comprende que El es su Creador.

Las cuatro cabezas de fieras que aparecen
en las cuatro partes de la misma rueda:
cuál es su significado en el mundo y en el hombre

[I, 2, 16] Sin embargo, también hacia las mismas partes aparecen cuatro cabezas: de leopardo, de lobo, de león y de oso, pues en las cuatro partes del mundo cuatro son los vientos principales. No existen así en sus propias especies, sino que son una imitación, en cuanto a fuerza, de la naturaleza de las fieras que acabamos de mencionar. También el hombre, parado en el cuadrivio de los cuidados mundanos, se ve asaltado por muchísimas tentaciones, en las cuales se encuentra violentamente sacudido como un leopardo... o como un lobo, con el recuerdo de las penas infernales, o como un león... y un oso, en las diversas tribulaciones... y en las angustias.

Por qué el viento principal de oriente se ve
como una cabeza de leopardo
encima de la imagen del hombre en el círculo del puro éter;
por qué los dos vientos colaterales se muestran,
uno con aspecto de cabeza del Cangrejo,
el otro con aspecto de cabeza de ciervo

[I, 2, 17] En el ápice de la antedicha imagen, en el signo del círculo del puro éter, verás como una cabeza de leopardo que espira aliento de su boca: designa el principal viento de oriente, hecho de puro éter, que corre como un leopardo. No queremos decir que este viento en su especie formal sea propiamente un leopardo. Queremos decir que, como el leopardo, tiene la ferocidad del león sin tener conciencia de ello, y que, así como el leopardo es más ligero y débil que el león, este viento se levanta feroz y después empieza inmediatamente a languidecer hasta que deja de soplar. En efecto, del oscuro fuego superior saca la ferocidad, y del puro éter, en el que se encuentra, la dulzura.

Por qué causas a veces el hombre,
corrompidos en él humores y flema,
cae en el mal caduco y en otras enfermedades del cuerpo;
Y *por qué males, según sus significados, se ve aquejado en el alma*

[I, 3, 15] Por tanto, los humores presentes en el hombre, movidos de manera anormal, tocan a veces las venas de su hígado, como se dijo antes: la humedad de éste se ve disminuida, y también la humedad del pecho queda atenuada; de ahí que el hombre, desecado, se ponga malo. También la bilis que hay en él se seca y se contamina, y sube así hasta el cerebro y produce mal de cabeza, mal de ojos, y hace que la médula de los huesos se le pudra, de manera que a veces cae en el mal caduco cuando la luna está en menguante. En efecto, cuando los pensamientos del hombre se hacen feroces, rudos, tiránicos y así descienden a toda vanidad, oprimen tiránicamente y apagan la justicia, que, asperjada por el rocío del Espíritu Santo, habría debido, por el contrario, germinar en santidad de obras; y además debilitan y secan en él todas las demás virtudes. También la ciencia, que es principio y valor intencional, y la fortaleza del justo obrar, que antes eran vigorosas en el hombre, son arrojadas desesperadamente a dicho mal caduco; pues la luz de lo verdadero que resplandecía en él se ha amortiguado. La humedad que se encuentra en su ombligo, rechazada por medio de los mismos humores, se deseca y endurece, de manera que la carne del hombre enfermo se cubre de úlceras y escamas, como las de un leproso, aun no teniendo la lepra. También las venas de sus lomos, contagiadas por esos humores envenenados, turban de la misma manera a las demás venas, de suerte que la humedad normal se deseca y así, por la pérdida del elemento húmedo, surgen por todas partes costras y callosidades. La razón es que la humedad de un cuerpo sano y dueño de sí, que debería destruir la concupiscencia aproximadamente en su ombligo, puesta en fuga por medio de feroces, duros e ilícitos pensamientos, ya no es bañada por el rocío del Espíritu Santo. En tal abandono, los pecados de este enfermo se pudren en la mala costumbre, de manera que aquéllos, malolientes como una lepra, se hacen manifiestos a todos. Los lomos del pecador enfermo, no ceñido por la castidad, se turban con los malos pensamientos de manera que, seca y reseca la semilla de los buenos frutos, los malos ejemplos explotan como llagas ulcerosas y costras, como dice el profeta Oseas: [16] ... «En la casa de Israel vi una cosa horrenda: Israel se contagió de la impureza» (Os 5,3). Este texto se debe entender así: en los escondrijos donde aquel que habría debido mirar a Dios con corazón puro yacía... casi recostado en el paño

mortuorio, yo, que escruto los pecados ocultos, he visto un espectáculo inefable y abominable, a saber, que está implicado en la fornicación de culpas inmundas y hediondas y se revuelca en el fango como un cerdo; habría debido buscar la pureza, contemplarla y abrazarla, en cambio se hizo disoluto y digno en todo de desprecio. La impureza, en efecto, enerva al hombre y lo arrebata fuera de su mente, de manera que no sabe atender ya ni a las cosas del mundo ni a las cosas divinas con corazón honesto; pues el incendio de la carne inspira, y casi insufla, la soberbia, la vanagloria y todo mal.

De los intervalos y la cooperación vicaria de los siete planetas;
... y de cómo... el alma debe ejercitarse a sí misma y su cuerpo
en los afectos y las obras buenas, manteniéndose en pie
sobre los cinco sentidos, conforme a los siete dones del Espíritu Santo

[I, 4, 22] También desde el extremo más alto del receptáculo del cerebro hasta el extremo más bajo de la frente del hombre se distinguen siete zonas de igual medida, con las cuales se señalan siete planetas equidistantes entre sí en el firmamento [del cuerpo humano]. En consecuencia, en el mencionado ápice se observa un planeta sumo, y en el antedicho extremo de la frente se muestra la Luna: en la mitad se muestra el Sol; en cuanto a los restantes planetas, a una y otra parte de esta zona, dos están más arriba, dos están más abajo, equidistantes entre sí, respecto al Sol y respecto a los demás planetas. Resulta que los espacios [es decir, las partes] de la cabeza humana se distinguen entre sí igualmente, lo mismo que distan igualmente entre sí los planetas en el firmamento. En el ápice de la cabeza está señalado el planeta sumo, porque éste tiene una órbita más amplia que los demás. Luego, a la frente se le impone la Luna, pues, lo mismo que en la frente humana se nota la verecundia, así también en la Luna, que en el cielo abierto aparece como una frente, son discernibles las estaciones y sus cualidades. En medio de los planetas está el Sol, pues es como su príncipe; y tiene, como si fuera un escudo contra el fuego superior, la defensa de dos planetas por encima de él: por debajo tiene luego el apoyo de sí y de la Luna. Lo mismo que el planeta sumo dista del Sol, en su grado más alto, cierto intervalo espacial, otro tanto espacio dista también de él la Luna en lo más bajo de su órbita, mientras que los demás planetas, como se ha dicho ya, son equidistantes entre sí. Por tanto, la parte superior e inferior del firmamento es redonda como una taza hecha en el torno; y el Sol está colocado en la redondez hemisférica superior y excede al mismo firmamento

por arriba y por abajo; e irradia su calor igual que el vino se saca de la taza. Todo esto quiere significar que el alma, desde el principio de sus obras hasta el final, debe venerar con igual amor los siete dones del Espíritu Santo, de manera que al comienzo de su obrar se acerque a la sabiduría, al anal tenga el temor y en medio de la operación ponga la fortaleza, proveyéndose del entendimiento y del consejo en las cosas celestes y ciñéndose con la ciencia y la piedad en las cosas terrenas: dones todos ellos que se han de abrazar con igual devoción como socorro del propio existir. Además, ella (quiero decir, el alma) debe procurar al principio dilatarse y abrirse sabiamente, al final, moderarse tímidamente y con pudor, y, entre tanto, adornarse de fortaleza con decoroso entendimiento y consejo y proveerse cambien de ciencia y piedad, como se acaba de decir. Luego, cada uno de rales dones se une al otro en el cumplimiento decoroso de cualquier obra buena: en efecto, el espíritu de sabiduría, el espíritu de fortaleza, el espíritu de temor de Dios empapan e impregnan al alma humana de manera que ésta camine sabiamente en la verdadera fortaleza y en ella tenga temor de Dios, y también con los restantes cinco dones se comporte con el Creador superno con equidad. En efecto, el movimiento del alma racional y la actividad corpórea con los cinco sentidos (lo cual es todo el hombre) tienen igual comportamiento, pues el alma no mueve al cuerpo más de lo que éste puede obrar, y el cuerpo no es más activo de cuanto pueda ser movido por el alma; finalmente, los sentidos, aun distintos uno del otro, no están separados entre sí, sino que con una fortaleza superior se contienen mutuamente e iluminan al hombre entero hacia cualquier bien, tanto en las cosas superiores, como en las inferiores.

[I, 4, 251 Puesto que el cerebro es húmedo, ligero y frígido, todas las venas y todos los miembros del cuerpo le suministran calor. Lo mismo le pasa también al Sol, que hace descender de cuando en cuando sobre la tierra rocío y lluvia: todos los elementos superiores que resplandecen en el fuego, para que no falte calor, le suministran calor y le asisten. Por otra parte, puesto que está humedecido por los humores y reforzado por el calor, el cerebro sustenta y rige todo el cuerpo lo mismo que la humedad y el calor, unidos, hacen germinar la tierra entera. En efecto, la humedad sube al cerebro desde el corazón, el pulmón, el hígado y desde todas las visceras, y lo llena; así, mientras el cerebro se llena de su humedad, de esa misma humedad desciende algo a los restantes órganos internos y se apresura a llenarlos. Así mismo, la ciencia del alma extrae la humedad de las lágrimas, cuando los pecados se hielan de nuevo debido al frío: y el comportamiento

recto con las demás obras buenas insinúa en ella el calor de las aspiraciones supernas; y así también las demás virtudes ayudan a la fortaleza que insinúa en cada fiel la húmeda unción de la santidad. Cuando, de ese modo, al alma se le infunde el rocío y el calor del Espíritu Santo, sometida a sí, la obliga a servir, con ella, a Dios. Por tanto, el vigor y la fuerza de la santidad —derivados de los buenos pensamientos, de las rectas con-lesiones, de la útil justicia y de la plenitud de los deseos íntimos— tienden a la ciencia del alma y la confortan de tal modo, que por la misma fuerza el hombre entero se provee con la defensa de la paciencia contra todas las adversidades: y dicha defensa es tan grande, que impide el engaño de los vicios. En efecto, lo mismo que las estrellas supernas suministran fuego al Sol, así también todo el interior del hombre aporta al alma vigor para el cumplimiento de sus deberes. Así, al abandonar ésta los pecados y obrar según justicia, asciende a lo alto hasta la racionalidad; pero, cuando se da cuenta de que el cuerpo desfallece, condesciende con él para no dejar que le falten las fuerzas. Pues el alma viva es fuerza espirante para excitar y despertar al entero cuerpo humano; sin embargo, muchas veces se somete al gusto de la carne contra su propia voluntad. Queriendo perseverar en el bien se asemeja al Sol, mientras que la carne, persistiendo en su placer, es como la Luna. De ahí que cuando el alma, al pecar, desfallece, siente que algo mengua, precisamente como la Luna; pero la misma alma se eleva muy a menudo a lo alto, a guisa de Sol; y así el hombre resurge en virtud de su propio arrepentimiento, lo mismo que también la Luna es de nuevo iluminada en virtud del Sol. En resumen, por la humedad se deleita la carne en los pecados, y en el arrepentimiento llora por medio del calor: la humedad deriva de la carne, y el calor deriva del alma. Por medio de estas dos cosas se realiza toda obra —sea buena o mala—, lo mismo que la tierra por sí misma hace germinar con su poder plantas útiles e inútiles. Tal es la condición humana: que la carne se goza en el pecado, y el alma se aflige con ello; de manera que con la carne y con el alma se hacen todas las obras humanas, pues al alma le disgustan las culpas que gustan a la carne, ya que la carne es mortal, el alma inmortal; y el alma vive sin la carne, la carne en cambio no puede vivir sin el alma. Ciertamente el alma es espíritu racional v en la morada del corazón está su misma sabiduría, mediante la cual cal-cula y dispone cada cosa, lo mismo que el padre de familia ordena en su casa todas las cosas; y de aquí saca además el alma la prudencia con la cual establece rectamente todo cuanto es útil al recipiente corpóreo que la contiene, lo mismo que también el corazón está protegido y encerrado por los pulmones y lo discierne y separa todo según el orden justo; lo mismo que

también las entrañas, en el cuerpo humano, se mantienen unidas ordenada y distintamente. Pues el alma es ígnea, y por eso calienta todas las vías [es decir, venas] que destina al corazón y, por decirlo así, las funde en un crisol único y, al mismo tiempo, impide que se separen unas de otras; además, llena tales venas para que nada les falte, y ordena todos los quehaceres corpóreos con pensamientos sabios y prudentes. El alma con la intención del bien asciende a Dios mediante la fe, pues reconoce que ha sido mandada por El. En efecto, lo mismo que la humedad sube al cerebro desde las partes inferiores, así el alma, conociendo a Dios con aspiraciones santas, lleva a lo alto todos los castigos y quehaceres del cuerpo humano; e igual que esa misma humedad desciende de nuevo y llena las partes inferiores del cuerpo, así también el alma desciende juntamente [es decir, condesciende] con el cuerpo, para que los quehaceres de éste no degeneren en ofensa de El.

[I, 4, 32] Además, puesto que el hombre se conmueve en su corazón con la alegría o la tristeza, hasta las más pequeñas venillas de su cerebro, del pecho, del pulmón, se ven también agitadas. Por eso las venillas del pecho y del pulmón mandan de nuevo hacia arriba los humores a las venillas del cerebro; y éstas, en recibiéndolos, los infunden en los ojos. Y así impulsan al hombre al llanto del mismo modo que, cuando empieza a crecer o a menguar la luna, el firmamento, sacudido por los vientos, agita también con su estrépito el mar y las demás aguas de las tierras, y dichas aguas producen entonces nieblas y humedad. Sin embargo, las aguas y las nubes, acogiendo la niebla y la humedad, las elevan hasta la luna; ésta se embebe de ellas como si tuviese sed, y de nuevo las manda a las nubes, y así hace que éstas produzcan la lluvia conveniente; pues de este modo, de las aguas inferiores que las nubes llevan a lo alto y devuelven de nuevo, desciende la lluvia sobre la tierra. Igualmente, si el alma a veces goza por la certeza de su propia salvación, a veces sufre por la angustia de sus pecados: entonces la ciencia del hombre está movida por el temor, en la consciente confesión penitencial, y se levanta a lo alto suspirando, y considerando sus obras [es decir, las del hombre], de ellas saca el llanto y lo impulsa a lagrimar, pues cuando el temor de Dios agita al hombre, lo impulsa a llorar y a gemir como si tuviese sed de lágrimas. De ahí que el hombre, si a veces llora la adversidad de las cosas terrenas del siglo, muchas otras veces retuerce el ánimo a la aspiración de las cosas celestes, tras haber descuidado las terrenas. En efecto, cuando el hombre se aleja de Dios y lo olvida, inmediatamente su alma tiembla. A partir de ahí, también los miembros todos del hombre, llenos de sus fuerzas, se ven movidos en otra dirección, como si a

Dios no hubiese que venerarlo ni temerlo. Pero el alma propone entonces al cuerpo, que es su receptáculo, la verecundia y la confusión debidas al pecado; y hace suspirar al cuerpo de manera que tales suspiros arranquen el llanto. Así, de ese suspiro, de esas lágrimas, surge la verde planta de la penitencia. Por eso el hombre resucitado a las buenas obras sondea... en la penitencia el penoso fondo de sus culpas, para que la carne y los miembros se desequen algo; y crece en su corazón una amargura tan grande, que se repite muchas veces esta pregunta: ¿por qué he nacido para tan grandes delitos? He pecado con mi alma contra Dios y con ella debo arrepentirme suspirando a Dios, el cual se dignó asumir la forma de Adán del seno de una Virgen. Por eso confío en que El no me desprecie, en que me absuelva de mis pecados, y también, por el rostro de su humanidad, me acoja penitente y fiel. Entonces alma y cuerpo se unen, y concordes anhelan a Dios, pues al alma no le agradan en absoluto los pecados, sino que se ve obligada a consentir sólo por el entorpecimiento de la concupiscencia, pues si de verdad se deleitase el alma en el pecado, el hombre estaría siempre manchado en el fango de las culpas.

En realidad, el alma no goza con estar en pecado, aun cuando obre junto con el cuerpo; así, tampoco los elementos que sostienen al hombre lo obligan al pecado, pero lo reconocen, no obstante, condenado por Dios en el pecado mismo, y en las obras buenas muestran sobre ellas la suavidad y la dulzura del bien. Cada vez que el alma se ve obligada a realizar, junto con el cuerpo, el mal, la tristeza la embarga, porque esas obras como tales le disgustan. Por el contrario, cuando el alma hace el bien, en compañía del cuerpo, hace gozar al mismo cuerpo. Por lo cual, el hombre que obra el bien, por gracia divina, es amado, sin que él mismo lo sepa, por los hombres. El, entre tanto, progresa para desear insaciablemente el bien, del mismo modo que también los ángeles, aun contemplando siempre el rostro de Dios, no pueden aburrirse nunca de contemplarlo. El alma del hombre, al sacar alegría del bien obrado, condesciende con el cuerpo, lo libra de la culpa y le infunde, por medio de una humilde penitencia, suspiros y lágrimas hasta hacerlo reverdecer en la virtud, lo mismo que las nubes llevan a lo alto las aguas y las mandan de nuevo abajo.

[I, 4, 36] Lo mismo que todo cuanto hay en la cabeza del hombre se halla contenido en los huesos del mentón, así también todas las cosas de las que se ha hablado antes están sostenidas, en espacios establecidos, en la zona de las nubes. Esto significa que las mentes de los fieles deben alcanzar la estabilidad en el bien para que, perseverando en él, alcancen las

cosas celestes. Además, el calor significa los huesos; y el frío, la médula; pues el alma consolida los huesos en el fuego casi como si los cociera, y por medio del frío que espira en el cuerpo coagula la médula. Así también durante el verano y el invernó sufre su prueba la tierra entera, para que su fruto coagule y se endurezca bajo tierra por el frío del cielo y se ablande luego y se haga tierno con el calor celeste. En efecto, el calor solar y el humor de las aguas en las nubes se combinan y se mezclan de manera que toda la producción terrestre quede regulada y confirmada por ellos, ya que el calor solar y la humedad de las aguas cultivan la tierra entera, por decirlo así, y la hacen fructificar y consumarse, igual que el alfarero lleva a perfección sus vasijas; además, el calor y la humedad se combinan de manera que nunca, antes del último día del mundo, puedan disiparse ni separarse, aun entrando, saliendo y esparciéndose por doquier.

El alma humana se consolida en el fuego del Espíritu Santo, y así se dispone a todo bien; se debilita, en cambio, con el frío de la acidia y de la negligencia. Ciertamente el fuego de la fortaleza y el arrepentimiento de la culpa se funden en el alma humana y producen buen fruto, y confortan y embellecen al hombre de manera que nunca pueda ser separado del servicio ni del amor de Dios. Cuando, en efecto, al hombre le sobreviene el fastidio y el tedio de los pecados, a través de ese mismo fastidio los pecados quedan en él prácticamente reprimidos como un humo denso, para no consumirse, ardiendo, en sus fuerzas. Cuando, en virtud del alma, la voluptuosidad carnal se quiebra en la mente humana, inmediatamente se entrelazan en él suspiros dirigidos a la patria celestial, del mismo modo que, por virtud de las abejas, el panal se mezcla con la miel en el cuerpo de la abeja misma.

En el hombre también, lo nuevo y lo antiguo, mezclados, deben estar regulados con la norma de la humildad, a fin de que quemadas por el calor de la soberbia, se sequen. Por eso, en el fuego del Espíritu Santo y en la humedad de la humildad se realizan las virtudes que dan fruto, en el recipiente del Espíritu Santo, en el cual se construye su casa la sabiduría. En consecuencia, el hombre mismo recoge las virtudes que en presencia de Dios y sus ángeles tocan el punto más alto de la serenidad y tienen la fragancia de todos los aromas de un campo donde jamás faltan.

[1,4,49] Lo mismo que las escápulas están unidas al cuello y al húmero junto con los brazos y las manos, así también los cuatro vientos principales están unidos al firmamento junto con los vientos colaterales: las articulaciones del brazo —húmero con escápula, mano con dedos— sirven de ayuda, lo mismo que los vientos principales con sus alas, es decir, con sus

vientos de flanco, sirven de sostén al firmamento; y la mano se arrima a la mano lo mismo que también el ala de un viento cualquiera se extiende hasta la de otro viento. Tales fenómenos significan que el alma que vive por la vida que es Dios mismo, y es soplo del Espíritu Santo, no tiene término en su vida, como el cuerpo humano, y por eso vivifica y sostiene el cuerpo con sus energías, del mismo modo que las estrellas sirven de sostén al firmamento con su punto de apoyo, que es la tierra. La palabra de Dios, al ponerla en el centro del firmamento, fijó la tierra en su inmovilidad y la iluminó. Verdad es que el alma, la cual, mandada por Dios al cuerpo, desciende a él invisiblemente y a escondidas, hace que el hombre conozca a Dios por la fe, mire al cielo y obre cosas celestes. Lo mismo que el rocío al descender insensiblemente sobre la semilla la hace fructífera, así se comporta Dios con el hombre que pone en El su esperanza y pisa la tierra, es decir, los deseos de la carne, con sus pies y se eleva al cielo con todo su cuerpo. Dios, decíamos, para hacer que se produzcan frutos de buenas obras, riega los escondidos campos humanos con la dulzura de su gracia misericordiosa y condena las obras contrarias a los eternos suplicios de la gehena. El hombre, de hecho, produce todas sus obras, sean buenas o malas, con la ayuda de los cuatro elementos, a la manera de los cuatro vientos que ejercitan su ímpetu en las regiones superiores del aire y sin embargo hacen descender a veces su soplo sobre la materia sórdida y sobre el fango inmundo. En efecto, a los cuatro vientos principales se asimilan las cuatro potencias del hombre, a saber, el pensamiento, la expresión verbal, la intencionalidad y el gemido suspirante del arrepentimiento. Y lo mismo que cada uno de los vientos tiene el poder de emitir sus soplos a derecha y a izquierda, así también el alma, colmada hasta el borde de estas cuatro facultades, puede inclinarse por medio de la ciencia natural hacia la parte que quiera, escogiendo el bien o el mal. En verdad, el viento austral tiene dos vientos colaterales semejantes a dos alas, de las cuales una, hacia oriente, es cálida y significa los buenos y santos pensamientos que se encienden en el fuego del Espíritu santo con un amor de piadosa intencionalidad. La otra ala, hacia el oeste, es fría e indica los malos y vanos pensamientos no calentados en el fuego del Espíritu Santo, sino gélidos, y las obras malvadas.

El tragaluz espiritual que se identifica con la racionalidad del alma, la cual advierte las obras de la carne y de la sangre en las que el hombre se deleita, aun aspirando naturalmente a las cosas celestes, suministra, no obstante, fuego al cuerpo y fuerzas y calor aun en la flatulencia inmunda de las culpas, del mismo modo que el sol calienta con sus rayos la flatulenta podredumbre de los gusanos sobremanera inmundos. Sin embargo, el

viento del norte es inútil a todas las criaturas; también él tiene dos alas: una se extiende hacia el este, y la otra hacia el oeste. Indican en el hombre la ciencia del bien y del mal, por la cual él considera todas las cosas útiles e inútiles en su ánimo como en un espejo, lo mismo que la tierra está regida mediante el firmamento superior e inferior. El ala del viento oriental que se vuelve al austro representa al hombre que a través de las buenas obras asciende a Dios en el abrazo del amor veraz; el ala que mira al aquilón significa al hombre atiborrado por las voluptuosidades de la carne. Lo mismo que estos dos vientos colaterales están unidos, como dos alas, al viento oriental, así lo están en el alma el bien y el mal. El bien consiste en alegría y dicha, por las cuales él resplandece en su virtud ante Dios como un sol; el mal consiste en el hecho de que las obras buenas y santas son oscurecidas por la tiniebla de los pecados, lo mismo que la claridad del sol es oscurecida por nubes tenebrosas. En realidad, el hombre teme mucho, en la buena intención de su alma, las penas que, como sabe, se encuentran en la región aquilonal, aun cuando el cuerpo, habituado a los deleites culpables, presione muchas veces sobre el alma. Pero también esta intencionalidad del alma tiene dos alas: una es el temor de Dios que se enciende en el hombre por exhortación del Espíritu Santo; la otra es la renuncia a los pecados en los cuales, no obstante, el hombre recae bastante a menudo, posponiendo el temor de Dios. También el viento occidental tiene dos alas: una se extiende hacia la región austral, la otra hacia la región aquilonal: significan que el hombre advierte el bien y conoce el mal a través del bien. El ala derecha indica que el alma aspira a las obras buenas y suspira por ellas; el ala izquierda muestra la necia fatuidad del hombre, con la cual se atreve a perpetrar el pecado que contrajo por deuda de la culpa original.

[I, 4, 61] El pecho del hombre muestra la plenitud y perfección del cielo aéreo, pues, lo mismo que el pecho contiene en sí el corazón, el hígado y el pulmón, y todo lo demás que está en el interior del vientre, así dicho cielo aéreo comprende en sí la parte seca y húmeda de la esfera del aire. De modo semejante, también el alma discierne y distingue, como si considerara y escribiera en el pecho humano, los pensamientos de cualquier causa útil o inútil; ella dispone incluso de qué modo debe predisponer el hombre racional tal causa. Luego, la misma alma reúne y somete a discusión interna todas las obras del hombre, sean cuales sean, suaves porque agradan a la carne, o duras porque le son contrarias. Por el hecho de ser de fuego, el alma deseca con su calor las lisonjas de la carne. Una vez desecadas, el alma suscita en el hombre el arrepentimiento que se mani-

fiesta con la humedad de las lágrimas: a través de éstas, el alma adorna sus obras, haciendo toda clase de cosas buenas. En efecto, el alma odia los deleites de la carne por el hecho de que es de naturaleza aérea; muestra en su misma carne las obras pravas y las heridas tempestuosas de la sugestión demoníaca, e incita al hombre a conocer cuáles son sus obras; así mismo conforta también con todos sus apéndices al hombre, el cual humedece con sus aspiraciones todas las cosas.

[62] En efecto, el corazón del hombre muestra el calor; el hígado, la sequedad; el pulmón, la humedad; pues, lo mismo que el calor del corazón, la sequedad del hígado y la humedad del pulmón dan al hombre la vida vegetativa, así también el calor, la sequedad y la humedad del cielo aéreo y de las regiones ventosas refuerzan todas las cosas que existen en el mundo. Así mismo, igual que el corazón, con todas las partes vitales adjuntas, calienta al hombre y lo robustece, así el alma, con sus virtudes adjuntas y provenientes de Dios, lleva a la perfección los actos humanos, confiriendo al hombre la santa aspiración al bien. Pero cuando el alma advierte que ha obrado o deseado el mal, soportando a duras penas lo que hizo, impulsa de nuevo al hombre a las lágrimas por medio del arrepentimiento; el hombre se asemeja entonces al que, contento del bien realizado, llora de alegría. También el alma como tal gobierna y rige la obra del hombre, buena o mala, sea cual sea la intención con que se realice, según el deseo de la carne. Del mismo modo que el mencionado cielo del aire espira sobre toda criatura, ora en el acto de germinar, ora en el de florecer, ora en el de secarse y marchitarse, así muda el alma las obras de la carne variándolas, ora con la alegría, ora con el llanto. Y, lo mismo que el Sol y la Luna no recorren nunca su curso sin la vicisitud de las nubes, así el hombre no consigue llevar a término ninguna obra buena comenzada con propósitos de pureza sin que algún torbellino acarree muy a menudo perjuicio. A semejanza del día y de la noche, que unas veces resplandecen más claramente en su luz y otras, por la vicisitud de las nubes, decaen en su luz, así el hombre sufre su batalla de cuerpo y alma. En efecto, el hombre, debido al anhelo de su carne, decae en el bien; pero, gracias a la aspiración del alma, tiene alegría y progresa en el bien, pues en todos sus actos está alimentado por el calor del bien, del mismo modo que el cielo del aire, del que hemos hablado, procede en su vuelo aéreo junto con todas sus criaturas.

[I, 4, 88] Debajo de la parte tierna y friable de la corteza terrestre se encuentra otra dura y casi ferrosa que se mantiene en su dureza, como si estuviese hecha de acero, de manera que no puede romperse ni reblandecerse

por ninguna inundación de las aguas que la asaltan por todas partes. También el hombre, cuando abraza el deleite de la carne, siente que su alma, en su esencia espiritual, exclama: «¡Oh, ay de la molicie del gusto de la carne a La que yo aflijo y por la cual soy afligido!». Por eso el hombre en sus pecados inmediatamente gime exclamando: «¡Ay de mí, pues nací en tantos pecados, que no consigo vencer en mí mismo!». Inmediatamente, apenas el alma haya advertido tal tristeza, atrae a sí más que antes, castigándolo, al hombre inmerso en pecados, y por medio de éstos le infunde tristeza, pues en él se secan las fuerzas espirituales. A continuación, en efecto, el hombre, obrando según la naturaleza espiritual, sumerge su alma en la mortificación de los deseos carnales hasta reencontrarla en la aspiración celeste. Así también el alma humana, allí donde no encuentra dureza de corazón, vence, del mismo modo que la tierra dura y casi ferrosa sirve de sostén a la tierra blanda y tiene poder sobre ella; y la misma alma, con la fortaleza de la fe semejante al acero, refuerza al hombre para que no desfallezca a causa del mal que lo asedia en el hábito de pecado. Por tanto, esta parte de tierra dura y casi ferrosa tiene montes y collados con rocas y ríos que discurren divididos en oriente en cuatro vertientes; sin embargo, esos ríos no consiguen romperla, la sacuden a veces, pero no hacen mella en ella. Este movimiento deriva del excesivo calor del sol en aquel lado del firmamento donde el sol asciende, y si la tierra, por debajo, no fuese férrea, o casi de acero, se desharía enteramente debido a tan excesivo ardor. También en el otro lado del firmamento, donde se pone el sol, se rompería la tierra por exceso de frío. De hecho, debido, tanto a ese desmesurado ardor del sol, como a ese desmesurado frío, esas partes de la tierra resultan inhabitables. Por tanto, también el alma de naturaleza humilde combate siempre contra la soberbia del hombre y le dice: «¿Por qué subes a tanta altura como si te hubieses creado a ti mismo? Si anhelas obrar y existir por ti mismo, caerás como el primer ángel». El alma como tal conoce y siente a Dios, por el cual fue creada la propia esencia espiritual, y comprende que nadie es semejante a El, y por eso odia la soberbia que carece de alegría y pretende ser por sí misma y no obedecer a nadie. De ahí que exclame contra la mente soberbia que pertenece al mundo corpóreo: «Todas las cosas que buscas son vanas y falaces, y lo que tú llamas honor es blasfemia; y cuando crees subir sin ayuda de Dios ni de los hombres, caes». Pero el hombre suspira a menudo debido a la tristeza de su alma y, alejándose de todas las obras hechas con soberbia, sube a la altura de las santas obras de la humildad. Por medio de la humildad resiste aun inmerso en pecados, del mismo modo que la tierra dura se mantiene firme y sólida gracias a collados y peñas. El hombre realiza entonces las obras bue-

nas y santas como si resurgiera en modo diverso con sus elementos, para que, condenado ya a las heridas mortales, no sea objeto de escarnio ante Dios y los hombres, lo mismo que la propia tierra no se quiebra en su sólida fortaleza, atravesada como está por esos cuatro ríos. El alma, que está hecha de viento, pone en movimiento a toda criatura mediante el corazón y las venas mientras no comete los pecados que le son perjudiciales y contrarios; e impulsa al hombre al llanto tras el placer de la culpa y, a continuación, muda la seguridad de los hombres en gran confusión. El hombre todavía cae muchas veces gravemente enfermo, cuando, pese a observar en su interior el camino recto, no obtiene lo que desea; así el alma es semejante a un torbellino, tanto en el hombre inmerso en los pecados, como cuando aflige a éste con la penitencia. Y en la medida en que el alma se apesadumbró en los pecados, en esa misma medida lo impulsa a dolerse en la penitencia. En todo ese ardor de pecar y arrepentirse, la propia alma sostiene al hombre casi como la tierra de hierro y acero sostiene la tierra blanda que sobre ella está; y lo sostiene para no dejarlo languidecer, pues ella es en sí la virtud vital del cuerpo, sea porque no tolera nunca que las culpas se cometan con alegría, sea porque lo aflige de tal modo cuando está en pecado, que a duras penas espera el hombre resurgir de él. El alma, además, por ese medio lo despierta de nuevo para que el hombre confíe en que ha de ser liberado por la gracia divina; y lo consuela para que no caiga en el extravío de la desesperación. A ello alude el hecho de que la tierra no se rompa por el excesivo frío occidental. En efecto, la tierra que por exceso de frío o de calor no es habitable significa que el hombre, el cual, por la expulsión de Adán, habita como peregrino una pequeña zona de tierra habitable, entre guerras y luchas de pecado y penitencia, no puede gozar nunca de seguridad. La razón es que él, en su deplorable exilio, no puede ver la plena alegría de la patria celestial sino por el hecho de que hacia ella tiende, desde lejos, en la sombra de la fe. De ahí que, al ver que no poseía seguridad alguna, dijera [89] (palabras de David, en el Salmo 102, llorando la fugacidad de sus días y su continuo desfallecimiento): «Mis días declinaron como una sombra, y yo me sequé como la hierba» (Sal 102,12 LXX). El texto de David se debe interpretar así: el hombre, debido al pecado original, está ciego en todo lo que respecta tanto al pasado como al futuro. Por eso, en su saber, los tiene por sombra. El hombre, además, al no poseer seguridad de ninguna clase, se seca como la hierba, desde el momento en que todas sus obras le resultan inciertas. En efecto, todos los días del hombre, al faltar, quedan sepultados en el olvido; en cambio, la vida eterna es siempre nueva y estable, lo mismo que la estación estival produce también cada año frutos nuevos.

HONORIO DE AUTUN

Vivió en la primera mitad del siglo XII. Según se cree, en torno a 1120 se retiró a Alemania para hacer vida solitaria. Todavía vivía durante el pontificado de Inocencio II.

Escribió, entre otras obras: *Elucidarium\ Sigillum beatae Mariae; Inevi-tabile\ Speculum Ecclesiae; Gemma animae\ Sacramentarium\ Hexameron; Eucharistion; De imagine mundi\ Expositio Psalmorum.*

DE «LA IMAGEN DEL MUNDO»

[I, 79] El círculo portador de los doce signos se divide en doce partes, debajo de las cuales están los siete planetas. El Sol, sólo debajo de los dos del medio; la Luna, por toda su extensión; Venus, excediéndolo en dos partes; Mercurio, debajo de ocho partes, dos en el medio; Marte, medio debajo de cuatro; Júpiter, debajo de la media y encima de esas dos; Saturno, debajo de los dos del medio, como el Sol.

[80] Estas siete esferas giran con armonía dulcemente y se forman suavísimos conciertos con sus circuitos. El sonido no llega a nuestros oídos porque se produce más allá del aire, y su grandeza excede nuestra limitada capacidad auditiva. No captamos ningún sonido si no se produce en este aire. Desde la tierra hasta el firmamento se mide la música celeste, y se dice que la nuestra se inventó siguiendo su modelo.

[81] ... Si se asigna *a* a la Luna, *b* a Mercurio, *c* a Venus, *d* al Sol, *e* a Marte, / a Júpiter y *g* a Saturno,[4] se encuentra inmediatamente la medida de la música, de suerte que se descubren, de la Tierra al firmamento, siete tonos. De la Tierra a la Luna hay un tono; de la Luna a Mercurio, un semitono; de Mercurio a Venus, un semitono, y de allí al Sol, tres semitonos. Del Sol a Marte, un tono; de allí a Júpiter, un semitono; de allí a Saturno, un semitono; de allí al Zodíaco, tres semitonos. Todos juntos suman siete tonos. En efecto, el tono tiene *15.625* millas. El semitono, 7.812 millas. Por lo cual los filósofos imaginaron nueve musas, porque de la tierra al cielo se captan nueve consonancias que los hombres descubrieron ínsitas de forma natural en sí mismos.

4. Según el sistema de notación musical atestiguado en el tratado atribuido a Odón de Cluny (muerto en el año 942), *a* corresponde a *la*, *b* a *si*, *c* a *do*, *d* a *re*, *e* a *mi*, *fafa* y *g* a *sol*.

[82] Lo mismo que este mundo se divide en siete tonos, y nuestra música en siete voces, así el conjunto de nuestro cuerpo se combina en siete modos, pues el cuerpo une cuatro elementos y el alma tres fuerzas, que se concilian, o naturalmente, o con el arte musical. Por eso el hombre es llamado microcosmos, es decir, mundo menor, pues es conocido como parejo a la celeste música por cónsono número.

De «El sello de María»

La fiesta de la natividad de la Virgen

[8] La Iglesia adoptó del rito de los gentiles el llevar candelas en la mano durante la fiesta. El imperio romano había sometido al mundo entero, razón por la cual todas las gentes debían obtemperar al censo romano. Y cuando llegaban, iluminaban con antorchas toda la ciudad en honor de sus dioses o démones, porque éstos les habían sometido, o así lo creían, el orbe entero. Establecieron que eso sucediese en febrero, bajo el signo de Acuario, porque el signo opuesto es Leo, pues los signos son opuestos entre sí seis a seis. Decían los filósofos que las almas eran creadas *ab aeterno* y colocadas en la componente menos luminosa de las estrellas binarias, y que cuando veían desde lo alto procrear en las madres cuerpecillos, anhelaban encarnarse y caían de las regiones celestes por tal deseo. Los filósofos afirmaban además como un dogma que eran dos las puertas del cielo, una situada en el signo de Cáncer, por donde las almas salían, y la otra en el signo de Capricornio, a través de la cual volvían; y que cuando las almas al salir de Cáncer llegaban a Leo, comenzaban allí a descender enfrente de Acuario, y así caían por todos los planetas, y de ese modo se encarnaban. Tras haberse despojado del cuerpo a través del reino de Plutón, o sea, tenebroso —y precisamente se adoraba a Plutón ese mes—, debían regresar, y así, en llegando a Acuario, recibían de nuevo su antigua dignidad y [a través de Capricornio entraban en la componente menos luminosa de la estrella binaria]... Con esta intención, por tanto, llevaban luces, para que se les concediera un tránsito lúcido por los lugares tenebrosos. Lo hacían así engañados por el error. Nosotros obramos guiados por una señal divina. Al imperio de Cristo está sometido todo el mundo, y por tanto todos obtemperan al servicio del censo. En la candela se consideran tres elementos: la luz, la cera y la lumbre. La luz brilla, la cera se licúa, la lumbre ardiendo se desvanece, y significan a Cristo. La luz es su divinidad, como Él dijo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12). La cera es su humanidad,

según dijo: «Estoy hecho como cera que se funde» (Sal 22,15). La lumbre es su mortalidad, consumida por el fuego de la Pasión; a Simeón se le dio a comprender esto en Cristo, y por eso dijo exultante... «Lumbre para la revelación de las gentes y gloria de tu pueblo...» (Le 2,32). Por este significado lleva la Iglesia en este día la lumbre en la mano, para que con las cinco vírgenes, mediante los cinco sentidos, encendidas las lámparas de la virtud, tras k muerte de la carne nos sea dado escapar de los reinos tenebrosos y, en vir-r¿d de la estrella clarísima, María, madre de Dios, ver en la luz del Padre la lumbre de Cristo. Por eso, celebrad con alabanzas votivas a la Reina de los Gelos, para que interceda por vosotros junto al Hijo, rey de los ángeles, para que tras esta mísera peregrinación reinéis con ella por los siglos. Amén.

DE «LA GEMA DEL ALMA»

Del sacrificio de la misa y de los ministros de la Iglesia

[I, 8] Cuando el obispo sube a su sede, se cambian de lugar los candelabros disponiéndolos en una sola línea, salvo el primero, hasta el altar. Con los candelabros se expresan los diversos dones del Espíritu Santo; mediante la línea única se denota la unidad del Espíritu Santo en los dones singulares. Se comienza a partir del primero, porque el Espíritu Santo procede de Cristo hasta el altar, es decir, llega a los corazones de los elegidos.

[I, 11] Los acólitos hasta el *Kirieleyson* sostienen luces, porque los doctores que iluminan a la Iglesia con la palabra y el ejemplo deben ofrecer luz a los fieles hasta que los hombres mismos comiencen a suplicar con sus costumbres y aprendan que Cristo ilumina con verdadera luz a toda alma.
Los siete cirios son los siete dones del Espíritu Santo. El cirio central **es** Cristo. Después las luces se disponen ordenadamente hacia el obispo porque los siete dones del Espíritu Santo son distribuidos a la Iglesia a través de Cristo. El acólito que lleva el turíbulo representa a José, que llevó por doquier a Cristo, y significa también al apóstol Pablo, el cual con su predicación llevó por todo el mundo el olor de Cristo. A seis, cuatro o dos **no** les es lícito ministrar, porque el número par es divisible, y la Iglesia no se debe escindir, y por eso «Dios gusta del número impar».[5]

5. Virgilio, *Bucólicas,* VIII, 75

[12] El turíbulo significa el cuerpo del Señor; el incienso es su divinidad, el fuego, el Espíritu Santo. Si es de oro, representa su divinidad excelentísima sobre todas las cosas; si de plata, muestra su humanidad que busca la santidad de todos; si de bronce, declara su carne, frágil por causa nuestra; si de hierro, sugiere su carne muerta que en la resurrección supera la muerte. Si el turíbulo tiene cuatro cadenillas, significa que el cuerpo del Señor consta de cuatro elementos, porque estuvo lleno de las cuatro virtudes: prudencia, fortaleza, justicia, templanza. La quinta cadenilla, que separa el turíbulo, designa el alma de Cristo que se había separado del cuerpo con la muerte. Si contiene tres cadenillas, significa que la carne humana, el alma racional y la divinidad del Verbo constituyen una persona en Cristo, y la cuarta, que divide las partes, es la potestad que entrega el alma a la muerte por los corderos. Si está sostenido por una sola cadenilla, indica que El fue engendrado sin mancha de una Virgen y que sólo él, «libre entre los muertos» (Sal 88,5 LXX), es anunciado. El círculo en el cual se meten todas estas cosas es la divinidad, por la cual todas son contenidas, y cuya majestad no está limitada por término alguno.

[I, 17] Del siervo que ara se lee en el Evangelio que vuelve a casa tras el trabajo de los campos y que, después de servir a su señor, se sentará a [su] mesa (Le 17,7-10). El campo de Dios son los corazones de los fieles, el siervo que ara es el orden de los predicadores; los doctores son el lector de la epístola: ellos, en efecto, cultivaron el campo de Dios predicando; mediante la respuesta [se indica] a los fieles que dieron frutos de justicia respondiendo con buenas obras. El arado es nuestro servicio. Los bueyes que tiran de él son los que cantan al Señor con todas sus fuerzas. El *prae-centor* que con la mano y la voz incita a los que cantan es el siervo que, amenazando con el látigo a los bueyes, con dulce voz se regocija con ellos. El lector da la ley de Dios a los oyentes que han sido llamados para entonar los cantos nupciales en la escuela de Dios. «Escuela» se denomina a la condición de quien, aun teniendo la vocación, permanece tórpido, con los oídos del corazón sordos, y por eso el cantor toca en su oído con la trompeta grande la dulce melodía para animarlo. Los cantores que responden al primer cantor son la voz de los oyentes vigilantes que alaban a Dios. El versículo es el siervo que ara con la dulzura de la modulación los corazones de los carnales, que se abren como un surco en la confesión de la voz y de las lágrimas. Aran quienes con el arado de la compunción hacen pedazos los corazones, y en la lectura el oyente se nutre como un buey. El buey se nutre para poder realizar la obra agraria. El buey es el predicador,

el cantor y, en cierto modo, el boyero que estimula a los bueyes para que tiren con mayor contento, es decir, incita a los cantores a cantar con mayor alegría. La tierra se hace pedazos cuando los corazones de los oyentes se compungen. Estos operarios, cuando vuelven del campo de este mundo, entran en el eterno banquete con el Señor.

[1,32] El cuerpo de Cristo se hace de pan, que está formado por muchas migajas, porque la Iglesia es el cuerpo de Cristo que se reconstituye recogiendo a muchos elegidos. Las migajas, es decir, los elegidos, son desprendidos con el látigo de la predicación de la urna de la vida vieja, desecados por la penitencia, como molidos entre dos piedras, mientras son minuciosamente instruidos en el escrutinio de dos leyes. Una vez cernidos, se mojan y se amasan; separados ya de los infieles, renacidos por el agua del bautismo, se unen en la fe con el vínculo de la caridad por obra del Espíritu Santo, lo mismo que los panes cocidos en el horno son trocados en blancura, mientras que examinados en el camino de la tribulación son remodelados a imagen de Dios. De ese modo se hacen pan del pan de Cristo quienes no mueren para siempre.

[33] Este sacramento se hace con vino, porque Cristo dijo que era una vid, y la Escritura lo llama vino de alegría. La uva, prensada con dos maderos en el lagar, se deshace en vino, y cuando Cristo fue prensado con los dos maderos de la cruz, su sangre fue derramada como bebida para los fieles. Por eso la sangre de Cristo se hace con vino, porque es extraído de muchos granos, porque la Iglesia es recreada por medio de ese cuerpo de Cris**to,** siendo una congregación de muchos fieles. Esta es pisada por las angustias del mundo, como bajo una prensa, y es incorporada a Cristo atravesando las pasiones.

[I, 37] El subdiácono lleva el cáliz en la mano izquierda, la patena en La derecha, y lleva encima el corporal, porque en este momento él simboliza a Cristo; el cáliz, la pasión; la izquierda, la vida presente; la patena, la cruz; la derecha, la vida eterna; y el corporal, la Iglesia. Y Cristo bebe en ***h*** vida presente el cáliz de la Pasión, el mismo cáliz cuyo alejamiento pialó antes al Padre. Mediante la cruz entró en la gloria del Padre, y la Iglesia no deja de imitar su pasión. El corporal es blanqueado con mucho es-íüerzo, y la Iglesia se conforma a Cristo mediante muchas tribulaciones. Vuestro subdiácono, Cristo, llevó, por decirlo así, el cáliz con la patena cuando transportó la cruz a la pasión.

[I, 42] Los ángeles y los arcángeles alaban la majestad de Dios, las dominaciones adoran. Las potestades y los principados tiemblan de admiración. Los cielos, es decir, los tronos y las virtudes, se llenan de júbilo. Los querubines y serafines dulcemente celebran. Este sacrificio del concierto de los ángeles, David y Salomón lo imitaron instituyendo himnos en el sacrificio del Señor, con órganos y otros instrumentos musicales y haciendo gritar alabanzas al pueblo. Por eso al oficiar el sacrificio se suele todavía hacer resonar los órganos, cantar al clero, gritar al pueblo. Así los ángeles inmolan un sacrificio de alabanza, mientras consuena el Espíritu Santo. Tres veces se repite «Sanc-tus» porque se alaba a la vez a toda la Trinidad. «Dominus Deus» se dice una sola vez porque se venera la Unidad. Al sacrificio de los ángeles se une el sacrificio de los espíritus de los justos, que adoran la humanidad de Cristo, y por la redención del género humano se canta: «Benedictus qui venit in nomine Domini». Este himno lo cantan juntos en parte los ángeles, en parte los hombres, porque el género humano se une a los ángeles a través de Cristo inmolado, y la alabanza de los ángeles es: «Sanctus, sanctus, sanctus, Dominus Deus Sabaoth. Pleni sunt coeli et térra gloria tua. Hosanna in excelsis» (Is 6,3). La alabanza de los hombres es: «Benedictus qui venit in nomine Domini. Hosanna in excelsis» (Mt 21,9; Me 11,9-10; Le 19,38). Durante el canto se signan para indicar que reciben el signo de Cristo, objeto de contradicción.

[I, 44] El quinto oficio se vela con las alas de los querubines, de ese modo se representa el sacrificio del sumo pontífice y la lucha del Rey de la gloria. Moisés lo prefiguraba cuando en el monte oraba con las manos extendidas mientras Josué, que es también Jesús, combatía con Amalee, devastaba el reino del vencido y conducía de nuevo al pueblo con la alegría de la victoria (Ex 17). Así Cristo, en el monte de la cruz, oró con las manos extendidas por el pueblo incrédulo y contradicente, y luchó contra Amalee, es decir, el diablo, con el estandarte de la santa cruz, devastó el reino del vencido y, tras haber desbaratado al maligno enemigo, saqueó el infierno y llamó de nuevo a las cosas celestes al pueblo arrebatado a las tinieblas mediante la gloria de la victoria.

[45] Todo esto lo representa y procura expresar el obispo con vestiduras trágicas. Representa, en efecto, a Cristo clavado en la cruz, mientras recita el canon con las manos abiertas; es como si combatiera contra Amalee cuando recita la pasión de Cristo con las señales de la cruz. Los ministros se ordenan en doble fila como una hueste de combatientes, mientras los diáconos se ponen tras el obispo y los subdiáconos tras el altar. El ejército vuelve triunfante, porque, recibida la comunión, vuelve con alegría a sus tareas.

[46] En este oficio se representa la pasión de Cristo sobre la cruz del crismón; la cruz se debe interpretar como el altar donde se despliega el corporal en forma del cuerpo de Cristo. El corporal se fabrica con el puro lino de la tierra que con mucho esfuerzo se transforma en blancura,[6] lo mismo que el cuerpo de Cristo nace de una Virgen pura y es conducido a través de muchas pasiones al candor de la resurrección. Cuando el corporal es doblado de nuevo, no aparece ni su inicio ni su fin, porque la divinidad de Cristo carece de principio y no tiene fin. Sobre él se pone la rorma, porque la carne asumida por la divinidad se clava a la cruz. El cáliz con el vino y el agua se pone a la derecha porque se dice que la sangre con el agua manó del costado de Cristo. Cuando el sacerdote dice: «Hanc igi-tur oblationem», se inclina hasta el altar, porque allí comienza la pasión de Aquel que se inclinó hasta el altar de la cruz (Flp 2,8) por nosotros, obedeciendo al Padre. Después la forma, o el cáliz en manos del sacerdote, es alzada porque Cristo es elevado sobre la cruz para nuestra salvación, y su sangre se inmola para redimir la nuestra. Entre tanto, los diáconos situados detrás del obispo representan a los apóstoles, que en la pasión del Señor, huyeron todos y lo abandonaron. Los subdiáconos que están detrás del altar, frente al obispo, corresponden a las mujeres y los amigos que vieron desde lejos su pasión. Ante el altar, el sacerdote se inclina diciendo: «Supplices te rogamus», porque allí terminó la pasión de Cristo, y Cristo, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Mediado el canon, el diácono se lava las manos, porque Pilato en la pasión del Señor se las lavó, proclamándose de ese modo tan limpio de la sangre de El, como sus manos de la suciedad. El sacerdote alza la voz diciendo: «Nobis quoque peccatoribus», significando que la Iglesia desde al lado de Cristo confesó al Redentor gritando por voz del centurión: «Veré Filius Dei erat iste» (Mt 27,54).

[47] Mientras el sacerdote dice: «Per omnia saecula saeculorum», viene el diácono, levanta delante de él el cáliz, tapándolo en parte con la palia, lo vuelve a poner sobre el altar y lo cubre con el corporal, representando a José de Arimatea, que bajó el cuerpo de Cristo, tapó su rostro con el sudario, lo depositó en el monumento funerario y lo cubrió con una piedra. La forma y el cáliz se cubren con el corporal para significar la sábana limpia en la que José envolvió el cuerpo de Cristo. El cáliz significa el se-

6. Aelred de Rielvaux (1110-1167), en el *De institutione inclusarum* (parágrafo 26), propone a las reclusas la meditación del lino como ejercicio espiritual. Todavía hoy los lienzos de altar deben ser de lino o de cáñamo.

pulcro, la patena representa la piedra que cerró el sepulcro. Los tres artículos: «Oremus praeceptis», «Pater noster» y «Libera nos Domine» significan los tres días durante los cuales Cristo descansó en el monumento...
[49] Este sacramento se realiza sólo por medio de la cruz, porque Cristo colgó el sacrificio del Padre en la cruz, y redimió con la cruz el cuádruple mundo. Se forman seis órdenes de cruces porque el mundo fue creado en seis días y en el número senario es reanimado el cuerpo de Cristo. Mediante un número impar, por no ser éste divisible en dos partes iguales, es bendecido, porque el cuerpo de Cristo es permanencia indivisible. O bien hacemos tres cruces y expresamos la fe de la Trinidad, o bien nos signamos cinco veces, indicando con ello la quíntuple pasión de Cristo. Comprendemos, a través de esos seis órdenes, todos los tiempos del mundo, que indicamos unidos por Cristo por medio de la cruz.

[I, 56] A través de cinco órdenes de cruces se designan las cinco edades del mundo, que son salvadas a través de la cruz y el cuerpo de Cristo. De ahí que en el canon se diga cinco veces: «Per Christum Dominum nos-trum», porque el mundo es redimido por medio de las cinco heridas de Cristo. En el sexto orden, el cáliz es tocado con la forma, porque así se sugiere que en una edad determinada Cristo bebió sobre la cruz el cáliz de la pasión por todos. Cuando decimos: «Per ipsum», trazamos cuatro cruces sobre el cáliz con la forma, y la quinta la hacemos sobre el costado del cáliz, porque indicamos que Cristo recibió cuatro heridas en las manos y los pies y la quinta en el costado. Sumido el cuerpo de Cristo, tocamos los bordes del cáliz, porque, tras haber formado el cuerpo del primer hombre, «Dios sopló el aliento de vida en su rostro» (Gn 2,7) y dio vida a la mujer sacándola de él (Gn 2,22). Y este «Deus per quem, cum quo, in quo om-nia» espiró al Espíritu Santo sobre el rostro del género humano muerto, y con su cuerpo dio vida a la Iglesia. El cáliz se toca en cuatro partes, porque el género humano está disperso en las cuatro partes del mundo, vivificado por las cuatro partes de la cruz, y resucita a la vida al fin del mundo por medio de Cristo.

[57] Se debe notar que en todo el canon se hacen veintitrés signos, porque en el Antiguo Testamento los justos existen bajo el decálogo de la Ley, y en el Nuevo los justos existen a través del decálogo de la Ley, en la fe de la Trinidad, partícipes de este sacramento... Si triplicas veintitrés, da sesenta y nueve. Cuando decimos: «Pax Domini», no con los dedos, sino con las partículas de la forma, hacemos tres signos sobre el cáliz; si los añades a los ya mencionados, tendrás setenta y dos signos. Esto quiere decir que

setenta y dos lenguas dispersas a causa de la soberbia son congregadas en una por la humildad de Cristo, redimidas por la cruz y la pasión, en comunión con El a través de su cuerpo y sangre.

[I, 63] La forma se parte porque en la cruz se nos parte el pan de los ingeles, para que, al sumirlo, la rotura de nuestros pecados quede reparada. El papa no parte la forma, sino que muerde una parte de ella, poniendo la otra sobre el cáliz, porque Cristo mordió el infierno y después mandó al paraíso a los redimidos. El diácono sostiene el cáliz mientras el papa sorbe la sangre, significando al ángel que, en la resurrección, quitó la piedra del monumento funerario. Una vez que haya comulgado el sacerdote, se quita inmediatamente del altar el cáliz, porque Cristo, una vez resucitado, ya no muere más, y su cuerpo no se encuentra en el sepulcro. El diácono distribuye la sangre porque el ángel comunicó la resurrección del Señor. El subdiácono recibe el cuerpo del Señor del diácono y lo lleva a los sacerdotes para que lo repartan al pueblo, significando que las mujeres ryeron las palabras del ángel sobre la resurrección de Cristo y las refirieron a los apóstoles, y éstos las distribuyeron predicando a todo el pueblo. Cuando el apostólico desciende del altar, da la comunión a los pueblos, porque, cuando Cristo desciende del altar de la cruz y resucita de entre los muertos, el pueblo participa de la gloria eterna. El obispo parte la forma, porque el Señor partió el pan a los discípulos de Emaús (Le 24,30). Divide li forma en tres partes: una la conserva para sí y ofrece dos al diácono y al subdiácono, porque el Señor, una vez partido el pan, conservó una parte para sí y repartió dos entre Cleofás y Lucas.

[I, 83] Se debe saber que quienes recitaban tragedias en los teatros representaban para el pueblo los hechos de los combatientes. Así, nuestro ictor trágico representa con sus gestos para el pueblo cristiano, en el teatro de la iglesia, la lucha de Cristo, e inculca la victoria de la redención. Así, cuando el sacerdote dice: «Orate», representa a Cristo sumido en agonía por nosotros, cuando pidió encarecidamente a los apóstoles que oraran. Con el secreto silencio indica que Cristo, como cordero sin voz, fue víctima silenciosa. Con la extensión de las manos señala la extensión de Cristo en la cruz. Con el canto de la *praefatio* expresa el grito de Cristo colgado en la cruz. En efecto, El cantó diez salmos, desde «Deus meus réspice» (Sal 22,2) hasta «In manus tuas commendo spiritum meum» Sal 31,6), y así expiró. Mediante el secreto del canon alude al silencio del sábado. Mediante la paz y la comunión indica la paz otorgada tras la resu-

rrección de Cristo y la comunión de alegría. Sumido el sacramento, el sacerdote da la paz y la comunión al pueblo, porque tras ser derrotado en duelo nuestro acusador por obra de nuestro campeón, el juez de la contienda anuncia la paz al pueblo, invitando al banquete. Después se le ordena volver a sus cosas con alegría mediante el «Ite missa est», y quien se regocija dando gracias a Dios vuelve a casa gozoso.

[I, 145] En la iglesia, los varones están en la parte austral, para significar que los más fuertes en la fe, fervientes por el ardor del Espíritu Santo, deben convertirse en prelados a los que toca sufrir el embate de las tentaciones del mundo. Las mujeres están en la parte boreal, para indicar que los más frágiles deben estar debajo, ya que no pueden soportar el embate de la tentación, y deben atemperar con la medicina conyugal el ímpetu de la carne.

RICARDO DE SAN VÍCTOR

Escocés, fue suprior de San Víctor en 1159 y prior desde 1162. Dedicó muchas de sus obras a su amigo san Bernardo. Murió en torno a 1173.

Su obra mayor es *Benjamín minor,* basada en la interpretación de Benjamín como símbolo del éxtasis, según el Salmo 68,28: «Ibi Benjamín adu-lescentulus in mentís excessu».

DEL «BENJAMÍN MENOR»

[3] La palabra «Raquel» se interpreta, en cuanto al significado, como «la que ve el principio» u «ovejita». Para ser digna de este nombre, debe cumplir cuanto está escrito: «Tened rectos sentimientos para con el Señor y buscadlo con sencillez de corazón» (Sb 1,1). Pues quien siente rectamente respecto al Señor discierne... a Aquel que es el principio de todas las cosas. Y es verdaderamente una ovejita si lo busca con sencillez. Ved, pues, que no es una sabiduría común, sino la sabiduría más alta, buscada con sencillez, la que nos hace ser Raquel. Por eso creo que no os sorprenderá ver a Raquel tan amada, si su sierva (quiero decir la sabiduría del mundo que en comparación con su señora es juzgada necedad) es buscada con tanto amor por los mundanos filósofos.

[4] Quien ha aprendido por propia experiencia más que de oídas, comprenderá fácilmente de qué modo Lía sustituye a la esperada Raquel.

Sucede a menudo que un alma, todavía no enteramente purificada de su bajeza ni dispuesta todavía para la contemplación de las cosas celestes, cuando acude al tálamo de Raquel y se prepara para su abrazo, se encuentra de golpe, en el momento mismo en el que cree estrecharla, inesperadamente, entre los brazos de Lía...

Cada vez que en nuestras santas lecturas encontramos la compunción en vez de la contemplación, podemos estar seguros de que en el lecho de Raquel no la encontraremos a ella, sino a Lía. Así como es propio de Raquel meditar, contemplar, discernir y comprender, es propio de Lía llorar y gemir, entristecerse y suspirar. Pues, como hemos dicho, Lía es el afecto inflamado por la inspiración divina, Raquel es la razón iluminada por la divina revelación. Lía es el afecto que se somete a la ley de la rectitud, Raquel es la razón que se eleva a la contemplación de la sabiduría celeste.

[14] Lo mismo que en Raquel es significada la razón, así en su sierva se significa la imaginación. La razón nos persuade de que es mejor pensar, de un modo u otro, en las cosas buenas, y al menos encender el alma con el deseo de ellas imaginando su belleza, en vez de fijar la mente en bienes falsos y engañosos. Este es el motivo por el cual Raquel quiso dar al esposo su sierva. Quien no es del todo inexperto sabe que ésta es para un principiante la primera vía hacia la contemplación de las cosas invisibles.

[36] «Entra en el gozo de tu Señor» (Mt 25,21). Así, este gozo interior que sólo los hombres espirituales poseen, la dulzura que se advierte en el alma, es el quinto de los hijos de Lía. La alegría, como hemos dicho ya, es uno de los afectos más importantes. Cuando está ordenada, puede perfectamente ser computada entre los hijos de Jacob y Lía... Lía despreció las mandragoras y las dio contenta para tener un hijo así.

Pues la mente que se alegra de la alabanza de los hombres no merece conocer la alegría interior. Es justo que Lía lo concibiera tras el nacimiento de Gad y Aser, porque la mente humana no puede llegar a la verdadera alegría sino a través de la abstinencia y la paciencia. Quien quiera tener esta verdad debe desterrar, tanto los falsos placeres, como la vana ansiedad. El hombre que se deleita en cosas mezquinas es indigno de la dicha espiritual: y si está turbado por vanos temores no puede gustar la espiritual dulzura. La Verdad condena la alegría falaz: «Ay de vosotros, los que ahora reís» (Le 6,25). Y rechaza las vanas inquietudes diciendo: «No temáis a los que

matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (Mt 10,28). Nosotros vencemos aquélla con la abstinencia, y despreciamos éstas cuando las soportamos pacientemente. Estos son Gad y Aser, que ahuyentan la alegría falsa e introducen la alegría verdadera. Ahora ciertamente no habrá ninguna duda sobre el motivo por el cual a este hijo se le puso el nombre de Isacar, pues tal nombre significa «recompensa».

[38] Aquellos que son batidos por las olas de los deseos carnales no merecen ser embriagados por esta dulzura. «Tú has visitado la tierra y la has embriagado» (Sal 65,10 LXX). ¿Por qué el Señor habla de embriagar a la tierra sola y no al mar? Porque sabemos que una mente ondulante entre muchos deseos, turbada por la tempestad, no puede ser admitida a esa alegría interior; no bebe en ese torrente de delicia y no puede embriagarse de él. Sabemos que el mar está perpetuamente inquieto, pero la tierra está firme para siempre. También todos los demás elementos están en movimiento, sólo la tierra está parada; ninguna otra cosa se encuentra en estado de quietud. ¿Qué otra cosa puede simbolizar la tierra, sino la fija estabilidad del corazón? Por eso, si un hombre piensa y anhela embriagarse con ese cáliz de la verdadera sobriedad, frene las ondulaciones del corazón y concentre los movimientos de sus pensamientos y afectos en el deseo de la única verdadera alegría. Esta es la tierra verdaderamente dichosa y la tranquila estabilidad de la mente, cuando está toda recogida en sí, inmóvil y fija en este único deseo de eternidad. Esta es la tierra que la Verdad prometió al decir: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra» (Mt 5,5)... Esta es la tierra que vio Isacar, «asno robusto», y por la que se inflamó admirablemente su deseo: «Isacar... asno robusto echado dentro de sus confines. Ve que el reposo es bueno y que la tierra es óptima, y apresta su lomo a la carga y acaba sometiéndose al tributo» (Gn 49,14-15). Si, en efecto, queremos conocer por experiencia la verdadera alegría interior debemos pasar de una tierra a otra, de una remota comarca a nuestra tierra, del exilio a la patria, de las tribus a nuestra familia, del reino a otro pueblo, de la tierra de los muertos a la tierra de los vivos.

[73] No obstante sabemos (pues lo hemos aprendido de la enseñanza de la Escritura) que «la esperanza diferida aflige al espíritu» (Pr 13,12). Pues nada aflige al alma tanto como la impaciencia del deseo. Pero ¿qué cabe buscar más saludable que la dulzura de esta visión? ¿Qué deleita más el sentimiento? ¿Qué hace más feliz al alma? Raquel lo sabe, porque a la razón no puede quedarle oculto que, en comparación con esta suavidad, toda otra

dulzura es amarga. Por eso no puede reducir sus esfuerzos ni moderar su deseo. A eso se debe la gran ansia y el desmesurado dolor del parto. ¿De dónde creéis que procede ese dolor apabullante, sino de la angustia incesante y del impaciente deseo?... Raquel sabe que esta tarea es superior a sus fuerzas, y sin embargo no puede alterar ni el esfuerzo ni el deseo. El alma, en efecto, no alcanza nunca esta gracia en virtud de su propia actividad. Esto es un don que viene de Dios, y no por los méritos del hombre. Pero, ciertamente, nadie recibe nunca una gracia tan grande sin un inmenso esfuerzo y un ardiente deseo. También esto lo sabía Raquel, y por eso redobla su esfuerzo y de día en día va inflamando cada vez más, con ardor, sus deseos. En el afán cotidiano de su angustia, en la inmensidad de su dolor, nace Benjamín y muere Raquel. Cuando la mente del hombre es arrebatada fuera de sí, todos los límites del humano razonamiento quedan sobrepasados. Todo el sistema del razonamiento humano sucumbe, en efecto, ante cuanto el alma percibe de la luz divina, cuando es ensalzada por encima de sí y arrebatada en éxtasis. ¿Qué es la muerte de Raquel, sino el desfallecimiento de la razón?

[80] Si no os ha sido concedido ver a Cristo transfigurado, tomadlo como un claro signo de que no habéis alcanzado la cumbre de la montaña. Apenas Cristo, vuestro guía, os haya conducido a la cima, se os aparecerá en otra forma, y en vuestra presencia se cubrirá de luz, como atestigua el evangelista: «De repente, sus vestidos se volvieron blancos como la nieve, con una blancura que ningún batanero del mundo podría dar» (Me 9,3). La gloria de la divina sabiduría, que se vislumbra desde el ápice supremo de la contemplación, no puede ser en modo alguno descrita por la experiencia de las humanas facultades. Notad que Cristo lleva una vestidura en el valle y otra en la montaña. En el valle, su vestidura es indivisa, pero sólo en el monte lleva una vestidura gloriosa. Los desgarros de los cismas son totalmente desconocidos en la unicidad de la Verdad: por eso, tanto en el valle como en el monte, Cristo lleva sólo vestiduras indivisas. No obstante, grande es la diferencia entre las vestiduras indivisas y las gloriosas. ¿Queréis conocerla y comprender lo que las distingue? «Si no creéis», dice El, * cuando os hablo de cosas terrenas, ¿cómo vais a creer si os digo cosas del aelo?» (Jn 3,12). Distinguid entre una y otra enseñanza y comprenderéis ¡i diferencia entre las vestiduras.

[84] «Allí está el joven Benjamín, en el éxtasis espiritual» (Sal 68,28 LXX). En primer lugar, los hombres deben congregar sus pensamientos y deseos en una sinagoga, más que en una iglesia. Sabéis muy bien que «si-

nagoga» significa «congregación»; «Iglesia», «asamblea (de convocados)». Una cosa es reunir algo sin contar con su voluntad o contra ella. Y otra es reunirse espontáneamente y por cuenta propia, a una señal de mando. A las criaturas insensibles y a los brutos se les puede «congregar», no «convocar». Pero una reunión de criaturas racionales debe acontecer por un movimiento espontáneo, si quiere merecer el nombre de asamblea. Veis, pues, la gran diferencia existente entre asamblea (de convocados) y congregación, entre Iglesia y sinagoga.

Si, por tanto, sentís que vuestros deseos se apegan a los placeres exteriores y que vuestros pensamientos os demoran constantemente, obligad-los con todo cuidado a volver, de manera que podáis al menos reunirlos en una sinagoga. Cada vez que recogemos nuestros pensamientos errabundos y fijamos los movimientos del corazón sobre un único deseo, la eternidad, ¿qué hacemos sino reunir esa familia interior en una sinagoga? Pero cuando la muchedumbre de nuestros deseos y pensamientos, atraída por el gusto de esa íntima dulzura, haya aprendido ya a acudir espontáneamente a la señal de la razón y a permanecer fija dentro de nosotros, será digna del nombre de Iglesia. Aprendamos, pues, a amar sólo los bienes interiores y a pensar en ellos a menudo y con certidumbre; formemos esas Iglesias en las cuales sabemos que se deleita Benjamín.

[87] ¿Qué significa la bajada de Benjamín a Egipto, sino el regreso del ojo de la mente, de la contemplación de las cosas eternas, a las temporales, y el abajarse de los rayos de la inteligencia, de la luz de la eternidad, como del vértice del firmamento, hasta la tiniebla de las cosas mudables y a la gran confusión de los acontecimientos alternos, para considerar la razón de los juicios divinos y en gran parte comprenderlos? ¿Y qué significa el encuentro de José y Benjamín y su mutuo abrazo, sino el frecuente encuentro de la meditación y la contemplación, como nos demuestra la razón? En cuanto al sentido general de este episodio, mientras que por Benjamín se entiende el don de la contemplación, José representa el don de la meditación. Sin embargo, en sentido más propio y exacto, Benjamín simboliza la pura inteligencia, y José la verdadera prudencia. Por Benjamín entendemos ese género de contemplación que tiene por objeto las cosas invisibles; por José, la meditación sobre argumentos morales. La comprensión de las cosas invisibles pertenece, en efecto, a la pura inteligencia; la consideración moral pertenece a la verdadera prudencia. Llamamos pura a la inteligencia cuando no se mezcla con ella la imaginación, pero la verdadera prudencia es distinta de lo que se llama prudencia de la carne. La

verdadera prudencia pretende adquirir, acrecentar y conservar la verdadera riqueza; la prudencia de la carne, en cambio, se ocupa de una riqueza transitoria; por eso se dijo que «los hijos de este siglo son más prudentes que los hijos de la luz» (Le 16,8). José se echa a menudo en los brazos de Benjamín, y con la misma frecuencia la meditación se esfuma en la contemplación. Pero Benjamín recibe el impetuoso saludo de su hermano cuando el alma, mediante el esfuerzo de la meditación, se eleva hasta la contemplación. Benjamín y José se encuentran y se abrazan cuando la revelación divina y la razón humana concuerdan en un único testimonio de verdad. ¿Veis cómo la Sagrada Escritura varía el modo de interpretar una sola y misma cosa? Pero por doquier hace algún añadido para impedir que el sentido permanezca completamente oculto. En la muerte de Raquel, la contemplación se eleva por encima de la razón; la bajada de Benjamín a Egipto es la contemplación que condesciende con la imaginación; con el abrazo de Benjamín y de José, la razón humana se adhiere a la revelación divina.

DEL «BENJAMÍN MAYOR»

[IV, 11] ¿Qué significa aguardar en la propia casa el paso del Señor, sino comprender sabiamente, a partir de cuanto nos acontece por obra divina, el gobierno de la divina Providencia, y tener la gracia de cooperar en él? Mientras el terremoto sucede al viento impetuoso, el fuego al terremoto, la voz todavía feble al fuego, se advierte la presencia del Señor que pasa. Mientras que la mente se ve a menudo sacudida desde sus cimientos por grandes y portentosos trastornos, y ora está deprimida por un exagerado temor, ora quemada por un exceso de dolor o confusa por la vergüenza, otras veces, más allá de toda expectativa y esperanza, el alma se compone en un estado de gran quietud e incluso de seguridad y, lo quiera o no, considera el efecto de la gracia que la visita y entiende más claramente que eso sucede por disposición divina. Tenemos a Dios presente, pero como de paso, cuando no conseguimos permanecer en la contemplación de esta luz durante mucho tiempo seguido. Pero escuchar la voz admonitoria del Señor o de su instrumento significa conocer por inspiración suya cuál es su voluntad y su perfecto beneplácito. Pero quien es arrebatado fuera de sí en el éxtasis sale como de una tienda al encuentro del Señor que llega, y lo ve cara a cara, contemplando la lumbrera de la más alta sabiduría sin ningún velo o sombra de imagen; no en un espejo ni por enigmas (1 Co 13,12), sino, como he dicho, en su verdadera esencia. Un hombre vierte al exterior

la visión interior cuando, con mucha reflexión y atenta consideración, percibe o hace completamente inteligible para sí mismo cuanto ha visto en el éxtasis, y después, con la evidencia de la razón y la ilustración de comparaciones, lo expresa de manera que todos lo entiendan.

Verdaderamente se sacrifica el becerro (Gn 18,7) para la comida del Señor cuando la mente del hombre, robustecida por estos pasos sucesivos, extirpa algo de los placeres a los que se inclina y que antes había acariciado al obedecerlos alegremente; cuando deja alguna de sus ocupaciones y costumbres con la esperanza de poder dedicarse mejor a la divina contemplación y de ser más acepto a la divina misericordia.

Preparamos la mesa al Señor cuando, tras habernos inmolado en la búsqueda de la virtud y haber llevado a efecto la intención de una vida más rigurosa, nutrimos y acrecentamos el favor de su amor por nosotros. «Mira», dice El, «que estoy a la puerta y llamo, si uno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él» (Ap 3,20). En verdad cenamos teniendo al Señor entre nosotros cuando con alegría usamos para sus designios, y consagramos a su beneplácito, las cosas mediante las cuales aumentamos su favor para con nosotros y nuestra confianza en El. Y debido a este aumento de confianza, el alma, de forma imprevista, se encuentra colmada de esa gracia largamente deseada y ardientemente esperada que trasciende, con mucho, nuestra esperanza y expectativas...

El hombre que habita junto al Señor inmutable es aquel que en esta alta elevación de la mente trasciende todas las arriesgadas condiciones de la humana inestabilidad, todas las incertidumbres y ondulaciones, y, con los ojos fijos en esa eterna luz, asume en sí el semblante de la imagen que contempla. «Todos nosotros», dice el Apóstol, «contemplando con el rostro descubierto la gloria del Señor, en esa misma imagen somos transformados de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor» (2 Co 3,18). En esta exaltación de la mente, la inteligencia humana penetra a menudo en el abismo de los juicios divinos y es instruida, como hemos dicho, en el conocimiento del futuro.

[IV, 22] Moisés permaneció en la montaña durante seis días, y el séptimo fue llamado desde dentro de la nube a hablar con el Señor. Durante seis días, como se ha dicho, acudimos a nuestros quehaceres, y el séptimo descansamos. Durante seis días estamos a la espera en el monte, y con gran fatiga y esfuerzo mental nos habituamos a permanecer largo tiempo a tanta altitud. Pero al final llega el séptimo día en el cual esa fatigosa elevación del alma se cambia en deleite, y la mente se eleva sin esfuerzo. Llegamos al séptimo día,

por decirlo así, cuando, en esa alta condición el alma mora finalmente en la mayor tranquilidad, de manera que no sólo abandona toda aprensión y ansiedad, sino que casi trasciende los confines del sufrimiento humano. Es admitida a hablar con el Señor a una señal de éste cuando, por divina inspiración y revelación, queda inmersa en el abismo de los juicios divinos.

Moisés entra en la nube cuando la mente humana, absorbida por la inmensidad de la luz divina, se adormece en un completo olvido de sí misma. Bien os podéis sorprender, y con razón, de cómo se armoniza la nube con el fuego y el fuego con la nube: la nube de la ignorancia con el fuego de la inteligencia iluminada; la ignorancia y el olvido de cosas en otro tiempo sabidas y experimentadas con la revelación y la comprensión de cosas antes ignoradas y nunca experimentadas hasta el momento. En efecto, el entendimiento humano es simultáneamente iluminado sobre las cosas divinas y oscurecido en cuanto a las humanas.

Esta paz del alma elevada por encima de sí, esta tiniebla y esta luz son descritas en algunas palabras del salmista, cuando dice: «En paz me acuesto y enseguida me duermo» (Sal 4,9). El alma en verdad encuentra paz cuando es conducida más allá de sí, y no siente ya en modo alguno el tormento del sufrimiento humano.

Duerme en esa paz cuando es acunada en la máxima quietud y todas sus graves consideraciones de antes se pierden en el olvido. Quien duerme no tiene conocimiento de las cosas que lo circundan, ni tampoco de sí mismo. Por eso, bien se expresa ese éxtasis del alma con la palabra «sueño». Pues, en el éxtasis, la mente se sustrae a su ambiente habitual; inmersa, por decirlo así, en el sueño, se mueve en la contemplación de las cosas divinas, lejos de las humanas preocupaciones.

[V, 1] Debemos observar que algunos, cuando vuelven en sí, como es condición normal del alma tras el éxtasis, no pueden en modo alguno comprender ni recordar cuanto percibieron en aquel estado. Así le sucedió a Nabucodonosor, que tuvo una visión en sueños, pero al despertar no pudo evocar en su mente nada de cuanto había visto en el sueño. Unos consiguen con facilidad reflexionar sobre cuanto vieron en el éxtasis. Otros se esfuerzan en ello penosamente. Así, ejemplo de los primeros fue el faraón, que tuvo una visión en sueños y la recordó. De los segundos, el rey Nabucodonosor, que había olvidado su sueño y sólo con gran fatiga volvió a encontrarlo. Moisés, a quien fue mostrada por divina revelación el arca de Dios en el monte, llegó después a conocerla familiarmente en el valle y la vio a menudo. También otros, aun llegando rara e inesperadamente al éx-

tasis en sus contemplaciones, al final comienzan a experimentarlo con mayor frecuencia. Esto es como cuando Moisés al final entraba libremente detrás del velo del arca que primero había visto sólo en la nube por llamada y revelación de Dios. En todo esto hay muchas cosas secretas que no pueden ni deben tratarse separadamente.

[2] Me parece que el modo de la contemplación es triple. A veces hace que la mente se dilate, a veces que se eleve, a veces que se abstraiga. La mente se dilata cuando la mirada del alma vaga en la vastedad y se agudiza intensamente, pero sin sobrepasar los límites del esfuerzo humano. La mente se eleva cuando la actividad del entendimiento, divinamente iluminado, trasciende los límites del esfuerzo humano, pero no se desborda en el éxtasis; así, lo que ve está por encima de sus capacidades, pero el alma no abandona los modos habituales de conocimiento. El alejamiento del alma, o éxtasis, se da cuando la memoria de las cosas presentes se retira de la mente y ésta pasa, mediante una transfiguración que es obra de Dios, a una condición desconocida del alma, que es inalcanzable para el esfuerzo humano. Estos tres modos de contemplación son experimentados por aquellos que merecen ser elevados a la altura de tal gracia. El primero es causado por un esfuerzo humano; el tercero, únicamente por la gracia divina; el intermedio, por una atemperación de las dos, es decir, de la diligencia humana y de la gracia divina. Al primer grado pertenece la construcción del arca... al segundo, su transporte... al tercero, su colocación en el santuario detrás del velo.

[V, 14] «¿Quién es esa», dice la Escritura, «que sube del desierto, colmada de delicias, apoyada en su amado?» (Ct 8,5). Si por desierto rectamente entendemos el corazón del hombre, ¿qué es este subir del desierto, sino el pasar de la mente humana al éxtasis? El alma humana sube del desierto cuando sale de sí por el éxtasis espiritual, cuando se abandona completamente a sí misma y, pasando a los cielos, con la contemplación y la devoción se sumerge en las cosas divinas. Pero el motivo de esta ascensión es anejo y consecuencia de lo que se describe como un ponerse de pie desbordante de delicias. ¿Qué significa este desbordar de delicias sino la sobreabundante plenitud de las alegrías espirituales? ¿Qué es el desbordar de delicias sino una abundancia de verdadera dulzura y de alegría infundida desde lo alto? Los falsos bienes no pueden nunca producir la abundancia de estas delicias como la produce la verdadera alegría: no serían falsos si pudieran de verdad enseñarnos la verdadera delicia y su abundancia... Incluso los incrédulos pueden gustar estos bie-

nes exteriores y falaces, pero no pueden en modo alguno poseer la alegría... Por eso, cada vez que os falte la alegría interior y veraz, aun cuando abundéis en riquezas exteriores, bien podéis cantar con el profeta: «Soy desventurado y pobre» (Sal 86,1)...

Podemos ver cada día el ejemplo de ello en la vida de los animales. Estos, en sus juegos, a veces saltan hacia lo alto, y su cuerpo permanece durante breve tiempo suspendido en el aire. Los peces, jugando en el igua, se levantan a menudo por encima de ésta y salen de los confines de su morada natía, sosteniéndose por breve tiempo en el vacío. También el lima santa, cuando por el íntimo impulso de su fervor se despega de sí misma, cuando es impulsada por el éxtasis espiritual a elevarse por encima de sí, y es arrebatada, y descansa en un mundo celeste, cuando queda completamente inmersa en la visión angélica, parece haber trascendido los límites de sus capacidades natías...

Si por las montañas rectamente entendemos las almas contemplativas, y por las colinas las almas meditativas, veremos cuan justo es decir que los montes exultan como carneros, y las colinas como corderos.[7] A veces contemplación y meditación se usan como sinónimos, y así el verdadero significado de las Escrituras a menudo se anubla y confunde. Pero nosotros definimos bien y apropiadamente la meditación *{specula-::o* **i** cuando decimos que vemos por medio de un espejo *(speculum);* pero la contemplación se obtiene cuando vemos la verdad en su pureza, sin obstáculos ni velos de sombras. Así las colinas exultan como corderos cuando ese alto rito de movimientos solemnes y secretos las levanta por encima de sí para ser dignas de vislumbrar los misterios ocultos del cielo como en un espejo y oscuramente. Pero los montes exultan como carneros cuando, espíritus más altos, en la exultación de su éxtasis contemplan con sencillez y pureza cuanto los espíritus menos altos pueden a duras penas vislumbrar en un espejo y oscuramente.

DE «LOS CUATRO GRADOS DE CARIDAD APASIONADA»

¡Mirad! Veo a unos hombres heridos, a otros encadenados, languidecer y desfallecer, y todo por amor. La caridad hiere, la caridad encadena, zace languidecer, desfallecer. ¿Cuál de estos efectos no es poderoso, no es

7. Referencias a Sal 114,4 (LXX).

apasionado? Éstos son los cuatro grados del apasionado amor que pronto vamos a considerar. Sed, oh hermanos, fervientemente solícitos de esa caridad que tanto anheláis obtener; aprended de ella, anhelad la que tan ardientemente buscáis. ¿Queréis noticia de esta caridad vulnerante? «Me has herido el corazón, hermana mía, esposa mía, me has herido el corazón con uno de tus ojos, y con una trenza de tu cuello» (Ct 4,9). ¿Queréis noticias del amor que encadena? «Yo los atraeré con los vínculos de Adán, con los vínculos de la caridad» (Os 11,4). ¿Y del amor que languidece? «Hijas de Jerusalén, si encontráis a mi amado, decidle que languidezco de amor» (Ct 5,8). ¿Queréis oír del deliquio de amor y de quien lo provoca? «¡Desfallece mi alma por el anhelo de su salvación, pero grandemente ha esperado en tu palabra!» (Sal 119,81 LXX). El amor hace desfallecer y languidecer; el amor tiene sus cadenas, el amor hiere...

El primer grado era el amor que hiere, y el segundo es el amor que encadena. El alma está seguramente y sin sombra de duda encadenada cuando únicamente del amor no puede olvidarse, ni pensar en ninguna otra cosa. Sea lo que sea cuanto haga o diga, siempre está vuelta a él en su mente, lo tiene continuamente fijo en la memoria. Dormida, sueña el amor; velando, piensa en él todo el tiempo. Me parece que es fácil comprender cómo este grado, que no concede al alma humana ni una hora de quietud, supera al primero... A menudo las heridas son menos gravosas que las cadenas.

Todos saben cómo a menudo sucede que un soldado golpeado y herido en batalla escapa a su perseguidor y se salva pese a sus heridas. Pero después, en medio de la pelea, el soldado herido cae, y cuando cae es hecho prisionero, y como prisionero es llevado a juicio, encarcelado, puesto en cepos y cadenas, y así tenido en cautividad.

¿Qué suerte, digo yo, es peor y más molesta? ¿Acaso no es más tolerable huir, aun herido, que ser tenido en prisiones? Pero este grado, a diferencia del primero, no entraña pausas de alivio, sino que quema al alma con continuo ardor, como con una violenta fiebre.

Continuamente arde el alma en el fuego de sus deseos, sin encontrar descanso ni de día ni de noche. Y, a semejanza de quien yace enfermo, o está ligado a una cadena y no puede moverse de allí donde fue encadenado, aquel que es absorbido por el segundo grado de amor apasionado, haga lo que haga, se vuelva adonde se vuelva, no puede sustraerse a esta su única y profunda preocupación por el objeto de su ansia. Por eso en el primer grado podemos y debemos rechazar la atracción hacia los deseos malvados, no tanto oponiendo resistencia, cuanto alejándonos de ellos, no con renuencia, sino a todo correr. Si tenemos siempre cuidado de dedicar-

nos previsoramente a ocupaciones y meditaciones útiles y austeras, ésa es nuesttra huida, y así cumplimos lo que está escrito: «Huid de la fornicación>> (1 Co 6,18). En el primer grado, la pasión puede ser evitada, no venada: en el segundo no puede ser vencida, ni con la resistencia, ni con la ¡buda. Oíd el gemido del prisionero que desespera de poder huir: «Me han cerrado toda salida, no hay quien piense en mi alma» (Sal 141,5 LXX)...
Antes debemos dejar a nuestra espalda Egipto, antes debemos atravesar **el mar** Rojo. Antes los egipcios deben perecer en el ponto, antes debemos padecer el hambre en la tierra de Egipto: antes de poder recibir este manjar espiritual, este alimento celestial. Quien desee el alimento de la celeste «edad, abandone Egipto con el cuerpo y con el alma y renuncie del todo al amor de este mundo. Atraviese el mar Rojo, esfuércese en desterrar toda mesticia y amargura de su corazón, si desea que lo colme la interior dulzura. Antes los egipcios deben ser engullidos por el mar. Perezcan nuestras malas costumbres, para que el pueblo de los ángeles no deba despreciar a un compañero indigno. Deben faltar las viandas de Egipto, ser abominados los placeres carnales, antes de que podamos experimentar la naturaleza de esas intimas y eternas alegrías. En realidad, cuanto más enteramente supera el a**mor** de Dios todo otro afecto, con tanta más frecuencia y abundancia restaura el alma con interior alegría. En esta condición, el alma gusta la miel de la piedra y el aceite de la roca más dura (Dt 32,13)...

En el primer grado... el alma se recoge en sí misma; en el segundo asciende a Dios; en el tercero sale de sí y se sumerge en Dios; en el cuarto, desciende por debajo de sí. En el primero y en el segundo es levantada; en el tercero y el cuarto, transfigurada. En el primero llega a sí misma, en el segundo se trasciende, en el tercero se conforma a la gloria de Cristo; en el cuarto se conforma a la humildad de Cristo. Más aún: en el primero es conducida de vuelta a casa; en el segundo es trasladada; en el tercero, transformada; en el cuarto, resucitada.

GUILLAUME D'AUBERIVE

Fue el tercer abad del monasterio cisterciense de Auberive, en la diócesis de Langres; desempeñó ese cargo desde 1165 hasta 1186. Queda de él un tratado dirigido al monje Tomás y una carta al monje Esteban, que le había preguntado el significado del número cuarenta: fue uno de los máximos cultivadores de la mística de los números asociada al estudio de la armonía. Su predecesor había sido Odón de Morimond, de la escuela de

Hugo de San Víctor, autor del *De sacramentis numerorum* y de una carta desdeñosa contra quien había osado reprenderlo por haber afirmado que «Deus est numerus».

DE LA «CARTA A FRAY ESTEBAN»

[Ms. Luxembourg 60, folios *16r-80v*] Me agrada que vayas excavando con piadosa avidez el sacramento de la penitencia. Esto conviene al monje, de quien es propio el amor de ir al encuentro de la vida. La penitencia es el camino que lleva a la vida que da frutos dignos de la penitencia y que huye de la ira futura.

Captas, pues, en el número cuarenta el sacramento de la penitencia, tanto en su parto, como en sus partes. Su parto son sus frutos, es decir, los números, o al menos lo que está recogido en la igualdad de las partes. Los submúltiplos del cuarenta los conoces, son siete: la unidad, el binario, el cuaternario, el quinario, el octonario, el denario, la veintena. Y hete aquí que el fulgor del misterio nos sonríe, porque el septenario indica la virginidad. Y quizás más que virgíneo se puede llamar al siete, porque no sólo en su límite no genera, sino que tampoco es generado. Y así se observa que quienes demacran sus rostros para hacer ver a los hombres que ayunan no llegan a los números de la penitencia, ya que la integridad de su mente está corrompida por la suciedad de la hipocresía. Oh, tres veces más cuatro dichosas las vírgenes prudentes que «tomaron aceite en las alcuzas», porque «entraron con el novio al banquete de boda» (Mt 25,4 y 10). Los siete submúltiplos de cuarenta sumados dan el cincuenta,[8] en el cual la heredad vuelve a su antiguo propietario. El efecto de la penitencia va encaminado, tanto al sometimiento del cuerpo, como a la dirección del corazón. Y el tres corresponde al espíritu como el cuatro al cuerpo. Medito ahora de nuevo entre mí los siete submúltiplos de cuarenta, que la esencia racional del sacramento impone que se pongan en relación con el espíritu y después con el cuerpo.

Que el espíritu domine a la carne sometida es racional y necesario, y por tanto es muy justo... que al espíritu corresponda la unidad, madre y principio de todas las cosas, y a la carne el dos, signo de sujeción. El principado se confía justamente al espíritu en caso de que éste no se vuelva atrás del cuatro evangélico, es decir, de la ley de la gracia. En efecto, al príncipe le conviene la libertad.

8. Número del jubileo; véase Lv 25,10.

Por eso la ley de la letra, es decir, las obras exteriores, se las dejamos al siervo, según está escrito: «Al asno, palo y carga» (Si 33,25). Este es el cinco de la ley con la que el siervo debe cargar sensualmente. Si, en efecto, el espíritu ejercita un justo dominio sobre el cuerpo por su propia salvación y la de su mismo **subdito,** y permanece sometido en libertad a la ley de Dios, ¿qué no podrá esperar del veinte, que es el diez doble, de Dios que da a cada uno según sus obras? Por eso, salvado desde ahora en esperanza, obtiene la promesa de la vida tanto presente como futura. El siervo que no se queda en casa para siempre a causa de la humildad y fatiga de la sujeción conseguirá, si alcanza el ocho, el diez [su recompensa]. Por eso el hombre exterior, sometido en el dos, será afligido en el cinco, sin recibir el denario [el diez] de su paga mientras no llegue el día de la resurrección. Considera, pues, si, salvo error, son éstos, y por estas razones, los siete submúltiplos del cuarenta, de los cuales tres atañen al espíritu y cuatro al cuerpo. Y no te asombres de que, una vez sumados para formar el cincuenta, de ellos nazca como fruto el diez, el denario, para que se cumplan las palabras de Jesús: «Haced penitencia porque se acerca el Reino de los cielos» (Mt 3,2). Y tanto los tres submúltiplos que atribuimos al espíritu, como los cuatro que hemos referido al cuerpo, sumados separadamente entre sí forman dos múltiplos del quinario de la ley, el uno material, el otro espiritual.

A causa de este misterio de la penitencia he dicho, a propósito del cuarenta: «Su salario le acompaña y su paga le precede» (Is 40,10), porque no sólo recibe como fruto el diez, sino que pare el número de la quietud. Por eso la narración mística del Cuarto libro de los Reyes dice que, durante el asedio de Samaría, aquellos que estaban atormentados por el hambre cambiaban una cabeza de asno por cincuenta siclos. La cabeza de este manso animal que somete su hombro a la carga, a quien la traza «ha sido puesta sobre la espalda» (Is 9,5), supongo que designa el principio, la forma de la paciencia y la humildad, o bien al siervo de Dios «que lleva sobre su cuerpo las señales de Jesús» (Ga 6,17). Feliz y deseable hambre, no ya de pan y agua, sino de escuchar al Verbo de Dios... cuando, no sólo se compra la cabeza del asno para roerla con voracidad canina, sino que se asume la forma de la humildad, del trabajo de penitencia y de la paciencia, con la esperanza de que sean perdonados los propios pecados o de que sonría la quietud de la mente. Así, encuentras escrito: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mt 5,6). Abundando en esto, quiero ponerte de manifiesto el misterio de los cincuenta siclos, en el cual con el cinco se hace referencia al dinero, en el cual hay cien denarios y mil óbolos. El siclo del santuario, en efecto, tiene veinte

óbolos, es decir, denarios. Observa el diez al cuadrado, el trono. «El siervo fiel y prudente», que por cinco talentos recibidos devolvió diez, «entra en el gozo de su Señor» (Mt 25,23).

Hay otro concepto aquí escondido de cuyo conocimiento no quiero privarte. La cabeza de asno se devora al precio de cincuenta siclos, lo mismo que el vicio de la necedad o la petulancia es extinguido por la esperanza de la divina recompensa, según está dicho: «Ella te aplastará la cabeza» (Gn 3,15). Y en el Salmo 101,8: «Cada mañana destruiré a todos los pecadores de la tierra». Y también: «En tu ciudad, Señor, reducirás a la nada la imagen de ellos» (Sal 73,20 LXX). Y también: «Tú quebrantaste las cabezas del dragón, y las diste por comida a los pueblos de los etíopes» (Sal 74,14 LXX). La cabeza del dragón es comida por aquellos que fueron pueblos de Etiopía cuando alguno, aun convertido al Señor, se apacienta cada día de malos pensamientos: «Dichoso quien agarre y aplaste a sus pequeños contra la piedra» (Sal 137,9 LXX).

El tercer concepto de cuantos allí reconocemos es éste: significa a quienes no se avergüenzan de ser holgazanes de mente y perezosos en obtener la quietud y la tranquilidad. Contra ellos precisamente se alza la voz lacrimosa de Jeremías: «La vieron sus enemigos y escarnecieron sus sábados» (Lm 1,7). También en el evangelio el cincuenta es en buena parte la imagen de la remisión, allí donde cinco mil hombres, tras haber comido los panes de cebada por bendición del Señor, se dispusieron en círculos de cien y de cincuenta sobre la hierba verde; quería el Espíritu Santo significar con ello que quienes habían sido cinco mil de una multitud entregada a la sensualidad, invitados al convite de Dios, otorgando el legislador su bendición y pisoteando ellos la lascivia de la carne, comieron los panes de la penitencia, no sólo con la esperanza de la remisión, sino también de la glorificación. Esto me parece que está indicado por el hecho de que se describen como repartidos en corros de cincuenta y de cien, según escalones ordenados, no cincuenta aquí y cien allí, sino cien por cincuenta o cincuenta por cien, para que aparezca también en ello el fruto de la acumulación de gracia.

¿Y a qué otra cosa te parece que alude esa penalidad mística de los cuarenta años de los hijos de Israel en el desierto y la consolación del maná celeste, sino a la fatiga penitencial de toda esta vida, cuyo único consuelo es la esperanza de la remisión prometida a los penitentes?... «La creación, en efecto, fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la esclavitud» no sólo del trabajo, sino también de la «corrupción, para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rm 8,20-21). Por eso el salmista dice: «En la medida de los dolores de mi corazón» consuélame «y alegra mi alma» (Sal 86,4 LXX). Si además afirmas que en los códices más seguros se lee que la cabeza del asno se compró por ochenta, y no por cincuenta siclos, la solución del sacramento nos parece bien fácil, porque, cuando se corre un grave peligro de pecado, que es el asedio de Samaría, para recuperar la forma del

pollino sobre el que se dignó sentarse el Creador del siglo, se debe recurrir al remedio de la doble penitencia, pública y privada, espiritual y corporal, porque el ochenta contiene dos cuarentas.

Por mi parte, con esto que te he dicho en torno al sacramento del cuarenta te basta. Sea ocupación de tu ocio indagar estos misterios en diversos lugares de la Sagrada Escritura.

JOAQUÍN DE FIORE

Nació en torno a 1130 cerca de Cosenza; de muchacho frecuentó la corte de Sicilia. Fue monje y peregrino en Tierra Santa, y, desde 1177, abad del monasterio de Corazzo. De aquí partió con su amigo Rainerio para buscar un lugar más solitario donde observar una regla más estricta; fundó en la Sila el *Ordo florensis.* Murió en 1201 o 1202.

Confió al juicio pontificio la *Concordia Novi et Veteris Testamenti* y al tiempo de morir quiso que también fuesen sometidos a él la *Expositio in Apocalypsin,* el *Esalterium decem chordarum, Contra Judaeos* y *Contra catholicae fidei adversarios.*

Reconoció a la Trinidad en la historia misma; según él, a la época del Padre (Antiguo Testamento) siguió la del Hijo (Evangelios) y la del Espíritu Santo; esta última debía estar libre de la letra y ser de adoración y júbilo, y comenzar en 1260. Sus profecías fueron aceptadas por los *fraticelli* espirituales.

DE LOS «AFORISMOS DE LA "CONCORDIA"»

El decacordio

Entre otras obras del Señor que ofrecen en símbolo el misterio de la Trinidad, ocupa un puesto eminente el salterio de diez cuerdas. Se trata de un único recipiente armónico, el cual, aun no siendo susceptible de división en partes, dado que es un organismo, no por esto es indiviso, mientras es salterio y para que sea salterio. Si es dividido en partes, no deja por ello de ser lo

que era. Es un único recipiente y además por maravilla consta de tres cuernos. Más aún: la misma unidad indivisa posee tan enteramente esos tres cuernos, que los tres en unidad y la unidad en tres parecen identificarse.

No olvidemos que de un modo suena el uno y de otro modo la unidad. «Uno» no se puede decir, en absoluto, más que de un individuo. «Unidad», en cambio, no se puede predicar sino de dos por lo menos. Pues cuando queremos y debemos detenernos sobre la unidad, no quiere decir que debamos referirnos a una persona singular, sino a un pueblo, a una reunión, a una masa. Cuando se dice, sin matización alguna, aquí o allí hay uno, en ese lugar hay uno solo, entiendo una persona, sin vacilar. Cuando se dice, en cambio: allí hay una unidad, de hecho únicamente entendemos un solo corazón y una sola alma en muchos: es decir, una sola voluntad, un consenso solidario.

Sólo el Padre es genitor; sólo el Hijo es engendrado; sólo el Espíritu Santo procede de ambos. Sólo el Padre manda al Hijo y al Espíritu Santo, pero no es mandado por nadie. Y por esto la eterna divinidad del Padre es común también al Hijo y al Espíritu Santo. La encarnación del Hijo, en cambio, es propia del Hijo. La adopción de la paloma y del fuego es específica del Espíritu Santo, aun cuando la obra de las tres Personas es única.

Y lo mismo que con el vocablo de temor entendemos al Padre, con el de sabiduría entendemos al Hijo, así con el de amor entendemos al Espíritu Santo. En la eficacia de la acción obra el temor del Señor, al amor de la lectura impulsa la sabiduría, en la oración y en la confesión obra el amor. Nos mantenemos en la obediencia en virtud del temor que es el Padre; en la lectura, bajo el estímulo de la sabiduría, que es Cristo; en el canto y la oración, en nombre de la caridad, que es el Espíritu Santo.

Y por el hecho de que Dios es Trinidad era necesario que el reino de este mundo se deshiciese en su conjunto a través de tres grandes pruebas, por donde al final fuese eternamente instaurado el Reino de Dios. Que si Dios hubiese sido una sola persona, no habríamos tenido que ir a buscar tres ciclos distintos de actuación, ya que se habría podido resumir su armonía en un único epílogo.

La sabiduría y el amor

El Padre impuso el trabajo de la ley porque es temor; el Hijo impuso la pesadumbre de la disciplina porque es sabiduría; el Espíritu Santo lleva la libertad porque es amor. En efecto, donde está el temor hay esclavitud; donde está el magisterio hay disciplina; donde hay amor, allí hay libertad.

El odio enraizado en el corazón del hombre es el pecado mortal directamente dirigido contra el Espíritu Santo. Si el Espíritu Santo es amor, ¿cuál va a ser el pecado directamente antitético al amor, sino el odio?

El primer venero de la universal perdición fue un pecado de soberbia. Y el soberbio se alza directamente contra Cristo, el cual quiso asumir apa-áencias humildes y exiguas. Aquel que, aun consciente de la indigencia de su Soberano, se ruborice de limosnear, ¿no ofenderá a Cristo, puesto en el humilde pesebre? Y aquel que se avergüence de cabalgar sobre el humilde jsnillo y vaya en busca de un fogoso corcel, ***¿no*** ultrajará a su Rey, que mandó a buscar la más humilde cabalgadura?

El auténtico monje sólo una cosa considera de su propiedad: la cítara.

Oh, muy necesario es que resurja en lo sucesivo una imagen de la vida apostólica, cuando no se procuraba la posesión de heredades terrenas, sino que se vendían las ya poseídas.

Los caracteres de la nueva economía fueron prefigurados en los profesas. Que Daniel, por ejemplo, simboliza al Espíritu Santo, como José, Josué y Samuel, lo sugiere la misma prerrogativa de la castidad, la cual, allí donde aparece, se suele atribuir al Espíritu Santo, pues ella es el amor mismo de Dios y la fuente difusiva de la realidad espiritual, que nadie conoce, sino quien a ella ha llegado.

El fin de los símbolos

La segunda economía tuvo su claridad, según lo que dice el Apóstol: en el presente vemos como a través de un espejo, sobre los márgenes de un inmenso enigma (1 Co 13,12). Pero la claridad de la tercera economía será casi integral, y medida de la plenitud de la verdad, lo cual quiere decir mirar cara a cara, interpuesto sólo el obstáculo de un sutilísimo velo.

Lo mismo que la práctica del cordero pascual quedó anulada con la realización del cuerpo de Cristo, así con la iluminación rutilante del Espíritu Santo cesará sin duda la observancia de las imágenes y de las figuras, de manera que los hombres no tendrán que avanzar ya tras pálidos símbolos, sino tras el fuego que es la verdad, en su esencia elemental. Pues dice el Señor: «Dios es espíritu, y quien lo adora debe adorarlo en espíritu y en verdad» (Jn 4,24).

Pero la luz se hará a través de la manifestación sobrenatural. Que Dios cierra y nadie, fuera de El, vuelve a abrir; El, que esconde las palabras de la vida a los prudentes y los sabios del mundo, para desvelarlas a los pequeños;

Él, que repudia toda vanidad de la superstición filosófica. Tras la cual van esos escribas diseminados en el ámbito de la santa Iglesia, los cuales, hinchados y arrogantes de vanidad secular, de ciencia mundana, usurpando el magisterio con dogmas perversos, vuelven su cerebro cual nido de aves de mal agüero. Y son sus nombres Arrio, Eunomio, Macedonio, y sus secuaces.

El altar en llamas

Nuestra tarea es ésta: construir con Elias (1 R 18,31-38) un altar con los elementos de la tierra. La tierra se debe colocar debajo de él, para que el agua se pueda derramar por encima. Y después esperar del cielo el fuego que devore y consuma la tierra y el agua, es decir, esperar la espiritual inteligencia que anule y vacíe esa superficie terrena de la letra, que viene de la tierra y terrenamente habla, y al mismo tiempo transforme, rozándola, esa doctrina evangélica que está aquí simbolizada por el agua, precisamente igual que aquella agua espesa puesta por el sacerdote Nehemías (2 M 1,20-22) sobre el altar fue transformada en fuego, o lo mismo que en el banquete de Galilea el agua fue transformada en vino.

ALBERTO MAGNO

Nació en torno a 1193, en la noble familia von Bollstadt, en Lauingen (Suabia). Estudió en Padua y Bolonia, se hizo dominico en 1223. En 1245 fue a París, donde defendió a su orden contra la Universidad y confutó a Averroes. Murió en 1280.

DE LAS «ORACIONES SOBRE LOS EVANGELIOS PARA LOS DOMINGOS DEL AÑO»

Para el segundo domingo de Adviento:
«Habrá signos en el Sol y la Luna»[9]

Señor Jesucristo, Hijo del Hombre, ven con la nube de la penitencia y reduce mi corazón a lluvia de lágrimas; con tu omnipotencia que expulsa

9. Is 13,10; Jl 2,10; Mt 24,29-30; Me 13,24-25; Le 21,11.

a los demonios de los vicios; con tu majestad que reina sobre mi alma; a fin de exterminar en la tierra de mi ser carnal a los gentiles, es decir, los incircuncisos; con el clamor confuso de la confesión, con el mar de la contrición y con el oleaje del afecto; desecando la concupiscencia humana con el miedo del infierno y con la espera de la gloria de la que se debe revestir iodo el universo; obrando a favor del ejercicio de los buenos afectos y del amor de la contemplación de las virtudes de mi cielo, es decir, de la parte superior y de la inferior de mi razón.

Acércate a mí, oh Redención nuestra, hazme esperar y hazme levantar ia cabeza de mi espíritu hacia ti, de manera que yo imite los signos que hay en el Sol, la Luna y las estrellas; los ejemplos de buenas acciones que están en ti, Sol de justicia, en tu madre la Virgen y en todos los santos, para que conozca yo la dulzura de los frutos de la higuera de tu caridad y todas las virtudes de los árboles que en mí producen sus frutos, y que me sea cercano el verano del Reino de los Cielos cuando el sol del alma y la tierra de mi cuerpo vayan a ti, Verbo inmutable.

Pjra el tercer domingo después de la octava de la Epifanía:
~Jesús subió a una barca»[10]

Señor Jesucristo, que subiste a la barca de la cruz para que te siguieran hasta ella tus discípulos, quiero seguirte con los discípulos: mis afectos; ves el gran movimiento del mar de mi corazón mientras tú duermes, es decir, duerme tu gracia; la tempestad que hay en mí sacude a mi alma como una barca sobre las olas de la concupiscencia; grito con la oración, :e tironeo con el deseo, te empujo con la devoción, te muevo con las obras; levántate para ayudarme, expulsa el miedo, refuerza la fe; manda a Los vientos, que son las tentaciones, y al mar, que es el movimiento de mi sensualidad, para que se haga una gran paz en el mar que está en mi pecho y para que todos mis pensamientos anteriores, admirando tu poder, re alaben eternamente.

Señor Jesucristo, que me has hecho la gracia de conducirme al desierto de la penitencia, protégeme para que el tentador no me venza y yo no extravíe por vanagloria la aplicación divina, para que yo no ansie lo que perjudica la aspereza de la penitencia; mas tú con el verbo de la verdad muda en mí las asperezas de la penitencia, que el tentador llama piedras, en panes, y las voluptuosidades que él llama panes, en piedras. Que no me levante hasta lo más alto del templo, donde yo me juzgue más que los demás, que no me abaje con la falsa humildad, que no me haga tentar a mi Señor, ni me suscite ocasiones de pecado con aflicciones desmedidas que agotarían mis fuerzas corporales o me precipitarían en algún peligro. Que no me alce sobre la montaña de la ambición, ni me haga caer por avaricia en la adoración de mí mismo, doblando las rodillas de mi corazón, es decir, la voluntad y la razón. Aleja de mí todo lo que es contrario a ti, para que yo te adore, Señor mío, y sólo te sirva a ti. Que el tentador me deje marchar y que los ángeles se acerquen a mí para guardarme del mal y socorrerme en mis esfuerzos hacia el bien.

Para el primer domingo después de la Trinidad:
«Había un rico que vestía...»[X1]

Señor Jesucristo, soy un hombre pobre en virtud, cubierto con las úlceras del pecado, que mendiga a la puerta de tu misericordia, ávido de saciarme en mis tribulaciones de las migajas que caen de la mesa de tus ricos hijos, que se revisten de la púrpura de los sentimientos y de las pasiones puras y se nutren cotidianamente de las estupendas viandas de las virtudes: vienen los perros, tus doctores, a lamer las úlceras de mis pecados, para que, muerto al mundo, sea yo llevado por los ángeles de las buenas obras al seno de la contemplación. Mándame a Lázaro, la ayuda de tu gracia, a que toque con la punta del dedo el agua de la verdadera contrición para refrescar mi carne, pues estoy atormentado por esta llama de la concupiscencia. Que estas cosas sean testimoniadas a mis cinco sentidos, para que no vengan también ellos a este lugar de tormentos, y escuchen a Moisés, evitando el mal y haciendo el bien, y también a los

11. Mt 4,1; Me 1,12; Le 4,112. Le 16,19.

profetas, después de lo cual esperen también en la vida eterna y en la resurrección según su deseo.

Para el séptimo domingo después de la Trinidad:
«El pueblo se encontraba en gran número junto a Jesús»[13]

Señor Jesucristo, ten piedad de la muchedumbre de los penitentes, de los justos y de los perfectos en el desierto del pecado, del alma, de las fatigas; por las tres jornadas de la contrición, de la confesión, de la satisfacción; por la victoria sobre el mundo, sobre la carne y sobre el demonio; por la vista corporal, imaginaria y espiritual; por la esperanza, el perdón, la gracia y la gloria.

Conforta a los penitentes con los tormentos interiores, la lejanía, la indignación, el miedo, el deseo, la emulación y la venganza. Conforta a los justos con el espíritu de temor, piedad, ciencia, fuerza, consejo, inteligencia y sabiduría. Conforta a los perfectos con las tres cualidades del alma y las cuatro del cuerpo, cuyo exceso colma siete cestas, ahora en la esperanza, pero más tarde en la realidad.

Para el tercer domingo después de la Trinidad:
«Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis»[14]

Señor Jesucristo, con la visión contemplativa y la quietud de la vida religiosa da a tus discípulos un anticipo de la luz y paz eterna, para que desde ahora gocen de la exterioridad de la bienaventuranza que más tarde gozarán completamente; esto se les niega a muchos, poderosos y prudentes según el siglo, los cuales buscan a Dios por curiosidad, se elevan por soberbia, lo provocan por maldad, se justifican por simulación, consultan e interpretan la Escritura para encontrar en ella una regla de vida, pero no la siguen, haciendo caso omiso de su prójimo; guárdanos, cuando descendemos del estudio de la contemplación al ejercicio de las buenas obras, de caer entre los ladrones que son los apetitos de los cinco sentidos, para que no nos veamos despojados de la gracia ni dañados en la naturaleza. Que el sacerdote y el levita, la parte superior y la inferior de la razón, no bajen por el camino del consenso con el pecado, sino que más bien suban al de la contemplación.

13. Me 8,1; Mt 15,30; Le 9,11.
14. Mt 13,16; Le 10,23.

Que el samaritano, que es la gracia de la predestinación, haciendo el camino con nosotros nos prepare, mitigue nuestras heridas, frenando el flujo de la concupiscencia con las vendas de tu humildad, derramando el aceite de la esperanza del perdón y el vino del temor de la justicia, nos ponga sobre su caballo y ponga la sensualidad a las órdenes de la razón, nos conduzca a la posada de la consideración de nuestros pecados, nos dé para el día siguiente dos denarios de penitencia: la alegría en el sufrimiento y la quietud en los trabajos, y para el otro día, el de la resurrección, el viático del cuerpo y del alma, el conocimiento de tu divinidad y de tu humanidad.

Para el vigésimo tercer domingo después de la Trinidad:
«Los fariseos se retiraron y se pusieron de acuerdo
para coger en fallo a Jesús en alguna palabra»[13]

Señor Jesucristo, enséñanos a comprender, a descubrir los lazos en los discursos de los seductores, evitando a aquellos que nos quieren sorprender en nuestras palabras; enséñanos a no responderles directamente, sino a dar una respuesta que les sorprenda en sus mismas palabras, que son de las usadas por la multitud y de las cuales nos gloriamos; a no aprobarlas por complacerles, sino a seguir en todo a la razón, esquivando las ocasiones de falsa piedad, las manifestaciones de piedad demasiado afectada; a no decir nada que agravie a otros o que no creamos justo. Concédenos distinguir lo que inspira la naturaleza de lo que inspira la gracia, es decir, de lo que lleva el signo de tu pasión triunfal, rememora tu muerte y teje la alabanza de tu casa, para que gracias a nuestras inteligencias teórica y práctica, que nos guían con prudencia en la vida espiritual y en la corpórea, demos a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Para el vigésimo cuarto domingo después de la Trinidad:
«Mientras Jesús hablaba a la gente,
un jefe de la sinagoga vino a postrarse a sus pies»[lb]

Señor Jesucristo, adoro tus pies, tu misericordia y verdad, y te suplico que cures a mi niño, mi razón, que ha transgredido las reglas de tu ley na-

15. Mt 22,15; Me 12,13; Le 20,20.
16. Mt 9,18; Me 5,22; Le 8,41; Jn 4,46.

tural y de mis votos, y que muere de pecado, prevaricación, apostasía. Deten ante todo el flujo de sangre, es decir, la concupiscencia y la sensualidad de quien se te acerca humildemente y te toca la orla del vestido —de tu pasión y de tu gracia.

Echa de la casa de mi conciencia a los flautistas, los aduladores y lisonjeros, y a todos los que incitan al pecado. Toma contigo a Pedro, el conocimiento de mi imperfección, a Santiago, la resistencia al pecado, y a Juan, la consideración de la gracia y de mi condición, de mi origen que es impuro, pecaminoso e imperfecto; con la ayuda del padre y de la madre, con la consideración de la gracia y del libre albedrío, tiende la mano a mi alma para que resucite de la muerte del pecado. Amén.

DE «EL SACRAMENTO DEL AMOR»

[I, 3, 1] El cuerpo de Cristo es llamado por el ángel el fruto bendito del seno de María: «Benedictus fructus ventris tui» (Le 1,42); es decir, el fruto de la vida, que tiene virtud de destruir, y de llevar al alma la vida eterna. La Sabiduría de Dios encarnada es el leño de la vida, «lignum vi-tae», para quienes llegan a aferrarse a ella (Pr 3,18). El Cuerpo de Cristo es la muerte de la muerte misma: «O mors, ero mors tua» (Os 13,14).
«Yo soy», dice el Salvador, «el pan de la vida que ha bajado del Cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él; y quien come de mí vive por mí» (Jn 6,48 y sigs.). Por tanto, la carne de Cristo es causa de vida eterna, y quien come de ella vivirá de modo semejante a como el Padre vive en Cristo.

[III, 3,3] Maravilla de la santa comunión es que, al comer las almas fieles y castas el Cuerpo del Señor, éste se acrecienta. Lo que se demuestra de dos maneras: por la razón y por comparación.

Se demuestra por la razón. El Cuerpo de Cristo no se convierte, como cualquier otro alimento en la sustancia de quien lo come, sino al contrario: quien lo come se muda espiritualmente en él. Pues el Señor hace que dignamente comulgue como miembro de su cuerpo místico, e incorporándolo a sí mismo, lo une íntimamente al mismo Cuerpo que tomó en el seno de la Virgen. Por eso dice el Apóstol: «Cuantos participamos en el mismo pan nos hacemos un solo cuerpo» (1 Co 10,17). «Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros suyos» (1 Co 12,27). Y Oseas exclama y predice que

los pueblos convertidos se sentarán a la sombra de Él, y vivirán de trigo (Os 14,8), que es como decir que vivirán del sacramento eucarístico, llamado aquí *sombra de Cristo,* pues el Salvador para eso se nos da, no en su luz, sino bajo la especie de pan. Los pueblos que coman de este pan misterioso serán convertidos, porque se mudarán en el Cuerpo del Señor, convirtiéndose en sus miembros; y de ese modo lo harán crecer.

Se demuestra también con el ejemplo de la ciencia humana, la cual crece tanto más, cuanto más se comunica a otros. Los dos talentos del siervo bueno y fiel se doblaron cuando fueron puestos en circulación espiritual con las buenas obras y con la edificación ajena. La ciencia, dice Boecio, es un tesoro que desdeña al posesor avaro: si no se difunde, mengua; comunicada, se multiplica.[17] Del mismo modo, la divina sabiduría encarnada hace sabios a aquellos a los que se da en alimento, los convierte de algún modo en ella misma, y nutriendo a otros se acrecienta. «Creator omnium creavit sapientiam Spiritu Sancto», que es como decir: la sabiduría encarnada, al difundirse en el alma de los fieles, a los cuales se da en alimento eucarístico, lejos de disminuir, aumenta. Así, el Salvador aumentó admirablemente el número de los panes en el desierto, cuando se puso a saciar con ellos a la gran multitud que lo seguía. Crezcamos, pues, también nosotros en Cristo, que es la cabeza de este cuerpo místico, el cual, unido por la fe y coordinado por su gracia, crece y llega a la perfección por la caridad (Ef 4,15-16).

[VI, 4, 1] Éstos son, dichos brevemente, tres admirables efectos del Cuerpo de Cristo: la destrucción del pecado, el aumento de los bienes espirituales, el descanso y la salvación eterna de las almas. Medita, alma mía, estas consoladoras verdades, y entenderás profundamente cómo el sacramento eucarístico es fuente de pureza, de virtud, de verdadero descanso.

Es fuente de pureza por tres motivos.

Porque limpia el alma de las manchas del pecado. «Yo, soy yo», dice el Salvador, «quien destruye tus iniquidades»: «Ego sum ipse, qui deleo ini-quitates tuas» (Is 43,25). Mi Cuerpo es ese monte Selmón que vuelve puro y blanco como la nieve a quien lo asciende. «Nive dealbabuntur in Sel-mon» (Sal 68,15). Lo mismo que la sombra supone la luz y el cuerpo, así en Cristo está la luz de la divinidad y el Cuerpo de la humanidad.

Porque mitiga los estímulos de la carne, asemejándose al rocío, que en forma de escarcha cae sobre la tierra. El maná caía en forma de rocío y de

17. **Boecio,** *De consolatione philosophiae,* **II, 5.**

escarcha, para indicar que el Cuerpo de Cristo atempera en el alma el ardor de las pasiones. «Tú domeñas el poder del mar (de las humanas miserias) y refrenas el movimiento de sus olas (los estímulos de la carne)» (Sal 89,10).
Porque da fuerza para resistir a los pensamientos pravos. «Mi amado», dice la esposa del Cantar, «es para mí como una bolsita de mirra» fCt 1,13). Lo mismo que la mirra preserva los cuerpos de la corrupción, así el Cuerpo de Cristo preserva el corazón del cristiano de los pensamientos malvados. Cuando el cristiano recibe a Cristo en la santa comunión, si acoge plenamente la bolsita de mirra, es decir, si medita la amarga pasión de su Jesús, aparta de sí los gusanos de los malos pensamientos, que provocan la corrupción moral.

[VIII, 2, 3] Considera ahora cuáles son los efectos admirables de la Sangre de Cristo en su sacramento eucarístico...

En cuanto al primer efecto, dice Dios por boca del profeta Isaías: «Yo mandaré la lluvia sobre la tierra sedienta, y aguas abundantes sobre los campos resecos» (Is 44,3). Lo que equivale a decir: el alma estéril como tierra seca, y suelta en el mal, en virtud de la Sangre de Cristo, recibida en la comunión, se restaura, reúne todas sus fuerzas y se confirma en el bien. En cambio los impíos serán como polvo reseco, que el viento dispersa (Sal 1,4); porque sus pensamientos, deseos y palabras son desviados por la tentación, y encaminados a muchos vicios. Se hacen semejantes al pueblo hebreo disperso por todo Egipto para recoger paja, es decir, las vanidades de la tierra. Pero Jesús murió, y derramó toda su Sangre para reunir a los hijos de Dios en la concordia de los afectos, en el refrenamiento de la lengua, en la disciplina del sentido, en la religión de la vida, en el vínculo de la caridad. «Ut filios Dei, qui dispersi erant, con-gregaret in unum» (Jn 11,52)...
En cuanto al segundo efecto que la Sangre de Cristo produce en el alma en la santa comunión, aplica las palabras del Salmo... «Percussit pe-iram et fluxerunt aquae» (Sal 78,20): estas aguas místicas, al fluir en el alma, atemperan y refrenan el ardor de la mala sed, y extinguen el fuego ardiente de las pasiones. Oh Señor mío Jesucristo, oraba san Agustín, escribe en mi corazón tus heridas con tu preciosa Sangre, para que yo lea en ellas tu dolor, tu amor; tu dolor para soportar por ti todo dolor; tu amor, para despreciar por ti todo amor pravo.

En cuanto al tercer efecto, la Sangre de Cristo facilita la nutrición del lima, moviéndola a obrar bien, lo mismo que el agua facilita la nutrición del cuerpo y lo hace activo. El profeta Elias «comió de aquel pan y bebió,

y con la fuerza de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte Horeb» (1 R 19,8). La bebida material contribuye a digerir el alimento y a distribuir la comida a todos los miembros del cuerpo, que de ella recibe movimiento y vigor. De modo semejante, la Sangre de Cristo, recibida en la santa comunión, lleva al corazón el alimento de la palabra y del mandato de Dios y acrecienta la virtud del alma, para que pueda moverse y obrar saludablemente. «Comed y bebed», dice el Señor, «dejad de ser niños, vivid y caminad por el camino de la prudencia» (Pr 9,5-6).

Además, la Sangre de Cristo es ese alimento espiritual que purifica, calienta, alegra: purifica de las manchas del pecado, calienta con el fuego de la caridad, alegra con espiritual dulzura. «Si caminamos en la luz», dice el Apóstol del amor, «nos unimos en santa sociedad, y la sangre de Jesucristo, Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado» (1 Jn 1,7). Si la sangre de los carneros y los toros producía en la antigua Ley la limpieza legal de la carne, ¿cuánto más la Sangre de Cristo purificará nuestra alma de las obras del pecado, y la dispondrá a servir debidamente al Dios vivo (Hb 9,13-14)? Dichosos, por tanto, los que lavan sus túnicas en la Sangre del Cordero divino (Ap 22,14). Ellos obtendrán el don de la ardiente caridad de Dios y del prójimo. Cuando el alma se introduce en la mística bodega, siente en sí la llama del celeste amor. Dicha bodega es la Iglesia, la cual dispensa a sus hijos la Sangre del Redentor, su esposo. «Introduxit me rex in cellam vinariam; ordinavit in me charitatem» (Ct 2,4). ¡Oh vino precioso, que colma de gozo a quien lo recibe dignamente! «Exultado animae et cordis vinum!» (Si 31,28). ¡Vino que contiene en sí la dulzura espiritual suficiente para hacernos olvidar todas las miserias de la vida presente! ¡Oh vosotros, que sentís amargura en el corazón, bebed con viva fe de este vino, y ya no os pesará la carga de vuestra pobreza, el recuerdo de vuestros dolores (Pr 31,6-7)!

Este es, pues, el sacrosanto misterio de la Iglesia en el cual se acoge y se esconde la gran virtud de Dios.

Es el misterio de la Sangre de Cristo, que triunfa de todos los demonios. El alma que la recibe, mantendrá alejados de sí los asaltos del enemigo, que huye de ella aterrorizado. Clara figura tenemos de esto en la orden dada a los hebreos de untar con sangre del cordero la entrada de sus casas, orden que llevaba aparejada la promesa de preservar a sus primogénitos de la matanza (Ex 12,23).

El Hesicasmo

Diádoco, obispo del Épiro del siglo **V,** dio a conocer en Bizancio la doctrina de Evagrio **y** Macario: éste es el germen más remoto del hesicasmo.
En el siglo XI, Simeón el Joven, abad de Xerokerkos, enseñó en su *De sobrietate et attentione* el modo de respirar concertado con la oración, **y** quienes lo adoptaron fueron llamados ***i]OX)%á***£OVT£<; O ***r\G\>%aaxaíy*** hesi-castas, es decir, buscadores de quietud, de paz.

Entre ellos se encontraba Nicéforo el Hesicasta, un italiano convertido del catolicismo, que fue monje en el monte Athos tras una estancia en Bizancio durante el reinado de Miguel **VIII** Paleólogo **(1261-1282);** escribió **riepl** véxj**/ecoq xod cp\)A,axfj<; xapStaq,** *De sobrietate et corais custodia,* obra erróneamente atribuida a Simeón, más tarde restituida a Nicéforo, donde con tono confidencial, casi 'popular, responde a la pregunta: «;Cómo obtener la atención?».

La doctrina de Nicéforo fue retomada en el *Método de la santa atención,* obra anónima.

Gregorio del Sinaí fue monje en el Sinaí **y** después en Creta, donde su hermano de religión Arsenio le enseñó la **xapSiaxr) 7tpoao%r|** o atención del corazón, que él a su vez enseñó en un monasterio del Athos. Distinguía él dos modos de oración, el hesicasta, fino **y** ágil, **y** el habi-

tual, salmodiante. Puesto que la salmodia era en Occidente símbolo de vida cristiana, unión de conocimiento y vida activa, punto de mediación entre ambos, modo no operativo de conocimiento de lo divino,[1] muy sólida debía de ser la eficacia de la nueva respiración para poderse poner al lado de aquélla.

Entre tanto, en la corte del piadoso Andrónico II Paleólogo (1272-1332), en Bizancio, se educaba Gregorio Palamas (nacido en 1296). El Bizancio de ese emperador —quien se había abstenido de repetir la pregunta que había dirigido a un consejero inmerso en la oración— dio con el joven Gregorio el fruto de su teocracia breve y perfecta. En 1316, éste abandonó los honores haciéndose monje; maestro hesicasta, vivió en un eremitorio, bajando al monasterio sólo para las celebraciones litúrgicas. Pero en Bizancio alcanzaba autoridad el calabrés Barlaam de Seminara, el cual quiso también ser iniciado en la tradición hesicasta, pero se volvió pronto contra ella, enconado y burlón. En su elenco de las —a su parecer— necedades hesicastas, podemos captar en escorzo ciertos secretos esotéricos cuyo rastro en vano buscaríamos en los textos que se han conservado: sólo en los escarnios del adversario se trasluce algo de las doctrinas y prácticas ocultas; ésta es la lista, contenida en una carta: «... las separaciones y reuniones extraordinarias de espíritu y alma, los contactos de los demonios con ésta, las diferencias entre la luz blanca y la roja, la entrada y salida inteligibles a través de la nariz y simultáneas a la respiración, las hebillas que se abrochan sobre el ombligo, la unión de nuestro Señor con el alma, que se produce dentro del ombligo de manera sensible y llena de cordial certeza».[2]

Palamas replicó con la obra *Tríadas en defensa de los santos hesicastas,* y en 1341 los concilios de Santa Sofía le dieron la razón, de manera que Barlaam volvió a Italia, donde llegó a ser obispo católico. El núcleo de la polémica entre los dos se compendia en la cuestión de si la luz que resplandece sobre el hesicasta es la esencia misma de Dios tal como se manifestó a los discípulos en el Tabor. Barlaam argumentaba que no podía serlo porque de ahí se seguiría la existencia de dos divinidades, la visible y la invisible. Palamas replicó reivindicando la capacidad de los santos de

1. Con el himno nos dirigimos a uno de los entes intermedios, mientras que con el salmo se penetra a través de todas las esferas: ésta es la doctrina común.
2. **Barlaam Calabro, carta V, a Ignacio, 117-124, en** *Epistole greche,* **Palermo, Istituto siciliano di studi bizantini e neogreci, 1954, págs. 323-324.**

tener experiencia sensible de las primicias del Reino de los cielos, precisamente en forma de esplendor: distinguía, no ya dos divinidades, sino un Dios del que proceden tres personas, de una sola naturaleza o esencia. De él proceden de forma natural propiedades o energías, distintas pero inseparables de su naturaleza o esencia, la cual no se puede aislar de las tres personas distintas. Invisible en sí y de por sí, como el rostro que se hace visible en el espejo aun permaneciendo de por sí y en sí invisible, es la sustancia divina; visible es su energía, o sus rayos. En 1351, el sínodo celebrado por Juan Catacuzeno afirmaba como dogma ortodoxo la luz increada del Tabor.

A partir de entonces floreció libremente el misticismo bizantino, tanto en la meditación minuciosa de los símbolos litúrgicos (Nicolás Cabasilas, muerto en 1391, autor de *De vita in Christo,* tocó la cima de esta especulación), como en la práctica hesicasta (cuya exposición más completa se encuentra en la *Centuriae* de los monjes Ignacio y Calixto; la única noticia sobre ellos es que Calixto, muerto en 1397, fue patriarca de Bizancio).

Dos son los rasgos que no tienen correspondiente en la tradición romana: la fisiología mística y la teoría de la respiración.

Los puntos místicos del cuerpo, o lugares en los cuales se siente que va teniendo lugar gradualmente la transfiguración, son cuatro: el primero entre las cejas, donde se enciende el pensamiento totalmente abstracto y asediado por las asociaciones y divagaciones arbitrarias; el segundo en la laringe, donde el pensamiento se articula en distintas palabras, aunque sean mudas, asediado a menos que se sepa unificar con la jaculatoria; el tercero en el pecho, caja armónica afectiva del pensamiento articulado que, si resuena, produce tal intensidad, que detiene las asociaciones y divagaciones; en cuarto lugar, el que está bajo la mama izquierda, donde la atención vigila como sobre una torre de vigilancia contra los intrusos. Pero quizás la tradición oculta incluía otros lugares: ciertamente el ombligo, que está testimoniado por el primer texto hesicasta; probablemente eran siete.[3]

La teoría de la respiración queda expuesta con suficiente amplitud en la selección de textos que sigue, pero sus presupuestos son difíciles de

3. Una de las prescripciones tántricas referidas por Avalon en *The Serpent Power,* **Madras. Ganesh, 1931, dice que se comience con la introducción del Uno en el** *mütadhara, svadhistkana y manipüra,* **sedes del anhelo, de la lujuria y de la cólera (bajo el ombligo), para pasar inmedia**

captar para una mente educada según los santos occidentales. Nicodemo el Agiorita encontró muy pocos puntos de contacto, desde este punto de vista, entre las dos cepas (fue él, junto con el obispo Macario de Corinto, quien publicó en Venecia en 1782 la antología de monjes de la Tebaida y de santos bizantinos titulada *Phtlokalía,* libro que transmitió el hesicasmo también a los rusos a través de la reelaboración de Paisji Vielikoskji titulada *Dobrotoljubjé,* publicada en San Petersburgo en 1793). Para establecer la comparación oportuna convendrá examinar ante todo cuánto, y cuan poco, ha meditado Occidente en toda su historia sobre la respiración.



Oración hesicasta. De un manuscrito bizantino del siglo XI, **Biblioteca Vaticana. Queda así documentada la postura exacta adoptada por los monjes hesicastas. Es una posición utilizada en las prácticas chinas de impronta chamánica,** y **se recuerda también en el** *Talmud* **como postura que simboliza** y **estimula el olvido de sí mismo (véase G. Scholem,** *Les grands courants de la mystique juive,* **París, 1960, pág. 63; trad. cast.:** *Las grandes tendencias de la mística judía,* **Madrid, Siruela, 1996).**

LA RESPIRACIÓN Y OCCIDENTE

¿Dónde se siente y se piensa? En los pulmones, respondía el griego. Los bronquios o ramas son sacudidos por los vientos furiosos de amor, dice Safo, Afrodita o Dioniso nos espiran dentro, una brujería los dilata de manera que ya no se extiendan más, y los guerreros avanzan espirando ferocidad. El corazón es como una quilla en el mar de la sangre, sobre el cual soplan las pasiones, según las metáforas de Esquilo. Un sentimiento es un ritmo que se imprime a los pulmones; es menguado el que hace respirar poco.

En los místicos, la respiración se usa siempre como término de comparación, y a veces se eleva a acción sacramental, pues la inhalación se asemeja a la aspiración hacia el Espíritu, a la que debe preceder la expulsión del espíritu propio, la espiración.

Jean-Baptiste de Saint-Jure (1558-1657), uno de los jesuítas que acogieron la enseñanza de Bérulle, proponía, en su tratado *L'union* (1653), esta oración: «Esta debe ser, pues, nuestra ocupación continua, nuestro ejercicio predilecto: una respiración perpetua de Jesucristo como nuestro aire espiritual, y después una espiración y una devolución de El a Dios».
La respiración se convierte así en espejo de la Trinidad: «Lo mismo que los pulmones y el corazón con su dilatación atraen el aire, así el alma atrae a nuestro Señor cuando ella se abre y ensancha con sus deseos y sus peticiones. "Os meum aperui et attraxi spiritum". Abrí la boca de mi alma y atraje mi aire espiritual, que es nuestro Señor, el cual le había dicho: "Dilata os tuum et implebo illud" (Sal 81,11), abre la boca, mucho y con grandes deseos, y yo la colmaré».

Aun cuando en los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola se hace referencia a santificar la respiración vinculándola constantemente a su función metafórica, sólo entre los hesicastas se prescribe hacer oración con el mentón clavado sobre el pecho, evitando respirar.[4] Fuera de la cristiandad, sabida es la importancia sacramental que tiene la respiración en el yoga; éste enseña a distinguir el uso de las dos fosas nasales, la femenina lunar y fría a la izquierda, la masculina solar y cálida a la derecha, y por eso lleva a complejidades que la tradición occidental ignora, entrelazando dos parejas de opuestos, el aspirar y el espirar por un lado, el paso del soplo a la derecha o a la izquierda por otro. Además indica las muchas posiciones en las cuales es dado uniformar el afán natural, hasta que el alma

4. En la iconografía se ven monjes sentados con la cabeza entre las rodillas.

se sostenga como una pluma en el aire, inmóvil entre las corrientes contrarias puestas en proporción.[5]

Es imposible respirar con un ritmo plácido y estar al mismo tiempo sacudidos por la ira, la envidia, la gula, la lujuria, o impedidos por la acidia, la soberbia, la avaricia, de manera que la actuación sobre la respiración tendrá reflejos espirituales, pues veraz es la máxima *age ut velis* (y *ut sis).*

La respiración no es, pues, mero símbolo de la buena conformación del alma; tiene capacidad sacramental. No es frecuente elevarla explícitamente a sacramento, y sin embargo el lenguaje mismo establece la igualdad entre contener el aliento y éxtasis. Santa Teresa *{Castillo interior,* IV, 3,6) observa que las operaciones místicas «son todas suaves y pacíficas, y hacer cosa penosa antes daña que aprovecha. Llamo penosa cualquier fuerza que nos queramos hacer, como sería pena detener el huelgo...». El alma debe abandonarse en las manos de Dios, para que El haga de ella lo que quiera, y hacer lo posible para conformarse a la divina voluntad. Pero, si en la cuarta morada del castillo interior, es decir, en el cuarto momento del perfeccionamiento místico, se lee ese aviso, en la quinta santa Teresa advierte que ya no se respira. La dificultad de hacer entender que la suavidad es condición de todo acto interior, que un rasgo de fuerza, aunque sea exiguo, es ya exterioridad, ha disuadido de impartir nociones sobre la facilitación del ritmo respiratorio, nociones que se habrían tomado fatalmente por preceptos.

Dios aspira destruyendo — El hombre espira destruyendo

El hombre-Dios contiene el aliento

Dios espira creando — El hombre aspira creando

5. En el taoísmo se dice que la vida penetra en el cuerpo por medio del hálito, el cual se une en el vientre a la esencia encerrada en el «campo de cinabrio» debajo del ombligo, y así de ellos nace el espíritu. La muerte es separación de hálito y esencia. El iniciado hace descender el hálito hasta el «campo», desde allí lo impulsa por la columna hasta el cerebro, de donde lo hace bajar de nuevo al pecho y lo hace pasar en su caso a los lugares enfermos. Estas operaciones son imposibles si no se nutre el espíritu con el consenso de los dioses del cuerpo, atraídos por la vida pura y por las buenas obras, contrarios al hedor de sangre o de aliáceos. Los demonios del cuerpo contrarios a esa obra son llamados «gusanos» o «cadáveres» (Henri Maspéro, «Les procedes de nourrir le principe vital dans la religión taoiste ancienne», *Journal Asiatique,* **abril-septiembre de 1937).**

En el hombre, inspirar es acoger a Dios como Espíritu, crear vida virilmente; espirar es expulsar el yo, es la plasmabilidad femenina. Los maestros de armas enseñan a infligir golpes cuando el adversario espira, a pegar o a endurecerse en defensa y resistencia aspirando, a inclinarse espirando.

Dios, o el Reino.de los cielos, es al revés de lo humano. Aspirando, Dios mata (entregar el alma es sentirse aspirar en las narices divinas); y espirando manda el Espíritu sobre las aguas: crea.

El punto de mediación entre esos dos ritmos especulares iguales, el humano y el divino, es contener el aliento: la androginia entre lo viril y lo femíneo de la respiración, el estar en cruz, las bodas del hermano y la hermana, el prestar atención por espanto o admiración vertiginosos, o el ser como muertos en vida, es decir, espejos de los dos mundos, el celestial y el humano.

Así, los hindúes y los hesicastas aprenden a retener largo tiempo la respiración, algo muy bueno entre otras cosas para inspirar y espirar «desde los talones», pues es verdad que quien da tiene, quien sacrifica es (está por naturaleza destinado a ser) rico, al que (se comporta como quien) tiene se le dará. Para espirar bien, para echar fuera al yo, para liberar al hombre de sí mismo, sirven tanto la risa como el llanto: quien atiende, pues, a su ritmo, a su secreto, ríe con quiera ríe y llora con quien llora, como aconseja san Pablo, porque ambos actos son fuentes de copiosos y saludables suspiros. El canto es liberador por el mismo motivo.

Lo mismo que la risa y el llanto son motores de espiración, expulsan los demonios, el aire rancio, así el dolor físico detiene a mitad el movimiento, hace que se deje de respirar, convierte en espejo, deja inmóvil como un crucificado. Bien difícil es que en esa circunstancia acudan a la mente imágenes frivolas.

Un dolor se puede usar así: se le deposita como un peñasco sobre el dolor de no aspirar, tras haber vaciado el pecho de todo espíritu: se permanece sin respirar, condición embriagadora y purificadora de los vicios de la imaginación.

Al final el dolor no se experimenta ya, es extrañamente absorbido, el cuerpo se deja atravesar entero por él como cuando, hecho sabio por la morfina, se ofrece inerte a los cortes del dolor; entonces el cuchillo del dolor parece agraciado, sacrificial, como el del matarife taoísta que partía por las articulaciones, sin apretar en absoluto, con un ligero toque.

El dolor se puede usar como combustible para trascender la propia respiración, lo cual es, además, un modo de que ésta se manifieste sin afán, con aliento puro, como filo blanco de llama. Y una vez saboreados ios misteriosos poderes del no respirar —que por tropo son levitación, ubicuidad,

etcétera—, se acumula insaciablemente lo que el mundo ofrece de continuo, *quod ubique invenitur,* dolor sobre dolor, y ciertamente no por fruición del dolor, sino del mismo modo que el platónico que no teme —al contrario, busca— el encuentro con las formas bellas, con el fin de elevarse a la belleza, usando de ellas como fulcros. El dolor es la materia prima dispersa por doquier, es el fulcro sobre el cual se presiona para salir del miedo y la dominación del dolor: del siglo. Mortificamos la respiración en *virtud* del dolor, por su *gracia.* Fuera de este uso, el dolor no es otra cosa que una envilecedora *hebetudo mentís.*

Quien manifiesta su dolor demuestra con ello que no sabe usar de él como tesoro, o como peso descendiente que, al equilibrar el otro peso, ascendiente, de no respirar, confiere el equilibrio en medio del aire, la libertad. «Secretum meum pro me», decían san Juan de la Cruz y santa Teresa.

El secreto se trasluce, ignaro de sí, cuando uno está animado por vigorosas metáforas, como Balzac cuando, en *Eugénie Grandet,* escribe: «En la vida moral, como en la física, hay una aspiración y una espiración: el alma tiene necesidad de aspirar los sentimientos de otra alma asimilándolos para restituirlos después enriquecidos. Sin este hermoso fenómeno humano, presiona la vida en el corazón, le falta el aire, sufre y decae»; pero la *otra alma* puede ser el *ser* mismo, y entonces la respiración del alma y la del cuerpo forman una unidad.

NICEFORO EL HESICASTA

DE «LA SOBRIEDAD Y LA CUSTODIA DEL CORAZÓN»

¿Cómo obtener la atención?

[963a] Ante todo, sea quieta tu vida, limpia de preocupaciones, en paz con todos: entonces entra en tu estancia, enciérrate dentro, siéntate en un rincón y haz como te voy a decir.

Sabes que nuestro soplo, el aire de nuestra respiración lo espiramos sólo a causa del corazón... [963b] y entonces, [como te he dicho,] una vez sentado recoge tu espíritu, introdúcelo —tu espíritu, digo— en las narices: éste es el camino que toma el soplo para ir al corazón. Empújalo, fuérzalo a que te baje al corazón junto con el aire inspirado. Una vez que estés allí, verás la alegría que se seguirá: [no habrás de arrepentirte]. Lo mismo que el hombre que regresa a su casa tras una ausencia no refrena ya su alegría

al volver a ver a su mujer y sus hijos, así el espíritu que se reúne con el alma desborda de alegría y de delicias indecibles...

[964b] Sábete que cuando tu espíritu se encuentre allí no debes, ni callar, ni permanecer ocioso. No tengas otra ocupación ni meditación que el grito de: «¡Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí!». Sin tregua, cueste lo que cueste. Esta práctica, al mantener tu espíritu lejos de las divagaciones, lo vuelve inaprensible e inaccesible a las sugestiones del enemigo, y cada día lo eleva en el amor y el deseo de Dios.

[965a] Pero si no lograras, hermano mío, pese a todos tus esfuerzos, penetrar en la parte del corazón según te he indicado, haz como te he dicho y llegarás a ella con la ayuda de Dios. Sabes que la razón tiene su sede en el pecho; allí, en efecto, permaneciendo mudos los labios, hablamos, decidimos, componemos preces y salmos. Cuando hayas desterrado de esta región todo pensamiento, puedes (y basta quererlo) decirle: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí», [966a] y obligarte a gritarlo interiormente, excluyendo cualquier otro pensamiento. Cuando con el tiempo llegues a dominar esta práctica, ella te abrirá sin duda la puerta del corazón.

MÉTODO DE LA SANTA ATENCIÓN

Ante todo es preciso tener en cuenta tres cosas: primera, no alimentar ningún género de preocupaciones; segunda, tener conciencia pura, que no te reproche nada; tercera, estar completamente desprendidos, de manera que tu sentido no se incline hacia ninguna seducción de este mundo.

Procura hacer como te digo: cerrada la puerta, siéntate en un rincón y despoja la mente de toda vanidad, cosa frágil o caduca. Después, clava bien el mentón en el pecho, y dirige tu ojo sensible con toda tu mente al centro del vientre, al ombligo. Deten la atracción del espíritu de las narices, de manera que no respires fácilmente, y busca dentro de ti el sitio del corazón, donde suelen habitar las facultades del ánimo. Apenas la mente encuentra el lugar del corazón, ve inmediatamente cosas que ignoraba. Visto el aire que está en el espacio del corazón, ella misma se muestra diáfana y penetrable.[6]

6. La versión ofrecida por Gibbon en *The History of ¿he Decline and Fall of the Román Empire* **(2 vols., Londres, Benton, 1952, volumen II, pág. 476; trad. cast.:** *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano,* **Madrid, Hyspamerica, 1988) es típica e iluminísticamente engañosa; la última frase se traduce allí: «No sooner has the soul discovered the place of the heart, than it is involved in a mystic and ethereal light», lo cual vuelve todo vago y sentimental.**

Al principio sentirás tiniebla y pena, pero cuando hayas perseverado día y noche en este ejercicio, obtendrás de él una alegría sin fin.

El espíritu encontrará, como fruto de este esfuerzo, el sitio del corazón y percibirá cosas nunca vistas ni sospechadas: se verá a sí mismo iluminado, colmado de sabiduría y conocimiento.

A partir de ese momento, antes de que cualquier pensamiento inadecuado pueda penetrar en el corazón e imponerle una imagen ilusoria, será expulsado y destruido por el entendimiento con estas palabras: «¡Señor Jesucristo, ten piedad de mí!». A partir de este momento, el entendimiento opondrá a los demonios disgusto y odio, los expulsará, los combatirá, los aniquilará. Lo que ha de producirse después de esto lo sabrás más tarde, con la ayuda de Dios, por tu propia experiencia, en la medida en que conserves a Jesús en tu corazón, es decir, en que recites la susodicha oración.

SAN GREGORIO DEL SINAÍ

DE LOS «CAPÍTULOS EN ACRÓSTICO»

[17] Por encima de los mandamientos está aquel que los abarca todos: el recuerdo de Dios. «Acuérdate del Señor tu Dios en todo momento» (Dt 8,18). En relación con éste se quebrantan los demás mandamientos, y en virtud de él se observan. El olvido originario destruyó el recuerdo de Dios ofuscando los mandamientos y descubriendo la desnudez del hombre.

[60] El principio y la causa de los pensamientos es la ruptura de la memoria simple y homogénea. Al convertirse de simple y homogénea en compuesta y diversa a consecuencia de la transgresión, perdió el recuerdo de Dios y corrompió sus potencias.

[61] El remedio para liberar esta memoria primordial de la memoria perniciosa y maligna de los pensamientos es el retorno a la simplicidad originaria... el gran remedio de la memoria es el recuerdo perseverante e inmóvil de Dios en la oración.

DE «LA HESIQUÍA Y LOS DOS MODOS DE LA ORACIÓN»

[2] Siéntate sobre un asiento de un palmo de altura, haz bajar tu conciencia de la cabeza al corazón y fíjala allí.

Si, en esta actitud recogida, sientes un fuerte dolor por la distensión de los músculos, en el pecho, las espaldas y la nuca, invoca en el corazón y en el espíritu: «¡Señor Jesucristo, ten piedad de mí!»...

Mientras haces todo esto debes contener la respiración.

En general, no respires con demasiada violencia, para no dispersar el pensamiento. Si se presentan pensamientos no deseados, no los tomes en consideración, aun cuando sean rectos y buenos, y no vanos e impuros. Conteniendo la respiración lo más posible, encerrando el entendimiento en el corazón y repitiendo pacientemente la invocación al Señor Jesús, expulsarás pronto dichos pensamientos con la fuerza invisible de este nombre divino.

Dice Juan Clímaco: «Bate a tus adversarios con el ***nombre de jesús,*** no existe arma más poderosa en el cielo ni en la tierra»... [9] Cuando tu pensamiento se debilita, cuando, por la frecuente repetición del nombre de Jesús, duelen cuerpo y alma, de manera que su calor y su alegría se agotan... sólo entonces, levántate, solo o con tu discípulo, canta salmos o [ejercita tu espíritu sobre un pasaje de las Sagradas Escrituras], reflexiona sobre la muerte, lee, realiza tu trabajo manual o dedícate a una ocupación que, al obligarte a estar en pie, someta a disciplina el cuerpo.

IGNACIO Y CALIXTO

DE LAS «CENTURIAS»

[18] Por la fe en nuestro Señor Jesucristo, en quien tienen origen los mandamientos que dan nueva vida, debemos, a su debido tiempo, dar también alegremente nuestro último aliento, no tener ninguna consideración ni siquiera por nuestra propia vida. A esta necesidad se refiere también nuestro Señor Jesucristo cuando dice: «Quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la encontrará» (Mt 10,39)... «pero quien vive y cree en mí no morirá para siempre» (Jn 11,26)...

Sin embargo, nos parece bueno, y sumamente útil, tratar del método, totalmente natural, del santísimo Nicéforo, según el cual podemos llegar a introducirnos en lo más íntimo del corazón por medio de la aspiración

a través de la nariz —un método que en cierto modo sirve también para el recogimiento espiritual...

Ese hombre divino, y muchos otros con él, que obtienen su autoridad de los testimonios transmitidos de los santos, dicen lo que sigue: [19] «Tú sabes, hermano, que el aliento que aspiramos es aire; pero nosotros lo aspiramos sólo a causa de nuestro corazón. Porque el aire es el origen de nuestra vida y del calor de nuestro cuerpo. Por eso el corazón atrae a sí el aliento para expeler a su vez su propio calor a través de la respiración, y de este modo procurarse un poco de frescor. El que origina o, mejor, desempeña esta función es el pulmón, creado ciertamente por Dios como un órgano frágil, pero también capaz de aspirar y echar fuera el aire circunstante como un fuelle y sin dolor alguno. Así el corazón aspira el aire frío y echa fuera el caliente y, para mantener con vida al hombre, le presta incesantemente este servicio para el cual fue creado.

»Pero tú, cuando te sientes en tu celda silenciosa y quieras recoger tu espíritu, aspíralo por la nariz, a través de la cual el hálito va al corazón, ponió en movimiento y empújalo hasta el corazón junto con el aire aspirado. Cuando haya entrado, todo lo que siga a continuación estará colmado de alegría y júbilo, lo mismo que un hombre ausente durante largo tiempo de su casa no sabe qué hacer tras su regreso debido a la alegría, ya que entonces se le concede de nuevo estar con su mujer y sus hijos: así el espíritu, una vez que se haya unido con el alma, estará colmado de indecible alegría y placer».

Por eso, hermano, debes habituar al espíritu a no salir de nuevo demasiado rápido de allí; es verdad que al principio estará muy atormentado por la limitación y estrechez que allí sufre; pero después que se haya habituado al lugar, ya no buscará distracciones exteriores. Porque el Reino de los cielos está dentro de nosotros; quien una vez lo ha contemplado y lo busca con oración pura, despreciará y odiará todo lo que es exterior. Y sigue: «Pero ciertamente debes saber que no puedes dejar mudo y ocioso tu espíritu cuando se encuentre en ese estado, sino que debes hacer que se ejercite con estas palabras: "Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí", que reflexione sobre ellas ininterrumpidamente y jamás se aleje de esta meditación. Este ejercicio, que mantiene el espíritu dentro de límites muy determinados, lo hace invencible e imbatible ante los ataques del demonio y lo conduce cada día hacia el amor de Dios y el deseo de El»...

[20] También esto se debe dejar claro a quien desea aprender: cuando guiamos nuestro espíritu para que baje al corazón con la respiración, debemos tener muy presente que no se ha de volver a llamar afuera al espíritu, que se ha abismado, antes de que quede liberado de toda reflexión ra-

zonada, hasta que se haga simple y desnudo y no abrace ningún otro pensamiento, sino la invocación de nuestro Señor Jesucristo; porque cuando el espíritu salga y sea atrapado por pensamientos multiformes y cosas exteriores, se verá de nuevo dividido, contra su voluntad.

[54] Ésta es, pues (y se llama), la pura y constante oración del corazón, de la cual hemos hablado; de ella nace en el corazón cierto calor, según las palabras: «Mi corazón arde en mi cuerpo y de mi meditación se alza un fuego elevado» (Sal 39,4). El Señor Jesucristo puso fuego en el fondo de nuestro corazón; éste, en un primer momento, producía sólo espinas, por sus deseos, pero ahora se ha convertido en vehículo del espíritu mediante la gracia, como dijo nuestro Señor Jesucristo: «He venido a encender un fuego sobre la tierra, y sólo quiero que arda» (Le 12,49). También era un fuego lo que calentaba y encendía a Cleofás y a cuantos estaban en torno a él, de manera que, fuera de sí, gritaban: «¿No ardía nuestro corazón por el camino?» (Le 24,32).

También Juan Damasceno dice en uno de sus himnos a la bienaventurada y purísima Madre de Dios: «El fuego escondido en mi corazón me impulsa a cantar sobre el amor por la Virgen». Y san Isaac escribe: «Del trabajo continuo nace un calor extraordinario que se inflama en el corazón sobre los ardientes deseos que desbordan del pensamiento. Este obrar cauteloso vuelve transparente el espíritu (voD(;) con su calor, de suerte que llega a la contemplación». Y continúa: «De este calor, que nace del amor por la contemplación, brota la fuente de las lágrimas».

Y un poco más adelante: «Del inagotable río de las lágrimas, el alma obtiene la paz de los pensamientos, y se elevará a la pureza del espíritu; pero, a través de esta pureza del espíritu, el hombre alcanza la visión de los misterios de Dios»... Y san Elias Ecdico dice: «Cuando el alma se retrae de las cosas exteriores y al alma se adhiere, toda envuelta por ella como por una llama, se pone incandescente, como el hierro envuelto todo él por el fuego. Ciertamente sigue siendo la mísma alma, pero ya no es posible tocarla, lo mismo que nadie puede tocar un hierro incandescente». Y más adelante: «Dichoso aquel que en esta vida sea digno de ser considerado como tal y vea ya su propia imagen, que la naturaleza hizo de arcilla, volverse resplandeciente de fuego en virtud de la gracia».

[59] Pero, para que uno llegue a ser digno de una de estas cosas, y de todas las demás que a ella siguen,... está escrito: «No busquéis antes de tiempo lo que debe suceder a su debido tiempo», y: «El bien no es bueno

si no se manifiesta de modo bueno». Y san Marcos [Ermitaño] afirma: «De nada sirve saber ya lo segundo antes de hacer lo primero». Porque el saber sin obras engríe, mientras que el amor edifica, porque lo espera todo pacientemente.

Por eso uno debe esforzarse y luchar para llevar ininterrumpidamente consigo, a la profundidad del corazón, el pensamiento de nuestro Señor Jesucristo, y no sólo exteriormente o en la superficie; eso mismo dice san Marcos como sigue: «Si el lugar más profundo, escondido y rico de nuestro corazón no está abierto por una esperanza general y espiritual, no se puede reconocer con seguridad a aquel que vive dentro de él, ni se puede saber tampoco si nuestro sacrificio espiritual ha sido aceptado o no».

[60] Pero de esta manera se alejará fácilmente del mal obrar, y no sólo de éste, sino también de pensamientos anhelosos y fantasías ilícitas, como está escrito: «Recorred el sendero del espíritu, y entonces no cederéis al deseo de la carne» (Ga 5,16). Más aún: en su ardiente fervor de virtud, abandonará todos los pensamientos y fantasías, quemándolos, y ahuyentará toda mala acción que antes obró en él, bien en los sentidos, bien en el espíritu, junto con los demonios que eran su guía y que se alegran del mal ajeno, como dice san Isaac: «Terrible es para los demonios, pero digno de amor para Dios y los ángeles, quien con fervor ardiente arranca en su interior las espinas que el enemigo había plantado». Y progresará hasta saberse en la segura fe de la posesión del amor de Dios, de su aparición manifiesta, de su presencia y de la esencial y divina luz de la gracia.

O, si prefieres decirlo así: «Extraordinariamente radiante vuelve a ese noble origen y filiación que le habían sido dados como don mediante la gracia del agua bautismal». Y más adelante dice san Isaac: «Esta es aquella Jerusalén y aquel Reino de Dios escondido en nuestro interior, según el ^uicio del Señor. Este lugar es la nube de la magnificencia de Dios, en la cual entran sólo los puros de corazón, para contemplar el rostro de su Señor». Pero no se debe buscar con las propias fuerzas la aparición mani-nesta de Dios, para no franquear la entrada a aquel que es la tiniebla rrdsma y sólo finge ser la luz.

[68] Este obrar, que nace del esfuerzo propio, es exterior y busca recoger y ordenar las imágenes a través del bien ordenado movimiento de las cosas, en cuanto las desarrolla unas desde las otras y progresa, se extiende en la fe hacia Dios. Pero el otro obrar, es decir, el que es aceptación pasiva, riace por lo habitual de modo inmediato por acción de Dios, fundamen-:almente en el corazón. Alguna vez también al cuerpo se le hace partícipe

desde el exterior de este rayo luminoso, que va más allá de todo pensamiento de esta luz muy divina, y se ve movido por el corazón de modo sobrenatural, en cuanto se le da una deificación que no le era congénita. como dice el sapientísimo Máximo: «Yo no llamo creada a esa deificación que es resplandor de la esencia divina: dicha deificación no nace, sino que, en los hombres dignos, aparece de manera incomprensible...». Y san Isaac: «Tenemos dos ojos del alma, como dicen los Padres, y en el acto de ver no hacen lo mismo. En efecto, con un ojo vemos las cosas que están escondidas en la naturaleza, la potencia de Dios, su sabiduría y su providencia con nosotros, que percibimos de su santa guía. Pero con el otro ojo contemplamos la gloria de su santa esencia, cuando Dios se digna iniciarnos en sus espirituales misterios». Y san Diádoco: «La sabiduría (aocpíoc) y la ciencia ***(yvíúGiq)*** son dones que vienen únicamente del Espíritu Santo, lo mismo que todos los dones divinos de la gracia. Cada uno de ellos tiene una fuerza real suya propia. Por eso testimonia el Apóstol que a uno fue concedida la sabiduría, pero a otro el entendimiento, en el mismo espíritu. Pues el entendimiento une al hombre con Dios a través de la experiencia, y no induce al alma al pensamiento razonado sobre las cosas. Por eso hay no pocos que llevan vida monástica y son iluminados en sus sentidos a través del entendimiento, pero no llegan hasta hablar de Dios. La sabiduría (aocpioc), en cambio, cuando uno recibe con temor este don (cosa que, sin embargo, rara vez acontece), explica las fuerzas del entendimiento ***(yvdboio),*** en cuanto éste intenta iluminar a unos a través de sus obras, a otros con sus palabras. Pero el entendimiento ayuda en la oración y también a llegar a una gran paz, con plena tranquilidad. La ciencia, en cambio, ayuda en la meditación de las palabras de Dios, que no tiene como fin la vanagloria; ante todo es una gracia del Dios dador»... Y de nuevo san Diadoco: «Es difícil, en la mayor parte de los casos, mover a la oración a nuestro espíritu, pues esta fuerza anhelada es débil y pequeña. Pero muy a gusto se dedica a la ciencia de Dios, porque la contemplación de Dios es vasta y libre. Sólo que nosotros no queremos conceder a nuestro espíritu demasiada libertad de hablar, ni dejar que se alegre sin medida, sino que lo queremos tener ocupado, por eso especialmente, con oraciones, salmos y la lectura de la Sagrada Escritura»...

Del mismo modo no permitimos al espíritu que mezcle sus propias palabras con las de la gracia, para que, transportado por una alegría y locuacidad demasiado grandes, no lo distraiga la vanagloria. En el momento de la meditación lo queremos preservar de toda representación imaginativa. Por eso «fluirán las lágrimas en todos sus pensamientos». Pero cuando el

espíritu reposa, en el momento de la quietud y en la oración, obtendrá como don una dulzura particular, no sólo se preservará de los errores mencionados, sino que se renovará más y más hasta que, ardiente y sin estuerzo, se abisme poco a poco en las cosas divinas y con gran humildad alcance la plenitud de conocimiento del discernimiento...

[69] Pero el alma puede crearse imágenes, no sólo a través de los espíritus malignos, sino también por sí misma y por medio de su misma naturaleza, a través de sus cinco potencias: el espíritu (voüq), el entendimiento **(8lávoioc)**, la opinión **(8ó**£ot), la fantasía (cpavxaoia) y la sensación !aíaftr|**Gl<;),** lo mismo que también el cuerpo tiene sus cinco sentidos: vista, olfato, oído, gusto y tacto. Pero, dado que, de las potencias del alma, la fantasía es la única a través de la cual se provee al alma de imaginaciones, resulta importante dirigirla y dominarla en lo que le pertenece y aguijonear y volver a Dios sus fuerzas, ante todo las que la vinculan con Dios, sea en el presente o en el futuro; ella debe ocuparse de las demás cosas sólo en la medida en que conviene, para servirse de ellas y operar a través de ellas.

Por eso debemos estudiar qué han dicho de ella los Padres y qué debemos pensar de todo ello. San Máximo dice: «Puesto que el alma es inteligente y espiritual por sí misma, es decir, por su esencia, también existe plenamente a través de sí misma. Ahora bien, si el alma existe en sí misma, de modo natural a través de sí misma y según ella misma, también opera junto con el cuerpo, en cuanto piensa conforme a su naturaleza y saca conclusiones y nunca concede descanso a las potencias espirituales naturalmente ínsitas en ella. Es decir, lo que por naturaleza es propio de un ser no se le puede quitar mientras existe. El alma, que desde su principio existe siempre por obra de Dios, que la creó, piensa, juzga y discierne, sea a través de su propio ser y naturaleza, como le es propio, sea también junto con el cuerpo. Pero no hay ningún medio que pueda separar el alma de las potencias ínsitas en ella, aun cuando el cuerpo deja de existir tras su muerte». Por eso, puesto que sabemos (y esto nos lo enseñan los santos) que espíritu **(voüc;)** y entendimiento **(Slávoia)** se mueven y obran hacia Dios en esta época presente lo mismo que en la futura, mientras las demás potencias sólo lo hacen en este tiempo al cual estamos subordinados, es importante que el alma, como un experto piloto, constituido por la naturaleza señor de todas ellas, no sólo dirija y mueva su actividad, espíritu y pensamiento hacia Dios en este tiempo presente, sino que una dichas potencias en el momento de la pura oración en una acción espiritual, una y simple.

Ella las debe separar de cualquier fantasía y de las demás potencias. Como dice san Nilo: «El estado de oración es una actitud alejada de la pasión, que arrastra el alma a lo alto a través del amor más ardiente; el espíritu espiritual, a la altura del conocimiento»...

[70] Es igualmente importante que el espíritu mismo, como esencia indivisa, simple y acabada en sí misma, se preserve y se conserve puro y luminoso, se separe de la fantasía y no participe de ella. Pues el espíritu posee en sí mismo la fuerza de replegarse sobre sí mismo, de desarrollarse y moverse. Pues ésta es también la paz del espíritu, garantizada a éste por la gracia divina, como dice san Clímaco: «Sólo el Espíritu Santo puede dar paz al espíritu». Por tanto, aunque el espíritu, en cuanto potencia del alma, sea movido también por ésta y de ésta en cierto modo nazca, él es también su ojo y así es llamado, y posee... una fuerza propia natural y autónoma.

Por eso, si el espíritu permanece coordinado con el alma y sus potencias, él es igual a dichas potencias, y el hombre es llamado terreno por naturaleza. Pero si el espíritu recupera de nuevo su propia, natural, simple y esencial dignidad y esplendor, y se convierte en una unidad, subsiste en sí mismo y es independiente, en cuanto se separa de las referencias y movimientos del cuerpo y del alma; si se levanta de la potencia en el espíritu al acto en el espíritu mismo, si evoluciona hacia el hombre sobrenatural, se encuentra verdaderamente y sin tortuosidad a sí mismo y sube siempre y continuamente más arriba hacia los pensamientos de Dios. Este pensamiento no tiene ni imagen ni forma, y es del todo simple, como dice el gran Basilio: «El espíritu que no está disperso en la exterioridad, ni está derramado en el mundo a través de los sentidos, vuelve sobre sí mismo y sube con su propia fuerza a la contemplación de Dios. Centelleante e iluminado por esta belleza, llega a olvidar la propia naturaleza»... Y el gran Dionisio dice: «El movimiento del alma es circular, cuando al entrar de nuevo en sí misma desde las cosas externas se concentra en un único punto; es un simple replegarse hacia el interior de sus fuerzas espirituales, es decir, un movimiento circular, un movimiento perfecto, a través del cual el alma se libera de todas las cosas externas y se repliega y se recoge en sí misma. Después queda unida de nuevo indisolublemente con sus propias fuerzas, fundidas en una única figura, y conducida de ese modo a la belleza y al bien, que se yergue sobre todo, hacia lo uno y lo unificado, lo increado, lo inmortal y eterno. Pero el alma es llevada por atajos si, en la medida de lo posible, es iluminada por la sabiduría divina, pero no a modo de unificación espiritual, sino lógica y razonablemente y como a través de fuerzas mixtas y transitorias.

»E1 alma es movida directamente, y si no se repliega sobre sí misma y no es influenciada por una idea unificante (porque esto es, como ya dije, el movimiento circular), avanza hacia las cosas que están ante ella, y en cierto modo es guiada desde fuera por los diversos y muy abundantes símbolos a la contemplación simple y una». Y san Máximo: «El espíritu que obtiene la inmediata unión con Dios, es capaz, antes de cualquier otra cosa, de ser libre y estar vacío de todo pensar y ser pensado. Pero cuando destruye esta capacidad, en cuanto piensa en algo que viene después de Dios, se demuestra que con ello queda interrumpida esa unión que va más allá del pensamiento. En el momento de la unión con Dios, el espíritu era casi un ser sobrenatural y divinizado en virtud de la participación en El, y en cierto modo había transformado la ley de su propia naturaleza». Y de nuevo: «El espíritu puro llega, a través de la unión con su origen, a una condición que va más allá de todo pensamiento, en cuanto el pensamiento ha renunciado a los diversos movimientos y hábitos que están fuera de la causa de ese ser, y sólo permanece ligado todavía al origen y se abre a esa paz indescriptible, que está más allá del pensamiento y que es puesta en acto por el silencio. Ninguna palabra ni reflexión puede decirlo, sólo quien lo ha experimentado puede comprenderlo. El signo de quienes han sido encontrados dignos de este goce que va más allá del pensamiento es fácil de distinguir y patente para todos: es un alma pacificada que se ha vuelto indiferente a las cosas de este mundo».

[73] [Algunos signos de error:] si quieres «estar en paz» y a solas con el Dios único, no debes aceptar nada de lo que se podría captar con los sentidos o en el espíritu, ni en ti, ni fuera de ti: aunque sea la imagen de Cristo que se presenta al espíritu, o figuras angélicas o de santos o de luz. Permanece más bien crítico e inmóvil frente a cosas de tal género, aun cuando sean buenas, hasta haber preguntado a quienes tienen experiencia de ello; porque esto es muy útil y más grato a Dios. Por tanto, manten siempre tu espíritu sin colores, figuras ni imágenes, tanto en cualidad, como en cantidad. Atente únicamente a las palabras de la oración, estáte con ellas y reflexiona sobre ellas en el íntimo movimiento del corazón, como dice san Clímaco: «El principio de la oración consiste en truncar los pensamientos incipientes con una única palabra; en la parte media, el pensamiento permanece fijado sobre las palabras dichas; el final es un arranque hacia lo alto, hacia Dios». Y san Nilo dice así: «Una oración particular propia de los perfectos, es sentirse arrastrado por el espíritu, un completo desapego por las cosas sensibles y un inefable suspiro del espíritu que está

con Dios, que lee en el corazón como en un libro escrito y abierto y que, con signos mudos, manifiesta su voluntad. Así Pablo fue elevado al tercer cielo, sin que él supiera si estaba aún en el cuerpo o fuera de él (2 Co 12,2-4); así Pedro, cuando subió a la azotea de la casa para rezar y tuvo la visión del lienzo (Hch 10,9 y sigs.).
»La segunda clase de oración consiste en pronunciar las palabras, que el espíritu sigue con compunción y sabiendo dirigir conscientemente su oración apremiante. Pero si la oración es interrumpida y extraviada por pensamientos terrenos, pierde su camino justo».

[90] San Isaac... dijo: «...El amor de Dios es por naturaleza ardiente, y cuando acomete violentamente a un alma, la trastorna. Por eso el corazón no la puede separar del amor que recibe, ni frenarla, sino que por su mismo ser, y por el amor que la trastorna, se produce en el alma una insólita metamorfosis. Estos son sus signos visibles: el rostro del hombre se vuelve ardiente, sereno, su cuerpo se calienta y todo temor lo abandona; parece haber perdido el juicio, la muerte tan terrible le parece alegre, y nunca le sobreviene una interrupción de su contemplación. Aunque esté lejos del cielo habla [con Dios] como si estuviese presente, sin ser visto por nadie. Conocimiento y vista normales lo abandonan, no percibe ya sus movimientos con los sentidos, con los cuales se mueve entre las cosas. Y si hace algo, tampoco se da cuenta de ello, porque su espíritu da vueltas continuamente en el remolino de la contemplación, y su pensamiento está en continua conversación con aquel Otro, en otro lugar. Los apóstoles y los mártires estaban embriagados por esta embriaguez espiritual; los unos vagaban por todo el mundo, pasaban penalidades y se cargaban de maldiciones; los otros derramaban como agua la sangre de sus cuerpos destrozados y, aunque sufrieran tormentos espantosos, no se entibiaban en su ardor, sino que aguantaban valerosamente; y aun cuando fuesen sabios, fueron considerados locos. Otros erraban por desiertos y montañas, ruinas y cavernas, pero en esa inquietud no enloquecían. ¡Dios nos conceda semejante demencia!».

SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO

Nació en Paflagonia en el año 949; antes de recibir la ordenación fue discípulo de Simeón el Piadoso y llegó a ser sucesivamente sacerdote, monje y prior. En 1009 fue exiliado por haber dado culto a Simeón el Pia-

doso usurpando el magisterio de la Iglesia. Pero incluso después de su rehabilitación continuó viviendo en soledad cerca de Scutari. Murió en 1022. Su doctrina mística es bizantina por el hecho de proceder de Evagrio. Escribió los *Capita practica et theologica* y una *Catequesis.*

DE LOS «CAPÍTULOS PRÁCTICOS Y TEOLÓGICOS»

[I, 36] El primer bautismo tiene el agua como signo de las lágrimas, y el óleo de la unción prefigura el óleo intelectual del Espíritu. El segundo bautismo no es símbolo (τÓ7CO£) de la verdad, sino la verdad misma.

[37] No sólo no se deben cometer actos malos, sino que es preciso que el asceta se esfuerce por liberarse de los discursos e imaginaciones contrarias y se vuelva a pensamientos espirituales y provechosos para el alma, a fin de distraerse totalmente de las cosas que conciernen a la vida...

[70] No te maravilles si, prisionero de la cobardía, tienes miedo de todo y tiemblas: eres todavía imperfecto, sin fuerzas, y como un niño pequeño tienes miedo de los espantajos. La cobardía es, en efecto, una pasión infantil y ridicula del alma soberbia. Contra este demonio no pretendas hacer discursos ni confutaciones; de nada le valdrán los discursos al alma temblorosa y turbada; prescinde de ellos, en cuanto te sea posible, empobrece tu pensamiento, y pronto verás desvanecida tu cobardía...

[82] El Señor enseña cómo debemos cuidar de obrar sin cuidado, y cómo sin cuidados debemos abstenernos de la obra que no nos conviene...

[85] Quien no ha llegado a ser impasible no puede saber lo que es la apatía, ni tampoco creer que exista un hombre de esas características sobre la tierra.

[II, 24] El sol sensible es contemplado, no ve; el sol inteligible es contemplado por aquellos que son dignos y ve a todos, [hasta a quienes no lo ven,] pero preferentemente a aquellos que lo ven. El sensible no habla ni concede a nadie hablar, el inteligible habla a sus amigos y les da a todos ellos la gracia de hablar. El sol sensible, brillando sobre el jardín sensible, se contenta con hacer que la humedad se evapore con el calor de sus rayos; no es él quien ha de nutrir plantas y semillas. El inteligible, al aparecer en el alma... hace que se evapore la humedad de las pasiones, purifica la in-tección procedente de ellas y después infunde fecundidad a la tierra intelectual del alma, de la que se alimentan, regadas por él, las plantas de las virtudes.

[III, 10] Hay una humildad creída tal, nacida de la pereza, de la negligencia o de un remordimiento, y quienes la poseen la consideran saludable. Pero no es así; en efecto, no tienen, emparejada con ella, la compunción que alegra.

[11] Hay una compunción ajena a la humildad espiritual, y los que la sienten dicen que purifica los pecados. Pero, ¡ay!, se equivocan. En efecto, están privados de la dulzura del espíritu que se manifiesta místicamente en el tesoro intelectual del alma y no gozan de la mansedumbre del Señor (Sal 34,9). Son prontos a la ira, e incapaces de despreciar el mundo y lo que en él se contiene. Ahora bien, quien no lo desprecie completamente con toda el alma no puede tener la esperanza de la salvación firme e indubitable; sino que sin tregua es sacudido por la duda, porque no cimentó su casa sobre roca (Le 6,48).

[12] La compunción posee una doble propiedad: tiene la del agua, a causa de las lágrimas que apagan todo fuego de pasión y purifican de sus manchas; tiene también la del fuego, a causa de la presencia del Espíritu Santo, que vivifica y calienta e incendia el corazón con amor y deseo de Dios...

[14] Si echas polvo en el fuego de la chimenea, lo apagas; así pasa con todas las preocupaciones de la vida (Le 21,34), y todo apego a un objeto vil, por minúsculo que sea, apaga la llama encendida a los comienzos en el corazón...

[21] Quien tiene dentro de sí el fuego del Espíritu Santo, y no soporta verlo, se desploma rostro en tierra, alborota y llama con gran temor como quien vislumbra y padece algo que supera el mundo natural, las palabras y el pensamiento. Se hace semejante a un hombre cuyas visceras son lamidas por la llama; devorado por el fuego e incapaz de controlar el ardor (Jr 20,9); está trastornado, como fuera de sí. Pero entonces derrama lágrimas abundantes que mitigan, y atiza la llama de su deseo. Entonces borbotean las lágrimas, y así purificado resplandece con mayor fulgor, de suerte que, cuando está todo inflamado y convertido casi en fuego, se cumple lo que se dijo: «Dios unido a dioses y dado a conocer a ellos».[7] De manera que qui-

7. **Cita desconocida. El pasaje es la descripción psicológica del bautismo de fuego. Lo mismo que Juan el Bautista estaba en el Jordán** y **rechazaba a los bautizandos indignos gritando: «Raza de víboras» (Mt 3,7; Le 3,7), así, dice Orígenes** *[Homiliae in Lucarn,* **24; 26): «El Señor Jesús estará en el río de fuego junto a la espada flamígera»,** y: **«Dios se llama espíritu para los justos, fuego para los pecadores»; pero también los ángeles son llamados espíritu** y **fuego,** y, **siendo para los santos espíritu, suministran fuego e incendio a quienes merecen suplicios. El Salmo 104,4 dice: «Aquel que hace espíritus de sus ángeles** y **de sus**

zas ya se ha unido a quienes se le han agregado y ya se ha revelado a quienes lo han conocido.

[35] Puro se dice el corazón que no encuentra en sí ningún pensamiento o imaginación vital, y está tan consagrado y unido a Dios que ya no guarda recuerdo de los dolores ni de las alegrías de la vida, sino que vive como en el

tercer cielo en contemplación y es arrebatado al paraíso (2 Co 12,2-4) y ve las arras de los bienes prometidos a los santos y las bondades del evo, en la medida en que es posible a la naturaleza humana. Este es el verdadero signo de un corazón puro y su prueba segura, con la cual, quien se encuentra en este punto, medirá la propia pureza y se verá como en un espejo...

[41] El mundo y aquellos que le pertenecen están muertos para los santos, por eso ni siquiera mirando ven sus buenas acciones, y ni siquiera escuchando pueden en modo alguno captar (Mt 13,13) las santas palabras pronunciadas en el Espíritu Santo. Pero tampoco los espirituales pueden ver las malas acciones de los hombres mundanos y malvados, ni comprender sus discursos Henos de pasión, sino que, mirando las cosas del mundo no las ven y escuchando las cosas de los mundanos no las oyen, por lo cual no hay comunidad ni comunicación entre espirituales y mundanos...

[62] Siendo doble el hombre, compuesto de alma y cuerpo, y estando el mundo creado a semejanza de él, visible e invisible, nuestros actos y preocupaciones se refieren armoniosamente a cada uno de los dos. De ahí deriva esta verdad en torno a las visiones y a los sueños: el alma está ocupada e invadida durante la vigilia por las mismas cosas que durante el sueño imagina o filosofa. O se preocupa de los hechos humanos cuando imagina en sus sueños, o medita las cosas divinas y celestes, y entonces es invadida por visiones y filosofa sobre las apariciones, según el dicho del Profeta: «Vuestros jóvenes verán visiones» (Jl 3,1), no ya engañada, sino a la vista de las verdades y fiándose de las revelaciones.

ministros un fuego abrasador». Es probable que el enigmático final del párrafo de Simeón se deba interpretar como la unión del hombre tocado por el fuego divino y convertido en espíritu divino y luz en las luces de los ángeles. El alma por naturaleza ha de crecer, es decir, arder cada vez más: «Quien progresa en la ciencia... lo sabe apenas llega a alguna especulación o conocimiento de los misterios espirituales: el alma habita allí como bajo una zienda apenas exploradas nueve regiones... Al replegar la tienda, sabe más y allí pone su morada en la estabilidad de los sentidos. Pero partiendo de allí aún descubre otros sentidos espirituales. Nunca llega el momento en que el alma, inflamada por el fuego de la ciencia, pueda concederse descanso». Es el «viaje hacia la sabiduría de Dios» (Orígenes, *In \u-*neros homiliae,* **4). Viaje hacia la sabiduría que es Cristo en cuanto arquetipo, por un lace, e inflamación cada vez más luminosa, por otro, son metáforas equivalentes.**

[63] Cuando la parte deseadora del alma es conducida a las pasiones, a las uniones, a las voluptuosidades, a los goces de la vida, el alma ve las mismas cosas en los sueños; si su parte sentimental se enfurece contra sus semejantes, sueña irrupciones de fieras y guerras y luchas de serpientes, y como en un dicasterio disputa con aquellos de los cuales difiere; si, en cambio, la parte raciocinante está hinchada de vanidad o jactancia, el alma fantasea que es levantada sobre alas por el aire, señorea en lo alto o camina como caudillo del pueblo delante de los cortejos de carros.

[64] Sólo tienen visiones verdaderas —que es preciso llamar, no ya sueños, sino visiones y contemplaciones— aquellos cuya mente se ha hecho simple gracias al contacto del Espíritu, y además libre de toda vulgaridad y servidumbre de las pasiones; ésos se ocupan sólo de las cosas divinas, y su meditación versa sólo sobre las recompensas venideras y sobre las retribuciones; su vida, por encima de la vida de los vivientes, no conoce el cuidado ni el ansia, es calma, pura, rebosante de misericordia, sabiduría, conocimiento de lo celeste y de los buenos frutos cultivados por el Espíritu; aquellos, en cambio, que son distintos, ven falsedades y confusiones de patente impostura...

[74] Quien hace morir la propia voluntad se vuelve totalmente involuntario; ninguno de los seres vivos y móviles es involuntario, salvo los que se podrían llamar insensibles e inmóviles: las plantas se mueven y crecen, sí, pero no decimos que su movimiento ni su crecimiento sean promovidos por una voluntad natural, pues carecen de alma; todo lo que es animado tiene también una voluntad natural. Quien, pues, con la ascesis y el cuidado ha dado muerte a la voluntad que habitaba en él, y ha llegado a carecer de voluntad, ha salido de su naturaleza personal y ya no puede obrar nada ni bueno ni malo...

[77] Cuando con todo brío, ímpetu y deliberación, y sin fatiga alguna, cumplimos lo que nos fue enseñado por Dios mismo, místicamente y de modo inconsciente (áyvcoOTCO^), entonces se nos da como a personas de confianza, sumisas, discípulos veraces y amigos, la revelación clara tal como fue desvelada antiguamente a sus santos, discípulos y apóstoles, y a cuantos creyeron en su nombre (Jn 17,20); entonces nos convertimos en hijos de Dios por gracia, como dijo Pablo: «Los que son conducidos por el espíritu de Dios son hijos de Dios;... y si somos hijos, seremos también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo» (Rm 8,14-17).-

NICETAS STETHATOS

Nació en torno al año 1005, hacia 1020 se hizo monje en Stoudios y sirvió como copista a Simeón el Nuevo Teólogo. En 1035 tuvo una visión que lo impulsó a recoger las obras de su maestro. Polemizó con latinos y armenios. Murió, tal vez, en 1090.

Se encuentra situado en la tradición mística oriental más secreta, hasta el punto de exponer las concordancias entre la jerarquía celeste y la eclesiástica y concluir, sobre esta última, que no es necesario el nombramiento por parte del hombre para ser obispos (dominaciones), sacerdotes (virtudes), diáconos (potestades), arzobispos (serafines), metropolitanos (querubines) o patriarcas (tronos).

DE «DEL ALMA»

[6,27] Mirad la grandeza de la creación. De los cuatro elementos primeros sacó Dios la sustancia de cada uno, las cuatro virtudes cardinales,[8] y creó en el hombre entero plasmado a su imagen, junto con el alma, el cosmos invisible e inteligible, para que éste se asemejase de algún modo al cosmos sensible. Extiende en él como cielo la prudencia, bajo la cual se expande como éter el fuego del deseo espiritual, todo constelado de pensa- mientos divinos vueltos a una vida plenamente luminosa. En ella dos grandes luminarias, la gnosis de las cosas divinas y la gnosis de las humanas, aclaran e iluminan todo este mundo, habiendo El puesto en ellas, no la luz creada en primer lugar, como en el Sol, sino la luz primera y divina del Espíritu Santo. Como tierra pone en ella las bases de la justicia, y como plantas fructíferas e inmortales planta en ella los discursos éticos de la filosofía práctica, para un convite sin coste. Como aire extiende la templanza, para que espire aire puro y se refresquen los hervores de las partes más irracionales, el peso de la acidia y el ardor del sentimiento y la pasión. Como mar de aguas numerosas sobre la debilidad de la naturaleza arenosa, coloca la fortaleza, con el fin de desembarazarse de las violencias y las soberbias de la antigua serpiente y alcanzar la paciencia y firmeza de la resolución que se yergue contra los espíritus del mal...

8. De los cuatro elementos, tierra, agua, aire, fuego, las cuatro virtudes: prudencia, fortaleza, justicia, templanza.

[29] Puesto que en cierto modo el Verbo tomó las cuatro virtudes cardinales para edificar el mundo inteligible sobre la base de los elementos del mundo visible, se ha de saber que lo propio de aquéllas lo será necesariamente de éstos. Lo mismo que los elementos del mundo visible tienen cada uno algo como propio, lo cálido y lo seco así como lo húmedo y lo cálido, lo frío y lo seco así como lo húmedo y lo frío, del mismo modo cada virtud tendrá un carácter particular propio. Así, son propias de la prudencia la realeza, la libertad, la capacidad de sondear la profundidad de los pensamientos juiciosamente y el ser asesor de las sensaciones desde lo alto del trono. Es propia de la justicia la ecuanimidad respecto a cada cosa en el juicio, de manera que se distingan las concordancias y las discordancias de las cosas en conflicto entre sí (en efecto, el mal está en lucha con el bien), y en todo caso es necesario un comportamiento recto y el hábito de pesar con precisión el contenido de la conciencia, arrojando fuera de ella lo que es terrestre y empuja hacia abajo, aceptando de la materia sólo lo que tiene de más ligero. A la templanza corresponden la limpieza y la pureza, y además la alegría impetuosa de la libertad del Espíritu Santo, la mirra de la purificación y el olor perfumado de la inmortalidad. A la fortaleza le están bien la firmeza y la perseverancia en las obras; y no sólo eso, sino también la audacia de truncar con la espada de la razón ***(kóyoc)*** el movimiento contra natura de la naturaleza, y de traspasar el miedo pueril con la lanza de la paciencia y la firmeza.

[30] Así fue edificado por Dios el cosmos grande en medio de aquel otro visible y pequeño. En él fueron puestos para su gloria lo racional en lo irracional, lo inteligible en lo aparente y sensible; lo divino, inmortal y sublime en lo disociado y digno de conmiseración.

DE «LA CONTEMPLACIÓN DEL PARAÍSO»

[1, 16] «No comáis del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque el día en que comáis de él moriréis de muerte» (Gn 2,16-17). La observación de nuestro cuerpo[9] y la contemplación de su composición por naturaleza les llevan a lo imperfecto... al conocimiento de la dulzura de la voluptuosidad; y no sólo a este conocimiento, sino a los movimientos y a los cuidados inconvenientes, como se ha dicho. Por eso justamente resuena el

9. Se dice antes *(De contemplatione paradisi,* **1, 14-15) que el árbol de la vida es Dios, y también el hombre divinamente impasible y contemplativo, mientras que el árbol del conocimiento del bien y del mal es el hombre común.**

llamamiento divino en nuestros oídos: «¡Las puertas, las puertas! ¡Estemos atentos!».[10] La repetición nos prescribe, a causa de los indignos, que estemos de guardia en las puertas sensibles e inteligibles, es decir, en los sentidos mismos, por los cuales suele entrar la muerte en el alma del hombre.

[17] ... En efecto, aquel que se aplica sin experiencia ni precaución a la contemplación de nuestra composición natural, influido por la Eva de su propio pensamiento,[11] y, seducido por la serpiente antigua, se demora con el recuerdo en la dulzura de la voluptuosidad y del goce para gozar de ella como si fuese buena, sufrirá enseguida la suerte de Adán, viéndose desnudo, privado de la gracia de Dios, excluido del goce eterno de Dios...

[2, 20] El árbol de la vida es el Espíritu Santo que mora en el hombre fiel, como dice Pablo: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo que habita en vosotros?» (1 Co 6,19; Rm 8,11). El árbol del conocimiento del bien y del mal es la sensación, que da frutos opuestos entre sí, y de naturaleza doble.

[3,21] ¿Cuáles son tales frutos? Placer y dolor, y cada uno a su vez se divide en dos: el placer, en perentoria necesidad natural y en disipación, exceso; el dolor, en temor y aflicción, y además en luchas y esfuerzos espirituales...

Esta es la razón por la que se llama árbol del conocimiento del bien y del mal, porque confiere a quienes a él se acercan la potestad de conocer su propia naturaleza, buena para los perfectos, mala para quienes son todavía imperfectos e inestables en la sensación, lo mismo que el alimento sólido es pernicioso para los lactantes... En efecto, si el placer se toma por obligación y necesidad natural, crea en el alma el conocimiento de lo bello, mientras que el dolor produce el conocimiento del mal cuando la satisfacción del placer no responde a una necesidad natural, pues el dolor se adecúa a todo placer.

[7,36] Decimos, por ejemplo: uno ve un rostro bello en una mujer disoluta y de costumbres disipadas, e inmediatamente alaba al Demiurgo remitiéndole la gloria, a la vista de una belleza plasmada por El en la pútrida materia, de suerte que la contemplación de aquélla lo conduce a la compunción y lo empuja todavía más al amor de Dios **(áyá7iri)**$_5$ que la creó. Y no sólo eso, sino que, en llegando a hablarle, transforma las malas costumbres de ella en hábitos de virtud, y a través de la compunción la lleva a

10. Grito que acompaña a la misa en el rito oriental.
11. Para Agustín, Eva es la sensibilidad, y la serpiente, la imaginación.

Cristo, volviéndola de impura pura con la enseñanza del Verbo, y une a la disoluta con Cristo como una esposa virgen (2 Co 11,2)... [37] Pero es propio de los perfectos este poder de conocimiento gracias a la participación en la planta divina de la contemplación, cuando a ella se vuelven de las cosas visibles y humanas, e incluso, como se ha dicho, de las opuestas. Por el contrario, a los imperfectos, que no están ejercitados en las cosas divinas y carecen de la experiencia de esta contemplación, ésta se les convierte en fuente del conocimiento opuesto, del mal, aun cuando parta de causas divinas y buenas, como fue en la antigüedad la contemplación de la casta Susana para aquellos sacerdotes y jueces (Dn 13), por no estar ejercitados en esa contemplación. Lo que procuró al divino padre Nono la vida en la gracia, se convirtió para esos sacerdotes de la antigüedad en causa de muerte.[12]

NICOLÁS CABASILAS

Fue eclesiástico y seguidor de Palamas. Escribió *De vita in Christo* y *Sa-crae liturgiae expositio.* Murió en 1391.

DE «LA VIDA EN CRISTO»

[VI, 12] Cuando el amor es intenso y más fuerte que nosotros, desborda de nuestro corazón; así el amor de Dios por los hombres lo hizo desbordar de sí mismo.

En efecto, no se conforma con asentarse en un lugar y llamar desde allí al esclavo que El ha amado, sino que baja a buscarlo personalmente; siendo rico, viene a la bajeza de nuestra indigencia. Se presenta y declara su amor, y suplica correspondencia; ante un rechazo no se retira, ni se oculta ante la injuria: expulsado, espera a la puerta y hace de todo para mostrarse verdadero amante, soporta ultrajes y muere.

[13] Dos rasgos denotan al amante y le garantizan el triunfo: beneficiar por todos los medios al objeto de su amor y, si es menester, sufrir por él desdichas y tormentos. Esta es una prueba superior a aquélla. Dios no podia

12. Es, en cambio, doctrina de san Jerónimo, y después de Bona y de Scupoli, que de la ocasión ofrecida por la belleza corpórea se ha de huir siempre. Para Stethatos todo depende del grado de perfección alcanzado, del destino particular. El platonismo sigue operante en su doctrina. Nono, según la leyenda, convirtió a la cortesana Pelagia, presentándola purificada y virginal a Jesús.

darla porque es impasible, y podía colmar a los hombres de beneficios, pero no sufrir por ellos; siendo, en efecto, su amor infinito, le faltaba, no obstante, el medio para demostrarlo. Por otro lado, preciso era que no dejase ignorado su amor, sino que más bien hiciese ver su inmensidad, convenciéndonos de que nos amaba con amor incomparable. Entonces excogita la exanimación, se las ingenia para ponerse en un estado que le permita sufrir desdichas y tormentos y, tras haber persuadido de su amor a aquellos por los cuales sufría, atrae a sí a los hombres que huían de la Bondad por excelencia, convencidos de ser odiados por ella.

[14] Pero hay en esto algo aún más singular. El no sólo sufrió tormentos atroces sucumbiendo a las vejaciones, sino que, tras haber retomado su vida y haber arrebatado su cuerpo a la corrupción, conserva las llagas y lleva en su carne sus cicatrices, y con ellas se presenta a la mirada de los ángeles, como si fuesen un ornato, complaciéndose en mostrar que había sufrido. Ahora ya tiene un cuerpo glorificado, sin peso, sin dimensiones, sin otros accidentes corpóreos: sin embargo, no quiso despojarse de sus heridas, ni renunciar a sus cicatrices, sino que estimó que debía conservarlas a causa de su amor por el hombre, al cual encontró de nuevo en virtud de ellas, habiendo conquistado gracias a sus heridas el objeto de su amor. [15] ¿Cómo explicarse de otro modo la presencia en su cuerpo glorificado de cicatrices que el arte médico o la naturaleza hacen desaparecer a veces de ios cuerpos mortales y corruptibles?

Parece, más bien, como si El aspirara a sufrir por nosotros varias veces, pero, no siendo eso posible tras haber escapado su cuerpo a la disolución —y también por perdonar a sus atormentadores—, pensó conservar las pruebas de su inmolación llevando siempre las cicatrices de las heridas que le fueron infligidas una sola vez en el momento de su crucifixión. Así, en la plenitud de su gloria inefable, sería reconocido, a distancia de aquel acontecimiento, como Aquel que fue crucificado y vio traspasado su costado, y las cicatrices le servirían de ornatos regios.

[16] ¿Qué hay comparable a este amor? ¿Qué ha amado nunca el hombre de igual modo? ¿Qué madre fue tan tierna, qué padre tan afectuoso para con sus hijos pequeños? ¿Cuál es, pues, el justo que se ha encendido en loco amor, no sólo hasta el punto de soportar todavía al amigo que lo hirió y de seguir manteniendo su amistad con tal ingrato, sino de preferir tales heridas a cualquier otra cosa?

[VII, 60] Este objeto de nuestros deseos no es demasiado vasto, ni nuestra capacidad de deseo demasiado inferior, de modo que no podamos so-

portar tal abundancia de bondad: nuestra capacidad de desear fue adaptada y proporcionada a lo desmesurado de este objeto de nuestros deseos. Si bien nuestra capacidad de deseo, proporcionada a nuestra naturaleza, es limitada, observamos, no obstante, que nada en la naturaleza la colma, sino que todo resulta insuficiente en comparación con ella, y, sean cuales sean los bienes con los que se nos ha favorecido, y aun cuando se poseyeran todos, la mirada se pone más allá de ellos, y más allá de los bienes presentes se buscan los ausentes; en resumen, nada satisface nuestro deseo, nada sacia nuestra sed de alegría, nada colma del todo nuestra facultad de gozar. [61] Por eso la parte concupiscible del alma es limitada, sí, pero tiende al bien infinito; es limitada en su naturaleza, pero no en su capacidad, ni tampoco en su impulso, lo mismo que la vida del alma sabemos que no conoce fin, aun cuando pertenezca a un ser finito. En efecto, Dios se asignó a sí mismo nuestra alma y nuestro apetito concupiscible y todo nuestro ser, de manera que el alma es inmortal para que tras la muerte viva en El; el apetito concupiscible no conoce límites para que sólo en El se pueda gozar de la plenitud de la felicidad. Cuando el bien infinito, ilimitado, y la satisfacción de nuestro deseo infinito se hayan unido, ¡qué desmesurada felicidad!...

[68] Si amamos nuestra alma a causa de su intimidad con nuestra persona, pensemos que Dios está todavía más íntimamente unido a ella. Aquellos que durante su vida viven únicamente en la contemplación de Jesús, saben que el Salvador se une a ellos más íntimamente que cualquier otra cosa, y que todo lo demás no es para ellos querido y precioso sino a causa de El. Por el contrario, cuando nos buscamos a nosotros mismos con arrebato, somos víctimas de la turbación y no encontramos paz sino en la posesión de Dios. Además, los que juzgan rectamente estas cosas, como las almas que viven en Jesucristo, saben que no se debe rehusar a Dios aquello a lo cual tiene derecho. Tal sería el caso si, siendo Dios el Bien perfecto, no lo amásemos sino con un amor imperfecto. Lo amaríamos imperfectamente si amásemos otra cosa fuera de El, repartiendo nuestro amor en contra de la ley: «Amarás a tu Dios con toda tu alma y todo tu espíritu» (Dt 6,5)...

[86] Cristo no buscó complacerse a sí mismo, sino que nació, vivió y murió por sus siervos, volviendo a su condición y sentándose sobre el trono del Padre, donde permanece para siempre como nuestro mediador ante el Padre; así, los siervos que prefieren el Señor a su propia alma, sin cuidarse de sí mismos, lo aman sólo a El. Así fue Juan el Bautista; sintiéndose próximo a su declive, con la llegada de Cristo (Jn 3,30), estuvo tan lejos de afligirse, que lo predicó señalándolo a quien todavía no lo conocía, y nada le era tan dulce como esas palabras que iban en detrimento de su

propia gloria, pues él quería que Cristo atrajese todas las miradas, ganándose al pueblo entero, de manera que todos le prestasen atención como la esposa al esposo; en cuanto a él, habría querido permanecer junto a Cristo, y la voz del Amado habría compensado toda fatiga...

[88] Pablo, considerando las ventajas de Cristo, no sólo se olvidó de sí, sino que traicionó su propio destino. Se arrojó en el infierno, en cuanto de él dependía, pues expresó el deseo de ello. Era una expresión simbólica: amaba a su Amado tanto, que quería servirle incluso en perjuicio propio, y parece que ese amor, no sólo lo quemaba más que el fuego del infierno, sino que era más fuerte que la alegría que experimentaba con la posesión del Amado. Dicho amor le inducía a renunciar a esa alegría tanto como a despreciar el infierno.

El Maniqueísmo

Se ignora qué textos leían los maniqueos que se extendieron por la Europa medieval y fueron después aniquilados por una sangrienta cruzada. Poca información se consigue recabar de los documentos de la Inquisición y de otras fuentes. Desde Agustín hasta Alain de l'Isle, los polemistas eclesiásticos hablan sólo del maniqueísmo tal como era presentado a los adeptos de categorías inferiores. Dos escuelas estaban en el origen del pensamiento maniqueo occidental de la edad Media: la del Ilírico y la de Bulgaria. Las doctrinas de Valentín están estrechamente ligadas a la mística catara y maniquea que sólo cabe descifrar a partir de raros fragmentos, como un escrito encontrado en el Türfán, que establece las reglas para entrar en la comunidad (reglas que se hacen eco de la exégesis de Génesis presente tanto en la Qabbáláh, como en Hugo de San Víctor), algunos papiros descubiertos en Egipto por Ches-ter Beatty en 1930 y el himno a Jesús del siglo **VIH,** hallado en China. Cánticos no desemejantes, tal vez iguales, entonaban los albigenses antes de su exterminio.

EXAMEN DEL CATECÚMENO

Ante todo es preciso distinguir dos principios. Quien pide entrar en la religión debe saber que los dos principios, el de la luz y el de las tinieblas, tienen esencias totalmente distintas; si no lo comprende, ¿cómo podrá realizar con las obras la doctrina? Después es preciso comprender los tres momentos, que son: el anterior, el medio, el posterior. En el anterior no hay aún cielo ni tierra; existen solamente, separadas, la luz y la tiniebla. La esencia de la luz es la sabiduría, la de las tinieblas, la necedad. En cada movimiento y en cada quietud se oponen de continuo. En el momento medio, la tiniebla invade la luz, y ésta se lanza hacia delante a rechazarla, entrando así en la tiniebla y procurando expulsarla. Gracias a la gran desgracia[1] se obtiene el disgusto que nos incita a separarnos del cuerpo; en la casa en llamas[2] se hace voto de huir. Se aflige al cuerpo para salvar la naturaleza luminosa, y así la santa doctrina se consolida. Si uno llamase verdadero a lo talso, ¿quién osaría obedecer sus órdenes? Es útil discernir e indagar las causas que llevan a la liberación.

En el momento posterior, la instrucción y la conversión están realizadas, lo verdadero y lo falso han vuelto a sus raíces, la luz está en la gran Luz, la tiniebla, en la Tiniebla amontonada. Los dos principios han sido restablecidos: se han restituido lo que se habían usurpado el uno al otro.

DE LOS «HIMNOS MANIQUEOS»

[I] Entrado que hube en la Tiniebla
hube de beber un agua
que me sabía amarga,
llevar una carga que no era la mía.
Estaba en medio de mis enemigos,
me rodeaban las bestias.
La carga que llevaba
era la de las potestades y los principados. Inflamados éstos de cólera se levantaron contra mí,

1. El cuerpo.
2. El siglo presente.

se abalanzaron a agarrarme,
como a oveja sin pastor.
La Materia y sus hijos
se me han repartido,
después me han quemado en su fuego
dándome amargo aspecto.
Los extranjeros entre los que yo estaba mezclado
no me conocían.
Sintieron mi dulzura
y quisieron tenerme consigo.
Para ellos era yo vida,
pero ellos eran muerte para mí.

[II] Ojalá puedas liberarme de esta nada profunda,
del abismo oscuro hecho de consunción,
donde sólo existe la tortura con heridas mortales,
y no se encuentran valedores ni amigos.
No hay salvación aquí abajo,
nunca, en el corazón de las tinieblas.
Aquí hay cárceles sin salida,
y quien llega es golpeado con dureza.
Seco, requemado, barrido por vientos caniculares,
nada verde encuentras nunca en él.
¿Quién me salvará de la angustia infernal?
Lloro por mí mismo: ¡ojalá me viera libre de ella,
libertado de las criaturas que se devoran mutuamente!
Y de los cuerpos de los hombres, de los pájaros del aire,
de los peces de los mares y de las bestias y los demonios,
¿quién me librará, exiliado como estoy,
en los infiernos funestos, sin escapatoria?

Cruz de luz

Pon en mí un corazón santo, Dios mío, que un espíritu nuevo, de
[justicia, entre en mi
El corazón santo es Cristo: si Él resucita en nosotros, nosotros
[resucitaremos en Él
Cristo ha resucitado, los muertos resucitarán con Él.

Creyendo en Él pasaremos más allá de la muerte, llegaremos a la vida. Los hijos de la fe verán la fe; el esposo está a punto de llegar,
[echemos el aceite en los candiles.
Recojámonos, hagámonos leche caliente;[3] esta criatura es la esperanza
[venida de lo alto.
La criatura de las tinieblas es el cuerpo que llevamos, el alma que
[en él está es el Primer Hombre.
El Primer Hombre que venció en el país de las tinieblas vencerá en
[el cuerpo de muerte.
El Espíritu viviente que socorrió al Primer Hombre es hoy el
[Espíritu Paráclito.
Una es la Mente que vendrá, revelando, uniendo y entresacando
[a su santa Iglesia.
Purifícame, Dios mío, purifícame por dentro y por fuera: purifica el Que tenga yo un cuerpo santo, que el conocimiento se convierta en
[mi espíritu y mi mente.
Purifícame, Dios mío, purifícame con estos tres sellos de mi boca,
[de mi mano, de mi virginidad.
Jesús ha resucitado; ha resucitado en tres días, la cruz de luz
[resucita en tres potencias.
El Sol, la Luna y el Hombre perfecto, estas tres potencias son la
[Iglesia del cosmos.
Jesús, la Virgen y la Mente que está entre ellos, estas tres
[potencias son la Iglesia del hombre.
Mirad, el Reino de los Cielos está en nosotros, mirad, está fuera de
[nosotros, creyendo en él viviremos para siempre.
Gloria, victoria, a todo hombre que ha entendido estas palabras, que
[en ellas ha creído viviéndolas con alegría.
Victoria al alma de la bienaventurada María.

Alabanza a Jesús

[estrofas 64-73]
Con fuerza entre lamentos y con corazón recto te invoco, oh misericordia y firme defensa:

3. En otro himno se dice que Jesús se une al alma como la mantequilla a la leche caliente.

mira con gracia todas mis culpas desde tiempos remotos y también a todos
los hombres y mujeres del pasado. Soy, oh Santo, un cordero de la luz,
derramé lágrimas, soporté la opresión, lloré y me lamenté por ella,
sufriendo entre los lobos y las demás fieras
que me arrebataron y alejaron de la buena familia de la luz.
¡Misericordia! ¡Recógeme y cógeme!
Hazme entrar en la grey suave y pacífica de la luz,
llegar a la amena y florida altura, al bosque de la ley
por donde pueda vagar libre y sin miedo.
Soy una olorosa semilla de luz
arrojada en el corazón de una floresta, entre zarzas.
¡Misericordia! Levántame
a la era de la ley, al receptáculo de la luz.
Soy, oh Santo, una vid
plantada en un campo puro, en el jardín de la ley,
pero después ahogada por los zarcillos, enredada por las lianas,
que me quitaron la fuerza mejor y me dieron el tormento de la aridez.
Soy, oh Santo, una tierra rica y ubérrima
donde fueron plantadas por los demonios cinco plantas venenosas.
¡Oh, te lo ruego, empuña la segur, la hoja afilada, la hoz de la ley,
y arranca, y quema y devuelve la pureza!
Y las demás malas hierbas y las zarzas,
te lo ruego, extírpalas con el fuego de la disciplina,
lleva a floración las quince especies de brotes
y haz crecer las quince especies de raíces, que se extiendan.
Yo soy, oh Santo, un vestido nuevo resplandeciente
que los demonios mancharon con porquerías.
Oh, te lo ruego, lávalo con el agua de la ley y renuévalo.
Que yo obtenga el cuerpo bienaventurado, trascendente, y los
[miembros puros.

Tú eres, oh Santo, la vida eterna que esperamos,
el árbol siempre florido que puede reavivar al alma trascendente.
Eres sabiduría, pureza, eternidad, vigilancia,
eres rey de la gnosis, sabes discernir.
¡Con fuerza entre lamentos, con corazón recto te llamo
Omnisciente, Rey de la ley, Dios Jesús!
Haz que mi cuerpo se alce a paz y alegría constantes,
haz que mi parte divina sea inmaculada.

La oración dominicana

Santo Domingo de Guzmán (1170-1221) dejó, además del *Líber con-ruetudinum,* según el cual se rigió su orden, una enseñanza particular de gesticulaciones místicas, comparables a la gimnasia taoísta (el *taichi).* Entre los primeros místicos dominicos estuvieron Jordán de Sajonia (muerto en 1237), autor de las *Epístulae sp¿rituales,* y Hugo de San Caro (muerto en 1263). A continuación se presentan una exposición anónima que fray Teodorico de Apolda insertó en su biografía de santo Domingo en 1288, y el pequeño tratado de Bartolomé de Módena, que vivió a mediados del s:glo XV.

FRAY TEODORICO DE APOLDA

LOS NUEVE MODOS DE ORAR

Santos doctores como Agustín, Ambrosio, Gregorio, Hilario, Isidoro. Tuan Crisóstomo, Juan Damasceno, Bernardo, y otros autores muy piadosos, tanto griegos como latinos, han tratado con gran amplitud de la oración; la han recomendado y descrito; han disertado acerca de su necesidad-

utilidad y modo de hacerla, así como de la preparación e impedimentos para la misma.

Pero el glorioso y venerable doctor Tomás de Aquino y Alberto [Magno], de la Orden de Predicadores, a lo largo de sus obras, del mismo modo que Guillermo en el tratado de las virtudes, han expuesto con nobleza, santidad, devoción y elegancia la manera de orar en la que el alma se sirve de los miembros del cuerpo, para lanzarse con mayor devoción a Dios. De este modo, el alma, a la vez que mueve al cuerpo, es movida por él, y así entra en ocasiones en éxtasis, como sucedía a san Pablo, otras veces en arrobamiento, como acontecía al profeta David.

De este modo oraba con frecuencia Domingo, y algo diremos aquí sobre el particular. Nos encontramos con que los santos del Antiguo y Nuevo Testamento oraban de esta manera algunas veces.

Porque tal modo de orar excita alternativamente la devoción, del alma al cuerpo, y del cuerpo al alma.

Este modo de oración hacía prorrumpir en fuerte llanto a santo Domingo, y le encendía el fervor de su buena voluntad en tal grado, que no podía ocultarlo sin que se trasluciera su devoción a través de una cierta expresión corporal. Su alma en oración se elevaba a veces a formular peticiones, ruegos y acciones de gracias.

Se aludirá a continuación a sus modos especiales de orar. No se hace mención detallada de aquellos otros que tenía, muy devotos y constantes, en la celebración de la misa y recitación del oficio divino, en que se advertía al momento cómo se elevaba frecuentemente en espíritu por encima de sí, y se mantenía en el trato con Dios y los ángeles durante el rezo de las horas canónicas, bien fuera en el coro o de viaje.

Primer modo de orar

El primer modo de orar consistía en humillarse ante el altar, como si Cristo, representado en él, estuviera allí real y personalmente, y no sólo a través del símbolo. Se comportaba así en conformidad al siguiente fragmento del libro de Judit: «Te ha agradado siempre la oración de los mansos y humildes» (Jdt 9,11). Por la humildad obtuvo la cananea cuanto deseaba (Mt 15,21-28) y lo mismo el hijo pródigo (Le 15,11-32). También se inspiraba en estas palabras: «Yo no soy digno de que entres en mi casa» (Mt 8,8); Señor, ante ti me he humillado siempre (Sal 147,6).

Y así, nuestro Padre, manteniendo el cuerpo erguido, inclinaba la cabeza y, mirando humildemente a Cristo, le reverenciaba con todo su ser, considerando su condición de siervo y la excelencia de Cristo.

Enseñaba a hacerlo así a los frailes cuando pasaban delante del cruci-rxx para que Cristo, humillado por nosotros hasta el extremo, nos viera bumillados ante su majestad.

Mandaba también a los frailes que se humillaran de este modo ante el misterio de la Santísima Trinidad, cuando se cantara el Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Este modo de orar inclinando profundamente la cabeza... era el punto ce partida de sus devociones.

Segundo modo de orar

Oraba también con frecuencia santo Domingo postrado completamente, rostro en tierra. Se dolía en su interior y se apostrofaba a sí mismo, y lo hada a veces en tono tan alto, que en ocasiones le oían recitar aquel versículo ¿el Evangelio: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador» (Le 18,13). Con piedad y reverencia, recordaba frecuentemente aquellas palabras de David: «Yo soy el que ha pecado y obrado inicuamente» (Sal 51,5). Lloraba emitiendo fuertes gemidos; después, exclamaba: «No soy digno de contemplar la altura del cielo, a causa de mi iniquidad, porque he provocado ru ira y he obrado mal ante tus ojos». Del salmo que comienza, «Con nuestros oídos, ¡oh Dios!, hemos oído», recitaba con vigor y devoción el versículo que dice: «Porque mi alma ha sido humillada hasta el polvo, y mi cuerpo pegado a la tierra» (Sal 44,2 y 26); y también: «Pegada al suelo está mi alma, conserva mi vida según tu palabra» (Sal 119,25).

En alguna ocasión, queriendo enseñar a los frailes con cuánta reverencia debían orar, les decía: «Los piadosos Reyes Magos "entraron en la casa, vieron al niño con María su madre, y, cayendo de rodillas, lo adoraron" Mt 2,11). Es, pues, cierto que también nosotros encontramos al Hombre Dios con María, su esclava: "Venid, adoremos, postrémonos por tierra, lloremos ante el Señor que nos hizo" (Sal 95,6)». Exhortaba también a los jóvenes diciendo: «Si no podéis llorar vuestros pecados, porque no los tenéis, hay muchos pecadores necesitados de misericordia y caridad. Por ellos gimieron los profetas y los apóstoles. Contemplándolos Jesús, lloró amargamente, y lo mismo hacía el santo profeta David, diciendo: "Viendo a los renegados, sentía asco" (Sal 119,158)».

Tercer modo de orar

Motivado santo Domingo por todo cuanto precede, se alzaba del suelo y se disciplinaba con una cadena de hierro, diciendo: «Tu disciplina me adiestró para el combate» (Sal 18,36). Esta es la razón por la que la Orden entera estableció que todos los frailes, trayendo a la memoria el ejemplo de santo Domingo, se disciplinaran con varas sobre sus espaldas desnudas, los días de feria después de completas. Venerando este ejemplo, recitan el salmo que comienza: «Misericordia, Dios mío» (Sal 51), o aquel otro: «Desde lo hondo a ti grito, Señor» (Sal 130). La disciplina se toma para expiación de las propias culpas, o por las de aquellos de cuyas limosnas viven.

En consecuencia, nadie, por inocente que sea, se debe apartar de este santo ejemplo...

Cuarto modo de orar

Después de esto, santo Domingo, ante el altar de la iglesia o en la sala capitular, se volvía hacia el crucifijo, lo miraba con suma atención, y se arrodillaba una y otra vez; hacía muchas genuflexiones.

A veces, tras el rezo de completas y hasta la medianoche, ora se levantaba, ora se arrodillaba, como hacía el apóstol Santiago, o el leproso del Evangelio que decía, hincado de rodillas: «Señor, si quieres, puedes curarme» (Mt 8,2); o como Esteban que, arrodillado, clamaba con fuerte voz: «No les tengas en cuenta este pecado» (Hch 7,60).

El Padre santo Domingo tenía una gran confianza en la misericordia de Dios, en favor suyo, y en bien de todos los pecadores, y en el amparo de los frailes jóvenes que enviaba a predicar.

En ocasiones no podía contener su voz, y los frailes le escuchaban decir: «A ti, Señor, te invoco, no seas sordo a mi voz, no te calles» (Sal 28,1); así como otras palabras por el estilo de la Sagrada Escritura.

En otras ocasiones hablaba para sus adentros, sin que se oyera en absoluto lo que decía, permaneciendo de rodillas ensimismado, a veces por largo tiempo. Había momentos en los que parecía que en este modo de orar su alma penetraba en los cielos; pronto se le veía rebosante de gozo y enjugándose las lágrimas.

Se levantaba en él un gran deseo, como sediento que se acercaba a la fuente, o peregrino cerca de la patria. Crecía y se fortalecía en su ánimo; al levantarse y arrodillarse, lo hacía con una gran compostura y agilidad.

Estaba tan acostumbrado a arrodillarse que, de viaje, en las casas ¿onde se hospedaban, después del caminar fatigoso y en los caminos, ziientras dormían y descansaban los demás, él volvía a las genuflexiones como a su propio arte y peculiar ministerio. Enseñaba a los frailes a orar ¿e esta misma manera, más con el ejemplo, que con las palabras.

Quinto modo de orar

Algunas veces el Padre santo Domingo, estando en el convento, permanecía en pie, erguido ante el altar; mantenía su cuerpo derecho sobre los ríes, sin apoyarse ni ayudarse de cosa alguna. A veces tenía las manos exrendidas ante el pecho, a modo de libro abierto; y así se mantenía con mucha reverencia y devoción, como si leyera ante el Señor. En la oración se le veía meditar la palabra de Dios, y como si la relatara dulcemente para sí rnismo.

Le servía de ejemplo aquel gesto del Señor, que se lee en el Evangelio serón san Lucas, a saber: «Que entró Jesús según su costumbre, es decir, en sábado, en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura» (Le 4,16). Y también se dice en el salmo: «Finés se levantó, y oró, y la plaga cesó» (Sal 106,30).

A veces juntaba las manos a la altura de los ojos, entrelazándolas fuertemente y dando una con otra, como urgiéndose a sí mismo. Elevaba también las manos hasta los hombros, tal como hace el sacerdote cuando celebra la misa, como si quisiera fijar el oído para percibir con más atención ligo que se le diría desde el altar.

Si hubieras visto, lector, la devoción con que oraba en pie, te hubiera parecido que contemplabas a un profeta que, con un ángel o con Dios, ora hablaba, ora escuchaba, ora meditaba en silencio sobre lo que le había sido revelado.

Si cuando iba de camino hurtaba pronto a escondidas algún tiempo Dará orar, su mente en vela continua tendía al momento hacia el cielo; luego le oirías pronunciar con gran dulzura y delicadeza algunas palabras consoladoras, tomadas del meollo y de lo más sustancial de la Sagrada Escritura; parecía que las había sacado de las fuentes del Salvador.

Los frailes se animaban mucho con este ejemplo, contemplando a su Padre y Maestro; se disponían con mayor devoción a orar, reverente y continuamente: «Como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su señora, y como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores» (Sal 123,2).

Sexto modo de orar

A veces se veía también orar al Padre santo Domingo, con las manos y brazos abiertos y muy extendidos, a semejanza de la cruz, permaneciendo derecho en la medida en que le era posible.

Oró de este modo cuando, por su oración, Dios resucitó al niño llamado Napoleón; oró en la sacristía de San Sixto de Roma, y en la iglesia durante la celebración de la misa, elevándose del suelo, como narró la devota y santa sor Cecilia, que se hallaba presente y lo vio, al igual que una multitud de personas; como Elias, cuando resucitó al hijo de la viuda extendiéndose sobre el niño (1 R 17,17-24).

De modo semejante oró cuando, junto a Toulouse, libró a los peregrinos ingleses del peligro de ahogarse en el río.

De este modo oró el Señor mientras pendía en la cruz, es decir, con las manos y brazos extendidos, y con gran clamor y lágrimas fue escuchado por su reverencial temor (Hb 5,7).

Pero santo Domingo no utilizaba este modo de orar sino cuando, inspirado por Dios, sabía que se iba a obrar algo grande y maravilloso en virtud de la oración.

Ni prohibía a los frailes orar así, ni se lo aconsejaba.

Cuando resucitó a aquel niño orando de este modo, en pie, con los brazos y manos extendidos en forma de cruz, no sabemos qué diría. Pudiera ser que pronunciara las mismas palabras del profeta Elias: «¡Señor, Dios mío! Que vuelva, te ruego, el alma de este niño a entrar en él» (IR 17,21).

Los presentes observaban este modo de orar, pero los frailes y monjas, los señores y cardenales, y los demás que contemplaron aquella manera de orar desacostumbrada y admirable, no recogieron las palabras que pronunció. Después no les fue permitido interrogar acerca de todo esto al santo y admirable Domingo, quien en este punto se mostró para con todos muy digno de respeto y reverencia.

Sin embargo, pronunciaba con ponderación, gravedad y oportunamente las palabras del Salterio que hacen referencia a este modo de orar; decía atentamente: «Señor, Dios de mi salvación, de día te pido auxilio, de noche grito en tu presencia»; recitaba hasta aquel versículo: «Todo el día te estoy invocando, Señor, tendiendo las manos hacia ti» (Sal 88,2-10). Y también: «Escucha, Señor, mi oración, presta oído a mi súplica, etc.», hasta el versículo que dice: «Extiendo mis manos hacia ti, etc., escúchame enseguida, Señor» (Sal 143,1-7).

Por todo ello podrá cualquier persona devota captar la oración de este Padre, y su enseñanza al orar de este modo, cuando quería ser transportado a Dios de modo admirable en virtud de la oración, o mejor, cuando sentía desde lo más íntimo de su ser que Dios le movía con especial fuerza i una gracia singular; a pedirla para sí o para otro, ilustrado por la doctrina de David, por el fuego de Elias, por la caridad de Cristo y por la devoción de Dios...

Sévtimo modo de orar

Sin embargo, se le hallaba con frecuencia orando dirigido por completo hacia el cielo, a modo de flecha apuntando hacia arriba, que se proyecta directamente a lo alto por medio de un arco en tensión. Oraba con Las manos elevadas sobre su cabeza, muy levantadas y unidas entre sí o bien un poco separadas, como para recibir algo del cielo. Se cree que entonces se aumentaba la gracia en él y era arrebatado en espíritu. Pedía a Dios para la Orden que había fundado los dones del Espíritu Santo, y agradable deleite en la práctica de las bienaventuranzas. Pedía para sí v para los frailes mantenerse devotos y alegres en la muy estricta pobreza, en el llanto amargo, en las graves persecuciones, en el hambre y sed grandes de justicia, en el ansia de misericordia, hasta ser proclamados bienaventurados; pedía, de igual modo, mantenerse devotos y alegres en la guarda de los mandamientos y en el cumplimiento de los consejos evangélicos.

Parecía que entonces el Padre santo Domingo, arrebatado en espíritu, entraba en el lugar santo entre los santos, es decir, en el tercer cielo. De ahí que, tras esta oración, tanto en las correcciones, como en las dispensas, o en la predicación, se comportaba como un verdadero profeta.

No permanecía por largo tiempo el Padre santo Domingo en este modo de orar. Volvía en sí mismo como quien llegaba de lejos, o como quien venía peregrinando. Esto se podía observar fácilmente en su aspecto y en el modo de comportarse.

Sin embargo, cuando oraba con claridad, los frailes le oían pronunciar algunas veces las palabras del profeta: «Escucha mi voz suplicante cuando te pido auxilio, cuando alzo las manos hacia tu santuario» Sal 28,2). Y enseñaba de palabra y con su ejemplo santo a los frailes a que oraran así continuamente, diciendo aquella frase del salmo: «Ahora bendecid al Señor los siervos del Señor», hasta las siguientes palabras:

«Durante la noche levantad vuestras manos hacia el santuario (Sal 134,1-2[j]. Y también: «Señor, te estoy llamando, ven de prisa, escucha mi voz cuando te llamo, etc.», hasta: «El alzar de mis manos como ofrenda de la tarde» (Sal 141,1-2)...

Octavo modo de orar

Nuestro Padre santo Domingo tenía otro modo de orar, hermoso, devoto y grato para él, que practicaba tras la recitación de las horas canónicas, y después de la acción de gracias que se hace en común por los alimentos recibidos. El mesurado y piadoso Padre, impulsado por la devoción que le había transmitido la palabra de Dios cantada en el coro o en el refectorio, se iba pronto a estar solo en algún lugar, en la celda o en otra parte, para leer u orar, permaneciendo consigo y con Dios. Se sentaba tranquilamente y, hecha la señal protectora de la cruz, abría ante sí algún libro; leía y se llenaba su mente de dulzura, como si escuchara al Señor que le hablaba, en conformidad con lo que se dice en el salmo: «Voy a escuchar lo que dice el Señor, etc.» (Sal 85,9), Y, como si debatiera con un acompañante, aparecía, ora impaciente, a juzgar por sus palabras y actitud, ora tranquilo a la escucha; se le veía disputar y luchar, reír y llorar, fijar la mirada y bajarla, y de nuevo hablar bajo y darse golpes de pecho.

Si algún curioso hubiera querido observarle a escondidas, el Padre santo Domingo se le habría asemejado a Moisés, que se adentró en el desierto, llegó al monte de Dios Horeb, contempló la zarza ardiendo y oró con el Señor, y se humilló a sí mismo (Ex 3,1-6). Este monte de Dios, ¿no es como una imagen profética de la piadosa costumbre que tenía nuestro Padre, de pasar fácilmente de la lectura a la oración, de la oración a la meditación, y de la meditación a la contemplación?

A lo largo de esta lectura hecha en soledad, veneraba el libro, se inclinaba hacia él, y también lo besaba, en especial si era un códice del Evangelio, o si leía palabras que Cristo había pronunciado con su boca.

A veces ocultaba el rostro cubriéndose con la capa, o escondía la cara entre sus manos, velándola un poco con la capucha; lloraba lleno de congoja y de dolor; y también, como si agradeciera a un alto personaje los beneficios recibidos, se levantaba un poco con toda reverencia e inclinaba su cabeza; plenamente rehecho y tranquilo, leía de nuevo el libro.

Observaba este modo de orar al trasladarse de una región a otra, especialmente cuando se encontraba en lugares solitarios; pasaba el tiempo meditando, es decir, en contemplación. Decía a veces a su compañero de camino: «Está escrito en el libro de Oseas: "La llevaré al desierto y le hablaré al corazón" (Os 2,16)». En ocasiones se apartaba de su compañero y se le adelantaba, o bien, con más frecuencia, le seguía de lejos; así caminaba solo y oraba; se encendía en la meditación, o dicho de otro modo, se abrasaba en fuego.

Llegaba en este modo de oración a hacer gestos como para apartar de su cara pavesas o moscas; por esto se protegía con frecuencia con la señal de la cruz.

Pensaban los frailes que en este modo de orar había alcanzado el Santo la plenitud de conocimiento de la Sagrada Escritura, la inteligencia de lo más sublime de la palabra de Dios, un poder audaz de predicar fervientemente, y una secreta familiaridad con el Espíritu Santo para conocer las cosas ocultas.

FRAY BARTOLOMÉ DE MODENA

LOS CATORCE MODOS DE ORAR

Pero, aun cuando los santos doctores exponen y definen altamente la oración, no especifican, sin embargo, los diversos actos que puede el hombre hacer en tal oración, actos que usaba este santo, a él especialmente concedidos por Dios omnipotente de forma particular. Si dichos actos no moviesen a delación, no los habría instituido nunca santo Domingo. Digo que estos actos devotos exteriores tienen mucho poder para mover el ánimo del orante. Este ***muzo*** los cultivaba con tanta asiduidad y frecuencia, que no podía impedir demostrar por los miembros exteriores el fervor y gran ímpetu de su espíritu. Por lo cual le fue necesario dejar por cierto tiempo de estar con los demás en k misa mayor, tales eran los fuertes llantos y los bramidos cordiales que lanzaba de forma irreprimible, y durante ese tiempo tampoco podía celebrar.

Además de los actos ordinarios que realizaba el bienaventurado Do-amigo en la misa, los cuales eran de suma devoción, oraba no obstante secretamente en diversos modos que fueron conocidos por los primeros frailes, que le observaban con curiosidad, o bien fueron sus compañeros.

El primer modo, pues, era que oraba profundamente inclinado con las ganos cruzadas sobre las rodillas...

Dicho modo lo observaba también cuando se dice en coro a la Santísima Trinidad: *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto.* Y enseñaba esto a sus frailes, no obstante, aduciendo aquel dicho de Judit: «Siempre te agrade. Señor, la oración de los humildes y la plegaria de los mansos» (Jdt 9,11

El segundo era que oraba prosternado, estirado cuan largo era en d suelo, con los brazos abiertos y así mismo con la cabeza o la frente en tierra, como si se considerara indigno de ver el cielo o la imagen de Dios...

Y como avergonzado ante la divina majestad, junto con el publicano decía humildemente: «Séme propicio, oh Dios, que soy un gran pecador» (Le 18,13). Y también decía con David: «Yo soy el que ha pecado. Nadie ha ofendido, sino yo. Yo sólo merezco ser castigado. Yo sólo he cometido la iniquidad» (Sal 51,5). Y después añadía: «Yo no soy digno de ver la excelsitud del cielo por la multitud de mis iniquidades, porque he provocado tu ira y he obrado mal en tu presencia». Y también recitaba Salmos: «Humillada en tierra o en el polvo está nuestra alma, y pegado a la tierra nuestro vientre» (Sal 44,26). «Mi alma está acostada en el suelo; dame vida, Señor, según tu palabra» (Sal 119,25). Y en esta oración, como en casi todas las demás, lloraba fuertemente, lo cual había hecho de sus ojos un torrente habitual de lágrimas.

El tercero era que oraba arrodillado e inclinado manteniendo juntos las manos y el rostro...

Y decía aquel salmo de David: «Venid, cantemos gozosos al Señor, demos vítores al Dios salvador nuestro, entremos en su presencia dándole gracias, aclamándolo con salmos, porque un gran Dios es el Señor, Rey grande sobre todos los dioses» (Sal 95,1-3). Y enseñaba también a sus frailes que orasen a Cristo de modo semejante a como hicieron los magos.

El cuarto es que oraba de pie y erguido con las manos abiertas. Miraba entonces fijamente al Crucificado. Y decía con David: «Ilumina, oh Señor, mis ojos, que no me duerma yo en la muerte, que no diga mi enemigo: "Le he podido"» (Sal 13,4-5).

El quinto es que tres veces cada noche se desnudaba, y con una cadena de hierro se flagelaba duramente: una vez por sus pecados, otra por los pecadores de este mundo, la tercera por las almas del purgatorio: pero, no obstante, también llevaba ceñida de continuo en la carne una cadena de hierro...

Y entonces decía aquellas palabras davídicas: «Tu disciplina, Señor, me enseñará, tu disciplina me corregirá finalmente» (Sal 18,36); este glorioso santo, por cuanto he podido comprender examinando diligentemente su leyenda y entendiéndola con solicitud, nunca cometió un pecado venial grave, por lo que siempre fue ajeno a los mortales.

El sexto es que oraba arrodillado inclinando el rostro sobre el suelo creí ios brazos también abiertos, haciendo entonces con máximo esfuerzo macha violencia a todas las fuerzas y potencias de su cuerpo...

Y entonces decía: «Te he llamado, Señor, desde lo hondo; escucha, Se-ior. mi oración. Estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica. Si tú, Señor, levas cuenta de la iniquidad, ¿quién podrá resistir?» (Sal 130,1-3).

El séptimo es que oraba de pie totalmente erguido, levantando algo los dos al cielo, como cuando hizo ver al demonio en forma de gato grande...

Pero sus compañeros no podían comprender entonces lo que decía, acepto que estaba con mucha gravedad.

El octavo modo es que oraba arrodillándose, o multiplicando las genuflexiones, no sólo cien veces cada noche, como leemos de Bartolomé ipóstol, sino que alguna vez estaba desde la tarde hasta la medianoche, ora "levantándose, ora arrodillándose...

Alguna vez, sin embargo, descansaba arrodillado, y durante largo Dempo estaba como atónito y estupefacto, y parecía un querubín que hubiese penetrado el cielo permaneciendo todo contento y lleno de gozo. Y entonces, recreado por Dios, tornaba a las genuflexiones.

Estaba tan acostumbrado a ellas y las practicaba tan de continuo, que, cuando sus compañeros descansaban en el camino, él se ejercitaba en ellas como en un arte y usanza y naturaleza suyas, y como en un ministerio suyo singular, y decía: «A ti, Señor, levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo» Sal 123,1). «Mi alma confía en ti, Señor»; y otras devociones semejantes.

El noveno es que oraba teniendo las manos abiertas delante del pecho, como a modo de un libro abierto, a veces unía las manos del modo en que comúnmente se pinta a la Madre de Dios que llora al Hijo crucificado "unto a la cruz, y a veces se llevaba las manos a los hombros...

Y estaba todo admirativo como si esperase respuesta a su petición, o como hacen quienes conversan y se responden. Por lo cual, a quien hubiese visto entonces a este santo, según refieren sus compañeros, le hubiera parecido ver a un profeta al que Dios revelaba ocultamente grandes secretos, o que hubiese hablado con un ángel de algún misterio. A veces, cuando iba de camino, buscaba el tiempo y también el lugar para poder ejercitarse en los modos dichos. Y después iba con sus compañeros, y hablaba altísimamente, como si fuera otra persona, de los hechos y condición de Dios.

El décimo modo es que oraba en pie con el cuerpo totalmente erguido, manteniendo los brazos abiertos como está el Salvador sobre la cruz... Pero este modo no lo usaba salvo cuando pedía a Dios grandes cosas. Y persuadia

a los demas de que no orasen de ese modo, excepto para pedir co-sas dificiles. Y decia entonces con David: «Te he llamado, Senor, todo el dia, he extendido mis manos a ti» (Sal 88,10) y cosas semejantes.

El undecimo es que oraba levantandose sobre las puntas de los pies manteniendo las manos levantadas y juntas sobre la cabeza, como una fle-cha que fuese disparada con impetu hacia el cielo...

En este modo no permanecia mucho, sino que despues de algun tiempo volvia en si como si viniese de un camino largo y de un pais remoto, y como un ciudadano celestial peregrino en este mundo. En dicho modo se le oia decir: «Escucha, Senor, la voz de mi oracion mientras oro a ti, mientras levanto las manos a tu santo templo» (Sal 28,2); y «llegue a tu pre-sencia mi oracion, y el alzar de mis manos sea para ti sacrificio vespertino» (Sal 141,2).

El duodecimo es que oraba con un libro delante, signandose con la serial de la cruz con gran reverencia, y leia en el como si hablase con Dios con gran atencion, y decia: «Oire lo que hable en mi el Senor Dios» (Sal 85,9). Despues parecia que disputaba con un compafiero, preguntandole y respondiendole, ahora alterado ahora aquietado, ahora riendo ahora llo-rando, ahora fijando su mirada en el libro ahora apartandolo, ahora gol-peandose el pecho ahora hablando silenciosamente. Y tambien veneraba mucho el libro, por lo cual inclinandose lo besaba. Y a veces se lo ponia en las manos o en el escapulario. Y despues, como lleno de afecto, como si diese gracias a una persona excelente por los beneficios recibidos, con reverencia se apartaba del libro. Despues se inclinaba ante el como aquietado, y de nuevo leia en el libro.

El decimotercer modo es que oraba arrodillado, pero al parecer no era muchas veces...

Y entonces se le oia decir: «Escucha, Senor, mi oracion cuando te ruego, y libra mi alma del temor de los enemigos» (Sal 64,2). Y como fuese escuchado, todo contento anadia: «Me has defendido de la reunion de los malignos, y de la multitud de los que obran la iniquidad» (Sal 64,3).

El decimocuarto modo es que oraba desnudo y arrodillado, y se hacia disciplinar por un fraile, segun se cree, llamado Ispano, que fue uno de los examinadores o de los delegados del papa a la hora de inquirir acerca de la santidad de este santo.

Dicho fraile refirio que, mientras era disciplinado, oraba manteniendo los brazos cruzados diciendo aquel salmo: «Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam» (Sal 51,3). Y creo que por esto se in-trodujo.en esta orden [la] costumbre de que en ciertos tiempos un fraile

disciplina a todos los demás reunidos, para que al menos puedan de algún modo participar de las disciplinas de su Padre. Pero se debe advertir que, en todos los modos antedichos que usaba santo Domingo en la oración, siempre lloraba y derramaba abundancia de lágrimas, y también impetraba lo que pedía. Y no se apartaba de su oración por ningún impedimento ni turbación.

El primer franciscanismo

En el canto XIX del *Infierno,* en el canto VI del *Purgatorio* y en los cantos IX, XI, XVIII, XXI, XXVII del *Paraíso* se habla de la intolerable riqueza de la Iglesia y de su poder temporal, incrementados en la medida en que se había corrompido la perfección del campesino corriente: a los eclesiásticos no les anima ya su ministerio, sino el demonio.

Francisco nació en Asís, hijo del mercader Pedro de Bernardone, en 1182; tuvo una juventud guerrera y, si no perversa, dedicada a la ostentación. Durante una fiebre, mientras meditaba la idea de seguir a Gautier de Brienne, tuvo una visión de Jesús, que no llegó a convertirlo. Fue un éxtasis delicadísimo, tras un banquete en 1205, lo que le mostró cuan míseras eran sus riquezas y sus voluptuosidades, y entonces se convirtió a la ascesis, provocando la ira de su padre. Para liberarse de la potestad paterna, devolvió a su padre lo suyo, hasta el último vestido y, desnudo como nació, se retiró a la ermita de San Damián, cerca de Asís, donde siguió los preceptos de Jesús a la letra, como prenda necesaria para ser colmado del espíritu de dichos preceptos. Sus primeros discípulos aceptaron amoldarse a la más inflexible pobreza viviendo con él a los pies de Asís, en la Porciúncula. Restaurado el comunismo primitivo, la pobreza de espíritu fue exaltada contra la curiosidad: antiguo motivo incluso senequista

que en ese momento parecía una reacción contra la escolástica, la cual estaba degenerando, de sabiduría mística, tal como había sido en sus orígenes, en una especie de dogmática jurídica. Prevalecía la organización del pensamiento sobre el pensar, el monólogo judicial sobre el soliloquio con Dios, actitudes que iban todas ellas emparejadas con el crecimiento del espíritu usurario y del sistema bancario, con la difusión de falsas necesidades. El estricto valor de uso de los bienes era restablecido por Francisco como fundamento de la vida individual y social, el valor de cambio de las mercancías, criticado como vicio, impostura, alienación; y él naturalmente iba hasta el extremo a la hora de eliminar toda superfluidad, siendo éste el único modo de poner freno a la civilización mercantil: quien remonta la corriente presiona contra la fuerza opuesta. La astucia y la curiosidad de la ciencia, la voluntad de poder o de honor o de bienes, aunque fueran mínimos, eran los rostros diferentes de la misma hidra: la civilización moderna en sus primeras escaramuzas en Europa, y Francisco aplicaba el hacha a la raíz, enseñando a identificar el dinero con el estiércol.

En 1210 pidió la aprobación de las reglas de su orden al pontífice Inocencio III. ¿Cómo proceder sin ritos y sacramentos? ¿Respecto a qué objetividad medir y destruir el propio yo? Era necesario fundar instituciones naturales y soportar, por tanto, sus consecuencias; ni siquiera la sociedad franciscana habría podido quebrantar las leyes de la fuerza y de la gravitación terrestres, más poderosas que cualquier voluntad, por muy límpida que sea. Todavía vivía Francisco cuando el fervor empezó a atenuarse debido al número creciente de *fraticelli.* Con la tibieza comenzó a parecer excesivo el rigor de las reglas primitivas; el experimento realizado para ver hasta dónde se puede llegar en la purgación de lo superfluo ya no era compartido con un entusiasmo capaz de eliminar toda otra preocupación ni codo dolor. A la primera orden de los menores había seguido la orden femenina encabezada por Clara, cuya alma fue amada delicadamente por Francisco. La tercera orden fue la de los laicos que querían seguir las reglas en la medida en que esto era posible para quien está en el mundo.

Francisco murió el 3 de octubre de 1226 en Asís; había vivido, al final de sus días, en el Alvernia, donde recibió los estigmas.

El franciscano, al haber dejado en suspenso las reglas del mundo, se encontraba de pronto, automáticamente, fuera de él, en la edad de oro. En 1219, la gracia de Francisco lo hizo acepto incluso al Sultán; hablaba con los animales al modo de los santos taoístas, como sabían hacer los hombres antes de la introducción de la educación; estaba en el estado de

alegria perfecta que era propio de los primitivos sin avaricia. Tenia una percepcion sensible del valor simbolico, es decir, intelectual, de los obje-tos sustraidos a la maldicion de la posesion, de manera que todo aconte-cimiento se convirtio de repente en signo: el vuelo de los pajaros a los cua-les predicaba era signo de la difusion de la orden. Respeto el fuego como fuente de la luz, y por eso se negaba a apagarlo, caminaba con sumo respeto sobre las piedras porque reconocia su valor simbolico, como emble-mas de Cristo. De acuerdo con esto, tenia tambien horror a todo edificio estable. Este estilo sin preocupaciones de estilo continua en los grandes franciscanos.

San Francisco es conocido a traves de las celebres *Florecillas.* Mas pu-ras son la *Vida* de Tomas de Celano, la *Legenda trium sociorum* (atribuida a Leon, Angelo y Rufino), el *Speculum perfectionis* atribuido al hermano Leon, la *Legenda major* de san Buenaventura o la *Historia septem tribula-tionum Ordinis minorum* de Angelo Clareno.

Son obras por lo general celantes o espirituales, como eran llamados los menores de estricta observancia, con los cuales pronto se ensanaron las perse-cuciones. Con el generalato de san Buenaventura, en 1257, termlna la epoca audaz, revolucionaria; Jacopone sera la ultima figura de rebelde por humildad.

El beato Egidio acudio a san Francisco en 1209, fue predicando a Palestina y en 1215 regreso a Asis; despues vivio en el eremitorio de Fava-rone. Vivio como ermitano, salvo por un viaje a Tunez en mision infruc-tuosa. Murio en 1262. La redaccion latina de los *Dichos* que se le atribuyen se remonta a finales del siglo XIII.

Jacopone da Todi, tras la muerte de su mujer, se dedico a la penitencia y la meditacion, entrando en la orden de los menores, y participo en la lu-cha contra Bonifacio VIII, que lo encarcelo en Palestrina. Fue liberado con el advenimiento de Benedicto XL Murio en 1306.

La autoria de ***AlianTA** de san Francisco con da??ta Pobreza* esta sujeta a dis-cusion; la obra tal vez sea de Giovanni Parenti, y fuera compuesta en 1227.

ALIANZA DE SAN FRANCISCO CON DAMA POBREZA

La Pobreza recuerda su estancia en el paraiso

[25] «Estuve una temporada en el paraiso de mi Dios, donde el hombre andaba desnudo; es mas, yo misma me paseaba en el hombre y con el hom-bre a lo largo de aquel jardin delicioso en extremo, sin ningun temor ni

incertidumbre, sin sospechar siquiera que me pudiera sobrevenir desgracia alguna. Estaba creída que mi convivencia con el hombre duraría por siempre, ya que por el Altísimo había sido él creado justo, bueno y sabio, y había sido colocado en el lugar más ameno y hermoso que imaginarse pueda. Yo era sumamente dichosa, "jugando todo el tiempo en su presencia" (Pr 8,30), porque —al no poseer aquél nada propio— todo él pertenecía a Dios.

[26] »Mas, ¡ay!, de improviso sucedió una catástrofe, del todo inaudita desde que la criatura comenzara a existir, cuando aquel infeliz, que en medio de su hermosura perdió un día la sabiduría —introduciéndose en una serpiente quien no pudo estar en el cielo—, lo atacó con fraudes para lograr que se convirtiera, como él, en prevaricador del mandato divino. El miserable creyó a quien tan mal le aconsejaba hasta darle su consentimiento, y, "olvidándose de Dios, su Creador" (Dt 32,18), imitó al primer prevaricador y transgresor. Al principio "estaba desnudo" —según afirma de él la Escritura— pero "no sentía vergüenza" (Gn 2,25), porque residía en él una plena inocencia. Pero, una vez de pecar, se dio cuenta de su desnudez, y, ruborizado, corrió hacia "unas hojas de higuera", con las que "se hizo unos ceñidores" (Gn 3,7).

[27] »Viendo, pues, a mi compañero convertido en transgresor y cubierto con las hojas, porque otra cosa no tenía, me separé de él y con el rostro bañado en lágrimas me puse a mirarlo desde lejos. "Esperaba que él me pondría a salvo del abatimiento de mi espíritu y de una tempestad" tan horrorosa (Sal 55,9). "De repente resonó un ruido del cielo" (Hch 2,2), acompañado de una luz deslumbradora en extremo, que sacudió el paraíso entero. Miré fijamente, y vi al Señor de la majestad paseándose "en el paraíso a la hora de la brisa de la tarde" (Gn 3,8). Inefable, indescriptible era el resplandor que despedía su gloria. Acompañábale multitud de ángeles, que con voces potentes clamaban, diciendo: "Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos; llena está toda la tierra de tu gloria" (Is 6,3). "Miles y miles le servían, millones estaban a sus órdenes" (Dn 7,10).

[28] »Ante su vista —lo confieso sinceramente—, me puse temblando de pies a cabeza, toda sobrecogida de terror y espanto; me sentía desfallecer: el cuerpo lo tenía como paralizado; el corazón, en cambio, a todo palpitar. Entonces desde lo hondo grité, diciendo: "¡Señor, ten piedad; Señor, ten piedad!" (Sal 130,2) "No llames a juicio a tu siervo, pues ningún hombre vivo es inocente frente a ti" (Sal 143,2). Y El me respondió: "Anda, escóndete un breve instante mientras pasa mi cólera" (Is 26,20). Inmediatamente llamó a mi compañero: "'Adán, ¿dónde estás'. El contestó: 'Oí, Señor, tu voz, me entró miedo, porque estaba desnudo, y me escondí'"

(Gn 3,9-10). Y en verdad desnudo, porque "bajando de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos salteadores, que lo despojaron" (Le 10,30) incluso de los bienes naturales una vez que hubo perdido la semejanza con el Creador. Con todo, el Rey altísimo —lleno igualmente de benignidad— aguardó a que hiciera penitencia, dándole oportunidad de volverse a El.

[29] »Pero el miserable "dejó inclinar su corazón a proferir palabras de malicia con el fin de justificar con excusas su pecado" (Sal 141,4). Hí-zose con ello reo de una culpa y castigo mayores, "atesorando contra sí cólera para el día de la cólera y" de la indignación "del justo juicio de Dios" (Rm 2,5). El Señor no perdonó ni a él ni a su descendencia, descargando además sobre todos ellos la terrible maldición de la muerte. Como resultado del juicio, en el que intervenían todos los asistentes, "el Señor lo expulsó del paraíso de delicia" (Gn 3,23). Dicho juicio era justo, pero también misericordioso. Y "para que volviera a la tierra de la que había sido sacado", pronunció sobre él —muy suavizada— la sentencia de maldición; "le hizo unas túnicas de piel" (Gn 3,19.21), dando a conocer con ello su condición mortal una vez que se había despojado del ropaje de inocencia.

[30] »Viendo a mi compañero cubierto con la piel de los muertos, me alejé por completo de él, ya que su única aspiración consistía en multiplicar trabajos para hacerse rico. Así es que me lancé por el mundo errante y fugitiva, toda deshecha en lágrimas y gemidos. Desde entonces no he hallado dónde posar mi pie, ya que incluso Abrahán, Isaac y Jacob y demás recibieron en promesa riquezas y "una tierra que manaba leche y miel" (Ex 3,17). "En todos" ellos "busqué descanso" (Si 24,11), y no lo encontré, estando como estaba a la puerta del paraíso un querubín que blandía flameante espada hasta que del seno del Padre descendiera al mundo el Altísimo, el cual tuvo la singular dignación de requerirme».

TOMÁS DE CELANO

DE LA «VIDA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS»

[II, 2, 39] Revestido como estaba este hombre de la virtud de lo alto, era más el calor del fuego divino que sentía dentro que el que le daba por fuera la ropa con que abrigaba el cuerpo. Execraba a los que en la Orden llevaban vestidos por partida triple y a los que usaban sin necesidad prendas delicadas. Y aseguraba que una necesidad expuesta más por el capricho que por la razón es señal de un espíritu apagado. Decía: «Cuando el espí-

ritu se entibia y llega poco a poco a enfriarse en la gracia, por fuerza la carne y la sangre buscan sus intereses. Porque —observaba también—, si el alma no encuentra gusto, ¿qué queda sino que la carne se vuelva a lo suyo? Y entonces el instinto animal inventa necesidad, la inteligencia carnal forma conciencia». Y añadía aún: «Convengamos en que mi hermano tiene necesidad verdadera; que le afecta la falta de algo. Si se da prisa en remediarla y en echarla de sí, ¿qué premio recibirá? Hubo, ciertamente, ocasión de merecer; pero él ha dado bien a entender que le había disgustado».

Con estas y parecidas observaciones flageló a los que no querían sufrir ninguna necesidad, pues no soportarlas con paciencia era, para él, igual que volverse a Egipto.

[II, 2, 82] Sucedió en el eremitorio de los hermanos de Sarteano. El maligno aquel que envidia siempre los progresos de los hijos de Dios osó tentar al Santo como sigue. Veía que el Santo se santificaba más y que no descuidaba por la de ayer la ganancia de hoy. Una noche en que se daba a la oración en una celdilla, el demonio lo llamó tres veces: «Francisco, Francisco, Francisco». «¿Qué quieres?», respondió éste. «No hay en el mundo —replicó aquél— ni un pecador a quien, si se convierte, no perdone el Señor; pero el que se mata a fuerza de penitencias, nunca jamás hallará misericordia». Enseguida, una revelación hizo ver al Santo la astucia del enemigo, que se había esforzado para inducirlo a la tibieza.

Pero ¿qué más? El enemigo no desiste de presentar nuevo combate. Y, viendo que no había acertado a ocultar el lazo, prepara otro: el incentivo de la carne. Pero en vano, porque quien había descubierto la astucia del espíritu, mal pudo ser engañado con el sofisma de la carne. El demonio desencadena, pues, contra él una tentación terrible de lujuria. Mas el bienaventurado Padre, en cuanto la siente, despojado del vestido, se azota sin piedad con una cuerda: «¡Ea, hermano asno! —se dice—, te corresponde estar así, aguantar así los azotes. La túnica es la Religión, y no es lícito robarla; si quieres irte a otra parte, vete».

Mas como ve que las disciplinas no ahuyentan la tentación, y a pesar de tener todos los miembros cárdenos, abre la celda, sale afuera al huerto y desnudo se mete entre la mucha nieve. Y, tomando la nieve, la moldea entre sus manos y hace con ella siete bloques a modo de monigotes. Poniéndose ante éstos, comienza a hablar así el hombre: «Mira, este mayor es tu mujer; estos otros cuatro son tus dos hijos y tus dos hijas; los otros dos, el criado y la criada que se necesitan para el servicio. Pero date prisa —continúa— en vestir a todos, porque se mueren de frío. Y, si te molesta la mulri-

plicada atención que hay que prestarles, sirve con solicitud al Señor sólo». El diablo huye al instante confuso y el Santo se vuelve a la celda glorificando al Señor. Un hermano piadoso que estaba en oración a aquella hora, fue testigo de todo gracias a la luz de la luna, que resplandecía más aquella noche. Mas el Santo, enterado después de que el hermano lo había visto aquella noche, le mandó que, mientras él viviese, no descubriera a nadie lo sucedido.

[II, 2, 88] Aseguraba el Santo que la alegría espiritual es el remedio más seguro contra las mil acechanzas y astucias del enemigo. Solía decir: «El diablo se alegra, sobre todo, cuando logra arrebatar la alegría del alma al siervo de Dios. Lleva polvo que poder colar —tanto como sea posible— en las rendijas más pequeñas de la conciencia y con que ensuciar el candor del alma y la pureza de la vida. Pero —añadía—, cuando la alegría espiritual llena los corazones, la serpiente derrama en vano el veneno mortal. Los demonios no pueden hacer daño al siervo de Cristo, a quien ven rebosante de alegría santa. Por el contrario, el ánimo flebe, desolado y melancólico se deja sumir fácilmente en la tristeza o envolverse en vanas satisfacciones».

Por eso, el Santo procuraba vivir siempre con júbilo de corazón, conservar la unción del espíritu y el óleo de la alegría (Sal 45,8). Evitaba con sumo cuidado la pésima enfermedad de la flojera, de manera que, a poco que sentía insinuársele en el alma, acudía rapidísimamente a la oración. Y decía: «El siervo de Dios conturbado, como suele, por algunas cosas, debe inmediatamente recurrir a la oración y permanecer ante el soberano Padre hasta que le devuelva la alegría de su salvación. Pues, si se detiene en la tristeza, adolecerá del mal babilónico, que al cabo, si no se purifica por medio de lágrimas, creará en su corazón una roña duradera».

[II, 2, 97] Decía muchas veces a sus hermanos: «Nadie debe halagarse, con jactancia injusta, de aquello que puede también hacer un pecador». Y se explicaba: «El pecador puede ayunar, orar, llorar, macerar el cuerpo. Esto sí que no puede: ser fiel a su Señor. Por tanto, en esto podremos gloriarnos: si devolvemos a Dios su gloria; si, como servidores fieles, atribuimos a él cuanto nos dona. La carne es el mayor enemigo del hombre: no sabe recapacitar nada para dolerse; no sabe prever para temer; su afán es abusar de lo presente. Y lo que es peor —añadía—, usurpa como de su dominio, atribuye a gloria suya los dones otorgados al alma, que no a ella; los elogios que las gentes tributan a las virtudes, la admiración que dedican a las vigilias y oraciones los acapara para sí; y ya, para no dejar nada al alma, reclama el óbolo por las lágrimas».

[II, 2, 112] Otra vez, el bienaventurado Francisco, sentado entre sus compañeros, dijo exhalando un suspiro: «Apenas hay en todo el mundo un religioso que obedezca perfectamente a su prelado». Conmovidos los compañeros, le replicaron: «Padre, dinos cuál es la obediencia más alta y perfecta». Y él, describiendo al verdadero obediente con la imagen de un cadáver, respondió: «Toma un cadáver y colócalo donde quieras. Verás que, movido, no resiste; puesto en un lugar, no murmura; removido, no protesta. Y, si se le hace estar en una cátedra, no mira arriba, sino abajo; si se le viste de púrpura, dobla la palidez. Este es —añadió— el verdadero obediente: no juzga por qué se le cambia, no se ocupa del lugar en que lo ponen, no insiste en que se le traslade. Promovido a un cargo, conserva la humildad de antes; cuanto más honrado es, por menos digno se tiene».

Otra vez, hablando sobre el particular, dijo que las obediencias que se conceden por pedidas son propiamente licencias; llamó, en cambio, santas obediencias a las que se imponen sin haberlas pedido. Afirmaba que ambas son buenas, pero más seguras las segundas. Pero consideraba máxima obediencia, y en la que nada tendrían la carne y la sangre, aquella en la que por divina inspiración se va entre los infieles, sea para ganar al prójimo, sea por deseo de martirio. Estimaba muy acepto a Dios pedir esta obediencia.

HERMANO LEÓN

DE «ESPEJO DE PERFECCIÓN»

[IV, 45] Cuando el bienaventurado Francisco era alabado y decían de él que era santo, respondía así a tales encomios: «Todavía no me puedo fiar de no tener hijos e hijas. En cualquier momento que el Señor apartara de mí el tesoro que me ha confiado, ¿qué otra cosa me quedaría sino el cuerpo y el alma, como los tienen también los paganos? Es más, debo creer que, si el Señor hubiera otorgado a cualquier ladrón o pagano tantas gracias como me ha dado a mí, serían mucho más fieles al Señor que yo. Como en la imagen de Dios o de la Virgen Santísima pintada en una tabla es honrado el Señor y la Santísima Virgen y ningún honor se arroga la pintura, así el siervo de Dios es como una pintura de Dios en que el mismo Dios es honrado para gloria suya. Pero el siervo de Dios nada se debe atribuir, porque, con relación a Dios, es menos que la pintura y la tabla. Es más; es pura nada, y sólo a Dios corresponde la gloria y el honor; al hombre, la vergüenza y la tribulación mientras vive entre las miserias de este mundo».

[VIII, *95]* Fue siempre sumo y principal afán del bienaventurado Francisco disfrutar continuamente de alegría espiritual interior y exterior aun fuera de la oración y del oficio divino. Y lo mismo quería de modo especial en sus hermanos; incluso los reprendía muchas veces cuando los veía exteriormente tristes y desganados.

Decía que, si el siervo de Dios pusiera interés en conservar interior y exteriormente la alegría espiritual, que trae su origen de la pureza de corazón y se adquiere por la devota oración, nunca podrían los demonios dañarle, pues dicen: «Cuando el siervo de Dios está alegre tanto en lo próspero como en lo adverso, tenemos cerrada la puerta para acercarnos a él y causarle daño». Pero los demonios saltan de gozo cuando logran matar o impedir de alguna manera la devoción y alegría que proviene de la fervorosa oración y de otras obras virtuosas.

«Pues cuando el diablo logra hacer suyo algo en el siervo de Dios y éste no es prudente y solícito en borrarlo y arrancarlo cuanto antes por la virtud de la santa oración, contrición, confesión y satisfacción, en breve el primer cabello, al que irá sumando otros nuevos, se convertirá en viga. Hermanos míos, ya que la alegría espiritual dimana de la limpieza de corazón y de la pureza de una continua oración, es necesario poner todo el empeño posible en adquirir y conservar estas dos virtudes, con el fin de que, para edificación del prójimo y escarnio del enemigo, podáis tener esta alegría interior y exterior que de todo corazón deseo y amo verla y sentirla tanto en mí como en vosotros. A él y a su comparsa toca estar tristes; a nosotros, en cambio, alegrarnos y gozarnos en el Señor».

[96] Decía el bienaventurado Francisco: «Sé que los demonios me tienen envidia por los dones que el Señor me ha concedido; sé también y veo que, cuando no pueden dañar directamente a mi persona, me tienden acechanzas y tratan de hacerme daño a través de mis compañeros. Mas, si no logran causarme daño ni directamente ni a través de mis compañeros, huyen muy avergonzados. Es más, si alguna vez me siento tentado o desganado, en cuanto contemplo la alegría de mi compañero, quedo libre de la tentación y de la desidia y recobro la alegría interior y exterior».

Por eso, el mismo Padre reconvenía con firmeza a los que exterior-mente se mostraban tristes. Una vez reprendió a uno de sus compañeros que aparecía con cara triste y le dijo: «¿Por qué manifiestas en lo exterior dolor y tristeza de tus faltas? Muéstrasela a Dios; pídele que te perdone por su misericordia y devuelva a tu alma la alegría de su salvación, de la que has sido privado por el demérito del pecado. Delante de mí y de los demás,

procura siempre tener alegría, pues es indigno del siervo de Dios aparecer ante sus hermanos u otros con tristeza y rostro turbado».

No se ha de pensar y creer que nuestro padre, amante de toda madurez y honestidad, quería que esta alegría se manifestara con risas y exceso de palabras vanas, porque así no se demuestra la alegría, sino más bien, la vanidad y fatuidad. Es más, aborrecía, especialmente en el siervo de Dios, la risa y la palabra ociosa. No sólo no quería que el siervo de Dios se riera, sino que le desagradaba el que se procurase a los demás la menor ocasión para reírse. En una de sus exhortaciones expuso claramente cómo tiene que ser la alegría del siervo de Dios. Dice así: «Dichoso aquel religioso que no tiene placer y alegría sino en las santísimas palabras y obras del Señor, y con ellas incita a los hombres al amor de Dios en gozo y alegría. Y ¡ay de aquel religioso que se deleita en palabras ociosas y vanas y con ellas incita a los hombres a la risa!».

Entendía por alegría del rostro el fervor y la solicitud, la disposición y la preparación de alma y cuerpo para hacer todo bien de buena gana, porque los hombres más se mueven en ocasiones por este fervor y disposición que por la misma obra buena. Es más; si la obra, aunque buena, no aparece realizada de buen grado y con fervor, más engendra tedio que estimula al bien.

Por eso no quería ver caras tristes, que manifiestan muchas veces la desidia e indisposición del alma y la pereza del cuerpo para toda obra buena. Amaba, en cambio, en sí y en los demás, la sensatez y madurez en el rostro y en todos los miembros del cuerpo y sus sentidos; y, en cuanto podía, inducía a esto de palabra y con el ejemplo. Tenía experiencia de que esta gravedad y modestia en el obrar eran como la muralla y escudo invulnerable contra las flechas del diablo; de que el alma desprovista de esta defensa era como soldado sin armas entre huestes de enemigos fortísimos y muy armados, siempre deseosos de darle muerte y dispuestos al degüello.

[IX, 99] Viviendo en el lugar de Santa María le sobrevino, para provecho de su alma, una gravísima tentación. Sufría tanto en el alma y en el cuerpo, que se apartaba muchas veces de la compañía de sus hermanos, porque no podía mostrarse tan alegre como solía.

Se mortificaba con privaciones de comida, bebida y palabras; oraba con más insistencia y derramaba abundantes lágrimas, a fin de que el Señor se apiadara de él y se dignara darle alivio suficiente en tan gran tribulación. Por más de dos años le duró la tribulación; y un día que oraba en la iglesia de Santa María escuchó como si en espíritu se le dijeran estas palabras del Evangelio: «Si tuvieras tanta fe como un grano de mostaza, di-

rías a este monte: Vete de aquí allá, y se iría» (Mt 17,20). San Francisco respondió al momento: «Señor, ¿cuál es ese monte?». Y oyó que se le respondía: «Ese monte es tu tentación». Y el bienaventurado Francisco: «Pues, Señor, hágase en mí como has dicho».

[X, 105] El bienaventurado Francisco no callaba nunca en sus predicaciones los vicios del pueblo, sino que los denunciaba y los corregía con valor.

SAN ANTONIO DE PADUA

Nació en Lisboa hacia 1195. Se hizo fraile menor en el eremitorio de Olivaes, cerca de Coimbra, renunciando a su nombre de pila, Fernando. En 1220 fue como misionero a Marruecos, pero enfermó de fiebres. Parece que en 1221 estuvo en el Capítulo de los franciscanos en el bosque de la Porciúncula, y que al año siguiente se encontraba en Forli, donde parece que por casualidad se reveló como gran orador sagrado. Desde entonces empezó a predicar en las ciudades italianas donde más numerosos eran los herejes patarinos y en las provenzales donde dominaban los albigenses. San Buenaventura *{Legenda major,* IV, 10) cuenta que vio el alma de san Francisco volar al cielo pocos días antes de su muerte, en 1226.

Fue nombrado ministro de la orden en Italia septentrional, pero, cuando la corriente de los relajados, contrarios a la estricta pobreza, cobró preponderancia, dimitió. Entre sus predicaciones paduanas fue memorable la que pronunció contra los usureros y sus cómplices, los hombres de leyes. Murió el 13 de junio de 1231. Fue canonizado el 30 de mayo de 1232.

Quedan de él los *Sermones dominicales* y los *Sermones in solemnitati-bus sanctorum.*

DE LOS «SERMONES»

Dice el profeta Joel: «Delante de él es la tierra como un paraíso de Edén, detrás queda convertida en desierto desolado» (Jl 2,3). La palabra tierra viene de *tero, teris,* que significa triturar, y es el espíritu del hombre contrito por los pecados. El espíritu cuando está delante de Dios es como un jardín de delicias. ¿Podrá haber para el espíritu del hombre delicia y alegría mayor que estar delante de Aquel con quien y en quien existe todo lo que realmente existe, y sin el cual no es nada todo lo que parece existir y toda abundancia es pobreza? El espíritu del hombre está en la presencia de Dios cuando piensa que

no tiene nada bueno de sí, en sí y por sí mismo, sino que todo lo atribuye a Aquel que es todo bien, sumo bien del cual, como del centro, todos los rayos de gracias se difunden derechamente hacia la circunferencia. Esta tierra, mientras está delante de El, es realmente jardín de delicias, porque en ella está la rosa de la caridad, la violeta de la humildad, la azucena de la castidad.

No basta dar a Dios nuestra inteligencia y nuestra voluntad: es preciso darle también nuestra memoria, de manera que El permanezca siempre en nuestro pensamiento y en nuestro corazón. Lo mismo que no hay instante en el cual el hombre no sea objeto de su bondad, así debe ser continua la presencia de El en nuestro espíritu.

En la esfera del Sol se ven flotar los átomos. Así en la vida del justo aparecen nuestros defectos. ¿Por qué no los vemos? Porque no nos miramos en el espejo de la claridad de la vida del hombre justo.

El alma del hombre justo puede asemejarse a un jardín, que continuamente da frutos y nunca carece de ellos. A él desciende el divino Amante para adornarlo cada vez más de gracias: pues interior y exteriormente es todo el mundo el lugar donde El se posa.

El justo, coma o beba, o haga cualquier otra cosa, no deja de oír en la tristeza de su corazón esa terrible voz que le grita: «Levantaos, muertos, compareced en el Juicio».

El justo es mal visto por los hombres, y hasta maltratado, pero es glorioso ante Dios.

La llaga del costado se puede llamar la «ciudad del Sol»; cuando fue abierta por la lanza, se abrió para nosotros la «puerta del paraíso», a través de la cual se derramaba sobre nosotros el esplendor de la luz eterna.

Por la historia natural sabemos que la sangre sacada del corazón de la paloma tiene la virtud de curar ciertas enfermedades de los ojos. De modo semejante, la sangre que la lanza hizo brotar del costado de Cristo curó los ojos del ciego de nacimiento, es decir, del género humano.

Oh fieles, éste es el Corazón del que fuisteis sacados vosotros, que sois la Iglesia de Cristo, lo mismo que Eva fue sacada del costado de Adán.

El costado de Cristo fue abierto con una lanza para que quedase abierta de par en par la puerta del paraíso, cerrada herméticamente por la espada flameante del querubín. La virtud de la sangre que manaba del costado de Cristo alejó al ángel y rompió la espada, y con el agua se extinguió

Si escuchas y consideras bien estas cosas, oh hombre, tendrás paz contigo mismo. Por eso, después que el Señor [Jesús] les mostró las manos y el costado les dijo de nuevo: «La paz sea con vosotros» (Jn 20,19.21 y 26).

Por eso El mismo [Jesús] dice en san Juan: «El que por mí entrare se salvará, y entrará y saldrá y hallará pasto» (Jn 10,9). Por mí, es decir, por el costado abierto por la lanza, si alguno entra con fe, sufrimiento y compasión, se salvará; como la paloma en el hueco de la piedra se salva del halcón que intenta agarrarla. De esta forma entrará en la circunspección, discusión y examen de sí mismo; saldrá luego para considerar y conculcar, despreciar la vanidad del mundo y huir de ella.

Los justos edifican en el hueco de la piedra, es decir, en el Corazón de Cristo: si son asaltados por alguna tentación carnal, se refugian en ese Corazón y en él se esconden diciendo con el Profeta: «Oh Señor, sé tú mi fortaleza frente al enemigo. Sé tú mi protector» (Sal 31,3).

La dulzura de la vida contemplativa es más preciosa que todas las obras, y todo lo que se pueda desear no se puede comparar con ella. Conserva la juventud. La dulzura de la vida contemplativa conserva al alma en la juventud de la gracia. Por lo cual: «El renueva tu juventud como la del águila» (Sal 103,5).

La vida activa, como parte inferior, debe servir a la contemplación, porque la parte inferior existe sólo en función de la parte superior. De ahí lo que dice el Apóstol: «No fue creado el hombre por razón de la mujer, sino la mujer por razón del hombre» (1 Co 11,9), porque la vida contemplativa no fue establecida por razón de la activa, sino la activa por la contemplativa.

Y así como el cerebro, órgano frío, está colocado en sitio opuesto al corazón para moderar su calor, así la vida contemplativa, que consiste en compunción del alma, está puesta al lado contrario de la vida activa, que debe consistir en la humildad del corazón, para que con su oración, con la compunción de lágrimas, modere el ardor del trabajo, el calor de la tentación. Como la cabeza es mayor que los otros miembros, así la gracia de la contemplación es más sublime por estar más cerca de Dios a quien contemplamos.

Cuando uno llega a la unión del éxtasis, sus fuerzas físicas desfallecen, el aspecto del rostro palidece, el organismo se disuelve; no espera él otra satisfacción de la tierra, ya no se preocupa de vivir como solía, porque no es ya él quien vive, sino que en él vive quien es la vida por esencia: Jesucristo.

En un agua turbia y agitada no se consigue distinguir el rostro de quien en ella se espeja. Si quieres que en tu corazón aparezca el rostro de Cristo que te mira, recógete en silencio, como los apóstoles en el Cenáculo; cierra la puerta del alma al tumulto de las cosas exteriores.

Cuando te entregues por el prójimo, hazlo con todo ahínco; pero cuando vuelvas el alma a Dios, retira de las criaturas tus afectos, para poder volar a él en libertad. Depon, al orar, el pensamiento de los servicios y prestaciones que has dado o vas a dar a los hermanos, porque estas imaginaciones, que suelen presentarse durante la oración, la obstaculizan mucho.

SAN BUENAVENTURA DE BAGNOREGIO

Nació en Bagnoregio en 1221, se llamaba Giovanni Fidanza. Se hizo franciscano en 1243 y estudió en París. En 1257, ya célebre, fue elegido general de la Orden.

Murió en Lyon en 1274. Fue llamado *doctor seraphicus.*

Sus obras místicas son *Itinerarium mentís in Deum; Breviloquium\ De reductione artium ad theologiam; Soliloquium\ De septem gradibus contem-plationum.*

Los sentidos disciernen en los vestigios materiales lo divino, y encuentran ayuda en la teología simbólica; la razón ve lo divino observando su imagen, el alma; la inteligencia que contempla lo divino toca la sindéresis o ápice de la mente: éste es el triple proceso de la mística de san Buenaventura.

DE «LAS TRES VÍAS O INCENDIO DE AMOR»

Los grados del amor

[4, 9] Primer grado es la suavidad o dulzura, que consiste en que el hombre aprenda a gustar cuan suave es el Señor. Lo cual se hace vacando a El y sabatizando por medio de santas meditaciones, de manera que se cumplan aquellas palabras del Salmo: «Los residuos de mi pensamiento celebrarán fiesta en tu honor» (Sal 76,11 LXX); lo cual ocurre cuando las meditaciones sobre el amor de Dios producen suavidad en el corazón.

Segundo grado es la avidez, que consiste en que, cuando el alma ha empezado a acostumbrarse a aquella suavidad, nace en ella un violento apetito, que nada lo puede satisfacer, si no llega a poseer perfectamente a Aquel a

quien ama; y porque esto no lo puede conseguir en esta vida, pues está tan lejos, padece continuos excesos y sale fuera de sí por el amor extático, apropiándose las exclamaciones y palabras del santo Job: «La suspensión acogió mi alma, y mis huesos la muerte» (Jb 7,15), porque «como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así, ¡oh Dios!, suspira por ti mi alma» (Sal 42,2).

[10] Tercer grado es la hartura, la cual procede de la avidez, porque, siendo el alma empujada hacia arriba por el vehementísimo deseo que de Dios siente, todo lo de abajo prodúcele náuseas y hastío. De manera que, harta ya y cansada de todo lo que no es Dios, ningún sabor puede hallar fuera del Amado; y así como al que está harto, la comida más bien le causa repugnancia, lejos de proporcionarle alimento reparador, cosa parecida le ocurre al alma en este grado de amor respecto de todas las cosas terrenas.

Cuarto grado es la embriaguez, que procede de la hartura. Y la embriaguez consiste en amar a Dios tanto y con un amor tan grande, que ya no sólo llega el alma a sentir hastío y náuseas de los consuelos y placeres terrenos, sino que aun se goza y busca sufrimientos en vez de placeres; y por amor de Aquel a quien ama, deleitase en los tormentos, oprobios y azotes, en padecer y ser despreciado y flagelado, como el Apóstol. De manera que así como un ebrio se desnuda sin vergüenza y sufre llagas y tormentos sin dolor, en forma parecida procede aquí el alma.

[11] Quinto grado es la seguridad, que nace de la embriaguez. El alma experimenta que su amor a Dios es tan fuerte, que se siente capaz de soportar gustosamente por esta causa cualquier perjuicio y afrenta, por lo cual echa de sí el temor, concibiendo tan grande esperanza del auxilio divino, que piensa que de ningún modo puede separarse de Dios. En este grado se hallaba el Apóstol cuando decía: «¿Quién será capaz de separarnos del amor de Cristo?... Seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida... podrá apartarnos del amor de Dios, que es en Jesucristo Nuestro Señor» (Rm 8, 35-39).

Y sexto grado es una verdadera y perfecta tranquilidad, en que tanta paz y reposo se siente, que el alma, en cierto modo, está en silencio y en sueño, como si estuviera refugiada en el arca de Noé, sin que ninguna perturbación llegue a ella. Porque ¿quién es capaz de alborotar el alma que por ningún pinchazo de codicia es ya inquietada, ni por ningún aguijonazo de temor agitada? Tal alma ha llegado a la paz, al estado último, a la meta sosegada, en cuanto es posible en esta vida; y en esta alma descansa ya el verdadero Salomón, del cual se dice que «su morada se ha hecho en la paz» (Sal 76,3).
Y de aquí que estos grados se hallan figurados, y con muchísima propiedad, por aquellos seis escalones por donde se subía al trono de Salomón. Y a este propósito se dice en los Cantares: «Cubrió las gradas de púr pura,

y el centro con amor» (Ct 3,10), porque no es posible llegar a semejante tranquilidad si no es por el amor. Pero alcanzado éste, es sumamente fácil al hombre hacer cuanto a la perfección se refiere, mostrándose dispuesto a trabajar o a padecer, a vivir o a morir. Por tanto, todo nuestro empeño ha de consistir en aumentar de grado en grado la caridad, por cuanto este progresivo aprovechamiento contiene la perfección de todos los bienes, la cual tenga a bien concedérnosla el que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

DE «ITINERARIO DE LA MENTE A DIOS»

[6, 2] Por razón de la suma comunicabilidad del bien, es necesario que exista la Trinidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Personas que por ser sumamente buenas, por necesidad son sumamente comunicables; por ser sumamente comunicables, sumamente consustanciales; por ser sumamente consustanciales, sumamente configurables —semejantes—; por ser comunicables, consustanciales y configurables en sumo grado, sumamente coiguales y, por lo mismo, sumamente coeternas; propiedades de las que resulta la suma cointimidad por la que, no sólo una persona está necesariamente en la otra por razón de la *circwnincesión* suma, sino también la una obra con la otra por razón de la omnímoda identidad de la sustancia, virtud y operación de la misma beatísima Trinidad.

[3] Pero al contemplar estas cosas, cuídate de pensar que comprendes al incomprensible. Porque en estas seis propiedades tienes que considerar todavía algo que te llevará al pasmo de la admiración. Porque en ellas se concierta la suma comunicabilidad con las propiedades de las personas, la suma consustancialidad con la pluralidad de hipóstasis, la suma configu-rabilidad —semejanza— con la personalidad distinta, la suma coigualdad con el orden, la suma coeternidad con la emanación y la suma cointimidad con la misión. ¿Quién, a la vista de tantas maravillas, no queda arrebatado en admiración?

Y, por cierto, con levantar los ojos a la bondad sobre toda bondad, entendemos certísimamente que todas estas maravillas se hallan en la beatísima Trinidad. Porque, si suma es allí la comunicación y la difusión verdadera, verdadero es allí el origen y la distinción verdadera; y porque la comunicación es total y no parcial, por eso el sumo bien comunica lo que tiene y todo cuanto tiene; luego tanto el que emana como el que produce se distinguen por sus propiedades y son una misma cosa esencialmente.

Por distinguirse, digo, por las propiedades, tienen propiedades personales, pluralidad de hipóstasis; emanación, procedente del principio; orden, no de posterioridad, sino de origen; misión, en fin, que no es de cambio local, sino de inspiración gratuita por razón de la autoridad de la persona producente, autoridad que compete al que envía con respecto al enviado. Y por ser una misma cosa en la sustancia, por eso es de todo punto necesario que se identifiquen en la esencia, en la forma, en la dignidad, en la eternidad, en la existencia y en el ser incircunscriptible.

Y así, cuando estas cosas, cada una de por sí y separadamente, las consideras, tienes dónde contemplar la verdad, y al considerarlas, comparadas las unas con las otras, dónde quedarte suspenso en admiración profundísima; y por eso, a fin de que tu alma suba, mediante la admiración, a una contemplación admirable, has de considerar todas ellas en su mutua relación.

[4] Y en verdad, esto mismo vienen a significar los querubines, que el uno al otro se miraban.

Ni carece de misterio que ambos se miraran, y se miraran, vueltos sus rostros al propiciatorio, para que así se cumpla lo que dice el Señor por san Juan: «En esto consiste la vida eterna, en conocerte a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste» (Jn 17,3). Y es que debemos admirar las propiedades esenciales y personales, no sólo en sí mismas, sino también comparándolas con la soberanamente admirable unión de Dios y del hombre en la persona única de Cristo.

[5] Si eres, pues, uno de los querubines, cuando contemplas los atributos esenciales de Dios, si te admiras de que el ser divino sea juntamente primero y último, eterno y enteramente presente, simplicísimo y máximo o incircunscrito, todo en todas partes, pero nunca comprendido, actualísimo, pero nunca movido, perfectísimo sin superfluidades ni menguas, pero con todo eso, inmenso e infinito sin límites, unicísimo, pero omnímodo, por cuanto contiene en sí mismo todas las cosas, esto es, toda virtud, toda verdad, todo bien; contempla el propiciatorio y pásmate de que en él el primer principio está unido con el postrero, Dios con el hombre formado el sexto día, el principio eterno con el hombre temporal, nacido de la Virgen en la plenitud de los tiempos; el principio simplicísimo con el que es enteramente compuesto, el principio actualísimo con el que padeció extremadamente y murió, el principio perfectísimo e inmenso con el que es pequeño, el principio unicísimo y omnímodo con una naturaleza individual, compuesta y distinta de las demás, es decir, con la naturaleza humana de Jesucristo.

[6] Y si eres el otro querubín, contemplando lo propio de las personas, si te admiras viendo existir la comunicabilidad con la propiedad, la con-sustancialidad con la pluralidad, la semejanza con la personalidad, la coigualdad con el orden, la coeternidad con la producción y la cointimidad con las misiones, pues que el Hijo es enviado por el Padre y el Espíritu Santo, el cual a su vez, coexistiendo con el Padre y el Hijo, sin separarse de ellos jamás, es enviado por entrambos; mira al propiciatorio y asómbrate de que en Cristo venga a componerse la unión personal, tanto con la trinidad de sustancias como con la dualidad de naturalezas, la conformidad omnímoda con la pluralidad de voluntades, la predicación mutua de lo divino a lo humano y de lo humano a lo divino con la pluralidad de propiedades, la única adoración con la pluralidad de excelencias, la única exaltación sobre todas las cosas con la pluralidad de dignidades y el dominio único con la pluralidad de potestades.

[7] En esta consideración es donde nuestra alma, a la vista del hombre formado a imagen de Dios, como si fuese el sexto día, halla iluminación perfecta.

Porque siendo la imagen una semejanza expresiva, nuestra alma, al contemplar en Cristo, Hijo de Dios e imagen de Dios invisible por naturaleza, nuestra humanidad, tan admirablemente exaltada y tan inefablemente unida; al ver, digo, en Cristo reducidos a unidad al primero y al último, al sumo y al ínfimo, a la circunferencia y al centro, al alfa y a la omega, al efecto y a la causa, al creador y a la criatura, al libro escrito por dentro y por fuera, llegó ya a un objeto perfecto, para con Dios lograr la perfección de sus iluminaciones en el sexto grado, como en el sexto día, de suerte que nada le queda ya más que el día de descanso, en el que, mediante el mental exceso, descanse la perspicacia de la mente humana de todas las obras que llevó a cabo.

DE «SOLILOQUIO. LOS CUATRO EJERCICIOS MENTALES»

Prólogo

«Doblo mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesucristo, del que toda paternidad toma el nombre en los cielos y en la tierra, a fin de que, según las riquezas de su gloria, os dé que seáis corroborados en virtud en el hombre interior por medio de su Espíritu, para que Cristo more por la fe en vuestros

corazones; arraigados y cimentados en caridad, para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la longitud, y la alteza, y la profundidad, y entender otrosí la caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento, a fin de que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (Ef 3,14-19).

Pablo apóstol, vaso de eterna elección, sagrario de santificación divina, espejo y modelo de soberana contemplación, en las citadas palabras nos muestra el origen, el objeto y el fruto del ejercicio mental. Para que este ejercicio, en efecto, sea devoto y saludable al alma, menester es una virtud que sobrenaturalmente la conforte, sabiduría que la rija y clemencia que la consuele. Doble, pues, las rodillas de la mente el alma devota, encendida en el amor de la divina contemplación, ante el trono de la beatísima e incomprensible Trinidad; llame con humildad y sabiamente suplique la confortadora virtud de Dios Padre, para no sucumbir oprimida por la fatiga; la sabiduría reguladora de Dios Hijo, para no desviarse de la verdad, seducida por el error; la consoladora piedad y clemencia, de Dios Espíritu Santo, para no desfallecer, vencida del tedio. «Toda dádiva buena y todo don perfecto de lo alto viene, del Padre de las lumbres» (St 1,17), y, de sentencia de san Agustín, «todo nuestro bien o es Dios o nos viene de Dios».[1] Por donde no sin razón en el comienzo de toda buena obra hase de invocar a Aquel que es principio original, causa ejemplar y fin último de todo bien: la inefable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la que habla el Apóstol cuando dice: «Doblo mis rodillas...» (Ef 3,18).

Indica, lo segundo, el objeto de este salutífero ejercicio mental, y dice ser, para las almas devotas, las cosas interiores y exteriores, las inferiores y superiores. Debe, pues, el alma piadosa, en el ejercicio mental, dirigir primeramente el rayo de la contemplación a su interior, a sí misma, para ver cómo ha sido formada por naturaleza, deformada por la culpa, reformada por la gracia. Salga luego fuera de sí, a las cosas exteriores, para conocer cuan inestable es la opulencia mundana, cuan mudable la gloria mundana y cuan miserable la mundana magnificencia. Debe otrosí descender con la consideración a las cosas inferiores, para entender la necesidad inevitable de la muerte, la formidable austeridad del último juicio, el intolerable suplicio de las penas del infierno. Finalmente, ha de volver el rayo de la contemplación a las cosas de arriba, para conocer y gustar los preciosísimos e incomparables goces del cielo, sus inefables delicias y su interminable eternidad.

1. Agustín, *De vera religione,* XVIII,35

Ésta es aquella cruz dichosa, limitada por cuatro puntos, de la que tú, ;oh Alma devota!, debes, mediante la meditación, estar pendiente de continuo con Jesucristo, tu dulcísimo Esposo. Este es el carro de fuego, con cuatro ruedas, en el que has de subir, en pos de tu fidelísimo Amigo, por continua contemplación, al palacio del cielo. Estas las cuatro regiones, la del oriente, poniente, aquilonal y meridional, por las que tú, ¡oh Alma!, debes peregrinar cada día y, por medio de la especulación, buscar a tu especialí-simo Amado, para que puedas decir con la esposa: «En mi lecho busqué por la noche a Aquel a quien ama mi alma» (Ct 3,1). Estas cuatro cosas toca el Apóstol, cuando añade: «Para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la longitud, y la alteza, y la profundidad» (Ef 3,18).

Señala en tercer lugar el fruto de este saludable ejercicio. Si el ejercicio mental se pone por obra digna y loablemente, el fruto es la felicidad eterna, es decir, la cosa mejor, la más hermosa y por sí suficientísima, que no ha menester de ninguna otra fuera de sí; en la cual «veremos y amaremos, descansaremos y cantaremos»[2] por eternidades sin fin al que es bendito en los siglos. Este fruto promete el Apóstol cuando concluye su discurso: «A fin de que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (Ef 3,19). Plenitud que hallaremos cuando «Dios sea para la voluntad abundancia de paz, para la razón plenitud de luz, y continua eternidad para la memoria».[3] Porque entonces será Dios «todas las cosas en todos» (1 Co 15,28), cuando «sean desterrados de la razón todo error, de la voluntad todo dolor y de la memoria todo temor, y suceda aquella maravillosa serenidad, aquella divina dulzura y aquella eterna seguridad que esperamos».[4]

De la consolación divina y de la disposición para obtenerla

ALMA: ¡Infeliz y miserable de mí! Ya entiendo que he vivido mucho tiempo en triste ceguera; anduve errante por las cosas temporales y terrenas, me uní por amor a las mundanas vanidades, de donde saqué poco consuelo y mucha amargura y desolación, rara y levísima alegría y frecuente, varia y grave tristeza del corazón. Dime, pues, ¡oh Hombre!: ¿qué cosa es la celestial consolación, y cómo puedo alcanzarla en este valle de lágrimas

2. Agustín, *De civitate Dei*$_y$ XXII, 30, 5.
3. Bernardo de Claraval, *In Cántica sermones,* XI, 5.
4. Bernardo de Claraval, *In Cántica sermones,* XI, 6.

y miseria? ¿Qué es lo que encuentro en mi Dios, con lo cual de tan buen grado y con tal facilidad desprecio todo por su amor, diciendo con gozo en mi corazón: «Oh Dios de mi corazón, tú eres mi lote por siempre» (Sal 73,26)? Y en otro lugar dice: «No conozco otro lugar que tú». ¿Qué es, oh

Hombre, lo que pruebo y gusto en mi deleite en ese punto, con lo cual deseo soportar alegremente y de buen grado toda cosa fuerte, amarga y dura, y digo con todas mis fuerzas: «Para mí lo bueno es estar con Cristo» (Flp 1,23), y: «¿Quién me separará de su amor?» (Rm 8,35)? Dime, oh hombre, ¿qué es esta gran consolación que siento? HOMBRE: ¡Oh Alma!, según san Bernardo, «esta consolación no es otra cosa que aquella gracia de devoción que procede de la esperanza del perdón, y un gusto del Bien, aunque pequeño, y un deleite suavísimo con que el benigno Dios recrea y regala al alma afligida y con el cual el alma es acuciada a buscar a Dios y vehementemente se enciende en el divino amor».[5] «¡Oh Alma!, ¿qué piensas que es aquello tan dulce y deleitoso que suele tocar las almas devotas en el recuerdo del Amado y con tanta suavidad las aficiona, que ya empiezan de todo en todo a enajenarse de sí? Alégrase la conciencia y cae en olvido la memoria de todos los dolores pasados; regocíjase el espíritu, esclarécese el entendimiento, el corazón se enciende, el afecto se recrea. Ya no saben dónde están, y como en abrazos de amor estrechan interiormente un no sé qué y con todas sus fuerzas desean retenerlo. Lucha en cierto modo con deleite el alma por no perder este misterioso Bien, como que en él hubiese encontrado el fin de todos sus deseos». Esto es de Hugo.[6] Y san Bernardo dice: «Oh buen Jesús, cuando orando con los ojos cerrados, casi me vuelvo a ti, con deseo, mandas a mi corazón cierta cosa y cierto contento que yo mismo no puedo saber qué es. Siento claramente en mí una sabrosa dulzura que me contenta enteramente, y si yo siguiese hasta su perfección en mí, no buscaría nunca otra cosa».[7] ¿Acaso no es ése el júbilo del corazón del que habla Gregorio? Dice así: «Júbilo del corazón se llama a cierto gozo que no se puede expresar con palabras, el cual está en la mente y no se puede esconder ni manifestar hablando, pero se ve claramente por ciertos movimientos, aun cuando no se manifiesten propiamente. Por lo cual dice David en el salmo: "Dichoso el pueblo que siente el júbilo" (Sal 89,16); no afirma que dice el júbilo,

5. Bernardo de Claraval, *Sermones in /esto omnium sanctorum,* 10.
6. Hugo de San Víctor, *De arrha animae.*
7. Pseudo Bernardo, *De contemplando Deo,* IX, 20.

sino que lo siente, porque este júbilo del corazón, quien lo tiene, lo siente y lo conoce perfectamente en el entendimiento, pero no lo puede dar a entender a los demás con palabras».[8] Por lo cual bien dice san Bernardo: «Cuando recibo este gusto, Señor, no me dejas con el ver corpóreo, ni con potencia alguna del alma, ni con la inteligencia espiritual, comprender lo que es mío; por lo cual, en recibiéndolo, como quiera yo rumiar o pensar o juzgar qué sabor tenga, de inmediato se disipa toda su dulzura; ciertamente, yo lo recibo y asumo en mí tal como es, y manteniendo mi esperanza en la vida eterna; pero, pensando cuál sea la virtud de su obrar, deseo poner en las entrañas de mi alma cierta dulzura y vital fuerza, por la cual ésa no ame ninguna otra cosa, sino sólo saboree y guste aquello; pero veo que esto se va, y si quiero imprimir y retener en la memoria alguna cosa del mundo como yo la adquirí, o como yo la recibí, o verdaderamente ayudar a la memoria escribiendo, veo que entonces puedo decir las palabras del Evangelio: "No sé de dónde viene ni adonde va" (Jn 3,8)».[9] Estas cosas dice san Bernardo. Oh Alma, ¿qué piensas, pues, que es la divina consolación? Ciertamente, oh alma, esa dulzura es tan grande y tan suave consolación, que sólo en el corazón parece que esté la divina consolación; ciertamente, oh alma, esta dulzura es tan grande y tan suave delectación, que sólo sintiendo en el corazón piensas lo que es la divina consolación.

JACOPONE DA TODI

DE LAS «LAUDES»

[LX] ¡ Oh amor de pobreza,
reino de tranquilidad!
Pobreza, vía segura,
no hay en ella riña ni rencor;
del ladrón no tiene temor,
ni de tempestad alguna.
Pobreza mora en paz,
ningún testamento hace:
deja el mundo como está
y a las gentes concordadas.

8. Gregorio Magno, *Moralia,* XXIV, 6, 10.
9. Pseudo Bernardo, *De contemplando Deo,* IX, 20.

No va a juez ni a notario,
a casa no lleva salario;
ríese del hombre avaro,
que está en tanta ansiedad.
Pobreza, alto saber,
a ninguna cosa someterse,
en desprecio poseer
todas las cosas creadas.
Quien desprecia, sí posee;
poseyendo no se daña:
nada le retiene
de hacer sus jornadas.
Quien desea es poseído:
a lo que ama se ha vendido;
si él piensa que ha tenido,
mala recompensa ha obtenido.
Demasiado escaso es mi coraje
si entro en vasallaje,
la semejanza de Dios que tengo,
la corrompiera en vanidad.
Dios no habita en corazón estrecho;
tanto es grande cuanto tienes afecto;
Pobreza tiene, sí, gran pecho,
donde alberga a la Deidad.
Pobreza es cielo escondido
para quien está en la tierra oscurecido;
quien en el tercer cielo suyo ha entrado,
oye arcana profundidad.
El primer cielo es el firmamento,
de todo honor despojamiento:
grande pone impedimento
a encontrar seguridad.
Para hacer al honor en ti morir,
las riquezas has de desterrar,
a la ciencia enmudecer
y huir la fama de santidad.
La riqueza el tiempo quita,
la ciencia en viento se hincha,
la fama alberga y acoge
la hipocresía de todas partes.
Paréceme cielo estrellado
quien de estas tres es despojado;
mira otro cielo velado:
aguas claras solidadas.
Cuatro vientos mueve el mar,

que a la mente hacen turbar:
el temer y el esperar,
el doler y el gozar.
Estos cuatro despojamientos
más que los primeros son duros;
si los digo, por error
a quien no tiene capacidad:
del infierno no temer
y del cielo esperanza no tener,
de ningún bien gozar
y no dolerse de la adversidad.
La virtud no es el porqué,
que el porqué está fuera de ti:
siempre incógnito te importa
curar tu enfermedad.
Si están desnudas las virtudes
y los vicios no vestidos,
mortales se hacen heridas,
caen en tierra vulneradas.
Luego los vicios mueren,
las virtudes resucitan
confortadas por la casa
de toda impasibilidad.
El tercer cielo es de más altura,
no tiene término ni mesura:
fuera de la imaginación
fantasías mortificadas.
De todo bien se te ha despojado
y de virtud expropiado:
atesoras lo adquirido
en tu propia vileza.
Este cielo es fabricado,
en una nada está fundado,
donde el amor purificado
vive en la verdad.
Cualquier cosa que te parezca no es, tan alto es el que es:

La soberbia en el cielo está
y condénase la humildad.
Entre la virtud y el acto
a muchos se oye en el juego: «Mate»:
así piensa obtener un buen trato
quien está en tierra alienado.
Este cielo tiene nombre «no»:
remoza lengua e intención,
donde el amor está en prisión
en esa luz oscurecida.
Toda luz es tiniebla,
o toda tiniebla es día:
la nueva filosofía
los odres viejos ha roto.
Allí donde Cristo está asentado,
todo lo viejo es por ella remozado,
lo uno en lo otro transformado
en admirable unidad.
Vive amor sin afecto
y saber sin intelecto,
el querer de Dios electo
para hacer su voluntad.
Vivir yo y no yo,
y el ser mío no ser mío,
esto es un paso tal
que definirlo no sé.
Pobreza es nada tener
y nada además querer,
y toda cosa poseer
en espíritu de libertad.[10]

[XCI (XC), 147-200]
En aquel cielo empíreo
tan alto está quien encuentra,
que no puede dar de ello prueba,
ni con la lengua contar;
y mucho más me admiro
de cómo así se renueva,

10. *Vasallaje*$_y$ de la posesión; *a encontrar,* el honor, en efecto, es gran impedimento para encontrar seguridad; *aguas claras solidadas,* el cielo cristalino que sigue al firmamento; *el*

en firmeza tan nueva
que no cabe figurar;
y ya no puede errar,
caer en tiniebla:
la noche se ha hecho día,
defecto gran amor.
Como aire da luz,
si en él luminar es hecho,
como cera deshecho
que a un gran fuego se ve expuesta:
en tanto así reluce
a ese luminar traído,
todo pierde su acto,
su voluntad ha pasado;
la forma que le es dada
tanto la ha absorbido,
que vive estando muerto,
es vencido y vencedor.
No vayas buscando en el mar
vino, ni aunque allí lo pusieses,
que encontrar no lo podrías,
que el mar lo recibió;
y ¿quién puede probar,
ni pensar que quedase
y en sí permaneciese?
Parece que no hubiese sido.
El amor se lo ha bebido,
la verdad cambiado,
lo suyo es baratado,
de sí no tiene vigor.
Queriendo ya no quiere,
que no tiene su querer:
y ya no quiere ver

---

porqué: de la elevación al cielo cristalino, que no tiene su porqué en la virtud, sino fuera del hombre, y esto es necesario para que no dejes nunca de purificarte, pues de otro modo descansarías sobre tu propia rectitud; *la casa de toda impasibilidad,* el alma es morada de toda impasibilidad; *tercer cielo,* empíreo; *atesora lo adquirido,* acumula lo que has adquirido hasta ahora para favorecer tu envilecimiento más profundo; *la soberbia en el cielo está,*

sino esta belleza;
no pide como solía,
no quiere poseer:
en tan dulce tener
nada, reside su fortaleza.
Esta tan suma alteza
en nada está fundada,
aniquilada, formada,
puesta en el Señor.
Alta aniquilación,
tu acto es tan fuerte,
que nos abre todas las puertas
y entra en el infinito;
te alimentas de verdad
y nada temes a la muerte,
enderezas los entuertos,
lo oscuro lo haces claro;
tanto haces el corazón unido
en divina amistad,
que no hay desemejanza
que contradiga al amor.
Tanta es tu sutileza,
que toda cosa se pasa
y debajo de ti así haces
a los defectos quedar;
con tanta ligereza
a la verdad pasas,
que ya no te rebajas
a tras de ti la culpa ver;
siempre estás en gozar
tanto estás concordada,
y a la verdad llevada,
que no sientes ningún dolor.
Placer y desplacer
fuera de ti has echado,
en Dios estás colocado,
placer lo que a él le place;
querer y no querer
en ti se han ahogado,
deseo ha muerto;
pero tienes siempre paz.

Éste es un horno tal,

que purga y no enciende,
del cual no se libera
ni frío ni calor.
Mérito no persigues,
pero mérito siempre encuentras,
luz con dones nuevos,
los cuales no demandas;
si tomas, tanto abarcas,
que de ello no te alejas,
y alegrías siempre encuentras,
donde toda te extiendes;
tú corres, si no andas,
subes, cuanto más desciendes,
cuanto más das, más tomas,
posees al Creador.
Posees poseída
en tanta unión,
que no hay división
que de él te retraiga;
bebes y eres bebida
en transformación;
de tal perfección
no hay quien te distraiga;
tampoco quien su mano contraiga,
no queriendo más dar,
se puede ya encontrar:
tú eres señora y señor.[11]

DEL «TRATADO»

[13] Cuando el alma está así cogida y colmada del amor divino —cosa que acontece inmediatamente cuando Dios la ve vacía de todo otro amor, incluido el amor a sí misma—, comienza a ser iluminada por la verdad

11. Se renueva en firmeza, el alma se renueva en la inmutabilidad irrepresentable; *deshecho;* el ánimo se deshace ante un gran fuego; *ni aunque allí... lo recibió,* aunque se derrame en el mar.

misma, que es Dios. [14] Y en esta verdad ve la verdad de todas las criaturas y reconoce las cosas viles como viles y las preciosas como preciosas. *[15]* Y en esta luz ve la vileza de todas las criaturas y cosas terrenas y el daño que puede seguírsele de amarlas, de manera que no se deja engañar por ellas, aunque vea a muchos ir en pos de ellas; del mismo modo que, si alguien viese con certeza veneno en el alimento que se le pone delante, aun cuando muchos comiesen de él y le dijesen: «Come, que el alimento es bueno», no comería, sino diría: «Estoy seguro de que hay veneno en el alimento, por eso no como. Vosotros que coméis de él sois necios, porque os procuráis la muerte». [16] De modo semejante, sí alguno viese una torre a punto de venirse abajo, por más que pudieran decirle: «Entra en ella y habítala con confianza, porque también nosotros hacemos lo mismo», no entraría, sino que se reiría de ellos. [17] Guiado, pues, por esta luz, uno no sólo no ama las cosas terrenas, sino que incluso las desprecia y las odia, como portadoras de muerte: en efecto, envenenan el alma y están ciertamente destinadas a hundirse, arrastrando consigo a igual hundimiento al alma que se apega a ellas. [18] Y si por casualidad parece que se le presenta alguna ventaja temporal, esta luz, sin embargo, le enseña a dejarla a un lado, porque tiende a mayores ganancias; del mismo modo que, si uno dijese al emperador: «Os quiero vender un pedazo de tierra óptima junto a Asís por sesenta liras, aunque valga setenta, de manera que ganaréis con ello diez liras», ciertamente él lo despreciaría y ni se dignaría siquiera escuchar, porque atiende a la adquisición de ciudades y castillos y a otros grandes hechos; así, el alma con la mirada puesta en las ganancias celestiales no se dignaría atender a las ventajas temporales y terrenas.

[19] Con esta luz le es dada también al alma la perfección de todas las virtudes. En efecto, ¿qué es la humildad, sino luz de verdad, qué es la caridad, qué la paciencia, qué la obediencia, qué todas las demás virtudes, sino luz de verdad? [20] El alma es, pues, conducida por esta luz a discernir y amar la fuerza y la eficacia de las virtudes mismas, y a abrazar su ejercicio y, de este modo, a aprenderlas y poseerlas.

[21] Y, al contrario, en esa misma luz aborrece y detesta todos los vicios; de manera que, si ante él se pusiesen las cien mujeres más bellas del mundo, las consideraría un fastidio, iluminado por esta luz, y no se movería en absoluto a lujuria. [22] También la gula: no sólo no se entregaría a ella, sino que más bien iría a comer con pena y fastidio. [23] Así el alma aborrecería todos los vicios, considerada y reconocida su malicia por medio de esta luz.

[24] Porlo general, el alma es dirigida por esta luz en cada una de las cosas particulares que se han de hacer, porque es iluminada por Aquel del

cual está llena para que considere en todas las cosas que le acontecen el honor de Dios y su voluntad. [25] En efecto, a El sólo elige, a El sólo ama con predilección, por lo cual atiende en todas las cosas a su honor y su voluntad. [26] Y lo hace siguiendo el ejemplo de Cristo, que, en la oración que hizo en el momento de la pasión, observó ambas cosas: en efecto, inclinándose en oración como un hombrecillo cualquiera, honró al Padre, diciendo: «No se haga mi voluntad, sino la tuya», pidió su voluntad. [27] Así el alma, con esta luz, sigue el ejemplo de Cristo. [28] Y si ve que lo que acontece es conforme al honor de Dios y a su voluntad, lo ejecuta y lo realiza; si ve, en cambio, que va contra alguna de dichas cosas, lo desprecia y no lo hace por causa ni persona alguna, de manera que también evita las palabras ociosas, los malos pensamientos y todas las cosas viciosas; evidentemente, porque esta luz de verdad le enseña más plenamente que esas cosas son contra el honor de Dios y su voluntad.

[29] Y cuando el alma está avezada y fortalecida en este camino, esta luz no se la estorban las ocupaciones buenas, es decir, el hecho de que se presente una prelatura o el cuidado de predicar o de atender a otra utilidad del prójimo. [30] En efecto, lo mismo que uno, teniendo ante los ojos un muro algo apartado, ve el muro como tal y todas las cosas intermedias con la misma mirada, así el alma iluminada por esta luz ve a Dios y todas las cosas que se han de hacer, y no se aparta del camino en el que se ha puesto por las ocupaciones mencionadas, aun cuando la contemplación se vea de vez en cuando interrumpida.

[31] En esta luz, el alma conoce también la verdad de su vileza; y cuanto más se une a Dios, tanto más vil se estima, porque se ve más claramente. [32] Y puesto que no se reserva nada para sí, y no se apropia nada de lo que recibe de Dios o hace por don suyo, sino que todo lo atribuye a El y lo reconoce como suyo, como recibido de la benignidad divina sin mérito alguno por su parte, no se exalta, ni por su ingratitud es privada de ello. [33] Al contrario, Dios, viendo que no le sustrae nada, sino que le devuelve todas las cosas, abundantemente pone de nuevo en ella sus tesoros y le otorga más de lo que pide o desea.

[34] Todas estas cosas consigue el alma mediante esta expropiación, porque, puestas en fuga las malas pasiones y ambiciones y afectos desordenados, y alejados todos los impedimentos creados que hacen tenebrosa al alma, entra a continuación la luz divina y la llena, ilumina y adoctrina como se ha dicho.

[35] Con tal expropiación consigue el alma, no sólo esa gracia de la luz de verdad, sino también la gracia de la paz y de la estabilidad, y entonces habita

Dios verdaderamente en ella, porque no está nunca sino en habitáculo de paz. [36] Por lo cual tal alma, en todas las tribulaciones, desdichas, ofensas y dificultades, conserva la tranquilidad y la paciencia y permanece estable y fuerte, [37] sea porque se ha confiado completamente a Dios y se conforma a su voluntad —y por esto, considerando que esas cosas acontecen por voluntad de Dios, concuerda con él y no sólo con paciencia, sino que incluso lo soporta todo de buen grado—, [38] sea también porque se ha arrojado totalmente en Dios y en él habita: por lo cual las palabras injuriosas o las desdichas temporales y todas las demás cosas de este género, e incluso el mundo mismo, no llegan a ella —porque no pueden subir a Dios, donde el alma ha puesto su heredad—, y mucho menos la tocan, porque no está mezclado con ellas, ni la encuentran donde solía estar [39] —del mismo modo que, si uno, queriéndome encontrar, buscase en todos los lugares donde suelo morar y hasta por todo el mundo, menos en el lugar donde estoy, no podría encontrarme; [40] de modo semejante, si la casa de uno ardiese y él estuviese presente, la defendería y se opondría al fuego; si, en cambio, estuviese ausente, no la defendería, ni se preocuparía de ello; [41] así el alma que se ha arrojado plenamente en Dios está ausente de todas las cosas mundanas y no se preocupa de nada de lo que les ocurra, por más que parezca perjudicial o nocivo temporalmente—, [42] sea también, en tercer lugar, porque se hace vigorosa y fuerte en virtud del ejemplo de Cristo, que habita en ella y soportó por ella tantas y tan graves penalidades: por lo cual arde más intensamente en deseos de imitarlo en las tribulaciones y se goza de ellas y casi de nada se turba.

[43] Consigue también el alma con esto la estabilidad de los sentidos del cuerpo, porque, desde que por amor de Cristo alejó todas las criaturas, no vaga por ellas ilícitamente con los sentidos, sino que los regula y hace estables, encomendándolos al Señor con confianza y diciendo, cuando sale de la oración: «Señor, manténme vinculado a ti, regula mis sentidos y no permitas que vague fuera de ti».

[44] Por lo general, con esta expropiación consigue el alma tal dominio de su cuerpo, y tanta paz y acuerdo entre ambos, que no discrepan en nada. [45] De buen grado se somete el cuerpo al alma y la sigue en todas las cosas que quiere obrar, tanto en la humillación, severidad, abstinencia y vigilias, como en todos los trabajos y molestias. [46] En efecto, el cuerpo, cuando se acuerda de las angustias y de los graves trabajos que solía padecer por la impaciencia, la ira, la envidia, la ambición y los estorbos de las cosas temporales, y ahora se ve establecido en tan gran paz, de buen grado soporta todos los trabajos de la penitencia para evitar aquellos trabajos infructuosos, perjudiciales y más aflictivos. [47] Del mismo modo que, si uno

supiese con certeza que por cada cien monedas se le iban a dar mil, no le parecería oneroso dar cien, y hasta de mejor grado daría doscientas, [48] así el cuerpo, como algo de lo que saca gran provecho, soporta jovialmente estos trabajos, y de buen grado sigue al alma, y aun se esfuerza por adelantarse a ella y prevenirla.

[49] Por tanto, es muy útil y sumamente saludable que rechacemos todos los impedimentos y nos expropiemos y muramos a todas las cosas creadas, y desesperemos totalmente de nosotros y de todas las criaturas y nos echemos con confianza en brazos de Dios, que benignamente nos acogerá, amorosamente nos guiará y nos conducirá a un fin dichoso. [50] Si, en efecto, vemos que los mercaderes, por ganancias temporales se arriesgan y se lanzan a empresas desesperadas, exponiéndose a los innumerables peligros de los caminos y del mar, y los soldados por el honor mundano hacen lo mismo, exponiéndose a las espadas, las guerras y la muerte, y sin embargo a menudo ni aquéllos consiguen la ganancia, ni éstos el honor que desean, y, si lo consiguen, están seguros de que lo perderán, cuánto más nosotros por ganancia y honor espiritual y por premios verdaderos y ciertos y destinados a durar para siempre debemos hacerlo, siendo así que además no nos exponemos a ningún peligro. [51] Y ciertamente, si alguno hiciese la mencionada expropiación bien y con fe y pureza, en breve tiempo y a los pocos días empezaría a sentir lo que se ha dicho y a gustar la dulzura divina. [52] Y perseverando en esa misma expropiación descubriría por experimento certísimo que todas las cosas antedichas son verdad, de manera que, al salir de la oración, con viveza y amor abrazaría sólo las cosas divinas, mirando este mundo con ansiedad y estupor tales, como si estuviese atónito y enajenado o convertido en otro; y, como si viniese de otro mundo, despreciando totalmente éste, sufriría con pena y con trabajo el verlo, por haber alejado de él el ánimo y por la jovialísima unión con Dios.

De los «Dichos»

[II b, 1] Lo mismo que el amor es de suyo causa y raíz de todos los vicios y males, y del debilitamiento de todas las virtudes, así también el odio es de suyo origen y fundamento de todas las virtudes y supresión de todos los vicios. [2] Por lo cual, no sólo habría que odiarse, sino que también se debería desear ser odiado por todos.

[3] A este odio se llega así: uno debe examinarse diligentemente y aplicarse a conocerse a sí mismo; al hacerlo se verá y reconocerá malvado, se

juzgará odioso y se odiará como malvado. [4] Y puesto que de este conocimiento de sí es conducido al conocimiento de la verdad, comienza a amar la verdad, no sólo en sí, sino en todos. *[5]* Por lo cual querrá que todos tengan de él la opinión verdadera que él mismo tiene, y así, juzgándose según verdad digno de odio, querrá ser odiado por todos y no podrá soportar ser alabado, porque verá en ello confundida la verdad que ama.

[6] Con esto se mortifica el apetito de alabanza que tenía y todo otro apetito desordenado, y en consecuencia queda exterminada la soberbia, la ira, la envidia y todos los demás vicios.

[7] Con esto se adquiere también el desprecio de sí, y toda virtud y todo bien: en efecto, de este modo sentirás que echan raíces en tu alma la prudencia, la fortaleza, la templanza y la justicia y todas las demás virtudes, y sobre todo la triple paciencia. [8] Por lo cual con esto se llega a la quietud del alma.

[9] La primera virtud es la paciencia por la cual uno soporta pacientemente las adversidades. [10] La segunda es el don de la fortaleza, por el cual uno soporta de buen grado. [11] La tercera es el don de la bienaventuranza, por el cual uno soporta con alegría.

[12] La orden de odiar es que se odie la costumbre viciosa y se ame el ser de la naturaleza, de manera que cada uno respete sus límites, a fin de que para seguir la naturaleza no se caiga en los vicios, y para destruir los vicios no se corrompa la naturaleza.

[XI, 1] Doble es el renunciamiento: corporal y espiritual. [2] Renunciamiento corporal es despreciar por Dios todas las cosas que son del mundo, es decir, todas las cosas corporales. [3] Renunciamiento espiritual es despreciar todas las cosas espirituales, es decir, las consolaciones propias y el sentir, también esto por Dios. [4] Y tal hace el alma cuando con pureza ama a Dios. [5] Hay, en efecto, un tiempo en el que el alma ama a Dios por sí misma, es decir, por la dulzura que de ello obtiene, y por las consolaciones que de ello recibe, y por eso lo busca. [6] En efecto, tales consolaciones y dones están en el alma como un mundo espiritual que ella ama mucho. [7] Y hay un tiempo en el que el alma ama a Dios con pureza, y entonces se renuncia a sí mismo en todas estas cosas y lo desprecia todo, para hacer con pureza y enteramente la voluntad de Dios y amarlo con pureza por sí mismo, porque es bueno, aun cuando no se reciba ninguna recompensa en la vida presente ni en la futura.

GIOVANNI DEI CAULI DA SAN GIMIGNANO

Escribió entre 1256 y 1263 las *Meditationes vitae Christi;* los pasajes que se citan a continuación están tomados de una versión en lengua vernácula del siglo XIV.

DE LAS «MEDITACIONES SOBRE LA VIDA DE CRISTO»

[Prólogo] Y por eso, pensando frecuentemente en la vida de Cristo hasta adquirir prácticamente el hábito de pensar en ella, llega el alma a tener con Cristo familiaridad, confianza y amor, al tiempo que considera viles y despreciables las demás cosas. Queda, además, adoctrinada y fortalecida en aquello que debe hacer y en que se debe guardar.

Digo, pues, en primer lugar, que la meditación habitual de la vida de Cristo conforta y hace la mente tan estable contra las vanidades como la tenía a menudo [santa Cecilia] y de tal manera colmaba su corazón de la vida de Cristo, que ninguna vanidad podía entrar en él. Por lo cual, cuando estaba ella en aquella gran pompa de las bodas, donde se hacen tantas vanidades, y sonaban los órganos y los instrumentos, ella con su corazón firme y estable cantaba solamente a Dios, y decía: «Señor mío, Señor Dios, haz mi corazón y mi cuerpo inmaculado, para que en mí no haya confusión alguna de pecado».

Fortalece también contra las tribulaciones y adversidades, como puede verse en los santos mártires; y de ello dice san Bernardo: «La paciencia del martirio procede de ahí, por lo cual conviene que devotísimamente se vuelva una y otra vez a las heridas de Cristo, se repiensen con frecuencia y se habite en ellas. Está, pues, el santo mártir todo alegre, aunque todo el cuerpo esté lacerado; pero, ¿dónde está entonces el alma del santo mártir? Ciertamente en las heridas de Cristo; y no te maravilles de ello, pues son éstas muy amplias para permitir la entrada en ellas. Pero si ella estuviese en su cuerpo, ciertamente sentiría cuando el hierro o el fuego lo tocase, y al sentirse no soportaría el dolor, y así perdería y negaría». Hasta aquí las palabras de san Bernardo.

De manera semejante pasa con los santos confesores, y otros hombres santos, los cuales se alegran de las tribulaciones y las adversidades; y lo que sucede es que su mente está pensando continuamente en la vida de Cristo, y allí está todo su afán.

Aprende también a soportar, de manera que no puedas ser engañado, ni caer en las manos del enemigo ni de los vicios; porque en esto se encuentra

la perfección de todas las virtudes. ¿Y dónde encontrarás tú ejemplo y doctrina de la excelentísima caridad, de la estrictísima pobreza y de la profunda humildad, de la sabiduría, de la oración, de la mansedumbre, de la obediencia, de la paciencia y de todas las demás virtudes, como en la vida del Señor de las virtudes? Por lo cual dice san Bernardo: «Vanamente y sin fruto se afana quien tiene esperanza de adquirir virtudes de otro que del Señor de las virtudes; cuya doctrina del mundo, como se manifiesta en la mencionada santa Cecilia, es semilla de prudencia, cuya misericordia es obra de justicia, cuya vida es espejo de templanza, cuya muerte es signo de fortaleza». Hasta aquí las palabras de san Bernardo.

Quien le sigue, pues, no puede errar, ni puede ser engañado. Se enciende su virtud en el seguimiento y la adquisición, se le anima el corazón, y después es iluminado por la virtud divina, en tanto que se viste de virtudes, y sabe discernir lo verdadero de lo falso. Y por esto han sido muchos los iletrados y simples que han conocido las altas y profundas cosas de Dios. ¿Cómo crees tú que llegó san Francisco a tanta abundancia de virtud y a tan sutil entendimiento de la Escritura divina, y aun a tan experto conocimiento de los engaños del enemigo y los vicios, sino por el familiar uso y meditación de la vida de Jesucristo? Por eso se acercaba a él tan ardientemente, y lo seguía en todas las virtudes perfectamente en la medida en que podía. Y aquello que por sí no podía tener, Jesucristo se lo quiso cumplir, al transformarse en él todo por la impresión de sus santas llagas. Ves, pues, cómo la meditación de la vida de Cristo conduce a otros a un grado elevado y excelente. Pero como fundamento eficaz conduce a mayor grado de contemplación todavía, ya que en ella se encuentra una santa unción, que poco a poco eleva al alma al estado de contemplación (y le enseña muchas cosas de las cuales no se puede hablar aquí).

[2] La Misericordia rogaba al Padre que socorriese al género humano, y tenía de su parte a la Paz, pero la Verdad la contradecía, y tenía de su parte a la Justicia; de este modo, hubo entre ellas gran discordia, según cuenta san Bernardo en un largo y bello sermón. Pero voy a compendiarlo en la forma más breve que pueda. Y tengo intención de alegar, con mucha frecuencia, sus dichos dulcísimos lo más brevemente que pueda. Este es, pues, el compendio de sus palabras.

La Paz y la Misericordia decían al Señor: «Señor, ¿sentirás repugnancia eterna por el género humano, olvidarás ser misericordioso?». Y le reiteraban esto largamente. Y el Señor les respondió: «Sean llamadas vuestras hermanas Justicia y Verdad, que, como veis, están dispuestas en contra vuestra, y oigámoslas juntamente con vosotras». Una vez llamadas aquéllas

tomó la palabra la Misericordia: «Señor, tu criatura tiene necesidad de la divina misericordia, ya que se ve demasiado mísera, y ha llegado el tiempo de tener misericordia, y ya se acaba». Pero la Verdad le contradecía: «Señor, es preciso que las palabras que pronunciaste se cumplan: muera Adán con todos aquellos que con él están. Ya que al no obedecer transgredieron tu mandamiento». Dice la Misericordia: «Entonces, ¿por qué me hiciste? La Verdad sabe bien que soy muerta si tú no eres misericordioso». Dice la Verdad: «Si el pecador se libra de la sentencia que has pronunciado, tu verdad perece y no permanece para siempre». Entonces el Padre remitió esta cuestión al Hijo. Y la Misericordia y la Verdad decían las mismas palabras ante el Hijo; y aún dijo así la Verdad: «Señor, reconozco de buen grado que la Misericordia actúa movida por un celo bueno, pero no sabiamente, pues pretende perdonar antes al pecador que a la hermana». Respondió la Misericordia: «Y tú no perdonas a nadie, y muestras incredulidad con tanta indignación contra el pecador, que no te acuerdas de mí, tu hermana». Pero no por eso dejaba de impugnar sus razones la Verdad, diciendo: «Señor, esta cuestión se deja en tus manos, pero mira que la palabra del Padre no sufra menoscabo». Dijo la Paz: «Absteneos de tales palabras, pues no es decoroso que las virtudes litiguen».

Ves gran discordia y razones poderosas y eficaces por una parte y por la otra. No parecía que la Misericordia y la Verdad se pudieran poner de acuerdo respecto al género humano. Entonces el Rey escribió la sentencia y se la dio a leer a la Paz, que estaba más cerca de él; decía así: «Esta dice así: estoy muerta si Adán no muere; y ésta dice así: yo estoy muerta si no se tiene misericordia de Adán. Hágase la muerte buena, y cada cual tendrá lo que reclama». Entonces, una vez oída la palabra de la sabiduría, todos se espantaron, y consintieron en que muriese Adán haciéndole misericordia, Pero preguntaron cómo se hace buena la muerte, siendo así que hasta su recuerdo parece algo absolutamente horrible.

Respondió el Rey: «La muerte de los pecadores es pésima; pero la de los santos es preciosa y portadora de vida. Encuéntrese, pues, quien quiera morir por la caridad, y no merezca recibir la muerte. Y de este modo la muerte no podrá tocar al inocente, sino que hará en sí misma un agujero por el cual se podrá pasar libremente». Agradaron sus palabras. «Pero ¿dónde se podrá encontrar a uno de tal condición?» [, respondieron]. Volvió, pues, la Verdad a la tierra, y la Misericordia se quedó en el cielo, según lo que dice el Profeta: «Oh Señor, tu misericordia está en el cielo, y tu verdad llega de la tierra hasta las nubes» (Sal 36,6; 57,11). Y la Verdad buscó por toda la tierra, y no encontró ni a un inocente, ni siquiera a un

niño de un día. La Misericordia buscó por todo el cielo, y no encontró en él a ninguno que tuviese suficiente caridad para aquello. Pues le correspondía hacer esta caridad a aquel cuya caridad fuera mayor que la de nadie y que entregase su alma por sus siervos inútiles.

Regresaron, pues, la Misericordia y la Verdad el día establecido, jadeando y muy fatigadas, sin haber encontrado lo que deseaban. Dice la Paz: «Vosotras no sabéis ni pensáis nada. No se encuentra a nadie que obre el bien, ni uno sólo. Por eso, que quien nos dio el consejo nos ayude».

Enterado el Rey de estas nuevas, suspiró y dijo: «Me arrepiento de haber hecho al hombre, pero me corresponde cargar con la pena por aquel al que creé». Se llamó inmediatamente al arcángel Gabriel y se le dijo: «Ve y anuncia a los hijos de Jerusalén que están prisioneros del enemigo por el pecado, que no tengan miedo, ya que su Rey viene para liberarlos». Todo esto es de san Bernardo.

Ves, pues, qué peligro tan grande fue y es el pecado, y cómo supone gran dificultad encontrarle remedio. Así pues, de este modo se pusieron de acuerdo las mencionadas virtudes, y especialmente en la persona del Hijo. Porque la persona del Padre en alguna cosa parece horrible, terrible y poderosa, y así en modo alguno se habrían confiado a ella la Paz y la Misericordia. Pero la persona del Espíritu Santo es benignísima, y así en modo alguno se habrían confiado a ella la Justicia y la Verdad: por lo cual la persona intermedia entre Justicia y Misericordia, es decir, el Hijo, fue aceptada por ambas partes para poner ese remedio. Pero no pienses que estas cosas sean dichas propiamente, sino que les son apropiadas.

Entonces se cumplió la palabra del Profeta que dijo: «La Misericordia y la Verdad se encuentran, la Justicia y la Paz se besan» (Sal 85,11). Estas, pues, son las cosas que podemos imaginar que acontecieron en el cielo.

[54] Considera diligentemente las cosas que se han dicho de las virtudes y de los vicios, y de qué modo has de esforzarte en vivir, cómo debes examinarte a ti mismo y admirar e imitar las virtudes de los demás, y por ello debes ser humilde y estar siempre con miedo de no tener tú virtudes semejantes, como enseña san Bernado en el *Cántica* (54): «No sin razón me asaltó la enfermedad del ánimo y de la mente, ayer y anteayer, con una desusada pereza del espíritu. Corría bien, pero la piedra estaba en el camino; tropecé y caí, se encontró en mí soberbia, y el Señor en su ira se alejó de mí. De aquí procedía esa esterilidad de mi alma, y la pobreza de devoción que padezco. ¡Cómo está de árido y seco mi corazón, apretado como leche! Se ha vuelto como tierra sin agua, y no me puedo compungir

con "mis lágrimas, tal es la dureza de mi corazón. No encuentro gusto en recitar los salmos, no me cuido de leer, no me deleito en orar, y no encuentro pensamientos acostumbrados. ¿Dónde está la embriaguez del espíritu? ¿Dónde la claridad de la mente y la paz y el gozo del Espíritu Santo? Y, sin embargo, en la actividad de las manos me encuentro perezoso, soy lento a la hora de velar, rápido a la ira, pertinaz en el odio, cedo mucho espacio a la ira y a la lengua, soy negligente y ocioso en la predicación. ¡ Ay de mí! Todas las montañas visita el Señor, y a mí no se acerca». «Yo veo a alguno de singular abstinencia, y a alguno de maravillosa paciencia, a alguno de suma humildad y mansedumbre, a alguno de mucha misericordia y piedad, a alguno llegar a la contemplación numerosas veces, a aquel otro lo veo llamar a la puerta de los cielos y pasar adentro mediante la acostumbrada instancia de la oración, y a muchos otros progresar en las virtudes. A estos tales los considero a todos fervientes, a todos devotos, a todos unánimemente en Cristo, a todos llenos de la gracia y los dones celestiales: verdaderamente, como montes espirituales que son visitados por Dios; y al subir el esposo, reciben a menudo mensajeros; y yo, que de estas cosas nada encuentro en mí, ¿qué me consideraré, sino un monte de Gelboé dejado a un lado y abandonado por el celestial y benignísimo visitador en su ira y su indignación? Hijos míos, este pensamiento quita y aparta la soberbia de los ojos, hace volver la gracia, prepara el camino del esposo con salvación». «Quiero que no perdonéis, quiero que os acuséis a vosotros mismos, cuantas veces comprendáis que en vosotros mismos, y en breve tiempo, enferman la gracia y la virtud». «Esto hace quien es curioso observador de sí mismo, y buscador de sus caminos e inclinaciones, y que en todas las cosas sospecha el vicio de la arrogancia, para que no destruya. En realidad, he aprendido que [eso no] es tan justo ni tan eficaz para merecer la gracia, ni para conservarla y encontrarla de nuevo, como estar en todo momento ante Dios sin soberbia y con temor de Dios. "Dichoso el hombre que teme siempre" (Pr 28,14)».[12]

También san Bernardo, en la *Epístola a los hermanos del Monte de Dios,*[n] dice: «Aprende a ser prelado para ti, y a ordenar tu vida, a componer tus costumbres, a juzgarte a ti mismo, y a acusarte tú mismo a ti mismo, y con mucha frecuencia a condenarte, y a no dejarte sin pena. Estaba la jus-

12. Bernardo de Claraval, *Sermones in Cántica,* LIV, 8-9.
13. Se trata de Guillermo de Saint-Thierry; véase *Prosatori minori del Trecento, Scrit-tori di religione,* edición a cargo de G. De Luca, Milán - Ñapóles, Ricciardi, 1954, pág. 1.045, nota 5.

ticia sentada juzgando, y en pie la conciencia pecadora, acusándose a sí misma. Nadie te juzgará con mayor fidelidad, nadie te ama más. Por la mañana haz examen de la noche pasada, y prevé lo que debe venir. A la noche haz examen del día pasado e indaga el futuro. Así, nunca distraído, no te cuidarás de la lascivia. Y a todas horas, según está ordenado canónicamente, distribuye tus ocupaciones y tus ejercicios. A quien debes dar cosas y servicios espirituales, dáselos espirituales; y a quien corporales, corporales; con los cuales paga el espíritu toda deuda al Señor, y el cuerpo al espíritu; para que, si hay alguna cosa omitida, alguna cosa hecha por negligencia, o alguna imperfecta, en su modo, su lugar y su tiempo, no permanezca sin ser castigada y compensada en ti».

Dice también san Bernardo en el *Sermón del tiempo de la Septuagésima* (80): «¡Cuánto admiro, cuánto venero desde lo más profundo de mi corazón, y con qué amor abrazo a los que prescinden de los que les rodean, y se fijan en uno, dos o más de los que ven más fervorosos! Tal vez ellos son más perfectos, pero se fijan continuamente en los otros y desean imitar sus ansias de Dios y sus ejercicios corporales y espirituales. "¡Ay de mí!", me dijo uno de los nuestros, "Durante las vigilias me he fijado en un monje, y he encontrado en él treinta virtudes, de las cuales yo no tengo ninguna". Es posible que aquel otro no tuviera ninguna tan grande como la humildad de esta santa emulación. El fruto de este sermón podría ser fijarnos siempre en lo más perfecto, ya que en eso consiste la auténtica humildad. Tal vez en alguna cosa tú has recibido dones mejores que otro hermano; sin embargo, si eres un auténtico imitador, encontrarás otros muchos aspectos en que eres menos perfecto. ¿De qué te sirve trabajar o ayunar más que él, si él te supera en paciencia, te aventaja en humildad y te gana en caridad? ¿Por qué estás pensando sin cesar y tontamente en tus virtudes? Preocúpate más bien de conocer lo que te falta. Es mucho mejor».[14] Hasta aquí las palabras de san Bernardo.

Ves cómo te reporta gran bien considerarte y examinarte a ti mismo y también a los demás, para que las buenas costumbres las apliques a tu utilidad: ejercítate en esto y obra con energía, que, mientras estés en la vida activa, tengas siempre operaciones y oficios de caridad, humildad y piedad.

14. Bernardo de Claraval, *Sermones de diversis,* XXXVI, 2-3.

BEATO EGIDIO DE ASÍS

DE LA «VIDA DEL BEATO EGIDIO DE ASÍS»

[8] Dieciocho años después de su ingreso en los hermanos menores, en el tiempo en que el bienaventurado Francisco dejó esta vida, el beato Egidio fue con un compañero al eremitorio de Cetona, que está en la diócesis de Chiusi. Y llegado al lugar de Cibottola, de los hermanos menores, a la noche siguiente vio en sueños al Emperador que le demostraba gran familiaridad; señal, como dijo él después, de la futura gracia. Entonces él y su compañero se levantaron y fueron al eremitorio que hemos dicho, donde hicieron con gran fervor y devoción la cuaresma de san Martín.

En aquel lugar, el santo Egidio vio en sueños al bienaventurado Francisco, y le dijo: «Quisiera hablar contigo». Le respondió el bienaventurado Francisco: «Apresúrate, si quieres hablar conmigo». Estando en aquel lugar en ardiente y devota oración, velando por la noche tres días antes de Navidad, se le apareció el Señor Jesús visiblemente, mostrándose a sus ojos mortales. El beato Egidio, durante la admirable visión, debido al inefable olor lanzaba grandes gritos y creía morir, pues no podía soportar tal contemplación. Los frailes del lugar estaban espantados por los gritos. El, en un determinado momento, sintió tan inefable olor y tan desmesurada dulzura espiritual, que parecía reducido al último punto de la vida. Y un fraile, al oírlo, comenzó a sentir gran temor y, yendo a donde estaba el compañero de fray Egidio, le dijo: «Ve adonde está fray Egidio, que se muere». Aquél se levantó inmediatamente y dijo al santo Egidio: «¿Qué te pasa?». El le respondió: «Ven, hijo, hace un momento deseaba mucho verte». En efecto, amaba mucho a ese compañero suyo y confiaba mucho en él, porque desde la adolescencia lo educaba en santas costumbres y obras espirituales. A él le contó por orden la aparición que había tenido: el compañero entendió que había sido una visión divina y volvió a su celda.

[15] Los demonios no pueden causar daño ni fastidio a los hombres de vida santa y perfecta con miedos ni amenazas; por eso recurren a otro arte y manera de tentación: la soberbia y la vanagloria. Una vez, cuando el beato Egidio vivía en un lugar cerca de Perugia, estando por la noche en su celda haciendo oración, oyó cerca a los demonios que decían: «¿Por qué se fatiga tanto este hombre? Ya es un santo, un ungido del Señor, un extático

Fray Egidio, después, preguntó a su compañero, al que tenía en mucha estima, qué significaba eso, sobre todo la palabra «extático», que no comprendía. El le respondió: «No hagas ningún caso, hermano, porque todo fue una tentación del maligno».

DE LOS «DICHOS»

[1] Bienaventurado quien ama y no desea a cambio ser amado; bienaventurado quien teme y no desea a cambio ser temido; bienaventurado quien sirve y no desea a cambio ser servido.
Bienaventurado quien se porta bien con los demás y no desea que los demás se porten bien con él. Pero éstas son grandes cosas y los necios no llegan a entenderlas.

[3] Otro fraile le dijo: «Fray Egidio, ¿qué es lo que dice un profeta: "Todo amigo procede con fingimiento" (Jr 9,4)?». Le respondió fray Egidio: «En esto te engaño, en que no hago mío tu bien: cuanto más supiese hacerlo mío, tanto menos engañoso sería para contigo. Cuanto más se goce uno del bien del prójimo, tanto más se hará partícipe de él. Si, por tanto, quieres tener parte en el bien de todos, alégrate del bien de todos».

[4] Un gran paso en la humildad es para el hombre reconocer que está siempre en contradicción con su propio bien. Otro aspecto de ella me parece que es volver las cosas de los demás, y no hacerlas propias: eso significa reconocer como procedentes de Dios, del cual son, todas las cosas buenas, y de uno mismo las malas.

Bienaventurado quien ante los hombres se humilla del mismo modo que se encontró inepto ante Dios.

[6] Bienaventurado quien en el mundo no busca ni anhela ninguna consolación de parte de criatura alguna.

Quien tuviese siempre claro el recuerdo de sus propios pecados no se retraería ante ninguna adversidad.

Si quieres salvarte, intenta perder toda esperanza de consolación que te pueda venir de criatura mortal: las caídas mayores y más frecuentes vienen de las consolaciones más que de las tribulaciones.

[7] Yo podría con veracidad jurar que quien intenta hacerse más ligero el yugo del Señor, lo siente más pesado; y quien intenta hacérselo más pesado, lo siente más liviano.

Ojalá todos los hombres buscasen, en este mundo, la mayor humildad incluso del propio cuerpo.

Quien hizo el otro mundo también hizo éste, y las consolaciones que prodiga en el otro también puede darlas en éste; y el cuerpo siente algo de los bienes del alma, porque el bien y el mal de ésta desbordan en él.

[8] Los pájaros del aire, los animales de la tierra, los peces del mar, cuando tienen su alimento, no buscan nada más; pero el hombre no se satisface con lo que hay sobre la tierra y siempre tiene hambre de otra cosa: con ello se demuestra que no fue creado para eso, sino para otra cosa. En efecto, el cuerpo fue hecho para el alma, y este mundo para otro mundo.

Este mundo es una campaña tal, que quien tiene el poder más grande tiene el peor.

Decía también que al bienaventurado Francisco no le agradaban mucho las hormigas, por su excesiva solicitud en acumular provisiones; amaba más a los pájaros del aire, porque «no recogen en sus graneros» (Mt 6,26).

[9] Un fraile le dijo:' «¿A qué llamas tú castidad?». Respondió fray Egidio: «Llamo castidad a custodiar los sentidos en la gracia de Dios».

[12] Los religiosos de vida santa son semejantes a los lobos, que sólo salen por una gran necesidad y permanecen poco en lugar habitado.

[13] Una vez fray Egidio preguntó a un fraile: «¿Qué dicen los grandes doctores que es la contemplación?». Aquél dijo: «No lo sé». Y él: «¿Quieres que te diga lo que a mí me parece?». Y el fraile: «Dilo». Habló el bienaventurado fray Egidio: «La contemplación tiene siete grados: fuego, unción, éxtasis, contemplación, gusto, quietud y gloria. Por *fuego* entiendo una especie de luz, que aparece primero para esclarecer el alma. Sigue la *unción* del perfume espiritual, de la cual procede una especie de maravilloso olor, recordado en el Cantar: «Tras el perfume de tus ungüentos» (Ct 1,3), con lo que sigue. Después el *éxtasis:* el alma, gozado el perfume

es arrebatada y sacada fuera de la carne. Sigue la *contemplación,* pues el alma, de este modo, casi desencarnada, contempla con admirable claridad a Dios. Viene después el *gusto,* que es esa admirable dulzura experimentada por el alma en la contemplación: de ella canta el Salmo: "Gustad y ved" (Sal 34,9), con lo que sigue. A continuación viene la *quietud,* cuando el alma, gustada esa dulzura espiritual, en ella se distiende. Y al final aparece en el alma la *gloria,* pues con abundante paz se viste de pompa y se colma de inmensa alegría, y canta el Salmo: "Me saciaré cuando se descubra tu gloria" (Sal 17,15)».

[15] Si quieres ver bien, sácate los ojos y sé ciego. Y si quieres oír bien, hazte sordo. Si quieres caminar bien, córtate los pies. Y si quieres obrar bien, ampútate las manos. Si quieres amar bien, odíate a ti mismo. Si quieres vivir bien, mortifícate a ti mismo. Si quieres ganar mucho, aprende a hacer echazón. Si quieres ser rico, hazte pobre. Si quieres estar en delicias, aflígete a ti mismo. Y si quieres estar con seguridad, estáte siempre con temor. Si quieres ser exaltado, humíllate a ti mismo. Si quieres ser tenido en gran reverencia, desprecíate a ti mismo y reverencia a quien te desprecia. Si quieres recibir mucho, soporta el mal. Si quieres estar en quietud, sufre fatiga. Si quieres ser bendecido, desea ser vituperado. ¡Qué gran sabiduría es saber hacer estas cosas! Pero, precisamente porque son grandes, son dadas a pocos.

Si el hombre viviese mil años y no tuviese que dedicarse a obra alguna fuera de sí, bastante tendría que trabajar en lo profundo de sí mismo, en el propio corazón, y ni aun así podría llevar enteramente a término tal empresa: tan grande es por sí solo el trabajo interior, en el propio corazón.
Quien no hace actuar en sí a dos personajes, el juez y el señor, no puede llegar a la salvación.

[17] Cuanto más lleno está un hombre de vicios, tanta más necesidad tiene de oír razonar sobre las virtudes. Lo mismo que uno, por escuchar a menudo palabras viciosas, cae con mayor facilidad, así, por el frecuente razonar en torno a las virtudes, el hombre se siente dulcemente conducido y dispuesto a ellas. Pero ¿cómo hablar de tales cosas? No sabemos decir la belleza del bien, no sabemos mostrar la fealdad del mal. Por lo primero no llegamos a descubrir la excelencia, por lo segundo no conseguimos entender la tristeza, pues ni una cosa ni otra pueden ser plenamente comprendidas por nuestra mente.

[23] Cierto hombre dijo a fray Egidio: «¿Qué podría hacer yo para señar alguna dulzura de las cosas de Dios?». Respondió: «¿Te ha mandado alguna vez Dios la voluntad de algo bueno?». Y él: «Muchas veces». Le dijo fray Egidio, alzando mucho la voz: «¿Por qué no conservaste esa voluntad de algo bueno, que te habría abierto el camino a otro bien mayor?».

Otro dijo: «¿Qué debo hacer? Tengo el corazón seco y sin devoción». Le respondió burlón: «No hagas más oración ni lleves más tu ofrenda al altar».

[26] Una vez el beato Egidio se compadecía de una ciudad cuya expugnación sangrienta habían anunciado. Se dolía por la crueldad de los vencedores y por la suerte de los vencidos, pero, después de haber dicho que sobre éstos se debía hacer gran lamentación, añadió: «Sin embargo, fue Dios quien permitió que los hombres de esa ciudad fueran castigados y confundidos, porque muchas veces, cuando eran más fuertes que sus vecinos, usaron con éstos de inhumana ferocidad». Un fraile le dijo entonces: «Si Dios quiso que esto sucediera, no debemos, como tú dices, compadecernos de esos ciudadanos, sino más bien alegrarnos de su castigo, porque todo hombre debe conformar su propia voluntad a la divina». Respondió fray Egidio: «Pongamos que un rey haya hecho una ley, según la cual quienquiera que cometa cierto delito ha de ser decapitado o ahorcado. Supongamos que lo comete precisamente el hijo del rey, y que, por sentencia de su padre, es conducido al suplicio: ¿crees tú que al rey le agradaría que la gente hiciese fiesta y gritase: "Gocemos, que el señor rey manda a la muerte a su hijo"? Seguramente tal alegría no le sería agradable, sino que más bien lo heriría: lo mismo pasa con este hecho».

[Códices de la clase B] Tanto ama un hombre verdaderamente a otro, cuanto entre sí se aman y se exhortan a la salvación.

[Códice 1/63, San Isidoro, Roma] Decía también: «Debemos tener más miedo por el bien que por el mal: pues el hombre sigue éste alguna vez, pero siempre se resiste a aquél».

Debemos estar entre los hombres de modo que no perdamos la gracia que el Señor pone en nosotros. Y procuremos saber llegar a la salvación con los pocos. Pues a menudo sucede que algún valeroso nadador que no sabe prestar auxilio a quien peligra con la prudencia y la cautela necesarias corre el riesgo de perderse y ahogarse con él.

[Códice 1/73, San Isidoro, Roma] Decía: «Cuanto más se alegra uno del bien que el Señor hace a su prójimo, tanto más suyo se hace dicho bien, con tal de que sepa hacerlo producir y rendir, y sepa guardarlo; porque el bien no es del hombre, sino de Dios».

Decía también: «Porque no soy hombre espiritual, como debería, y no me gozo ni me regocijo con el bien del prójimo, ni me compadezco y me duelo de su mal, no saco provecho, como debería, del bien y del mal de los demás. Y sucede entonces que ofendo a la caridad, disminuyo el bien que tengo y caigo en el pecado».

[Códice 590, Asís] Una vez dijo que el hombre debe amar a una criatura más que a otra, considerando los dones que el Señor hace a un alma en comparación con otra, y la mayor edificación que él puede sacar de allí.

Decía: «Dios daría con la mayor generosidad sus tesoros a los hombres, si encontrase recipientes preparados».

El reino de los cielos no puede merecerlo ni ganarlo nadie, sino sólo ponerse en su busca.

MARGARITA DE CORTONA

Su biografía fue escrita por su confesor, Fray Giunta Bevegnati, de la Orden de los menores, vivo todavía en 1318. Margarita nació en 1247 en Laviano, en el término municipal de Perugia. Huyó de casa con un joven rico de Montepulciano; vivió con él nueve años, y de él tuvo un hijo. A la muerte de su amante, Margarita volvió a Laviano, pero su padre la echó. En Cortona tomó el hábito de las terciarias de santa Juliana y vivió en penitencia y santidad, dedicándose también al bien público. Murió el 22 de febrero de 1297.

DE GIUNTA BEVEGNATI, «LEGENDA DE LA VIDA Y MILAGROS DE SANTA MARGARITA DE CORTONA»

[IV, 17] La nueva discípula de la humildad —que no se comparaba con los mayores, ni con los iguales, ni con los menores, ni con muchos, ni con

pocos, ni con uno solo siquiera—, al deplorar continuamente sus defectos, de tal modo se conocía y se creía a lágrima viva la más despreciable de todos, que se veía obligada a decir por el dolor: «¡ Ah, si os hubiese placido a vos, Señor mío, que yo nunca hubiese nacido, ya que tanto os ofendí, y ni siquiera ahora observo vuestros mandamientos!». Y porque Cristo le corrigió ásperamente por tales palabras, le respondió ella: «En tanto, oh Señor, he dicho eso, en cuanto que parece cosa absolutamente asombrosa que Majestad tan sublime se dirija a tan mísera criatura, y se digne morar en alma tan mezquina. *¿Y* no sabíais, oh Señor, vos que todo lo sabéis, cuánta fuese mi miseria y mi inestabilidad? Sabíais también lo que yo era, y lo que en el presente soy, y que no hay bajo el cielo otra criatura tan vil ni tan frágil». Entonces el Lirio de los valles colmó de inmediato el valle del corazón de Margarita de una suavidad tan grande, que ella hubo de exclamar: «Si con esta consolación admirable tolerase yo todas las penas que en nombre de Cristo han sufrido los santos, todas se trocarían en dulzura y aliviamiento». Y el Señor a ella: «Hija Margarita, ninguno de los santos habría podido nunca con sus fuerzas ser constante en las penas, si no hubiesen sido fortalecidos por mi gracia. ¿Por qué no crees, pues, que, lo mismo que los hice fuertes en los suplicios, puedo también transformar tu recipiente dañado, incapaz de soportar todo género de tormentos, de suerte que por ninguna tribulación quede dañado?». Respondió Margarita: «Creo, Señor, que vos podéis hacer todo lo que queréis, pero no soy digna de que me lo hagáis a mí». Entonces el que da entendimiento a los pequeños y humildes de espíritu irradió de pronto a su humilde Margarita con tan grandes resplandores, que le hizo conocer los secretos de los corazones de muchas y variadas personas, tanto presentes como ausentes; por lo cual, al desvelar ella los pensamientos y deseos íntimos de éstas, indujo a muchas a una verdadera y completa confesión de sus culpas, unida a una amarga contrición de corazón y enmienda de vida.

[V, 16] El sábado anterior al domingo vigésimo segundo después de Pentecostés, tras recibir Margarita el Cuerpo de Jesucristo, quedó colmada por una dulzura tan grande de suavidad, que el cuerpo de ella, debido a la precedente enfermedad y la austera penitencia, desprovisto de fuerzas, no podía sostenerse en pie. Aquel que dispone suavemente todas las cosas, habló entonces a su sierva Margarita, diciendo: «Puesto que tu debilidad no puede soportar los dulces coloquios de tu Maestro, pon con mi permiso tu cabeza sobre la almohada». Y una vez que la hubo puesta, le dijo a ella: «¿Crees tú que yo, que soy el Dios eterno, soy también un

solo Dios en tres personas distintas, Padre, Hijo y Espíritu Santo?». Y Margarita respondió: «Señor, vos que nada ignoráis sabéis perfectamente que yo lo creo certísimamente: ¿por qué me preguntáis y fingís atemorizarme?». «Hija», dijo el Señor, «también le pregunté a Pedro, porque me deleito en el amigable coloquio recíproco con quienes amo». Y Margarita respondió: «¿Cómo podéis deleitaros en una criatura, cuando vuestra delectación intrínseca es tan grande, que no puede aumentar, ni mudar, ni disminuir?». Y el Señor a ella: «Hija, mi Escritura dice de mí que mis delicias están puestas en habitar con los hijos de los hombres. Lo mismo practico contigo, para afligir en ti a aquel al que expulsé del paraíso; el cual, en cuanto está de su parte, no deja de ponerme de nuevo en la cruz, mediante el mortífero robo que me hace de las almas». Margarita, deseando agradar solamente a Cristo, dijo: «Mi Señor, aun cuando las penas que soporto estén por encima de mis fuerzas, las tengo en nada, en caso de que os agraden. Que os agrade, oh Señor mío, el deseo de mi corazón, que sólo en vos he colocado y puesto». Y el Señor a ella: «Hija, yo me deleito mucho en los amores puros». Entonces la amante purísima, al oír alabar la dilección pura, dijo: «Señor, enseñadme el amor puro a vos; el cual nadie pudo obtener jamás, sino de vos, fuente de todos los bienes». «¿Quieres que te muestre», dijo el Señor, «las señales del amor purísimo que se encuentran en ti?». Y habiendo respondido Margarita que sí, le dijo: «¿No querrías tú morir de buen grado por amor mío? ¿No te resulta dulce el ayunar continuamente con gemidos por amor de mi nombre? ¿No observas una estrictísima pobreza, por amor de aquel que por ti se hizo pobre y menesteroso? ¿No rehuyes tú de buen grado el consorcio de todas las personas del siglo para unirte más fácilmente a mí, tu Dios? Y, además, ¿no te expondrías a todo tipo de tormentos por mi amor?». Y Margarita respondió: «Mi Señor, no existe algo tan pesado, duro y áspero, que no me resulte ligero por amor de vuestro suavísimo amor; pero me dejáis en tan gran temor, que despojada me creo de todas estas cosas». Por lo cual le dijo el Señor: «Ese temor aflictivo en el deseo que tienes de mí sirve para borrar las culpas de tu alma. Pero no lo dudes: todo lo que se te ha prometido se cumplirá; y tú serás grande en mi patria, si soportas las penas sin murmurar ni quejarte. Manten, sin embargo, la actitud que hasta aquí has tenido en relación con otra pena tuya, y yo te revelaré el estado de aquellos que te ofenden»...

[18] El domingo de la octava de la Epifanía, tras haber estado durante mucho tiempo en éxtasis, volviendo con fervor a sus sentidos, salió fuera de la celda; y en aquella embriaguez buscaba fuera a ese Jesucristo que in-

teriormente llevaba en el alma: y elevada sobre sí misma se encaminaba hacia la iglesia de los frailes. Su confesor le salió al encuentro y le dijo: «Venid a vuestro Señor Jesucristo»; y así la condujo de nuevo al interior de la celda; allí, continuando el éxtasis, oyó a Cristo que le decía: «Querrías ser hija de leche; pero serás hija de hiél por las penas que sufrirás; a través de ellas, por lo demás, llegarás a ser mi hija elegida y hermana, y ellas te harán semejante a mí. Pues para tu mayor utilidad he determinado sustraerme a ti alguna vez, porque quiero hacer de ti lo que se hace del oro echado al horno; para que, purgando así tu alma, reconozcas aquí plenamente las desvergüenzas y las ofensas que contra mí cometiste en el siglo. Pero te digo que el amor intenso, singular y puro de tu alma, que con lágrimas y oraciones instantes me busca sólo a mí, hace que me incline a usar contigo de misericordia, de suerte que no puedo negarme a ti».

[VI, 17] Una mañana, habiéndome llevado consigo fray Ubaldo, guardián de los frailes, a visitar a Margarita, mientras él hablaba fervientemente de la pasión de Cristo, ella, embriagada de dolor, respondió al fraile diciendo: «Si yo hubiese estado entonces presente ante mi Señor crucificado, le habría dicho que antes me pusiese en el infierno, que sufrir [él] esos tormentos en su especiosísimo cuerpo». Ante tales palabras, en apariencia pronunciadas contra la divina dispensación, el fraile, conmovido y temiendo el engaño de ella, le dijo: «La Madre de nuestro Señor, que lo amó más que todos, estando junto a la cruz oprimida por las angustias, se habría sacrificado a sí misma, si hubiese sido oportuno para la salvación de todos»; y añadió que a Pedro, debido a razón muy semejante, la de no querer que Cristo padeciese, le dijo el mismo Cristo: «Aléjate de mí, Satanás». Después de eso, una vez que la dejamos en éxtasis y volvimos al convento de los frailes, Cristo habló a Margarita diciendo: «Hija, di al fraile que dijo la verdad y dijo bien. Pero esa palabra la dije yo, no sólo a quien fervientemente me amaba, sino también a Satanás mismo, el cual por temor que tenía de mi pasión, se esforzaba por disuadirme de ella, al mismo tiempo que ardientemente la procuraba. El mismo antiguo adversario, sin embargo, no me conoció plenamente, sino cuando vio el despojamiento del infierno. Con dicho deshojamiento quedó él tan lleno de dolor tan grande, que si hubiese sido capaz de morir, habría muerto. Pero, en cuanto a Pedro, considerado el excesivo fervor de su dilección, no lo amé yo menos debido a esa palabra. No pongan, por tanto, en duda los frailes el amor de tu fidelísimo corazón, el cual corresponde a mi inclinación, que mostré gratuitamente al mundo..Ya que si, mientras yo padecía en la cruz, tú hubieses dicho esas palabras

tu fe, que es totalmente pura, te habría hecho salva. Pues tú eres mi planta, que hará reverdecer las plantas secas: de ti saldrá un agua que servirá para regar las raíces de los árboles agostados. Ya que tú eres mi hija, mi hermana, mi compañera, a la que mi Padre concedió tal gracia que nunca perderás». Ante tales palabras, la sierva de Cristo Margarita, pasmada por el temor, respondió a Cristo diciendo: «No permitáis, Señor, que quede yo engañada; porque nada encuentro en mí de virtud, por lo cual pueda esperar tales cosas en el futuro, ni sea capaz en el presente de poseerlas». Entonces Cristo, mostrándose a ella como crucificado, dijo: «Pon las palmas sobre los lugares de los clavos de mis manos». Y al decir Margarita por reverencia: «No, mi Señor», inmediatamente se abrió la llaga del costado del amante Jesús, y en aquella caverna admiró Margarita el corazón de su Salvador. En esa visión extática, abrazando ella a su Señor crucificado, era por él transportada hacia arriba, hacia el cielo; y lo oyó decirle: «Hija, de estas llagas sacarás las cosas que los predicadores no son capaces de referir. Dijo el veraz fray Ubaldo que mi Madre, para cumplir la ley de la caridad, estaba dispuesta a ser crucificada conmigo, si hubiese sido oportuno para el género humano. Yo dije también aquella palabra a Pedro para recordar a los pueblos venideros que iban a creer en mí que yo, no sólo había tomado por ellos de María Virgen carne pasible y mortal, sino que también espontáneamente los había redimido».

[VII, 6] Y porque, temiendo el engaño del enemigo, decía ella: «Señor y Salvador mío, no busco otra cosa que a vos, mi Redentor», le oyó decirle: «Yo soy Cristo, nacido de María Virgen, que te rescaté a fuerza de duro suplicio». Y Margarita replicó: «Señor, qué quiere decir que a veces me parecéis tan alejado de mí?». Y Cristo respondió diciendo: «No temas, hija, porque cuando te parece que te he abandonado, estoy contigo para mitigar tus tentaciones, y contigo estaré para que más tranquilamente goces de mi dulzura»...

[9] Otro día, entrando el tentador en la celda de ella, puesto que no podía cumplir contra Margarita las órdenes del príncipe de las tinieblas, andaba como doliente y contristado por la celda, diciendo: «Ay de mí, ay de mí, ¿adonde iré? ¿Cómo podré soportar el enojo de quien me manda a ésta, la cual me vence con sus oraciones?». Y poco después, fingiendo osadía, saltando con simulada alegría por la celda de Margarita, que rezaba y lloraba, se puso a cantar canciones de lo más obscenas; e invitaba descaradamente a cantar a la sierva de Cristo, que vertía lágrimas y con todo el corazón se encomendaba al Señor. Y al no conseguir apartar la mente de ella del llanto, hizo uso el nefando espíritu de los improperios

más sucios y la cubrió de contumelias y maldiciones. Pero, puesto que aquel vaso de santidad, que portaba en sí a Cristo, no podía recibir en sí cosa alguna que pudiese ofender los ojos de la divina Majestad, con las oraciones y las lágrimas rechazó y echó al tentador.

[XI, 11] En la fiesta de la virgen santa Priscila recibió la sierva de Cristo Margarita con suma reverencia el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. En esa devota recepción, él le habló a ella diciendo: «Tú eres mi hija y mi elegida, a la que hice luz y espejo ante los ojos en tinieblas: ante esos, digo, que no me pueden ver a mí, la verdadera luz». Pero la sierva de Cristo, que se despreciaba mucho a sí misma en todas las cosas, respondiendo al Señor dijo: «¿Cómo podría ser hecha luz yo, que fui tiniebla de la oscuridad más oscura?». Y el Señor a ella: «Hija, yo te hice luz en las tinieblas por el ejemplo, te hice mano para levantar a los caídos, confianza de los desesperados, camino de los extraviados y vida de los moribundos. Y sábete que los saltos, la alegría, las amenazas terribles de que hizo ostentación el enemigo al alzarse contra ti indican que él pretende quitarte a los frailes menores, y a otras personas que te sirven por amor mío».

ÁNGELA DE FOLIGNO

Ángela nació en torno a 1248; vivió en Foligno y allí murió en 1309. Pecó en su juventud, hasta que fue iluminada sobre su estado y se convirtió a la devoción. Se hizo franciscana, propugnó la causa de los frailes menores y, como santa Clara de Montefalco, luchó contra la sociedad secreta de los Hermanos del libre espíritu. En 1298 la visitó fray Ubertino da Cásale, que se inspiró en ella para su obra *Arbor vitae crucifixae Jesu.*
El *Líber sororís Lelle de Fulgineo* fue publicado por el cardenal Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo, en 1505; lo había recogido de viva voz de la beata su confesor fray Arnaldo, vertiéndolo del dialecto de Foligno al latín.

DE «EL LIBRO DE LA BEATA ÁNGELA DE FOLIGNO»

Diálogo con el Espíritu Santo

Hallándose entre Spello y el camino angosto que desde el otro lado de Spello sube hasta Asís, allí, en el cruce de tres caminos, le fue dicho:

«Has rogado a mi siervo Francisco y no he querido darte ningún otro mensajero. Soy el Espíritu Santo venido a ti para darte consuelo que jamás has disfrutado. Te acompañaré, iré dentro de ti hasta san Francisco para que otros lo conozcan. Quiero venir hablando contigo sin cesar por el camino, a lo cual no podrás oponerte porque te pongo en arrobamiento. No te dejaré hasta que vengas por segunda vez a san Francisco. Entonces te privaré de este consuelo, pero en adelante jamás me apartaré de ti, si tú me amas».

Y comenzó a decir: «Hija mía, mi dulzura, hija, mis delicias, mi templo, mi hija, mis delicias. Devuélveme amor, pues tanto es lo que yo te amo, más de lo que tú me amas». Y decía con mucha frecuencia: «Hija y esposa, dulce para mí». Añadió: «Te amo más que a ninguna otra criatura en el valle de Spoleto. Y, pues hallo descanso en ti, ahora descansa tú en mí. Te has encomendado a mi siervo Francisco y, por haberme él amado mucho, mucho le he concedido. Y, si hubiere alguna otra persona que amase más, le favorecería aún más. Te concedería tanto como tuvo mi servidor Francisco y más aún si tú me amases».

«Con estas palabras me entró una gran duda, y le dijo el alma: "Si tú fueras el Espíritu Santo no me hablarías así, pues no conviene; mi fragilidad caería en vanagloria". El respondió: "Mira a ver si con alguna de todas esas cosas puedes tener vanagloria con qué enorgullecerte. Y, si puedes, desentiéndete de esas palabras".

»Comencé a esforzarme por querer tener vanagloria para probar si era verdad lo que él había dicho y si era el Espíritu Santo. Empecé a mirar las viñas para olvidarme de él, es decir, de sus discursos. Y doquiera que mirase me decía: "Esta criatura es mía". Yo sentía dulzura divina, inefable. Acudían a mi memoria los propios pecados y vicios. Por otra parte, yo no veía en mí más que pecados y defectos. Jamás había sentido en mí tanta humildad. Y, sin embargo, me era dicho que el Hijo de Dios y de la gloriosa Virgen María se inclinaba hacia mí diciendo: "Si todo el mundo viniese ahora contigo, tú no podrías hablar a nadie porque contigo está el universo".

»Y para sacarme de dudas decía: "Yo soy el que fue crucificado por ti, padecí hambre y sed por ti, y derramé mi sangre por ti. ¡Tanto te he amado!". Y contaba toda la pasión.

»Decía: "Pídeme la gracia que desees para ti, para tus compañeros y para quien quieras. Disponte a recibir, pues yo estoy más pronto a dar que tú a recibir". Hablé y mi alma exclamó: "No quiero pedir nada, pues no soy digna". Acudían a la memoria todos mis pecados. El alma dijo: "Si

tú fueses el Espíritu Santo no me dirías cosas tan grandes. Y si me las dijeses el gozo sería tanto que no podría el alma soportarlo". Pero él respondió: "Porque nada hay ni puede suceder sin que yo lo quiera, no te doy mayor gozo. A otros no he dicho tanto. Aquel a quien hablé cayó sin mentido ni vista. Te acompañan otros que no tienen idea de esto, y por eso no te infundo sentimiento mayor. Te doy esta señal: procura hablar con rus compañeros y tratar de otros asuntos, buenos o malos; no podrás por menos de pensar únicamente en Dios. No porque tú lo merezcas hago rodo esto". Entonces venían a la memoria mis males y mis defectos. Me veía merecedora del infierno más que nunca. El añadía: "Hago esto por mi bondad. Y si no hubieses venido acompañada de estas personas no te cabría hecho tales cosas".

»Dudaban de mi langor porque en cada palabra yo recibía gran dulzura, pero yo hubiera querido que no se acabara aquel camino ni porque durase todo el tiempo del mundo. No podría yo apreciar cuánta fuese la ilegría y dulzura que sentía de Dios, sobre todo cuando él me dijo: "Soy el Espíritu Santo que habita en ti". Asimismo, cuando decía todo eso, yo recibía gran dulzura».

El lavatorio de los pies

Me refirió la enseñanza dicha que Dios le hizo acerca de los hijos de Dios, y que los hijos espirituales comen en el mismo plato y beben del mismo cáliz con Cristo. Aunque les sepa amargo viene a serles dulce y hasta delicioso. Pero yo, fraile escribiente, comencé a contradecirle diciendo que era demasiado áspero. Entonces la fiel de Cristo me contó una historia por la cual intentaba convencerme de que no era áspero sino dulce, diciéndome:

«Un día de jueves santo dije a mi compañera que haríamos lo posible para encontrar a Cristo. Dije: "Vamos al hospital, quizá le encontremos enere los pobres dolientes y afligidos". Llevamos todos los velos de cabeza que pudimos por no tener otra cosa; se los dimos a Gahola, sirvienta del hospital, para que los vendiese y con ellos comprase algo de comer para los del hospital. Ella se negaba rotundamente a hacerlo diciendo que la deshonrábamos. Sin embargo, tanto la insistimos que lo hizo: vendió los vélicos de cabeza y compró pescado. Nosotros cooperamos con los panes que nos habían dado para alimentarnos. Después de haberlos presentado, lavamos los pies a las mujeres y las manos de los hombres, sobre todo las de

un leproso que las tenía muy dañadas o podridas y echadas a perder. Luego bebimos de aquella agua.

»Sentimos tanta dulzura, que por todo el camino vinimos con gran suavidad como si hubiésemos comulgado. Me parecía realmente haber comulgado, pues sentía muchísima suavidad, como si hubiera recibido al Señor. Algunas partículas de las llagas se me quedaron pegadas en la garganta, y yo hacía esfuerzos por tragarlas. Mi conciencia me impedía escupirlas, como si hubiese comulgado. Yo en verdad no quería más que despegarlas de la garganta».

Algunas cosas admirables del quinto paso

El día de sábado santo, después de lo dicho, la fiel de Cristo me refirió el admirable gozo de Dios que había sentido. Entre otras cosas me dijo a mí, fraile escribiente, que aquel mismo día la fiel de Cristo, caída en éxtasis, se hallaba en el santo sepulcro. «Ante todo», dice, «besé el pecho de Cristo. Le veía yaciente, con los ojos cerrados como estuvo muerto. Luego besé sus labios. De su boca», dice, «había recibido admirable, indescriptible, deleitable fragancia».

Fue por breves momentos. Luego puso su mejilla sobre la mejilla de Cristo. Cristo extendió su mano sobre la otra de ella y la apretaba contra la de él. La fiel de Cristo entendió que le decía estas palabras: «Antes de yacer en el sepulcro te estreché de esta manera».

Aunque comprendió que era Cristo quien decía estas palabras, le veía yaciente con los ojos cerrados y moviendo los labios, como estuvo muerto en el sepulcro. Ella disfrutaba de muchísima e indescriptible alegría.

Una vez en la cuaresma, según decía la fiel de Cristo, le parecía hallarse en mucha sequedad y pedía a Dios le diese de sí mismo, pues se hallaba muy privada de todo bien. Entonces se le abrieron los ojos del alma y vio el amor que se acercaba a ella mansamente. Le veía la cabeza sin límite, como algo continuo. De un color que no sabía a qué comparar. Al llegar junto a ella le pareció verle con los ojos del alma más claro aún de lo que pudiera verle con los del cuerpo. Se acercó como el movimiento de una hoz. No hay que entender esto en forma cuantitativa, mensurable; fue movimiento al modo de una hoz, pues entonces se alejó el amor sin entregarse, en la medida que se había dado a entender y ella lo entendió. Esto la hizo languidecer más. No es una semejanza mensurable o sensible, pues se trata de una operación intelectual de la inefable gracia divina.

Quedó entonces llena de amor y saciedad inestimable, la cual, al mismo tiempo que sacia produce hambre grandísima hasta descoyuntar los miembros. El alma languidecía y deseaba trascenderse. No quería sentir ni ver criatura alguna. No hablaba ni sabe si habría podido pronunciar palabra, sino que hablaba interiormente. Clamaba por que no la dejase languidecer con tan gran muerte, pues por muerte tenía la vida. Por lo cual acudía ante todo a la santísima Virgen e invocaba y suplicaba a todos los apóstoles que vinieran junto a ella y de rodillas pidiesen al Altísimo que no la dejase sufrir esta muerte, es decir, seguir viviendo; que le permitiese allegarse a Aquel a quien ya gustaba. Asimismo invocaba y suplicaba al glorioso san Francisco y a los evangelistas. Otras muchas cosas decía entonces esta fiel de Cristo.

Añadió: «Hubo allí una locución divina, y cuando yo me creía todo amor por el amor que sentía, él me dijo: "Hay muchos que se creen vivir en amor y permanecen en odio. Y al revés, muchos creen vivir en odio y están en amor". Respondió el alma diciendo: "Y yo que soy todo amor ;vivo en odio?". El no respondió nada con palabras, pero me dio a entender claramente lo que yo buscaba y sentirlo con certeza. Quedé con mucho contento que no creo que me haya de faltar en adelante.

»No puedo pensar nada en contra de ninguna criatura.

»Aun cuando un ángel me lo dijese no lo creería. Le respondería: " ¡Tú eres el que cayó del cielo!". Me veía dividida, como partida en dos. Por un lado veía todo amor y todo bien, que venía de Dios y no de mí. Por otro me veía en sequedad y que no había nada bueno de mi parte. Por eso veía que no era yo quien amaba aun cuando todo lo hiciese con amor. Venía solamente de Dios. Después de esto se unió de nuevo y produjo amor más grande y más ardiente que antes. Yo deseaba encaminarme a ese amor.

»En el amor mencionado, tan grande que apenas se puede saber lo que es mientras no llega el otro amor mortal y ardor extremo, hay un término medio del cual nada puedo decir, pues es de tanta profundidad y tal alegría que no se puede contar. Entonces no querría yo entender nada absolutamente de la pasión ni que se hiciese mención de Dios. Lo siento con tal gusto que todo lo demás me estorba, pues sería menos que él. No me parece que se haya dicho todavía del Evangelio ni de locución alguna cosas mayores.

»Después de verme privada de este amor, quedo tan contenta y angélica que amo reptiles, sapos, serpientes y aun los demonios. Aunque viera que pasa cualquier cosa, incluso el pecado mortal, nada me alteraría, es decir, no me disgustaría sabiendo que Dios lo permite. Si un perro me devorase

y no tuviese cura tampoco me parece que sufriría ni sentiría dolor. Eso es un grado más alto que estar junto a la cruz como el bienaventurado Francisco, si bien es verdad que el alma pasa por uno y otro grado. Ve y desea ver aquel cuerpo muerto por nosotros, y acercarse a él. Sin embargo, siente grandísima alegría de amor sin dolor de la pasión.»

Yo, fraile, pregunté si allí había lágrimas, y ella respondió: «En absoluto, no. Una vez a este amor se unió el recuerdo de precio inestimable: la preciosa sangre por la cual le fue dada indulgencia. Me admiraba yo de cómo eso podía ocurrir a la vez». La fiel de Cristo me dijo que en este punto es raro el dolor de la Pasión, antes bien su consideración le sirve de camino y enseñanza para mostrar cómo haya de comportarse.

«No estaba yo en oración. Reposaba para descansar, pues era después de comer. No pensaba en ello. De repente el alma cayó en éxtasis y yo veía a la santísima Virgen en la gloria. Entendiendo que una mujer estaba en lugar de tanta nobleza, gloria y dignidad como ella se encontraba, y cómo la santísima Virgen intercedía por todo el género humano, me deleitaba grandemente. La veía dotada de humanidad, humildad y virtud indescriptible, lo cual me causaba inefable deleite.

»Mientras yo miraba de este modo las cosas supradichas, se apareció de repente sentándose junto a ella Cristo en su humanidad gloriosa. Yo comprendía cómo aquel cuerpo ha sido crucificado, atormentado y lleno de oprobios. Comprendía maravillosamente aquellas penas, injurias y desprecios, pero en nada me hacían sufrir, antes bien me causaban inenarrable gozo. Me quedé sin habla y pensé morir. El seguir viviendo me causaba grande pena por no alcanzar inmediatamente aquel bien inefable que yo veía. La visión duró tres días sin interrupción. No me impedía comer ni cosa alguna; comía y lo pasaba en continuo reposo. Echada, no hablaba. Cuando oía hablar de Dios no lo podía soportar por el deleite inmenso que encontraba en él».

Ella me respondió que antes de comulgar, al momento de acercarse, le fue dicho: «Amada, llena estás de todo bien y vas a recibir al Todo-Bien». «Me parecía que entonces yo veía a Dios todopoderoso». Y yo, fraile escribiente, pregunté si veía algo con alguna forma. Ella respondió: «Lo que veo no tiene forma alguna... Veía una plenitud, una belleza donde me parecía ser todo bueno. Todo me sucedió repentinamente, pues no había nada de eso en mi pensamiento. Pero yo rezaba, meditaba y confesaba a Dios mis pecados. Pensaba qué la comunión que estaba esperando no me serviría de condenación, sino de misericordia. Seguidamente, la locución mencionada. Entonces co-

meneé a pensar: "Si todo bien está en mí, ¿por qué quiero recibir a todo Bien?". Al punto tuve la respuesta: "Una cosa no excluye la otra".»

Sigue el quinto paso

Después de esto la fiel de Cristo me dijo a mí, fraile, que cuando Dios da seguridad al alma, el cuerpo recibe al mismo tiempo seguridad y nobleza, se rehace con el alma, aunque en menor grado. El cuerpo participa entonces de los bienes que siente el alma. El alma habla al cuerpo y le hace partícipe. Con mucha dulzura le muestra gracia que el cuerpo recibe por ella diciéndole amablemente: «Ahora ves cuáles son los bienes de que disfrutas por medio mío, y cómo son infinitamente mayores que cuantos puedas percibir por ti mismo. Sientes que son aún mucho mayores los que se nos prometen, si te muestras dócil conmigo; reconoce ahora cuáles son los bienes que hemos perdido cuando, en vez de estar de acuerdo conmigo, has hecho lo contrario». Entonces el cuerpo, avergonzado, se somete al alma y promete que la obedecerá siempre en adelante; que está a su servicio por los bienes inmensos del alma, siempre superiores a los que él podría desear por sí mismo e incluso lo que imaginare poder percibir... El cuerpo responde al alma diciendo: «Mis placeres eran corporales, viles. Pero tú, que eres tan noble, de tan gran deleite divino, tú no debías obedecerme a mí, perdiendo tus bienes inmensos».

Se lamenta el cuerpo contra el alma con largo y muy dulce lamento, sintiendo la dulzura del alma por encima de la que él por sí mismo hubiera podido sospechar.

Dijo la fiel de Cristo que hay algunas maneras según las cuales pueden ser engañadas las personas espirituales.

«Una manera es cuando el amor no es puro, sino que la persona mezcla de suyo, es decir, la propia voluntad. Y cuando una persona pone algo de sí misma en aquel amor, cualquier cosa que fuere, mezcla algo del mundo. El mundo la induce a vanagloria. Toda invitación del mundo es mentira, pues el mundo no lleva consigo más que falsedad. Y en esto a que el mundo la invita y seduce aumentan las lágrimas, gustos, temores y estridencias, propios del amor espiritual impuro. Aunque en el amor espiritual impuro haya lágrimas y dulzura, no se dan éstas dentro del alma, sino en el cuerpo. Este amor no ahonda en el alma. Desfallece el amor y la persona pronto lo olvida. A veces, cuando la persona se da cuenta de ello se vuelve amargada. Lo he experimentado en mí misma.

»No acertaría a discernirlo si mi alma no estuviera cierta de haber alcanzado la verdad, porque cuando el amor es puro la persona se tiene y ve por absolutamente nada. Se presenta ante Dios como muerta y podrida; no se acuerda entonces de nada digno de alabanza ni de bien alguno. Se ve tan mala que no cree pueda ningún santo liberarla plenamente. Sólo podría hacerlo Dios mismo, aunque comience por pedir a los santos que intercedan por ella ante Dios, pues por su indignidad no se atreve a pedirlo a Dios. Acude a santa María y a los santos para que la ayuden. Si ocurre que alguien la alaba, lo tiene absolutamente por burla.»

El bienaventurado Francisco y la pobreza

«Por tanto, cuando te encuentres con alguno de ésos que tienen espíritu de libertad y dice: "¿Por qué me juzgas? ¿Qué sabes tú lo que tengo en el corazón?", responderás con firmeza reprendiéndole audazmente. Dirás que el Espíritu Santo enseña a juzgar si son malas las obras. El mismo Espíritu, al ser infundido en el alma, la ordena perfectísimamente, y conforme al orden más perfecto establecido en el alma ordena también el cuerpo. De otro modo sería falso.»

Instrucción sobre la humildad

«Porque el alma, viendo que no es nada, y que Dios se ha inclinado y unido a esta nada vil y vivificada, se enciende en amor. Inflamada se transforma en Dios. Transformada en Dios, ¿qué criatura podrá haber que ella no ame con todas sus fuerzas? Más aún, por amor del creador, así transformada, ama a toda criatura como es debido, pues en toda criatura ve, entiende y conoce el amor de Dios. De ahí que se alegre y regocije en el bien del prójimo, y se duela y entristezca de sus males.

»¿Por qué? Porque es benigna. Porque, viendo el alma los males del prójimo, espirituales o corporales, con los espirituales no se hincha hasta llegar a juzgar y despreciar a otros, pues iluminada con la luz supradicha se ve perfectamente, y viéndose reconoce en sí los males semejantes a aquellos en que ha caído el prójimo. Aunque esta alma no haya caído, conoce y comprende que por sus propias fuerzas no habría podido resistir, sino con el auxilio de la gracia que la sostiene con su mano y fortifica contra el mal.

Por eso no se ensalza juzgando, antes bien esto la humilla, pues al ver los defectos del prójimo vuelve sobre sí misma y ve con tanta claridad los males y defectos en que ella ha caído o habría podido caer, si Dios no la tuviese de su mano. Y si viera en el prójimo los males corporales, por efecto del amor transformante los consideraría propios, doliéndose y compadeciéndose de ellos como decía el apóstol: "¿Quién enferma que yo no enferme?" (2Co 11,29).

»Y como dice que la virtud de la caridad tiene su raíz en la humildad, lo mismo puede decirse de la fe, de la esperanza y de cada una de las demás virtudes que, teniendo propiedades diferentes, coinciden en el fundamento común de la humildad, de donde todas proceden. Habría que tratar ampliamente de cada una de ellas, pero guardando silencio sobre ellas las podréis considerar mucho mejor.»

Del amor sospechoso

«No hay nada en el mundo, ni hombre ni diablo ni cosa alguna, que yo renga por tan sospechosa como el amor, pues el amor penetra el alma más que cualquier otra cosa; nada hay como el amor que llene y ligue por completo el corazón. Por eso, si no hay armas que lo defiendan, comenzando por lo poco lleva al alma a una gran ruina. No me refiero al amor malo, pues todos deben apartarse de él completamente como de cosa diabólica y peligrosa. Hablo del amor bueno y espiritual que hay entre Dios y el alma, y del amor del prójimo. Ocurre con frecuencia que dos o tres hombres o mujeres se amen entrañablemente y fomenten entre sí grande y particular afecto. Se intercambian regalos, muy de corazón quieren estar en compañía, lo que uno quiere también lo quiere el otro. Esto es muy reprensible y peligroso aunque se haga espiritualmente y por Dios, cuando no están provistos de armas de vigilancia. Porque el amor con que el alma ama a Dios, si le deja incendiarse sin discreción, pronto desfallece o se mezcla con ciertos desórdenes que hay que cortar.

»En cambio, el amor del prójimo, es decir, el que se da entre devotos y devotas, si no está debidamente moderado, o llega a ser carnal o se reduce a perder el tiempo, porque sus corazones están muy indiscretamente entrelazados. De ahí que por razón del amor malo tenga yo sospecha del bueno.

»Las armas con que se debe custodiar el amor bueno se hallan en la transformación del alma. Transformación que es triple. A veces el alma se transforma identificándose con la voluntad de Dios, otras fomentando la

compañía con él y finalmente por la mutua intimidad del alma en Dios y Dios en el alma.

»Ocurre la primera transformación cuando el alma se esfuerza por imitar las obras de Dios-hombre en su pasión, pues por ellas se ve y pone de manifiesto la voluntad de Dios.

»Se da la segunda transformación cuando el alma se une con Dios y de él recibe grandes sentimientos de dulzura que pueden darse a entender por el pensamiento y la palabra.

»Tercera transformación se dice la que sucede en perfectísima unión del alma transformada en Dios. El está en el alma, se deja sentir y gustar de manera inexpresable, ni por pensamiento ni por palabras.

»A1 tratar de amor aquí no nos referimos a la primera transformación. La segunda, si es realmente viva, será suficiente para dirigir el amor. La tercera es la mejor.

»En la tercera transformación, y también con la segunda, aunque no tan perfectamente, se infunde gracia y cierta sabiduría en el alma mediante la cual aprende a regular el amor de Dios y del prójimo. Porque el alma acierta a moderar los sentimientos, dulzura y fervores de manera que el amor dure y pueda continuar en lo que empezó sin que se manifieste por la risa, saltos ni gestos corporales.

»De modo semejante con el amor del prójimo o devoto sabe comportarse con tal madurez y discreción, que condesciende con el prójimo cuando hay que condescender, y cuando no, no condesciende. La razón de esto es por ser Dios inmutable, mientras que el alma no puede serlo; pero cuanto más unida esté el alma con Dios, tanto menos movediza se muestra.

»Por eso, con tal unión el alma adquiere la sabiduría dicha y cierta madurez y sabia gravedad, sabrosa discreción y cierta luz con las cuales acierta a regular el amor de Dios y del prójimo sin que se dé engaño ni precipitación. Quien no sienta haberle sido infundida tal sabiduría nunca debería admitir, ni con mujer ni con hombre, amor particular y entrañable aun cuando fuere por amor de Dios y con buena intención, pues son muchos los peligros que de ello provienen. Nadie se aficione a otro si primero no aprende a desprenderse de todos.

»E1 amor tiene varias propiedades. Por amor comienza el alma a enternecerse, luego languidece, pero termina fortificándose. Al contacto con el calor divino grita y hace ruido como la cal echada al fuego, hasta que se calcina; al tocarla el fuego, empieza a crepitar, pero después de cocida no hace más ruido. Así el alma: al principio busca los consuelos divinos; si se los quitan, se enternece, grita contra el mismo Dios y se queja de él diciendo:

"¿Por qué, Señor, tú me haces este mal?". Y cosas por el estilo. El enternecimiento nace de cierta confianza que el alma había puesto en Dios, mientras disfrutaba de semejantes consuelos; pero, al verse privada de ellos, crece el amor y comienza a buscar al Amado. Si no lo encuentra languidece, no halla contento en los consuelos y sentimientos y, cuanto más crece el amor, tanto más languidece si no disfruta de la presencia del Amado.

»Pero cuando el alma se une perfectamente con Dios y está asentada en la verdad, que es el trono del alma, no se queja de Dios ni se conmueve ni languidece; más aún, se reconoce indigna de todo bien y don de Dios, merecedora del mayor infierno. Le viene entonces tal sabiduría y madurez, y se hace tan estable, ordenada y fuerte, que sufriría la muerte por ello.

»Posee a Dios con toda la plenitud de que es capaz. El le aumenta la capacidad para cuanto quiera enriquecerla. Ve el alma a Aquel que es y ve que todas las cosas no son nada más que en la medida que tienen ser de Aquel que es. En comparación con el presente nada son las cosas que existieron antes ni todas las cosas creadas. Al alma ya no le preocupa ni muerte ni enfermedad, ni honra ni desprecio.

»Queda con tanta paz y sosiego, que ya nada apetece ni desea, ni puede resistir, pues está ya vencida. En aquella luz ve que Dios hace todas las cosas justa y ordenadamente, por lo cual, cuando se ve privada de ellas no se desalienta; se conforma de tal modo a la voluntad de Dios, que no le reclama cuando El se ausenta, sino que halla contento en cuanto hace y todo lo entrega a El.

»Entonces estas cosas resultan verdaderas, es decir, que el alma así fortalecida y pacificada con este amor pierde deseos, queda en actitud pasiva cuando recibe de Dios aquella visión en plenitud. Pero cuando se ve privada de ella —a ninguna alma le es dado perseverar igual—, le viene un nuevo deseo ardiente sin pena de practicar las obras de penitencia con más ardor que antes. Ocurre así por este estado más perfecto que los demás. Es propio de la perfección que, cuanto mayor ésta sea, tanto más se esforzará por imitar al modelo de perfección, es decir, al mismo Dios-hombre paciente.»

VERSIÓN DE CRISTINA CAMPO

También a mí, fraile escribiente, mientras conversaba con ella me dijo: «¿No te pasa nada cuando haces la señal de la cruz?». Y luego dijo: «Ahora me ocurre de nuevo que, cuando hago la señal de la cruz y no pongo la

mano sobre el pecho no siento nada. Pero cuando pongo la mano en la cabeza al decir: "En el nombre del Padre", y luego sobre el corazón al decir: "del Hijo", al punto siento allí amor y consuelo. Me parece que Aquel a quien nombro lo encuentro allí». Y añadió: «No te habría dicho esto si no me fuese advertido que te lo dijese».

En cuanto a los tormentos del alma que le causaban los demonios, no hay semejanza mejor para explicarlo que la de un hombre colgado por el cuello, el cual, atadas las manos a la espalda y vendados los ojos, suspendido por una cuerda permaneciese con vida sobre la horca, sin auxilio, sin ayuda ni remedio de ninguna clase. Dijo que el alma era atormentada por los demonios con mayor desesperación y crueldad... Estas son las palabras que yo, fraile escribiente, aprisa y en breve pude copiar... Aquella fiel de Cristo decía así: «Veo que los demonios suspenden mi alma como el colgado que no tenía ningún apoyo. Así parece que no queda al alma ninguna ayuda. Se turban y trastornan todas las potencias viéndolo el alma y a sabiendas. Cuando el alma ve todas las potencias alteradas y dispersas sin que las pueda contener, es tan grande su dolor, desesperación y cólera, que apenas puede llorar de desesperación y saña... A veces no puedo menos de golpearme espantosamente, tanto que se me hinchaba la cabeza y otros miembros. Cuando el alma empieza a ver que las potencias desfallecen y desaparecen todas las fuerzas, vienen el miedo y los gemidos, vocifero diciendo y clamando a Dios muchas veces, casi ininterrumpidamente: " ¡Hijo mío, hijo mío, no me abandones, hijo mío!"».

«Dios se presenta ante todo actuando en el alma de modo inefable. Luego se manifiesta con claridad al alma dándole mayores dones con mayor claridad y certeza inefable... Entonces entiendo que está presente. Entiendo cómo está presente en toda criatura, en todo ser, en el demonio, en el ángel bueno, en el infierno, en la gloria, en el adulterio, en el homicidio, en la obra buena, en toda cosa que existe o de alguna manera tiene ser, tanto en lo honorable como en lo vergonzoso». Y me dijo: «Entiendo que no está menos presente en el demonio que en el ángel bueno... o una obra buena. De esta manera se presenta muy frecuentemente en mi alma. Este presentarse es una iluminación con gran verdad y gracia divina. De suerte que, cuando lo ve el alma, no puede ofender en cosa alguna. El trae al alma cuantiosos dones divinos. El alma entonces, entendiendo que está presente, mucho se humilla y recibe confusión de sus pecados. Aquí el alma recibe gran medida de sabiduría, gran consuelo divino y alegría.»

«El miércoles de la semana santa estaba yo meditando en la muerte del Hijo de Dios encarnado. Todo mi afán y deseo era cómo poder mejor vaciar la mente de cuanto la ocupase para tener más viva memoria de la pasión y muerte del Hijo de Dios. Estando ocupada con este afán, de repente le fue dada a mi alma esta locución: "Yo no te amé fingidamente". Aquella palabra me hirió con dolor de muerte, pues se me abrieron al punto los ojos del alma viendo cuan verdadero era lo que decía. Veía los efectos de aquel amor y lo que movido por él hizo el Hijo de Dios. Veía todo lo que por este inefable y entrañable amor sufrió en vida y en muerte Dios-hombre sufriente. Veía en él las obras del amor verdadero. Entendí que la expresión amor verdadero quería decir no fingido, sino que me amó con perfectísimo y entrañable amor. Veía en mí todo contrario, porque yo le amaba sólo fingidamente, no de verdad. Ver esto era para mí dolor de muerte, tan insufrible que me creía morir.

»De pronto me fueron dichas otras palabras que aumentaron mi dolor. Sucedió que después de haber dicho "Yo no te amé fingidamente" veía yo ser esto verdad en él, pero en mí todo lo contrario, por lo cual me vino tan gran dolor que pensaba morirme. El me dijo: "Yo no te serví fingidamente". Y también: "Yo no simulaba escucharte". Aumentó entonces mi aflicción y dolor de muerte diciendo: "¡Oh Maestro! Lo que dices no estar en ti está todo en mí, porque yo siempre te amé por fingimiento, de mentira; nunca quise aproximarme a ti en la verdad para sentir los dolores que tú sentiste y soportaste por mí, nunca te serví sino por fingimiento y mentira". Veía cómo él me había amado de verdad. Veía en él todas las señales y frutos de amor muy verdadero; cómo del todo, sin reserva, se entregó para servirme y cómo se me había acercado; se había hecho hombre para llevar sobre sí y sentir de verdad mis sufrimientos. Viendo que en mí era todo lo contrario, tenía yo tanto dolor y aflicción, que me parecía morir; sentía que por tan grande dolor las costillas del pecho se me descoyuntaban, me parecía que fuese a estallar el corazón.

»Pensaba yo especialmente en la palabra que él había dicho: "Yo no simulaba escucharte". El añadió: "Soy yo más íntimo a tu alma que lo es tu alma a sí misma". Esto aumentaba mi dolor, porque cuanto más íntimo le veía a mí misma, tanto más reconocía la lejanía de mi parte.

»Después me dijo algunas palabras que manifiestan su entrañable amor. Dijo: "No me alejaré de aquel que quiera sentirme en su alma. Con muchísimo agrado me dejaría ver de quien quisiera verme. Con muchísimo deleite hablaría yo a quien quisiera hablar conmigo". Estas palabras suscitaron en mi alma deseos de no querer sentir ni ver ni hablar nada que pueda ser ofensa a Dios.»

«Oh hijo mío. deseo con toda mi alma que seas amante y seguidor del dolor. Deseo asimismo que estés privado de toda consolación temporal y espiritual. Este es mi consuelo, y pido que sea también el tuyo. No es mi propósito servir y amar por premio alguno; mi intención es servir y amar por la bondad inmensa de Dios. Deseo que renazcas y crezcas de nuevo en este deseo, para que seas privado de todo consuelo por amor de Dios y hombre Jesucristo, desolado. Esto es lo que únicamente te deseo: que crezcas siempre en unión con Dios, y en hambre y sed de ser atribulado mientras vivas.»

«No debe el alma desear en esta vida consuelos de Dios si no es para recrear su debilidad. Debe apetecer solamente perfecta crucifixión de Cristo, ser perfectamente crucificada con Cristo sufriente, pobre y despreciado.»

«El amor tiene varias propiedades. Por amor comienza el alma a enternecerse, luego languidece, pero termina fortificándose. Al contacto con el calor divino grita y hace ruido como la cal echada al fuego, hasta que se calcina; al tocarla el fuego, empieza a crepitar, pero después de cocida no hace más ruido.»

«Acuérdate, carísimo hijo, que nunca ha habido ni habrá criatura alguna que me haya cautivado ni por odio ni por amor. Por eso, no te fijes en las señales externas, porque a veces éstas no son verdaderas. Hay amor que puede manifestarse por signos y amor que no puede manifestarse a través de ninguna señal.

»Te ruego, carísimo hijo, que te sumerjas en aquel amor que es completamente inefable, es decir, el que no tiene ninguna necesidad de alguna manifestación externa.

»Deseo asimismo con toda mi alma que sientas este amor sin que yo tenga que darte señal de ello. Lo que es nuevo para mí séalo también para ti.»

Lo que fue impreso en el corazón durante la vida es imposible que lo pierdas con la muerte.

EL MONTE DE LA SANTÍSIMA ORACIÓN

Esta obra anónima fue impresa en Florencia en 1496, pero pudo ser escrita originalmente en siciliano, como indica el manuscrito de la biblioteca

de Palermo que Ellero Cenni tradujo (en 1965 en el monasterio de Mon-tevergine de Messina).

DEL «LIBRO DEL MONTE DE LA SANTÍSIMA ORACIÓN»

A un religioso que deseaba a Dios y sus maravillas, y que lo magnificaba en todas las cosas, tanto en sus obras como en sus criaturas, llegó la fama del gran Rey y de las riquezas de su reino. Impulsado por el deseo, buscó largo tiempo y finalmente encontró y vio infinitas cosas magníficas nunca oídas ni vistas y, estupefacto, preguntó a los siervos del gran Rey si también él podía entrar a su servicio.

Le respondieron que nadie había que no pudiera someterse a su Señoría, que se deleitaba en hacer grandes a los pequeños hombres y los llamaba a tomar parte de sus riquezas tratándolos como a hijos suyos. Preguntó también qué debía hacer para obtener semejante privilegio, y le dijeron que era necesario hablarle directamente. Se informó de cómo se comportaba este Rey con quienes iban a servirle, especialmente al principio.

«Este Rey», le respondieron, «es hombre admirable en todo y rico en tesoros que jamás se podrán agotar. Posee un monte inmenso que se eleva en medio del mar, lleno de metales de toda especie. Infinitamente rico en oro, plata, estaño, cobre y plomo, y también en otras clases de metales que no existen en ninguna parte del mundo.

»A todo el que se presenta para servirle, el primer encargo que se le confía consiste en ser enviado a excavar tesoros en ese monte para la corte del Rey. Allí cada hombre excava solo, y cuanto excava y encuentra, sea metal u otra cosa, no lo sabe ni él ni ninguna otra persona, sino sólo el Rey. Cada cosa excavada va a depositarla a los pies del Rey, quien lo recompensa personalmente con esa moneda cuyo valor sólo él conoce. Y si aquél le había presentado oro, se lo paga como tal, y así para todos los demás metales, sin decirle nunca qué metal es. Por eso nadie sabe lo que excava, y cada uno, recibida su paga, quien poco y quien mucho, se vuelve a casa en silencio y hace sus propios gastos según la ganancia. Unos con escasez; otros, en cambio, abundantemente.

»Unos apenas encuentran, tienen que vivir satisfaciendo parcamente sus necesidades; otros, en cambio, viven con abundancia, tienen siempre de sobra y están en situación de hacer convites y ayudar a los demás. A menudo sucede que quien más trabaja mejor vive, y esto depende de la naturaleza del tesoro que ha encontrado, de si es oro o plomo; como se

recibe, así se gasta. Muchos hay de los que se tropiezan con tales tesoros que, por poco que excaven, encuentran una riqueza y, recibido cuanto les basta, ya no excavan más, sino que depositan el tesoro a los pies del Rey. Recibida la recompensa, se deleitan con las maravillas de su corte, y después vuelven al trabajo.

»Hay muchos que, tropezándose con grandes tesoros, trabajan siempre, incansablemente, ayudando a los demás, y amontonan riquezas para la corte del Rey. Otros, que se encuentran con zonas pobres, se esfuerzan noche y día, y siempre tienen necesidad de la ayuda ajena. El momento en que debe terminar tal servicio lo establece el gran Rey: cuando le place, destina a unos, hallados con méritos, a cargos superiores en su palacio real, y a uno le confía los tesoros, a otro se complace en tenerlo en su presencia; siempre, quién más, quién menos, según sus méritos. Y también los hay que parece en poco tiempo hayan irrumpido nada menos que en el Reino bienaventurado.

»A menudo algunos, que pasan fatigas para vivir, aun trabajando mucho, murmuran entre sí, al observar a quien vive mejor con pocos trabajos y compararlo con quien vive peor trabajando mucho más. No murmuran, en cambio, los que viven mejor, aun no recibiendo la paga según sus trabajos, sino según el tesoro que depositan a los pies del Rey.

»Todo aquel que quiera servir al gran Rey en su Reino debe someterse a estos trabajos, a esta regla necesaria denominada servicio en la corte del Rey. Tras dicho servicio, y a juicio de nuestro Rey, que todo lo ve y que conoce bien las condiciones de cada uno, se es llamado al palacio real para oírse confiar el cargo más adecuado.

»Los cargos son muchos y están claramente distribuidos, y es costumbre del Rey confiar primeramente los cargos menos importantes, para pasar después a los de mayor grandeza. Esto no en orden cronológico, sino según la bondad del servidor y de las gracias adquiridas ante EL

»Algunos, pues, no parecen pasar por los diversos grados, sino que, sobrevolándolos rápidamente, alcanzan un puesto en su presencia y, como si estuvieran habituados a sus confidencias, le hablan con sencillez.

»A nadie le es dado conocer toda la majestad y el esplendor de este Rey, ninguna lengua puede hablar de ellos, ningún oído puede oírlos: están reservados al ojo de su fiel combatiente. Quien quiere ponerse bajo el señorío de este Rey es necesario que antes olvide la vida pasada, de manera que no la recuerde ya y no se vuelva atrás a considerarla, sino que acreciente siempre el deseo de las cosas que ha pedido al Rey.»

El religioso, tras haber pasado por una puerta estrecha, encuentra a Renovamini

«Dime tu nombre», pedí a aquel que me anunciaba, y él me respondió: «Me llaman Humano, éste es mi nombre». Proseguí entonces para subir adonde estaba el gran Rey. Al entrar por la primera puerta, avanzando con atrevimiento, fui recibido por uno cuyo aspecto era más que humano; me advirtió que fuera despacio, y quiso saber quién me había introducido.

Respondí que me había mandado Humano, y el otro observó: «Te falta una cosa que precisas: encontrar a uno que te sirva de guía en todas partes, y cuyo nombre es Renovamini». Al preguntarle su nombre me respondió que se llamaba Despojo, y añadió que él mismo me conduciría y encomendaría a Renovamini, quien proveería a todas mis necesidades.

Me hizo, pues, despojarme y pasar por una puerta que se llamaba «ojo de aguja», tan estrecha que en ella me dejé parte de la piel. Encontramos después a uno que no tenía facciones de hombre: éste era Renovamini, a quien fui encomendado para que me condujese a presencia del gran Rey.

El religioso es amonestado por Renovamini, que lo conduce al Monte de la oración

Renovamini empezó a decirme así: «Tienes necesidad de renovarte en todas las cosas que has escuchado de Humano, y yo te adoctrinaré con palabras diversas, presentándote la verdad sin tapujos ni rodeos. Los ojos se te abrirán y entonces verás por fin, pues hasta ahora has sido como un ciego, lo mismo que el mundo al que has seguido». Después se me adelantó diciendo: «Sigúeme, pues el que me sigue no caminará hacia las tinieblas, sino hacia la luz que conduce a la vida».

Bajé entonces la cabeza y cerré los ojos, abandonándome a mi guía, que me condujo inmediatamente al Monte de los tesoros de la corte del Rey. «Este es el Monte», explicó Renovamini, «al que, como nos hace saber el Evangelio, Cristo subió seguido por sus discípulos para mostrarles en figura el valor de la oración, y donde pronto los vio ponerse en torno a El, ávidos de escuchar y de aprender por medio de la oración las cosas del espíritu... Mira, toda otra virtud es buena por sí misma, pero sólo una, la de la oración, atrae a sí todas las demás, a semejanza de cuanto dice Salomón: "Con ella me vinieron todos los bienes" (Sb 7,11).

»Es el mismo Monte donde Jesús dijo: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos" (Mt 5,3), con el anuncio de las demás bienaventuranzas, compendio de la perfección cristiana. Eso para demostrar que con la oración se recibe cuanto es necesario para la realización de la propia perfección, porque la enseñanza que nos es impartida sobre el Monte de la oración es completa. Rezando a los santos ves al Rey en su Reino, y esto confirma que todos los santos han recorrido su camino por el Monte de la oración, que es el mismo del que dice la Escritura: "¿Quién puede subir al Monte del Señor, quién puede estar en su santuario? Quien tiene sin mancha las manos y puro el corazón" (Sal 24,3-4).

»Y también la misma Escritura exhorta a quien quiere seguir el Evangelio, y evangelizar a los demás, a subir primero al Monte de la oración con estas palabras: "Sube al Monte, tú que evangelizas a Sión" (Is 40,9). El mismo Monte donde subió Moisés para recibir la ley no escrita con papel y tinta, sino esculpida en la piedra e impresa en lo íntimo de su corazón. Aquellos que, evitando subir el Monte de la oración, se limitan a recorrer los cómodos valles, acaban por ponerse en el corazón principios y leyes diversos unos de otros, que luego tampoco son observados.

»Monte de la oración es ese Monte rico y pingüe que destila miel, donde plugo al Señor habitar, donde conduce a sus ovejas al pasto, entre la hierba verde y fragante, para que después reposen sin miedo de los lobos, en la seguridad que les da la protección del Señor, como está escrito: "Las apacentaré sobre los montes de Israel, en los valles y en todo lugar habitado del país. Las conduciré a pastos inmejorables: su majada estará sobre las cimas más altas de la región; allí descansarán en cómodo recinto y tendrán pingües pastos sobre los montes de Israel" (Ez 34,13-14).

»Es el Monte al cual el alma, con la alegría de su seguridad, dirige su canto: "Al Señor, cuando estoy atribulado, levanto un grito y El me escucha" (Sal 120,1). Toda otra seguridad es presunción y falsedad; la única verdadera es la que el alma adquiere sobre el Monte de la oración.

»¡ Solamente de ésta brota tranquilidad del corazón, delicia del alma, lucidez de la mente, firme esperanza, ausencia de todo miedo! ¡Segura certeza de que vencerá el estandarte por el cual luchas con tanto empeño! Por eso, enteramente renovado por dentro y por fuera, corre al Monte de la oración y grita con todo el arrojo de tu alma: "En mi nombre reinan los reyes y los magistrados aplican el derecho... Mi fruto es más precioso que el oro fino, y mis productos son mejores que la plata pura" (Pr 8,15 y 19).

»"Ahora pues, hijos, escuchadme: ¡dichosos los que siguen mis caminos!... ¡Dichoso el hombre que me presta oído y monta guardia a mis puertas cada día, vigilando el umbral de mi casa!... Quien, en cambio, me ofende, se hiere a sí mismo, y quien me odia elige la muerte" (Pr 8,32.34.36).

»No son necesarias muchas palabras: ¡ésta es camino, ésta es verdad, ésta es vida! Es necesario, pues, orar siempre, sin cansarse nunca.»

Renovamini explica la diversidad de las oraciones

«Te he hablado del Monte de la oración: ahora te hablaré de los que rezan, para mostrarte lo que quieren quienes encuentran metales y tesoros diversos, como debió de indicarte Humano, el primero que te habló de esta corte. El utilizó figuras y comparaciones, yo te mostraré la verdad sobre esos que son llamados buscadores del tesoro del gran Rey. No son otra cosa que los verdaderos adoradores, los cuales, como dice Cristo mismo, deben ser como el Padre los quiere, capaces de adorarlo en espíritu y verdad.

»Tú mismo verás la gran variedad existente entre quienes adoran. Hay quien adora más y quien menos, quien lo hace en proporción al error en el que se encuentra, quien progresa en su error hasta desbaratarse espiritual-mente, y quien de ello saca enmienda. Algunos parecen hombres y ángeles a la vez, otros en cambio aparecen desvestidos de toda humanidad y transfigurados en Dios e hijos del Rey celeste, ajenos a todo amor y temor humano, únicamente poseídos por el ansia de la gloria de Dios, sin preocupación alguna de premio para sí.

»Te los haré observar de cerca porque es buena norma aprovecharse de la enseñanza que nos viene de los mismos discípulos. Verás, en efecto, a muchos que rezan largamente, pero que, al término de sus plegarias, en vez de haber progresado en el camino de la perfección, se encuentran aún más alejados que antes, y esto porque, en vez de considerar sus graves defectos, observan y juzgan sólo los de los demás, murmuran sobre la conducta del prójimo, de manera que el único fruto de sus oraciones es la impaciencia y la indignación. Estos tales, aun afanándose sin medida, encuentran un material más bajo que el plomo y viven a duras penas.

»Después hay otros que presumen de alcanzar con sus fuerzas la cima de la perfección sin reconocer los dones del Señor, y en cambio permanecen en su error y en su inútil y onerosa fatiga. Muchos rezan abundantemente por su salud y, alguna vez, piden perdón de sus pecados, j^ero su: pensar nunca en otra cosa que en sí mismos.

»Otros más hay que, de tal modo se despreocupan de sí, que en sus oraciones no buscan más que el honor y la mayor gloria de Dios, y con tanto fervor y transporte, que no cejarían aun cuando supiesen que servir al Señor y cumplir íntegra su voluntad había de costarles la condenación eterna. Estos, a poco que excaven encuentran tesoros tales, que les permiten todos los gastos, y apenas se ponen en oración adquieren humildad y paciencia. Cuando, fuera de la oración, se encuentren en la prosperidad o en la adversidad, y sólo entonces, podrán ver lo que han ganado: serán capaces de decir verdaderamente en toda ocasión "hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo" (Mt 6,10).

»Todos los que oran, pues, están en situación de conocer, según la moneda que pueden gastar, qué tipo de oración han hecho. Y la necesidad de gastar la tendrán en el tiempo de la tribulación, de la persecución, de la vejación, de la lisonja, de la purificación, de la prosperidad; es decir, cuando no puedan dejar de echar mano abundantemente de lo que han recibido. Habrá muchos que a la prosperidad le responderán diciendo "no te quiero", y a la adversidad, dándole la bienvenida, mostrando así el fruto de sus trabajos en el Monte de la oración.

»Los hay que rezan con dolor de contrición por sus pecados: algunos se duelen de sus carencias, espantados de la pena que, según saben, merecen, y estos infelices, por más que se afanen, no encontrarán nunca un verdadero tesoro y se verán obligados a ir tirando miserablemente; otros, en cambio, lloran dolorosamente sus pecados, juzgándose dignos sólo de la máxima pena, tan llenos de desprecio contra sí mismos que casi sienten la necesidad de reclamar justicia, más que misericordia. Son aquellos que, juzgados por sí mismos, no lo serán nunca por Dios; son aquellos en los que el llanto por el amor será más abundante, más afligido que el del dolor, al considerar la desmesurada e inmensa bondad y misericordia del Señor, y cada vez se juzgan más duramente por haberlo ofendido, hasta llegar, si fuese lícito, a renunciar a la gloria del paraíso por odio a sí mismos. Y esto por la intensidad del amor hacia un Señor tan bueno y por el ardiente deseo de imitarlo en la renuncia más absoluta de todo bien para sí mismos. Esos, en compensación por tanto dolor, recibirán de Dios otro tanto amor, y podrán servir de guía y de enseñanza a los demás, y decir con el Profeta: "Según la multitud de las penas de mi corazón, tus consolaciones, Señor, han inundado de alegría mi alma".

»Los hay que no desean recibir otra cosa que desprecio, pues saben bien que nunca podrán despreciarse debidamente a sí mismos, y son siempre

tan desdeñosos contra sí mismos, que a duras penas consiguen soportarse, y continuamente logran acallar las voces de la naturaleza, buscando de forma constante reproches y humillaciones.

»Esos avanzan y se enriquecen más que algunos grandes personajes de la corte del Señor, y muchos causan maravilla por la rapidez con la cual entran en oración y se encuentran en la presencia del Señor, quien inmediatamente les confiere los mayores afanes de la caridad a través del esplendor de su rostro.

»Solícitamente inflamados de tanto amor de Dios y del prójimo, se lanzan entonces al desbarato de las tribulaciones y peligros, incluso de muerte, sin que nadie logre separarlos de la caridad de Cristo, de la cual están impregnados sus corazones.

»Uno de éstos fue ciertamente el bienaventurado Pablo, quien, golpeado por Dios, inmediatamente se puso sobre el Monte de la oración, como dijo Cristo a Ananías: "Míralo, está orando" (Hch 9,11). Y qué filón de tesoros había encontrado, y de qué valor era su oración, lo demuestra el hecho de que, tras haber recuperado la vista, inició su predicación sin temor de peligros: en efecto, desde los inicios de su misión, a menudo fue apresado y metido en la cárcel, golpeado con varas y lapidado. Por tierra, por mar, por ríos, lo quemaba una caridad tan ardiente, que nada hubiera podido apagarla o debilitarla, y que, antes bien, se agigantaba en las adversidades, sostenido por el dulce Cristo Jesús: "Pero Saulo se hacía cada vez más fuerte y confundía a los judíos que vivían en Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo" (Hch 9,22).»

Renovamini lleva al religioso a ver la huerta del alma y le muestra los dos profundos fosos que la protegen

«Hemos hablado del jardín espiritual que debe florecer en cada alma para que ésta fije allí su morada, y ahora quiero mostrarte cómo está hecho ese jardín», me dijo Renovamini, «así que sigúeme con confianza». Diciendo esto, echó a andar delante de mí y juntos seguimos el camino hasta un lugar de espesas tinieblas. En este punto me exhortó a agarrarme a él sin temor y a tenerlo bien apretado, cosa que me apresuré a hacer. Fui conducido por barrancos y despeñaderos oscurísimos —de manera que, temblando de miedo, casi comenzaba a arrepentirme de haberl^ seguido— hasta que, en cierto momento, se soltó de mi apretamiento^ inmediatamente nos encontramos fuera de la oscuridad. «Levanta la cabeza v mira».

me exhortó, y yo abrí los ojos y vi finalmente este maravilloso jardín cuyas maravillas no puede describir adecuadamente palabra alguna. Todo alrededor estaba defendido por dos anchísimos fosos con abismos insondables y oscuros que, no sólo no dejaban pasar a nadie, sino que obligaban a dejar allí la vida a cualquiera que intentara salvarlos.

«Estáte muy atento a lo que ves», me avisó Renovamini, «al mismo tiempo, cuanto no consigas comprender yo procuraré explicártelo en el mismo orden en el que lo encontremos. Estos dos fosos tan profundos son los dos recuerdos que deben estar siempre presentes en el alma. El primero es el de la muerte, que alejará de ella todo pecado. Es lo mismo que vio Salomón cuando dijo: "En todas tus acciones acuérdate de tus novísimos, y no pecarás para siempre" (Si 7,40). Apenas el alma sienta aproximarse algún pensamiento que no sea correcto, reavive el recuerdo de la muerte y no habrá tentación peligrosa que inmediatamente no se precipite y desaparezca en este abismo, dejándola libre.

»E1 segundo foso representa la memoria de las penas eternas, consecuencias del pecado. Si tienes presente el significado de estos dos fosos, no sólo permanecerás lejos del pecado, sino que huirás de su mismo pensamiento con el mismo asco y terror que experimentarías ante una viscosa serpiente a punto de enroscarse a ti. Los dos fosos están puestos para defensa de tu jardín». Tras haberlos observado, nos encaminábamos hacia la puerta, cuando de repente un perro grande de feroz aspecto, dándose cuenta de mi presencia de extraño, se me abalanza encima rabiosamente, obligándome a buscar reparo detrás de mi compañero, quien, como cabe suponer y al contrario que yo, era bien conocido. Este intentó inmediatamente amansarlo, pero el animal, aun cejando en sus intentos de morderme, rechinaba los dientes de forma tan amenazadora, que me hacía morir de miedo. Mi guía, exhortándome a no tener temor, llamó a los habitantes del jardín, que, finalmente, lo amansaron. Pregunté qué significado tenía aquel perro tan feroz, y Renovamini respondió: «Este perro representa la razón que vela por la seguridad del alma y que, al acercarse extraños, inmediatamente se pone en guardia y da la alarma hasta que acude todo el consejo del alma.

»Sólo cuando se tiene la certeza de que no hay que temer daño alguno se aquieta la razón y permanece en paz. Pero si, por el contrario, los extraños viniesen con malas intenciones, es decir, para perjudicar, robar o turbar la quietud y la paz de la mente, se deja que el perro, es decir, la razón, azuzado debidamente, los acometa y despedace haciéndolos morir, para que no se pose en el alma sombra alguna de pecado que no quede disipada por verdadera contrición y dolor de corazón.

»Y estáte bien atento a que este perro no se distraiga con algún cebo que le echen delante, o sea, que la razón no sea lisonjeada y corrompida en modo alguno por regalos, compromisos y gracias mundanas, sino que se mantenga siempre ferozmente en guardia, inaccesible, rígida, ante placeres, lisonjas y amenazas».

Después que se nos abrió la puerta y mi guía hubo traspasado el umbral conmigo, fue inmediatamente acogido con grandísimos honores y enorme júbilo. Tras lo cual, tomándome de la mano dijo: «Visitemos el jardín comenzando inmediatamente por la entrada». La puerta se presentaba muy alta y ancha; inmediatamente seguían tres bellísimas habitaciones espaciosas. A mi pregunta sobre quién vivía allí respondió: «Esta puerta grande es la conciencia, y se llama la puerta de la Trinidad. Las tres habitaciones son: la memoria, el entendimiento y la voluntad.

»En la memoria habita el Padre, en el entendimiento el Hijo, en la voluntad el Espíritu Santo. Sea continuo en tu memoria el recuerdo de las gracias y de los infinitos beneficios que has recibido del Padre; tu entendimiento esté siempre vuelto al misterio de la Encarnación, meditándolo con el empeño de toda tu inteligencia hasta la ignominiosa muerte en la cruz. Tu voluntad permanezca siempre encendida por la llama del Espíritu Santo; ¡no hay mayor don para el hombre que la buena voluntad, porque con ésta ninguno puede perecer, mientras que, sin ella, ninguno puede salvarse! Es un don tan grande, éste de la buena voluntad, que nada puede reducir ni quitar, de manera que se te consiente merecer cuanto quieres, y el mérito está en proporción a la buena voluntad, lo mismo que en el infierno no se castiga sino la mala voluntad; pero no se puede llamar voluntad si no hace lo que debe hacer».

Los muros del jardín eran altos y cuadrados, y alrededor se alzaban siete torres altísimas y macizas que contenían una hermosa habitación cada una. «Estos muros», explicó Renovamini, «son los muros de la verdad que está en el alma; en las siete torres moran los siete dones del Espíritu Santo, uno por cada torre, y todos juntos custodian el jardín del alma». Pasamos después a la huerta, a admirar cosas maravillosas nunca vistas ni descritas por nadie.

Había en él siete órdenes de árboles, de ocho unidades cada uno. En medio del jardín, un árbol grandísimo descollaba sobre los demás cubriéndolos todo alrededor con sus grandes ramas. A los pies de este árbol manaba una maravillosa fuente de agua siempre fresca de la cual bebía continuamente toda otra planta, manteniendo el jardín siempre lozano y verde: las hojas no se marchitaban nunca, y los frutos llegaban perfectamente a su maduración.

«Los siete órdenes de árboles», explicó Renovamini, «son los siete órdenes de virtudes que derivan de una sola: la humildad, que no se puede adquirir más que por medio de la oración. El gran árbol del centro del jardín y que cubre todo con sus ramas es la verdadera cruz donde encuentras toda virtud.

»En la pasión de Cristo se encarnizaron contra El todos los vicios de sus verdugos, mientras que en Jesús florecieron todas las virtudes: en este choque, los primeros, a la vista de la muerte de nuestro Señor, creyeron haber vencido a las virtudes, pero se engañaron, porque la muerte de Cristo fue, en cambio, la muerte de ellos, en cuanto a cada vicio se contrapuso una virtud. Lo mismo que, en efecto, la amargura es vencida por la dulzura, la enfermedad por la salud, el frío por el calor, así lo es la soberbia por la humildad, la ira por la paciencia. Al morir El, destruyó nuestra muerte, y con la resurrección rehizo nuestra vida. Ves, pues, cómo aquel que quiere vencer a los vicios debe dar la batalla sólo sobre la cruz donde, ya deshechos una vez, no aceptan el combate, temiendo otra derrota. Esta Señal los ha aterrorizado y hecho impotentes hasta tal punto, que basta su vista para ponerlos en fuga, como confirma también la Escritura en muchos pasajes. Quien quiera obtener la victoria, combata sólo en este campo.

»Que la memoria de la cruz no desaparezca nunca de tu corazón y saldrás siempre victorioso, porque, lo mismo que el gran árbol cubre y protege con sus ramas todas las demás plantas del jardín, en ella encontrarás todas las virtudes que necesitas para tu seguridad y protección. Son muchos los que, aun dotados de virtudes, han combatido en vano, porque, ignorantes de la virtud de la cruz, quedaron, en consecuencia, excluidos de su victoria. En efecto, la Escritura amonesta: "Nosotros debemos gloriarnos en la cruz de Jesucristo nuestro Señor" (Ga 6,14); "El es la salvación, vida y resurrección nuestra; en El hemos sido salvados y liberados".

»A ese árbol te conviene subir si quieres ver a Cristo, como sucedió en el caso de Zaqueo, quien, minúsculo de estatura, no consiguió verlo sino subiéndose al árbol, donde fue también visto por el Redentor, que se invitó a comer en su casa. De modo semejante cada uno de nosotros, reducido a minúsculas proporciones por el pecado, no consigue ver a Cristo debido a esa pequenez. ¡Corre a ese árbol y crecerá tu estatura; sube a esa cruz y en ella encontrarás a Cristo clavado que te espera con los brazos abiertos y la cabeza humildemente inclinada!»

SANTA HUMILDAD

Rosanese Negusanti nació de familia noble en Faenza en 1226. Se casó con Ugolotto dei Caccianemici. Tras la muerte de sus dos hijos, consiguió persuadir a su marido para que ingresara en un monasterio junto con ella; en 1250, ambos ingresaron en los franciscanos menores observantes. Cuidó a quienes padecían enfermedades desagradables y sufrió burlas. Cuando la llamaron a leer en el refectorio, no sabiendo, improvisó estupendamente. Entonces recibió instrucción y escribió en latín sermones y oraciones. Después fue reclusa en Vallombrosa durante doce años, alimentándose de pan y agua con marrubio o ajenjo amargo, en compañía de una mujercilla que tras un tiempo la abandonó, hecho que le sirvió de señal de que debía fundar el monasterio femenino de Santa Maria Novella della Malta, en Faenza: ella se plegó con desesperación a salir de la celda para cumplir ese mandato, en 1266. En 1281 fundó un monasterio en Florencia. Murió el 22 de mayo de 1310.

DE LOS «SERMONES»

[I, 2] Aquí estoy... dispuesta a correr a ti con toda confianza: pues tú eres el Padre verdadero que no da la piedra en vez del pan, ni la serpiente en vez del pez, ni el escorpión en vez del huevo, sino que cada uno recibe de tu mano según su plegaria.

Nada te está oculto; todo está patente ante ti: también conoces mi deseo. Dame, pues, lo que busco, dígnate abrir a los que llaman, conceder a los que suplican.

Oh Padre justo, ábreme, pues, tu tesoro, para que pueda yo ver lo que con tanto ardor anhelo conocer. Dame tú el pan vivo que del cielo desciende: es precisamente de este pan del que yo quiero alimentarme jovialmente para nutrir mi alma. Hazme don también del pez, no del que es generado y que genera, sino del pez que es la virtud, para que la antigua serpiente no tenga ya poder sobre mí y no cree el vicio, y yo pueda siempre ofrecerme a ti en pura contemplación. Y lo mismo que el pez en el agua goza tanto más, cuanto más lo envuelven las olas, pueda así yo regocijarme entre las adversidades de esta tierra y gloriarme en Cristo Jesús, mi Señor, de mi enfermedad.

Así, oh Padre santo, dame también el huevo que es la conciencia inmaculada y luminosa: dame el corazón íntegro, la mente pura y límpida, la fe plena, el obrar leal que, precisamente como el huevo, no tiene mancha: así podré ofrecerte en holocausto mi vida entera.

[1,10] ¿No fue acaso por obediencia por lo que vino él a este mundo? El que era grande se anuló casi en un ser de corta edad: quien estaba en el cielo descendió a la tierra: el creador se dignó venir en una criatura, el invisible se hizo visible a los hombres, el impalpable se dejó tocar, el rico se hizo ejemplo de pobreza en este mundo, y el inmortal se revistió de nuestra mortalidad.

¡Oh caridad excelsa, incomparable y verdaderamente única!

¡Oh inmensa dilección y misteriosa amistad!

¡Oh excepcional obediencia y humildad profunda, que no puede ser tocada ni vista!

En efecto, ¿quién podría celebrar, contemplar o tocar a aquel que colma las profundidades y vence todas las alturas celestes, y abundantemente llena el valle para que se multipliquen los frutos de los que él se alegra, y que humilla y deja estériles las cumbres de los montes y collados, dejándolos sin fruto?

Entended, hermanos, por valles a los humildes, los mansos y los amigos de la obediencia, a los que se promete el placer y el gozo, la prosperidad y la abundancia. ¡Oh, dichosos los humildes en cuya conciencia mora Cristo! Ellos son los purificados de los vicios y de las concupiscencias de la carne: ellos desprecian la pompa y la gloria del mundo como polvo que el viento dispersa sobre la faz de la tierra. Amar a Cristo es ley para quienes desprecian el mundo: y es ley para ellos llenar los recipientes vacíos con las cosas celestes y no con las terrenas. Y por eso Cristo los ama con predilección y les premia con su gracia: Jesús niño nace en ellos, y con ellos permanece en virtud de la santa humildad; y crece en ellos por virtud de la obediencia, por la paciencia veraz, por la celeste contemplación.

Estos son los valles de los que hablaban los profetas al decir: «Todo valle será rellenado» (Is 40,4). De ellos canta el salmista: «Los valles abundarán en trigo» (Sal 64,14).

¿Cómo podían ser colmados los valles, sino por medio del nacimiento de Cristo? Ellos anunciaban la alegría venidera del nacimiento del Salvador que nosotros ahora vemos ya nacido, el niño Enmanuel, el que fue envuelto en pañales y colocado en el pesebre entre los animales.

¿Qué podemos decir nosotros, míseros?

El buey conoció a su amo, el asno conoció el pesebre de su Señor. Y nosotros no lo conocemos, ni tenemos anhelo de conocerlo, nosotros que somos sus criaturas, y criaturas racionales.

¿Para qué, entonces, tenemos la razón?

¡Levantaos, hermanos, que ya es hora! Alejaos de toda suciedad; purificad los recipientes que son vuestro corazón y vuestra conciencia: no se

puede meter vino ni aceite en recipientes manchados de fango. Por eso os digo que es necesario que os liberéis de todos los vicios y de todas las culpas, que os humilléis hasta haceros como los valles buenos. Y si esto hacéis os prometo que recibiréis en abundancia esa lluvia de la que dice el Profeta: «¡Caiga de lo alto de los cielos el rocío, y que las nubes lluevan la justicia!» (Is 45,8).

Además tendréis en abundancia ese trigo que es Cristo, y los recipientes estarán colmados del aceite que es el gozo luminoso del alma, y del vino que alegra, y de la leche y la miel dulcísima que es el niño Jesús, el cual nutre todo deseo con su viva fragancia, con el amor que no se sacia nunca y que es dulce evocar a todas horas.

De tales frutos estarán llenos los valles por la promesa que nos ha hecho el Dios benigno.

¿Quiénes son, por el contrario, los collados y los montes?

Son los hombres soberbios e impacientes que aman más el cuerpo que el alma, que anhelan los honores de aquí abajo, no aman la obediencia, ni aguantan las adversidades por amor de Dios, y, sin embargo, querrían parecer religiosos.

Pero vana es la religión de quienes prestan oído a las invitaciones del cuerpo y no a las del alma.

Esta es la razón por la que dijimos que los montes y los collados se agostan en la humillación: soportan cada día humillaciones; toda sentencia les afecta: no podrán ser exaltados.

ROBERT DE BORON

De los varios libros del ciclo del Grial, siguen a continuación un pasaje del prólogo y otro del cuerpo mismo del *Santo Grial,* reducción en prosa francesa del poema de Robert de Boron, de la primera mitad del siglo XIII.

El *graal* o grial era una escudilla o recipiente en el que Cristo comió el cordero pascual durante la última cena: José de Arimatea habría recogido después en él la sangre de Cristo brotada de las heridas aún abiertas durante el descendimiento.

El origen de las especulaciones en torno a ese recipiente se debe buscar quizás en Gales, donde la mística druídica se fundió con la cristiana. El nombre de la escudilla se extendió a cualquier alimento nutritivo y agradable *{gré)* y también al «gradual», y poco a poco se fue formando una literatura mixta cristiano-druídica, en la cual la caballería se convertía en medio de conocimiento, en institución religiosa.

El Grial es un sacramental del Espíritu Santo que se superpuso a la eucaristía y entrañaba un rito particular en el que participaban mujeres con una procesión, una ostensión y un banquete que debía renovar el acontecimiento de Pentecostés. El fin último era la salida del espíritu del iniciado

de su cuerpo: la del entendimiento de los límites formales. En torno a este núcleo giran otros aspectos. Un concepto del amor que entrañaba un estadio de amor cortés y caballeresco, y otro ulterior de abstinencia ascética, según el modelo maniqueo. La Orden del Grial educaba a las inspiradoras de los caballeros y a los gobernantes de los países más o menos encubiertamente sometidos, y tenía una finalidad política gibelina.

El ideal de la Orden del Grial, en cuanto Fieles de amor, es un ordenamiento civil de tipo bizantino, con una Iglesia reducida a los límites del patriarcado de Constantinopla. En los rituales del Grial resaltan elementos de la liturgia bizantina, como la importancia de la lanza sobre el tras-fondo de motivos iranios (el Maestro del Grial es exactamente el *imam* del esoterismo islámico iranio).

DE «SANTO GRIAL»

Prólogo

El menor y el más pecador de la tierra saluda al comienzo de esta historia a todos aquellos cuyos corazones y cuya fe están en la Santísima Trinidad que es el Padre, que es el Hijo, que es el Espíritu Santo —el Padre por quien fueron establecidas todas las cosas y del cual reciben los principios de vida, el Hijo por quien todas las cosas son liberadas de los tormentos del infierno y llevadas de nuevo a la alegría que dura para siempre, y el Espíritu Santo mediante el cual todas las cosas escapan al espíritu maligno y son colmadas de alegría por efecto de la iluminación de Aquel que es el verdadero Iluminador y el verdadero Confortador.

El nombre de quien escribe la historia no se da ni se aclara desde el principio, pero por las palabras que van a seguir gran número de personas comprenderá cuál es su nombre, el país donde nació y gran parte de su ascendencia. Pero no desea revelarse al comienzo, y ello por tres motivos. En primer lugar, porque si se nombrase y dijese que Dios por medio suyo ha desvelado una historia tan excelsa como la del santo Grial, la máxima que se pueda dar, los inicuos y los envidiosos, en su bajeza, se rebelarían contra él. La segunda razón es que algunos que lo conocen, al ver su nombre, estimarían en menos la historia por haber sido puesta por escrito por una persona tan miseranda. El último motivo es que, si antepusiese el nombre a la historia y alguno encontrase en ella alguna cosa mal referida por error de un copista, inmediatamente todos achacarían la

culpa a su nombre, ya que hoy en día hay más bocas dispuestas a hablar mal que bien, y más se censura por un solo mal, que cuanto se elogia por mil cosas buenas; por eso no desea que se descubra demasiado pronto su nombre. Pero, sea cual sea su deseo, será ciertamente descubierto más deprisa de cuanto querría. Pero muy abiertamente os dirá cómo se le ordenó dar a conocer la historia del santo Grial.

Aconteció el año 717° de la pasión de nuestro Señor Jesucristo que yo, el más pecador de los pecadores, me encontraba en el lugar más salvaje que jamás podría desear conocer, y lejos de todo pueblo cristiano. Pero, además de decir que era muy salvaje, debería decir también que el lugar era muy ameno y lleno de delicias, porque un hombre del todo dedicado a Dios ve todo por contrarios. Estaba así sentado en el lugar que he mencionado, como habéis oído, el jueves de la semana santa, y cuando llegó el viernes santo recité la misa grata a Dios que se llama *tenebrae*\ después me entraron muchas ganas de dormir y me puse a dormitar, pero no pasó mucho tiempo antes de que una voz me llamara cuatro veces por mi nombre. Me decía: «Despierta y comprende en una cosa tres y de tres cosas una, y que tanto puede el Uno como el Tres». Inmediatamente me desperté y vi un resplandor tal, que nunca había visto uno tan grande. Y después vi ante mí al hombre más hermoso que nunca existiera, y cuando lo vi me quedé pasmado y no sabía qué decir ni qué hacer, y El me dijo: «¿Comprendes las palabras que te he dicho?», y temerosamente le respondí: «Señor, aún no estoy totalmente seguro de ello»; y El me dijo: «Es el reconocimiento de la Trinidad lo que te he ofrecido, y se debe a que», continuó, «has dudado de que la Trinidad tenga tres personas, las cuales poseen una sola Divinidad y una sola Potencia». «Nunca he tenido dudas salvo en este único punto». Y me dijo aún: «¿Comprendes y sientes quién soy?». Y le respondí que el mío era un ojo mortal y no podía ver un resplandor tan grande, ni soy capaz de decir lo que todas las lenguas encuentran arduo expresar. Y El se inclinó sobre mí y me sopló libremente en la cara y entonces comprendí que tenía ojos cien veces más claros que antes, y sentí en la boca el milagro de las lenguas. Y El me dijo: «¿Entonces no comprendes ni sabes quién soy?», y cuando quise hablarle vi que una gran llama me salía de la boca. Tuve tal miedo, que no pude decir una palabra; y El dijo: «No temas. Soy la Fuente de la Sabiduría. Soy Aquel al que Nicodemo dijo: "Maestro, sabemos quién eres" (Jn 3,2). Soy Aquel del cual la Escritura dice: "Toda Sabiduría viene de nuestro Señor" (Si 1,1). Soy el Maestro perfecto. He venido a ti porque quiero que seas instruido en todas las cosas de las cuales dudas: te daré certidumbre y por medio de ti se expondrá a todos aquellos que lo

oigan decir». Tras estas palabras me tomó de la mano dándome un libro que en ninguna dirección era más largo que la palma de la mano, y después de dármelo me dijo que en aquel libro me había dado una maravilla mayor que la que ningún corazón mortal podía pensar o conocer. «Nunca tendrás sobre nada dudas que no puedas confirmar en este libro; aquí están mis secretos, que ningún hombre puede contemplar si no es purificado por una veraz confesión, y lo digo con el lenguaje del corazón y como con la boca cerrada y sin palabras, porque con lengua mortal no es dado referirlo sin que se vean turbados por ello los cuatro elementos, porque los cielos llorarán, el aire será revuelto, la tierra será hendida y el agua verá mudado su color, y todo eso y más aún está en este manual para que, si un hombre lo examina con fe perfecta, le sea de provecho al alma y al cuerpo, porque nunca caerá un hombre en error mirando en él, y además estará lleno de una alegría mayor de cuanto un hombre pueda imaginar, y no morirá de muerte imprevista por pecados que haya cometido; éste es el camino de la vida»; y después que así hubo hablado, resonó una voz más vehemente que el trueno, y cuando hubo resonado vino de lo alto un ruido tan fuerte, que me pareció que el firmamento se venía abajo y que la tierra se hendía, y si antes había sido tan fuerte la luz, ahora era cien veces más esplendorosa, y yo creía haber perdido la vista a causa de ella; y allí estaba yo echado por tierra como en un deliquio, y cuando el vacío en la cabeza hubo pasado, abrí los ojos y no vi a mi alrededor nada de lo que había visto antes, y creía yo que todo había sido un sueño hasta que me encontré en la mano el li-brito tal como el gran Maestro me lo había puesto. Entonces, contentísimo, me levanté y con gran alegría me dispuse a la plegaria y la oración deseando intensamente que amaneciera; y cuando fue de día comencé a leer y encontré el inicio de mi lenguaje que tanto había querido ver, y cuando lo hube visto, me maravillé de que en un librito tan pequeño hubiese tantas palabras, y así leí una tercera parte de él hasta hallar gran parte de mi genealogía, y allí vi las vidas y los nombres de hombres que no habría osado decir que conocía ni que era su descendiente, y cuando vi sus obras buenas y los trabajos que soportaron en la tierra por el Creador, no sabía cómo enmendar mi alma para hacerme digno de ser acompañado hasta ellos, y no me constaba que estuviera, en lo relativo a mí, con un hombre, sino sólo con una apariencia de hombre.

Tras haber meditado esto por largo rato, miré delante de mí y vi que estaba escrito: «Aquí comienza el santo Grial», y cuando hube leído tanto, que había pasado el mediodía, vi: «Aquí comienza el gran Miedo». Entonces continué leyendo y vi muchas cosas tremendas, y Dios sabe que tuve

grandes dudas viéndolas, y no habría osado mirarlas si no me lo hubiese ordenado Aquel por quien todas las cosas son ordenadas y gobernadas; y tras haber visto eso, comencé a reflexionar intensamente, y mientras así pensaba vi un rayo como un fuego ardiente que bajó del cielo viniendo a parar delante de mis ojos como un relámpago, y era muy semejante al fragor de un trueno, y el resplandor fue grande y duró mucho tiempo; y apareció delante de mis ojos de suerte que todo mi ojo resplandeció con él y caí en deliquio, y cuando plugo al Señor sé que me levantó de nuevo, y después vi una tiniebla tal, que no se veía más de lo que se puede ver en la noche más oscura del invierno, y su tiniebla duró el tiempo de dar cien pasos. Entonces plugo a Dios que la oscuridad se desvaneciese, y se fue aclarando gradualmente hasta que el Sol volvió a su habitual resplandor. Después llegó hasta donde yo estaba un perfume tan suave como si todas las especias del mundo estuvieran allí esparcidas, y después oí el canto más gentil que nunca se cantase; y quienes lo entonaban estaban tan cerca de mí, que sentía que eran seres visibles y que podía tocarlos con la mano, pero no los veía, si bien comprendía que alababan a nuestro Señor y que hacia el final de la canción decían: «Gloria y honor sean dados al Restaurador de la vida y Destructor de la muerte». Esta alabanza la oí perfectamente, pero de todo el resto no oí nada; después hubo un concierto de campanas y, cuando lo terminaron, empezaron de nuevo su canción.

Siete veces cantaron así sus voces: la octava canción fue interrumpida, de suerte que me di cuenta de que habían descendido abajo y entonces me percaté de que las alas de todos los pájaros del mundo me estaban pasando por delante, y, cuando las voces se desvanecieron, volvió la gran fragancia que había sentido primero y tanto me había agradado. Entonces se reanudó el canto, y comencé a pensar en esta gran maravilla, cuando oí una voz que me decía: «Abandona tus pensamientos y da lo debido a tu Creador». Entonces me levanté y vi que la hora de nona había pasado, y me maravillé mucho, porque había estado mirando durante tan largo tiempo el libro que tanto me agradaba, y creía que aún era por la mañana. Entonces comencé a decir la misa del Señor del día en que El murió por nosotros y en el cual no comulgamos porque la figura se debe invertir hasta el domingo, y el viernes santo no comulgamos porque no tendría sentido hacerlo el día mismo en que El fue sacrificado en la cruz; y cuando con la ayuda de Dios hube terminado y quise recibir a mi Salvador, un ángel me cogió las manos diciéndome: «Estas tres Personas deben ser acogidas por ti, por eso te haré comprender lo que significan con toda certeza». Diciendo esto, me levantó a un lugar donde,

si todas las lenguas mortales hablasen y todos los oídos las escuchasen, ninguno comprendería tales alegrías sin recibirlas centuplicadas, y si dijese que esto estaba en el tercer cielo adonde fue llevado san Pablo no creería mentir. Pero no me atrevo a jactarme de ello, aun cuando pueda decir que me fue mostrado el cetro del cual san Pablo dice que ninguna lengua mortal lo puede desvelar, y, habiendo visto tales maravillas, el ángel me transportó diciéndome: «¿Has visto grandes maravillas?», y dije que no creía que pudiesen existir, y él me dijo que me mostraría mayores. Entonces me cogió y transportó a otro sitio donde se veía cien veces más claro aún. Era más colorido que cuanto un corazón pueda figurarse, y me mostró allí abiertamente la potencia de la Trinidad, y vi distintamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y vi que estas tres Personas pertenecían a una sola Divinidad y una Persona, y no obstante digo que vi allá arriba tres Personas, una distinta de la otra; con esto haré airarse a los envidiosos, cuya obra es censurar a los demás, pues dirán que voy contra la autoridad de san Juan, el altísimo evangelista, el cual afirma que nunca hombre mortal alguno vio al Padre, ni será nunca capaz de ello, en lo cual con-cuerdo perfectamente. Pero quienes lo han escuchado no han entendido bien que él habla del hombre mortal, mientras que el alma, una vez separada del cuerpo, es por esto una cosa espiritual y bien puede remirar al Padre; y mientras contemplaba esta gran maravilla se produjo un trueno y después otro medio trueno y cuantas cosas celestiales habían sobrevenido antes, y yo yacía como en deliquio. Entonces vi una maravilla que no sé referir. Y a su tiempo el ángel me cogió llevándome de nuevo al lugar de donde me había tomado, y antes de volver a meterme el espíritu en el cuerpo me dijo que yo había visto grandes maravillas; le respondí que ningún mortal que oyera hablar de ello lo juzgaría otra cosa que una patraña, y me dijo: «¿Estás todavía inseguro de aquello de lo que dudabas?». Y le dije que no había hombre, por incrédulo que fuese, al que, si me escuchase, no le hiciera yo comprender claramente todos los puntos de la Trinidad, habiéndolo yo visto y aprendido. Entonces me volvió a meter el espíritu en el cuerpo y me dijo que desde entonces en adelante no debía ya estar en duda, y me levanté sobresaltado como quien se despierta y me pareció ver al ángel, pero ya se había ido; miré a mí alrededor y vi a mi Salvador ante mí como antes de que el ángel se me hubiese llevado; resplandecía de buena fe. Entonces cogí el manual y lo puse en el lugar donde estaba el sacramento, porque era un lugar bellísimo y aptísimo, y cuando salí de la capilla me di cuenta de que era casi de noche, y entonces entré en casa y comí el alimento que Dios me había dado.

La visión

José [de Arimatea] condujo hasta la cámara a nuestro Señor, de manera que todo el pueblo lo vio entrar. Y vieron todos que la cámara creció, y tanto se ensanchó, que estaban todos dentro de ella sin apreturas. Y veían a los ángeles ir y venir delante de ellos. Allí celebró José el primer sacramento que se celebró nunca en ese pueblo. Pero no lo hubiera tenido todo completo, si no hubiese dicho las palabras que Jesucristo dijo a sus discípulos durante la cena, cuando les dijo: «Tomad y comed, éste es mi cuerpo que por vosotros y por muchas gentes será entregado al tormento». Y también les dijo del vino: «Tomad y bebed mi sangre, la de la nueva ley, la misma que por vosotros será derramada para remisión de vuestros pecados». Estas palabras dijo José sobre el pan y sobre el vino que encontró preparado como se ha dicho en el relato... Y en cuanto las hubo dicho sobre el pan y sobre el vino que estaba en el cáliz, de inmediato el pan se volvió carne, y el vino se volvió sangre. Y entonces vio José manifiestamente que tenía entre sus manos un cuerpo, semejante también a un niño. Y le parecía que la sangre que veía en el cáliz era la del corazón del niño. Y como vio que así era, quedó tan terriblemente espantado por ello, que no sabía qué podía hacer. Es más, se encogió totalmente en sí, y comenzó con mucha angustia a llorar de sus ojos y a suspirar de corazón por el gran miedo que tenía. Entonces le dijo nuestro Señor: «José, te conviene desmembrar lo que sostienes, para que de él resulten tres pedazos». Y José respondió: «Ay, Señor, ten piedad de tu siervo, que mi corazón no podría sufrir que yo deshiciese tan bella factura». Y nuestro Señor le dijo: «Si no haces lo que te digo, no tendrás parte en mi herencia». Tomó entonces José la cabeza del niño y la partió por un lado. Y la separó del cuerpo tan fácilmente como si la carne del bebé hubiese sido bien cocida, al modo en que se cuece la carne [cuando está] sobre el fuego. Después hizo dos partes de lo restante con grandísimo miedo, de manera que suspiraba y lloraba intensamente. Y en el momento en que comenzaba a hacer las partes, cayeron a tierra todos los ángeles que allá se encontraban y se le pusieron todos a los lados y junto a las rodillas; mientras, nuestro Señor dijo a José: «¿Qué esperas? Recibe lo que está ante ti y consúmelo, que en ello está tu salvación». Pero José se puso de rodillas, se obstinó y gritó dando gracias a Dios y llorando todos sus pecados. Y cuando se levantó no vio sobre la patena más que un pedazo de pan, en apariencia; lo tomó y lo levantó en alto. Cuando hubo dado gracias a su Creador, abrió la boca para introducirlo en ella. Y miró y vio que era un corazón todo entero. Y aun cuando quiso retirarlo no pudo; más

bien sentía que se le ponía en la boca antes de que la pudiese cerrar. Y cuando lo hubo consumido le pareció que todas las dulzuras y suavidades que la boca podría enumerar le hubieran entrado en el corazón.

HADEWIJCH

Nació a finales del siglo XII, quizás de una familia de Amberes. Murió después de 1260 en la comunidad de beguinas de Nivelles. Escribió visiones, cartas, poesías en dialecto brabanzón antiguo; esos documentos son los máximos exponentes de la mística beguina.

DE LAS «CARTAS»

[I] Contempla qué alto amor es el Uno para el Otro y dale gracias con amor, dígnate contemplar cómo Dios es todo esto, y obrar en El, disfrutando de su luz en la gloria, y manifestándote en esa luz de modo que ilumines todas las cosas o las oscurezcas, según la esencia de cada una.

Y como Dios es todo esto, conviene hacer de manera que El disfrute de sí en todas las obras de su luz «sicut in coelo et in térra»; siempre, de palabra y obra, diciendo: «Fiat voluntas tua».

Ah, cara hija, a medida que el selvático hace resplandecer más en ti su poder, a medida que su santa voluntad se cumple mejor en ti y su refulgente verdad relampaguea más de cerca en ti, no dudes en posponer la dulce quietud a la plenitud grande de Dios. Enciende tu ser y adórnate de virtudes y obras santas.

Abre los sentidos al alto deseo de la plenitud de Dios.

Y dispon el alma al goce grande del amor arrollador de nuestro demasiado dulce Dios.

Ah, cara hija, digo demasiado dulce, pero a mí esto me resulta del todo desconocido, salvo en el deseo que de ello habría tenido el corazón: mi sola dulzura ha sido sufrir de su amor. Para mí El ha sido más cruel de cuanto diablo alguno ha sido nunca conmigo.

Los diablos nunca pudieron quitarme de amarle, ni lo consiguió otro con el que El me mandaba ser caritativa. Me lo ha quitado El en persona. Lo que El es, si lo goza El en dulce fruición, me hace así errar fuera del goce, me deja siempre en angustia, oprimida por la carencia de fruición de amor, y me deja a oscuras del goce de todas las alegrías que deberían ser mi parte.

Ay de mí, infeliz, lo que Él mismo me entregó, lo que Él me había dado en prenda del goce de un justo amor, ahora así lo abandona; y tú lo sabes, por lo que de ello conoces. Ay, Dios sabe que yo respetaba su derecho soberano: exigía de Él muy poco más de cuanto Él mismo quería; pero lo que Él me entregaba, yo de muy buen grado lo habría tomado y gozado, con tal de que Él se hubiese dignado ayudarme. Es más. de buenas a primeras, me desagradaba más bien, tanto que me hice rogar largo tiempo antes de alargar la mano para tomar. Pero heme aquí: estoy como quien —presentándosele algo para jugar— extiende, pues, la mano, y se la golpean y dicen: «Te lo habías creído, ¿eh?», y retiran lo que se le presentaba.

[XI] Desde que tenía apenas diez años, estuve tan oprimida por el más intenso amor, que desde que me entregué así sin duda habría muerto en menos de dos años si Dios no me hubiese dado una fuerza singular, distinta de la que reciben las personas comunes, y no hubiese Él restaurado mi naturaleza con su Ser; además, Él me dio muy pronto la razón, iluminándola en parte con más de un bello testimonio, y recibí de Él más de un hermoso don, mientras Él me hacía sentirlo y se me mostraba. Por no hablar de todos aquellos signos que yo descubrí entre él y yo en la relación íntima del amor, de aquel modo en que el amigo al amigo bien poco suele esconder y mucho revela, lo cual por lo regular sucede al sentirse próximos el uno al otro, al saborearse por partes, hasta devorarse y beberse y absorberse el uno en el otro.

Por todos estos signos —signos múltiples y muy variados— que Dios, mi amor, me dio al principio de mi vida, me inspiró tanta confianza en él. que la mayor parte del tiempo me sentía en mi ánimo como si nadie lo hubiese amado nunca tan de corazón como yo. La razón, entre tanto, bien me hacía saber que no era yo la más íntima, pero aquel vínculo de sentirme estrechamente ligada a Él en el amor nunca me permitía sentirlo ni creerlo. Así van mis cosas: por un lado, soy incapaz de creer íntimamente que sea yo quien lo ama más íntimamente que todos; y por otro lado también soy incapaz de creer que viva nadie por quien Dios sea tan amado. De modo que a veces Amor me ilumina hasta el punto de hacerme conocer mi deficiencia, pues no soy tanto que pueda bastar a mi dilecto en toda su dignidad; otras veces, por contra, la dulce naturaleza de Amor me ciega tanto, a fuerza de gustarlo y de sentirlo, que, a mí al menos, me sacia, y termino por encontrarme tan rica para estar con Él, que en mi ser íntimo debo dar fe de que me sacia y llena.

BEATRIZ DE NAZARET

Nació en torno a 1205 en Tirlemont (Brabante). Ingresó junto con su padre y sus hermanas en la orden cisterciense. Fue amiga de la beata Ida de Nivelles. Murió en la abadía de Notre Dame de Nazaret en 1268. Se conservan de ella su autobiografía y el tratado *Van seven manieren van heiligher minnen,* en flamenco.

DE «LOS SIETE GRADOS DEL SANTO AMOR»

El amor atrae al alma a lo alto, y también la retiene en lo bajo; le trae consuelo y la atormenta; le da muerte y le prodiga vida; la sana y la hiere; le inflige la locura y le restituye la razón. Así la atrae a un estado más elevado, de manera que ella se eleve en espíritu sobre los dones gratuitos del amor, entrando en el amor eterno, liberada del tiempo, y se levante en el amor por encima de la facultad humana y por encima de la propia naturaleza hasta el deseo de superarla.

Su ser y su entera voluntad, su deseo y su amor, está precisamente en la verdad cierta y en la pura limpidez, en la noble elevación y en la deleitosa belleza, en la dulce compañía de los espíritus bienaventurados que se deshacen en amor desbordante y están en el claro discernimiento, en la posesión y en la fruición de su amor.

El alma descubre allá arriba las relaciones más suaves entre los espíritus, y sobre todo entre los serafines ardientes en la vasta divinidad; y, en la suprema Trinidad, amable descanso y deliciosa morada. La busca en su majestad, la encuentra y la contempla con el corazón y con el espíritu, conoce al Esposo, lo ama y lo desea de manera que no puede prestar atención ni a los santos, ni a los hombres, ni a los ángeles, ni a las criaturas, sino que, gracias a este amor que las inflama a todas en Dios, en El ama ella todas las cosas. A El sólo ha decidido amar por encima de todo, en el fondo de todo, en el centro de todo, de suerte que toda aspiración de su corazón y toda fuerza de su espíritu le hacen desear verlo, poseerlo y gozar. Por eso la tierra es para ella un exilio, una áspera prisión y una cruel rortura. Desprecia el mundo, la tierra le repugna, todo lo que le pertenece no puede aquietarla ni contentarla, y siente por tanto gran pena por estar tan distante y parecer tan extraña. No puede olvidar el exilio, ni se le con-ede satisfacer su propio deseo; y el anhelo que dolorosamente la atormenta la somete a tortura sin medida ni piedad.

Ella todavía no puede llegar allá arriba, y, sin embargo, aquí abajo no puede gustar ni paz ni descanso, y su espera es tan penosa, que no puede sufrir y pensar en su Amado. Estar privada de El le acrecienta el tormento del deseo, y se ve reducida a vivir en gran abatimiento, y por eso no puede ni quiere ser consolada, como dice el Profeta: «Renuit consolari anima mea» (Sal 77,3).

Ella misma rechaza así toda consolación, a menudo de Dios mismo y de las criaturas, pues toda la alegría que puede venirle de ellos la hace más fuerte en el amor, suscita el deseo de una vida más desbordante y renueva el anhelo de abandonarse al amor, de disfrutar establemente de él y de vivir en este exilio sin consuelo. Ningún don gratuito puede satisfacerla ni aquietarla debiendo ella pasarse sin la presencia de su Amor.

Esta es una vida muy penosa; el alma no quiere ser consolada aquí abajo antes de haber obtenido lo que busca sin tregua.

MATILDE VON MAGDEBURG

Nació en 1212, fue beguina y tal vez formó parte de la tercera orden dominicana en Magdeburg. En 1250 empezó a escribir su libro *Von Of-fenbarungen einer liebhabenden Seel.* En 1270 dejó Magdeburgo y se encerró en el monasterio de Helfta, donde murió en 1283.

DE LAS «REVELACIONES»

La caza

El Alma: «¡Ah! ¡Ojalá no te hubiese conocido nunca! Tú me has rastreado, apresado y desgarrado tan cruelmente, que ya nunca me recuperaré». El Amor:

«Rastrearte era mí placer,
apresarte, mi voluntad,
cautivarte, mi deleite.
Yo saqué al Dios Omnipotente de los cielos
lo depredé de su vida humana
y con amor al Padre lo devolví.
¿Cómo podrías tú, mísero gusano,
esperar escapar de mí?».

La danza

Dios: «Cuando hayas dejado a tu espalda el dolor del arrepentimiento, la pena de la confesión, los trabajos de la satisfacción, el amor del mundo, las tentaciones del diablo, la intemperancia de la carne y la maldita voluntad propia que retrae a tantas almas y les impide llegar al verdadero amor; cuando hayas abatido a los más grandes amigos, estarás tan fatigada, que dirás: "Bello esposo, mi deseo te busca, ¿dónde te encontraré?"».

Entonces el Esposo responde: «Oigo una voz llena de amor, la he bus-jado durante mucho tiempo sin oírla nunca, me ha conmovido, debo partir a su encuentro: contiene a la vez dolor y amor».

Por la mañana, con el dulce rocío (el fervor penetra en el alma por vez primera), sus siervos, los cinco sentidos, le dicen: «¡Vístete!».

El Alma: «Amor, ¿adonde debo ir?».

Los sentidos: «Hemos oído un murmullo, el Príncipe viene hacia ti con el rocío, entre cantos de pájaros. ¡No tardes, señora!».

Entonces ella se viste la túnica de la dulce humildad, tan humilde que r.o puede soportar nada debajo. Después se pone el blanco vestido de la pura castidad, tan puro que no puede soportar ningún pensamiento, ninguna palabra, que lo pueda ensuciar. Se cubre con la capa de la santa reputación, que ha adornado con el oro de todas las virtudes. Después se va ***i*** la floresta de las santas compañías, donde noche y día los ruiseñores cantan suavemente la armoniosa unión con Dios; oye las dulces voces de los pájaros del santo conocimiento. El esposo no ha llegado todavía. Entonces ella despacha mensajeros porque quiere bailar; manda a buscar a la fe de Abraham, al deseo de los profetas, a la casta humildad de nuestra Señora santa María y a todas las santas virtudes de Jesucristo, y a toda la per-rección de los elegidos: es éste, en la danza, un coro hermoso. Entonces llega el Esposo y le dice: «Muchacha, baila bien, como te han enseñado mis elegidos».

El Alma:
«Señor, no puedo bailar
el amor por ti me distrae,
si quieres que yo pueda saltar,
debes tú mismo cantar.
Y saltaré de amor,
y del amor al saber,
y del saber al éxtasis,
y allí, que yo me pare...»

También el Esposo canta: «Si vengo a ti es para satisfacer mi deseo; pero, por tu bien, apártate de mí».

El Alma: «No tengo alegría sino junto a vos, nada me es deleitable lejos de vos».

El joven entonces le dice: «¡Virgen! Has ejecutado como conviene esta danza en mi honor. El Hijo de la Virgen satisfará tu deseo porque estás muy cansada. Ven ahora que es mediodía al lecho de amor, a la fuente umbrosa, y te refrescarás».

La Virgen responde: «¡Oh Señor! Es demasiado que goce de vuestro amor la que no tiene en sí amor salvo el que vos suscitáis».

El Alma dijo entonces a los sentidos, sus siervos: «Estoy fatigada de la danza, alejaos para que pueda yo ir a refrescarme».

Los sentidos dijeron al Alma: «Señora, ¿queréis refrescaros en las lágrimas de amor de María Magdalena? Quizás os basten».

El Alma: «¡Callad! ¡No comprendéis lo que digo! Dejadme y no me pongáis obstáculos. Quiero gozar el vino sin mezcla».

Los sentidos: «Señora, es en la castidad de las Vírgenes donde reside el gran amor».

El Alma: «Quizás, pero no está allí para mí el bien supremo».

Los sentidos: «Podríais refrescaros en la sangre de los mártires».

El Alma: «Sufro el martirio desde hace tantos días, que no pienso volverme de ese lado».

«En el consejo de los confesores se complacen las almas puras.»

«Quiero seguir sus consejos, tanto para abstenerme, como para obrar, pero no es allí adonde quiero ir.»

«Encontraréis gran seguridad en la doctrina de los apóstoles.»

«Tengo la sabiduría junto a mí. Ella me hará escoger la mejor parte.»

«Señora, los ángeles son bellos, están iluminados por el amor; si queréis refrescaros, subid hasta ellos.»

«Las delicias de los ángeles son un sufrimiento para mi amor si no veo a su Dueño, mi Esposo.»

«Refrescaos, pues, en la santa y austera vida que Dios dio a san Juan Bautista.»

«Estoy dispuesta a los sufrimientos, pero la fuerza del amor sobrepuja todo dolor.»

«Señora, si queréis refrescaros en el amor, inclinaos sobre el seno de la Virgen, hacia el niño; ved, gustad cómo esa alegría de los ángeles bebe la leche sobrenatural de la Virgen eterna.»

«¡Es un amor pueril amamantar y acunar a un niño!

Yo soy una prometida que ya ha crecido, quiero ir adonde, está el devoto de mi corazón.»
Los sentidos:

«Señora, si vas a él,
es fuerza que nosotros ceguemos.
Es Dios fuego tan ardiente
—como tú misma sabes bien—,
que todo el fuego y el ardor
que irradia el cielo y todo santo
y toda llama fluye
del aliento divino
de su humana boca
por consejo del Espíritu Santo.
¿Cómo puedes aguantar allí ni una hora?»
El Alma:
«El pez en el agua no puede ahogarse,
el pájaro en el aire no puede hundirse,
el oro en el fuego no desaparece nunca,
sino que de él alcanza claridad y otro color.
A toda criatura ha dado Dios
vivir según su hechura.
¿Podría vencer yo a mi naturaleza?
Debo, desprendida de las cosas, entrar
en Dios, que es Padre mío por la naturaleza,
hermano mío como hombre,
mi Esposo por amor,
y antes de los orígenes yo suya.
¿Me creéis ciega a su querer?
Quemar le es dado, y refrescar:
no os turbéis sobremanera,
vuestro juicio me hace falta todavía.
Cuando haya regresado,
bien me socorra vuestro entendimiento,
que lleno está el mundo de anzuelos y redes.»

Ahora va la dilectísima al encuentro del Bellísimo en la secreta estancia de la inmaculada Divinidad y allí encuentra el lecho de Amor y el penetral de Amor. Dios está divina y humanamente dispuesto. Dice nuestro Señor: «¡Quedaos, señora Alma!». El Alma: «¿Qué mandas, oh Señor?».

El Señor: «¡Despojaos, señora Alma!». El Alma: «Señor, ¿qué me sucederá?». El Señor: «Señora Alma, vos estáis tan integrada en mí, que nada puede ya interponerse entre vos y yo. No hubo nunca un ángel tan noble que le fuese prestado por una hora cuanto a vos se os regala para siempre. No obstante, debéis desechar miedo y vergüenza y toda otra virtud adquirida. En lo sucesivo, sólo la virtud que en vos lleváis por naturaleza debéis sentir eternamente. Este es el noble deseo vuestro y vuestro anhelo infinito: esto quiero yo mismo realizar en mi bondad infinita».

El Alma:
«Señor, yo soy un alma desnuda
y Tú, en Ti mismo, Dios rico en todo ornamento.
La comunión nuestra es amor
eterno, sin muerte.»

Ahora sucede en silencio bienaventurado
de los dos el querer se cumple.
A ella se da El, ella se da a El.
Qué le sucede ella lo sabe,
y confiada se consuela
si por mucho tiempo no puede durar:
dos enamorados que van a secreta cita
deben a menudo separarse sin despedidas...

Carísimo amigo en Dios, que este camino de amor que yo te he enseñado, se lo conceda Dios a tu corazón. Amén.

Última ansiedad de Matilde
sobre su propio tránsito de este mundo

Dios me ha dado la paz. Yo le dije: «¡Señor! Con alegría pienso en la luz y bienaventuranza de tu gloria divina de la que no soy merecedora, pero todavía me acosa el temor sobre la manera en que será el tránsito de mi alma desde el cuerpo». Y respondió el Señor: «Será de este modo: yo inspiraré mi aliento, y tu alma lo seguirá hasta mí, como la aguja al imán».

El libro de Matilde

El don que está escrito en este libro
en tres maneras me fue dado.
Primero con gran delicadeza,
después con extrema familiaridad,
ahora con gran sufrimiento...

Yo, indigna sierva de Dios, Jutta von Sangershausen, ordeno para todos los tiempos que mis hijas lean este libro nueve veces según la voluntad de la beguina Matilde, y nueve veces nueve según la mía propia.

MATILDE VON HACKEBORN

Murió el 19 de noviembre de 1299. Tuvo revelaciones y conversaciones divinas igual que Gertrudis en el mismo monasterio de Helfta.

Como las revelaciones de Gertrudis, las suyas fueron recogidas por Lansperg.

DE JOHANX LANSPERG, «VIDA»

De los estigmas impresos en el corazón de esta Virgen
y del ejercicio de las cinco llagas

Al principio de estas cosas, es decir, en el primer o segundo año, según creo, y en la estación invernal, me encontré, leyendo en cierto libro, una breve oración que decía así: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, concédeme la gracia de que, con todo el afecto del corazón, con pleno deseo y con alma sedienta, pueda yo aspirar a ti, y sólo a ti, oh dulcísimo y suavísimo respiro, y con todo mi espíritu y todas mis entrañas, ir anhelando hacia ti sólo, que eres mi bienaventuranza. Escribe, misericordiosísimo Señor, con tu preciosa sangre, tus heridas en mi corazón, para que en ellas pueda yo leer igualmente tu dolor y tu amor, y haz que la memoria de tus llagas permanezca continuamente impresa en lo más secreto de mi corazón, y que en mí se excite el dolor de la compasión por ti, que el ardor de tu dilección en mí se encienda: dígnate igualmente concederme que toda criatura me parezca vil, y que solamente tú en mi corazón habites dulcemente». Esta oración la tomé con alegria

y después me he esforzado en repetirla con frecuencia, en lo cual tú, que jamás desprecias los deseos de los humildes, estabas presente para conducir a efecto el tenor de esta pequeña oración. Poco tiempo después, a la misma hora, estaba sentada después de vísperas en el refectorio para la colación junto a una persona a la cual antes de estas cosas había yo descubierto parte del secreto de mi corazón (como para la salvación de quien lea razonaré aquí claramente), y esto porque descubriendo estos secretos a alguien me he sentido muchas veces aumentar la devoción y el fervor. Pero no me resulta claramente manifiesto si esto lo causó tu Espíritu, oh Señor Dios, o la afección de la humanidad, si bien muchas veces he oído de persona experimentada en estas cosas que siempre es de más provecho manifestar tales secretos a otros, pero no ya de forma general a todos, sino especialmente a alguno que sea, no sólo conocido por su fidelidad, sino también superior para la mayoría: sin embargo, no sabiéndolo seguro, como he dicho, todo lo remito a ti, Provisor mío fidelísimo, en cuyo Espíritu, más dulce que la miel, consiste la virtud de todos los cielos. Si, pues, ese fervor fue causado por la humana afección, tanto más razonable resulta que me zambulla en el abismo de tu gratitud, cuanto más honradamente tú, Dios mío, te has dignado unir al extremo de mi vida el oro de tu gran precio, a fin de que también las alegrías de las gracias se acercasen a mí. Digo, pues, que en la hora antedicha, estando sentada en el refectorio, y teniendo la memoria más ocupada de lo habitual en estas cosas, sentí casi divinamente que se me conferían, a mí indignísima, aquellos dones que poco antes había yo pedido con la mencionada oración: porque dentro de mi corazón, como si fuese propiamente en las partes del cuerpo, supe espiritualmente que se imprimían aquellos venerandos y adorables estigmas de tus santísimas llagas, heridas por medio de las cuales has medicado mi alma, y me has alargado igualmente la taza de amor llena de suavísima bebida. Pero no por esto encontró mi indignidad el abismo de tu piedad tan apagado, que yo no recibiese de nuevo de la sobreabundancia de tu liberalísima largueza aquel memorable don con el cual, cada vez que un día tuviese yo intención de visitar por el Espíritu los signáculos de la amada impresión con cinco versos (a saber, «Benedic anima mea Domine»), no me podía nunca ese día suceder nada por lo cual tuviese yo que verme privada de algún beneficio especial: porque entendí de ti que con el primer verso, es decir, «Benedic anima mea Domine», podía yo depositar en las llagas de tus bienaventurados pies toda la herrumbre de mis pecados y toda la vileza del placer humano; después, con el segundo, «Benedic, et noli obli-visci», me era concedido lavar en ese amatorio baño (del cual por mi amor salió sangre y agua) toda mancha de camal y transitoria delectación; con el

tercero, «Qui propitiatur», con el espíritu descansado puedo apresurarme un poco para aquietarme en la llaga izquierda y allí hacer mi nido a modo de paloma en la piedra; después en el cuarto, «Qui redimit de interitu», yendo a la derecha, ver que allí se ponen enteramente para mí todas las cosas que me faltan para conseguir la perfección de las virtudes, a fin de que confiadamente pueda yo apropiarme de tus bienes, y quedar convenientemente adornada con ellos; con el quinto verso, «Qui replet in bonis», estar ya por tu de-seadísima y dulcísima presencia limpia de toda infamia de pecados, y sosegada toda carestía de méritos, aunque por mi parte fuese yo indigna, no obstante ser hecha bastante digna para ti; haz que yo merezca alegrarme entre tus castísimos brazos, con los cuales confieso que me fue conferido lo que se pide en la oración, es decir, que en ellos reciba yo igualmente tu amor y tu dolor. Pero, ay de mí, que esto duró poco tiempo, aunque no digo yo que fueses tú la causa de ello; bien me lamento de haberlo perdido por mi propia ingratitud e indolencia, que, no obstante, disimulas con tu inmensa misericordia y abundante piedad —desproporcionadas a mis méritos todos—, que han conservado y conservan en mí hasta hoy de forma absolutamente inmerecida el primero y mayor don: la impresión de tus llagas.

Del claustro del alma en el cuerpo del Señor

Un día que se cantaba en vísperas «Vidi aquam egregientem», el Señor le dijo: «Mira mi corazón, él será permanentemente tu templo: busca ahora por las demás partes de mi cuerpo y escoge aquellas estancias que más te agraden, en las cuales puedas vivir de forma regular; porque en el futuro mi cuerpo hará para ti las veces de claustro»; a lo cual ella respondió: «Oh Señor, yo ya no sé buscar ni escoger cosa alguna, habiendo encontrado ya en tu dulcísimo corazón tanta suave abundancia, que te has dignado hacerte mi templo, que fuera de él no puedo recibir ni quietud, ni recreación alguna, dos cosas que también son necesarias en el claustro». A esto añadió El: «Aun cuando te agrade tener estas dos cosas de mi corazón perfectamente, pues ya has oído decir de algunos que nunca se apartaban del templo, y que incluso comían y dormían en él, como hacía Domingo, quiero, no obstante, que escojas alguna otra cosa que te parezca conveniente al claustro». Entonces ella, abstraída por el mandamiento del Señor, escogió para la entrada o lavabo los pies del Señor, sus manos para el lugar donde se estaba para trabajar, la boca para las ventanas donde estaban para hablar, o para el capítulo, los ojos para las clases, donde ella leía, y las orejas para el lugar donde se confesaba.

De la más íntima atracción de su alma hacia Dios

El domingo, *esto mihi,* incitaste mi mente, estando en misa, y extendiste mi deseo a los dones más nobles, los cuales ya habías ordenado tú darme, y esto aconteció especialmente a causa de dos palabras, por las cuales sentí que un afecto lleno de mucha edificación embargaba mi alma, y esto fue en el verso del primer responsorio, es decir, «Benedi-cens, benedicam, tibi», etc., y en el otro del nono «Tibi enim, et in semine tuo dabo has regiones», palabras entre las cuales tú, tocando con venerable mano tu beatísimo pecho, me mostraste cuáles eran esas regiones que tu grandísima liberalidad prometía: oh regiones bienaventuradas, que beatifican con la abundancia de las bienaventuranzas: oh campo de delicias, de las cuales un solo pequeñísimo grano es suficiente para satisfacer el deseo de todos los elegidos en la diversidad de esas cosas que en el corazón humano se puede pensar que son deseables, amables, deleitables, alegres y suaves. Estando ocupada de esta manera en las cosas a las cuales se debía atender (si no con la atención que debía, al menos como podía), de pronto apareció la humanidad y benignidad del Salvador, nuestro Dios, no por las obras de justicia, por medio de las cuales era yo indigna de poder merecer ese don, sino según su inefable misericordia, confortándome y habilitándome por la regeneración adoptiva —a mí indignísima, llena de extrema vileza, merecidamente digna de ser detestada y abominable—, para poder recibir dentro de mí esa supraceleste e inestimable unión tuya más íntima. Pero, ¿por cuáles méritos míos, o por qué juicio tuyo (oh Dios mío), has podido emplear en mí este don tuyo inestimable? Ciertamente el amor es ignorante de esta dignidad; pero es muy rico para el merecer. Digo el amor impetuoso, el cual no espera juicio alguno, ni puede ser comprendido por razón alguna. Oh dulcísimo Dios mío, ése te ha como embriagado (me atrevo a hablar así), ése te ha hecho como salir de la mente, pues reuniste cosas tan desemejantes.

De la dorada saeta de amor

Sucedió que una vez, predicando un fraile en la iglesia de su monasterio, dijo que el amor era una saeta de oro con la cual, si el hombre llega a asaetear alguna cosa, inmediatamente hace que la cosa asaeteada se vuelva suya; por lo cual bien se puede llamar loco a quien va empleando

su amor en las cosas terrenas, despreciando las celestiales: a estas palabras, volviéndose ella toda de fuego, dijo al Señor: «Oh, pluguiera a Dios que yo tuviese esta saeta, porque sin titubeo alguno querría yo particularmente traspasarte a Ti, único dilecto de mi alma, para poder después retenerte siempre conmigo». Mientras ella decía estas cosas, hete aquí que vio al Señor vuelto hacia ella con la saeta de oro en las manos, y parecía que le decía así: «Estás deseando poder herirme siempre que pudieses tener la saeta de oro, por eso estará bien que, teniéndola yo, sea el primero en herirte, de tal manera que no vuelvas ya nunca a tu primera sanidad». La mencionada saeta parecía estar retorcida en tres lugares, a saber, en el principio, en el medio y al final, lo que quería significar tres fuerzas de amor, las cuales recibe el alma que por él queda llagada. La primera, pues, es que, cuando el alma ha sido traspasada por la saeta, viene a quedar herida por ella de tal manera, que es semejante a un enfermo al cual toda cosa mundana le parece insípida, y en el futuro ya nunca puede deleitarse en cosa terrena alguna. En la segunda parte, el alma llega a ser como uno apesadumbrado por la fiebre que, incitado por la pesadumbre de la enfermedad, anhela con gran impaciencia la medicina que la cure: fuera de toda medida, encendiéndose entera con el deseo impaciente de acercarse a Dios, le parece imposible que pueda nunca, sin El, obtener descanso alguno. Finalmente, con la tercera manera de traspasar el alma se llega a conducir a ésta a cosas tan inestimables, que no se pueden expresar nunca mediante semejanza humana alguna; pero bien se puede decir que el alma, casi separada del cuerpo, se ve de ese modo zambullida del todo, con gran placer suyo, en torrentes de néctar divino. Después de dicha revelación, ella llegó a desear tanto el poder pagar ya el débito de la carne, que allí en la iglesia, como si el lugar corporal aprovechara a las cosas espirituales, habría querido morir; y una vez que ella, haciendo oración, manifestó este gran deseo suyo al Señor, El le respondió así: «Al separarse tu alma del cuerpo, te haré cubrir entera bajo la sombra de mi paternidad, de la misma manera que la madre hace descansar a su pequeño y dilecto hijo en su seno cubierto por su ropa mientras ella va navegando por los espantosos mares, y después de que salgas totalmente de las fuerzas de la muerte te llevaré a recrearte en los amenos prados de mi celeste vegetación, lo mismo que también la madre que anhela que su niño no quede privado de la salvación y del consuelo del puerto, sino que pase, por los peligros del mar con total seguridad y sin pesar». Entonces ella, dando gracias a Dios, y frenando algo este su pueril deseo, se abandonó enteramente a la divina Providencia.

SANTA GERTRUDIS

Nació el 6 de enero de 1256 en Alemania. Desde los cinco años vivió en el monasterio cartujano de Helfta. Tras un tiempo de pura entrega, en 1281 tuvo la primera visión, y desde entonces la presencia interior de la divinidad no se desvaneció sino rara vez. Inició el culto al Corazón de Jesús, que sentía suspendido en su corazón como una lámpara. Murió en 1303.

A continuación se ofrecen sus revelaciones en la transcripción de Lansperg, cartujo de Colonia, publicada en 1536 por el también cartujo Dirk Loér.

DE JOHANN LANSPERG, «VIDA»

De la rosa que salía del corazón de Dios

[II] Durante la celebración de la santa misa, dijo ella al Señor: «Oh Amantísimo, enséñame a alabarte». A lo cual dijo el Señor: «Mírame con atención». Y hete aquí que ella ve salir del corazón de Dios una bellísima rosa de cinco hojas que cubría todo su cuerpo. Y el Señor dijo: «Alábame en mis cinco sentidos, los cuales están significados por esta rosa». Y ella entendió que debía alabar al Señor. Primero por la amigable vista con la cual El mira siempre al hombre, como el Padre a su único Hijo, no turbándose nunca, sino manteniendo siempre una mirada amigable, como deseoso de que el hombre recurra siempre a El. En segundo lugar, por el oído, por el cual su oreja está atentísima y de tal modo inclinada, que con la menor seña o gemido del hombre, se deleita más que con todo el angélico canto. En tercer lugar, por el olfato, por el cual tiene El siempre cierta amorosa delectación en el hombre, con la que excita el corazón de éste a deleitarse en El, sin lo cual nadie puede deleitarse en el verdadero bien, si no es prevenido por Dios. En cuarto lugar, por el gusto suavísimo, lo cual se hace en la misa, donde El es para el alma suavísimo alimento, y en dicho alimento, de tal modo incorpora el alma a sí mismo, que el alma, por la unión con Dios, se convierte en alimento de Dios. En quinto lugar, por el tacto amoroso con que el Amor lo tocó amarguísimamente en la cruz, hincándole en sus manos y pies los clavos, y la lanza en el costado derecho. Y lo mismo que esa alma era entonces traspasada por un dolor incomparable, así permanece ahora impresa en las manos y pies, y en el dulcísimo corazón divino, con tanto júbilo inefable de amor, que ni siquiera por un solo instante se podrá olvidar de EL

De qué manera la divina suavidad atrae el alma a sí

[III, 45] Teniendo ella una noche la mente más devotamente ocupada de lo habitual en la pasión del Señor, y dejándose precipitar por ésta, como desenfrenada, en el abismo de los deseos, sintió que su hígado, a causa del gran ardor de sus deseos, estaba todo encendido; por lo cual dijo al Señor: «Oh mi Amador dulcísimo, si los hombres supieran este efecto que siento en este momento, dirían sin duda que lo razonable sería guardarme de este calor para poder recobrar la salud del cuerpo, y no obstante también resulta conocido para ti, conocedor de las cosas ocultas, que con todo esfuerzo de mis fuerzas y de mis sentidos no habría podido evitar sentir esa alteración que así me ha infundido tu suavidad». A estas palabras el Señor respondió: «¿Quién será el que, si no está privado de sentido, no sepa de qué forma tan inestimable la eficaz dulzura de mi divinidad excede de modo absolutamente incomprensible a todo deleite humano y carnal? Pues toda dulzura corporal, comparada con la divina, es como una pequeña gotita de rocío frente al agua grande de todo el mar. Pero, con todo, los hombres con frecuencia están tan fuertemente atraídos por el deleite humano, que en modo alguno se pueden guardar de ciertas cosas, con las cuales saben ciertamente que han de incurrir en eterno peligro, no sólo de cuerpo, sino también del alma: porque cuanto menos es penetrada el alma por la dulzura de mi divinidad, tanto menos se cuida de la gracia de mi amor, de la cual sabe que procede la felicidad eterna». A estas cosas respondió ella: «Podrían quizás decir que, habiendo hecho yo profesión monacal, vendría de hecho a estar obligada a atemperar de tal manera este fervor de la devoción, que yo pudiese atender al servicio y al rigor de la orden de nuestra religión». El Señor se dignó adoctrinarla sobre esto con esta manera de comparación, dicién-dole: «Es como lo que sucede al disponer bastantes camareros ante la mesa del rey, que deben servir a su reverencia diligentemente; si se diera el caso de que el rey, muy consumido o debilitado por la vejez, llamase a uno de dichos camareros designados para el servicio de la mesa, y se deleitara en descansar en su seno y en ser sostenido por un rato, ¿no sería inconveniente que ese camarero, sobre el cual hubiese elegido descansar, retrayéndose prestamente lo dejase caer, diciendo que no estaba designado para ese servicio, sino para el de la mesa? Así, sería irrazonable también (y aun mucho más) que aquel a quien conduzco por mi graciosa piedad a gozar de la contemplación, se retirase de ella para proseguir con la aspereza de la observancia religiosa de cualquier profesión».

RAMÓN LLULL

Nació en Palma de Mallorca en 1235, de linaje catalán. Fue gran senescal de su isla natal por el favor de Jaime I de Aragón, y hasta los treinta y dos años vivió licenciosamente. Después se sintió atraído a la vida eremítica y, tras haberse habituado a la contemplación, fue a París a estudiar lógica y latín. Su finalidad fue la conversión de los árabes, a cuya lengua se dedicó; su *Ars magna* estaba destinada a servir también como arma de conversión. En Túnez quedó maltrecho, y sólo consiguió salvarse por la intercesión de un jeque. En Ñapóles halló asilo y se encontró con el alquimista Arnau de Vilanova, que lo inició en la transmutación de los metales. Durante su tercera misión, en Bugia, tuvo que huir una vez más, pero las heridas recibidas eran tan graves, que murió a consecuencia de ellas en la nave genovesa que lo llevaba de vuelta a Palma, en 1316,

El *Ars magna* está constituido por un simbolismo de las letras del alfabeto, por el cual de *b* a *k* indican las diversas sustancias y atributos (entre las sustancias: *b* = Dios, *c* - ángel, *d* = cielo, *e* = hombre; entre los atributos: *b* = bondad, *c* - grandeza, *d* = duración; entre las cuestiones: *b = utrum, c - quid, d= de quo);* se combinan en todos los modos posibles por medio de círculos concéntricos móviles divididos en nueve sectores. Se descubren así las mediaciones y las conexiones entre conceptos.

DE «FÉLIX O MARAVILLAS DEL MUNDO»

Si hay Dios

[I, 1] Pasó una gran serpiente por el lado de Félix, quien tuvo gran temor y miedo de ella, y se maravilló cómo el ermitaño no había manifestado tenerle; lo que conocido por éste, le dijo: «Amado hijo, si no hubiera Dios, no hubiera resurrección, y el mundo fuera eterno, y fuera por sí mesmo, y el hombre, después de muerto, sería en privación y no ser; de que se seguiría que el mundo fuese para que los hombres estuviesen más en el no ser que en el ser, pues en el no ser estarían sin fin, y en el ser sólo mientras viven en el mundo. Por lo que puedes considerar y conocer en ti mesmo que, si no hubiese Dios, tu naturaleza no hubiera tenido miedo de la serpiente, porque en este caso sería cosa natural que el hombre desease morir, pues la muerte sería ocasión de que el hombre consiguiese su mayor fin, esto es, el ser perpetuamente en privación. Pero en que naturalmente has

tenido miedo de la muerte, conocerás que hay Dios, con el cual los hombres justos estarán en gloria, que después de la resurrección no tendrá fin».

«Señor», dijo Félix, «según vuestras palabras, me causa más admiración el que vos no hayáis tenido miedo de la serpiente, pues por naturaleza amáis ser, y no venir en privación».

«Amigo», dijo el ermitaño, «es cosa tan gustosa el conocer y amar a Dios, que todos aquellos que saben amarlo y conocerlo desean tener noticia de él, considerándolo gran gloria y despreciando la vanidad de este mundo, que poco dura. Por eso, hijo amable, no he tenido miedo de la muerte, antes bien deseo morir y estar con Dios, deseo por el cual puedes deducir que hay Dios, pues, si no hubiese Dios Rey, habría tenido miedo contigo, que has tenido miedo porque no sabes ni amar ni conocer a Dios».

Del placer que el hombre experimenta en recordar

[VIII, 53] Dijo el ermitaño... «El hombre memora por la memoria y olvida por la memoria, siendo el memorar su obra y similitud, y el olvidar, su obra y disimilitud; en cuyas palabras te he significado la naturaleza por que el hombre tiene placer en memorar, esto es, porque la memoria tiene placer cuando engendra su semejantes, esto es, el acto de memorar, y tendría mayor placer si su memorar le pudiese convertir en el ser de la memoria; así como la esencia de Dios, en la cual Dios Padre tiene placer en entender lo que le es semejanza de sabiduría, cuyo entender es Hijo, convertido por generación en ser sabiduría, la cual es una cosa mesma con el Padre... La memoria quiere memorar repetidas veces en muchas cosas, para que otras tantas engendre su semejanza; y por esto quiere memorar cosas muy diversas, y las quiere memorar mucho, para que su memorar sea grande, en que nos signifique que la memoria es creada para memorar muy grandes cosas, y por ellas mucho a Dios»...[1]

1. La memoria, que forma parte de la prudencia junto con la inteligencia y la previsión (Cicerón, *De inventione,* II, 53, 160, retomado por Alberto Magno, *De bono,* IV, 2), tiene una función mística primaria porque recuerda a Dios. Ahora bien, Llull procura establecer un arte de la memoria según el cual todo recordar esté dirigido a Dios. Por ello obseva que la memoria obtenida mediante drogas desagrada a Dios y muy pocas veces da la ciencia. En cambio, la mnemónica es un instrumento de devoción de origen ciceroniano que consiste en ordenar las cosas que se han de recordar asignando a cada una de ellas un puesto en un contexto, atribuyendo a cada una, por ejemplo, una parte de un edificio. Este arte fue también propio de la Qabbáláh, la cual, sin embargo, asignaba a todas y cada una

Cuando Félix hubo considerado mucho sobre estas cosas y conocido la naturaleza y principio de que dimana la alegría que el hombre tiene memorando, se maravilló de que pueda alegrarse memorando al pecado y desamando a Dios, siendo así que aquel memorar es contra la final intención para que la memoria es creada. Y cuanto más sobre ello consideraba, más se maravillaba; por lo que preguntó al ermitaño le explicase el porqué el hombre pecador tenía placer en memorar.

«Hijo», dijo el ermitaño, «un discípulo preguntó a su maestro cuál era la causa de que la triaca operase contra el veneno, siendo así que es cosa compuesta de veneno. A que el maestro respondió: "En un país había un mercader que amaba mucho la riqueza mundana; y, habiendo en aquella tierra gran sequedad y falta de lluvias, el mercader compró mucho trigo a subido precio, creyendo hacer gran ganancia, por la falta que preveía había de haber; y como después de haberle comprado lloviese mucho y hubiese aquel año grande abundancia de cosechas, tomó tal sentimiento e ira de ello, que, trastocándose su naturaleza contra sí, se aborreció a sí mesmo tan fuertemente, que se ahorcó y quitó la vida"».

DEL «LIBRO DE LOS MIL PROVERBIOS»

[26, 9] Haz abstinencia para tener paz.

[26, 10] El pesar del hombre que no hace abstinencia te predica que hagas abstinencia.

---

de las cosas su verdadero y no arbitrario lugar en el edificio de la creación. Giulio Cami-11o, llamado «el Delminio», fundió el *Ars magna* de Llull y la Qabbáláh en su *Idea del thea-tro* (1550). En la *Theologia mystica* (1748) del franciscano Enrique Herp (Harphyrus) se afirma: «Por obra de la consurrección o elevación de alma, la memoria, al final, después de ejercitarse durante mucho tiempo, tras lograr para sí misma el sosiego, la claridad y la calma en su conversión a las cosas divinas, y pura de toda imagen ajena, elevada sobre todas las cosas sensibles e imaginarias y sobre cuantas puedan obstaculizarla, es llevada a una tranquilidad tan maravillosa que le resulta increíble a quien no la haya experimentado; con semejante luz clara e infusa el hombre se encuentra recogido y bien establecido, después de penetrar en el lugar donde está anclado en la unidad del Espíritu» (II, 51, A). Ya en los mitos antiguos se identifica a los no iniciados con las danaides, condenadas eternamente a llenar toneles agujereados, sin memoria (Platón, *Gorgias* 493b). Es la disposición desordenada y malvada del alma lo que obstaculiza el recordar, hasta tal punto que Lete en Hesío-do es hija de Eride, la Discordia.

[31,2] Cuando nace abstinencia comienza paciencia.

[31, 3] De paciencia nace paz.

[31,6] Quien tiene paciencia se tiene a sí mismo.

[41, 10] Hombre avaro raramente ríe.

[42, 10] Hombre glotón cuando no come llora y cuando ha comido se apena.

[43, 9] Pequeño es el placer de lujuria, no puede ser grande la culpa.

[44, 1] Orgullo no quiere paz.

[44, 14] Con hombre orgulloso no puedes estar alegre.

[45, 17] A menudo llora acidia, y caridad ríe,

[52, 6] Desordenada y mudada intención es pecado.

[67, 16] No tiene lugar risa en la ira.

DEL «LIBRO DE EVAST Y BLANQUERNA»

[29] Así como [Dios] nos ha dado ojos para ver las cosas corporales, y que por éstas le veamos espiritualmente, del mismo modo ha dado sentimiento al cuerpo para que mediante éste, el alma, que es forma del cuerpo, tenga paciencia... Si algunos insectos nos están molestando sin dejarnos dormir, bien claro se nos significa que poco tiempo habernos empleado en la oración... En el concepto del entendimiento se corrompe la virginidad cuando llega el alma a desear los carnales deleites, y se hace merecedora de sentir la pena del infernal fuego el alma que desea corromperse en el tal deleite... Cuando el alma, en las enfermedades, calenturas, dolores u otros trabajos que siente el cuerpo, tiene paciencia, entonces usa de la virtud.

Arte de la contemplación

[114] Recordó Blanquerna los siete pecados mortales, los cuales tienen desordenado al mundo, que es creado por las virtudes de Dios; y por esto preguntó Blanquerna a la divina bondad de dónde habían venido esos demonios sobredichos, que pierden y destruyen al mundo... Contempló Blanquerna la soberana bondad, eternidad, poder, sabiduría, amor y las demás virtudes... y sintió en su alma que la memoria y el entendimiento se hablaban. Y decía la memoria al entendimiento que ella se acordaba de que la voluntad tiene en su querer a la gula, lujuria y a los demás. Y, por esto, el entendimiento respondía, entendiendo que el querer que quería gula o lujuria u otro vicio nace de la voluntad y enculpa a la voluntad, por cuanto produce aquel querer que ama al pecado, y por aquel querer es culpado el entendimiento que entiende el pecado, y el querer y la libertad de la voluntad con que se inclina a querer el pecado; y, por esto, es también culpada la memoria que recuerda todas estas cosas. Y por cuanto la memoria, entendimiento y voluntad son criaturas de la soberana bondad y dan lugar a recordar, entender y amar al pecado, por esto el entendimiento de Blanquerna dijo a la memoria, excusando a la bondad de Dios, que los siete demonios referidos toman principio y origen en las obras del recordar, entender y amar que tratan de cosas desagradables a la bondad de Dios.

DEL «LIBRO DEL AMIGO Y DEL AMADO»

Prólogo

Aconteció que Blanquerna se dio con tal fuerza a amar y contemplar a Dios, que Dios en la oración le mostró en qué modo y de qué materia hacer el libro. Mientras Blanquerna lloraba y adoraba habiendo Dios llevado al extremo de sus fuerzas al alma que lo contemplaba, Blanquerna se sintió animado por mucho fervor y devoción, de modo que pensó en cómo la fuerza de amor no tenía límites cuando el amigo ama fuertemente a su amado. Por eso Blanquerna decidió escribir el *Libro del amigo y del amado,* siendo el amigo el fiel y devoto cristiano, y el amado, Dios.

Mientras así pensaba Blanquerna, se acordó de cuando era apóstol [y una vez se tropezó con] un sarraceno [que] le contó cómo los sarracenos tienen algunos hombres religiosos y cómo entre éstos y... [los demás] hay personas llamadas sufíes, que tienen palabras de amor y ejemplos abreviados

para infundir... mucha devoción; y son palabras necesitadas de exposición, y con ésta el entendimiento se afina, y gracias a tal afinamiento se acrecienta y afina la voluntad de devoción...

Metáforas morales

[1] Preguntó el Amor a su Amado si había quedado en él alguna cosa que amar. Respondióle el Amado que aquello por lo cual el amor del Amigo podía multiplicar se restaba aún por amar.

[6] Tentó el Amado a su Amigo para ver si le amaba perfectamente, y le preguntó de dónde nacía la diferencia que hay entre la presencia y la ausencia del Amado. Respondió el Amigo que de la ignorancia y del olvido, del conocimiento y del recuerdo.

[7] Preguntó el Amado a su Amigo: «¿Te acuerdas de cosa alguna que yo te haya remunerado, para que tú quieras amarme?». «Sí», respondió el Amigo, «pues entre los trabajos y placeres que me das no hago diferencia».

[24] Preguntaron al Amigo: «¿Adonde vas?». Y respondió: «Vengo de mi Amado». «¿De dónde vienes?». «Voy a mi Amado». «¿Cuándo volverás?». «Me estaré con mi Amado». «¿Qué tiempo estarás con tu Amado?». «Todo el tiempo que serán en él mis pensamientos».

[26] Cantaba el pájaro en el vergel del Amado. Vino el Amigo y dijo al pájaro: «Si no nos entendemos por el habla, entendámonos por amor, porque en tu canto se representa a mis ojos mi Amado».

[34] «Dime, pájaro que cantas de amor: ¿por qué mi Amado me atormenta con amor, puesto que me ha recibido para servidor suyo?». Respondió el pájaro: «Si por amor no padecías trabajos, ¿con qué amarías a tu Amado?».

[39] Madrugó el Amigo, e iba buscando a su Amado, y encontró gente que iba por los caminos, y les preguntó si habían visto a su Amado. Y respondiéronle diciendo: «¿Cuándo fue la hora en que tu Amado estuvo ausente de tus mentales ojos?». Respondió el Amigo: «Después que yo vi a mi Amado en mis pensamientos, nunca jamás estuvo ausente de mis ojos corporales, porque todas las cosas visibles me representan a mi Amado».

[40] Con ojos de pensamientos, langores, suspiros y llantos miraba el Amigo a su Amado; y con ojos de justicia, gracia, piedad, misericordia y liberalidad remiraba el Amado a su Amigo. Y un pájaro cantaba el sobredicho placentero aspecto.

[46] Solo estaba el Amigo a la sombra de un bello árbol. Y pasando varios hombres por aquel paraje, le preguntaron por qué estaba solo. Respondióles el Amigo: «Ahora que os he visto y oído estoy solo ; pues antes tenía la compañía de mi Amado».

[49] La misma proporción tiene la cercanía entre el Amigo y el Amado que la distancia, porque como mezcla de vino y agua se mezclan los amores del Amigo y del Amado, y como claridad y resplandor se eslabonan sus amores, y como esencia y ser se acercan y se convienen.

[51] Veíase el Amigo apresar y atar, herir y matar por amor de su Amado. Y los que le atormentaban preguntábanle: «¿Dónde está tu Amado?». Respondióles el Amigo: «Helo aquí en la multiplicación de mis amores y en la tolerancia que me da en mis tormentos».

[53] Iba el Amigo como un loco por cierta ciudad, cantando de su Amado, y preguntóle la gente si había perdido el seso. Respondió que su Amado le había robado su voluntad y que él le había entregado su entendimiento, y por esto le había quedado sólo la memoria, con que se acordaba de su Amado.

[57] Cantaba una avecilla en un ramo lleno de hojas y flores, y el viento movía las hojas y esparcía el olor de las flores. Preguntaba el Amigo a la avecilla qué significaba aquel movimiento de las hojas y el olor de las flores. Respondió que las hojas en su movimiento significan obediencia, y el olor de las flores, el tolerar tribulaciones y angustias.

[58] Iba el Amigo deseando a su Amado, y encontróse con dos amigos, quienes con amor y llanto se saludaron, se abrazaron y besaron. Desmayóse el Amigo, pues tan vivamente le hicieron los dos amigos memoria de su Amado.

[61] «Dime, insensato por amor: si tu Amado te desamara, ¿qué harías?». Respondió y dijo: «Amaríale para no morir, puesto que el desamor es muerte y el amor es vida».

[64] Preguntaron al Amigo qué cosa era bienaventuranza. Y respondió que tribulación padecida por amor.

[87] El Amigo cayó enfermo de amor y entró a verlo un médico, que le multiplicó pensamientos y languores; y sanó en aquella hora el Amigo.

[100] Preguntaron al Amigo qué empresa llevaba en su estandarte el Amado. Respondió el Amigo que de un hombre muerto. Dijéronle por qué llevaba tal empresa. Respondió: «Porque él fue hombre muerto y crucificado por amor, para que los que se glorían de amantes le sigan».

[120] Y decía el Amigo: «Al que no teme a mi Amado, le conviene que todo lo tema; y quien le teme, conviene que en todo tenga osadía y ardimiento».

[136] El Amigo, gritando a las gentes, decía: «Quien verdaderamente se acuerda de mi Amado, en las circunstancias de su recuerdo, olvida todas las cosas; y quien todo lo olvida para acordarse de mi Amado, de todo le defiende mi Amado y le da parte de todo».

[137] Preguntaron al Amigo de dónde nacía el amor, de qué vivía y por qué moría. Respondió el Amigo que amor nacía de recuerdo, vivía de inteligencia y moría por olvido.

[157] Los hombres que demuestran ser locos por amontonar dinero, mueven al Amigo a ser loco por amor; y el rubor que el Amigo tiene de andar como loco, entre las gentes, le da el modo de obtener el amor y el aprecio de las gentes. Y por esto es cuestión cuál de los dos motivos es mayor ocasión de amor.

[159] En los secretos del Amigo están revelados los secretos del Amado, y en los secretos del Amado están revelados los secretos del Amigo. Y es cuestión cuál de estos dos secretos es mayor ocasión de revelación.

[187] Los pensamientos del Amado estaban entre el olvido de sus tormentos y el recuerdo de sus placeres; porque los placeres que logra del Amor le hacen olvidar la fatiga de los trabajos, y los tormentos que por amor padece le hacen recordar la felicidad que logra por amor.

[193] Olvidó un día el Amigo a su Amado, y en el otro día se acordó de haberle olvidado. En este día, que se acordó el Amigo que había olvidado a su Amado, estuvo el Amigo en tristeza y dolor, y en gloria y alegría por la tristeza que tuvo del olvido y consuelo del recuerdo.

[207] Enfermaba el Amor porque el Amigo había olvidado a su Amado, y enfermó el Amigo porque, por sobras del mucho memorar, le dio el Amado trabajos, ansias y languores.

[218] Alababa el Amigo a su Amado, diciéndole que su lugar era trascendente, porque está en donde no llega el lugar; y, por eso, cuando preguntaron al Amigo en dónde estaba su Amado, respondió y dijo: «Está, mas no sé en dónde»; sabía, pero, que estaba en su reminiscencia.

[246] Propúsose al Amigo esta cuestión: ¿en dónde había mayor peligro: en padecer trabajos por amor o en gozar felicidades? Convino el Amigo con su Amado, diciendo que peligros por felicidades son por falta de conocimiento; y peligros por infelicidades son por impaciencia.

[361] Encontráronse dos amigos. El uno mostraba a su Amado y el otro le entendía. Y era cuestión sobre cuál de los dos estaba más cerca de su Amado. Y por la solución, el Amigo tenía conocimiento de la demostración de la Trinidad.

DURANDO DE MENDE

Durando de Mende nació en Languedoc en 1230. Estudió en Francia e Italia, convirtiéndose en uno de los mayores juristas de su época. Fue nombrado obispo de Mende en 1286, ostentó el cargo de gobernador de Romana. En torno a 1286, viendo que la conciencia mística y anagógica del clero se ofuscaba, escribió el *Rationale divinorum officiorum,* en el cual explicó el sentido místico de la liturgia. Fue también el *Rationale* (nombre derivado del ornamento oracular del sumo sacerdote) lo que inspiró la columnata de San Pedro, obra de Bernini realizada según las proporciones tradicionales allí prescritas,[2] El tratado enseña a transfundir en meditación y éxtasis cada gesto de la liturgia tradicional, como dice el proemio: «Todo

2. **Véase Giuseppina Azzaro,** *Durando di Mende,* **Catania, Edigraf, 1968.**

lo relativo a objetos y ornamentos, en los oficios divinos, está lleno de signos divinos y de misterios, y colmado de una celestial dulzura, siempre que haya quien con cuidado los escrute y sepa libar la miel de la piedra y el aceite de la peña más dura».]

Se ofrece aquí un pasaje sobre la recitación del *Pater noster* durante la misa que se entreteje con los diversos momentos de la devoción cristiana, en una red de correspondencias que vuelve cada cosa *racional,* precisamente, en el cosmos del cristianismo místico.

DEL «RACIONAL DE LOS OFICIOS DIVINOS»

[IV, 47, 6] De los bienes eternos se dice: «Venga tu reino», de los espirituales: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»; de los temporales: «Danos hoy nuestro pan de cada día». Las cosas eternas se piden en premio, las espirituales por mérito, las temporales para sustento.

Se habla de los males pasados: «Perdona nuestras ofensas, etc.»; de los presentes: «Líbranos del mal»; de los futuros: «No nos dejes caer, etc.». De los pasados nos dolemos, los presentes se han de vencer, los futuros, temer. [7] Siete son las peticiones para hacerse aceptos, y significan las siete palabras de Cristo en la cruz.

En primer lugar: «Padre, perdónales». En segundo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». En tercero: «Ahí tienes a tu madre». En cuarto: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». En quinto: «Eloí, Eloí». En sexto: «Padre, en tus manos». En séptimo: «Consummatum est».

También significa las únicas siete palabras que, según está escrito, dijo de Cristo la bienaventurada Virgen. En primer lugar, de discreción: que sucediese lo que debía. En segundo, de humildad: «He aquí la esclava del Señor» (Le 1,38). En tercero, de saludo: «He aquí que apenas la voz de tu saludo llegó a mis oídos» (Le 1,44). En cuarto, de acción de gracias: «Engrandece mi alma al Señor» (Le 1,45). En quinto, de compasión: «Hijo, no tienen vino» (Jn 2,3). En sexto, de instrucción: «Haced todo lo que él os diga» (Jn 2,5). En séptimo, de amor: «Hijo, ¿qué nos has hecho?» (Le 2,48).

La primera petición es: «Santificado sea tu nombre». La segunda: «Venga tu reino». La tercera: «Hágase tu voluntad». La cuarta: «Nuestro pan de cada día». Quinta: «Perdona nuestras ofensas». Sexta: «No nos dejes caer en la tentación». Séptima: «Líbranos del mal». [8] Y estas siete peticiones son dichas, según el Apóstol, con siete postulaciones, de las cuales las tres primeras atañen a la vida eterna, es decir, a la patria, de suerte que

el sacerdote en ciertos lugares las dice con el cáliz elevado, lo mismo que la *praefatio,* «Praeceptis salutaribus, etc.», y lo alza de nuevo un poco al decir «Como en el cielo», y al decir «Así en la tierra» lo deposita. Las tres últimas peticiones atañen a la vida presente, es decir, a la vía por la que caminamos, y por eso se dicen tras posar el cáliz. Pero la petición intermedia, «Nuestro pan, etc.», en realidad pertenece a ambas. Las tres primeras suceden en el orden temporal, pero preceden por orden de dignidad. Las tres últimas son sucesivas por orden de dignidad, pero preceden en el orden del tiempo.

[9] Se observa, pues, un doble orden en la oración dominical, uno ascendente, que conviene con las virtudes, y el otro descendente, que concuerda con los dones que descienden de lo sumo a lo bajo, por lo cual se dice: «Pondrá sobre él un espíritu de sabiduría y entendimiento, etc.»

(Is 11,2), mientras que las virtudes suben de lo bajo a lo alto: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, etc.» (Mt 5,3 y sigs.).

En esta oración, el Señor siguió el orden de la dignidad, que es artificial, descendiendo de lo mayor a lo menor; en cambio, en su exposición, los doctores siguen el orden del tiempo, que es natural, subiendo de los menores a los mayores, de los temporales a los eternos, y esto haremos también nosotros en la exposición. Se adaptan las siete peticiones a las siete virtudes, a los siete dones del Espíritu Santo, a las siete bienaventuranzas, contra los siete pecados capitales opuestos a las siete virtudes.

En efecto, se obtienen los dones con las peticiones, las virtudes con los dones, las bienaventuranzas con las virtudes. Los siete dones son: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor, de los cuales habla el Profeta (Is 11,2).

[10] Las siete virtudes son: pobreza de espíritu, mansedumbre, luto, sed de justicia, misericordia, pureza de corazón y paz. [11] Las siete bienaventuranzas son: Reino de los Cielos, posesión de la tierra, consolación, saciedad, obtención de la misericordia, visión de Dios, condición de hijos de Dios, de las cuales habla conjuntamente el Señor...

[12] Los siete pecados capitales son la vanagloria o soberbia, la ira, la envidia, la pereza, la avaricia, la gula, la lujuria, que fueron significados por los siete pueblos que poseían la tierra prometida de Israel: hititas, guirgaseos, amorreos, cananeos, perizitas, jivitas y jebuseos (Dt 7,1). El hombre está enfermo, Dios es el médico, los pecados son las enfermedades, las peticiones los lamentos, los dones los antídotos, las virtudes las curaciones, las bienaventuranzas los placeres y los goces... Y observa que en ciertas iglesias, mientras se enuncian las siete peticiones, el diácono está inclinado en espera de la

comunión para significar a los apóstoles, que tras la muerte de Cristo esperaron durante siete semanas la confirmación del Espíritu. El subdiácono está quieto, porque el sábado, que es el séptimo día, las mujeres callaban.

[IV, 50, 1] Puesto que tras la tristeza de la pasión se llega a la alegría de la resurrección, «por la tarde visita de lágrimas, por la mañana gritos de júbilo» (Sal 30,6), el subdiácono, mientras el coro responde «sed libera nos a malo» se acerca al diácono, le alarga la patena cubierta, y el diácono tomándola la descubre y descubierta la presenta y la alarga al sacerdote, al cual besa la mano o el hombro derecho. El sacerdote se hace la señal de la cruz en el rostro y besa la patena. Estos, tanto por el número, como por el obsequio, indican a las santas mujeres de las que habla el evangelista Mateo, porque la víspera del sábado «vinieron María de Magdala y la otra María a ver el sepulcro» (Mt 28,1) presentando la patena, es decir, el corazón abierto por la amplitud de la caridad en obsequio al sepulcro. Se lee que las mujeres compraron perfumes para ungir a Jesús y fueron por la mañana, una vez que hubo salido el Sol, al monumento diciéndose la una a la otra: «¿Quién nos retirará la piedra de la puerta del monumento?» (Me 16,3). El acceso del diácono, que llevando la patena simboliza a las dos Marías, significa que éstas fueron a ver el sepulcro y, creyendo en la resurrección, la anunciaron a los apóstoles, que ofrecieron al Señor la grandeza de su fe: por eso el sacerdote acepta de manos del diácono la patena, es decir, la grandeza de la caridad, o sea, de Cristo. El subdiácono se entiende también como Nicodemo, el cual creyó también profundamente y mostró su obsequio al Salvador. La patena primero cubierta y después descubierta es llevada al altar, es decir, Moisés llevado por la cestilla a la princesa (Ex 2), lo cual enseña que la ley, primero escondida, y exaltada por la Iglesia una vez constituidos los misterios, sube a Cristo desde Egipto.

[2] El sacerdote que hace la señal de la cruz sobre la patena que le ha sido ofrecida por los ministros representa lo que leemos en Mateo, que los príncipes de los sacerdotes y los fariseos asignaron a la piedra los centinelas, pero ni esta razón ni la señal de la cruz son necesarios. El hecho de que él reciba la patena ofrecida significa que Cristo acoge con amor a todos aquellos que regresan a El por la caridad, cosa que demostró claramente apareciéndose a María y a otros...

Tras haber entregado la patena, el subdiácono deposita el manípulo que la envolvía, no sobre el retablo del altar, sino en otro lugar, para significar lo que se lee en Juan 20, que Pedro «entrando en el sepulcro vio el sudario que había cubierto la cabeza de Cristo, no junto con los demás lienzos, sino plegado en un lugar aparte» (Jn 20,7).

[3] El diácono besa la mano o el hombro derecho del sacerdote para indicar que quiere estar asociado a él en la pasión, para estar asociado con él en el reino... como dice el Apóstol: «Si con El sufrimos, reinaremos con El» (2 Tm 2,12). El beso en el hombro derecho significa que no podemos ver a Dios aquí abajo, «sino en un espejo y de forma enigmática» (1 Co 13,12), pero en el futuro lo veremos tal cual es, porque el Crucificado era buscado con deseo ardiente, como dijo el ángel a las mujeres: «Sé que buscáis a Jesús crucificado» (Mt 28,5); y por eso, además de signar la patena, el sacerdote se signa el rostro, donde se manifiestan de modo eminente las fuerzas del alma, para que, provisto de este signo, pueda atender sin impedimento al servicio de Dios; el sacerdote besa además la patena para mostrar que Cristo accedió al deseo de las mujeres. «En esto Jesús les salió al encuentro saludándolas, y ellas cayeron a sus pies y asiéndose a ellos lo adoraron» (Mt 28,9). No cabe duda de que besaron sus pies... Se besa la patena para impetrar la paz del alma y del cuerpo. Se pide también por la paz temporal, cosa que en ciertas iglesias se hace de manera especial, y el beso significa entonces la caridad...

[4] Nuevamente nos signamos con la patena y se la besa para denotar que, si la pasión del Hijo nos reconcilia con el Padre, seremos también herederos del Reino celeste. Esa señal de la cruz con el beso significa también la glorificación de Cristo sobre la cruz en la caridad.

Hay quien se signa con la patena el pecho, lo que significa el afecto sincero simbolizado en la sagrada Escritura con las partes del cuerpo y del corazón. Hay quien besa primero la patena diciendo: «Da propitius pacem», y después, cuando la besa en la última cláusula, es decir, en «ab omni perturbatione securi», se signa para afirmar que todas las cosas del cielo y de la tierra son pacificadas gracias a la cruz y a este sacrificio. Algunos besan después el ápice y el pie del cáliz, aludiendo... a la Magdalena, que por afecto estaba llorando, como dice Juan, fuera del monumento, es decir, de la sepultura (Jn 20,11). También el beso a los pies del cáliz significa el beso a los pies de Cristo, de los cuales se ha hablado. Algunos tocan también la sumidad, el lado y el pie del cáliz, por el mismo íntimo afecto, como abrazando el sepulcro entero, representado por el cáliz y la patena: esto es propio de los amantes fervientes, porque nunca se sacian de tocar por todas partes el cuerpo del dilecto y también las cosas del dilecto, de lo cual es máximo exponente María Magdalena, que no se apartaba del monumento. El tocamiento de la sumidad, del lado y del pie del cáliz significa también las tres llagas del Señor, en la cabeza, en el costado, en los pies.

MARGARITA PORETE

Nació cerca de Cambrai, fue beguina. Escribió el *Mirouer des simples ames anienties et qui seulement demourent en vouloir et désir d'amour,* condenado como herético y quemado; en 1308 fue metida en la cárcel, procesada y condenada a muerte por la Inquisición; fue quemada en París en 1310. La versión italiana utilizada en el primer punto es anónima del siglo XIV.

DE «EL ESPEJO DE LAS ALMAS SIMPLES»

[1] Y para que puedas comprender la paz de esta alma así dispuesta, te digo que, si supiese que agradaba a Dios que ella estuviese en el infierno condenada, no se dolería de ello. Ahora bien, ¿qué cruz podrá llevar en este mundo que no esté contenta, pues no rechaza el estar condenada en el infierno con tal de agradar a Dios? Busca, pues, oh alma, y aplícate a cargar y llevar tu cruz, en seguimiento de la cruz de Cristo, que te quita toda cruz. Y piensa que, si dejas la dulce cruz de Cristo Jesús, no podrás vivir sin cruz en esta vida y después en la otra. Pues suponiendo que en esta vida tengas en estas cosas de fuera algún refrigerio de estas cosas mundanas, si examinas bien las fatigas y los afanes y peligros con que cada día en muchos modos cargas y llevas por ellas, tanto en el cuerpo como dentro del alma, más bien se pueden llamar guerra que paz. Y esto sucede porque el alma se aparta de la vida y de la voluntad de su Creador. Por lo cual, poca verdadera paz ni reposo puede tener, si no retorna a su obediencia. Y si todo el mundo le diese paz exterior, se encuentra pena dentro, por la culpa cometida. Por lo cual decía un santo doctor, dirigiéndose a Dios: «Señor, tú has hecho esta ley: que todo ánimo desordenado sea pena para sí mismo». Entonces es el ánimo desordenado, cuando se aparta de la obediencia de su Señor. Y si el alma es tan necia que no quiere obedecer a Dios, sino seguir el deleite de las cosas creadas, Dios la juzga alguna vez de tal manera, que en todo aquello en que se deleita encuentra pena y dolor, de suerte que poca consolación o deleite tiene en ello, y luego al final sigue tormento sin fin. Así te lo indica Jesucristo en el santo evangelio, con el ejemplo del rico que pidió una gota de agua y no la pudo conseguir. ¡Oh, qué vanidad es todo deleite mundano, y de qué poco sirve!, ¡qué maldad, y qué pésimo fin tiene, a saber, pena infinita!

[4] Caridad no obedece a ninguna cosa creada más que a Amor. Caridad no tiene nada propio y, suponiendo que tuviese algo, no diría nunca que fuese suyo. Caridad deja de lado su propia necesidad y acude a cumplir la de otro. Caridad no pide remuneración a criatura alguna por el bien o el placer que ha otorgado. Caridad no conoce vergüenza, ni miedo, ni dolor; es tan recta que no puede quebrarse ante nada que le acontezca. Caridad no hace ni se preocupa de nada de cuanto está bajo el Sol, todo el mundo es para ella lo que le resta y lo que le sobra. Caridad da a todos cuanto tiene de valor y no se queda con nada y a menudo promete lo que no tiene, a causa de su gran generosidad y con la esperanza de que a quien más da más le queda. Caridad es comerciante tan sabia que gana siempre allí donde otros pierden, escapa de las ataduras que atan a otros y así abunda en aquello que place a Amor. Y fijaros que aquel que tuviese caridad perfecta vería morir en él el apego a la vida del espíritu por obra de caridad.

[5] Mas existe otra vida que llamamos paz de caridad en la vida anonadada. De ella queremos hablar —dice Amor— buscando poder encontrar un alma <que no pueda hallarse>, que se salve por la fe sin obras, que se halle sólo en amor, que no haga nada por Dios, que no deje de hacer nada por Dios, que no se le pueda enseñar nada, a la que no se le pueda quitar nada, ni dar nada, y que no tenga voluntad. ¡ Ah! —dice Amor— *¿Y* quién dará a esta Alma lo que le falta, pues es cosa que nunca fue ni será dada?

Esta Alma —dice Amor— tiene seis alas como los serafines. No quiere nada que le llegue por mediación alguna; es lo propio del ser de los serafines, para los cuales no existe mediación entre su amor y el amor divino. Ellos tienen siempre <amor> nuevo, inmediato, y también el Alma, pues no busca la divina ciencia entre los maestros de este siglo, sino despreciando al mundo y a sí misma. ¡Oh Dios, qué gran diferencia entre un don inmediato del amigo a la amiga y un don inmediato del amigo a la amiga!

Este libro ha dicho la verdad sobre esta Alma de la que dice que tiene seis alas como los serafines. Con dos de ellas cubre el rostro de Jesucristo, nuestro Señor. Esto significa que cuanto más conocimiento tiene el Alma de la bondad divina, tanto más conoce que no conoce nada al lado de una sola chispa de su bondad, pues él no puede ser comprendido más que por sí mismo.

Con otras dos alas cubre los pies. Esto significa que cuanto más conocimiento tiene de lo que Jesucristo sufrió por nosotros, tanto más conoce que no conoce nada al lado de lo que él sufrió, pues él no puede ser conocido más que por sí mismo.

Con otras dos alas vuela y se mantiene erguida y sentada. Esto significa que cuanto conoce, ama y goza de la divina bondad son esas alas con las que vuela; y se mantiene erguida porque está siempre mirando a Dios; y sentada porque permanece siempre en la voluntad divina.

¡Ah *¿Y* de qué o cómo podría tal Alma tener miedo? En verdad ella no podría ni debería temer ni dudar nada, pues suponiendo que estuviera en el mundo, y que fuera posible que el mundo, la carne, el diablo y los cuatro elementos, los pájaros del aire y las bestias de la tierra la atormentasen, despedazasen y devorasen, aun así ella no podría perder nada si le queda Dios. Pues El es omnipresente, omnipotente, toda sabiduría y toda bondad. El es nuestro padre, nuestro hermano y nuestro leal amigo. El es sin comienzo. Incomprensible sino por sí mismo. El es sin fin. Tres personas en un solo Dios; «y tal es», dice esta Alma, «el amigo de nuestras almas».

[6] «Esta Alma que posee tal amor» —dice el propio Amor— «puede decirles a las Virtudes que ya ha estado largo tiempo y muchos días a su servicio».

«Os lo confieso, Dama Amor» —dice esta Alma— «: hubo un tiempo en que lo estuve, pero ahora es otro momento; vuestra cortesía me ha apartado de esa servidumbre. Por ello puedo ahora decir y cantar abiertamente:

"Virtudes, me despido de vosotras para siempre,
Tendré el corazón más libre y más alegre,
Serviros es demasiado costoso, lo sé bien,
Puse en otro tiempo mi corazón en vosotras, sin reservas,
Era vuestra, lo sabéis, a vosotras por completo abandonada,
Era entonces vuestra sierva, ahora me he liberado.
Tenía puesto en vosotras todo mi corazón, lo sé bien,
Pues viví por entonces en un gran desfallecer
Sufrí grandes tormentos mientras duró mi pena
Es maravilla que haya escapado con vida
Pero, como es así, poco importa ya: me he separado de vosotras, Doy por ello gracias al Dios de las alturas: el día me es favorable, Me he alejado de vuestros peligros, en los que me hallaba con gran
[contrariedad,
Nunca fui libre hasta que me desavecé de vosotras; Partí lejos de vuestros peligros y permanecí en paz".»

[7] «Esta Alma» —dice Amor— «no se cuida de vergüenza ni de honor, de pobreza ni riqueza, de alegrías ni penas, de amor ni odio, de infierno ni paraíso».

Dice la Razón: «¡Ah! por Dios, Amor, ¿qué significa lo que estáis diciendo?».

«¿Qué significa?» —dice Amor— «Ciertamente eso lo sabe aquel al que Dios le dio entendimiento y ningún otro, pues las Escrituras no lo enseñan, ni el sentido humano lo comprende, ni el esfuerzo de las criaturas logra entenderlo o comprenderlo, sino que es un don concedido por el Altísimo en el que la criatura es arrebatada por la plenitud del conocimiento y no queda nada en su entendimiento. Y esta Alma, que se ha convertido en nada, lo tiene todo y por ello no tiene nada, lo quiere todo y no quiere nada, lo sabe todo y no sabe nada».

«¿Y cómo puede ser, dama Amor,» —dice Razón— «que esta Alma pueda querer lo que dice este libro si antes ha dicho de ella que no tenía voluntad?».

«Razón» —dice Amor— «no es su voluntad quien lo quiere, sino que es la voluntad de Dios que lo quiere en ella; pues no es que esta Alma habite en Amor y Amor le haga querer esto a través de algún deseo; sino que Amor, que ha atrapado su voluntad, habita en ella y, por eso, hace de ella su voluntad. Desde ese momento Amor obra en ella sin ella, por eso no hay pena que pueda permanecer en su interior».

«Esta Alma» —dice Amor— «ya no sabe hablar de Dios, pues está anonadada respecto a todos sus deseos exteriores, a sus sentimientos internos y a todo apego del espíritu, en la medida que hace lo que hace por la práctica de buenas costumbres o por mandamiento de la Santa Iglesia, sin ningún deseo, pues en ella la voluntad que producía el deseo está muerta».

JAN VAN RUYSBROECK

Nació en Ruysbroeck, cerca de Bruselas, en 1293. Ordenado sacerdote, escribió contra los Hermanos del Libre Espíritu. En 1343 se retiró al eremitorio de Groenendael, donde instauró la regla agustiniana. Allí escribió muchas de sus obras: *El espejo de la salvación eterna] El libro de los siete cierres; Los siete escalones de la escala de amor espiritual; Las doce virtudes; El Reino de los amantes de Dios; El ornato de las bodas espirituales; Las cuatro tentaciones; La piedra brillante.* Sirvió de inspiración a Taulero y Groóte. Murió en Groenendael en 1381. Jean Gerson criticó en él la oscuridad de su concepción de la unión

Como perdida de la existencia individual y retorno a la idea divina según la cual fue uno creado; como restitución, pues , a la esencia divina.

DE «EL ORNATO DE LAS BODAS ESPIRITUALES»

El valle

Cuando el Sol, desde el mediodía, arroja a plomo todos sus rayos dentro de un valle profundísimo, encajado entre dos gigantescas montañas, el valle recibe un esplendor, un ardor, una magnificencia, una fecundidad, que la llanura no iguala.

Cuando el justo mora en el fondo de su pobreza, contemplando en sí mismo su propia nada, su propia miseria y su propia impotencia; cuando se ve totalmente incapaz de progreso y de perseverancia; cuando ve la multitud de sus negligencias y de sus defectos; cuando se sorprende tal cual es en la realidad de su propia indigencia; entonces ahonda el valle de la humildad.

Arrodillado con toda su miseria, consciente de su necesidad, él la extiende, gimiendo, ante la misericordia del Señor, y contempla la altura del cielo y su propia mezquindad.

El valle se hace más profundo.

Por esto el Cristo-Sol, desde lo alto de su mediodía, sentado a la derecha del Padre, lanza, a la profundidad de ese humilde, mil fuegos y mil resplandores. Cuando el humilde ofrece y prosterna ante Cristo su oración, es imposible que éste no se sienta tocado en el corazón.

Entonces, a los dos lados del valle se levantan y descuellan dos montañas. Son dos deseos: el deseo de servir y de alabar, el deseo de obtener la excelencia de la santidad. Estas dos montañas son más altas que el cielo. Tocan a Dios de forma directa: solicitan su liberalidad. Y ésta no se contiene, sino que fluye y se extiende, habiendo el alma llegado a poseer la aptitud para recibir. La renovación de las potencias del alma anuncia de antemano la llegada de Jesús. La profundidad que pide recibe entonces tres dones: es iluminada por la gracia, es abrasada por el amor, es fecundada por la virtud.

Ascensión espiritual

Cuando el Sol está en el signo de Cáncer, el flameante verano es inmenso; las humedades de la tierra se secan, los frutos maduran.

Cuando el Cristo-Sol es exaltado sobre la montaña del corazón, cuando es exaltado por encima de los dones, por encima de las consolaciones, por encima de las dulzuras que se desprenden de él, cuando está, inmóvil, sobre la más alta cumbre del espíritu, cuando no encontramos ya descanso en ninguna alegría divina ni en grandeza alguna regalada a nuestras almas, cuando, dueños de nosotros mismos y mayores, nos encaminamos de nuevo hacia el principio, para abismarnos en el mismo abismo del cual fluyen todas las perfecciones, cuando el fenómeno de la exaltación de Cristo tiene lugar, éste atrae todo a sí, aspira en sí todas nuestras potencias. Ningún gusto, ninguna consolación puede dañar la libertad de este amor triunfante; nada lo atraviesa: él ha decidido vencerlo todo, y quiere unirse a aquel que ama. Cuando el hombre interior ha llegado hasta aquí, los escalones inferiores a sí mismo son arrastrados y arrebatados por el movimiento ascendente. La primera operación de Cristo es, entonces, sacar del cielo todas las virtudes y unírselas. El invita, ordena. Dice en espíritu: salid de vosotros mismos, pues os atraigo. Pero esta atracción es inenarrable. Se asemeja a una invitación interior y a una orden de la verdad sublime que nos llama para unirse a nosotros. Esta invitación es una alegría desconocida; una actividad sublime emerge de este océano. El hombre se abre y se dilata, sus venas se abren de par en par; sus fuerzas no son capaces de ejecutar las órdenes que reciben; pero su deseo está ya allí.

Esta invitación es una irradiación del Sol eterno; la alegría que produce abre, extiende, engrandece al hombre; y la garganta abierta de par en par que el hombre lleva en sí mismo ya no se cierra fácilmente. Dicha garganta abierta es la herida infligida por el mandoble del amor; no existe aquí abajo ninguna otra cosa que sea más dulce y terrible. Pero ahí están los derechos del Sol: asaetea al herido con sus rayos, y todas las llagas se agrandan.

Languidez e impaciencia

Cuando Cristo invita al alma al abrazo y la criatura asciende, ofreciendo lo que puede, sin esperar lo que pide, comienza la languidez espiritual. La médula de los huesos en los que se hunden las raíces de la vida es el centro mismo de la herida. Cristo, desde la sumidad del espíritu, lanza y concentra los rayos de la luz divina en el mismo lugar del deseo y de la sed. Entonces el ardor de esos rayos seca y quema todas las potencias. La sed ardiente del alma y el rayo que sobre ella cae producen la languidez que no cesa. Si el alma no puede encontrar a Dios, y al mismo tiempo no quiere dejar

de buscarlo, dentro y fuera se levanta la tempestad de lo insoportable; y el cielo y la tierra y todas las criaturas no te darán un minuto de descanso. En este estado, el alma escucha palabras sublimes, que emergen del fondo de sí misma, y palabras saludables, y maravillosas instrucciones. La verdadera sabiduría cae en el alma. ¡Pero el alma desea y desea! La tempestad interna del amor es una fuerza que no atiende a razones. Lo que pide lo toma. Esta tempestad come el corazón del hombre y bebe su sangre. El amor es tal y tanto, que, sin algún trabajo interno, el cuerpo del hombre se consumiría.

El zodíaco, en su lenguaje, llamaría a eso el signo de Leo: en efecto es el gran bochorno. Ahora bien, el León es terrible; porque es rey. Llega un momento, para el alma, en el que Cristo, como el Sol, entra en el signo de Leo; entonces, con el ardor de sus rayos, la sangre de nuestro corazón entra en ebullición y arde. Cuando este amor se hace rey, desborda toda medida, no se deja encadenar por nada. Ignora la medida; a veces desea, como medio de unión, la muerte. En ocasiones, con los ojos del alma hacia lo alto, entrevé el cielo y a Dios, y la excelsa multitud de los santos, y la alegría y la gloria, fluyendo a riadas en derredor; y grita: ¡Ay de mí, Dios, no será hoy cuando vaya allá arriba!

Corren las lágrimas, la respiración falta. Los ojos del alma abandonan el cielo, vuelven a bajar sobre el exilio, se bañan con otras lágrimas: las lágrimas de la espera y de la sed, que corren sobre las mejillas del hombre. Pero dichas lágrimas son frescas, son saludables; son necesarias para el cuerpo, para proteger su fuerza contra los ciclones del amor.

El combate

[1] Los asaltos del amor ponen frente a frente a dos espíritus: el espíritu de Dios y el nuestro. Entonces comienza la lucha. Nuestro espíritu, que se encorva como cuando nos hundimos, se adelanta hacia Dios y quiere poseerlo. El movimiento del amor tiene por cómplice el acto secreto del Dios codiciado. El duelo acontece en la profundidad. Las heridas que reciben los combatientes son de una profundidad espantosa: se lanzan rayos que ponen al rojo vivo su fuerza ardiente; y el ardor de su combate aumenta la avidez de su amor. Así se funden ambos. El espíritu de Dios da, el nuestro devuelve; y la fuerza del amor nace de este doble movimiento. Este flujo y reflujo hace rebrotar sobre sí misma la fuente del amor. Así el contacto de Dios y el furor de nuestro deseo se reúnen en la más inefable simplicidad. El espíritu, invadido y poseído por el amor, llega con increíbles olvidos

a no acordarse más que de su poseedor. El espíritu arde y, cuando se ha abismado en el abismo de aquel que ahora toca, viendo el propio deseo y la propia avidez superados por la realidad que él vive, asiste, estupefacto, al propio deliquio. Pero, reuniendo en un supremo esfuerzo todas sus fuerzas, encuentra, en lo profundo de su actividad, la energía necesaria para cambiarse a sí mismo en amor. Entonces el santuario íntimo de su esencia creada, en el cual principia y acaba su actividad terrestre, está en su mano. Y domina, con sus virtudes y sus potencias, la multiplicidad del mundo.

Así el amor se posee a sí mismo. Pero su altura se convierte en la raíz y el fundamento de nuevas potencias y virtudes.

[2] Cuando nuestro espíritu y el amor se han encontrado, nuestras fuerzas más altas no son ya susceptibles de ser mantenidas por nosotros en nosotros. La luz incomprensible de Dios y un amor inmenso que domina el espíritu tocan nuestras fuerzas sensitivas. Por eso el alma, invitada todavía a la acción, se levanta de nuevo con un deseo más alto y profundo. Pero, cuanto más interior y sublime es la actividad, más rápidamente se consuma y se agota en el acto del amor. Mas, cuando se diría que el alma está a punto de morir, se inflama otra vez por un nuevo abrazo más intenso. Yo llamo a eso la vida eterna. El espíritu ávido y hambriento se abalanza contra Dios como para devorarlo; pero, penetrando, al contrario, en la boca abierta de par en par del Infinito, sintiéndose vencido en esta su batalla, la elude, dominándola, y se une al vencedor. Así las fuerzas supremas se abrazan en la unidad del espíritu.

Allí el amor es, en su esencia, más alto que su actividad. Esta es la fuente de donde fluye la caridad, con todas sus virtudes. El alma, armada con la caridad y todas las virtudes, sale de sí misma y se extiende sobre el mundo; el alma, ávida de gustar a Dios, entra de nuevo en sí misma; y siempre, en estos dos movimientos, permanece fiel a la simplicidad del amor.

Bien puedes ver, sin embargo, que todo esto acontece en un dominio inferior a la Divinidad en sí; y es, no obstante, la acción más profunda que existe en el mundo. Pues bien: en la contemplación pura sábete que existen montañas más altas.

Detalles sobre el encuentro

[1] El encuentro de Dios es triple.

A veces el hombre interior, transportado por encima de sus fuerzas, sobre la altura de la simplicidad, contempla interiormente su alegría. Este es el encuentro inmediato. De repente, desde el fondo de la unidad divina

brilla un relámpago que lo hiere. Y ese relámpago es la faz de la tiniebla, la faz de la desnudez, la faz de la *nada* sublime. El hombre se va errante, a la tiniebla que lo cerca, y pierde su naturaleza, y vagabundea por los alrededores de la noche negra.

En la desnudez es despojado de su propia luz, de la luz de sus ojos, y es, en cambio, penetrado, impregnado y transformado por el esplendor simple.

En la nada, él se encuentra culpable ante sus propias virtudes.

Sobrepasado, con todos sus actos, por la operación inmensa de Dios, él triunfa de su vencedor por medio de la unidad espiritual, cuyo secreto le es revelado. En la unión íntima llega al sabor espiritual, a la posesión tres veces sublime, y, sumergiéndose en Dios, se embriaga de gozos en la existencia esencial. En este momento, los torrentes de delicias hacen confluir, en el punto central de las fuerzas del hombre, una plenitud de amor sensible: y desde esta plenitud, el sabor penetrante alcanza la vida física misma y fluye por los miembros del hombre.

A causa de esta efusión, el hombre interior queda impresionado, abrumado, estupefacto; y la sustancia se le escapa.

Pero en la profundidad de sí mismo, en la propia alma y en el propio cuerpo, descubre y siente un esplendor singular y penetrante, lleno de sabor y de fruición.

La contemplación

La contemplación es un conocimiento superior a los modos de conocer, es una ciencia superior a los modos de saber.

También es superior a la razón, aunque se esfuerce inútilmente por abajarse hasta ella; la razón, por otro lado, no podría alcanzarla con ala alguna.

La contemplación es una ignorancia iluminada y un espejo magnífico en el cual reluce el eterno esplendor de Dios. Ella es sin medida; y todos los pasos de la razón son breves en su reino.

Sin embargo, esta ignorancia no es Dios; es la luz del contemplador.

Quienes viven en la costumbre de la ignorancia de la luz divina perciben en sí mismos algo así como una soledad devastada.

La ignorancia transluminosa, aun cuando superior a la razón, no es sin embargo extraña a ella. Contempla todo sin estupor: el estupor le queda por debajo, y ella no lo conoce.

La contemplación ve algo. Pero ¿qué ve? Lo ignora absolutamente; ve una excelencia superior a todo, y no es esta cosa, ni aquélla.

En el summum del amor

Más arriba del conocimiento, siento, descubro, sorprendo un abismo de sombra sin fondo y sin límites, superior a las cualidades, superior a los nombres de la criatura, superior a los nombres de Dios. Ahí está la muerte, el exceso de la trascendencia y la disolución de la sublimidad, en el Eterno inexpresable. Es la esperanza de la paz, sentida en lo hondo de nosotros, superior a los mundos exteriores. Está por encima del mundo de los espíritus, la bienaventuranza infinita, inmensa, el punto central en el cual todo es uno: es el vértice de las posibilidades de la criatura. Es el abismo de la supere-sencia en la cual los espíritus bienaventurados, siempre distintos, pero siempre anegados, son entrevistos por el ojo negro de la contemplación que ve, en la noche de la nube. Padre e Hijo y Espíritu Santo, Trinidad de las personas, unidad de esencia, esencia de paz, eterna y simple. Y si fuésemos exaltados a su altura, quedaríamos hechos, por su gracia: bienaventuranza en ella, actividad eterna, fecundidad inmensa de las tres personas, que son divinidad y bienaventuranza en la simplicidad de su esencia, actividad eterna y eterno descanso, y amor y alegría en medio de la actividad y la paz. El amor tiene hambre de acción; es una actividad eterna y divina. La alegría aguarda la eterna paz, en el abrazamiento del amor, sin ropaje y sin forma.

Cuando nos adherimos a Dios por amor, somos espíritus; pero cuando es Dios quien ordena al éxtasis que nos arrebate, somos alegría. Unas veces el Espíritu nos arrastra afuera, hacia la acción exterior, otras nos rechaza adentro, hacia la paz interior. Los excesos del espíritu anegado en su propia alegría, y todas las actividades exteriores de la caridad más práctica, son las fuerzas que impulsan al hombre hacia la renovación perpetua de toda justicia y de toda virtud. Así la aspiración y la inspiración mantienen la vida en el cuerpo. Así el hombre abre los ojos, en todo momento, y los cierra tan rápidamente, que no se da cuenta. Así morimos en Dios y vivimos de Dios; así la vida y la muerte soportan la ley de la misma unidad.

Todos los espíritus celestes son como carbones ardientes que no se han encendido sobre el gran altar. Allá arriba, con el Padre y con el Hijo, en la unidad del Espíritu Santo, seremos el incendio de la eternidad. Allá arriba, el Dios sin nombre, en la tiniebla inmensa, simplicísimo e indefinible, será, para nosotros y para él, sustancia de bienaventuranza.

El Padre engendra al Hijo —su sabiduría eterna, segunda persona de la Trinidad— en la unidad de esencia; el Hijo, el Verbo, por el cual todo fue hecho. El Espíritu Santo, tercera persona, procede del uno y del otro y es el amor del uno por el otro; amor infinito por el cual se abrazan en

abrazo infinito. Un solo Dios en tres personas que nos abraza en la unidad del mismo amor. Unidad en la Trinidad, Trinidad en la unidad. Dios omnipotente, soberano de la altura suprema, que es preciso buscar, seguir y poseer, por medio de la gracia de Jesucristo, con la sinceridad de un amor absolutamente sin mentira. Vivir en él y él en nosotros; vivir con todos los santos, estar unido a la gran familia del amor. Allí el Padre y el Hijo nos abrazan en la unidad transformante del Espíritu, donde nos esperan el amor de Dios y su alegría, alegría coronada en la esencia inconmensurable.

Ya no soy capaz de hablar de ninguna realidad perceptible: aquí está lo simple, lo infinito. Hete aquí que me disipo y me filtro en la tiniebla sacra. Aquí está lo sublime de la vida, lo sublime de la muerte, lo sublime del amor, lo sublime de la alegría, lo sublime de la eternidad.

Rogad a Dios por aquel que, asistido por la gracia divina, ha escrito estas cosas: y rogad por todos aquellos que me leerán. Y que Dios se nos dé, abundantemente y para siempre. Amén.

El Tabor

[1] Si queremos que su nombre sea exaltado dentro de nosotros, sigámoslo con nuestro espíritu por la montaña de la desnudez, como Pedro, Santiago y Juan por la del Tabor. Tabor significa venida de la luz.

Si somos Pedro por el conocimiento de la verdad, Santiago por el desprecio del mundo, Juan por la plenitud de la gracia y por la posesión de la perfecta justicia, Cristo nos conduce al ápice de nuestro espíritu, sobre la montaña de la desnudez, a una soledad inmensa y absolutamente desconocida, en la cual su gloria aparece en medio del esplendor divino. En su nombre, el Padre abre el libro de la vida en el cual están escritas las palabras de la eterna sabiduría; y la sabiduría misma del Señor abraza nuestro espíritu simple y desnudo con la suavidad absolutamente perfecta, en la cual todo bien se manifiesta y se olvidan todas las cosas.

En nuestra exaltación, contemplar y saber, gustar y sentir, vivir y existir, tener y ser, todo es una única cosa, y en esta exaltación nos mostramos to-dos con las diferencias de nuestras actitudes particulares. El Padre, en su sabiduría, varía estos dones según la excelencia y la dignidad de los hombres.

Si queremos vivir sobre el Tabor, es decir, en el ápice del espíritu, sobre la montaña de la desnudez, la luz llegará siempre, aumentando continuamente. Oiremos siempre la voz del Padre y sentiremos siempre su mano que nos tocará y atraerá hacia la unidad interior.

Todos los que siguen a Jesús oyen la voz del Padre, el cual habla de todos ellos cuando dice: «Estos son mis hijos amados en los que me he complacido». La cantidad de la gracia varía según la voluntad de Dios. En medio de las alegrías del mutuo amor que va de Dios al hombre, cada uno goza de su nombre, de su puesto, de su fruto. Allí se refugian los hombres de Dios, desconocidos para quienes viven en el mundo.

Por el contrario, los amigos del mundo están muertos ante Dios; y su nombre se pierde y no gustan ni sienten las maravillas de la luz. Ahora bien, el contacto de Dios nos hace vivir en espíritu, nos dispensa su gracia, nos da la luz y el discernimiento de las virtudes y consolida de tal modo nuestras fuerzas, que podemos soportar lo que nos da y nos hace, y su misma presencia, sin caer en deliquio. El contacto de Dios atrae desde dentro, opera la unidad en lo más profundo y exige de nosotros esa gozosa muerte que produce el espíritu cuando hace desfallecer al hombre en la bienaventuranza, o sea, en el eterno amor que es el abrazo del Padre y del Hijo, y de ambos única alegría. Cuando ascendemos con Jesús hasta la cima de nuestro espíritu, a la montaña de la desnudez sin imágenes, si lo seguimos con mirada simple, y con íntima complacencia, a lo largo del camino de la llamada gozosa, sentimos el fuego del espíritu que nos hace arder y disolvernos en el centro de la Unidad divina.

Cuando, por virtud del alma, nos adelantamos con el Hijo de Dios hacia nuestro principio, oímos la voz del Padre que nos toca y dice: regresad. El dice a todos sus elegidos con su palabra eterna: «Este es mi Hijo amado, en el cual me he complacido». El Padre y el Hijo, el Hijo y el Padre, sienten por la encarnación futura, y por la muerte de Jesús, y por el retorno de los elegidos hacia su principio eterno, una eterna complacencia. Si somos transportados por el Hijo hacia nuestro origen, oímos la voz del Padre que dice: regresad. Y ésta es la iluminación de la vida eterna. La verdad misma nos muestra la amplitud de la complacencia divina, principio y fin de toda complacencia. Allá arriba, al faltarnos las fuerzas, caemos rostro en tierra ante la montaña de nuestra desnudez, y la unidad se forma para nosotros en el abrazo sublime de la unidad de las tres Personas. Entonces Dios comunica la vida y la bienaventuranza, entonces todo es consumado, entonces todo es renovado. Nosotros somos bautizados en el abrazo del amor. En la inmensidad de la alegría, cada uno encuentra su parte propia; y el amor gozoso, que habita todo en sí mismo, obra prodigios de unidad. ¿Encontrará tal vez alguna cosa fuera de sí mismo? Ni tiene necesidad de ello, ni la fuerza para hacerlo.

[2] Si queremos gustar a Dios por encima del dominio de la naturaleza, es preciso entrar en él por medio de la fe viva. Entonces, sencillos, pacíficos, libres, habitaremos, elevados por el amor, en la abierta desnu[1] dez del espíritu. Cuando el amor nos ha transportado más allá de las cosas, por encima de la luz, a la tiniebla sagrada, somos allí transformados por el Verbo eterno, que es la imagen del Padre, y, lo mismo que el aire es penetrado por el Sol, así recibimos en la paz el incomprensible esplendor que abraza y penetra. ¿*Y* qué es este esplendor sino la contemplación sin término y la intuición sin fin? Nosotros contemplamos lo que somos y somos lo que contemplamos: pues nuestra esencia, sin perder nada de la propia personalidad, está unida a la verdad divina que respeta toda diversidad. En la simplicidad del abismo vivimos en común con el Espíritu divino. Esta es la vida contemplativa. La adhesión a Dios es su mejor parte. La contemplación de la superesencia conduce a la posesión. Esta contemplación se une a la vida moribunda y el amor que cae en deliquio. Apenas hemos entrado en la tiniebla, nos vemos agarrados por el rayo simple que, saliendo del océano de los esplendores en el que reside nuestra paz, nos arrastra hacia abajo en el sumergimiento superesencial, y así, tras la absorción, llega la obra del amor desmesurado. El amor no puede ser inactivo; su vida consiste en un continuo esfuerzo por conocer, penetrar y gustar los tesoros inmensos que están escondidos en su propia hondura; éste es el deseo implacable. Hacer un esfuerzo continuo por aferrar lo inaferrable, ¿acaso no es nadar contra corriente? Ahora bien, el objeto del deseo no puede ser ni abandonado ni aferrado.

Abandonarlo es cosa intolerable, conservarlo resulta imposible. La palabra no puede describirlo; el silencio mismo no tiene demasiada fuerza para poderlo estrechar entre sus manos. Inteligencia, razón, criatura, todo es sobrepasado, y sin embargo el deseo no tiene en su poder su objeto propio. Si escrutas en lo hondo de ti, verás que el espíritu divino ha levantado allí la tempestad de la impaciencia. Si miras por encima de ti, verás que el espíritu divino te arrebata a ti mismo, para consumarte en el amor supersustancial en el que encontrarás la unidad, la anchura y la profundidad, mayores que todos los abismos.

Ahora bien, esta posesión simple es la vida eterna gozada en un lugar sin fondo donde, por encima de la razón, nos espera la tranquilidad profunda de la divina inmutabilidad.

Pero si no tienes de ello ninguna experiencia personal, es imposible que me entiendas, pues la razón no puede clasificar en modo alguno estas cosas. Ellas subsisten como son, despojadas de todo modo de ser. Tampoco

por encima de nosotros podemos aferrar el bien infinito, que gustamos sin comprenderlo. Pobres en nosotros, ricos en Dios. En nosotros, el hambre y la sed; en él, el pan y el vino.

La actividad eterna y el eterno descanso se abrazarán en la eternidad. La posesión de Dios exige y supone una actividad eterna: quien crea otra cosa se engaña y engaña. Toda nuestra vida está en Dios, inmersa en la bienaventuranza; toda nuestra vida está en nosotros, inmersa en la actividad. Estas dos vidas no constituyen una sola, contraria a sí misma en sus atribuciones, rica y pobre, hambrienta, saciada, descansada, activa, sublime y supereminente en el tiempo y en la eternidad, en medio del combate de sus glorias. Devenir Dios mismo y perder nuestra sustancia creada es la imposibilidad absoluta; permanecer en nosotros mismos, alejados de Dios, es la miseria absoluta. La eternidad nos tendrá a igual distancia del panteísmo y del infierno. Vida en Dios, vida en sí: gracia, actividad; el esplendor divino que se abalanza desde el más alto sentimiento nos impulsa a todas las acciones de la justicia; luego, como regresamos a él tras haberle obedecido obrando, lo seguimos al mismo abismo de que salió.

Pero nosotros no sentimos más que la inmersión del espíritu en el amor, y nos sumergimos sin retorno en el océano sin riberas. Si, salidos de nosotros mismos e inmersos en Dios, nos poseemos en el abismo, en el cual nos hemos perdido, Dios está en nosotros y nosotros estamos en El; y hendimos el mar sin riberas para encontrarnos en el fondo. Esta es la ingurgitación esencial: vigilia o sueño, olvido o conocimiento, todo contribuye a ello, siempre. Los ríos se precipitan continuamente en el mar, y cada uno busca su lugar.

Cuando poseemos a Dios, la ingurgitación nos arrastra, con el peso del amor, al sentimiento del abismo, del cual no se regresa. Si nuestra mirada fuese eterna, nuestro sentimiento también lo sería. Esa ingurgitación sobrepasa la potencia y las obras del amor: es la salida de nosotros mismos que realizamos con antorchas encendidas, cuando, inmersos fuera de nosotros, en otro, nos adelantamos hacia nuestra bienaventuranza.

Sentimos una especie de inefable propensión que nos transporta, desde nosotros, a otro. El abismo que nos separa de Dios lo sentimos en el lugar más secreto de nosotros mismos: es la distancia esencial, y, sin embargo, la razón permanece, con los ojos abiertos, en el centro de la tiniebla, en la ignorancia indeterminada; y del centro de la tiniebla brota una luz inmensa que para nosotros se hace sombra a causa de su deslumbrante inmensidad. Abrazándonos en su simplicidad, nos transforma en sí misma, y, liberándonos de nuestro obstáculo, nos introduce en el amor absorbente

en la ingurgitación de la bienaventuranza donde la unidad nos aguarda para dársenos. La ciencia viva y el amor activo permanecen despiertos durante la unión.

[3] Lo mismo que el Sol visible ilumina, inunda y fecunda la tierra, así la luz de Dios, reinando sobre la cúspide de nuestra alma, lanza sobre todas nuestras virtudes sus espléndidos rayos. Dios arroja en nuestra alma todas las maravillas de su reino. Unas veces, la caridad inmensa que es Dios mismo, encendida en la pureza del espíritu como el incendio de dos pupilas ardientes, lanza a lo hondo de sí misma como chispas inflamadas que abrazan, tocándolos, los sentidos, la voluntad y todas las potencias del alma, suscitando en ellas tempestades de caridad, raptos, delirios, impaciencias e ignorancias. Otras veces, esas chispas son las armas con las cuales luchamos contra el amor devorador del Señor, que posee una fascinación tal, que nos engulle. Pero él nos arma con sus dones contra sí mismo: ilumina nuestra inteligencia, nos exhorta a defendernos y nos dice: combatidme. Si nos concede la ciencia y la sabiduría, si atrae todas nuestras virtudes al abismo del sentimiento, si deja caer en lo hondo de nosotros la semilla del gusto y del deseo, si nos confiere la contemplación y las llamas ardientes por las cuales ascendemos por encima de nosotros mismos, si toca nuestra voluntad, si quema y licúa nuestro espíritu con su presencia, es porque podemos custodiar y defender, contra él, con todas nuestras fuerzas, nuestro derecho al amor.

THEOLOGIA GERMÁNICA

De autor desconocido, esta obra fue escrita en el siglo XIV. En 1516, y más cumplidamente en 1518, Martín Lutero se encargó de una edición del libro, proclamándose discípulo entusiasta suyo; verdaderamente, las doctrinas de Eckhart, Taulero y Suso se encuentran allí condensadas de forma rápida y perentoria, con un tono a menudo popular. El entusiasmo de Lutero por este librito se fue enfriando hacia el final de su carrera política.

[1, 2] Observa que cuando la criatura se atribuye algún bien, como la existencia, la vida, la conciencia, el conocimiento y el poder —en suma, alguna cosa de la cual debemos decir que es un bien—, afirmando: yo soy esto o es cosa mía, la criatura se aleja de Dios.

¿Qué otra cosa hizo el diablo, qué otra cosa fue su alejamiento o su caída, sino que se arrogó ser también él algo y quiso ser algo y pretendió o presumió que algo era suyo o le era debido?

[3] Ese «atribuirse a sí mismo» este «yo» y «mío» y «de mí» fue su caída y su alejamiento, y lo sigue siendo. *¿Y* qué otra cosa hizo Adán sino eso mismo? Se dice que cayó o que pecó por haber comido la manzana. ¡Pero yo digo que eso sucedió por «atribuirse» él el «yo», «mío», «para mí» y semejantes! Si hubiese comido siete manzanas, pero no hubiese habido un «atribuirse», no habría caído. Pero apenas se atribuyó, cayó, ¡y tal habría acontecido aun cuando no hubiese mordido nunca una manzana!...

[5] Cuanto menos se atribuye la criatura el conocimiento, tanto más perfecto se hace éste.
Lo mismo pasa con la voluntad, el amor y el deseo y otras cualidades de la misma especie: cuanto menos nos las atribuimos, tanto más perfectas, puras y divinas se hacen; y cuanto más nos las atribuimos, tanto más toscas, turbias e imperfectas se vuelven.

[2, 7] El hombre interior de Cristo estaba, según el ojo derecho del alma, en perfecta participación de la naturaleza divina, en perfecto éxtasis, alegría y paz eterna: pero el hombre exterior, con el ojo izquierdo, en pleno sufrimiento, en toda turbación, miseria y trabajos. Pero, no obstante, de manera que el ojo vuelto al interior u ojo derecho permaneciese inmoto, no impedido, insensible a todo trabajo, sufrimiento y martirio que tocaban al hombre exterior...

Ahora bien, el alma creada en el hombre también tiene dos ojos. El uno es el don de mirar a la eternidad, el otro, el de mirar al tiempo y las criaturas, de percibir la distinción que antes hemos dicho, de dar al cuerpo la vida y las cosas necesarias, y de dirigirlo y guiarlo a lo óptimo. Pero estos dos ojos del alma no pueden realizar juntos su obra, y si el alma debe mirar con el ojo derecho a la eternidad, el ojo izquierdo es preciso que se despoje y se libere de todas sus obras y se mantenga como si estuviese muerto. Y si el ojo izquierdo debe atender a su obra, es decir, tiene que ocuparse del tiempo y las criaturas, precisa, de rebote, que el ojo derecho sea impedido en su obra, en su contemplación.

[3, 10] Los hombres iluminados con verdadera luz entienden que aquello que podrían desear, o querer, es «nada» frente a lo que todas las criaturas (en cuanto criaturas) desean, quieren y saben. Por eso dejan todo deseo y toda voluntad particular y se abandonan con todas las cosas al Bien eterno.

Sin embargo, permanece en ellos un deseo, un estímulo a progresar y a acercarse al Bien divino; el deseo de un conocimiento cada vez más próximo, de un amor más cálido, de una alegría más luminosa, íntegra subordinación y obediencia. Así que todos los iluminados pueden decir: «Yo sería de buen grado para el Bien eterno lo que para el hombre es su propia mano»; y siempre tienen temor de no serlo bastante. ¡Y piden, además, la bienaventuranza de todos los hombres!

Pero en este deseo no entran ellos para nada, ni aun cuando lo reivindican; pues saben bien que un deseo así no es del hombre, sino del mismo Bien eterno. Ya que todo lo que es bueno, nadie puede atribuírselo como suyo propio, pues sólo al Bien eterno pertenece.

Así, estos hombres descansan en tal libertad, que han depuesto todo miedo al castigo o al infierno, pero, al mismo tiempo, también toda esperanza de premio o de paraíso, y viven en subordinación y obediencia desinteresada al Bien eterno por libre y totalmente íntimo fuego de amor.

[6, 16] ¡Mira! Si estuviesen ahora todos los hombres en verdadera obediencia, no existiría mal ni dolor alguno, quitados los pequeños dolores corporales; y de éstos no convendría quejarse. Considera también que, si fuesen así las cosas, todos los hombres serían como uno solo, y nadie dañaría ni ofendería al otro; e igualmente, si nadie viviese ni obrase contra Dios, ¿de qué parte habría de venir el mal y el dolor? ¡Pero ahora, desgraciadamente, todos los hombres, el mundo entero, están en desobediencia! Pero si hubiese aunque fuera un solo hombre en plena y completa obediencia (como creemos que fue Cristo, que de otro modo no habría sido Cristo), para ése la desobediencia de los demás sería también un grave y amargo afán. Ya que, está bien claro, todos los hombres le serían adversos. El hombre en semejante obediencia sería una sola cosa con Dios; más aún: ese hombre sería Dios mismo; la desobediencia, en cambio, está siempre contra Dios.

[7, 22] Pues aquel que fuese poseído y aferrado por el Espíritu de Dios —aun cuando no supiese lo que hace o deshace, y no tuviese poder sobre sí, sino que la voluntad y el espíritu de Dios lo tuviese bajo su dominio y obrase, hiciese y deshiciese de él y con él lo que quisiera y como quisiera—, aquél sería uno de esos hombres de los que san Pablo dice: «Los que son gobernados y conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios y no están bajo la ley» (Rm 6,14; 7,14), y a los cuales Cristo dijo: «No sois vosotros los que habláis, sino que es el Espíritu del Padre el que

habla en vosotros» (Mt 10,20). Pero yo temo que cien mil, y hasta innumerables, están poseídos por el diablo, mientras que ni siquiera uno está poseído por el Espíritu de Dios; y esto se debe a que los hombres tienen mayor semejanza con el diablo que con Dios. La separatividad, la seidad. todo lo que es propio del diablo y por lo cual es «diablo».

Todo esto que aquí se ha dicho se puede resumir en este breve consejo: «¡Mantente bien separado de ti mismo!».

«Como quiera que todo este mundo es vestíbulo de la eternidad, ¡se le puede llamar, y puede muy bien ser, un paraíso! Y en este paraíso todo es dado libremente, salvo un árbol y su fruto».

Esto se explica así. En todo lo que existe no hay nada «prohibido», nada contrario a Dios, salvo una sola cosa: la voluntad personal, el querer de modo diverso que la voluntad una y eterna de Dios. Esto se debe entender bien. Dios dice a Adán, es decir, a todo hombre: «Lo que eres, haces y dejas de hacer, todo es lícito y está permitido; ¡pero con tal de que no provenga de tu voluntad, sino de la mía! Lo que proviene de tu voluntad está contra la voluntad eterna». No es, pues, que todas las acciones realizadas por ti sean contrarias a la voluntad eterna: que sean contrarias depende sólo de que procedan de una voluntad distinta de la eterna y divina.

Ahora bien, se podría preguntar: «Si, pues, este árbol de la voluntad personal es tan contrario a Dios y a la voluntad eterna, ¿por qué, entonces, lo creó Dios y lo plantó en el paraíso?».

Respuesta. El hombre, la criatura que anhela conocer y ahondar el secreto consejo y la voluntad de Dios, de suerte que de buena gana querría saber por qué Dios hace o no hace esto o aquello, y cosas semejantes, dicha criatura no obra de manera distinta de Adán y el diablo, y mientras alimente tal anhelo no podrá obtener el conocimiento que desea. ¡Sí, ciertamente este hombre no es otra cosa que Adán y el diablo! Pues semejante deseo rara vez proviene de otra causa que del anhelo de deleitarse y gloriarse en el conocimiento; ¡y es propiamente presunción! Un hombre verdaderamente humilde e iluminado no pide a Dios que le revele sus secretos, ni se pregunta por qué Dios ordena, hace o no hace esto o aquello. Sino que, en vez de eso, solamente desea saber cómo puede aniquilarse y estar sin voluntad, de manera que la voluntad eterna viva y señoree en él sin impedimento de ninguna otra, y en él y por medio de él se cumpla.

MAESTRO ECKHART

Nació en Hochheim (Turingia) en torno a 1260; ingresó joven en el convento dominicano de Erfurt. Fue estudiante y después docente en París, predicó y enseñó también en Estrasburgo y Colonia. Allí fue acusado debido a un elenco de proposiciones heréticas extraídas de sus escritos, y en 1327, antes de que concluyera el proceso, murió.

Sus obras latinas y alemanas fueron descubiertas en gran parte en época reciente y publicadas en Alemania a partir de 1936. Se acercó a la doctrina condenada de los begardos, según la cual el alma intelectiva es una y no se multiplica por más hombres que disfruten de ella, la naturaleza intelectiva es bienaventurada y, cuando uno se une a ella, es bienaventurado e impecable, y está por encima de la institución eclesiástica. Eckhart negó que se hubiera adherido a estas proposiciones de los begardos, cuya rama extremista, los Hermanos y Hermanas del Libre Espíritu, sociedad secreta semejante a ciertas sectas gnósticas, estaba extendida en Alemania y era perseguida por la Inquisición. Se supone que la simbología de esa secta entreteje la pintura de Hyeronimus Bosch, «El Bosco».

DE «LA SOLEDAD»

He meditado muchos escritos de maestros paganos y de profetas del Antiguo y del Nuevo Testamento y he buscado con atención y diligencia cuál es la virtud mejor y más alta, la virtud por la cual el hombre llega más intensamente a asemejarse a Dios y a hacerse de nuevo lo más igual posible al tipo originario que estaba en Dios, cuando entre Dios y él no existía diferencia alguna, es decir, hasta que Dios creó. Si examino todo lo que se ha escrito sobre este tema, por lejos que pueda llegar yo con las atestaciones y el juicio de la razón, no encuentro ninguna otra virtud que sea, como la soledad, pura y lejana de toda criatura. En este sentido dice el Señor a Marta: «Una cosa sola es necesaria» (Le 10,42), queriendo significar que quien quiere hacerse imperturbable y puro debe querer una sola cosa: la soledad.

Del amor

Muchos maestros celebran el amor como la cosa más alta; san Pablo dice: «Por muchas obras que tenga en mi haber, si no tengo amor, no soy

nada» (1 Co 13,1-3). Pero yo considero la soledad todavía más elevada que el amor. Ante todo por esto: el mejor elemento del amor consiste en que me obliga a amar a Dios; pero el que yo obligue a Dios a venir a mí tiene mucho más valor que el que yo me obligue a ir a Dios, y eso porque la eterna bienaventuranza viene dada por el hecho de devenir Dios y yo una sola cosa. En efecto, Dios puede más fácilmente entrar en mí, puede hacerse uno conmigo mejor de lo que pueda yo hacer con él. Que, además, la soledad fuerza a Dios a entrar en mí, lo pruebo así: todo ser está de buen grado en el lugar natural que le es propio; el lugar natural y propio de Dios es unidad y pureza; pero éstas se basan en la soledad; por eso Dios no puede no darse a un corazón que se ha hecho solitario.

La segunda razón por la cual antepongo la soledad al amor es ésta: si el amor me induce a padecer cualquier sufrimiento por amor de Dios, la soledad me induce a abrirme a Dios. Y esto es muy superior. Pues en el dolor sigue habiendo siempre una relación con la criatura por la que sufro; en cambio la soledad es liberación de toda criatura. Que, además, la soledad nos abre sólo a Dios, lo pruebo de este modo: lo que debe ser recibido, debe ser recibido en algún lugar; la soledad está tan cercana a la pura nada, que no hay cosa alguna tan sutil, que encuentre lugar en ella, excepto Dios, el cual es tan simple y tan sutil, que consigue precisamente encontrar espacio en ella.

Lo que se puede recibir es recibido siempre según la particular condición de quien recibe; de ese modo, todo cognoscible es aprehendido y comprendido según la facultad de quien lo conoce, y no tal como es en sí.

De la humildad

Los maestros consideran también la humildad por encima de muchas otras virtudes. Pero yo considero la soledad superior a la humildad. Por esta razón: la humildad puede realizarse sin la perfecta soledad, pero la soledad perfecta no puede realizarse sin perfecta humildad. Si, en efecto, la humildad tiende a la anulación de nuestro yo, la soledad pasa tan cerca de la nada, que no existe diferencia entre la soledad perfecta y la nada; ni, por otra parte, puede haber perfecta soledad sin humildad. Pero dos virtudes son preferibles a una sola.

La segunda razón es ésta: la humildad perfecta se somete a todas las criaturas, pero con ello el hombre sale de sí y va hacia la criatura; la soledad, en cambio, permanece en sí misma. Ahora bien, aun cuando este salir fuera de sí pueda tener algo de excelente, el permanecer en sí es, sin

embargo, superior. Por eso dice el Profeta: «La hija del rey tiene todo su esplendor en su interior» (Sal 45,14).

Una soledad perfecta no conoce referencia alguna a la criatura, no se somete ni se realza, no quiere estar ni encima ni debajo, sino sólo apoyarse sobre sí misma; no quiere ser, para nadie, elemento de amor o de dolor. No anhela semejanza ni desemejanza con ningún otro, ni quiere esto o aquello; sólo quiere ser una cosa sola consigo misma. No quiere ser esto ni aquello, porque quien quiere eso quiere ser alguna cosa. La soledad, en cambio, quiere ser nada; por eso no toca en modo alguno las cosas.

Se podría objetar que en la Virgen estaban todas las virtudes en su máxima perfección, por tanto también la soledad. Pero si ésta es superior a la humildad, ¿por qué la Virgen estimó la humildad más grande que la soledad cuando dijo: «Ha mirado la humildad de su sierva» (Le 1,48)? Respondo. En Dios se encuentran soledad y también humildad, por lo que pueden significar las virtudes atribuidas a Dios. Su humildad de amor precisamente lo llevó a descender a la naturaleza humana; pero él permaneció, al hacerse hombre, tan inmóvil, como cuando creó el cielo y la tierra, como diré más adelante. Por tanto, ya que el Señor, cuando deseó hacerse hombre, permaneció inmóvil en su soledad, la Virgen comprendió claramente que él aguardaba lo mismo también de ella, aunque entonces se dirigiese a su humildad, no a su soledad.

Por eso permaneció inmóvil en soledad y se glorió de la humildad y no de la soledad, pues si hubiese indicado ésta, aun con una sola palabra, diciendo: «El consideró mi soledad», ésta habría quedado con ello ya perturbada, pues con ello habría salido de sí. Por leve que pueda ser tal salida, perturba siempre la soledad. Por eso dice el Profeta: «Quiero callar y oír lo que mi Señor y Dios va diciendo en mí» (Sal 85,**9).** Como si dijese: «Si Dios quiere hablarme, entre él en mí; yo no saldré». Y Boecio dice: «Oh hombres, ¿por qué buscáis fuera lo que está dentro de vosotros: la bienaventuranza?».

De la piedad

Yo considero la soledad también por encima de la piedad. La piedad corresponde a la salida de sí del hombre para ir al encuentro de las miserias de su prójimo y permanecer turbado por ellas en su corazón. De eso está libre la soledad que permanece siempre en sí y no se deja agitar. En conclusión, meditadas todas las virtudes, no encuentro ninguna tan privada de defectos ni tan semejante a Dios como la soledad.

La muerte al mundo

Un maestro llamado Vicente dice: «Cuando el espíritu está solo tiene tan gran poder, que lo que intuye es verdad, lo que quiere lo tiene, lo que manda es ejecutado». En efecto, el espíritu liberado obliga a sí a Dios con su propia soledad, y si fuese capaz de permanecer sin forma ni materia de naturaleza extraña, arrastraría hasta sí la íntima esencia de Dios. Pero Dios no puede dar eso a nadie fuera de sí mismo; con el espíritu en soledad no puede, pues, hacer otra cosa que darse a él. El hombre del todo en soledad se traslada tan enteramente a la eternidad, que nada de pasajero puede ya conducirlo a sentir un instinto del cuerpo; se convierte en muerto al mundo, porque en lo sucesivo nada le atrae ya. Este es el sentido de la frase de san Pablo: «Vivo yo, mas no yo; es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20).

La verdadera soledad

Ahora preguntarás: ¿qué es, pues, esa soledad que tanto poder tiene en sí?

La verdadera soledad implica que el espíritu, en todo lo que le sucede, de bueno y de malo, de honor y de vergüenza, está tan inmoto como un monte inmenso ante un leve vientecillo. Tal inmovilidad, sobre todo, hace al hombre semejante a Dios: Dios es Dios precisamente por la inmota soledad de la cual proviene su pureza, su simplicidad, su inmutabilidad. Por tanto, dado que el hombre debe hacerse semejante a Dios (en cuanto es posible a una criatura), sólo puede lograrlo con la soledad. La soledad traslada al hombre a la pureza, después a la simplicidad, después a la inmovilidad; virtudes todas que realizan una igualdad entre el hombre y Dios. Pero sólo por gracia se realiza esta igualdad que por sí sola libera al hombre del tiempo y lo purifica de lo contingente. Esto te digo: estar vacío de toda criatura significa estar lleno de Dios; estar lleno de las criaturas significa estar vacío de Dios.

En tal inmóvil soledad ha sido y es Dios eternamente. También cuando creó cielo y tierra y toda criatura: todo eso alcanzó tan poco su soledad, como si no hubiese creado nunca nada. Lo afirmo claramente: todas las plegarias y todas las buenas obras que el hombre puede realizar en el tiempo alcanzan tan poco la soledad de Dios, como si no existieran en absoluto; Dios no queda con ellas más indulgente ni mejor dispuesto hacia el

hombre, que si éste no hubiese dicho nunca plegarias ni realizado obras buenas. Incluso cuando el Hijo quiso mudarse de divinidad a hombre, y se encarnó y padeció el martirio, eso tocó tan poco la inmutable soledad divina, como si nunca se hubiese humanado.

Tú podrías decir ahora: «Me parece, pues, que justamente se deben abandonar las plegarias y obras buenas, porque Dios no se interesa por ellas de manera que se deje conmover; sin embargo, se dice que Dios quiere que le dirijamos plegarias para cada cosa».

En este punto debes estar muy atento e intentar comprenderme bien, si eres capaz: en una primera visión eterna (si, no obstante, se puede hablar de primera visión a este propósito), Dios contempló cómo habían de suceder todas las cosas, y con la misma mirada vio cuándo y cómo crearía a la criatura; vio también la más pequeña plegaria y obra buena que el hombre haría, vio qué plegaria y devoción acogería él; vio que tú mañana lo invocarías con urgencia y le rezarías devotamente. Pero tal invocación y tal plegaria Dios no la oirá sólo mañana; la ha oído en toda su eternidad, mucho antes de que tú fueses hecho hombre. Y si tu oración no es honrada y sincera, no te la rechaza Dios ahora: te la ha rechazado desde la eternidad.

Así, Dios lo vio todo con su primera visión eterna; él no hace nada por razones contingentes; ya lo ha hecho todo. Así Dios permanece siempre inmóvil en soledad; sin embargo, ni las plegarias ni las obras buenas de los hombres se deben abandonar; quien hace el bien es así mismo bien recompensado. Dice Felipe que Dios creador hace perdurar las cosas en el camino y el orden que ya les dio desde el inicio. Para él no hay pasado ni futuro; él ama desde la eternidad a todos los santos y los prevé antes de la existencia del mundo. Porque ahora sucede en el tiempo lo que él previo eternamente, creen los hombres que Dios ha tenido un nuevo deseo. Pero, cuando se aira con nosotros o nos trata amorosamente, sólo nosotros cambiamos; él permanece inmutable, lo mismo que el rayo de sol hiere el ojo enfermo y acaricia el ojo sano, aun permaneciendo en sí idéntico.

Dios no ve en el tiempo, y nada de nuevo acaece ante su vista. En ese sentido dice también Isidoro en su libro sobre el sumo bien: «Algunos preguntan qué hacía Dios antes de crear el cielo y la tierra, o de dónde le vino a Dios la voluntad nueva de crear a la criatura». Respondo. Ninguna voluntad nueva nació nunca en Dios, sino que, aun cuando lo creado no era tal como ahora, estaba, no obstante, desde la eternidad en Dios y en su razón. Dios no creó el cielo y la tierra, tal como nosotros le atribuimos humanamente, en un devenir; todas las criaturas estuvieron desde la eternidad ya expresas en el verbo divino.

Dijo Moisés al Señor: «Si el faraón me pregunta quién eres tú, ¿cómo debo responderle?». Y el Señor respondió: «Di: "Me ha mandado aquel que es"» (Ex 3,13); eso significa: me ha mandado el que es en sí mismo inmutable.

Aún podría decir alguno: ¿estaba Cristo todavía inmoto en soledad cuando gritó: «Mi alma está triste hasta la muerte» (Mt 26,38; Me 14,34). Y María, ¿se hallaba en soledad cuando estaba de pie junto a la cruz y, según se cuenta, lloraba? ¿Cómo se armoniza todo eso con la inmóvil soledad? A eso digo que en todo hombre hay, como enseñan los maestros, dos hombres propiamente: ante todo, el hombre exterior, u hombre corpóreo, al que sirven los cinco sentidos (que, sin embargo, también reciben efectivamente del alma su energía); después el hombre espiritual, atento a su interioridad.

Todo hombre que ama a Dios dedica las fuerzas del alma al hombre exterior sólo en lo que le es absolutamente necesario para los cinco sentidos: dirige el hombre interior a los sentidos sólo para darles dirección y guía, para preservarlos de hacer uso de su objeto de forma bestial, como hacen algunos que viven según sus instintos corpóreos como animales irracionales (¡y, en efecto, animales, mejor que hombres, se les debería llamar!).

Las restantes fuerzas, que en cambio no dedica a los sentidos, el alma las asigna todas a la interioridad; es más, en caso de que tenga por objeto algo muy noble y alto, retira también las fuerzas que tenía dadas a los cinco sentidos; se dice entonces que el hombre es arrebatado fuera de sí. Pues su objeto puede ser, o expresable por imágenes, pero racional, o superior a la razón y superior a toda imagen. Dios exige de todo hombre espiritual que lo ame con todas las fuerzas del alma, por eso dijo: «Ama a tu Dios con todo tu corazón» (Me 12,30; Le 10,27). Pero hay hombres que malgastan totalmente las fuerzas del alma en las exterioridades. Son los que entregan cada uno de sus pensamientos y obras a los bienes pasajeros. Nada saben de un hombre interior. Y, lo mismo que el hombre piadoso a veces quita todas las fuerzas del alma a su ser exterior si el alma se dirige a un objeto alto, así los hombres puramente animales quitan todas las fuerzas del alma a su interioridad para malgastarlas en la exterioridad.

Más aún: el hombre exterior puede realizar una actividad, aun cuando el hombre interior permanezca del todo libre e inalterado respecto a ella. También en Cristo había un hombre exterior y un hombre interior, y lo mismo en la Virgen; lo que ellos hacían en relación con las cosas exteriores lo hacían sólo desde el punto de vista del hombre exterior, mientras el hombre interior permanecía en su soledad. Así dijo también Cristo estas palabras: «Mi alma está triste hasta la muerte» (Me 14,34). Y mientras la Virgen lloraba y se lamentaba, permanecía, no obstante, inmóvil en solédad

en su interior. Ejemplo de ello es la puerta cuyo gozne se mueve: comparo la tabla de la puerta al hombre exterior, y el gozne al hombre interior. Cuando la puerta se abre y se cierra, la tabla va y viene, pero el gozne se mantiene inmóvil en su sitio, y no es alcanzado en absoluto por el movimiento. Así sucede también en los casos que nos ocupan.

Objeto de la soledad

Se plantea ahora el problema de cuál es el objeto de la pura soledad. Su objeto no es esto ni aquello: procede hacia la pura nada, porque tiende a ese estado superior en el cual Dios puede obrar en nosotros del todo según su voluntad. Pero no en todos los corazones puede Dios actuar perfectamente según su voluntad. Pues, aunque es omnipotente, sólo puede actuar si encuentra, o establece, una preparación. Añado «o establece» por san Pablo, pues en él no encontró Dios preparación alguna, pero la realizó infundiendo su gracia. Por eso digo que Dios actúa según la preparación que encuentra; su acción es diferente en el hombre y en la piedra.

De ello da ejemplo la naturaleza; si se calienta un horno y se mete dentro una pasta de avena, una de cebada, una de centeno y una de trigo, el calor del horno es el mismo, pero no actúa de igual modo en cada pasta; de una se obtiene un pan delicado, de la otra un pan basto, de la otra un pan todavía más basto. Ese hecho no lo causa el calor, sino la materia, que no es igual. En un corazón todavía lleno de esto y de aquello, fácilmente se encuentra impedimento a la plena acción de Dios.

Para que el corazón esté perfectamente preparado, debe basarse sobre una pura nada; en eso está también su mayor potencia posible. Un ejemplo tomado de la vida: si quiero escribir sobre una tabla blanca, me confunde lo que ya está allí escrito, por bello que sea; si quiero escribir bien, es necesario que lo borre; nunca es tan apta para escribir bien, como cuando no contiene nada escrito. Así, si Dios debe escribir de modo perfecto en mi corazón, de éste debe alejarse todo cuanto se llama esto o aquello, como precisamente es el caso del corazón que vive en soledad. En él puede Dios realizar perfectamente su alta voluntad. Por eso ninguna cosa particular puede ser objeto del corazón en soledad.

Ahora me pregunto aún: ¿cuál es la oración del corazón en soledad? Respondo así: la soledad como pureza ya no puede, generalmente, orar, pues quien ora desea que Dios le dé o le quite algo. Pero el corazón en soledad no desea nada y de nada desea eximirse.

Por tanto, está vacío de toda oración; su oración consiste sólo en eso: en conformarse a Dios. A tal propósito podemos también referir lo que Dionisio observa sobre san Pablo: «Muchos corren tras la corona, pero sólo a uno le corresponde» (1 Co 9,24). Todas las múltiples facultades del alma corren hacia la corona, la cual corresponde sólo a su esencia. El añade que correr detrás de la corona significa retirarse de todo lo que es creado y hacerse una sola cosa con lo que no es creado. Cuando el alma llega a ese punto, pierde su nombre: Dios penetra en ella tan perfectamente, que el alma se convierte en nada, lo mismo que el Sol lleva consigo la aurora de manera que ésta desaparece. El hombre sólo puede llegar a esto con la pura soledad.

Aquí podemos referir también una frase de san Agustín: «El alma tiene un acceso secreto a la naturaleza divina, en la cual todas las cosas se vuelven para ella nada». Sobre la tierra, este acceso sólo se obtiene con la pura soledad: cuando ésta es perfecta, el alma deviene para el conocimiento privada de conocimiento, para el amor deviene privada de amor, para la iluminación deviene privada de luz.

Podemos añadir también el juicio de un maestro: bienaventurados son los pobres de espíritu que han abandonado a Dios todas las cosas tal como El las tenía cuando nosotros no estábamos. Sólo un corazón puro y libre puede hacer esto.

Que Dios habite más a gusto en un corazón solitario lo reconocemos por el hecho de que, si me preguntas qué busca Dios en todas las cosas, puedo responderte con el libro de la Sabiduría, en el cual El dice: «En todas cosas busco descanso» (Si 24,7). En ningún lugar hay plena quietud fuera del corazón en soledad. Por eso Dios está más a gusto allí, que en cualquier otro ser o en cualquier otra virtud. Además, cuanto más apto es el hombre para abrir plenamente su corazón a Dios, tanto más bienaventurado es; quien en esto ha llegado a la más alta preparación ha llegado también a la más alta bienaventuranza. Pues el corazón sólo puede abrirse a Dios haciéndose semejante a Dios, y cuanto más se abra a Dios, tanto más semejante a Dios será.

Tal adecuación se realiza en cuanto el hombre se somete a Dios; en cambio, cuanto más se deja dominar el hombre por la criatura, tanto menos se adecúa a Dios. El corazón en soledad está lejos de toda criatura, está sometido totalmente a Dios, es sumamente semejante a El, está dispuestísimo a recibir en sí a Dios; eso quiso decir san Pablo con la frase: «Revestios de Cristo Jesús» (Rm 13,14), refiriéndose a la semejanza con Cristo. Debes saber, por tanto, que cuando Cristo se hizo hombre, no tomó una determinada naturaleza humana, sino la naturaleza humana en general. Cuando te despojas de todo, queda sólo lo que Cristo tomó; así te revistes de Cristo.

Quien quiere, pues, conocer claramente el valor y el beneficio de la perfecta soledad, repiense las palabras que dirigió Cristo a sus discípulos sobre su apariencia humana: «Os conviene que yo me vaya, pues si no me voy, no podréis recibir el Espíritu Santo» (Jn 16,7). Como si dijese: hasta ahora habéis obtenido mucha alegría de mi presencia visible, y no se os podría dar la perfecta alegría del Espíritu Santo. Eliminad, pues, todo lo que es imagen, unios a la esencia que no tiene ni imagen ni forma. Pues sutil es la consolación espiritual de Dios, y se ofrece sólo a quien aleja de sí toda consolación de los sentidos.

Y en verdad digo yo a todos los que meditan: nadie está tan bien como quien está en la máxima soledad. Toda alegría carnal y corpórea lleva consigo un perjuicio espiritual, pues la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Quien siembra en la carne perverso amor, muerte recoge; quien siembra en el espíritu amor justo, recoge vida eterna. Cuanto más se aleja el hombre de la criatura, más acude a él el Creador. Si, pues, incluso la alegría que podríamos obtener de la presencia corpórea de Cristo nos distrae de recibir el Espíritu Santo, ¡cuánto más nos distraerá de Dios la alegría necia que obtenemos de dulzuras pasajeras!

Por eso, bien supremo es la soledad: ella purifica el alma, purifica la conciencia, enciende el corazón, despierta el espíritu, da alas al deseo, supera todas las virtudes: ella nos hace conocer a Dios, rechaza toda cosa creada y unifica el alma con Dios. El amor dividido es como agua esparcida en el fuego, pero el amor unido es como un panal rebosante de miel.

El dolor y la humildad

Reflexionad bien, oh espíritus meditativos: el caballo que lleva más rápido a la perfección es el dolor. Nadie goza tanto de eterna bienaventuranza como los que están con Cristo en la mayor amargura. Nada como el dolor es tan amargo como la hiél, y nada es tan suavemente dulce como el haber sufrido.

El fundamento más seguro sobre el cual puede basarse esta perfección es la humildad. Pues cuando el hombre yace en la más profunda humillación, su espíritu se eleva a la más grande altura de la divinidad. Pues el placer conlleva dolor, y el dolor conlleva placer.

Diversos son los caminos de los hombres; hay quien vive de un modo, hay quien vive de otro. Pero quien quiera en este mundo temporal llegar a la vida más alta, acepte la breve doctrina compendiada en pocas palabras a partir de todos los escritos, doctrina que se expone aquí.

Mantente alejado de todos los hombres y permanece imperturbable ante todas las impresiones externas; hazte libre de todo lo que podría dar a tu naturaleza algo de extraño, ligarte a las cosas terrenas, serte causa de dolor: encamina siempre tu espíritu hacia aquella saludable contemplación por la cual tienes en tu corazón a Dios como un objeto ante el cual tus ojos no podrán nunca temblar. Por cuanto respecta a los ejercicios (ayunos, vigilias, oraciones), encamínalos todos hacia su fin, y úsalos sólo en cuanto puedan servirte con vistas a él; así llegarás al ápice de la perfección. Alguno puede decir: ¿pero quién podrá resistir en esa inmóvil contemplación del objeto divino? Yo respondo: ninguno de los que viven aquí en el tiempo. Te he dicho esto sólo para que sepas cuál es el objeto altísimo al que debes encaminar deseo y obras. Y cuando te sea quitada esta consolación, debes encontrarte, si eres hombre piadoso, como si te fuese quitada tu eterna bienaventuranza. Procura entonces retroceder rápidamente, de manera que te sea dada de nuevo la contemplación; y procura permanecer siempre vigilante; y busca siempre allí, en la medida de lo posible, tu fin y tu refugio.

Señor Dios, a ti sea la alabanza eternamente. Amén.

DE «LA VISIÓN DE DIOS Y LA BIENAVENTURANZA»

Hacia la nada

Es necesario que en esto me comprendáis bien, porque voy a tratar un tema sobre el cual aún no me he detenido. Dice el óptimo Dionisio en uno de sus puntos: «Cuando Dios no es ya nada para el espíritu, tampoco es ya el arquetipo eterno, es decir, su eterno origen». Yo he afirmado y afirmo: Dios en la eternidad no ha realizado más que una sola obra. Con ella puso también, en sí mismo, el alma. Pero el alma excedió y salió de esta eterna posición convirtiéndose en criatura, volviéndose desemejante a Dios y extraña a su propia imagen. No obstante, es ella la que, con su condición de criatura, ha determinado a Dios, de suerte que El no era tal antes de que el alma se hiciese criatura.

En otra ocasión dije: «Nosotros somos la causa de que Dios sea Dios». Dios recibe su ser del alma: su divinidad le viene de sí mismo. Pues, antes de que existieran las criaturas, Dios no era Dios; sin embargo, era divinidad, pues no recibe del alma la divinidad. Cuando Dios encuentra, pues, un alma en la cual existe la nada, un alma que mediante la gracia se ha hecho nada en el ser y en el obrar, él, más allá de toda gracia, actúa en ella su obra eterna y

así la eleva fuera de su existencia de criatura. Pero con ello Dios se anula a sí mismo en el alma, por lo cual ya no queda ni «Dios» ni «alma». Creedlo, eso es esencial a Dios. Cuando el alma ha llegado al grado de sufrir la acción de Dios, está también en situación de no tener ya Dios. Entonces se convierte nuevamente en el eterno arquetipo en el cual Dios desde la eternidad la contempló, su eterno Verbo. Cuando Dionisio dice: «No existe ya Dios para el espíritu», quiere decir precisamente cuanto ahora he dicho.

Se puede, pues, preguntar si el alma, convertida de nuevo en su arquetipo eterno, es lo que David entiende por la «luz», en la cual debe ver ella la eterna «luz». ¡No!, respondemos, el alma no observa con esta luz la luz eterna que la volverá bienaventurada. Decía, en efecto, Dionisio: «También su arquetipo eterno se convertirá en nada para el espíritu».

Aclaro esto para que lo comprendáis con precisión. Cuando el espíritu prorrumpe fuera de sí y por encima de sí, se anula como criatura y con ello, como he demostrado, se libera también de Dios; entonces también el alma, convertida de nuevo en su propio arquetipo eterno, pasa, por medio de ello, a la esencia en cuanto puede manifestarse, al Padre. Este es el significado de la frase. Así, también en el alma afluyen de nuevo todas las cosas al Padre, el cual, como principio de su eterno Verbo, es también principio de todas las criaturas.

¿Es tal luz, pues —cabe preguntar—, el Padre, en el cual el espíritu debe ver la luz? ¡No!, respondo. Y ahora seguidme con atención. Sólo Dios obra y sólo Dios creó todas las cosas; la divinidad no opera, no conoce ninguna actividad creadora. Con relación a la imagen eterna, pues, Dios no es Dios, porque no es considerado el creador; con el Padre, en cambio, mi alma está en relación de igualdad.

En efecto, mi eterno arquetipo (o, respecto a la divinidad, «Hijo») es del todo igual al Padre. Pero dice la Escritura: «Nada es igual a Dios». Para hacerse, pues, igual a Dios, ¿debería el alma hacerse nada? ¡Justamente! Nosotros, sin embargo, queremos decir que la igualdad no implica la unidad, ya que el igual no es uno; donde hay unidad no hay igualdad, porque ésta implica distinción y dualidad. Donde hay dos cosas iguales, no puede existir el uno. Yo no soy igual a mí mismo, soy uno, el uno y el mismo que soy. Así también en la divinidad el Hijo es igual, en cuanto Hijo, al Padre, pero no es uno con él. Donde Padre e Hijo realizan la unidad ya no hay igualdad: en la unidad de la esencia divina.

En esta unidad, el Padre nunca ha sabido del Hijo, ni el Hijo del Padre. Pues en ella no hay ni Padre, ni Hijo, ni Espíritu Santo. Llegada al Hijo, a su eterno arquetipo, igual al Padre, el alma supera su arquetipo y

con el Hijo supera toda igualdad, tomando posesión de la unidad: la unidad de la esencia. Dice David: «En tu luz, Señor, contemplaremos la luz», lo cual significa: con la luz de la divina unidad del ser contemplaremos la eterna esencia en toda su perfección, tal como se manifiesta en el diferenciarse de las tres personas y en la unidad de la esencia. Dice san Pablo: «Por una luz seremos transmutados en la otra y nos haremos iguales», lo cual significa que la luz creada nos transmutará en el esplendor increado del ser divino, y nos convertiremos en lo que él es.

«En El todas las cosas son vida», dice san Juan, por cuanto el Padre contempla al Hijo, y en el Hijo se preforman todas las criaturas como seres vivientes. Tal es la verdadera vida de las criaturas. Pero en otro pasaje añade: «Bienaventurados los muertos en el Señor». ¿Cómo puede explicarse este morir en aquel que ha dicho: «Yo soy la vida»? Aguzad ahora vuestro entendimiento.

El alma supera la propia eterna imagen y cae en la pura nada de dicha eterna imagen; esto se llama morir en el espíritu. Morir no es otra cosa que ser privado de la vida. Cuando el alma ve que toda determinación pone la eterna imagen como diversa y la separa de la unidad, el espíritu hace morir al yo en favor de su eterno arquetipo; y sobrepasa éste permaneciendo sólo en la unidad divina del ser. Así son «bienaventurados los que han muerto en el Señor».

Nadie puede ser sepultado y bienaventurado en la divinidad antes de haber muerto para Dios con el retorno al arquetipo. Nuestra fe dice: «Cristo resucitó de entre los muertos». Cristo resucitó, de Dios, a la divinidad, a la unidad de la esencia divina. Lo mismo que el alma de Cristo, así también todas las almas racionales, porque, muertas a su eterno arquetipo, nacen, de esta muerte, a la divinidad, y gozan de todos los bienes: la entera plenitud de la esencia divina en la cual el espíritu es bienaventurado.

La bienaventuranza como nada

Escuchad ahora la conquista de la bienaventuranza. Dios es bienaventurado sólo en sí mismo, y todas las criaturas que él quiere hacer bienaventuradas deben serlo en la misma bienaventuranza y del mismo modo que Dios. Recordad que en esta unidad el espíritu va por encima de todos los seres, del propio ser eterno, del mundo creado, de toda igualdad que en la propia imagen eterna tiene con el Padre, y con el Padre se abandona a la unidad de la esencia divina en la cual Dios se concibe como pura simplicidad.

Al sentir esto, el espíritu ya no sigue siendo criatura, ya que él mismo es la bienaventuranza; es unidad de esencia y de sustancia con la divinidad; a un tiempo bienaventuranza suya y de todas las criaturas. Sí, lo afirmo: aun admitiendo que Dios hiciese lo que no puede y concediese al espíritu la posibilidad de experimentar la bienaventuranza en su plenitud sin que dejara, empero, de ser criatura, no sería posible que Dios siguiese siendo para el espíritu Dios, y que, al mismo tiempo, el espíritu fuese o siguiese siendo bienaventurado.

Quien estuviese en el cielo y viese a todos los santos, cada uno según su propia bienaventuranza, no sabría nada de ellos, sino sólo de Dios. Bienaventuranza es siempre Dios, y quien quiera que sea bienaventurado, al sentir bienaventuranza es Dios, su divina esencia, su sustancia misma. Dice san Pablo: «Quien sostiene que es algo no siendo nada, se engaña a sí mismo». Al experimentar la bienaventuranza, el hombre se hace nada, y todo lo creado se hace también nada. En relación con eso dice el óptimo Dionisio: «Señor, guíame allí donde eres nada». Eso significa: guíame allí donde tú te elevas más allá de todo entendimiento creado. «Dios», añade san Pablo, «habita en una luz que nadie puede penetrar». Es decir, Dios no puede ser conocido con ninguna luz creada.

«Dios es nada», decía Dionisio. Lo mismo decía también Agustín con las palabras «Dios es todo»; lo cual quiere decir que en El hay nada. Y cuando Dionisio dice: «Dios es nada», quiere decir que no hay cosa alguna en El.
Por tanto, el espíritu debe alejarse de las cosas y de las entidades, de las formas y de toda actividad formativa, y hasta del ser en su misma determinación: entonces brotará en él su plena bienaventuranza, la cual, como esencia, no pertenece más que al entendimiento creador.

He dicho que ya en esta vida un hombre puede contemplar a Dios con la misma perfección, y ser feliz precisamente del mismo modo, que después de esta vida, lo cual, no obstante, a muchos podrá parecerles sorprendente. Es preciso, pues, esforzarse en comprender. El entendimiento creador nace de la verdad eterna e implica racionalmente en sí todo cuanto Dios comprende en sí. E igualmente este noble y divino entendimiento creador se comprende a sí mismo, solo consigo, como Dios. En su nacer (en cuanto a su contenido de ser) no es más que pura y únicamente Dios; cuando, en cambio, pasa a propiedad y singularidad es «criatura». Este entendimiento es ahora en nosotros tan absolutamente luminoso como después de la existencia actual.

Se podría preguntar, pues: ¿qué diferencia hay entre esta vida y la futura? Respondo. Este entendimiento que tiene la bienaventuranza precisamente como la tiene Dios, está ahora escondido en nosotros. Nuestra

presente aquí abajo está en su conjunto orientada a hacernos conscientes de Dios y de todas las cosas como de puras posibilidades. Después de esta vida, liberados ya del cuerpo, todo lo que es solamente posible se transformará en la realidad plena de la bienaventuranza, propia del entendimiento creador. Tal «transfiguración» no hará la bienaventuranza más completa de lo que ya sea, pues el entendimiento creador no puede aumentar en nosotros, ni puede recibir más de lo que ya tenga por naturaleza. Así, cuando lleguemos a ser para siempre bienaventurados, irá desapareciendo toda pura posibilidad, y experimentaremos la bienaventuranza como actual, del mismo modo que el ser divino.

Eso, pues, quiso decir David con las palabras: «¡Señor, en tu luz veremos la luz!». Con la esencia divina, toda la perfección llegará a ser nuestra; en eso sólo consiste toda nuestra bienaventuranza, aquí como don de gracia, allá arriba como plena posesión de la esencia.

DE «EL NACIMIENTO ETERNO»

[I, 1] Sostengo que, si en Dios hay algo que quieras llamar «ser», dicho ser se debe entender como «conocer».

Además: el principio no es nunca lo principiado, lo mismo que el punto no es nunca línea. Por eso Dios, siendo principio del ser o del ente, no es ente ni es el ser de la criatura: lo que es en la criatura no es en absoluto en Dios sino como en su causa, y no es en él formalmente. Por eso, si el ser conviene a las criaturas, no está en Dios sino como en la causa: por eso en Dios no está el ser, sino la pureza del ser. Lo mismo que, cuando de noche a alguno que quiere permanecer desconocido y no decir su nombre se le pregunta: «¿Quién eres?», responde: «Yo soy quien soy»; así el Señor, queriendo manifestar que la pureza del ser está en él, dijo: «Yo soy el que soy» (Ex 3,14). No dijo simplemente: «Yo soy», sino que añadió: «el que soy». Pues a Dios no conviene el ser, a menos que llames ser a tal pureza.

Además: la piedra en potencia no es piedra, ni la piedra en su causa es piedra; por eso el ente en su causa no es ente. Si Dios es la causa universal del ente, nada de lo que está en Dios tiene valor de ente, sino que tiene valor de entendimiento y de conocimiento, lo mismo que pertenece a la naturaleza del ente el ser causado; y en el acto de conocimiento están virtual-mente contenidas todas las cosas como en la causa suprema de todas ellas.

[2] ...Un solo Dios es, con tal que las palabras se entiendan así: Dios es uno. Muy convenientemente Proclo y el *Líber de causis*^ designan a menudo a Dios con el nombre de uno o de unidad. Además: ese «uno» es negación de la negación, y por eso pertenece sólo al ser primero y perfecto, cual es Dios, del que nada se puede negar por el hecho de que posee de antemano e incluye todo el ser...

[3] Observa finalmente que a Dios no se le debe rezar para que nos infunda la luz de su gracia, ni por otra cosa semejante, sino que se le debe rezar para ser dignos de recibirlo. Porque Dios da siempre o nunca, da a todos o a ninguno...

[5] El alma está íntegra e indivisa en el pie lo mismo que en el ojo y en cada miembro. Si tomo un período de tiempo, éste puede ser el día de hoy o el de mañana. Pero si considero el *ahora,* éste contiene en sí todo el tiempo. El *ahora,* en el que Dios creó el mundo, es un tiempo tan próximo como este momento en el que os hablo; y el último día está tan próximo a él como el ayer...

Dice un maestro que Dios es algo que opera, indiviso, en sí mismo en la eternidad, que no tiene necesidad de la ayuda de nadie, ni de instrumentos, y subsiste en sí mismo, que de nada tiene necesidad y del cual todas las cosas tienen necesidad y al cual tienden todas como a su último fin. Dicho fin no tiene ninguna determinación, escapa a toda delimitación y se pierde en el infinito. San Bernardo dice: «Amar a Dios es un modo sin delimitación»...[4]

Dios no es ni ser ni bondad. La bondad es inherente al ser, y no se extiende más que el ser: si el ser no fuese, tampoco sería la bondad; el ser, en cambio, es cosa más pura que la bondad. Dios no es bueno, ni mejor, ni óptimo. Quien dijese que Dios es bueno le haría agravio, lo mismo que quien calificase de negro al Sol.

Sin embargo, Dios dice: «Nadie es bueno, sino sólo Dios» (Me 10,18). ¿Qué significa «bueno»? Es bueno lo que se hace común a los demás. Nosotros llamamos bueno al hombre que se prodiga y es útil. Por eso un maestro pagano dice que un solitario no es ni bueno ni malo, porque no se prodiga por los demás ni se hace útil. Pero Dios es lo que más se participa. Ningún ser forma parte del suyo, porque todas las criaturas en sí mismas son nada. Lo que participan lo reciben de otros. Y tampoco se dan a sí mismas. El Sol difunde su luz y, sin embargo, permanece en su puesto; el fuego

3. Obra pseudoaristotética, atribuida a Alfarabi (Roma, E. Orth, 1938).
4. Bernardo de Claraval, *De diligendo Deo,* I, **1.**

expande su calor y, sin embargo, permanece fuego; pero Dios forma parte de lo suyo porque el es para si mismo lo que es, y en todos los dones que hace se da sobre todo a si mismo. El se da como Dios, tal cual es en todos sus dones y en la manera en que es en aquel que puede recibirlo. Dice Santiago: «Toda dadiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces» (St 1,17).

[II, 1] Cuando el hombre abandona en la entrega lo propio, Dios debe tomar su puesto, pues, si uno no cuida de si, precisa que Dios piense en el como en si mismo. Si me pongo voluntariamente en las manos de mi superior y no me preocupo de mi mismo, Dios debe proveer por mi, y si el de algun modo me pierde, tambien se pierde a si mismo. Por tanto: si en todas las cosas no quiero yo nada para mi, Dios quiere en mi lugar. Ahora observa: ([que quiere el para mi, si yo para mi no quiero nada? Cuando yo renuncio a mi mismo, el debe necesariamente querer para mi todo lo que quiere para si, ni mas ni menos, y con el mismo fervor con que lo quiere para si. Y si no lo hiciese —como es verdadero Dios—, no seria ni justo ni bueno, segun su natural esencia.

No se encontrara nunca quien con verdadera entrega diga: «Quiero de este o aquel modo», o «esto o aquello», sino una absoluta renuncia a lo propio. Por eso en la mejor oracion que el hombre pueda elevar, no debe decir nunca: «Dame esta virtud o esa disposicion», ni: «Dame, Seiior, a ti mismo» o «la vida eterna», sino: «Senor, dame solo lo que quieres tu, y haz, Senor, lo que quieres y como lo quieres, del modo que sea». La segunda oracion es superior a la primera como el cielo a la tierra, y quien ha orado de esta manera ha orado bien. Con verdadera entrega, el hombre ha pa-sado entonces entero a Dios. Y lo mismo que esa verdadera entrega no debe admitir un «quiero asi», de igual modo no soporta un «no quiero», pues un «no quiero» es veneno para toda entrega...

Desde luego, el hombre verdaderamente absorbido por el amor de Dios tampoco deberia querer que el pecado en el cual cae no hubiese sucedido;
o porque esto sea algo contrario a Dios, sino porque estes ligado a el por un mayor amor y te sientas mas pequeno y mas humilde que cuando obraste contra Dios. Pero debes confiar en que el no te lo habria impuesto sino por querer sacar de el lo mejor para ti. Pero si el hombre se ha levantado total-men te del pecado y se ha alejado de el, el benigno Dios hace como si el hombre no hubiese caido nunca, y no quiere que ni por un instante expie este sus culpas: aun cuando fuesen mas numerosas que las cometidas nunca por la Humanidad entera, Dios no querra hacerle expiar nada: le manten-

dra su familiaridad, que nunca ha concedido a criatura mortal. Si lo en-cuentra ahora bien dispuesto, no se cuida de lo que antes fue. Dios es un Dios del presente: tal como te encuentra te toma y te deja. No pregunta lo que fuiste, sino lo que eres ahora. Todas las ofensas y afrentas que se aca-rrean a Dios con el pecado, el las perdona, y las ha perdonado de buen grado durante muchos anos, con tal de que el hombre llegue a un gran co-nocimiento de su amor y a un afecto y gratitud mucho mas fuertes, a un celo mucho mas ferviente, como sucede a menudo y facilmente tras el pecado.

Con este fin concede y ha concedido Dios a menudo la desgracia del pecado, que alcanza de repente precisamente a aquellos hombres que el quiso destinar a grandes cosas...

Aprended gozosamente todo de Dios y seguidlo, y os ira bien: con esa disposition interior se pueden acoger honores y comodidades. Pero si ca-yesen sobre nosotros verguenzas y sufrimientos, tambien deberiamos so-portarlos, y soportarlos de buen grado. Con la plena conciencia del justo pueden comer buenos alimentos quienes estarian dispuestos a ayunar.

Esta es la razon por la cual Dios dispensa (a veces) a sus amigos de mu-chos y graves dolores: de otro modo su bondad infinita no lo concederia. Justamente porque en el sufrimiento se encuentra una bendicion tan grande, no pertenece a su naturaleza escatimar en las cosas buenas; el se contenta con un querer bueno y recto, de otro modo no ahorraria dolor al-guno precisamente por esa infinita utilidad que en el dolor reside.

Por eso, si Dios se contenta con ello, date por satisfecho tambien tu; y si le place en ti otra cosa, estate tambien contento. El hombre debe estar unido intimamente a Dios en todo su querer, de manera que no debe preocuparse ni de metodos ni de obras. Y especialmente debes evitar toda singularidad, sea en el vestir como en el comer, en el hablar —por ejemplo siendo gran-dilocuente— como en el asumir actitudes extraordinarias que no llevan con-sigo provecho alguno. Debes saber, no obstante, que no te esta prohibida toda singularidad. Pero hay mucho de singular que es preciso frenar en mu-chas circunstancias y en muchas personas: en efecto, quien es singular tambien debe hacer cosas singulares muchas veces, en muchos modos...

[2] Un hombre bueno debe tener tanta fe y confianza en Dios, y cono-cerlo tan bien, que crea que Dios, en su bondad y su amor, no puede per-mitir que a el le suceda ningun mal ni sufrimiento, sino que con ese mal quiere ahorrarle otro mayor, o concederle ya sobre la tierra una consolation mayor, o realizar con eso algo mucho mejor, para que su gloria se haga mas grande. Y, sin embargo, como quiera que sea, basta que se cumpla lo que Dios quiere. Asi la voluntad del hombre bueno debe hacerse una con la vo-luntad de

Dios e identificarse con ella de manera que quiera lo que ella quiere, aunque fuese su dano, e incluso su propia condenacion. Por eso san Pablo desea ser separado de Dios por amor de Dios y en su honor (Rm 9,3).

Un hombre verdaderamente perfecto debe acostumbrarse a la muerte, salir de si y transformarse de tal modo en Dios, que su bienaventuranza sea solo no saber ya nada de si ni de ninguna otra cosa, sino solo de Dios, no conocer otro querer que el querer de Dios y conocer a Dios como Dios lo conoce, segun lo que dice san Pablo (1 Co 13,12). Dios conoce todo lo que conoce y ama todo lo que ama solo en si mismo y por amor de si mismo. Y nuestro Senor dice que la vida eterna es conocer solo a Dios (Jn 17,3).

Por eso los maestros ensenan que los bienaventurados en el reino de los cielos no conocen las criaturas en sus imagenes de criaturas, sino en el unico ejemplar que es Dios y en el cual Dios conoce, ama y quiere a si mismo y todas las cosas. Este Dios nos ensefia a pedir en nuestra oracion, cuando decimos: «Padre nuestro, que estas en el cielo, santificado sea tu nombre»; a ti solo quiero reconocer. «Venga tu reino»: no tengo, no de-seo, no conozco sino tu riqueza. Por eso dice el Evangelio; «Bienaventu-rados los pobres de espiritu», es decir, la pobreza del querer. «Hagase tu voluntad en la tierra», es decir, en nosotros, «como en el cielo», como en Dios mismo. Un hombre semejante es tan conforme e identico a Dios, que quiere todo cuanto Dios quiere y en la manera en que Dios lo quiere. Por eso, si Dios quiere que yo de algiin modo tenga pecado, no deberia querer yo no haber pecado. Asi el querer de Dios se cumple sobre la tierra, es decir, en el mal, como en el cielo, es decir, en el bien. Asi el hombre quiere estar privado de Dios por amor de Dios y estar lejos de el por amor suyo. Solo este es el recto arrepentimiento de sus pecados, en cuanto es afliccion sin dolor. Tambien Dios recibe por todos los males afliccion sin dolor. Afliccion y grandisima afliccion siento yo por el pecado, y no que-rria cometer pecado por nada del mundo, aun cuando debieran ser mios eternamente mil mundos; pero la afliccion sin dolor la recibo y la alcanzo en la voluntad y de la voluntad de Dios: solo esta afliccion es perfecta, porque procede y brota del puro amor de la purisima bondad y alegria di-vina. De este modo se verifica y se prueba lo que he dicho en este librito: que el hombre bueno, como tal, participa de todas las propiedades de la bondad misma que es Dios...

Dice san Agustin: «Derrama fuera para ser colmado; aprende a no amar, si quieres aprender a amar, encaminate alia para ser encaminado aqui». Precisamente: lo que debe acoger y recibir, debe necesariamente estar vacio. Los maestros nos dicen que el ojo no percibiria los colores, ni

en si ni en las cosas, si cuando conoce tuviese un color en si mismo: ve todos los colores justamente porque esta privado de todo color. La pared tiene un color y por eso no siente ni el color propio ni ningun otro, ni siente mas placer por un color dorado, que por uno negro como el carbon. El ojo no lo tiene, y por eso lo tiene verdaderamente, pues lo conoce con alegria y con placer.

Y asi, cuanto mas puras y mas libres son las facultades del alma, tanto mas libre y ampliamente acoge ella lo que recibe y acoge, tanto mayor es su alegria, tanto mas una se hace con lo que recibe, hasta que su facultad mas alta, vacia de todas las cosas y desvinculada de cualquier relation, no acoge ya nada sino a Dios mismo en su esencia desnuda. Y afirman los maestros que nada se puede comparar a esta union, a este florecimiento, a esta alegria. Y nuestro Senor dice en el Evangelio una cosa importantisima: «Bienaventurados son los pobres de espiritu» (Mt 5,3). Pobre es aquel que no posee y es pobre de espiritu.

Comprendase, pues, que, lo mismo que el ojo es pobre y esta privado de todo color, y por eso puede recibirlos todos, asi quien es pobre de espiritu es capaz de acoger todos los espiritus y todo el espiritu. Dios es un espiritu, y fruto del espiritu es el amor, la paz y la alegria. La desnudez, la pobreza, el no tener nada, el estar vacio, invierte la naturaleza: un espacio vacio de aire hace subir el agua y realiza otras maravillas de las que no co-rresponde hablar ahora.

Si quieres encontrar en Dios todo consuelo y toda alegria, procura li-berarte de las criaturas y sus consolaciones. Sin duda, mientras pienses que las criaturas pueden consolarte, no encontraras verdadera consolation. Pero si nada puede consolarte, sino Dios, el te consolara verdaderamente, y con el y en el todo lo que es gozoso. Si te consuela lo que no es Dios, no tienes ya ni lo uno ni lo otro; pero si la criatura ya no te consuela ni agrada, encontraras ambas cosas, tanto lo uno como lo otro.

Si el hombre fuese capaz de vaciar completamente una copa y de man-tenerla vacia de todo lo que puede Uenarla, incluso del aire, sin duda la copa se despojaria de su naturaleza, y el vacio la llevaria hasta el cielo. Asi el estar desnuda, pobre y vacia de toda cosa creada lleva al alma hasta Dios, a Dios...

Dios ama por si mismo y hace todo por si mismo: es decir, ama por amar, obra por obrar. Indudablemente, Dios no habria engendrado desde la eternidad a su Hijo unigenito, si su nacimiento no fuese un nacer pe-renne. Por eso, dicen los santos, el Hijo es engendrado eternamente, pero solo para ser engendrado sin interruption.

Dios tampoco habria creado el mundo, si el ser creado excluyese el crear: el creo el mundo de manera que lo crea siempre, sin interruption. Todo lo que es pasado y futuro resulta extrano y lejano respecto a Dios...

[6] Si yo fuese tan inteligente, que todas las imagenes estuvieran en mi pensamiento, todas las imagenes que los hombres ya acogieron en si y que estan en Dios mismo, si yo, sin embargo, no las considerase propiedad mia ni permaneciese apegado a ellas con mi hacer y mi no hacer, ni a su pasado ni a su futuro, sino que permaneciese, en este momento presente, libre y desligado, dispuesto a cumplir, sin dilation, la dilectisima voluntad de Dios, en verdad seria yo virgen, y todas las imagenes no me servirian de impedimento, como sucedia precisamente cuando todavia no lo era.

Digo, sin embargo, que esta virginidad no priva en absoluto al hombre de todas las obras que este ha realizado ya: el se yergue puro y libre de todo impedimento de pensamientos intelectuales, lo mismo que es libre y desligado Jesus, y puro en si mismo. Y como los maestros dicen que lo seme-jante y solo lo semejante es el camino para llegar a ser uno, tambien el hombre debe ser virgen y puro, y acoger en si la pureza de Jesus.

Observad ahora y mirad con atencion: quien es virgen no da fruto; para fructificar es preciso que necesariamente se convierta en mujer. «Mu-jer» es el nombre mas noble que se puede dar al alma, mucho mas noble que el nombre de «virgen». Que el hombre acoja en si a Dios es bueno, y en ese acogimiento es virgen; pero que Dios fructifique en el es mejor. La fecundidad de los dones es solamente agradecimiento por ellos, y un alma es mujer en su renovado reconocimiento cuando engendra de nuevo al di-vino Jesus en el corazon del Padre.

BEATO ENRIQUE SUSO

Heinrich Seuse nacio en Constanza o en Uberlingen (Suabia) en torno a 1295. A los trece afios era ya dominico en Constanza. Escribio el *Bitch-lein der ewigen Weisheit* en aleman, reelaborado en latin con el titulo de *Horologium Sapientiae.* Con *Biichlein der Wahrheit* combatio a los begar-dos y los Hermanos del Libre Espiritu. Pero en 1326 fue acusado de here-jia y perseguido. Compuso entonces oralmente su *Vida,* transcrita por las monjas dirigidas por el. Murio en Ulm en 1365. Fue beatificado en 1831.
La union descrita por Suso actua de modo que «la esencia del alma este unida a la esencia de la nada, y las potencias del alma a los actos de la nada, a los actos que la nada obra en si misma».

DEL «LIBRO DE LA SABIDURIA ETERNA»

Lo que acontecio antes de la crucifixion

RESPUESTA DE LA SABIDURLA ETERNA: No tengas miedo de seguir mis dolores; quien se ha absorbido en Dios hasta el punto de que los sufri-mientos le resultan leves, ya no tiene que lamentarse. Mas que todos manifiesta tomar a pecho mis sufrimientos aquel que sabe soportarlos conmigo, demostrandolo con las obras. Un corazon limpio de amor mudable y no engravecido por nada, que sigue sin impedimentos y con firme solicitud los acontecimientos de mi vida ejemplar, me es mas caro que aquel que siempre me compadece y que derrama por mis martires tantas lagrimas cuantas son las gotas de agua llovidas del cielo; porque yo sufri esta amarga muerte para ser imitado —aun cuando tambien las lagrimas me son caras y gratas.

Como el alma se arrepiente sinceramente
y perdona dulcemente al pie de la cruz

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA AL SIERVO: ...Dateme espontanea-mente tu y lo que es tuyo, y no me lo vuelvas a quitar nunca mas: no toques nada que no sea necesario: entonces tus manos estaran en rea-lidad clavadas a mi cruz; acercate con alegria a las buenas obras y mantente en ellas tenazmente: entonces estara clavado a la cruz tu pie izquierdo; consolida y refuerza en mi tu amor mudable y tus disperses pensamientos: asi estara clavado a la cruz tu pie derecho. No dejes que tus fuerzas espirituales y corporales se enflaquezcan en la tibieza, sino abrelas y extiendelas a mi servicio a imagen de mis brazos. Fatiga a menudo tu debil cuerpo en los ejercicios espirituales para alabanza de mi cuerpo divino, hasta que no tenga ya fuerza para satisfacer sus an-helos. Muchos dolores desconocidos te ligan a los apretados ejes de mi cruz, para que tu te vuelvas con ellos amoroso y sangrante como yo. La languidez de tu naturaleza me hara reflorecer, tus tribulaciones so-portadas de buen grado prepararan un mullido lecho a mi cansada es-palda, tu fuerte resistencia a los pecados dara alivio a mi espiritu, tu piadoso corazon endulzara mis sufrimientos, y tu corazon en llamas encendera mi corazon lleno de amor.

Como es enganoso el amor del mundo
y como esta lleno de amor Dios

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Quieren evitar [sobre la tierra] las ad-versidades y los dolores que provienen de mi, y caen de lleno en ellos; y cuando no quieren llevarme a mi, el bien eterno, ni mi dulce yugo, se ven abrumados con muchas y pesadas cargas, segun el decreto de mi severa justicia. Temen la escarcha y caen en la nieve.

EL SIERVO: Ea, dilectisima Sabiduria piadosa, considera que nadie puede hacer nada sin tu fuerza. No veo para ellos ningun otro auxilio, sino que alcen a ti sus ojos miseros y caigan a tus piadosos pies con lagrimas amargas, brotadas de sus corazones, para que tu los ilumines y los li-beres de las pesadas prisiones que los tienen fuertemente atados.

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Estoy siempre dispuesta a ayudarles; no les abandono yo, son ellos lo que me dejan.

EL SIERVO: Senor, duele cuando la persona amada se separa del amante.

EL SIERVO: Oh Senor, es penoso dejar las viejas costumbres. RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Todavia mas penoso sera sufrir los martirios futuros.

EL SIERVO: Senor, quizas estan ordenados de manera que se vuelven inocuos.

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Yo era el ser mejor ordenado y, sin embargo, el menos amado. ^Como puede ser ordenado lo que por su naturaleza turba el corazon, confunde el espiritu, aleja de la interiori-dad y quita la paz del corazon? Eso derriba las puertas tras las cuales esta escondida la vida divina: los cinco sentidos. Impide la circunspec-cion y lleva consigo la temeridad, la impiedad y el alejamiento de Dios, la tibieza del hombre interior y la pereza del exterior.

EL SIERVO: Senor, si lo que ellos aman tiene tambien el aspecto de la vida espiritual, no creen poder recibir de ello tanto perjuicio.

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Tambien el ojo agudo es a veces ofuscado, tanto por la blanca harina, como por la palida ceniza. Mira, <hubo nunca presencia de hombre tan inocua como la mia junto a mis queridos apostoles? No habia entre nosotros ni una palabra inutil, ni un gesto perezoso; no se comenzaba en lo alto del espiritu, ni se aca-baba en la profundidad de las palabras infinitas; no habia otra cosa sino una recta seriedad y la pura verdad sin sombra de falsia. Sin embargo, quedaron privados de mi querida presencia corporal antes de

estar maduros para acoger el espiritu. jPiensa, pues, que dano debe se-guirse entonces de la convivencia humana! Antes de que uno los con-duzca a lo interior, millares los Uevaran a lo exterior; antes de ser guia-dos una sola vez por la buena doctrina, seran seducidos largo tiempo por los malos ejemplos. Por decirtelo brevemente: lo mismo que la fria escarcha de marzo echa a perder y destruye la deliciosa floracion de los huertos, asi el amor pasajero destruye toda seriedad divina y toda dis-ciplina espiritual. Y si albergas aun alguna duda a este respecto, mira los bellos vinedos florecientes, que tan jovialmente estaban antes en su primera floracion y que ahora estan palidos y desnudos, de suerte que apenas se siente su ferviente seriedad y su gran devotion. Pero el mal irreparable nace porque lo que destruye ocultamente la bienaventu-ranza espiritual se convierte en habito y costumbre espiritual. Esto es tanto mas dariino, cuanto mas inocuo parece. Mas de un noble vergel que estaba adornado con esplendidos dones, de suerte que parecia un paraiso celeste en el cual Dios se deleitase en habitar, se ha convertido en un jardin de hierbajos a causa del amor pasajero. Donde antes cre-cian las rosas y los lirios, ahora esta lleno de espinos, de ortigas y de cardos; y donde una vez moraban los santos angeles, hozan los cerdos. j Ay, que dolor en el momento en que se haya de dar cuenta de las pa-labras inutiles, del tiempo perdido, del bien que no se hizo, momento en el cual se leeran publicamente, ante Dios y ante los hombres, todas las palabras inutiles dichas, pensadas o escritas, ocultas o manifiestas, y se conocera su sentido, sin que nada de el permanezca escondido!

Cuan lleno de amor esta Dios

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Mira, yo soy un bien en verdad purisimo, y quien obtiene una sola gotita de mi en esta vida presente en-contrara amarga toda alegria y voluptuosidad del mundo, y los bienes y honores le pareceran reprobables y despreciables. Ellos, mis dilectos, seran circuncidados por mi dulce amor sin actos de amor ni palabras expresas, y por el seran transportados, como por una corriente des-bordante, al Unico, Uno, liberados, destilados de nuevo en el Bien de donde manaron. Mi corazon tambien sabe quitar la pesada cargadel pecado del corazon de aquellos que estan aun al principio, sabe darles un animo libre, benevolo y puro, e instilar en ellos un espiritu limpio e inmune a las penas. Dime, ^hay algo en el mundo que pueda compensar

eso? El mundo entero no sabria contrapesar un corazon semejante, pues el hombre que me da solo a mi su corazon vive en la alegria, muere en la certeza y posee el reino de los cielos aqui abajo y alia arriba eternamente...

EL SIERVO: ...Seiior, la comunion en el amor es como el agua en el fuego: Senor, sabes que el verdadero amor ferviente no soporta la separation. Oh carisimo y unico Seiior de mi corazon y de mi alma, por eso mi corazon anhela profundamente gozar de tu amor y tu cortesia de modo particular, y quiere que tus ojos divinos sientan por mi un deleite y de-seo particulares. Oh Seiior, tienes muchos corazones que te aman, que te adoran profundamente y que pueden mucho junto a ti; ahora bien, caro Seiior dilecto, ^cual sera mi parte?

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Soy un amante que no se espanta de la soledad ni se mezcla con la muchedumbre. Soy solicito solamente contigo y de ti solo me cuido, dandome amorosa y enteramente a ti y llevando a cabo cuanto te corresponde como si no tuviese que cui-darme de otros, sino de ti solamente.

Por que se aleja de sus amigos despues de la delicia del corazon y en que se reconoce su verdadera presencia

RESPUESTA DEL SIERVO: ...Cuando soy abandonado por ti, mi alma esta como el enfermo que no encuentra gusto en alimento alguno, y al que todas las cosas le causan tedio. El cuerpo es perezoso, el espiritu, pe-sado; el interior esta todo convulso, y el exterior, triste. Todo lo que veo y siento me resulta tedioso, aun cuando sepa que es bueno —porque he perdido todo apoyo—. Entonces soy tierno para mis vicios, debil en la resistencia a los enemigos, frio e indiferente hacia todas las cosas buenas. Quien viene a mi entonces encuentra la casa desierta, pues el dueiio que sabe dar consejo en toda eventualidad, y que hace el bie-nestar de la familia entera, esta ausente. Pero, oh Seiior, cuando la clara estrella matutina sale en mi animo, todo dolor pasa, mi corazon rie, mi espiritu esta contento y mi alma se alegra; me pongo entero de humor festivo, y todo lo que esta en mi o conmigo se transforma en alabanza tuya. Todo lo que era pesado y fatigoso, y que no se dejaba dominar, se vuelve ligero y dulce: el ayuno, la vigilia, la oracion, el sufrimiento, la renuncia y toda fatiga desaparecen ante tu presencia. Adquiero entonces un gran coraje, que en el abandono me Uego a faltar. El alma se me

queda toda cubierta de claridad, verdad y dulzura, hasta el punto de olvidar toda pena. El corazon Uega a sumergirse en una dulce contemplation, la lengua sabe cantar tus alabanzas, todas las cosas se dejan hacer con facilidad, y quien busca encuentra un buen consejo para todo lo que desea. Entonces me siento como si hubiese superado el tiempo y el espacio y como si me encontrase en el atrio de la eterna bienaven-turanza. jOh Seiior, que hermoso seria si esto durase por mucho tiempo! Porque de repente todo desaparece, y quedo desnudo y aban-donado, hasta que, tras muchas angustias, regresa nuevamente. Oh Seiior, ^eres tu eso o lo soy yo?, (ique es, en suma?

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Tu no eres otra cosa, ni tienes otra cosa en ti, que defecto; soy yo eso, y eso es el juego del amor.

EL SIERVO: Senor, ^que es el juego del amor?

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Mientras el amado esta junto a la amante, esta no sabe cuan caro le es aquel; pero cuando el amado se aleja de su lado, ella se da cuenta de cuanto lo queria.

EL SIERVO: ;Oh Senor, este es un juego muy dificil! Oh Seiior, ¿no hay nadie que pueda librarse de esa mudanza durante su vida?

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Pocos hay de esos, pues la constancia pertenece a la eternidad.

EL SIERVO: *¿Y* quienes son esos hombres?

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Los mas puros, los que mas se asemejan a la eternidad. EL SIERVO: Seiior, *¿y* quienes son esos?

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Son los hombres que han superado con el mayor celo posible lo que los separa de mi. EL SIERVO: Senor dilecto, ensename como debo comportarme ante eso en mi imperfection.

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: En los dias buenos ten presente los malos, y no olvides los dias buenos en los malos; entonces no podran causarte daiio, ni la presuncion durante mi presencia, ni la melancolia en el abandono. Si por tu debilidad no sabes renunciar siempre y de buen grado a la presencia, esperame con paciencia y buscame con amor.

EL SIERVO: ¡Ay de mi, Seiior, la larga espera es muy dolorosa!

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Quien quiera poseer a un ser amado debe soportar el bien y el mal. No basta darme una parte del dia; quien quiere indagar lo intimo de Dios, escuchar sus palabras secretas y com-prender sus pensamientos ocultos, debe ser capaz de una continua interioridad.

¡Vaya, como dejas vagar incautamente tus ojos y tu corazon, mientras tienes ante ti, no obstante, la deliciosa imagen eterna, que no se aleja de ti ni por un instante! ;C6mo te olvidas completamente, mientras el Bien eterno te circunda totalmente con su presencia! *lQu€* busca el alma en las pocas exterioridades, contenidas tan ocultamente en el reino de los cielos?

De la nobleza inconmensurable del sufrimiento temporal

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: ...Si el dolor no doliese tanto, no se llamaria dolor. No hay nada mas doloroso que sufrir, y nada mas alegre que el haber sufrido. El sufrir es un breve sufrimiento y una larga alegria. A quien sufre de buen grado, el sufrimiento no le da ya sufrimiento. Si recibieses tanta dulzura espiritual, consolation y dicha di-vina, que desbordaras continuamente de rocio celeste, no tendrias eso en tanto, ni deberias estar por ello tan agradecido, ni yo me haria tanto tu deudor, como con el sufrimiento amoroso o la equidad en esos tra-bajos que estas sufriendo por amor mio. Antes se vuelven a mi diez hombres en gran placer y jovial dulzura, que no uno solo en pertinaces sufrimientos y contrariedades. Si tuvieses tanta ciencia como todos los astrologos juntos, si pudieses hablar de Dios como todas las lenguas angelicas de los hombres, y poseyeras la riqueza del saber de todos los maestros, ello no podria hacerte progresar tanto por el camino recto como el darte y abandonarte a Dios con todos tus dolores; pues la ciencia y el saber lo tienen en comun los buenos y los malos, mientras que los dolores no corresponden mas que a mis elegidos. Quien supiese confrontar rectamente el tiempo y la eternidad se tenderia durante cien aiios en un horno ardiente, antes que renunciar en la eternidad a la minima recompensa por el minimo dolor; pues este acaba, pero aquella no tiene fin.

EL SIERVO: ¡Oh dulce, amable Senor, que dulce sonido de arpas para el hombre que sufre! Senor, si en mis dolores tu me cantases salmos tan dulces, jlos sufriria de buena gana!

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Para el mundo, el dolor es una ab-yeccion; para mi es una magnificencia inconmensurable. El sufrimiento me hace querer al hombre, pues el hombre que sufre se me asemeja. El sufrimiento es un bien escondido, que nadie puede pagar; y si un hombre estuviese ante mi de rodillas durante cien aiios para que le fuera

concedido un solo sufrimiento, todavia no lo habria ganado. El hace del hombre terreno un hombre celestial. El sufrimiento lleva consigo el desapego del mundo y la intimidad continua conmigo. Aquel al que acojo amigablemente debe estar reprobado y abandonado por el mundo. [El sufrimiento] es el camino mas seguro, mas corto y mas cer-cano. Mira, quien supiese cuan util es el sufrimiento debiera recibirlo de manos de Dios como un don precioso. jVaya!, mas de uno era hijo de la muerte eterna, estaba dormido con un sueno profundo, y el sufrimiento lo levanto y animo a un camino recto. El sufrimiento man-tiene el animo en la humildad y ensena la paciencia; es el guardian de la pureza y lleva consigo la corona de la eterna bienaventuranza. Difi-cilmente habra un hombre al que el sufrimiento no le aporte algun bien, sea en los pecados, sea al comienzo [del camino recto], en el pro-greso o en la perfection, pues el purifica el hierro, refina el oro y em-bellece las joyas nobles. El sufrimiento hace retroceder las culpas, abre-via el purgatorio, ahuyenta las tentaciones, destruye el vicio, renueva el espiritu; aporta una esperanza recta, una conciencia pura y un humor constantemente sereno. Sabete que es una bebida sana y una hierba mas saludable que todas las hierbas del paraiso. Mortifica el cuerpo, que no obstante ha de pudrirse, pero alimenta el noble espiritu, que ha de permanecer para siempre. Mira, el alma noble prospera en el sufrimiento, lo mismo que la rosa bella con el dulce rocio de mayo. (fQue sabe quien no ha sufrido? El sufrimiento conduce forzosamente al hombre, quieralo este o no, a Dios. Quien se mantiene sereno en el sufrimiento somete el amor y el dolor, el amigo y el enemigo. Ningiin ca-ballero habil en los torneos ha suscitado tanta admiration, como el es-tupor que invade a los ejercitos celestes al ver al hombre que sabe sufrir. Todos los santos son los coperos del hombre sufriente, pues ellos bien experimentaron [el sufrimiento] y ahora le dicen a una sola voz que es una bebida saludable y sin veneno. La paciencia en el sufrimiento es mas que resucitar a los muertos o hacer otros signos; es el camino estrecho que conduce esplendidamente a la puerta del cielo. El sufrimiento reviste al alma de un habito rosado, purpureo, lleva consigo la roja corona de rosas y el verde cetro de palma; es un rubi res-plandeciente en el collar de una virgen. Canta en la eternidad con dulce voz y libre animo un cantico nuevo que nunca han podido can-tar las huestes angelicas mismas, porque no han experimentado el dolor. Por decirtelo brevemente: los que sufren son llamados miseros por el mundo, pero para mi son bienaventurados, porque son mis elegidos.

Del valor inefable de la contemplacion del sufrimiento divino

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: No contemples a mis martires de pasada y superficialmente, como sin querer, sino con amor cordial y con triste meditation, pues de otro modo el corazon queda poco afectado por la devotion, lo mismo que la boca saborea poco la cana de azucar sin triturar. Si, pese a las amargas penas que sufro, no puedes tu con-templar con ojos llorosos mi sufrimiento, prueba a contemplarlo con corazon risueno por el jovial bien que en el puedes encontrar. Y si no puedes ni reir ni llorar, medita sobre el en mi honor en la sequedad de tu corazon; no habras hecho asi menos que deshaciendote en lagrimas y en dulzura, porque habras obrado asi por amor de la virtud, sin ana-dir a ello tu actitud personal...

EL SIERVO: Caro Senor, enseiiame ahora como debo morir contigo y cual es mi propia cruz, porque, en verdad, Seiior, no quiero ya vivir para mi, si tu has muerto por mi.

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Si te esfuerzas por obrar lo mejor que puedas, si eres escarnecido por los hombres con palabras y gestos, si ellos te aniquilan en sus corazones hasta el punto de pensar que tu no puedes o no osas siquiera vengarte, y si permaneces firme y constante, orando amistosamente por ellos a tu Padre celestial, excusandolos amo-rosamente: cuantas veces mueras asi a ti mismo por mi amor, otras tan-tas prosperara y florecera en ti mi muerte. Si permaneces puro e ino-cente y tus buenas obras son destruidas [por los hombres], de suerte que eres puesto entre los culpables con placer de tu corazon; si estas dispuesto desde lo hondo de tu corazon a perdonar todo mal a los que te atormentan y a los que quieran hacerte expiar, como si no te hubie-ran hecho mal alguno; y si tu les ayudas y socorres con palabras y con obras, como tambien yo perdone a quienes me pusieron sobre la cruz: entonces estaras en verdad crucificado a mi lado. Y si renuncias al amor, a la ayuda y al consuelo de todos los hombres, salvo lo indispensable, tu, desamado, representaras a todos los que me abandonaron en aquella hora.

Como se debe aprender a morir
y cudn dspera es la muerte para quien no se ha preparado a ella

RESPUESTA DEL MORIBUNDO DESAPERCIBIDO: jFelices... los que no mueren inconsciente ni irracionalmente! Los vanos honores, la salud del cuerpo, el amor pasajero y la busqueda afanosa de las necesidades de la vida cie-gan a la muchedumbre. Pero si tu, junto con esos pocos, quieres escapar a la muerte miseranda e imprevista, sigue mi ensenanza. Mira, la conti-nua contemplation de la muerte, el leal socorro que prestas a tu pobre alma, que tan piadosamente te invoca, te llevan a la postre, no solo a ol-vidar todo temor, sino a esperar la muerte con todo el anhelo de tu corazon. Bendito desde el nacimiento quien llega preparado a esa hora, pues le ira bien, por mas amarga que sea su muerte, pues los claros an-geles lo protegen, los santos lo acompaiian, la corte celeste lo acoge y su ultimo viaje se convierte en la entrada en la patria eterna.

Como se debe alabar a Dios siempre e infinitamente

EL SIERVO: Oh Seiior mio dilectisimo, ¿donde encuentro mayor razon para alabarte?

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: En el primer origen de todo bien y en las fuentes que de ahi brotan.

EL SIERVO: Seiior, el origen es demasiado alto para mi, y demasiado ignoto; te alaben tambien en el los espiritus celestes y las almas angelicas, que son como los altos cedros del Libano. No obstante tambien yo, que soy un cardo basto, quiero adelantarme con mi alabanza, para que la vista de mi deseo, que no sera nunca satisfecho, les recuerde la propia mag-nificencia, para que en su limpia claridad surja el deseo de alabarte fer-vientemente, como el cuclillo que incita al canto al ruiseiior. Seiior, hay todavia una cosa que querria saber a proposito de tu alabanza: ^como puedo unir mi bien natural a tu alabanza eterna?

RESPUESTA DE LA SABIDURIA ETERNA: Puesto que ningun hombre vivo sabe a ciencia cierta la diferencia exacta entre la naturaleza y la gracia, y por tanto tu no sabes si el surgir de algo amoroso, jovial o alegre en tu alma se debe a la naturaleza o a la gracia, vuelvete inmediatamente a Dios y ofreceselo a fin de que sirva para alabanza mia, pues yo soy el Seiior de la naturaleza y de la gracia; de ese modo la naturaleza se te convertira en sobrenaturaleza.

JUAN TAULERO

Nacio en torno a 1300 en Estrasburgo y, siendo todavia muy joven, se hizo dominico. Predico, especialmente en comunidades de beguinas, y muchos de sus sermones fueron recogidos. Murio en Estrasburgo en 1361.

DE «EL AMOR LOCO»

;Hijo, es preciso atender mas a menudo a eso, a la luz y al calor! El amor herido debera llevarte a lo intimo de ti. Mientras te mantienes alii, debes moverte, encenderte, tender el arco y dirigirlo hacia el Altisimo. Pero si bajas a las profundidades abismales y Uegas al amor prisionero, pierdete en el amor y en su voluntad: no tienes entonces ningun poder sobre ti mismo, de nada te sirven los pensamientos ni los ejercicios de fuerza, de nada te valen las obras de la virtud.

Pero si se te permite un descanso tan breve que te permita formular un solo pensamiento y te precipitas asi todavia en el amor herido, lanzate in-mediatamente, levantate, reanimate en la lucha con el amor, desea, suplica. violenta el amor. Luego, si no consigues hablar, piensa y desea como dice san Agustin: «Senor, tu me mandas amarte: concedeme lo que me mandas: me ordenas amarte con todo el corazon, con toda el alma, con todas las fuerzas: **j** Senor, concedeme amarte sobre todas las cosas!». Y si estas tan oprimido que no consigues siquiera pensar, dilo al menos con la boca.

Viene despues el amor angustioso; viene en cuarto lugar el amor loco. (iHijo, ahora el amor ha decaido mucho; mucho, en cambio, ha subido la razon! La gente en otro tiempo no era tan racional, ni siquiera cuando se trataba de hacer cuentas o de vender). El amor loco es semejante a una lin-terna. La llama del amor, cuando se manifiesta al hombre, le provoca la subversion de todas sus fuerzas; el hombre suspira deseando el amor y es consciente de tenerlo ya, el amor que devora la medula y devora la sangre.

Procura, pues, no obstaculizar la naturaleza con tus principios exte-riores: cuando el amor deba realizar su obra, no habras de evitarlo, sino que lo seguiras en todos sus borrascosos furores. No obstante, muchos suelen preservarse de tales furores: quieren huir del deshonor del mundo que no forma parte de su vida.

Hijo, cuando llega el amor loco, nada puede el hombre. Entonces viene el Seiior y pronuncia una palabra, mas noble, mas util que las otras cien mil que podrian decir todos los demas hombres. San Dionisio dice: «Cuando es

pronunciada la palabra eterna en el fondo del alma y dicho fondo esta dis-puesto a recibirla hasta hacerla verdaderamente suya en su plenitud, el fondo del alma se hace una sola cosa con la palabra y, aun cuando por su misma esencia mantenga la propia diversidad, esta, sin embargo, unido a ella».

Eso mismo testimonia nuestro Seiior cuando dice: «Padre, que sean uno, como nosotros somos uno» (Jn 17,11), y cuando dice a san Agustin: «Debes ser transformado en mi». Hijo, a este estado se llega solo a traves del camino del amor.

San Juan dice precisamente que es una voz que clama. «Preparad el ca-mino al Senor» (Jn 1,23): el camino de la virtud; «Haced rectas sus sendas» (Mt 3,3): las sendas estan mas cerca que los caminos. Quien tuviese que descubrir las sendas en el trigo deberia fatigarse mucho, y hasta podria perderse. Sin embargo, las sendas, respecto a los caminos igualados y am-plios, acortan mucho el trayecto.

Hijo, quien supiese llegar a las sendas que llevan hasta las profundidades del alma acortaria mucho el camino, con tal que explorase su profundidad solamente y, de modo especial, permaneciese recogido en si, observando con atencion los senderos selvaticos, oscuros, angostos, inexplorados; quien se propusiese en serio esto, no deberia temer adversidades, afanes interiores ni exteriores, ni ningun error comun al hombre; todas las cosas servirian uni-camente para guiarlo a su propio fondo.

Pero los caminos tambien se deben facilitar en el interior, se deben es-tudiar las sendas del espiritu que conducen a Dios, y las que conducen de Dios a nosotros, ya que a menudo son angostas y escondidas. Muchos obran al contrario o buscan ejercitaciones exteriores.

Hijo, cuando el hombre se abandona a la tempestad de amor, no debe reflexionar sobre sus pecados, sobre sus humildades ni sobre ninguna otra cosa, sino solo sobre esto: favorecer al amor en su obra. Debe perderse totalmente en el amor, debe mantenerle fidelidad y permanecer libre de todo aquello que no es amor. Con el perenne y ardiente deseo del amor, con la plena confianza en el, podra experimentar muchas y grandes cosas, como nunca fueron concedidas al hombre. Pero, si su fidelidad no es total, tambien el deseo se amortigua, el amor se apaga y ya nada se ob-tiene. Recuerda bien esto: si te son concedidos todos los demas signos del testimonio, pero no se te concede este, todo esta perdido.

Esto puede parecerte duro; pero el enemigo te concedera de buen grado todo, con tal de que no te sea dado el testimonio del verdadero amor. El enemigo te concedera el amor pasajero. Alguno pensara que denes efectivamente el amor, pero, si te escruta en profundidad, se dara

cuenta de que valor tiene dicho amor. Lo que os falta es esto: no sois ca~ paces de penetrar en vuestra profundidad; si lo fueseis, oiriais a la gracia llamaros sin descanso mas alia de vosotros mismos.

El hombre responde a esa llamada con tanta resistencia, que se hace verdaderamente indigno de ella y la pierde para siempre; y asi lo tira todo por el precipicio por complacencia del propio ser humano. Si, en cambio, el hombre se hiciese obediente a las inspiraciones de la gracia, podria al-canzar una union tal, que le haria gustar ya en el tiempo la eternidad.

Que Dios nos ayude para que eso nos sea concedido a todos. Amen.

DE LAS «PREDICACIONES»

Para el segundo domingo de Adviento

[II] «Ego vox clamantis in deserto», «yo soy la voz del que clama en el desierto» (Jn 1,23); preparad el camino al Senor y haced recta su senda. Tenemos ahora ante nosotros una fiesta jocunda, en la cual el Verbo eterno nace con naturaleza humana, y en la cual el mismo Verbo deberia renacer sin descanso en toda alma santificada. El Verbo esta bastante cercano a la voz. Dijimos ayer como el hombre debe llegar al verdadero desapasiona-mien to, aniquilandose realmente hasta los fundamentos. Quien supiese en-contrar el modo de llegar hasta alii siguiendo la via mas corta y mas cer-cana, y sin errar, seria afortunado. Dicha via es la simplicidad de espiritu. que lleva al desapasionamiento. Se llega a la verdadera simplicidad me-diante el cerramiento de los sentidos, la ausencia de imagenes y el despre-cio de uno mismo. En cada acontecimiento y en cada acto externo es pre-ciso ser duefios de los propios sentidos, pues en realidad los sentidos sacan al hombre fuera de si mismo y llevan hasta el imagenes extranas. Se lee de un padre de santa vida que, debiendo salir de su celda en el mes de mayo, se echo sobre los ojos la capucha del habito. Cuando le preguntaron por que hacia eso, dijo: «Defiendo mis ojos de la vista de los arboles, para no ser impedido en las visiones de mi espiritu».

Oh queridos hijos, si ya la vista del bosque silvestre suponia un impe-dimento para aquel hombre, jcuan perjudicial debe sernos, pues, la varie-dad de las cosas mundanas y frivolas! La segunda cosa que ayuda a alcan-zar la simplicidad es amar a Dios sobre todas las cosas.

Existen tres generos de cosas: las perjudiciales, las vanas y casuales y, finalmente, las buenas en si, que sin embargo provocan error e impedimento.

Las cosas son perjudiciales cuando el hombre atrae a si las criaturas con placer y satisfaction, y cuando juega con ellas o cuando busca solaz en ellas de modo desordenado y pecaminoso. Oh hijos mios, nadie puede decir cuanto dafio procede de alii, pues indudablemente Dios se ve obligado a alejarse, aun cuando tu no hayas querido hacer el mal con las obras: el placer anheloso se posesiona en su propio palacio del que goza, y ensucia la noble vina con un estiercol putrido y hediondo, de manera que quien goza no puede decir de verdad con la esposa del Libro del amor: «Nues-tro lecho esta sembrado de flores y banado de perfumes» (Ct 1,16).

Ahora os hablare de una diferencia. El hombre que ama a Dios y que querria amarlo mas aun, a menudo queda disgustado por las criaturas en su corazon, en su animo y en su humor, y ello le atormenta como la muerte y como una tortura. Pero debe soportarlo con desapasionamiento o, si no hay necesidad de ello, con el amor por todas las criaturas. jOh hijos, cuan feliz seria, felicisimo, el hombre que permaneciera inalterablemente puro: eso seria para el un tesoro purisimo!

Estan, en segundo lugar, las cosas vanas y recordadas casualmente, de las que el hombre no se preocupa mas que del vuelo de los pajaros, o del curso del Rin, y cosas semejantes. Nadie en este mundo puede liberarse enter amente de estos recuerdos; solo hay quien lo hace mil veces mejor que otro. Dice san Bernardo: «Si el corazon esta lleno del amor de Dios, la va-nidad no encuentra lugar en el». Un clavo saca otro clavo: pon en lo pro-fundo del corazon las ensenanzas de las altas cosas divinas para que las cosas infimas sean expulsadas de el y puestas en fuga.

En tercer lugar estan las cosas utiles, pero que llevan al error y al impedimento. Existen personas que tienen tantas tentaciones y tristezas como si fluyese en ellas el Rin, y no pueden tener nunca en el corazon silencio ni paz, porque, si de cuando en cuando se dan exteriormente a la alegria, y quisie-ran permanecer internamente en quietud, les asaltan tantos pensamientos y pesadumbres, que se asemejan a un arbol que este en pleno invierno con todas las hojas al viento, sin poder permanecer quieto. No pueden liberarse de las obras que se han propuesto, y son tan diligentes en su voluntad de realizarlas, que no consiguen estar calmos, ni tener paz en su corazon.

Queridos hijos, la diversidad de las opiniones impide la verdadera unidad del espiritu. Hay algunos que permanecen mudos como peces, y esos pasan primero; pero si los hombres inquietos fuesen constantes, si que-brantasen su naturaleza impetuosa y se hiciesen violencia a si mismos, afe-rrandose y encadenandose, si se aquietaran, llegarian a ser mucho mas nobles de animo que esos otros.

Es preciso que estos hombres entristecidos se contemplen a si mismos sin descanso y en cualquier lugar, para examinarse a fondo y evitar la su-perficialidad. Es preciso que rehuyan el juego y otras exterioridades, si quieren llegar a una vida perfecta, segun la voluntad de Dios. Deben hacer como los piadosos caballeros, que descienden honorablemente al campo, visiblemente dispuestos a la lucha. Es preciso domar y domesticar la naturaleza, superar las imagenes, como si, enredados los cabellos en una cade-nilla, tuviesen que hacerse daiio para liberarse de ella.

Mirad que no os suceda como al alumno que no tiene ganas de estu-diar y se va de paseo durante las clases; el maestro le golpeara con el bas-ton una vez, y otra vez mas, y despues, viendo que eso no sirve para nada. lo dejara aparte para que haga lo que quiera. Asi hace nuestro Seiior con los que escoge en su divina escuela para conducirlos a su intimidad particular, donde se aprende a conocerlo, a amarlo de corazon y a gustar su dulzura. Los escolares son los hombres espirituales; la escuela jocunda, la vida espiritual, en la cual uno queda apartado del mundo y de muchos dolores y lamentos, para poder de verdad amar mas intima y puramente, conocer sin descanso a Dios y a si mismo, y morir completamente a la naturaleza dolorosa, a los sentidos y al mundo: Dios nos mira y nos amonesta, nos cas-tiga, nos golpea; pero, si queremos irnos a jugar de todos modos, el se ale-jara de nosotros, y nos dejara hacer nuestra voluntad. Entonces no seremos ya obligados ni amonestados ni castigados, y caminaremos sin amor, sin gracia, sin Dios, pero contentos y alegres, porque el maestro no nos regana. no nos pega ni se preocupa de nosotros. Oh hijos, entonces nuestra situation sera preocupante y peligrosa. jGuardaos bien de tal cosa! El hombre espiritual debe desear a Dios hasta el punto de olvidarse de si mismo y de todas las criaturas; vemos, en cambio, que los amadores del mundo se pre-ocupan de cosas pasajeras, soportandolo todo por ellas, consolandose de todo mal con la unica finalidad de obtener la posesion de las cosas terre-nas. De ello se aflige nuestro Senor, a saber, de que los hijos de la luz no son siquiera tan sagaces como los hijos de las tinieblas en lo suyo. El hombre espiritual deberia, pues, estar inflamado por el fuego divino, y ser en-teramente divino, externa e internamente, de modo que los demas, al acer-carse a el en cualquier momento, no encuentren en el sino a Dios o una intrepidez fogosa dispuesta a acoger a Dios y su voluntad, de suerte que el corazon mas frio y completamente apagado quede inflamado al acercarse a el, lo mismo que los trozos de carbon frios y muertos se encienden en contacto con un carbon vivo y ardiente, acogiendo luz y calor. Dios obra uramente, y el alma es una luz pura, y seria bueno que el hombre tendiese

a aquello para lo que fue creado, como el agua a la fuente. En cambio. el hombre mezquino se sale siempre de alii y se va a habitar en los sentidos, procurandose con ello enganos y dolores, como dijo la noble voz de Cristo: Dios es un espiritu, y quien lo adora y le habia, debe adorarlo y hablarle en el espiritu y en la verdad, y no en la exterioridad, ni en los sentidos, ni en las imagenes. Con ello no pretendo negar valor a todas las imagenes, mas bien quiero instilaros una imagen: elevaos en vuestra interioridad hasta el corazon del Padre y tomad de ahi la imagen mas alta, eternamente recre-ada e increada por el Padre celeste, cogedla de su abismo divino, entrad mas bien en dicho abismo y llevad la imagen amorosa de alii a vuestro seno, como a un espejo, para que la imagen impregne todas las fuerzas de vuestra alma. Estando parados, caminando, comiendo, bebiendo, dur-miendo, velando, procurad que la imagen amorosa no se aparte de voso-tros ni esencial ni figuradamente. Ateneos a eso, configurad segun esta en-senanza todo vuestro ser y toda vuestra alma, interna y externamente, y obrad como el pintor que quiere hacer el esbozo de un hermoso cuadro: primero estudia cada pincelada de otro cuadro que considera bello, y despues lo reproduce en su tablilla; mirad tambien vosotros asi a la imagen suma y amorosisima segun su naturaleza divina, regresando siempre de nuevo y sin descanso al abismo divino para alcanzar alii todo lo que el re-cibio siempre del Padre, y pintando segun eso vuestra imagen. Mirad la amorosa imagen en su benevola humanidad, observad su humildad y man-sedumbre, pero no con la sola inteligencia, sino mas alia de toda inteligen-cia y con toda inteligencia; y tomad vuestro espejo para examinar con el la fuerza de vuestro corazon. Aun cuando hagais de porteros o esteis ocupa-dos en alguna mision exterior, no dejeis alejarse de vosotros esta imagen amorosa, y comportaos como si estuvieseis sin perturbation alguna en vuestro cuartito o como si estuvieseis en la iglesia. Caminad y hablad como si os encontraseis ante ella; cuando comais, mojad cada bocado en la amorosa sangre de su corazon; cuando bebais, pensad que el apaga vuestra sed en sus santas heridas; cuando durmais, yaced sobre su corazon sangrante; cuando hableis, pensad que el esta cerca de vosotros y oye vuestras palabras, que esta frente a vosotros y ve todos vuestros gestos y opinion; me-ditad de este modo la noble imagen divina.

Que esta os conduzca y os levante fuera y mas alia de la imagen increada, informe, inmota, muda. Los hombres tienen muchas opiniones, pero las diversas opiniones impiden la verdadera union. Una vez, en la edad de oro, dijo un maestro divino: «Observa que obras, actos o ejercicios te conducen mas a menudo y mas facilmente a la imagen increada supraesencial.

y mira de adoptar ese acto como ejercicio constante, hasta que quedes des-figurado en ti mismo y en todas las imagenes, inmerso en el ser divino, mas alia de todas las imagenes». Quiera Dios hacernos llegar a esto. Amen.

Segunda predication de Pascua

[VII] «Rogo, Pater, ut sint unum sicut et nos unum sumus», «Padre, te ruego que sean uno, como nosotros somos uno» (Jn 17,11): asi dijo nuestro amado Senor y Redentor —«pues es necesario»—. Por eso, deje el hombre a su padre y a su madre, y habite en el Uno; es decir, cuando el hombre ha dejado y perdido en Dios todas las cosas y su variedad, interna y externamente, incluso a si mismo, sus sentidos y sus fuerzas, olvidese y vaciese tambien de su padre y de su madre, o sea, de las cosas que engen-draron en el la interioridad. Debe superar la virtud que lo creo, en cuanto consiste en una diferenciacion, en obras y en imagenes; ella debe llegar a ser desimaginada y esencial, y nuevamente imaginada alii donde nacio y de donde salio, alii donde terminan las imagenes y las obras, es decir, en Dios. Pues si en el alma existe la imagen de la virtud, podria estar tambien en ella la imagen del vicio. Si no existiese el amor, no habria odio; si no exis-tiese la soberbia, no se conoceria la humildad; si no hubiese nada bajo, no existiria nada alto. Por eso, si se quiere llegar a ser, en un piano mas ele-vado, totalmente uno con Dios y, por tanto, esencialmente desfigurado, toda diferenciacion y construction debe perecer. Toda imagen se une a una cosa u otra, y todo camino separa; pero, alcanzado el destino, no se tiene ya necesidad de caminos. Nunca llegara la virtud a sernos tan propia, tan verdadera y esencial, como cuando nos desfiguramos en este Uno frente a ella, pues entonces la virtud misma no tendra ya un «aqui» ni un «alli», ni tendra ya la apariencia de buscar un provecho propio, porque obrara desde si misma y por si misma. Nada entendera fuera de si misma, es decir, fuera de Dios, pues Dios es la esencia de toda virtud; dicha esencia hace el bien por el bien, es la razon de si misma, y no conoce otro objetivo fuera del bien, porque es buena. Ama por el amor mismo, es verdadera por la verdad y justa por la justicia...

No se puede hacer lo mismo por cada hombre, y cada uno debe bastar a los que le fueron encomendados para que no se corrompan ni se abando-nen, y solo por esta razon, y no por ser su padre o amigo. El yo debe ser abolido, y debes realizar las obras como las haria por ti un hombre de mas alia de los mares, al que no has visto nunca: asi debes hacerlas con tu padre,

con tus amigos y contigo mismo. Deberas tener el mismo amor, animo e in-clination por cada hombre, aun cuando lo que de ellos recibes a cambio no los iguala en apariencia. Si eres de verdad constante y sales completamente de ti mismo, de suerte que no piensas en tu provecho en cosa alguna, en-traras directamente en la unidad de la que hemos hablado, respecto a todo lo que Dios es o posee; su ser, su poder, su acto llegaran a ser tuyos tanto como suyos, y todo lo que los hombres, los angeles y las criaturas poseen de bienes, alegrias y bienaventuranzas llegara a ser tan tuyo como de ellos, ni mas ni menos; pues si tienen algo de malo o de penoso, ellos se lo quedan; pero si has salido fuera de ti mismo mas que ellos y piensas menos que ellos en lo que es tuyo, en tu utilidad y tu provecho, su bien estara mas en ti que en ellos, y haras de todo ello un uso mas placentero, adecuado y feliz que el de ellos. En realidad, cuanto mas se aparta uno del amor de si mismo y de la voluntad propia, tanto mas entra en la Unidad divina; pero no debe pen-sar tampoco en este bien y utilidad, pues, cuanto menos se piensa en lo propio, tanto mas se lo encuentra. Quien saliese completamente [de si mismo], deberia entrar sin duda y enteramente [en la unidad con Dios], llegando a ser, no solo igual, sino del todo Uno [con el], y todas las cosas serian com-pletamente suyas, porque recibiria todas las cosas, el amor y el dolor, direc-tamente de Dios, sin quedar afectado por la desigualdad en cosa alguna.

Segunda predication de la Ascension

[X] Cinco son las prisiones en las cuales permanece el hombre dura-mente encerrado en esta vida; Cristo nos libera de ellas, cuando nace espi-ritualmente en nosotros.

La primera prision es aquella en la cual el hombre queda apresado por el amor de las criaturas, vivas o muertas, y en particular por el amor humano, que tan cercano esta a la naturaleza, por la igualdad de los hombres. El dafio que de alii se sigue es indecible, y es de dos clases. Algunos hombres se dan cuenta [de sus peligros] y la temen, y sufren por ello penas y temores, con-trariedades y castigos: y esta es la serial de que no han sido abandonados por Dios, pues Dios hace sufrir al hombre dia y noche, cuando come y cuando bebe, y quien no tiene los oidos cerrados y se da cuenta de ello, acabara siendo bienaventurado; pero los demas se sienten libres en esta danina prision, y estan ciegos, sordos y tranquilos; quieren ser justos, realizan muchas buenas obras, cantan, leen, callan, sirven y ruegan para que se apruebe su manera de vivir, y por eso parecen piadosos y justos ante el mundo.

La segunda prision es el amor de si mismo, en el cual caen muchos hombres liberados de la primera prision, es decir, del amor de las criaturas y de las cosas exteriores. Este amor esta enraizado tan fuertemente en ellos, y pa-rece tan justo, que nadie lo castiga, y sus adeptos no se castigan a si mismos; tienen mantos todo adornados y parecen tan hermosos, que nadie osa obs-taculizarles, de suerte que al final se ocupan de todas las cosas unicamente por amor a si mismos, por el propio placer, el propio consuelo, el propio descanso y la propia honra, y tanto se hunden en lo «propio», que lo bus-can en todas las cosas, incluso en Dios. Ay, llegados al fondo no encontraran sino cosas que parecen santas y son, en cambio, falsas. |Que dificil es soco-rrer y liberar de prisiones a los de naturaleza delicada e inteligencia des-pierta! £ Quien podra prestar ayuda, cuando se esta poseido hasta tal punto por la naturaleza? Ciertamente nadie, sino Dios. Muchas cosas parecen ne-cesarias, y la necesidad es vasta y profunda mientras nos sentimos enfermos y debiles; y a menudo les sucede a los hombres que, cuando les tocan o les quitan sus cosas, la casa, el amigo, los bienes, el honor, las cosas que con-suelan, se vuelven a Dios con palabras y con actos iracundos, o bien con mentiras y con embrollos ocultos: entonces el hombre no es ya hombre, sino perro rabioso o lobo salvaje. El amor de si mismo es una prision daiiina.

La tercera prision es la de la razon, y caen en ella muchos hombres, pues echan a perder con la razon lo que deberia nacer en el espiritu, y se glorian de ello, sea una doctrina, una verdad u otra cosa, contentos de poder ha-blar de ello, para anadir lustre a si mismos; pero no conseguiran infundir a esas cosas ni vida ni action. Se aferran con sus maneras rationales incluso a las amorosas imagenes de nuestro Senor; pero, si llevasen esta razon a la divina luz sobrenatural, su resplandor seria distinto, como es distinta de la luz del sol la de una lamparilla que toma su fuerza de un pabilo; es mas, la di-ferencia entre la luz natural y la divina es todavia mayor, y se nota en eso: la luz natural resplandece en la soberbia, en la complacencia con uno mismo, en la alabanza y en el juicio de los demas; pero la luz divina se abaja hasta el fondo, se desprecia y se considera la mas pequefia, la mas misera, la mas en-ferma, la mas ciega de todas las luces (alii donde habita realmente): no se en-gaiia en eso, pues todo buen impulso proviene de Dios y no de uno mismo, se dirige a lo interior y no a lo exterior; busca en el fundamento interno, de donde nacio, y se apresura hacia el con todas las fuerzas. Toda la actividad humana esta internamente en tension hacia la raiz de donde surgio. Hay, pues, mucha diferencia entre los que leen la Sagrada Escritura y quienes vi-ven segun ella. Los que la leen quieren ser exaltados y honrados, y despre-cian, maldicen, destruyen y condenan a quienes *viven* segun la Escritura, y

los llaman simios y locos. En cambio, quienes viven segun la Escritura se tie-nen por pecadores, pero tienen piedad de los demas. Y su vida es tan dis-tinta como distinto es su fin; los primeros encuentran alii la vida, los otros la muerte. Dice san Pablo: «La Escritura mata y el Espiritu vivifica».

La cuarta prision es la dulzura del Espiritu, en la cual mas de un hombre se ha perdido por haberlo seguido demasiado y por haberse abando-nado a el desordenadamente, buscando e insistiendo demasiado. Aunque el darse a ella parezca bueno, y su posesion se muestre placentera, la naturaleza conserva en ella lo que le es propio, y mientras creemos aferrar a Dios, no obtenemos mas que el placer; sera, pues, oportuno, que cada uno observe atentamente si tiene que ver con Dios o con la naturaleza. Si el hombre se siente inquieto, turbado y temeroso, si pierde la dulzura y no puede servir a Dios con el empuje y la fidelidad que querria, advertira con ello que no tenia que ver con Dios; Si se perdiera a Dios despues de haberlo poseido durante cuarenta aiios, la caida seria grande; y aun cuando un hombre haya llegado al grado supremo, en muriendo en el, Dios pen-sara si conservarlo o no, y tambien podria rechazarlo.

La quinta prision es la de la propia voluntad, consistente en la tenden-cia del hombre a imponer su voluntad incluso a las cosas divinas y a Dios mismo. Si Dios habitase en la voluntad del hombre y en su deseo de liberarse de todo defecto, ganando en cambio todas las virtudes y todas las per-fecciones, pareceria locura no querer conservar su voluntad. Pero, al refle-xionar si me conviene mantener esa voluntad o ese deseo, deberia decir: no, Seiior, no deseo mi gracia, mis dones, mi voluntad, sino que, oh Seiior, quiero que se haga tu voluntad, y la aceptare entera; si quieres, sufrire toda privation. Se obtiene mas, pues, con las privaciones unidas a un justo desa-pasionamiento, que lo que se recibiria de Dios o de las criaturas mediante la propia voluntad. Conviene infinitamente mas, pues, sufrir voluntaria, hu-milde y desapasionadamente la carencia de lo que se desea y de todo tener, en una extincion completa de la voluntad. Por eso prefiero el hombre recto y desapasionado, de pocas obras y de poco lustre, al hombre muy conspicuo en las obras y en el esplendor de su aspecto, pero menos desapasionado.

Cuando nuestro Seiior estaba con sus discipulos, estos amaban tanto su humanidad, que no podian llegar a su divinidad, debido a ese amor a la humanidad; entonces dijo El: «Os conviene que yo os deje, pues, si no, el Espiritu Santo, el Consolador, no podra venir a vosotros» (Jn 16,7). De-bieron esperar otros cuarenta dias, antes de que El ascendiese al cielo, lie-van do consigo todo el espiritu de ellos y haciendolo celestial, y luego aguardaron diez dias mas, hasta que les fue enviado el Espiritu Santo. Lo

i

que para ellos fueron dias, para nosotros seran aiios, porque, estando des-tinados los apostoles a ser el fundamento [de la Iglesia], su tiempo de es-pera fue breve, a saber, un dia por cada aiio.

Haga lo que haga el hombre, no obtendra la verdadera paz, ni Uegara a ser un hombre esencial, angelico, antes de los cuarenta aiios. Muchas son las servidumbres que impiden al hombre, y la naturaleza lo persigue de tal modo, por un lado y por otro, y son tantas las cosas en las que reina aque-11a, aunque nosotros creamos que esta presente Dios, que antes de ese tiempo no podra llegar el hombre a una verdadera paz divina, ni a hacerse celestial. Despues de eso, sera preciso que espere otros diez aiios, antes de que descienda sobre el el Consolador, el Espiritu Santo que enseiia todas las cosas%lo mismo que los apostoles que tuvieron que esperar diez dias, hasta que la prontitud para la vida, el dolor y todas las demas cosas, hasta las que mas amaban, se apago en ellos, de suerte que nuestro Seiior pudo llevar consigo al cielo todo el espiritu, el corazon y el amor de ellos, y hacer que todo su juicio, su amor, su corazon y su animo permanecieran enteramente con el en el cielo. Y despues de toda esta preparation y esta noble amones-tacion, debieron aun aguardar diez dias antes de acoger al Espiritu Santo.

Estaban ellos encerrados en su casa y, reunidos, aguardaban. Asi debe hacer el hombre llegado a cierta firmeza en su cuadragesimo aiio de edad, convertido en celestial y divino, superando hasta cierto punto la naturaleza. Despues de eso, haran falta otros diez aiios, hasta llegar a los cin-cuenta, para acoger del modo mas alto y noble al Espiritu Santo, que enseiia todas las verdades. En esos diez aiios, llegados a una vida divina y superada la naturaleza, nos concentramos y recogemos, fundiendonos en el bien puro, divino, univoco, que es la pequeiia y noble chispa interior y un refluir a las propias fuentes. Si el reflujo se produce de modo correcto, toda deuda quedara suficientemente saldada, aun cuando hubieran sido tantas cuantas contrajeron los hombres todos desde el principio del mundo; toda gracia y toda bienaventuranza se confirmara en ella, y el hombre llegara a ser divino. Estos son los pilares del mundo y de la Santa Iglesia. Dios nos ayude a alcanzar este objetivo. Amen.

Para el primer domingo despues de la santisima Trinidad

[XI] Queridos hijos, abandonad, pues, el mundo, porque es infiel. Su placer es impureza, su consejo, soberbia y avaricia. Su servicio es dulce. pero su merced esta corrompida; su flor es bella, pero su fruto es fetido; su

seguridad es traicion, su ayuda, veneno, su promesa, mentira, su sustenta-miento, engano. A cambio de la alegria da arrepentimiento, por el amor, verguenza, por la fidelidad, falsedad; por la riqueza da la pobreza, por la vida eterna la muerte eterna...

Dijo tu siervo Job: «Los corazones mundanos tienen las musicas y las danzas, y se alegran del sonido de las flautas y estan alegres, pero en un ins-tante bajan hasta el infierno» (Jb 21,12-13). Su esperanza (dice el sabio) es como un cabello transportado por el viento, como la espuma dispersa por la tempestad, como el humo alejado por el viento, o como el recuerdo de un huesped que se quedo un solo dia.

Todos los amigos de Dios y todos los hombres en general despidanse, pues, alegremente de este falso mundo, pues, aun cuando hubiesen pose-ido el mundo entero durante mil aiios, ninguno tendria ahora mas que un instante; la condition de la naturaleza mundana consiste en el abandono y en la partida. Por eso, mis queridos hijos, vosotros que habeis abandonado por Dios el mundo y todo lo que le pertenece, alegraos y dad gracias a Dios por su gran gracia, y mirad de no perder los grandes bienes por una cosi-Ua. Ay de los que a la cara amistad de nuestro Seiior Jesucristo prefieren el amor y la amistad pasajera del mundo, que es perdida de tiempo, distraction del corazon y destruction de toda vida espiritual. Envian mensajes, es-criben y se mandan saludos, charlan y buscan ganarse favores, se hacen muchas ideas e imagenes de las cosas mundanas (como el hombre sediento que suefia con agua fresca), y, cuando creen tenerlas en la mano, estas de-saparecen, y ellos se encuentran con las manos vacias y la conciencia triste.

Para el lunes anterior al domingo de Ramos

«Si quis sitis, veniat et bibat» (Jn 7,37).

Esto es lo que se dice: «Si alguno tiene sed». *iQuc* es, pues, dicha sed? Solo esto: cuando el Espiritu Santo entra en el alma, esta siente encen-derse un fuego de amor, un carbon de amor que produce en el alma un incendio de amor; del fuego de este incendio saltan despues chispas de amor que provocan sed y profundo deseo de Dios. A veces sucede que el hombre no sabe lo que le falta, y siente en si desaliento y disgusto de toda criatura, simplemente. Este deseo se manifiesta de tres modos, en tres ti-pos de personas distintas. El primero se encuentra en los principiantes, el segundo en los aventajados, el tercero en los que se llaman perfectos, en la medida en que la conformidad con Dios es posible de este modo.

En el Salterio se dice: «Como el ciervo anhela la fuente de las aguas, asi, oh Sefior, mi alma tiene sed de ti, Dios mio» (Sal 42,2). Cuando los pe-rros dan caza al ciervo por bosques y montanas, nace en el una sed ar-diente. Asi las tentaciones dan caza al principiante. Apenas se aparta del mundo, es perseguido por siete fuertes mastines que son los siete pecados. Le dan caza con fuertes y grandes tentaciones, quizas mucho mas que en el tiempo en que se movia en el mundo, pues entonces las tentaciones lo sorprendian, ahora en cambio se da cuenta interiormente de que lo persi-guen, segun la palabra de Salomon: «Hijo mio, cuando comiences a servir a Dios, prepara tu corazon contra las tentaciones» (Si 2,1). Cuanto mas violenta y acalorada sea esta caza, mayor deberia ser la sed de Dios y el ardor del deseo. A veces sucede que uno de los canes alcanza al ciervo y se le engancha al vientre. Entonces, como el ciervo no puede defenderse del perro, lo arrastra hasta un arbol y contra el le golpea fuertemente la cabeza para partirsela, y asi se lo quita de encima. Asi debe hacer el hombre. Cuando no pueda superar a los perros de sus tentaciones, debe correr a toda prisa al arbol de la cruz y romperle la cabeza al perro de su tentacion.

Pero cuando el ciervo se ha zafado de los perros grandes, vienen los pe-rrillos que corren debajo del ciervo y le arrancan tajadillas de carne y, si el ciervo no se guarda lo suficiente, lo mordiscan tanto, que acaba por debilitarse y morir de las heridas. Y lo mismo el hombre: cuando se haya libe-rado y haya triunfado de las culpas graves, acuden corriendo los perrillos, de los cuales no se guarda lo suficiente: companeros de juego, companias, joyas, pasatiempos humanos, amabilidades, que lo hacen pedazos, disipan su corazon de manera que, como el ciervo, acaba por extraviarse en su camino hacia la interioridad y, no obstante su celo por la piedad, se extingue como el ciervo. Esto es mas danino, incluso, que las grandes tentaciones. pues de estas se guarda solicitamente por estimarlas malas, pero de las pe-quenas no se preocupa; lo mismo sucede con todas las cosas no reconoci-das, que son mas daninas que las que reconocemos. Asi pasa con todas las cosas a las que no se quiere prestar atencion, como los companeros de juego, los vanos aderezos, los hermosos vestidos y joyas.

Y lo mismo que el ciervo a cada ataque se acalora, y le aumenta la sed, asi el hombre a cada tentacion deberia sentir que se acrecientan cada vez mas el fervor y la verdadera sed de Dios, sentirse impulsado hacia el amor de Dios. donde no encontraria mas que verdad, paz, alegria, justicia y consolation.

Y esto es lo que hacen a menudo los cazadores: cuando el ciervo esta extenuado, refrenan un poquito a los perros durante algun tiempo, cuando estan bien seguros de haberlo acorralado en el parque de la salvaj

dejan recobrar aliento durante algunos instantes, para que recupere vigor y soporte mejor la caza...

Cuando el ciervo ha superado a todos los perros y ha llegado al agua, comienza a beber con todo el hocico dentro, y apaga su sed con gran fruition, mientras puede. Tambien el hombre obra asi cuando, con la ayuda de Dios, se ha liberado de la jauria de las tentaciones y, sediento, confiado, llega a Dios. <[Que hara entonces? Sorbera a boca llena hasta quedar embriagado y tan lleno de Dios, que en la fruition se olvida completamente a si mismo y le parece que puede obrar prodigios y pasar con animo alegre a traves del fuego, el agua e incluso millares de espadas. No teme ya ni vida ni muerte, ni placer ni dolor, y eso pasa porque esta embriagado en Dios. A eso se le llama jubilo, y en ese estado se grita o se llora unas veces, se canta o se rie otras.

SANTA BRIGIDA DE SUECIA

Nacio en torno a 1303 en Finsta, en el Upland, de familia noble. A los trece anos se convirtio en esposa de Ulf Gudmarsson, de dieciocho; tuvieron ocho hijos. Fue llamada a la corte en 1335 por el rey Magnus Eriksson; per-manecio alii pocos anos. De regreso a la casa marital, comenzo con su esposo una vida de beneficencia y devotion. Juntos realizaron varias peregrinaciones hasta que el se hizo oblato de los cistercienses en el monasterio de Alvastra. Alii murio en 1344. Brigida se fue a Roma en 1350 a lucrar el jubileo, acorn-panada por su santa hija, Karin. Vivio en la plaza Farnese; alii murio en 1373.

Dicto en sueco a sus confesores el *Liber coelestium revelationum,* tra-ducido por ellos al latin.

DE LAS «REVELACIONES CELESTIALES»

[XI] Habia el Hijo de Dios.

Con cosas naturales, como el frio hierro, la dura piedra, el arido arbol y la hierba amarga, se puede preparar una bebida saludable. Pero ^como? Ciertamente, si una bola fuese a caer con violencia encima de un monton de azufre, de ella brotaria el fuego que incendiaria dicho monton. A causa del calor, el olivo, que esta en las inmediaciones y que, aun cuando por fuera parezca arido, por dentro esta lleno de grasa, comenzaria a disol-verse; y tambien la hierba amarga, que esta bajo el olivo, se endulzaria con el aceite que fluyera. De esto podria obtenerse una bebida saludable.

Yo he obrado asi contigo, espiritualmente. En efecto, tu corazon, con relation a mi amor, era como una gelida bola; en el, sin embargo, vivia una pequena chispa de amor por mi: y eso cuando pensabas que yo era mas digno de amor y de honor, que todas las demas cosas. Pero ese corazon tuyo cayo sobre el monton sulfureo cuando la gloria y el placer del mundo te eran contrarios y tu marido, al que carnalmente amaste mas que a cualquier otra cosa, te fue arrebatado por la muerte.

Con exactitud se comparan la voluptuosidad y el placer del mundo con el monton de azufre, porque llevan consigo la hinchazon del alma, el he-dor de la concupiscencia y el ardor de la pena.

Cuando, pues, con la muerte de tu marido quedo tu animo gravemente oprimido por la turbacion, comenzo a salir la chispa de mi amor, que es-taba encerrada y escondida. Tu, considerada la vanidad del mundo, me abandonaste tu voluntad.

Por esa chispa de amor, en realidad, el olivo arido, es decir, las palabras de los evangelios y la conversation de mis doctores, tuvieron para ti sabor. Y te agrado la abstinencia en la medida en que lo que antes te parecia amargo comenzo a serte dulce.

Cuando luego comenzo a fluir el aceite, le sobrevinieron a tu espiritu las palabras de mis revelaciones, y uno que esta sobre el monton dijo gri-tando: «Con esta bebida se apaga la sed; se regocijara quien esta turbado; sanara quien esta enfermo».

El que grita soy yo, Dios mismo. Mis palabras, que me oyes frecuente-mente en visiones espirituales, sacian, como buena bebida, a todos aque-llos que tienen sed de la verdadera caridad, calientan a los que tienen frio, alegran a los que estan turbados y sanan a los debiles de alma.

[XIII] Habia Dios Padre.

Habia un seiior al cual dijeron sus servidores: «Mira, tu campo ha sido arado y los hierbajos han sido desarraigados; ^cuando, pues, se ha de sem-brar el trigo?».

El Seiior respondio: «Aun cuando las raices de las malas hierbas pa-rezcan arrancadas, todavia hay, no obstante, viejos troncos y rastrojos que las Uuvias y los vientos de la primavera deben Uevarse y eliminar».

Los servidores respondieron: «^Que hemos de hacer, entonces, entre el tiempo de la primavera y la sementera?».

A lo que el Seiior respondio: «Yo conozco cinco ciudades; el que lle-gue a ellas recogera un fruto cinco veces mas abundante, con tal de que Uegue alii primero, exento de orgullo y ardiente de caridad.

»En la primera ciudad hay una copa que esta cerrada y no esta cerrada; que es pequena y no es pequena; una copa que resplandece y no resplan-dece; una copa que esta vacia y no esta vacia; una copa que esta limpia y, sin embargo, no esta limpia. En la segunda ciudad nacio un leon que fue visto y no fue visto; que fue oido y no fue oido; que podia ser tocado y no podia ser tocado; que fue reconocido y no fue reconocido; que fue atado y, sin embargo, no fue atado. En la tercera ciudad habia un cordero que fue esqui-lado y no fue esquilado; herido y no herido; que balaba y no balaba; que era paciente y no era paciente, que murio y no murio. En la cuarta ciudad habia una serpiente que dormia y no dormia, que se movia y no se movia, que oia y no oia, que veia y no veia, que sentia y no sentia. En la quinta ciudad habia un aguila que volaba y no volaba, que fue a un lugar que ya nunca abandono; que descansaba y no descansaba; que rejuvenecia y no rejuvene-cia; que se alegraba y no se alegraba; que era honrada y no era honrada».

Estas oscuras palabras son explicadas por el mismo Padre eterno.

La copa de la que te he hablado es Maria, hija de Joaquin y madre de la humanidad de Cristo. Ella, en efecto, fue una copa cerrada y no cerrada: cerrada para el diablo, pero no para Dios; pues lo mismo que un torrente deseoso de desaguar busca otras salidas si se le pone delante un recipiente insuficiente, asi el diablo, como torrente de vicios, deseaba acercarse con todas sus astucias al corazon de Maria; pero jamas consiguio plegar el animo de ella a un solo pecado, siquiera minimo. Pero el torrente de mi Espiritu invadio su corazon y lo colmo de gracia espiritual.

Maria fue la madre de mi Hijo. Copa muy pequena y una nada en el des-precio de su humildad; grande, y no pequena, en el amor por mi divinidad.

Maria fue una copa vacia y no vacia. Vacia de toda voluptuosidad y pe-cado; no vacia, sino llena de la celestial dulzura y de toda virtud.

Maria fue una copa luminosa y no luminosa. Luminosa porque, aun cuando toda alma fue creada bella por mi, el alma de Maria fue creada con toda perfection de luz por cuanto mi Hijo se establecio en su alma. De su belleza gozan el cielo y la tierra. Pero entre los hombres esta copa no res-plandecia, porque despreciaba los honores y las riquezas del mundo.

Maria fue una copa limpia y no limpia: limpia, porque fue toda her-mosa y en ella no se encontraba ni la inmundicia donde pudiera clavarse la punta de un alfiler. Pero no fue limpia porque salio de la raiz de Adan y nacio de pecadores, aun cuando fuese concebida sin pecado para que de ella pudiese nacer, sin pecado, mi Hijo.

Todos los que lleguen a la ciudad donde Maria nacio y fue educada, no solo seran purificados, sino que tambien sus copas seran en mi honor

La segunda ciudad es Belen, donde nacio mi Hijo, un leon. Fue visto y conocido como hombre; pero fue invisible y desconocido como Dios.

El tercer lugar es el Golgota, donde mi Hijo, el cordero inocente, fue herido y muerto; pero, como Dios, era impasible e inmortal.

El cuarto lugar es el huerto del sepulcro de mi Hijo, en el cual fue puesta y yacio su humanidad, como una serpiente digna de desprecio; pero, como Dios, El estaba en todas partes.

El quinto lugar es el monte de los Olivos, desde el cual mi Hijo, como aguila, volaba con la humanidad al cielo donde, como Dios, habia estado siempre.

Aquel que llegue a esos lugares, puro y lleno de buena voluntad, podra ver y gustar cuan dulce soy yo, Dios.

Y cuando llegues a esos lugares te revelare aun muchas otras cosas.

SAN VICENTE FERRER

Nacio en Valencia en enero de 1350. A los diecisiete aiios entro en la orden dominicana, se convirtio en consejero de Benedicto XIII en Aviiion y defendio la Iglesia aviiionense lo mismo que santa Catalina de Siena la romana. En 1399, una vision le mando dedicarse a la predication, y el Papa lo nombro «plenipotenciario del Seiior». Paso **el** resto de su vida viajando por Europa, capitaneando una orden itinerante de flagelantes; murio en Vannes, en Bretaiia, el 5 de abril de 1419.

Escribio *Speculum fratrum praedicatorum* y esquemas de *Predicaciones* en Catalan.

DE LAS «PREDICACIONES»

Sobre la huida a Egipto

«Entonces el angel del Seiior se aparecio en sueiios a Jose diciendole: "Levantate, toma al nirio y a la madre y escapa a Egipto; quedate alii hasta que te avise, pues Herodes busca al niiio para matarlo"» (Mt 2,13).

Asi, la huida de Cristo fue divinamente ordenada por el angel. Pero, ^por que una cosa tan grande y solemne como la huida de Cristo de una tierra fiel a otra infiel fue sugerida en suefios y no durante la vigilia, siendo

asi que no debemos dar fe a los sueiios, segun las palabras de la Escritura: «Vosotros no observareis los sueiios» (Lv 19,26)?

Y en otro lugar se dice: «Cuidad de que no haya entre vosotros nin-guno que observe los sueiios» (Dt 18,10); si no debemos observar los sueiios, ({como pudo ser que una cosa tan grave como una revelation divina fuese hecha en sueiios? Sabed que para recibir las revelaciones divinas se requiere un corazon preparado, tranquilo y no turbado por los quehace-res del mundo... Ahora bien, san Jose tenia el corazon disipado a causa de la ansiedad que le causaba el Hijo de la Virgen, sabiendo que el nifio era Hijo de Dios y que Herodes buscaba su muerte.. Ademas, estaba atareado con su trabajo de artesano. La revelation fue hecha en sueiios porque entonces tenia el el corazon tranquilo; pero se dira: ^como se puede saber si una revelation hecha en sueiios es divina? Se sabe que es de dia por la cla-ridad del Sol. Y cuando una revelation esclarece y da fuerza, se sabe que viene de Dios. Si hay alguna duda, el sueiio no proviene de Dios. El santo Job nos ensena que la revelation se hace en sueiios: «En el horror de una vision nocturna» (Jb 4,13)...

La Virgen Maria tenia el corazon tranquilo, y por eso la revelation de la conception y de la encarnacion de Cristo le fue hecha por el angel, no en sueiios, sino durante la vigilia, y tuvo que ser hecha a ella y no a Jose.

Tres companeros querian servir a Dios. Uno escogio la vida solitaria en el desierto, donde tuvo muchas revelaciones y consolaciones porque tenia el corazon tranquilo y sin turbacion. Los otros dos prefirieron permanecer en el mundo, el uno sirviendo a los pobres en un hospital, el otro intentando poner paz entre los ciudadanos de una ciudad. Pero, encon-trandose ellos con el corazon disipado, se confesaron su deception y fue-ron a consultar al eremita. Este los llevo ante un cuenco, agito el agua con las manos y les dijo que miraran si por ventura veian alii algo, y ellos no distinguieron nada; pero, apenas el agua estuvo tranquila, se vieron en ella reflejados. Y Vicente sacaba de alii la conclusion de que la vida contem-plativa es superior a la activa; manteneos alejados de los asuntos para con-templar la humanidad de Cristo, porque no se requiere gran tranquilidad para reconocer que existe un Dios: los filosofos habian llegado solos a esta verdad. Como se dice en el titulo del *Salmo para los secretos:* creer en un solo Dios no es cosa tan oculta; mas bien es necesario creer en Dios hecho hombre. En la calma se debe ver que el es hombre y Dios a la vez.

DE «TRATADO DE LA VIDA ESPIRITUAL»

Quien quisiere huir los lazos y tentaciones del anticristo y librarse de las del demonio en los postrimeros dias, ha de procurar guardar dos cosas en el conocimiento propio. La primera es que debe sentir de si como de un cuerpo muerto lleno de gusanos, hediondo y tan asqueroso, que no solamente huyen de poner en el los ojos los circunstantes, mas se tapan las na-rices por no sentir el mal olor que de si echa, y vuelven el rostro por no ver tal y tanta abomination.

Esto conviene, carisimo, a ti y a mi consideremos siempre. Empero mucho mas a mi, porque toda mi vida es hedionda, y yo todo soy asqueroso. mi cuerpo, mi alma y todo cuanto hay dentro de mi esta lleno de corruption y podredumbre de los pecados y maldades que en mi hay, y asi todo soy abominable. Y lo que es peor: que siento cada dia este hedor en mi que va creciendo, y de nuevo aumentandose. Debe, pues, el alma fiel sentir de si tal hedor con grandisima verguenza de la presencia de Dios, como de-lante de Aquel que lo ve todo; o como si estuviese delante de un riguroso juez, y asi se ha de doler grandemente de las ofensas hechas a su divina Ma-jestad, y de haber perdido la gracia que le dieron por la sangre preciosi-sima de Cristo cuando la lavaron con el agua del santo bautismo. Como considera que causa mal olor a sus propias narices y a las de Dios, asi tambien se ha de persuadir que tambien sienten el hedor no solo los angeles y almas santas, sino todos los hombres de la tierra, delante de los cuales es abominable y hediondo. Y todos abominan de ver no solo sus obras y oir sus palabras, empero que se tapan las narices y vuelven el rostro por no verlo, y como a cuerpo muerto hediondo lo echan de su compania. Y de esta suerte este apartado, como el mas asqueroso leproso, hasta tanto que vuelva en si. Y si alguno Uegase a hacer justicia de el y de su cuerpo, sienta de si lo que es justo, y crea de si lo que queda dicho, aunque le sacasen los ojos y cortasen las manos, quitasen las orejas, quebrasen la boca e hiciesen esto propio de todos sus miembros y partes del cuerpo; porque con todos ellos ha ofendido al Seiior que le creo.

Mas adelante debe desear que lo desprecien y ultrajen de tal manera que todos los vituperios, deshonras, infamias, injurias, blasfemias y, final-mente, cuantas cosas adversas le vengan, con sumo gozo y grande alegria las abrace y sufra con paciencia.

GERLAC PETERSZ

Nacio en 1378 en Deventer. Desde joven fue asiduo de Florencio Ra-dewijns. Fue primero monje agustino y despues sacerdote. Murio en 1411 en Windesheim. Escribio *Soliloquium* y *Breviloquium.* Observa Pourrat que en Petersz se abandona por primera vez la terminologia escolastica todavia viva en Radewijns o en Gerardo Zerbolt de Zutphen.

DE «EL ARDIENTE SOLILOQUIO CON DIOS»

No basta pensar; es preciso saber cuando el animo contempla a Aquel que lo ve todo, el cual con unica e igual mirada abraza el pasado, el pre-sente y el futuro, y cuando se le dice: «He aqui que todos tus caminos estan ante mi sea cual sea el modo en que yo este contigo, bien permanezcas en mi presencia caminando en perfection de corazon, bien vaciles, errante y profugo, ante cada soplo accidental de viento. Yo, en cambio, estoy y permanezco inmutablemente firme. jOh, si pudieses considerarme en mi eterna igualdad, y como no hay en mi ni un antes ni un despues, sino que soy solamente el que solo soy! Entonces podrias tambien tu ser liberado de la desigualdad y de la mutabilidad, y ser, en cierto modo, una misma cosa conmigo».

Esa mirada es tan fuerte y vehemente, que todas las partes mas intimas del hombre, y no solo del corazon, sino tambien de todo el cuerpo, se con-mueven de modo admirable y, no pudiendola sostener, desfallecen.

Luego, su mirada interior, desembarazada de toda nube, se vuelve transparente y, segun su propia condition, conforme a Aquel que ve. Asi toda vanidad o alteridad, y todo lo que no es el, desfallece y se desvanece como humo empujado por viento impetuoso.

Y tambien el hombre exterior se vuelve inocente y sencillo, y con mu-cha modestia y mansedumbre, humildad y docilidad, procede en todas las cosas como lo exige la causa, para ser asi como un David fiel, que va y viene segun el mandato del rey (1 S 22,14).

Y todo el hombre se vuelve deiforme para poder considerar todas las cosas, sean favorables o no, con animo igual, y no verse nunca turbado por las causas adversas y molestas, ni tampoco enflaquecido por las prosperas, tanto interiores como externas; pero, para poder renovarse con frecuencia en la perfecta vision en la cual observa la equidad que esta y permanece siempre, no se desvia por lado alguno.

Habituese a tener eso presente para no verse nunca en la incertidum-bre, ni disperso, al sobrevenir una causa subitanea cualquiera.

En haciendo esto, Dios, que es fortisimo, no permitira que su confor-mation con el querer divino quede sometida a pasiones, o a humillaciones corporales o espirituales. Y porque todo es de Dios, y nada conservo para si, encuentra consolation en todas las cosas, vengale esta de Dios o del diablo, o bien de la pasion, de la insolencia y persecution de los demas, en cualquier manera que se actue, sea por celo bueno, o por celo no tan bueno.

Tal ser puede ver, oir, acordarse de todas las cosas mas molestas, sin espantarse ni desfallecer, y esto porque no tiene nada que perder, y esta seguro de que Dios no puede perder lo que le pertenece.

Pero ¿como se pueden confiar cosas tan grandes a quien cada dia se ve afligido por pequeneces y pierde el animo? *i*A quien, dentro y fuera de si, aun en las cosas minimas, busca solamente su propia comodidad?

<< Cuando se ofrece este generosamente, en cuerpo y alma, para sopor-tar todos los males presentes y futuros con una verdadera abnegation de si?, cuando posee la pura y limpia mirada de la inconmutable verdad, con la cual penetre todo? El que esta ocupado por otra cosa, que, aun cuando no sea mala, esta no obstante engendrada por su pensamiento y por su fantasia, y tiene el animo pasivo, *i*como puede contemplar —no digo entre los tumultos de la vida, y las diversas ocupaciones, sino incluso durante el Ofi-cio divino, donde, libre, de modo especial deberia estar integramente de-dicado a la devotion— a ese Unico en el cual son todas las cosas, estando su espiritu todo nublado?

Y si durante el descanso, aun teniendo el tiempo, la oportunidad, la tranquilidad y otras circunstancias necesarias para conservar la propia con-centration interior, sufre por tantas imaginaciones e ideas, ^que haria entre las agitaciones y bajo el peso de los deberes mas diversos?

Si el animo vacila segun los acontecimientos pasajeros, si sucumbe cuando deberia levantar a los demas, si antepone —cosa bastante vergon-zosa— la propia utilidad a las necesidades ajenas, si falta en estas y semejan-tes cosas, no sabiendose gobernar, sino estando en manos de un poder ex-trano, cae entre el y Dios un espesisimo velo, y no podra nunca entrar en el sanctasanctorum ni mirar lo que hay dentro de el. Aun cuando participa ex-teriormente en los santos y divinos misterios, el ser divino siempre igual a si mismo, y el Bien universal que se comunica a todos segun la perfection de cada uno, pasa, sin embargo, por delante de el invisible y sin comunicarsele.

Y mas sorprendente todavia es que el alma, aun practicando los miste-rios, se encuentra en medio de ellos aridisima y, en cierto modo, sin saber

lo que estos son intimamente, ni su razon de ser. Asi esta alma se retira vacia y ayuna de la mesa abundantemente preparada, a la cual se sienta a menudo, pero sin dejar de ser extrafia a ella.

El Senor que nos ha amado con tanto impetu desde la eternidad, mos-trandonos signos tan grandes de su amor, y que, ademas, se nos da entero, ¿como podrfa permitir que nos sucediese algo que no fuese para nuestro progreso y por amor suyo? Y si por casualidad lo permite, ^causa nuestra culpa y nos abandona en ella? Esta bien, porque debemos reconocer que habriamos merecido infinitamente mas, y se debe soportar voluntaria-mente lo que le plugo que sobrellevaramos.

Asi, debemos llegar al Seiior de modos diversos, sirviendonos de los varios dones y acontecimientos, pero poseyendo en todo la gracia, y di-ciendo ante cualquier molestia y tribulation, con el profeta Jeremias: «Cierto, esta es mi enfermedad y la soportare» (Jr 10,19).

El amante que esta en estado de gracia comprende como el Seiior or-dena todo para nuestro progreso, y encontrara igual beneficio, tanto en las cosas minimas, como en las maximas, en las tinieblas lo mismo que en la luz, y transformara las tinieblas en luz y la carestia en abundancia.

La gracia es en realidad como un circulo, sin principio ni fin; es pro-ducida por Dios y desde El avanza hacia todas las criaturas; despues tiende de nuevo, sin descanso, de las criaturas a su origen primitivo.

Cuando, pues, estamos unidos a Dios con nuestras fuerzas mas elevadas, avanzamos con El, por medio de su gracia, hacia todas las cosas; y lo que El permite lo permitimos tambien nosotros; y lo que El da lo damos tambien nosotros, caminando, en cierto modo, fuera de los sentidos corporales. Es-tando con El permitimos tambien que nos sobrevenga cualquier cosa que tenga alguna causa externa o interior: los escandalos, el desprecio, las fla-quezas, las pasiones, etc., y nos comportaremos como uno que dijese durante sus propias pruebas: «Asi fue ordenado de antemano desde la eternidad; asi debe suceder; asi quiero que suceda, y no elijo otra cosa. El Seiior me ha dado flaquezas, sequedades, pasiones y tinieblas; quiero ejercitarme en ellas para amar mucho a Dios y para sacar de ahi mi excelencia, pues el Seiior, con gran amor, dispuso que me sobreviniesen estas cosas para aumentar mi per-feccionamiento y darme la oportunidad de la salvation eterna».

Entonces la luz surgira de las tinieblas, y mis tinieblas se transformaran en luz meridiana (Is 58,10), alii poseemos a Dios, y El nos posee en el es-condidisimo conocimiento, por lo cual todo lo que puede pasarnos desde el exterior no tiene el poder de alcanzarnos; alii estamos escondidos en lo intimo del rostro del Seiior (Sal 31,21).

Sean dadas gracias a Dios omnipotente, que aqui nadie nos ve; seanle dadas gracias porque al ojo mortal no aparece otra cosa que flaqueza; y esto para que lo que de robusto se esconde en nosotros no nos sea arreba-tado al ser visto. En tal union es necesario que consideremos todas las cosas, no segun nosotros mismos, sino esforzandonos en salir siempre, y cada vez mas, de nosotros.

Nadie nos considere angustiados, necesitados, miseros, innobles, porque tal vez nos sea quitada toda consolation externa, es decir, porque nadie nos busca, ni nos pregunta el motivo por el cual somos rechazados, abajados, no tenidos en cuenta, ni por que nos despreciamos tanto a nosotros mismos, ni por que escogemos ser pobres y, en cierto modo, la basura de todo.

iViva el Seiior, ante el cual paseamos en sinceridad y verdad! Obrando asi no necesitamos de todo lo extraiio que nos falta y buscamos solo el sumo Bien oculto, inconmutable, en el cual lo encontramos todo. Todo lo demas, que este fuera de El, no tiene para nosotros casi ningun valor, y si Dios no quisiera concedernoslo, podemos, y queremos de buen grado. prescindir de ello como de algo superfluo.

Si la naturaleza se turba y se ve agravada, si de mala gana soporta las molestias y contrariedades, y esta inquieta por no poseer una voluntad suya propia, eso no nos ataiie: permanezca asi de inferior, con tal de que no arrastre igualmente al animo. Pero por eso «el ungiiento que cae de lo alto y que desciende sobre la barba», es decir, sobre las potencias superiores del alma, alguna vez «va bajando tambien por la orla del vestido» (Sal 133,2), hasta llegar a los sentimientos del corazon y a los sentidos corpora -les, de manera que tampoco ellos desean otra cosa sino que Ta voluntad del Seiior, que se hace en nuestro cielo, se haga tambien en nuestra tierra, y que cese su murmullo e impaciencia y puedan soportar con mas facilidac las molestias y las tribulaciones.

Si seguimos de esta manera a la gracia de Dios, no saliendo nunca de su orbita, estaremos siempre en la luz, y si no en la luz sensible y amorosa o en el gusto atrayente, al menos en aquella luz en la cual buscamos y de-seamos solo lo que el Seiior quiera darnos, sea tiniebla o luz.

JEAN LE CHARLIER DE GERSON

Nacio el 14 de diciembre de 1363 en un pueblo proximo a Reims. Es-tudio en Paris y tuvo por maestro a Pierre d'Ailly, al que sucedio como can-ciller de la Universidad. Estuvo de parte de los Armagnac, y el duque de

Borgona le obligo a retirarse a Austria, a la abadia benedictina de Melk. Posteriormente se convirtio en prior del monasterio de los celestinos de Lyon. Desde alii proclamo la divina inspiration de Juana de Arco. En sus ultimos aiios se dedico a la cura pastoral de los niiios lioneses. Murio el 12 de julio de 1429.

Lucho contra begardos y beguinos, segun los cuales quien habia llegado a la paz del espiritu estaba liberado de toda norma. Esbozo una doctrina de la mistica como simplification. Sus obras misticas fueron reunidas en el ter-cer volumen de sus obras, editadas en 1706 en Amberes por Ellies du Pin.

DE «LA TEOLOGIA MISTICA »

Quinta consideration, que ensena a huir de las ocupaciones superfluas

[II, 5,1] Escribe sobre la sabiduria en tu tiempo de ocio, dice el sabio; en efecto, quien se queda inmovil la percibira en el acto. Por eso sean tus actos escasos si quieres aplicarte con buena mente, la cual, segun Seneca, nadie la encuentra mientras esta ocupado. No dice «tiene», porque res-pecto a los perfectos esta afirmacion es falsa. [2] En efecto, el pajaro con las alas atadas o enviscadas no puede alzarse al aire vacio, ni el hombre con los pies envueltos puede nadar hasta la orilla.

Quien esta ocupado no puede en modo alguno trasvolar al eter sereno de la contemplation. Es necesario que este vacio el espacio del corazon, y no atestado de afanes ni contraido por las solicitaciones, ni ofuscado por las os-curas pasiones, cuando se deba adquirir la doctrina de una sabiduria tan des-mesurada. [3] Tomemos por ejemplo los arboles, cuyo humor nutritivo, que deberia ser conducido al apice de las ramas, se desvia inutilmente por las partes bajas cuando se hiere su corteza. ^Acaso el amor no se llama explicita-mente el humor del alma, y no se deshace en las partes infimas cuando es la-cerado por.las heridas de las pasiones carnales o de los afanes? Entonces sigue la via que sustraera alimento a su amor, en vez de elevarse hasta la vegetation de los deseos celestiales. [4] Esto lamentan los que, queriendo extender las plumas de su amor a las alturas de la contemplation, sienten go-tear fuera de ellos ese humor del amor por la parte donde este encuentra el corazon abierto hacia lo bajo, sea por el cuidado de los quehaceres familia-res, sea por la idea de resarcimiento, sea por otra solicitud de ese genero, y asi experimentan lo que el profeta deplora cuando dice: «porque mis lomos»,

es decir los afectos, «estan Uenos de ilusiones» (Sal 38,8), y las ilusiones son lo que en otro lugar el llama «vanidades y falsas locuras» (Sal 40,5) y «fabu-las de iniquidad» (Sal 119,85). El poeta quiso oponerse a ellas diciendo:

Si no
atiendes a inclinaciones y quehaceres honestos,
por envidia o amor alarmado te veras en la tortura.[5]

[5] Pero ^quien, pues, —digo yo— esta libre de todo eso hasta el punto de no sufrir de cuando en cuando sus molestias? A mi parecer, ningun «hombre vivo», ya que estan «todos impregnados de vanidad» (Sal 39,6). En efecto, una cosa es volverse espontaneamente, o por amor, a tales ocu-paciones, y otra alejarlas con todo el deseo de la mente y con la mano de la discretion como aguijones inoportunos de moscas cargantes, semejantes a los pajaros que revoloteaban en torno al sacrificio vespertino de Abraham (Gn 15,11).

[6] ^Querra alguno indagar en torno a los muchos religiosos que se pro-digan en las salmodias, y en los canticos sonoros multiplicados armonica-mente, preguntandose si obstaculizan la adquisicion o el ejercicio de la contemplation? Prefiero responder declarando lo que ellos mismos sienten. El bienaventurado Agustin lloraba copiosamente al oir los cantos «de la iglesia suavemente resonante, y, hondamente conmovido por esa voz, aclaraba en su corazon la verdad».[6] Pero, a mi parecer, de ahi no se sigue que el fuese uno de los cantores. [7] De todos modos, puesto que vale mas la gracia que la in-dustria para procurar la quietud de la contemplation, puesto que nos distra-emos durante los cantos, tal vez alguno asi ocupado y que, sin embargo, se es-fuerza en ello, sienta el rapto, especialmente cuando todo el tiende a conver-tirse, de animal, en rational y finalmente, tras estos dos estados, en espiritual.

[8] La multiplicidad de voces esta establecida mas bien para ocupar las mentes de los hombres animales —que ciertamente no sabrian meditar las cosas mas altas con quietud dentro de si, ni tampoco hacer uso del ocio—. y no tanto para los espirituales, los cuales son raros y a los que quizas una religion bien constituida podria liberar de ese yugo, para que el asno no tenga que arar siempre con el buey (Dt 22,10), o para que a los pies de Jesus no se encuentre Maria, sino Marta solamente (Lc 10,39-40). [9] Si el

5. **Horacio,** *Epistulae,* I, 2, 35-37.
6. Agustin, *Confesiones,* **IX, 6, 14.**

Dios vencedor y su espiritu te conducen, mientras salmodias, sobre estos lugares excelsos de deseos fluyentes, nada hay mas fuerte ni mas bienaventu-rado. Por eso, «dichoso el que conoce el jubilo» (Sal 89,16), que «salmodia sabiamente» (Sal 47,8) uniendo el sentido a la palabra con afecto. ¡Que fe-liz es un alma asi, oh buen Jesus, no es para ti como tierra sin agua! ¡Que salubridad para esta tu paloma, tu esposa, tu amiga, cual absoluta benevo-lencia y salvation! En efecto, cumple el precepto de la alabanza, recitando religiosamente las horas, y, sin embargo, goza del privilegio de un amigo singular en el alto silencio de la devotisima contemplation: hasta el punto de que esta se puede decir mas fuerte y bienaventurada. [10] Aprovecha llegar a este punto antes del tiempo de la oracion, meditando las cosas que se van a decir, para que sea mas libre el paso al afecto.

Conviene tambien intentar llevar las cosas dichas, no tanto a una cognition sutil y multiple, cuanto al sabor y la exultation. En efecto, a menudo donde se tiene menos cognition se tiene mas afecto. «Entra el amor aun cuando el conocimiento queda fuera». Imitan a quien se divierte al son del tambor o la citara quienes no se paran a juzgar la armonia del canto, sino que se contentan con los ritmos jocundos del tripudio exultante, provoca-dos por la modulation. [11] De igual modo, convierte tu inmediatamente en afecto lo que lees, oyes, ves, dices o piensas, como aspirando desde las partes intimas, oliendo y degustando; de suerte que al oir «Padre nuestro» tu animo se eleve de inmediato a reverencia y amor, a la oracion confiada por las necesidades tuyas y de tus hermanos, que teneis un Padre comun. Muestra un generoso y noble desprecio de toda tosquedad, tu que te glorias de tal Padre; desagradete el exilio y gime por su causa, tu a quien esta reservada la heredad celeste por titulo de filiation, cuyo Padre esta en los cielos. [12] Encontrar semejantes afectos es obra sin limite ni termino; de dia en dia se desvelan siempre suaves y nuevos; ocultos como en el panal (Ct 5,1), en el mana (Ap 2,17) y en el nucleo, fluiran con abundancia si aprietas con el diente de la contemplation.

TOMAS DE KEMPIS

Thomas Hemerken nacio en 1379 o 1380 en Kempen, cerca de Diis-seldorf. Se unio, muy joven, a la piadosa comunidad de Deventer presidida por Florencio Radewijns, y a continuation ingreso en el monasterio de Monte Santa Ines, cerca de Zwolle. Recibio las ordenes en 1413 o 1414. Murio en 1471.

Ademas de sus muchas obras mfsticas y asceticas, se le atribuye tambien *La imitation de Cristo,* obra anonima atribuida por otros a Jean le Charlier de Gerson o a Jean Gersen, abad de San Esteban, cerca de Ver-celli, y escrita mas probablemente entre 1220 y 1245. Existen tambien otras atribuciones.

DE «IMITACI6N DE CRISTO»

Del amor a la soledad y al silencio

[I, 20, 2] Dijo uno: «Cuantas veces estuve entre los hombres, volvi menos hombre» (Seneca, *Bp.* 7). Lo cual experimentamos cada dia cuando hablamos mucho. Mas facil es encerrarse en casa que guardarse del todo fuera de ella. Por esto al que quiere llegar a las cosas interiores y espirituales, le conviene apartarse de la gente con Jesucristo. Ninguno se muestra seguro en publico, sino el que se esconde voluntariamente. Ninguno habia con acierto sino el que calla de buena gana. Ninguno gobierna con seguri-dad, sino el que se somete con gusto.

De la conversion interior

[II, 1, 5] Cristo fue tambien en el mundo despreciado de los hombres. y entre grandes afrentas desamparado de amigos y conocidos y en suma necesidad. Cristo quiso padecer y ser despreciado, <*y* tu te atreves a que-jarte de ninguna cosa? Cristo tuvo adversarios y murmuradores, *ly* tu quieres tener a todos por amigos y bienhechores? <fCon que se coronara tu paciencia, si ninguna adversidad se te ofrece? Si no quieres sufrir ninguna adversidad, ¿como seras amigo de Cristo? Sufre con Cristo y por Cristo, si quieres reinar con Cristo.

[6] Si alguna vez entrases perfectamente en lo secreto de Jesus y gus-tases un poco de su encendido amor, entonces no tendrias cuidado de tu propio provecho o daiio; antes te holgarias mas de las injurias que te hi-ciesen, porque el amor de Jesus hace al hombre despreciarse a si mismo. El amante de Jesus y de la verdad, y el hombre verdaderamente interior y libre de las aficiones desordenadas, se puede volver facilmente a Dios, y le-vantarse sobre si mismo en el espiritu, y descansar gozosamente.

[7] Aquel a quien gustan todas las cosas como son, no como se dicen o estiman, es verdaderamente sabio y enseiiado mas de Dios que de los hombres. El que no sabe andar dentro de si, y tener en poco las cosas exteriores, no busca lugares, ni espera tiempos para darse a ejercicios devo-tos. El hombre interior presto se recoge; porque nunca se entrega del todo a las cosas exteriores. No le estorba el trabajo exterior, ni la ocupacion ne-cesaria a tiempo, sino que asi como suceden las cosas se acomoda a ellas. El que esta interiormente bien dispuesto y ordenado no cuida de los he-chos famosos y perversos de los hombres. Tanto se estorba el hombre y se distrae cuanto atrae a si las cosas de afuera.

[8] Si fueses recto y puro, todo te sucederia bien y con provecho. Por eso te descontentan y conturban muchas cosas frecuentemente, porque aun no has muerto a ti del todo, ni apartado de todas las cosas terrenas. Nada mantilla ni embaraza tanto el corazon del hombre cuanto el amor desordenado de las criaturas. Si desprecias las consolaciones de fuera, po-dras contemplar las cosas celestiales y gozarte muchas veces dentro de ti.

Del camino real de la santa cruz

[II, 12, 4] A veces te dejara Dios, a veces te perseguira el projimo y, lo que es peor, muchas veces te descontentaras a ti mismo, y no seras aliviado ni refrigerado con ningun remedio ni consejo; mas conviene que sufras hasta cuando Dios quisiere. Porque quiere Dios que aprendas a sufrir la tribulation sin consuelo, y que te sujetes del todo a El, y te hagas mas hu-milde con la tribulation. Ninguno siente asi de corazon la Pasion de Cristo como aquel a quien acaece sufrir cosas semejantes. Asi que la cruz siempre esta preparada, y te espera en cualquier lugar; no puedes huirla dondequiera que estuvieres, porque dondequiera que vayas, Uevas a ti contigo, y siempre hallaras a ti mismo. Vuelvete arriba, vuelvete abajo, vuelvete fuera, vuelvete dentro, y en todo esto hallaras cruz. Y es necesa-rio que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior y me-recer perpetua corona.

[5] Si de buena voluntad Uevas la cruz, ella te llevara y guiara al fin de-seado, donde sera el fin del padecer, aunque aqui no lo sea. Si contra tu voluntad la llevas, te cargas y se te hace mas pesada; y, sin embargo, conviene que la sufras. Si desechas una cruz, sin duda hallaras otra, y puede ser que mas grave.

Como se ha de pedir el favor divino
y de la confianza de recohrar la gracia

[III, 30, 2] <;Por ventura hay cosa dificil para mi? (Jr 32,27). *lO* sere yo como el que dice y no hace? ^Donde esta tu fe? Ten firmeza y perseve-rancia. Se varon fuerte ymagnanimo, y a su tiempo te llegara el consuelo. Esperame, que yo vendre y te curare. Tentacion es la que te atormenta, y vano temor el que te espanta. ciQue aprovecha el cuidado de lo que esta por venir sino para tener tristeza sobre tristeza? Bastale a cada dia su ma-licia (Mt 6,34). Vana cosa es y sin provecho entristecerse o alegrarse de lo venidero, que quiza nunca acaecera.

[3] Pero es propio de la humana flaqueza engaiiarse con tales imagi-naciones; y tambien es serial de poco animo dejarse burlar tan ligeramente del enemigo. Pues el no cuida que sea verdadero o falso aquello con que nos burla o engaiia; o si derribara con el amor de lo presente, o con el temor de lo futuro. No se turbe, pues, ni tema tu corazon (Jn 14,27). Cree en mi y ten confianza en mi misericordia. Cuando piensas que estas lejos de mi, estoy mas cerca de ti regularmente. Cuando piensas que esta todo casi perdido, entonces muchas veces esta la ganancia del merecer. No esta todo perdido cuando alguna cosa te sucede contraria. No debes juzgar como sientes ahora, ni embarazarte ni acongojarte con cualquier contra-riedad que te venga, como si no hubiese esperanza de remedio.

"Del buen regimen en las cosas exteriores
y del recurso a Dios en los peligros

[III, 38, 2] Si en cualquier acontecimiento estas firme, y no juzgas de el segun la apariencia exterior, ni miras con la vista del sentido lo que oyes y ves, antes luego por cualquier causa entras a lo interior como Moises en el tabernaculo, a pedir consejo al Seiior, oiras algunas veces la respuesta divina y volveras instruido de muchas cosas presentes y venideras. Pues siempre recurrio Moises al tabernaculo para determinar las dudas y dificulta-des, y torno el auxilio de la oracion para librar de los peligros y maldades a los hombres. De este modo debes tu entrar en el secreto de tu corazon. pidiendo con eficacia el socorro divino. Por eso se lee que Josue y los hijos de Israel fueron engaiiados por los gabaonitas, porque no consultaron primero con el Seiior (Jos 9,14), sino que, creyendo facilmente en las blan-das palabras, fueron con falsa piedad engaiiados.

Todas las cosas pesadas se deben padecer por la vida eterna

[III, 47, 1] Hijo, no te quebranten los trabajos que has tornado por mi, ni te abatan del todo las tribulaciones; mas mi promesa te esfuerce y con-suele en todo lo que viniere. Yo basto para galardonarte sobre toda manera y medida. No trabajaras aqui mucho tiempo, ni seras agraviado siempre de dolores. Espera un poquito, y veras cuan presto te pasan los males. Vendra una hora cuando cesara todo trabajo e inquietud. Poco y breve es todo lo que pasa con el tiempo.

[2] Atiende a tu negocio, trabaja fielmente en mi vina, que yo sere tu galardon. Escribe, lee, canta, suspira, calla, ora, sufre varonilmente lo ad-verso; la vida eterna digna es de esta y de otras mayores peleas. Vendra la paz un dia que el Seiior sabe, el cual no se compondra de dia y noche como en esta vida temporal, sino de luz perpetua, claridad infinita, paz firme y descanso seguro. No diras entonces: «^Quien me librara de este cuerpo mortal?» (Rm 7,24). Ni clamaras: «lAy de mi, que se ha dilatado mi destierro!» (Sal 120,5). Porque la muerte estara destruida, y la salud vendra sin defecto; ninguna congoja habra ya, sino bienaventurada alegria, compaiiia dulce y hermosa.

De los diversos movimientos de la naturaleza y de la gracia

[III, 54, 1] Hijo, mira con vigilancia los movimientos de la naturaleza y de la gracia, porque son muy contrarios y sutiles, de modo que con di-ficultad son conocidos, a no ser por varones espirituales e interiormente alumbrados. Todos desean el bien, y en sus dichos y hechos buscan alguna bondad; por eso, muchos se enganan con la apariencia de bien.

[2] La naturaleza es astuta, atrae a si a muchos, los enreda y engaiia, y siempre se pone a si misma por fin. Mas la gracia anda sin doblez, se des-via de toda apariencia de mal, no pretende engaiiar, sino que hace todas las cosas puramente por Dios, en quien descansa como en su fin.

[3] La naturaleza no quiere ser mortificada de buena gana, ni estre-chada, ni vencida, ni sometida de grado. Mas la gracia estudia en la propia mortification, resiste a la sensualidad, quiere estar sujeta, desea ser vencida, no quiere usar de su propia libertad, apetece vivir bajo una es-trecha observancia, no codicia sefiorear a nadie, sino vivir y servir y estar debajo de la mano de Dios: por Dios esta pronta a obedecer con toda hu-mildad a cualquier criatura humana.

[4] La naturaleza trabaja por su conveniencia y mira a la utilidad que le puede venir; pero la gracia no considera lo que le es util y conveniente, sino lo que aprovecha a muchos.

[5] La naturaleza recibe con gusto la honra y la reverencia; mas la gracia atribuye fielmente solo a Dios toda honra y gloria.

[6] La naturaleza teme la confusion y el desprecio; pero la gracia se ale-gra en padecer injurias por el nombre de Jesus (Hch 5,41).

[7] La naturaleza ama el ocio y la quietud corporal; mas la gracia no puede estar ociosa, antes abraza de buena voluntad el trabajo.

[8] La naturaleza busca tener cosas curiosas y aborrece las viles y gro-seras; mas la gracia se deleita con cosas lianas y bajas; ni desecha las aspe-ras ni rehusa el vestir ropas viejas.

[9] La naturaleza mira lo temporal, y se alegra de las ganancias terre-nas, se entristece del dario y enojase con cualquier palabra injuriosa; pero la gracia mira lo eterno, no esta pegada a lo temporal ni se turba cuando lo pierde, ni se exaspera con las palabras ofensivas, porque puso su tesoro y gozo en el cielo, donde nada perece.

[10] La naturaleza es codiciosa, y de mejor gana toma que da, ama sus cosas propias y particulars; mas la gracia es piadosa y comun para todos, huye la singularidad, contentase con poco, tiene por mayor felicidad el dar que el recibir (Hch 20,35).

[11] La naturaleza nos inclina a las criaturas, a la propia carne, a la va-nidad y a las distracciones; pero la gracia nos lleva a Dios y a las virtudes. renuncia a las criaturas, huye del mundo, aborrece los deseos de la carne. refrena los pasos vanos, averguenzase de parecer en publico.

[12] La naturaleza toma de buena gana cualquier placer exterior en que deleite sus sentidos; pero la gracia solo en Dios se quiere consolar, y deleitarse en el sumo Bien sobre todo lo visible.

[13] La naturaleza cuanto hace es por su propia utilidad y conveniencia; no puede hacerse cosa de balde, sino que espera otro tanto o mas, o si no, alabanza o favor por el bien que ha hecho, y desea que sean sus obras y sus dadivas muy ponderadas. Mas la gracia ninguna cosa temporal busca, ni quiere otro premio sino a Dios solo, y de lo temporal no quiere mas que cuanto basta para conseguir lo eterno.

[14] La naturaleza se complace en sus muchos amigos y parientes. se gloria de su noble nacimiento y distinguido linaje, halaga a los po-derosos, lisonjea a los ricos, aplaude a los iguales. Pero la gracia ama aun a los enemigos y no se engrie por los muchos amigos, ni hace case del propio nacimiento y linaje si en el no hay mayor virtud; favorece

mas al pobre que al rico; se acomoda mas bien al inocente que al pode-roso; se alegra con el veraz, no con el enganoso; exhorta siempre a los buenos a que aspiren a gracias mejores y se asemejen al Hijo de Dios por sus virtudes.

[15] La naturaleza luego se queja de la necesidad y del trabajo; pero la gracia lleva con buen rostro la pobreza.

[16] La naturaleza todo lo dirige a si misma, y por si pelea y porfia; mas la gracia todo lo refiere a Dios, de donde originalmente mana; ningun bien se arroga ni se atribuye a si misma; no porfia, ni prefiere su modo de pensar al de los otros, sino que en todo dictamen y opinion se sujeta a la sabiduria eterna y al divino examen. La naturaleza apetece saber secretos y oir novedades; quiere aparecer en publico y observar mucho por los sentidos; desea ser conocida y hacer cosas de donde le pro-ceda alabanza y fama. Pero la gracia no cuida de oir cosas nuevas y curiosas, porque todo esto nace de la corruption antigua, y no hay cosa nueva ni durable sobre la tierra; ensena a recoger los sentidos, a huir la vana com-placencia y ostentation, a esconder humildemente lo que tenga digno de alabanza, y buscar en todas las cosas y en toda ciencia fruto de utilidad, y la alabanza y honra de Dios; no quiere que ella ni sus cosas sean pre-gonadas, sino que Dios sea glorificado en sus dones, que los da con pu-risimo amor.

[17] Esta gracia es una luz sobrenatural y un don especial de Dios, y propiamente la marca de los escogidos y la prenda de la salvation eterna, la cual levanta al hombre de lo terrenal a amar lo celestial, y de carnal lo hace espiritual. Asi que, cuanto mas apremiada sea la naturaleza, tanta mayor gracia se infunde, y cada dia es reformado el hombre interior segun la imagen de Dios con nuevas visitaciones.

DIONISIO EL CARTUJANO

Nacio de la familia van Leeuwen en Rijckel (Limburgo) en 1402. A los veintidos aiios entro en la cartuja de Roermond. Murio en 1471. Fue llamado *doctor extaticus.*

Su biografo Dirk Loer elenco ciento ochenta y siete obras suyas. Se recuerdan *De fonte lucis ac semitis vitae; De discretione et examinatione spirituum; De contemplatione,* comentarios a Dionisio. Distinguio la con-templation activa u ordinaria, que se obtiene con las propias fuerzas, de aquella a la cual solo la gracia puede elevar.

DE «SOBRE LOS CUATRO NOVISIMOS DEL HOMBRE»

Santa Cristina

Admirable es Dios en sus santos. La vida de la mirifica virgen Cristina, a la que por excelencia se da el titulo de admirable, fue escrita por un lite-rato devoto y hombre singular de la orden de los frailes predicadores, el cual saco tambien a la luz un libro conocido por todos como el libro de las Abejas. Asi pues, este escritor presenta al principio de su historia el testimonio que de Cristina la Admirable da Santiago, obispo acconense, quien despues fue cardenal, el cual escribio por extenso sobre esta Cristina en la ciudad de San Trudon o, como dicen otros, en una villa Uamada Brugten que esta junto a dicha ciudad; me acuerdo de que, siendo yo un jovencito y estando en esa ciudad por razon de mis estudios, oia a menudo grandes cosas de aquella admirable Cristina, y, segun contaban, aun habia en San Trudon algunos que habian conocido a muchos que, a su vez, habian visto en carne mortal a la virgen gloriosa en persona. Ahora bien, esta Santa dejo esta vida en su ninez, y se estaban celebrando por ella misas cuando, de pronto, se levanto del feretro y, en un momento, como un pajaro, se fue vo-lando hasta una viga de la iglesia, permaneciendo en ese lugar hasta que terminaron las misas. Quedaron todos atonitos ante un hecho tan grande, y no hubo nadie que se quedase en la iglesia, salvo una hermana mayor que ella. Pero, terminados los oficios cotidianos, descendio de la viga debido a los conjuros del sacerdote y, al preguntarle sus amigos que le habia pasado. respondio asi: «Luego que hube muerto, fui conducida por los angeles santos a un lugar tenebroso y horrendo, lleno de almas de hombres. Los tor-mentos que alii se veian eran tan crueles y acerbos, que ninguna lengua po-dria expresarlos; pensaba yo que ese lugar era el infierno, pero los angeles santos me dijeron que era el purgatorio. Despues me Uevaron a ver los tor-mentos del infierno, y en uno y otro lugar encontre a muchos a los que co-nocia. Despues de eso fui llevada al paraiso, ante el trono de la Divina Ma-jestad, y habiendo visto al Seiior, que me acogio festivamente, senti una alegria inestimable, y esperaba poder habitar para siempre en aquel lugar Pero el Seiior me dijo: "Ciertamente estaras aqui conmigo, oh hija mia ca-risima, pero dejo a tu arbitrio que elijas entre quedarte ahora aqui o vol-verte al cuerpo y satisfacer en la carne, con las obras de la penitencia, per todas esas almas que viste en el purgatorio, y de ese modo edificar y dar ejemplo a los que todavia viven en el siglo mortal, para que puedas volver a mi con mayores meritos". A lo cual respondi inmediatamente que queria

regresar al cuerpo por esa razon, y mi Senor, mostrandose muy contento de ello, al momento mando que mi alma fuese restituida al cuerpo. Ahora bien, vosotros no os confundais por las maravillas que en mi vereis». Asi pues, en ese tiempo comenzo ella a rehuir las practicas de la gente, sobre todo porque sentia un hedor tremendo y un grandisimo tormento ante los pecados de los hombres. Por eso con frecuencia se elevaba y volaba y se paraba en lo alto de los arboles y de las iglesias, y sobre las almenas de las altisimas torres. Sucedio una vez que sus parientes, pensando que estaba poseida por demonios, la cogieron y la encerraron en una habitation, y le negaron la comida; la Santa pidio en oracion a Dios que la proveyera de alimento, y, de repente, de las mamas de la virgen salio en abundancia le-che, con la cual ella se reconforto. Despues de esas cosas, comenzo a tirarse dentro de hornos encendidos, en los cuales alguna vez por la vehemencia del dolor gritaba horriblemente; pero, una vez fuera, no se veia en ella lesion alguna. Con frecuencia se arrojaba sobre las llamas, o mantenia la mano o el pie sobre el fuego durante tanto tiempo que, si la naturaleza hu-biera hecho su cuerpo, sus miembros se habrian convertido en ceniza. Se metio a menudo en calderones llenos de agua hirviendo hasta la espalda o hasta los pechos, y echose encima por todas las partes del cuerpo agua que cocia, con la cual gritaba como las parturientas. A veces se quedaba durante seis dias seguidos bajo las aguas congeladas.[7] Otras veces se ponia bajo la rueda del molino de manera que el agua le venia a caer sobre la cabeza, y ademas el cuerpo de ella, en los frios mas crudos del invierno, se dejaba caer muchas veces sobre las muelas del molino que giraba, pero despues no se veia golpe alguno sobre su cuerpo, aun cuando con ello sentia grandisimo martirio, como lo sentiria cualquier otra persona. Solia irse por la noche a ciertas ruedas en las que eran atormentados por la justicia los malhechores, los ladrones famosos; se montaba sobre ellas y dejaba que estas le retorcieran los brazos, las piernas; pero, una vez que de alii bajaba, no se veia rotura ninguna de su persona. Se colgo alguna vez con un lazo entre los ladrones ahorcados, pendiendo dos o tres dias de ese modo. Mu-chisimas veces solia entrar en los sepulcros de los muertos, Uorando en ellos los defectos y los pecados de los hombres; a menudo se levant aba a medianoche y azuzaba contra si misma a los perros de toda la ciudad de San Trudon para que la persiguieran, y huia delante de ellos por penas, espinos

7. Tambien Beda el Venerable habia de la avidez de calor ardiente y de agua helada de uno que fue sepultado vivo y experimento una resucitacion, en Inglaterra, en el ano 806.

pinos una vez limpiada la sangre, no se veia en ella signo alguno de lesiones. Asi se lacero a si misma con acerbisimos alfileres. Muchas veces, mientras oraba y contemplaba se encendia por el amor divino, parecia como si todo su cuerpo y todos sus miembros se licuasen como cera, y ella se convirtiese en una forma nueva y admirable, y asi seguia hasta que, acabada la contemplation, volvia a su ser primero.

El convite

En esta bienaventurada cena y refection, Dios Padre da por manjar delicado la clara cognition de si mismo; no solo mostrando su divinidad sin origen y deleitosisima, sino tambien su paterna fecundidad y su obrar que los teologos llaman *ad intra,* con el que, atendiendo «dentro de si mismo», engendra eterna e inmutablemente a su Hijo unigenito. El se-gundo rarisimo manjar que sirve en la mesa es la manifestation e ilumi-nacion con la que ilumina a los bienaventurados para que contemplen su fecundidad, que deriva de su espiracion, y la action con la cual el Espiritu Santo procede de el. El tercer manjar es la manifestation con la cual muestra a los elegidos en que grado sumo amo el al genero humano, pues por la salvation de este mando a su Hijo unigenito al mundo conforme a lo que esta escrito: «Sic Deus dilexit mundum ut unigenitum filium suum daret, ut omnis qui credit in ipsum non pereat, sed habeat vitam aeter-nam» (Jn 3,16). Tanto amo Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigenito. para que quien crea en el no perezca, sino que tenga vida eterna.

Conocer claramente todas estas cosas, admirarse de ellas, contemplar-las y disfrutarlas con bienaventuranza, es de un sabor dulcisimo, inefable para los bienaventurados. Al admirar todas estas bellezas, se encienden y se ven indeciblemente arrebatados hacia Dios, y todos se llenan de toda clase de alegria. Ademas, el Hijo de Dios da a los bienaventurados como primer manjar la clara noticia del mundo, con el cual es el engendrado eternamente por el Padre, y de la misma naturaleza e igual que este. Por segundo manjar les da la gloriosa contemplation, para entender de que modo el Espiritu Santo procede de el lo mismo que del Padre. Con el tercer manjar que les da ilumina tambien su mente para que conozcan con suma claridad el misterio de su encarnacion y su gloriosisima humanidad. y toda la felicidad y gloria y todos los beneficios que a traves de ella el nos ha proporcionado... No hay hombre en esta vida que pueda pensar perfectamente

de que manera ni con cuanta abundancia y totalidad del corazon sienten gloria y alegria por estas cosas todos los bienaventurados. Ade-mas de todo esto, en esa beatisima cena de ciudadanos de lo alto, el Espiritu Santo presenta a las almas de los bienaventurados como primer manjar el modo en que el procede eternamente del Padre y del Hijo, siendo no obstante consustancial e igual a ellos. Como segundo manjar les da abun-dantemente la noticia absolutamente esplendida y jocunda de la Trinidad bendita sobre todas las cosas, y de toda su gloria, es decir, de que manera, con infinita alegria, las tres Personas venerandas, eternas e increadas se mi-ran una a la otra, eternamente se aman, se abrazan, se gozan. Pero como tercer manjar descubre a los bienaventurados toda su caridad y todos sus favores, su piedad, su munificencia y beneficencia para con ellos, y como por su piedad y gracia se han santificado y salvado ellos, asi como por medio de sus dones y, despues de estos, de el mismo. Estos son los manjares con los que las mentes felicisimas de los bienaventurados abundantisima-mente se nutren, singularmente se deifican, suavisimamente se embriagan y se revigorizan por siempre, por encima de la condition de la humana naturaleza se ennoblecen, con inefable alegria se sosiegan, satisfechas y con-tentas, y de la eterna seguridad se gozan. De tal refection habia el Esposo en el Cantar: «Comedite, amici, bibite, inebriamini, charissimi» (Ct 5,1): corned y bebed, amigos, embriagaos, oh carisimos; y en el Salmo: «Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine»: que grande es, oh Seiior, la abundancia de tu dulzura. Este es verdaderamente aquel mana que conte-nia en si todo deleite y toda suavidad de sabor. A quienes gustan plena-mente esta abundante suavidad de manera perfecta e inmediata en su propia fuente, se les hace insipido e infinitamente amargo todo deleite carnal e impudico, y cualquier gusto y tacto de otra cosa.

LA NUBE DEL NO-SABER

La nube del no-saber {The Cloud of Unknowing) fue escrita en Inglate-rra en tiempos de Chaucer, en el siglo XIV; no se puede atribuir a nadie. Su caracter es liberador, porque no hay concepto mistico que no renueve, im-pidiendo su desfiguracion; combate la idea de que el impetu mistico sea una elevation, que el mistico mire al cielo o se eleve mas alia de los cielos, metaforas todas ellas que, al traducirse en algo corporeo, resultan grotes-cas. La teoria de la oracion monosilabica puede recordarnos las exclama-ciones magicas de los celtas, las llamadas *loricae,* de las que es conocida

esta de san Patricio: «jCristo conmigo! j Cristo delante de mi! ¥Cristo de-tras de mi! jCristo en mi! jCristo a la derecha! jCristo a la izquierda! jCristo en la anchura! ¥Cristo en la longitud! [Cristo en el corazon de quien me piensa! j Cristo en el ojo que me ve!».

En cuanto al titulo de la obra, procede de los Salmos: «En torno al Seiior hay una nube oscura» (Sal 97,2); «Por el gran esplendor de su presencia se interpusieron nubes» (Sal 18,13).

[4] El tiempo es para el hombre, no el hombre para el tiempo. Dios, el Seiior de la naturaleza, nunca anticipara las decisiones del hombre que se suceden una tras otra en el tiempo. El hombre no tendra excusa posible en el juicio final diciendo a Dios: «Me abrumaste con el futuro cuando yo solo era capaz de vivir en el presenter

[7] Y si [pensamientos surgidos entre la oscuridad y tu] te preguntan: «¿Quien es este Dios?», diles que es el Dios que te creo, que te redimio y te trajo a esta obra. Di a tus pensamientos: «Sois incapaces de captarle. Dejadme». Dispersalos volviendote a Jesus con amoroso deseo. No te sorprendas si tus pensamientos parecen santos y valiosos para la oracion... Pero si prestas atencion a estas ideas, veras que han conseguido lo que deseaban de ti, y continuaran hablandote hasta inclinarte hacia el pensa-miento de la Pasion. Vendran despues ideas sobre su gran bondad y, si continuas atento, estaran complacidas. Pronto te encontraras pensando en tu vida pecadora y quiza con este motivo te podras acordar de algun lugar en que viviste en tu vida pasada, hasta que de repente, antes de que te des cuenta, tu mente se habra disipado por completo...

Pero una persona que ha meditado largamente estas cosas ha de dejar-las detras, bajo la nube del olvido, si es que quiere penetrar la nube del no-saber que esta entre el y su Dios...

Si quieres centrar todo tu deseo en una simple palabra que tu mente pueda retener facilmente, elige una palabra breve mejor que una larga. Pa-labras tan sencillas como «Dios» *(God)* o «Amor» *(love)* resultan muy ade-cuadas. Pero has de elegir una que tenga significado para ti. Fijala luego en tu mente, de manera que permanezca alii suceda lo que suceda.[8]

8. En el capitulo 37 se sugieren *fyre* **(«fuego») y** *out!* **(«jfuera!») o** *helpe* **(«ayuda») come otros ejemplos de** *oratio brevis* **que** *penetrat coelum* **(Si 35**,21)**, junto con** *sin* **(«pecado»).**

[8] En el grado inferior de la vida activa la persona hace bien ocupan-dose en buenas acciones y obras de misericordia. En el grado superior de la vida activa (que se funde con el grado inferior de la vida contemplativa) el hombre comienza a meditar en las cosas del espiritu. Ahora es cuando debe ponderar con lagrimas la maldad del hombre... Pero en el grado mas alto de la contemplation... todo es oscuridad y una nube del no saber. Aqui uno se vuelve a Dios con deseo amoroso de solo el mismo y perma-nece en la ciega conciencia de su desnudo ser...

En esta etapa vive, como si dijeramos, fuera de si mismo o por debajo de si mismo. A medida que avanza hacia el grado superior de la vida activa (que se funde con el grado inferior de la vida contemplativa) se va ha-ciendo mas interior, viviendo mas desde las profundidades de si mismo y haciendose mas verdaderamente humano.

Pero en el grado superior de la vida contemplativa se trasciende a si mismo porque consigue por la gracia lo que por naturaleza esta por en-cima de el. Pues ahora se encuentra unido a Dios espiritualmente en una comunion de amor y de deseo.

[42] Quiza estes preguntandote ahora como determinar la medida adecuada en la comida, la bebida, el sueiio y demas. Te contestare breve-mente: contentate con aceptar las cosas segun vienen. Si te entregas gene-rosamente a la obra del amor, estoy seguro que sabras cuando has de co-menzar y terminar cualquier otra actividad. No puedo creer que una per-sona entregada con toda su alma a la contemplation pueda errar por ex-ceso o por defecto en estos asuntos externos, a menos que sea una persona que siempre yerre.

[50] Cuando el amor es casto y perfecto, puede permitir que los sentidos se nutran y fortalezcan por suaves emociones y lagrimas, pero nunca se turba si Dios permite que desaparezcan. Sigue gozandose en Dios de la misma manera.

Algunas personas experimentan cierto grado de consolation casi siempre, mientras que otras solo raras veces.

[53] El comportamiento espiritual y fisico de los que se entregan a cualquier tipo de pseudocontemplacion se presta a aparecer muy excen-trico, mientras que los amigos de Dios siempre se conducen con sencillez y naturalidad. Cualquiera que conozca a estos ilusos en la oracion podria ver cosas verdaderamente extranas.

Si sus ojos estan abiertos, pueden llegar a mirar fijamente como los de un perturbado mental, o estar desorbitados de horror como quien ve al diablo, y bien podria ser, porque no esta lejos. A veces sus ojos miran como los de una oveja herida proxima a la muerte. Unos inclinan la cabeza hacia un lado, como si llevaran un gusano en las orejas. Otros, cual espiritus, emiten sonidos estridentes y plaiiideros que suponen sustituyen al habia. Normalmente son hipocritas. Otros, finalmente, gimen y sollozan en su deseo y ansia de ser escuchados. Estan a un paso de los herejes...

Hay algunos tan cargados con toda suerte de excentricidades y ama-neramientos refinados, que cuando escuchan adoptan una forma recatada de retorcer la cabeza hacia arriba y hacia un lado, quedando boquiabier-tos. ¡Diriase que tratan de escuchar con la boca en lugar de hacerlo con los oidos! Algunos, cuando habian, apuntan con los dedos hacia sus propias manos o al pecho o hacia aquellos a los que estan sermoneando. Otros no pueden estar sentados, ni de pie, ni acostados sin mover los pies o gesticu-lar con las manos. Algunos reman con los brazos como si trataran de atra-vesar a nado una gran extension de agua. Otros, finalmente, estan siempre haciendo muecas o riendose sin motivo a cada momento como chicos ato-londrados o payasos absurdos sin education.

Cuanto mejor es una postura modesta, un porte tranquilo y compuesto. un candor alegre.

[65] Antes del pecado original, la imagination cooperaba totalmente con la razon. Como una criada, reflejaba fielmente cada imagen de acuerdo con la realidad, y asi la razon nunca era engafiada en sus juicios por una imagen deformada de cualquier cosa, fuera material o espiritual. Ahora, sin embargo, esta integridad de nuestra naturaleza se ha perdido, y la imagination no cesa dia y noche de deformar la imagen de las criaturas materials, de tergiversar su esencia espiritual o de engendrar en nuestra me-moria fantasmas de cosas espirituales. Sin la ayuda de la gracia se esta propenso a grandes errores de perception, produciendose asi muchas de-formaciones de la realidad.

La naturaleza indisciplinada de la imagination es evidente en la expe-riencia de los neofitos que acaban de dejar el mundo y que estan en el co-mienzo de la vida contemplativa. No sin gran dificultad apartan su alma de millares de pensamientos e imagenes placenteras, o de fantasias en torno a su pasado que la imagination desbocada proyecta continuamente sobre la pantalla de su alma. Esta habitual actividad indisciplinada de la imagination es una de las consecuencias dolorosas del pecado original.

EL LIBRO DE LA ORIENTACION PARTICULAR

El libro de la orientation particular {The Epistle of Privy Counsel) se atribuye al mismo autor anonimo que *La nube del no-saber,* del siglo **XIV.**

[9] Dime ahora, ^sigues todavia esperando que tus facultades te ayuden a alcanzar la contemplation? Creeme, ciertamente no ocurrira asi. Las me-ditaciones imaginativas y especulativas, por si mismas, nunca te llevaran al amor contemplativo. Por muy extraordinarias, sutiles, hermosas o profun-das que sean, y aunque se centren en tus pecados, en la pasion de Cristo, los gozos de nuestra Senora o de los santos y angeles del cielo, o en las cualida-des, sutilezas y estados de tu ser o del de Dios, son inutiles en la oracion contemplativa. Por mi parte prefiero no tener nada mas que esa pura y oscura perception de mi yo de que te hable arriba. Fijate que he dicho de mi yo y no de mis actividades. Muchas personas confunden sus actividades con ellos mismos, creyendo que son lo mismo. Pero no es asi. El agente es una cosa y sus obras son otra. De la misma manera, Dios, tal como es en si mismo, es totalmente diferente de sus obras, que son tambien algo distinto. Pero, vol-viendo a mi punto, llegar a la simple conciencia de mi ser es todo lo que deseo, aun cuando ello suponga el peso doloroso del yo y rompa mi corazon con lagrimas, porque solo experimento mi yo y no a Dios. Prefiero esto con su consiguiente dolor a todos esos sutiles y raros pensamientos e ideas de que el hombre puede hablar o que puede encontrar en los libros, por muy sublimes y agradables que puedan parecer a tu aguda y sofisticada mente.

De dos senales particulares con las cuales un hombre puede discernir la llamada de Dios a esta obra

[11] La serial interior es ese deseo creciente por la contemplation que se mete constantemente en tus devociones diarias... La segunda serial es exterior y se manifiesta como un entusiasmo gozoso que mana desde tu in-terior, siempre que oyes o lees sobre contemplation...

Pero si el gozoso entusiasmo que se apodera de ti cuando lees u oyes so-bre la contemplation es realmente el toque de Dios que te llama a una vida mas alta de gracia, notaras efectos muy diferentes. Sera tan abundante que te acompaiiara al lecho por la noche y se levantara contigo por la mafiana. Te seguira a traves del dia en todo lo que hagas, penetrando en tus devociones diarias como una barrera entre ellas y tu. Parecera, ademas, que se

presenta simultaneamente con ese ciego deseo que, mientras tanto, sigue creciendo silenciosamente en intensidad. El entusiasmo y el deseo pueden parecer ser parte uno de otro. Tanto es asi, que llegaras a pensar que es solamente un deseo lo que tu sientes, aunque dudaras en decir que es precisamente lo que estas deseando. Tu personalidad quedara totalmente transfor-mada, tu porte irradiara una belleza interior, y mientras lo sientas nada te entristecera. Correrias mil kilometros para hablar con otro del que supieras que efectivamente tambien lo siente, y, sin embargo, cuando llegaras alii, te encontrarias sin palabras. Que otros digan lo que quieran, tu unica alegria seria hablar de ello. Tus palabras seran pocas, pero tan fructuosas y tan lle-nas de fuego que lo poco que dices Uenara al mundo de sabiduria (aunque parezca tonteria a los que todavia son incapaces de trascender los limites de la razon). Tu silencio sera pacifico, tu conversation provechosa y tu oracion secreta en las profundidades de tu ser. Tu autoestima sera natural y no estara estropeada por el engano, tu comportamiento con los demas sera cor-tes y tu risa alegre, como quien goza de todo con la alegria de un nifio.[9] Con que ansia amaras el sentarte aparte, sabedor de que otros, que no compar-ten tu deseo y atraccion, solo te molestarian. Habra desaparecido todo deseo de leer y escuchar libros, pues tu unico deseo sera oir hablar de la contemplation. Asi el deseo creciente de contemplation y el gozoso entusiasmo que te embarga cuando oyes o lees sobre ella se dan la mano y se hacen uno.

RICHARD ROLLE

Nada se sabe de su vida; fue ermitano en Hampole y murio en 1349. Quedan de el *Incendium amoris* y *De emendatione vitae,* entre otras obras.

DE «EL INCENDIO DEL AMOR»

[Prologo] Me maraville de verdad cuando senti por primera vez que se me inflamaba el corazon y que yo ardia, no de forma imaginaria, sino verdaderamente y hasta casi con fuego sensible. Cuando el ardor prendio me maraville tambien a causa de un inusitado deleite; y dado que era una

9. El manuscrito bodleiano reza: «Thy list is liking to play with a child». El manuscrito de Ampleforth: «Thy list to play with Jesu a child».

plenitud tan misteriosa, me tocaba a menudo el pecho, buscando saber si por casualidad dicho ardor se debia a alguna causa exterior corporea.

Pero cuando determine que estaba atizado por una causa espiritual interio, que ese ardor no era de amor carnal ni de concupiscencia, tuve la cer-teza de que era un don de mi Creador. Felizmente, por tanto, estoy total-mente libre en el deseo de mayor amor por influjo del dulce placer y de la espiritual dulzura con que aquella llama espiritual conforto profundamente mi mente. Antes de que ella, dulcemente sobreabundante de toda devotion y consuelo, me fuese derramada dentro, creia yo que un calor asi no podia sobrevenirle a hombre alguno en este exilio, pues en verdad inflama el alma como si la quemara el elemento mismo del fuego... Algunos arden en el amor de Cristo porque... desprecian este mundo atendiendo solo al servicio de Dios. Pero si se pusiese un dedo en el fuego, este sentiria el ardor; asi el alma incendiada de amor siente en verdad calor, pero una veces mas intenso y otras menos, segun lo que la fragilidad carnal es capaz de soportar. ^Quien en cuerpo mortal puede soportarlo por mucho tiempo?... Es oportuno que ello falte a quien desea y ama exteriormente, y no causa maravilla que muchos hombres de este mundo quieran avidamente aferrarlo y poseerlo con calido anhelo, para procurar a su alma admirables dones mentales y para ser acogidos entre aquellos que cantan sin fin alabanzas a su Creador. Pero a eso se oponen las cosas contrarias a la caridad, porque las mezquindades de la carne se insinuan tentando a las mentes inquietas; tambien la necesidad corporal y la congenita fragilidad humana, junto con la angustia de este des-venturado exilio, hacen a veces perder ese calor y obstaculizan y aplastan la llama que figuradamente llamo fuego por su ardor y luminosidad. En reali-dad no la quitan del todo, pues no puede serme quitada de nuevo, una vez que me ha envuelto todo el corazon; mas bien, despues de tales oleadas, ese calor tan feliz reaparece tras un tiempo de ausencia; y yo que he permane-cido penosamente frio, me considero desolado hasta que no vuelva, no te-niendo la sensation habitual de fuego espiritual, al que tienden alegres todas las partes del cuerpo y del alma y en el cual estas saben que pueden habitar seguras. Ademas, tambien el sueno se me opone como enemigo, porque en ningun momento me lamento de perderlo como cuando me vence el suefio. Al despertar procuro caldear el alma traspasada por el hielo, la cual, una vez que se apoya sobre la devotion, se que se inflama y eleva sobre todas las cosas corporeas. En verdad, el aflujo de este amor eterno no me acomete en el ocio, ni sentiria este calor espiritual si estuviera cansado por un esfuerzo fisico, descomedidamente ocupado por la alegria mundana o entregado sin moderation a la disputa; pero a veces me he sentido caldear

de nuevo incluso en medio de tales circunstancias; dejadas aparte todas las cosas por las que exteriormente andaba yo preocupado, he procurado estar en presencia de mi Salvador, y asi he puesto mi morada en pleno fuego.

[2] A los amantes se les pone de manifiesto que en los primeros aiios de la conversion nadie puede llegar a alta devotion sin estar plenamente embebido de la dulzura contemplativa; solo rara vez, y como en un abrir y cerrar de ojos, se les concede sentir algun barrunto de las cosas celestes, y aquellos que profesan humildemente son al fin hechos fuertes en el espiritu. Despues de que se hayan asumido maneras contristadas y, en cuanto lo permite la presente mudabilidad, se haya uno elevado a la firmeza de mente, se obtiene con grandes trabajos cierta perfection, de manera que se puede sentir alguna alegria en el amor celeste. No obstante, no se dice que todos los que sean de gran virtud sientan el calor de la caridad increada, ni que, disolviendose en la desmesurada llama del amor, entonen el canto de la alabanza de Dios. Este misterio esta en verdad oculto a muchos, y a po-cos les es mostrado de modo especial; porque, cuanto es alto este grado. son escasos aquellos que lo encuentran en este mundo. Rara vez (y no hay que sorprenderse de ello) descubrimos un santo, o a alguien tan perfecto en esta vida, tan absorto en el amor, que sea elevado en la contemplation a la dulzura de la melodia, es decir, que pueda acoger el divino sonido que se derrama en el y de rechazo restituir como con melodia alabanzas a Dios, y que con muchas notas alee la alabanza espiritual de manera que sienta en si mismo ese calor del amor de Dios...

Perfectos son los asumidos en la pureza extrema de la infinita amistad y aquellos a los que se les enseiia, con dulzura inagotable, una vida nueva con el calor limpido de la dulcisima caridad, y con santo espiritu de alegria traen en sus almas el feliz calor del cual reciben enormemente alegres un consuelo impensable, como de electuario espiritual.

[32] Dios querria que te conocieses a ti mismo y que examinases tu conciencia; entonces no presumirias de ti y, gracias a la comparacion con las acciones de quienes son mejores que tu, no te ensoberbecerias.

El amante veraz de Dios, cuyas entraiias estan traspasadas de amor por la belleza invisible, goza en toda la profundidad del alma, feliz, alegre y en-tregado a la activa devotion a Dios. Continuamente, cuando Cristo lo quiera, acogera un pensamiento sano y santo, mandado desde el cielo, sobre la bondad de Cristo, y entonces la meditation se mudara en canto, y la mente se evidenciara en una estupenda melodia.

Ciertamente es la dulzura de los angeles lo que el ha absorbido en el alma, y cantara las mismas alabanzas a Dios, aun cuando no con sus mis-mas palabras. Como canto de angel es la voz de este veraz amante, aun cuando no sea tan grande ni perfecto a causa del impedimento que implica la fragilidad de la carne.

Quien lo conoce conoce tambien el canto de los angeles, porque am-bos son de la misma especie, aqui abajo y en el paraiso. La melodia perte-nece al canto, no a las palabras...

Este se sentara solitario acogiendo [este canto], no cantara con los demas ni leera salmos. No es que todo hombre deba obrar asi, sino aquel al que le sea concedido obrar como le plazca, siendo guiado por el Espiritu Santo; no se apartara de su camino por palabras de hombres. Habitara en un claro calor y sera elevado por una dulcisima melodia; no tendra acep-cion de personas, y por eso sera llamado por alguno loco o rustico, porque alabara a Dios con cantico gozoso, la alabanza a Dios prorrumpira desde su corazon y su dulce voz se alzara tal como le gusta escucharla a la majes-tad divina. Tiene hermoso rostro aquel cuya belleza desea Dios y que tiene en si la sabiduria increada...

[33] Pero todo hombre elevado a santidad puede saber si posee la cancion de la que hablo: si no puede soportar a los que cantan sin recor-dar su cancion interior y sin decir que yerra el canto exterior. Que algunos de los cantores y lectores esten distraidos no se debe a perfection, sino a la inquietud de la mente, porque las palabras ajenas rompen y des-truyen sus oraciones, mientras que a los perfectos esto no les pasa, pues son tan estables, que no los distrae de la oracion o el pensamiento ni el ruido, ni los gritos, ni ninguna otra cosa, sino solo las canciones. La dulce cancion espiritual se da de modo totalmente particular, y no se armoniza con el canto exterior tal como se usa en la iglesias u otros lugares. Es mas, resulta muy discordante, porque todo cuanto esta formado por la voz exterior del hombre esta destinado a oirse con oidos corporeos, pero su melodia es acogida entre los cantos de los angeles, y por eso es recomendada con maravilla por quienes la han conocido.

[41] El amor de Dios es acepto y grato, no solo ata la mente con vincu-los de sabiduria y dulzura uniendola a Dios, sino que refrena tambien la carne y la sangre para que el hombre no resbale en la dulzura insidiosa, ni en los diversos deseos erraticos, hasta que se haga poderoso en esta vida, y su vida se consolide. Nunca he encontrado morada mejor ni mas dulce.

porque ha hecho uno de mi y de mi amor, y uno de dos. El amor mundano crecera y perecera como flor silvestre en verano, y no se habra de gozar, destinado como esta a durar tan escaso lapso de tiempo para despues aca-bar en pena, y sera ciertamente amargo para los amadores necios. Su or-gullo y el juego de la falsa belleza seran arrojados a la inmundicia, cuando esten doblados por los tormentos que no tendran fin, ni pasaran como paso la falsa felicidad que recibieron de la belleza reluciente, como se vacio y desvanecio de golpe todo lo que ellos gozaron. Dios da belleza a los hombres y a las mujeres, no para que ardan de amor mutuo despreciando a su Creador, como hacen todos hoy en dia, sino para que, conociendo los dones de Dios lo glorifiquen y amen sin descanso y deseen con solicitud la belleza celeste, en cuya comparacion la terrestre es nada. Si los siervos de este mundo muestran una forma bella, «fcual sera la belleza de los hijos de Dios en el cielo? Amemos, pues, de modo ardiente, porque amando con celeste delicia cantaremos a Cristo, con melodia cuyo amor supera todas las cosas. Vivamos, por tanto, y muramos tambien, en amor.

WALTER HILTON

Al parecer fue un agustino de Thurgarton (Nottinghamshire), y murio en 1395 o 1396. Se le atribuyen *De imagine peccati; Epistula aurea; The Scale of Perfection,* cuya primera edition es de 1494. Las frecuentes con-denas de la soberbia heretica hacen suponer que fue escrita tras el estallido de la herejia de Wiclef (condenado en 1382). El tono es ya puritano, y muchas ideas hacen presagiar a Bunyan.

De «La escala de perfeccion»

[I, 10] Ni las apariciones de espiritus en forma corporal, ni las visiones imaginarias que nos lleguen en sueiios o en vigilia, constituyen, si hemos de ser exactos, la contemplation. Y esto es verdad tambien de las impre-siones de los demas sentidos, tanto del oido, como del gusto o el olfato, o del calor sentido como un fuego ardiente en el pecho o en otra parte del cuerpo; dicho brevemente: de cualquier cosa perceptible con los sentidos corporales. Por deliciosas que tales cosas puedan ser, no son la verdadera contemplation. Aun cuando tengan un buen origen, son de menor utilidad que la practica de la virtud, que el conocimiento y que el amor de Dios,

porque en estas materias no hay engafio. Pero las experiencias de ese ge-nero pueden ser buenas, obra de un angel bueno, o bien ilusiones suscita-das por un angel malvado, que se transforma en angel de luz. Y, pudiendo ser buenas o malas, esta claro que no son las de mayor valor... El demonio, cuando Dios le da licencia para ello, puede producir las mismas experiencias sensibles que un angel bueno. Un angel bueno puede aparecer en medio de la luz, y lo mismo puede hacer el demonio, y lo mismo vale para los demas sentidos. El hombre que ha experimentado ambas cosas sabe dis-tinguir bien y mal, pero facilmente puede ser enganado aquel que no ha experimentado ni lo uno ni lo otro, o uno solamente. Son iguales por lo que concierne a los sentidos exteriores, pero hay gran diferencia en lo que res-pecta a los efectos internos. Por eso no se debieran desear con intensidad, ni recibir sin circunspeccion, sino que el alma ha de tener discretion a la hora de distinguir bien y mal, evitando asi el engafio.

[I, 15] Existen tres medios de los que hacen uso por lo general los con-templativos: leer las Escrituras y libros de instruction espiritual, la meditation y la oracion devota. No podeis usar la lectura de la Escritura,[10] por eso os conviene ocuparos mayormente de la oracion y de la meditation. Me-diante la meditation vereis cuanta necesidad teneis de la virtud, y con la oracion la obtendreis. Con la meditation reconocereis vuestra miseria, vues-tros pecados de soberbia, avaricia, gula y lujuria, los movimientos malos de envidia, ira, odio, melancolia, rabia, amargura, ociosidad e irrazonable de-presion. Vereis vuestro corazon lleno de insulsa vergiienza y aprension por las necesidades de vuestro cuerpo y por lo que el mundo piensa de vos. Todos estos movimientos rebulliran en vuestro corazon como agua turbia en una fuente sucia. Y nublaran los ojos de vuestra alma de manera que no ten-dreis vista ni goce del amor de Jesucristo. Estad segura de que, mientras vuestro corazon no sea limpiado de estos pecados gracias al firme agarra-dero de la verdad y a la observation de la humanidad de Cristo, no podeis llegar a un verdadero conocimiento espiritual de Dios. El mismo lo testi-monia en el Evangelio: «Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum vide-bunt», «bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos veran a Dios» (Mt 5,8). En la meditation vereis tambien las virtudes que deberiais tener: humildad, amabilidad, paciencia, justicia, fortaleza, templanza, pureza, paz, moderation, fe, esperanza y caridad. Es en la meditation donde las vereis

10. Hilton se dirige a una monja que no sabe latin.

en su bondad, belleza y valor. Y median te la oracion llegareis a desearlas y finalmente a obtenerlas, y sin eso no podreis llegar a ser contemplativa. Job dice: «In abundantia ingredieris sepulcrum» (Jb 5,26), es decir, con la abundancia de las buenas obras corporales y de las virtudes espirituales entrareis en vuestro sepulcro, es decir, en la quietud de la contemplation.

[I, 41] Los santos padres que nos precedieron enseiiaron que se debe aprender la medida del don dado por Dios, y actuar de acuerdo con ello, sin pretender mas de lo que se tiene de hecho. Siempre podemos desear lo mejor, pero no siempre lo obtendremos, si no hemos recibido la gracia co-rrespondiente. Un galgo que corra tras la liebre solo porque ve correr a los demas galgos, se para y vuelve a casa cuando esta cansado. Pero si corre porque ve la liebre, no se parara, por cansado que este, hasta que no la haya cogido. Lo mismo vale para la vida espiritual. Quien quiera que tenga una gracia, por pequena que sea, y deliberadamente renuncie a obrar de acuerdo con ella y vaya tras otra que todavia no le ha sido concedida, porque ve u oye que otros hombres la tienen, tal vez pueda correr durante al-gun tiempo, mientras no este cansado, pero despues se volvera a casa, y sera muy afortunado si, debido a sus quimeras, no vuelve a ella cojo. Si, en cambio, obra segun la gracia que tiene, y busca una mayor con la oracion humilde y perseverante, cuando se sienta movido a seguir la gracia ansiada podra hacerlo, a condition de que conserve su humildad. Por eso, en la medida en que depende de vos, desead sin medida ni discretion obtener de Dios todo lo que atafie a su amor o a la alegria del cielo...

[42] Hay una actividad que es de gran valor, cuya realization resulta, a mi parecer, util, y que constituye la via principal a la contemplation, en la medida en que puede serlo un esfuerzo humano. Y es que un hombre entre en si mismo y llegue al conocimiento de su alma y de sus potencias, de su belleza y de sus maculas. Con ello vereis la nobleza y dignidad que per-tenecen por naturaleza al alma desde su creation, y la abyeccion y miseria que son el resultado del pecado. Y de esa vision surgira un gran deseo de recuperar la dignidad y nobleza perdidas. La experiencia os colmara de horror y de odio hacia vos misma y, al mismo tiempo, de un proposito muy firme de superaros destruyendo todo lo que se interpone entre vos y esa dignidad y alegria. Esto es primeramente un trabajo dificil y doloroso para quienes a ello se dedican seriamente. En efecto, es un esfuerzo realizado en el alma contra la raiz de todos los pecados, grandes y pequenos, y tal raiz es simplemente un amor propio falso y desencaminado.

[I, 48] Nadie enciende una lampara para ponerla debajo del celemin, sino que mas bien la pone sobre el candelabro; es decir, vuestra mente no debe preocuparse demasiado de asuntos mundanos, pensamientos inutiles y afectos carnales, sino que debe elevarse sobre todas las cosas mundanas, en la medida de lo posible, en consideration a Jesucristo. Y si levantais la mente de este modo, vereis todo el polvo y porqueria, todas las maculas de vuestra casa, o sea, todos los amores carnales y los anhelos de vuestra alma. No todos, sin embargo, porque, como dijo David: «Delicta quis intelligit?», «¿quien puede conocer todos los pecados?» (Sal 19,13). Que es como decir: «Nadie». Y arrojareis fuera de vuestro corazon todos vuestros pecados, y barrereis el alma con la escoba del temor de Dios y la lavareis con vues-tras lagrimas, y asi encontrareis vuestra moneda: Jesus. El es una moneda, un sueldo. Es vuestra heredad. Es mas facil describir la recuperation de la moneda, que realizarla. No es obra de una hora ni de un dia, sino de muchos dias y anos con gran trabajo de cuerpo y de alma. Y si no os abando-nais, sino que buscais con diligencia, dolor y profundos suspiros, lamentos silenciosos, humillaciones, hasta que lloreis de afliccion por haber extra-viado vuestro tesoro, Jesus, finalmente, a su tiempo, cuando El quiera, lo encontrareis de nuevo.

[I, 53] Quizas os pregunteis como es la imagen [de Jesus]. Y para que no os perdais en considerarlo largo tiempo, os digo que no es como ninguna cosa material «<;Que es, entonces?», preguntais. En verdad, no es nada, y lo descubrireis si haceis la prueba... Retraed el pensamiento de todas las cosas materiales y no encontrareis nada en lo que pueda descansar vuestra alma. Esta nada es solo oscuridad de la mente, carencia de amor y de luz; asi el pecado es solo carencia de Dios. Si las raices del pecado es-tuviesen mar chit as en vos, y vuestra alma estuviese de verdad reformada segun la imagen de Jesus, al recogeros en vuestro corazon no encontrariais [esa] nada, sino a Jesus, y no solo una remembranza de su nombre, sino a Jesucristo dispuesto a instruiros dentro de vuestro corazon...

[54] Y, sin embargo, debeis afanaros en esta oscuridad de la mente, es decir, debeis retraer vuestro pensamiento de todas las cosas materiales en la medida de lo posible. Y despues, cuando no encontreis en dicha tinie-bla otra cosa que dolor, tristeza y ceguedad, debeis soportarlo y tolerarlo durante algun tiempo, si quereis encontrar a Jesus. Y debeis esforzaros en asimilar el pensamiento de Jesucristo deteniendoos seriamente sobre su pasion y su humildad, y, gracias a su poder, vuestro pensamiento se alzara sobre la tiniebla hacia Dios con ferviente deseo... Porque dentro de esta

nada Jesus yace escondido en su alegria, y todas vuestras busquedas seran inutiles para encontrarlo si no pasais por esta tiniebla de la mente.

[II, 24] Estad segura de que cuando no querais desear ni pensar otra cosa que a Jesus, y lo encontreis imposible porque os oprimen pensamientos mundanos, ya estais fuera del falso dia y estais entrando en las tinieblas. Pero esta tiniebla no es pacifica, porque no estais habituada a ella, y a causa de la falta de comprension y de la impureza que hay en vos. Por eso entrad en ella a menudo, y con la costumbre y por gracia de Dios se os hara mas facil y mas pacifica. Es decir, vuestra alma sera asi, por gracia, liberada de impedimentos, y tan robust a y recogida, que no sentira atraccion hacia los pensamientos mundanos, y ningun objeto material le impedira pensar en nada. Entonces es una oscuridad fructuosa.

JULIANA DE NORWICH

Nacio en 1342, y en 1404 aproximadamente se hizo reclusa junto a la iglesia de Saint Julian and Edward, en Conisford Norwich. Murio despues de 1416. Era visitada por los fieles y tuvo fama de santidad. El relato de sus *Revelations of Divine Love* o *Book of Showings* esta en ingles, dado que ca-recia de instruction.

DE «REVELACIONES DEL AMOR DIVINO

La segunda revelation trae la mortal palidez
del rostro de Cristo; trata de nuestra redencion,
de la decoloration del velo de la Veronica y de la complacencia
que Dios siente al ver que lo buscamos sin descanso

[10] Despues de esto vi, con mi vista mortal, sobre el rostro del Cruci-ficado que estaba colgado delante de mi (sobre el cual se fijaba continua-mente mi mirada), la expresion de una parte de los infinitos sufrimientos de su pasion: odio, salivazos, inmundicias y bofetadas, lentos e indecibles dolores y frecuente cambio de color. Y ora veia una parte del rostro, co-menzando desde la oreja hasta medio rostro, rociada de grumos de sangre. Ora, en cambio, la otra parte cubierta del mismo modo, mientras en la pri-mera parte la sangre se desvanecia entre tanto, igual que habia venido.

Esto vi yo con mis ojos, de forma confusa y oscura, y desee ver mas cla-ramente, para tener una vision mas nitida del Santo Rostro. Y se me respondio asi en mi razon: «Si Dios quiere mostrarte mas, El sera tu luz: solo tienes necesidad de El». Por eso levante los ojos a El y lo busque.

Porque no somos ahora tan ciegos e insensatos, que no busquemos siempre a Dios hasta el momento en el cual por su bondad El se nos mani-fiesta. Y cuando algo de El vemos por su gracia, somos impulsados por esa misma gracia a desear ardientemente conocerlo mas a fondo en su gloria.

Y asi levante a El mi mirada y mi prez, lo posei y continue anhelandolo. Esta, a mi parecer, es y debe ser nuestra preocupacion continua.

Despues mi espiritu fue conducido al fondo del mar, y alii vi colinas y vallejos verdes, como cubiertos de musgo, con algas y guijo. Entonces en-tendi que si cualquier ser humano, encontrandose debajo de la vasta extension de las aguas, pudiese tener la vision de Dios y la comprension de lo que El representa continuamente para el hombre, seria salvo, en cuerpo y alma, y no le sucederia mal alguno, y al morir podria gozar una consolation y un descanso que nada en el mundo iguala. Porque es voluntad de Dios que tengamos confianza de poderlo contemplar continuamente, aun cuando esto nos parezca poca cosa, y en esta fe hace El de suerte que recibamos cada vez mas gracias. Porque quiere El que lo busquen y le rueguen. Quiere que lo esperen y que en El este puesta toda la confianza de sus criaturas.

Esta segunda vision fue tan humilde, pequena y simple, que mi espiritu quedo, al considerarla, grandemente turbado por sentimientos de dolor, temor y ardiente deseo, y permanecio durante algun tiempo en la duda de si era de verdad una revelation. Despues, nuestro buen Seiior aun me conce-dio repetidamente su luz, por lo cual entendi yo que era de verdad una revelation. Era figura y semejanza del oprobio de nuestras repugnantes accio-nes que nuestro amable, puro y bendito Senor llevaba por nuestros pecados; me hizo pensar en el velo del Santo Rostro en Roma, en el cual imprimio El su rostro bendito en el curso de su dura pasion, mientras iba voluntaria-mente al encuentro de la muerte, cambiando a menudo de color. Muchos se maravillan del color livido, de la triste expresion del rostro demacrado de esa imagen, y se preguntan como puede ser esa la imagen de Aquel que es la belleza del cielo, la flor de la tierra, el fruto del seno de la Virgen. ¿Como, entonces, puede estar esta imagen tan empalidecida y tan lejos de la belleza del original? Voy a decirlo tal como yo lo entendi por la gracia de Dios.

Sabemos por nuestra fe, y creemos por la ensenanza de la santa Iglesia, que la bienaventurada Trinidad creo a la especie humana a su imagen y semejanza. Del mismo modo sabemos que, cuando el hombre cayo tan bajo

y tan miseramente por el pecado, no habia otro camino para restituirlo a su primitiva condition sino a traves de Aquel que lo habia creado. Y El, que habia creado al hombre por amor, por ese mismo amor lo reintegraria a la misma felicidad, infinitamente acrecentada. Ahora bien, igual que fui-mos creados a imagen y semejanza de la Trinidad, nuestro Creador quiso que estuviesemos como Jesucristo, nuestro Salvador, en el cielo eternamente, en virtud de nuestra renovada creation.

Movido por este doble sentimiento, amor y abnegation, quiso El ha-cerse semejante al hombre en esta vida mortal, participando en sus flaque-zas y miserias en la medida concedida al hombre sin pecado. Por tanto, como ya he dicho antes, significa que la imagen impresa sobre el velo de la Veronica era la imagen patente de la vergiienza de nuestras acciones opro-biosas, tras las cuales estaba oculto el bello, luminoso y bendito semblante de nuestro Senor en su divinidad.

Pero es indudablemente cierto, me atrevo a decir, y todos deberiamos creerlo, que nunca hubo hombre tan bello como El, hasta el momento en que su bello color se altero por la afliccion, la amargura, la pasion y la muerte. De esto se habia en la octava revelation, donde se trata mas am-pliamente de tales facciones de dolor. Yo considere la vision resueltamente, con la mente y con los ojos, toda embargada por un leve temor, y pense: «¿Que es el pecado?». Sabia muy bien que Dios hace todas las cosas, hasta la mas pequena, y veia perfectamente que nada en esta tierra esta fiado al azar, sino que todo se desarrolla segun la providente sabiduria de Dios; solo la ceguedad y la imprevision del hombre pueden reputar como efecto del azar los misteriosos designios de la Providencia.

Esta vision era, a mi parecer, una enseiianza de que Dios se complace en ser continuamente honrado por el alma, porque esta no puede hacer otra cosa que orar, sufrir y esperar. En el alma que lo acoge, esto es obra del Espiritu Santo; de ahi obtiene la claridad de la vision de Dios, por su gracia particular, cuando es su voluntad. La oracion elevada a Dios con fe, esperanza y caridad, es agradable a nuestro Senor, y la obtencion de nuestro deseo es agradable al alma y la colma de alegria. Asi se me enseno, segun entiendo, que oracion y contemplation son equivalentes, durante el tiempo que El permita que el alma sea afligida.

Es la voluntad de Dios que le roguemos para llegar a contemplarlo, y El se manifestara a nosotros por su gracia particular cuando sea su voluntad. Como pueda un alma ser admitida a contemplarlo, El mismo nos lo ensenara: esta es la mayor gloria para El, y provecho para el alma, la cual recibe entonces una infinita mansedumbre y las mayores virtudes, con la

gracia y la guia del Espiritu Santo. Porque un alma que solo se arrima a Dios con veraz confianza, sea orando, sea contemplando, es la mas alta alabanza que criatura humana pueda tributar a Dios, segun mi modo de ver.

Hay dos caminos que se pueden considerar en esta vision: uno es la oracion, el otro, la contemplation. Orar es para todos, y toda alma puede hacerlo con la gracia de Dios, y amoldandose a la enseiianza de la santa Iglesia. Dios quiere que nuestra oracion tenga tres cualidades: que sea es-pontanea y continua, sin indolencia, cosa que es posible por su gracia; ale-gre y gozosa, sin torpe pesadez ni vano afan. Quiere que sea constante y nos ayude a esperar constantemente su amor, con generosidad y sin rebe-lion, hasta el termino de nuestra vida, que durara solo un instante. Quiere, finalmente, que confiemos intensamente en El, con plena y segura fe, porque tal es su deseo. Sabemos que El se aparecera de repente en toda su gloria a aquellos que lo hayan amado. Porque su obrar es secreto, y es su voluntad que lo sintamos con amor; su aparicion sera suave e inesperada, y en El estara puesta nuestra confianza. Porque El es todo amabilidad y simplicidad para nosotros: [bendito sea su nombre!

Es mas fact I conocer a Dios que nuestra alma,
pues Dios esta mas cerca que ella: por eso,
si queremos tener conocimiento del alma,
debemos buscarlo en Dios

[56] Asi vi con suma certidumbre que es mas facil para nosotros llegar al conocimiento de Dios, que conocer nuestra alma. Pues nuestra alma esta tan firmemente fundada en Dios, y tan eternamente custodiada en El como un tesoro, que no podemos llegar al conocimiento de ella si primero no tenemos conocimiento de Dios, el Creador al que ella esta unida. Pero tambien comprendi que, pese a eso, debemos desear sabia y verazmente conocer nuestra alma: para lo cual se nos ensefia a buscarla alii donde esta, a saber, en Dios. Asi, con la amable guia del Espiritu Santo, conoce-remos a ambos a la vez: sea que nos sintamos movidos a conocer a Dios o a nuestra alma, ambos impulses son buenos y veraces.

Dios esta mas cerca de nosotros que nuestra alma; pues El es el funda-mento sobre el cual se apoya firmemente nuestra alma, y es el medio que mantiene unidas entre si la sustancia y la sensibilidad, de suerte que nunca podran ser separadas. En efecto, nuestra alma se encuentra en Dios, en supremo reposo; nuestra alma se asienta en Dios, en suprema fortaleza. y esri

naturalmente enraizada en el infinito amor de Dios: por eso, si queremos tener conocimiento de nuestra alma, entrar en intimo contacto y relation con ella, es necesario que la busquemos en el Seiior Dios, en el cual esta encerrada. Sobre esta su dulce condition fui grandemente iluminada en la decimosexta revelation, como dire.

Nuestra sustancia y nuestra sensibilidad, pues, unidas entre si, se pueden llamar justamente nuestra alma: y esto en virtud de su perfecta union con Dios. La gloriosa ciudad en la cual nuestro Seiior Jesus reside es nuestra sensibilidad, en la cual esta El encerrado; nuestra sustancia humana, por su parte, esta encerrada en Jesus con el alma bienaventurada de Cristo, que mora en paz en la divinidad.

Comprendi, ademas, claramente como debemos esperar y sufrir, hasta la hora en que penetremos tan profundamente en los secretos de Dios, que conozcamos nuestra alma con perfecta verdad. Vi que a esta extrema pro-fundidad nos conduce nuestro buen Seiior en persona, movido por el mismo amor que nos rescato con la misericordia y la gracia, a traves de los meritos de su bienaventurada pasion. Pero, no obstante todo esto, nunca podremos llegar a un pleno conocimiento de Dios, si primero no hemos conocido claramente nuestra alma. Pues no seremos completamente santos hasta el momento en que nuestra alma tenga todo su poder, es decir, hasta el momento en que nuestra sensibilidad, en virtud de la pasion de Cristo, haya crecido hasta la sustancia, con todos los meritos de las tribu-laciones que nuestro Seiior nos hara ganar por su misericordia y su gracia.

Tuve en parte experiencia de la influencia de Dios en el alma, in-fluencia que se funda sobre la naturaleza. Es decir, nuestra razon esta fun-dada en Dios, que es sustancial naturalidad. De esa sustancial naturaleza derivan la misericordia y la gracia y se derraman en nosotros, transfor-mando todas las cosas para satisfacer nuestra alegria: son nuestro funda-mento, y por ellas crecemos y nos perfeccionamos.

Estas son tres propiedades en una sola bondad: donde obra una, obran todas en las cosas que en el presente nos pertenecen. Es voluntad de Dios que comprendamos esto, deseando con todo nuestro corazon y con todas nuestras fuerzas conocerlo cada vez mas, hasta el momento en que seremos saciados: pues conocerlo plenamente y verlo con claridad no sera sino alegria sin fin y bienaventuranza de la cual gozaremos en el cielo y que Dios quiere que gustemos anticipadamente aqui abajo, manifestan-donos su amor.

Puesto que no podemos sacar provecho unicamente de la razon, sino que junto con ella debemos poseer verazmente la perception y el amor,

no podriamos salvarnos solo por el natural fundamento que tenemos en Dios si no tuvieramos tambien, procedentes del mismo fundamento, la misericordia y la gracia.

Pues de estos tres dones juntos hemos recibido todo cuanto de bueno hay en nosotros. De estos, los tres primeros dones son propios de la natu-raleza: nada mas crearnos, en efecto, Dios nos prodigo tal plenitud de bie-nes, que solo podiamos recibirlos en nuestro espiritu, y bienes aun mayo-res; pero para su providencial fin quiso, en su infinita sabiduria, que fuesemos dos partes, espiritu y naturaleza.

La decimosexto, revelation es conclusion
y confirmation de las otras quince. De la propia fragilidad
y tristeza en las privaciones, y de la propia liviandad
tras la gran consolation recibida de Jesus: no obstante
la cual el demonio recibio gran poder para seguir afligiendola

[66] Despues de eso, al buen Senor, a la noche siguiente, le plugo con-cederme la decimosexta revelacion, como mas adelante dire: esta decimo-sexta revelacion fue la conclusion y confirmation de las otras quince.

Pero antes de nada conviene que os hable de mi debilidad, miseria y ceguera... Al comienzo de este libro dije: «En aquel mismo instante, todo mi sufrimiento desaparecio de improviso». De este sufrimiento mio no habia experimentado yo dolor ni malestar alguno mientras las quince vi-siones se habian ido sucediendo ininterrumpidamente: al final todo se os-curecio y no vi nada mas. Tan pronto como sent! que debia seguir vi-viendo y languideciendo, inmediatamente se apodero de mi otra vez mi mal: primero en la cabeza, con ruidos y un estrepito ensordecedor; luego, repentinamente, mi cuerpo fue de nuevo todo un dolor, como antes. Y me senti arida y muerta, como si no hubiese recibido mas que un leve con-suelo. Y, miserable como soy, gemia y Uoraba por el mal fisico y por falta de consolation espiritual y material.

Vino entonces a mi un religioso y me pregunto como estaba. Le res-pondi que habia delirado todo el dia. A lo cual el se rio fuertemente, com-padeciendome en su interior. Dije yo entonces: «Me parecfa que la cruz que tengo delante chorreaba sangre». A estas palabras, la persona con la cual hablaba se quedo triste y sorprendida. E inmediatamente senti profunda vergiienza y estupor por mi desconsideracion, y pense: «Este hombre toma en serio cada palabra mia». Y no dije nada mas. Cuando vi que tomaba con

tanta seriedad lo que yo habia dicho, y con gran reverencia, llore, primero de vergiienza, y habria deseado la absolution; pero en aquel momento no habria podido repetir mis palabras a ningun sacerdote, ya que pensaba: «<{C6mo podria creerme un sacerdote, cuando yo no creo a nuestro Senor?)*. En la vision, en efecto, yo habia prestado fe firmemente mientras lo habia tenido delante, y habia sido mi proposito e intention mantener dicha fe hasta el fin de mi existencia; pero, necia como soy, la habia dejado des-vanecerse de mi espiritu: jah, que miserable soy!, gran pecado fue el mio, gran ingratitud que yo, por temor a un leve sufrimiento fisico, permitiese neciamente que se perdiera en un momento la consolation de aquella vision bendita de nuestro Senor Dios. Por esto podeis ver lo poco que valgo.

Pero nuestro amable Senor no quiso abandonarme en ese estado. Yaci tranquila hasta la noche, confiada en su misericordia; despues se apodero de mi el sueno. Y en el sueno me parecio al principio que el demonio me atenazaba la garganta, pegando su rostro al mio, un rostro viril, largo y de-macrado, como nunca habia visto. Su piel era roja como una teja recien sacada del horno, punteada de negro, como con pecas, mas sucia que una teja. Tenia los cabellos rojo herrumbre, cortos sobre la frente, pero col-gando en largos mechones sobre las sienes. Se rio burlonamente miran-dome con malignidad y mostrando los dientes; y me parecio todavia mas horrible. No tenia ni cuerpo ni manos bien hechas, pero con las patas me apretaba la garganta y me habria estrangulado si hubiese podido.

Esta vision horrible se me manifesto durante el sueno, a diferencia de las anteriores. Pero en todo este tiempo no deje de tener confianza en ser preservada y custodiada por la misericordia de Dios. Y nuestro amable Seiior me concedio la gracia de despertarme; me parecia estar mas muerta que viva. Las personas que estaban a mi alrededor me contemplaban, me humedecian las sienes, y comence a sentirme mejor. De repente, un humo ligero comenzo a penetrar por las puertas, junto con un gran calor y un hedor insoportable. Dije yo: *«Benedicite Domine.* Aqui dentro va a arder todo». Y pense que se trataba verdaderamente de un fuego material que nos iba a consumir a todos. Pregunte entonces a los que tenia alrededor si advertian algun mal olor, y me respondieron que no. Entonces dije yo: «Alabado sea Dios». Pues sabia bien que el Maligno en persona habia ve-nido a atormentarme. Al momento me volvi a las visiones que nuestro Seiior me habia manifestado ese mismo dia, y con toda la fe de la santa Iglesia (pues vi que una es la fe) encontre en ellas refugio y consolation. De pronto se disipo toda pena, y me senti llena de profunda paz y serenidad: todo mal fisico o temor de conciencia habia cesado.

*Es voluntad de Jesus que nuestra alma
este siempre gozosa con El; de que manera nos manifiesta
El tres expresiones de alegria*

[71] El bellisimo y glorioso rostro de nuestro Senor irradia alegria, ju-bilo y dulzura sobre nuestras almas. Pues siempre nos aguarda, viviendo en ardiente anhelo: y es su voluntad que nuestra alma este siempre gozosa con El, para recompensarlo por cuanto nos da. Y asi, espero que, con su gra-tia, haya atraido y continue atrayendo la expresion externa hacia la interna, uniendo una criatura a la otra y a todas ellas en El, en la autentica alegria duradera que es Jesus.

Me fueron reveladas tres expresiones distintas de nuestro Senor. La pri-mera es la expresion de la Pasion, visible en El mientras estaba todavia aqui abajo en esta vida, moribundo. Aun cuando el momento fuese doloroso y triste, nuestro Senor tenia una expresion alegre y feliz, pues El es Dios. La segunda expresion es un conjunto de piedad, dulzura y compasion; y El la muestra, asegurando su protection a todos los que lo aman y confian en su misericordia. La tercera es la expresion gloriosa, que permanecera para toda la eternidad; y esta me fue revelada mas a menudo y con mayor continuidad.

Asi, en el momento del dolor y de la afliccion, El nos muestra la ex-presion de la pasion y de su cruz, ayudandonos a llevar la nuestra con su bendita virtud. En el momento de nuestro pecado nos muestra la expresion de piedad y compasion, custodiandonos con su poder contra todos nuestros enemigos. Estas son las dos expresiones que El nos muestra co-munmente en esta vida; a ellas se une a veces la tercera: la expresion gloriosa, igual en parte a la que nos sera revelada en el cielo. Esta revelacion acontece con el toque de la gratia y con una suave luz que ilumina la vida espiritual, por la cual se nos mantiene firmes en la fe, en la esperanza y en la caridad, con contrition y devotion y tambien con deseo de contemplation y toda clase de autentica consolation y de suave alivio.

MARJERIE KEMPE

Nacio en 1373. Se caso en 1393 con John Kempe. Tuvo momentos de grave tentacion toda su vida hasta que se dedico a continuas peregrinacio-nes, a Tierra Santa, despues a Prusia y Bohemia y a Compostela. Dicto sus recuerdos en la vejez. En 1433 estaba en Danzig. Un amanuense recogio su biografia; el manuscrito fue custodiado por los cartujos de Mountgrace.

Parte de ella fue impresa, modernizada, en 1501 por Wynkyn de Worde con el titulo *A shorte treaty se of con temp lacy on taught by our lorde Jhesu Cryste, or taken out of the book ofMargerie Kempe of Lynn.* Otra edition, incluida dentro de una antologia de misticos, aparecio en 1521. Despues, el tesoro fue olvidado. El manuscrito acabo pasando, del monasterio, a los archivos de la familia Butler-Bowdoin. Solo en 1936 aparecio una edition del manuscrito, en ingles moderno, y finalmente, en 1940, el texto original. Los pasajes que siguen corresponden a la primera version italiana, realizada por Maria Castino para la Editrice Esperienze de Fossano.

Del «Libro de Marjerie Kempe»

La primera conversion

[I, 1] Cuando esta criatura tenia veinte anos de edad o poco mas, se caso con un respetable burgues, y al poco tiempo estaba esperando un hijo. como quiso la naturaleza. Tras haberlo concebido, se vio afligida por muchas crisis hasta que lo dio a luz. Despues, fuera por el trabajo del parto o por la flaqueza que lo precedio, desespero de su propia vida, pensando que no podria sobrevivir. Mando llamar entonces a su padre espiritual, pues tenia sobre la conciencia una cosa que nunca en su vida habia manifestado antes de aquel momento. En efecto, siempre la habia retenido su enemigo, el demonio, que le decia continuamente, mientras gozaba de buena salud, que no era necesario que se confesase, sino que bastaba que hiciese penitencia a solas, y todo le seria perdonado, pues Dios es muy misericordioso. Por eso esta criatura hizo con frecuencia gran penitencia ayunando a pan y agua, y dio limosnas acompanadas por devotas oraciones, pero sin confesarse nunca. Y cuando alguna vez estaba enferma o indispuesta, el demonio le decia que se condenaria, pues no se habia confesado de aquel pecado. Por eso, despues de nacer el bebe, ella, desesperando de su propia vida, mando a llamar a su padre espiritual con la firme voluntad de ser absuelta, en la medida de lo posible, de toda su vida. Y cuando Uego el momento de decir lo que habia mantenido oculto por tan largo tiempo, su confesor peco un poco de precipitado y comenzo a reconvenirla asperamente antes de que ella hubiese expresado completamente su pensamiento; y asi no afiadio nada mas, por mas que el hiciese. Poco despues, en parte por el temor que tenia de la condenacion eterna y en parte por las asperas reconvenciones de el, esta criatura perdio el juicio, y fue asi extraordinariamente atormentada

y torturada durante medio ano, ocho semanas y varios dias. En aquel periodo le parecia ver diablos que abrian su boca flameante de lenguas de fuego como si fueran a engullirla; unas veces le amenazaban, otras tiraban de ella, y durante todo ese tiempo la llamaron noche y dia. Ademas, los diablos gritaban con grandes amenazas y le ordenaban que abandonase el cris-tianismo, la fe, y que renegase de su Dios, de la Madre divina y de todos los santos del cielo, de sus buenas obras y todas las buenas virtudes, de su pa-dre, su madre y todos sus amigos. Y ella lo hizo asi. Desprecio a su marido, a sus amigos y a si misma; se expreso con palabras reprobables y duras; paso por alto toda virtud y bondad; deseo toda maldad. Segun como la tentaban los espiritus, hablaba y obraba ella. En sus accesos quiso muchas veces sui-cidarse y estar condenada con esos espiritus en el infierno; y como prueba de ello se mordia la mano tan violentamente, que llevo las marcas toda la vida. Ademas, se desgarraba la piel del cuerpo correspondiente a la zona del corazon con las unas, por no tener otros instrumentos; y habria hecho co-sas aun peores si no hubiese sido sujetada a la fuerza dia y noche para im-pedirle hacer lo que queria. Cuando llevaba tiempo atormentada por est as y muchas otras tentaciones, hasta el punto de que se pensaba que ya no se libraria de ellas, un dia, mientras yacia sola, habiendose alejado de ella sus guardianes, nuestro misericordioso Senor Jesus, en el cual se debe confiar siempre, bendito sea su nombre, se aparecio a esa criatura suya, que lo habia abandonado, bajo apariencia de un hombre lo mas digno, mas agra-ciado y mas amable que se pudiese ver con ojos humanos, envuelto en una capa de seda purpurea. Se sento al lado de su lecho y la miro con una expresion tan bienaventurada, que ella se sintio inmediatamente confortada; le dijo: «Hija, ^por que me has abandonado, siendo que yo no te he abandonado nunca a ti?». Y de pronto, apenas hubo El pronunciado estas palabras, vio ella claramente que el aire se abria resplandeciente como un re-lampago, y que El se levantaba en el aire, no con prisa, sino con tranqui-lidad y naturalidad, tanto que ella pudo contemplarlo bien en el aire hasta que este se cerro de nuevo. Y al momento la criatura quedo restablecida en su espiritu y razon como antes, y rogo a su marido, apenas fue a verla, po-der tener de nuevo las Haves de la despensa para servirse el alimento y las bebidas como antes hacia. Las domesticas y los guardianes aconsejaron a aquel que no le diera las llaves porque —decian— haria un dispendio con los bienes que encontrara, pues creian que no sabia lo que decia. Sin embargo, su marido, que seguia sintiendo por ella ternura y compasion, or-deno que le entregaran las llaves. Ella tomo los alimentos y bebidas ade-cuados a sus exigencias fisicas, y reconocio a sus amigos, a la gente de casa

y a todos los demas que iban a visitarla para ver como nuestro Senor Jesucristo habia ejercitado en ella su gracia; bendito sea por estar siempre cerca de nosotros en las tribulaciones. Cuando los hombres creen que El esta le-jos de ellos, esta cerquisima con su gracia.

La tentacion

[1,4] Los primeros dos aiios despues de que esta criatura fue conducida a nuestro Senor transcurrieron para ella en tranquilidad de espiritu por lo que respecta a tentaciones. Podia perseverar en el ayuno sin sufrirlas. Odiaba las alegrias del mundo. Su carne no se rebelaba lo mas minimo. Se consideraba tan fuerte como para no temer a los diablos del infierno, pues hacia mucha penitencia corporal. Pensaba que amaba a Dios mas de lo que El la amaba. Estaba afectada por la herida mortal de la vanagloria, pero no lo advertia, pues deseaba con frecuencia que el Crucificado desclavase sus manos de la cruz y la abrazase en signo de amor. Nuestro misericordioso Seiior Jesus, viendo la presuncion de esta criatura, le mando tres aiios de grandes tentaciones. De una de las mas penosas me propongo escribir para ad-vertir a los que vengan que no se fien demasiado de si mismos ni encuentren alegria en si mismos, como le sucedio a esta criatura; pues no hay duda de que nuestro enemigo espiritual no duerme, sino que activamente rebusca en nuestra constitution y en nuestra indole, y donde nos encuentra mas fragi-les, alii tiende su trampa para sufrimiento de nuestro Seiior; y nadie puede escapar a ella con sus fuerzas. Asi tendio a esta criatura la trampa de la las-civia, cuando ella creia que todo deseo de la carne estaba ya adormecido en ella. Y siguio siendo tentada por el pecado de lujuria, por mas que hiciese. Sin embargo, se confesaba a menudo, se ponia la crin, hacia grandes peni-tencias corporales, lloraba lagrimas amargas y rogaba frecuentisimamente a nuestro Seiior que la preservara y retuviera de caer en la tentacion, pues pensaba que preferia morir antes que consentir en ella. En todo ese tiempo no experimento ella placer en tener relaciones con su marido, sino que le resulto penoso y horrible. En el segundo aiio de sus tentaciones sucedio que un hombre que le era muy querido le dijo, la vispera de la fiesta de santa Margarita antes de la oracion de la tarde, que a toda costa queria acostarse con ella y satisfacer el anhelo de su carne; y que no debia resistirsele, pues, si no triunfaba en su intento, lo conseguiria en otra ocasion, que para ella no habia election. El lo hizo para ponerla a prueba, pero ella creyo que ha-blaba en serio, y le respondio apenas. Se separaron y fueron

ambos a escuchar las visperas en Santa Margarita, que era la iglesia de ella. Estaba la mu-jer tan atormentada por las palabras del hombre, que no pudo ni oir las visperas ni decir su *Pater noster,* ni dedicarse a ningun otro pensamiento pia-doso: estaba oprimida como nunca antes lo habia estado. El demonio le metio en la cabeza que Dios la habia abandonado, que de otro modo no ha-bria sido tentada de ese modo. Ella presto fe a las sugestiones del demonio, y empezo a consentir en ellas, pues no conseguia pensar en nada bueno. Por eso creyo que Dios la habia abandonado. Y cuando las visperas hubieron terminado, fue a ver al hombre que antes le habia expresado el deseo de acostarse con ella, pero el simulo hasta tal punto, que la mujer no pudo comprender su intento; y asi se separaron por aquella tarde. Esta criatura se vio tan vejada y atormentada toda la noche, que no sabia que hacer. Se acosto con su marido, pero la relation conyugal le resulto tan insoportable, que no pudo resistirla, aun cuando la cosa era legitima, y el tiempo, opor-tuno. Mas su mente estaba ocupada por el pensamiento de pecar con aquel otro hombre, como el le habia pedido. Al final se vio vencida por la singu-laridad de la tentacion y por la falta de discernimiento y, habiendo decidido dentro de si, fue a ver al otro hombre para saber si tambien el estaba de acuerdo. El dijo que no la queria ni por todos los bienes de este mundo, que preferia ser hecho pedazos. Ella se fue llena de vergiienza y de confusion, considerando la fuerza de el y su propia debilidad. Entonces penso en la gratia que antes le habia concedido Dios, en los dos afios de paz del alma que habia tenido, de arrepentimiento de sus pecados con muchas lagrimas de remordimiento, y de inqueb ran table voluntad de no recaer ya en el pe-cado, pensando preferir la muerte. Y ahora veia que su voluntad habia con-sentido en pecar. Entonces cayo en la desesperacion. Le parecia estar en el infierno, por el dolor que experimentaba. Pensaba que no merecia miseri-cordia alguna de Dios, pues su consentimiento en el pecado habia sido vo-luntario, y que nunca seria ya digna de servirle, pues tan falsa habia sido con el. Sin embargo, se confesaba a menudo, y hacia todas las penitencias que su confesor le mandaba hacer, sometiendose a las normas de la Iglesia. Dios dio la gratia a esta criatura, El sea bendko. pero no la privo de rentaciones, sino que parecio aumentarselas. Por eso ella, cr even do que Dios la habia abandonado, no se atrevia a confiar en su misericordia. Se vio atormentada por horribles tentaciones de lujuria y de desesperacion casi todo el ano que siguio; solo que nuestro Senor, en su misericordia, como se decia ella a si misma, le concedio casi cada dia dos horas de arrepentimiento de sus peca-dos, con muchas lagrimas amargas. Despues fue atormentada por tentaciones de desesperacion, como ya le habia sucedido, y se sintio lejana de la gracia

como los que no la habian experimentado nunca. Esto no podia sopor-tarlo, y siempre se desesperaba. Salvo en los momentos en que sentia la gracia, sus tormentos eran tan enormes que a duras penas podia soportarlos; no hacia otra cosa que afligirse y dolerse, con el pensamiento de que Dios la habia abandonado. Hasta que un viernes antes de Navidad, mientras esta criatura, arrodillada en la capilla de San Juan en la iglesia de Santa Margarita de su ciudad, Uoraba amargamente, pidiendo misericordia y perdon de sus pecados y transgresiones, nuestro misericordioso Senor Cristo Jesus, bendito sea, arrebato su espiritu y le dijo: «Hija, ^por que lloras tan amargamente? Yo, Jesucristo, vengo a ti, yo que mori en la cruz sufriendo atro-ces penas y padecimientos por ti. Yo, Dios mismo, te perdono tus pecados hasta el ultimo. No iras nunca al infierno ni al purgatorio, sino que, cuando dejes este mundo, en un abrir y cerrar de ojos tendras la bienaventuranza del cielo, pues yo soy el mismo Dios que te ha traido a la mente tus pecados y ha obrado de manera que hicieses confesion de ellos. Te concedo el arrepentimiento hasta el fin de tus dias. Por eso te ordeno: llamame valero-samente Jesus, tu amor, pues yo soy tu amor y lo sere indefinidamente».

Compromiso de castidad con el marido

[1,11] El viernes 23 de junio, en pleno calor, sucedio que mientras esta criatura se alejaba de York llevando en la mano una botella de cerveza, y su marido una hogaza en el seno, el le hizo esta pregunta: «Margarita, si vi-niese un hombre con una espada y quisiese cortarme la cabeza, a menos que yo tuviese relaciones contigo segun natura, como hacia antes, dime en conciencia la verdad —pues dices que no quieres mentir—: ^soportarias que me fuese cortada la cabeza antes que sufrir mis abrazos como en otro tiempo?». «Ay de mi, senor», dijo ella, «^por que planteas esta cuestion, siendo asi que somos castos desde hace ocho semanas?». «Porque quiero conocer la verdad de tu corazon». Entonces ella dijo con gran dolor: Ver-daderamente preferiria verte asesinado antes que retomar nuestras impu-ras costumbres». Y el dijo aun: «Tu no eres una buena esposa». Entonces ella le pregunto por que razon no habia el intentado tener relaciones con ella durante ocho semanas, siendo asi que ella se acostaba en su lecho junto a el cada noche. El respondio que le habia entrado tanto miedo de tocarla, que ya no se atrevia a hacerlo. «Ahora, buen senor, enmiendate y pide misericordia a Dios, pues te dije hace tres anos aproximadamente que mori-rias de improviso; este es el tercer ano, y yo continuo esperando que se

cumpla mi deseo de vivir en castidad. Buen senor, te lo ruego, concedeme lo que te pido y yo rezare por ti para que seas salvado por la misericordia de nuestro Senor Jesucristo; y tendras mas recompensa en el cielo que si llevases un vestido de crin o una coraza por penitencia. Te lo ruego, per-miteme hacer voto de castidad en las manos de un obispo cualquiera que agrade a Dios». «No», dijo el, «no te lo concedere, pues ahora puedo usarte sin cometer pecado mortal, mientras que despues ya no podria ha-cerlo». Y ella anadio: «Si es voluntad del Espfritu Santo que se cumpla lo que he pedido, ruego a Dios que tu puedas consentir en ello; y si no es voluntad del Espiritu Santo, ruego a Dios que no consientas nunca en ello». Despues partieron para Bridlington en pleno calor; la criatura sentia gran dolor y gran temor por su castidad. Cuando llegaron junto a una cruz, su marido se sento al pie de esta, la llamo junto a si y le dijo: «Margarita, cum-ple mis deseos, y yo cumplire los tuyos. Mi primer deseo es que nos acos-temos juntos en un lecho como haciamos antes; el segundo, que pagues mis deudas antes de partir para Jerusalen; el tercero, que comas y bebas con-migo el viernes como solias hacer». «No, senor», dijo ella, «no consentire nuca en romper el ayuno del viernes mientras viva». «Bien», dijo el, «en-tonces tendre de nuevo relaciones contigo». Ella le pidio que le dejara de-cir sus oraciones, y el accedio de buen grado. Entonces ella se arrodillo junto a una cruz en el campo, y oro asi con gran abundancia de lagrimas: «Senor Dios, tu conoces todas las cosas; tu sabes cuanto he sufrido por mantenerme casta por ti en estos tres anos, y ahora que podria satisfacer mi deseo, no oso hacerlo por amor tuyo. Pues, si yo rompiese ese ayuno que me ordenaste observar el viernes sin tomar ni alimento ni bebidas, ahora podria satisfacer mi deseo. Pero, Senor bendito, tu sabes que yo no quiero contrariarte en tu voluntad, y ahora mi dolor es grande, a menos que encuentre consuelo en ti. Ahora, Jesus bendito, manifiestame a mi, que soy indigna, tu voluntad, para que pueda yo seguirla y cumplirla con todas mis fuerzas». Entonces nuestro Senor Jesucristo hablo con gran dulzura a esta criatura, ordenandole que volviera junto a su marido y le rogase que le concediese cuanto ella deseaba. «E1 tendra lo que desea. Pues, hija mia querida, esta es la razon por la cual te pedi que ayunaras, para que pu-dieras obtener mas rapidamente lo que deseabas; y ahora se te concede. Ya no quiero que ayunes, por eso te ordeno en nombre de Jesus que comas y bebas como hace tu marido». Entonces esta criatura dio gracias a nuestro Senor Jesucristo por su gracia y su bondad, despues se levanto, fue adonde estaba su marido y le dijo: «Senor, si quieres, tu me contentaras y yo te con-tentare. Prometeme que no vendras a mi lecho, y yo te prometo pagar tus

deudas antes de ir a Jerusalem Concedeme que mi cuerpo sea libre para Dios, y no pretendas ya, desde este dia y mientras yo viva, que pague mi debito conyugal, y comere y bebere los viernes segun tus mandatos». Y su marido le respondio: «Que tu cuerpo sea libre para Dios como lo ha sido para mi». Esta criatura dio muchas gracias a Dios, alegrandose de haber lo-grado su intento, y pidio a su marido que dijera con ella tres *Pater noster* en honor de la Trinidad por la gran gracia que les habia sido otorgada. Y asi lo hicieron, arrodillados al pie de una cruz, y despues comieron y be-bieron juntos con gran alegria de espiritu.

BEATO GIORDANO DE PISA

Nacio en Rivalto, en la region de Pisa, en torno a 1260; en 1280 se hizo dominico y estudio en Paris. Predicador y lector en Florencia y Pisa, murio en 1311 mientras se encaminaba a Paris para ensenar.

DE LAS «PREDICACIONES FLORENTINAS»

Predication del 11 de junio de 1303 en San Benito

«Ego sum vitis vera et vos palmites. Omnem palmitem in me non ferentem fructum toilet eum Pater, et qui fert fructum purgabit eum» (Jn 15,1-2)...

Se limpian tambien los arboles y las plantas, y esta limpieza se hace po-dandolos y quitandoles lo superfluo; por eso el buen hortelano, cuando el arbol bueno da poco fruto, le corta ramas en muchas partes para que la sa-via que saca de la tierra no se vaya toda en ramas y frondas, y pierda asi el fruto. De este modo les hace Dios a sus amigos que estan ya purificados por el primer modo [de la penitencia]: les aplica este segundo. Vera Dios que todo el amor de la persona y toda su solicitud esta, tal vez, en las riquezas, en las posesiones, en su familia, en los parientes, en las demas cosas; estas son las ramas. Veralo Dios, que sera Dios lo que sera todo disperso en estas cosas; por eso, para que no se pierda asi, va quitando estas ramas; por lo cual, si ve que tiene demasiadas riquezas o demasiadas cosas del mundo, permitira que pierda algunas, o que le sean quitadas; y Dios permite, no obstante, que se produzcan las molestias para que los hombres buenos se pulan y paguen los arbitrios y los grandes impuestos y hagan muchos gastos

en el ayuntamiento, y en otras partes donde el las pierda. Y esto hace a fin de que el levante de ellas el corazon; y la esperanza y el amor, que todo ello debe estar en Jesucristo, no se extienda a esas cosas del mundo. Puede ser tambien que tengas una familia hermosa y grande, y mujer; pero, viendo Dios que pones en ella demasiado el corazon y la amas desordena-damente, tal vez te quite al hijo, o a la mujer, o al marido, o al hermano, o al amigo, y otros semejantes; o te quitara la salud de tu cuerpo, en cuyas cosas ponias tu amor, a fin de que ese amor tuyo sea encauzado todo el a Dios, para quien debe ser. Mas si supierais lo utilisima que es esta limpieza, no os lamentariais como lo haceis, mas bien os considerariais muy dicho-sos por ella. Pero no lo sabeis; y se debe a la poquisima luz de verdad. Le-emos de muchos santos del Antiguo Testamento que fueron riquisimos, pero no leemos que Dios les quitase sus riquezas. La razon de ello fue que estos eran hombres perfectisimos, y no se ensoberbecian por esas cosas, ni ponian en ellas su corazon ni su amor. Sino que su corazon estaba entero en Dios, y, puesto que no habia necesidad, no les limpio de ellas Dios. Y asi os digo tambien que, si las personas reconocieran los beneficios de Dios y los bienes que de el reciben, y no pusieran en ellos el corazon ni se ele-vasen sobre ellos con soberbia, Dios los mantendria en ellos; pero dado que estos son rarisimos, Dios limpia a la mayor parte de sus amigos de ese modo, a unos mas y a otros menos, segun ve que es menester. En tiempos de los santos y de los apostoles, todos los que se convertian vendian inmediatamente todos sus bienes y los ponian a los pies de los apostoles, y estos los repartian entre ellos y entre los demas cristianos, que se habian con-vertido y eran todos pobres tambien; sin embargo, todos estaban desprendidos de las cosas del mundo. Y ved que todos cuantos se convertian se hacian entonces monjes perfectos, por lo cual no se quedaban nin-guna cosa del mundo, y por eso todos se daban a Dios al momento; y por eso estan obligados los monjes, a ellos conviene la perfection de la vida santa, y a los obispos tambien; y hoy llevan los frailes esta vida, no que-dandose cosas del mundo. Quien conociese este podar que Dios hace en el, y como construye su vida, que lo vivifica, quedaria muy satisfecho de ello. Este apostol del que hemos hablado fue podado asi, y del tener del propio cuerpo. La tercera limpieza es esta limpieza grande, a la manera en que se purifican los metales a fin de eliminar toda herrumbre y ganga; por eso el oro, cuando se quiere refinar de veinticuatro quilates se pone al fuego, y alii se refina y se limpia todo. <¿Quien es este oro? El hombre santo y justo. Si no se limpiase tendria herrumbre. ¿Cual es el fuego que limpia? Son las tentaciones del Diablo y de la came. Dichas tentaciones son santisimas

para quien Dios las permite tan grandes, y no tendra menor tormento un justo en una batalla que le de el Diablo o la carne, que el que tenga uno por las cosas y el tener del mundo. Por eso estas tentaciones son calificadas de fortisimas, de fuego; por lo cual muy a menudo estos santos varones las tendran tales, que se afanaran demasiado en ellas. Estas penalidades, esta purgation, este recocimiento da Dios a sus amigos para que con las como-didades del mundo no se herrumbren y se echen a perder; asi se prueba el oro fino, que no se muda, sino que siempre esta integro y lleno de virtud. [De la tercera cosa, es decir, la fructification del arbol, no hablamos].

Deo gratias, amen.

Predication del 4 de octubre de 1304 en Santa Maria Novella

Lo mismo que los marineros, cuando sobreviene alguna tempestad, o llegan al puerto, por el gran temor a periclitar sueltan todas las cuerdas de la vela, sin dejar ni una —es mas, las cortan, no se ponen a desatarlas, no, que les costaria demasiado, sino que de golpe las cortan de un tajo para huir mejor del peligro; que aun cuando quedase una sola de ellas, y las demas fuesen cortadas, todavia causaria mucho impedimento—, asi nosotros estamos atados con muchas cuerdas, como con el mundo que asi nos ata. Este esta atado de un modo, y aquel de otro, y todos tenemos muchas ligaduras. Uno esta atado con amor de padre o de parientes, otro con de-leites del mundo que no quiere dejar, este con miedo, aquel con deuda, y de mil modos que nos tienen atados. Ahora bien, hermano, ^quieres huir de verdad, deseas de verdad partir del todo? Apartate de todo impedimento, corta todas las cuerdas, todas las ligaduras, no te pongas a desatarlas, no; cortalas y te salvaras.

Predication del 27 de diciembre de 1305 en Santa Maria Reparata

El deleite espiritual es en si una cosa sutilisima y muy profunda, y por eso no puede entrar en lugar de ocupaciones; como vemos mundanamente en los instrumentos sutiles, en la viola, que es instrumento sutil. El laud, la trompeta y las chirimias tienen un sonido fuerte que penetra y se oye este uno ocupado por otro sonido o no; pero el de la viola es un sonido pro-fundo y sutil, y muy dulce. Es de los instrumentos que tienen mas dulce y sutil sonido, mucho mas que otros; quien quiera deleitarse con el no con-

viene, pues, que este ocupado con otra cosa; es mas, conviene que este todo atento a el. Y por eso, cuando suena ese instrumento y uno habia, se le dice: «Estate callado, no hables»; pues no hay cosa tan pequena que no lo impida. Lo mismo pasa con aquel que es buen cantante y tiene una voz clara y hermosa; de el se suele decir: «Este es un cantante de camara», es decir, que su canto requiere que no haya ruido. Otras voces que se hacen a coro, fuertes y broncas, no requieren esa cautela, porque ensordecen a las demas, quieranlo o no; pero quien quiera deleitarse en aquel canto conviene que este todo apretado, unido y atento a el, y que no oiga ni vea ninguna otra cosa, y de este modo encuentra en el su deleite.

DANTE ALIGHIERI

No por casualidad en la Academia platonica florentina el estudio de la *Comedia* se equiparaba al de Platon, como fuente de sabiduria esoterica y mistica. Los versos que siguen, de los cantos XXX y XXXI del *Purgatorio,* quedan iluminados por la reconstruction que Marius Schneider hizo del «paisaje mistico» de origen megalitico y que reaparece, fragmentariamente o por alusiones, en todas las tradiciones, desde las chamanisticas hasta las oc-cidentales. Schneider[11] observa que en el paisaje se alzan dos montanas, entre sus cimas se extiende el paraiso perdido, y en el se encuentra Dante desde el canto XXVIII del *Purgatorio.* Desde alii ve siete candelabros que parecen arboles, el tetramorfos de Ezequiel (leon, aguila, hombre, toro), el carro de Dios tirado por un animal de naturaleza doble, un personaje fausto, hijo de Hipocrates o medico, y otro provisto de espada, amen del ejercito de los martires. Debajo de Dante estan las siete estrellas de la Osa, encima las siete Pleyades y la lluvia de la gracia, en el centro esta el arbol de la vida cir-cundado por la zorra, el aguila y el dragon; en contraste con este, florido, el arbol seco donde moran el gigante y su concubina. Para atravesar el Leteo, Dante debe ser sumergido y sacado por Matilde, «como una lanzadera».

Transpuesto al piano acustico, el paisaje da estos valores: el Leteo es el rio *fa-si* de la muerte, Eunoe es *re,* rio de juventud, y juntos constituyen los brazos de Geminis u Hombre universal de naturaleza doble, cuyo vientre es el pozo del infierno. La fuente comun de los dos rios es la garganta que hay entre las dos cimas, que es tambien la garganta de Geminis o el cuello

11. M. Schneider, *La danza de espadas y la tarantela,* **Barcelona, 1948, pags. 89 y sigs**

del arbol de la vida. El tetramorfos corresponde en la notation simbolica a *fa, do, re, mi* respectivamente. Al numero 7 corresponde el *mi,* y al toro corresponden los siete candelabros.

Los dos personajes, el medico y el hombre con la espada, y todas las demas imagenes, son elementos que denotan simbolicamente la cima del arbol de la vida, donde habitan las hilanderas; encima estan las nubes donde los muertos hacen la lluvia. Geminis mismo esta indicado por el grifo (Cristo) y por los dos personajes, el medico (san Lucas) y el provisto de espada (san Pablo). Es en este punto donde se debe proceder a una inversion para sanar de la enfermedad que ha petrificado el corazon. El monte del Purgatorio se eleva desde el mar de llamas, es decir, desde la fie-bre, que impulsa a la inversion.

Quien sepa purificarse con las lagrimas y tenga el corazon deshecho oira finalmente la musica de las esferas: este proceso, que esta senalado igualmente en la danza de espadas y en la tarantela, se describe en los versos que siguen.

DE LA «DIVINA COMEDIA»

Arrepentimiento, olvido, hienaventuranza, son sus etapas

[Purgatorio, XXX, 73-145]

«Mirame bien, soy yo; soy, en efecto, Beatriz.[12] ^Como te has dig-nado[13] subir a este monte? ^No sabias que el hombre es aqui dichoso?».[14]

Mis ojos se inclinaron hacia las limpias ondas;[15] pero, viendome re-flejado en ellas, los dirigi hacia la hierba: tanta fue la verguenza que aba-tio mi mente. Pareciome Beatriz tan terrible como una madre irritada con su hijo, porque amarga el sabor de la piedad acerba.[16] Ella guardo silen-cio y los angeles cantaron de improviso *In te, Domine, speravi,*[17] pero no pasaron de *pedes meos.* Asi como la nieve se congela y endurece al soplo

12. Beatriz se aparece a Dante como la filosofia a Boecio *(De consolationephilosophiae'*, **1,2).**
13. *Te has dignado:* **has conseguido.**
14. «¿Quien subira al monte del Senor?... El hombre de manos inocentes y puro cora-zon» (Sal 24,3-4).
15. *Limpias ondas:* **aguas del Leteo; Dante mira el agua del olvido que le permitiria ser puro.**
16. La piedad rigida da amargura.
17. Cantan el Salmo 31,1-9: «Senor, en ti he confiado; no quede yo nunca confundido... Y me abriste una senda segura»

de los vientos de Esclavonia, entre los arboles que crecen sobre el dorso de Italia, y luego se licua por si misma, en cuanto la tierra que pierde la sombra envia su aliento, semejante al fuego que derrite una vela, asi me quede sin lagrimas ni suspiros antes que cantasen aquellos cuyas notas responden siempre a la armonia de las esferas celestes. Mas cuando com-prendi por sus dulces palabras que se compadecian de mi mas que si hu-biesen dicho: «Mujer, ^por que asi lo maltratas?», el hielo que oprimia mi corazon se deshizo en suspiros y agua y, junto con mi angustia, salio de mi pecho por la boca y por los ojos. Estando ella, sin embargo, inmovil sobre el costado izquierdo del carro, dirigio de este modo sus palabras a las compadecidas sustancias angelicas: «Vosotros velais en el eterno dia, de modo que ni la noche ni el sueno os roban ninguno de los pasos que da el siglo en su camino; asi pues, respondere con mas cuidado, a fin de que comprenda el que alii llora y sienta un dolor proporcionado a su falta.[18] No solamente por influencia de las grandes esferas que dirigen cada semilla hacia algun fin, segun la virtud de la estrella que la acorn-pana, sino tambien por la abundancia de la Gracia divina (cuya Uuvia desciende de tan altos vapores que no puede alcanzarlos nuestra vista), fue tal ese en su edad temprana por su natural inclination, que todos los buenos habitos habrian producido en el admirables efectos; pero el te-rreno mal sembrado o inculto se hace tanto mas maligno y salvaje cuanto mayor vigor terrestre hay en el. Por algun tiempo lo sostuve con mi presencia: mostrandole mis ojos juveniles, lo llevaba conmigo en direction del camino recto. Pero tan pronto como estuve en el umbral de la se-gunda edad y cambie de vida, este se separo de mi y se entrego a otros amores. Cuando subi desde la carne hasta el espiritu y hube crecido en belleza y virtud, fui para el menos querida y menos agradable. Encamino sus pasos por una via falsa, siguiendo tras enganosas imagenes del bien, que no cumplen totalmente ninguna promesa. Ni siquiera me ha valido impetrar para el inspiraciones por medio de las cuales lo llamaba en sueiios o de otros modos, segun el poco caso que de ellas ha hecho. Tan bajo cayo, que todos mis medios eran ya insuficientes para salvarlo, a menos que le mostrase el mundo de las almas condenadas. Por el he visitado el umbral de los muertos y dirigi mis ruegos y mis lagrimas al que lo ha con-ducido hasta aqui. Se hubiera violado el alto decreto de Dios si hubiera

18. Mis palabras son dichas para que las entienda el que llora al otro lado del Leteo. a fin de que su dolor sea proporcionado *[d'una misurd)* **a la gravedad de su culpa.**

cruzado el Leteo y hubiera gustado los manjares que aqui se producen sin haber pagado con el arrepentimiento, que hace verter lagrimas».

[Purgatorio, XXXI, 76-145]

Por fin, cuando alee la faz[19] advertf que las primeras criaturas habian cesado de esparcir flores, y mis miradas, poco seguras aun, vieron a Beatriz vuelta hacia la fiera que es una sola persona con dos naturalezas.[20] Cubierta con su velo y al otro lado de la verde orilla, pareciome que se vencia a si misma en su anterior belleza, mucho mas de lo que vencia a las demas mujeres cuando vivia en el mundo. La ortiga del arrepentimiento me punzo tanto, que odie todas las cosas mortales que me habian desviado de su amor;[21] el remordimiento me oprimio el corazon de tal modo, que cai desmayado. Lo que me sucedio entonces lo sabe aquella mujer que fue causa de ello. Cuando el corazon me restituyo la facultad de percibir las cosas exteriores vi por encima de mi a la Dama que antes habia encontrado sola y le oi decir: «j Agarrate, agarrate a mi!».

Habiame sumergido en el rio hasta la garganta e, impeliendome ella, iba caminando sobre el agua con la ligereza de una lanzadera. Cuando estuve cerca de la dichosa orilla oi tan dulcemente *Asperges me,* que no puedo recordarlo y mucho menos escribirlo.[22] La hermosa Dama abrio sus brazos, rodeo con ellos mi cabeza y me sumergio de modo que hube de beber el agua. Despues me saco fuera y, mojado como estaba, me presento ante las cuatro bellas bailarinas,[23] cada una de las cuales extendio sobre mi su brazo.

19. Al levantar los ojos, Dante ve que las primeras criaturas, los angeles, ya no espar-cen flores sobre Beatriz, la cual esta vuelta hacia una fiera.
20. La fiera es el grifo, mitad leon, mitad aguila. «Cristo... es leon a causa del Reino y de la Fortaleza... aguila porque despues de la resurreccion volvio a los astros» (Isidoro de Sevilla, *Etimologias,* **VII, 2).**
21. Es aun mas bella aqui de lo que era antes, cuando aventajaba en belleza a las demas mujeres de la tierra; cuanto mas me habian desviado atrayendome a si en la tierra, tanto mas me disgustan aqui las diversas seducciones (me punza la ortiga del arrepentimiento).
22. Dante es sumergido en el Leteo por la mujer que se le aparecio «solitaria» a la en-trada del paraiso terrestre: Matilde, a la que algunos han identificado con Matilde von Magdeburg o Matilde von Hackeborn; es una figura semejante a la Lia de la que habia Ri-cardo de San Victor. Los angeles cantan el Salmo 51,9: «Asperjame con el hisopo y que-dare limpio; lavame y sere mas bianco que la nieve».
23. Las cuatro virtudes cardinales protegen a quien ha bebido el olvido. Son ninfas en el sentido que da a este termino Porfirio.

«Aqui somos ninfas y en el Cielo estrellas; antes de que Beatriz des-cendiese al mundo fuimos designadas como siervas suyas. Te conduci-remos ante sus ojos, Pero las tres del otro lado, que ven mas a fondo, aguzaran los tuyos para que veas la placida mirada que hay dentro de ellos».

Asi me dijeron cantando y despues me llevaron hacia el pecho del Grifo, donde estaba Beatriz, vuelta hacia nosotros. Despues anadieron: «No economices tus miradas. Te hemos puesto delante de las esmeral-das desde las que Amor te lanzo un dia sus dardos».

Mil deseos mas ardorosos que las llamas atrajeron mis ojos hacia los suyos, brillantes, que aun estaban fijos en el Grifo. Como el Sol en un espejo, la doble fiera se reflejaba en ellos, ya de un modo ya de otro.[26] Piensa, lector, si yo estaria maravillado al ver tal objeto permanecer inalterable en si mismo y transformandose en su imagen reflejada.[27] Mientras que, llena de estupor y gozosa, mi alma gustaba de aquel ali-mento que, satisfaciendola, la hacia mas deseosa de el, aquellas tres, que demostraban en su actitud ser de una jerarquia mas elevada,[28] se adelantaron danzando al compas de sus angelicos cantares.

«Vuelve, Beatriz, vuelve tus ojos santos (tal era su cancion) hacia tu fiel amigo, que ha dado tantos pasos para verte. Por gracia, haznos la gracia de descubrirle tu faz, de modo que contemple la nueva belleza que le ocultas».[29]

¡Oh resplandor de viva luz eternal ^Quien es el que, habiendo pa-lidecido a la sombra del Parnaso o bebido en su fuente, no tendria la frente ofuscada al intentar representarte tal cual apareciste alii donde el Cielo te circundaba resonando con su acostumbrada armonia cuando te descubriste?

24. Las tres virtudes teologales.
25. Los ojos de Beatriz fijan ahora la mirada de Dante: ya le lanzaron las armas de Amor, los dardos. Las esmeraldas aguzan la vista, sirven de espejo (en hebreo *bareqeth* in-dica «lanzar llamas») y son el fundamento de la ciudad celeste (Ap 21,19).
26. Ya como aguila, ya como leon.
27. Se trata de una imagen que transmite especulativamente el arquetipo.
28. Las tres virtudes teologales son de rango aun mayor que la Sabiduria de Dios, o Beatriz, que saciando da mas hambre de si (Si 24,21).
29. Las bellezas del rostro son los ojos y, en segundo lugar, la boca

JACOPO PASSAVANTI

Nacio de familia noble, tal vez en Florencia, en 1302; a los quince anos se hizo dominico. Estudio en Paris y despues ensefio en Pisa y Roma. Fue prior de Santa Maria Novella, en Florencia, iglesia que contribuyo a edifi-car y ornamentar. Escribio en latin, y despues en lengua vulgar, *El espejo de la verdadera penitencia,* Murio el 15 de junio de 1357.

DE «EL ESPEJO DE LA VERDADERA PENITENCIA»

Donde se demuestra como la verguenza
retrae a otros de la penitencia

[III, 1] El primer impedimento es la verguenza, por la cual el hombre se retrae de hacer la obra de la penitencia, como confesar sus pecados, llo-rar y golpearse el pecho, orar, ayunar, ser despreciado, huir de las usanzas y las companias, perdonar las injurias, devolver paz, y cosas semejantes que hace hacer la penitencia; de ellas hacen los hombres del mundo objeto de escarnio y vituperio. Por eso muchos, por verguenza, se retraen de hacer penitencia; cosa que no deben hacer. En primer lugar, si consideramos la razon natural, esta nos indica y ensena que no es verguenza, ni debe serlo, que el hombre se lave y se limpie cuando este sucio y feo, sino que mas bien es verguenza ensuciarse; asi, no es verguenza levantarse cuando uno se cae, sino que debe ser verguenza el caerse; asi, no es vergiienza veneer, sino ser vencido. Por lo cual, puesto que el hacer penitencia es lavarse, levantarse y veneer, y el pecar es ensuciarse, caer y ser vencido, manifiesta cosa es que debemos avergonzarnos de pecar, y no de hacer penitencia. Pero, como dice san Bernardo, la ceguera de los hombres es tanta, que se averguenzan de lavarse, y no de mancharse. La segunda razon es que no nos debemos preocupar de las befas ni de los escarnios de los hombres mundanos, que son necios y ciegos. Por eso dice Seneca que con fortaleza y rectitud de animo se deben soportar los vituperios y los escarnios de los necios. Y en obrando el hombre bien, debe alegrarse de ser despreciado. Cosa improcedente seria que el hombre se preocupase de si un ciego lo vi-tupera por deleitarse en ver la luz; y de si un cojo lo escarnece por andar derecho; y de si uno que hubiese naufragado en el mar y perdido su car-gamento se le burla por haber sabido salvar vida y bagaje de la tempestad y de los peligros del mar. Asi el hombre que por la penitencia vuelve a la

luz de la gracia y a la rectitud de la justicia, liberado del peligro del proce-loso mar del mundo, no se debe preocupar, ni tener verguenza, del escar-nio de los hombres mundanos, los cuales son mucho mas dignos de ser es-carnecidos. Ademas, aun cuando del pecado debemos avergonzarnos, y confesarlo con verguenza, sin embargo, por amor a la verdad y a la justicia no debemos preocuparnos de la verguenza de fuera, como dice san Gre-gorio sob re Maria Magdalena, que tanta era la verguenza del pecado que tenia dentro, que no considero que debia avergonzarse de cosa alguna de fuera. Por eso dice Salomon: «Est confusio adducens gloriam, et est con-fusio adducens ignominiam». San Agustin lo comenta diciendo: «Hay una verguenza con la que el alma, al mirar sus pecados, obtiene correction; y esta verguenza es para el alma causa de gloria», Y hay otra verguenza por la cual el hombre se retrae de hacer el bien, por el que diran de los hombres; y esta provoca confusion y vituperio.

La primera confusion quiero tener yo, para ser librado por ella de la confusion eternal. Y no debemos pretender agradar a los poderosos, ni ser alabados por ellos, ni preocuparnos de las irrisiones ni de las befas que ha-gan de nosotros. Pues Seneca dice que desagradar a los poderosos y ser vi-tuperados por ellos es una gran alabanza. Y san Gregorio dice que el des-precio que los hombres perversos hacen de nuestra vida equivale a apro-barla. Podremos creer que agradamos a Dios cuando desagrademos a aquellos que a el le desagradan. Y aun dice mas Seneca: «No es el hombre feliz, o sea, dichoso y bienaventurado, si la turba no lo desprecia». El hombre bueno no debe intentar agradar a muchos, sino a unos pocos buenos: que el agradar o querer agradar no esta exento de vicio. Por eso el Apos-tol dice: «Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem». Y el salmista dice: «Deus dissipavit ossa eorum, qui hominibus placent: confusi sunt, quoniam Deus sprevit eos». Si yo agradase a los hombres, no seria siervo de Cristo, dice el Apostol. Y el salmista: Dios ha dispersado y des-truido los huesos de los que agradan a los hombres. Dice la glosa en ese pasaje: es decir, los que desean agradar a los hombres estan confusos, por-que Dios los ha despreciado. — No se debe, pues, por el agrado o desa-grado de la gente, dejar el bien que se debe hacer al projimo. El ejemplo de ello nos lo dio Jesucristo nuestro Salvador, el cual, despreciado y escar-necido muchas veces por los fariseos, no se preocupaba de ello, ni dejaba, no obstante, por eso el bien ni la doctrina de los milagros. Por lo cual una de las veces, al contarle sus discipulos que los fariseos se habian escandali-zado y murmuraban de ciertas palabras que Jesucristo habia dicho, les res-pondio: «Sinite eos; caeci sunt et duces caecorum». Dejadlos hablar y no

os preocupeis de ellos, son ciegos y guias de ciegos; y si un ciego guia a otro ciego, ambos caeran en la fosa. Asi mismo, cuando le echaban en cara que no guardaba el sabado, al hacer milagros —como quedo manifiesto cuando ilumino al ciego de nacimiento y cuando euro al paralitico que Ue-vaba treinta y ocho anos junto a la piscina—, no dejaba, sin embargo, el buen obrar de los milagros; y a las palabras de ellos, o no respondia, o les demostraba que decian mal, por ignorancia o por envidiosa malicia. Asi se lee de los apostoles que se gozaban en las ignominias y las persecuciones que soportaban por amor de Dios. La tercera razon por la que el hombre no se debe avergonzar de hacer penitencia es que por la penitencia se tapa aquello de lo que el projimo se debe avergonzar, es decir, el pecado. Asi dice san Agustin sobre esa palabra, «Beati quorum remissae sunt iniquita-tes, et quorum tecta sunt peccata»: si tu acusas, Dios te excusa, si tu te ma-nifiestas, Dios te esconde. Por eso en el Libro de la Sabiduria se dice de Dios: «Dissimulans peccata hominum propter poenitentiam». Dice que Dios finge no ver los pecados de los hombres por la penitencia.

De la tercera ciencia, la diabolica

Brevemente, todas las cosas que son cognoscibles, es decir, que se pueden saber, o que cualquier entendimiento humano las sabe natural-mente o por ejercicio de estudio, el diablo las entiende y sabe de sobra. Por eso los doctores, considerando su grandisima ciencia, se plantean la cuestion de si conoce los pensamientos del corazon o las cosas que estan por venir. Y responden en primer lugar acerca de los pensamientos del corazon, y dicen que los pensamientos se pueden conocer de dos modos. Uno es conocerlos por alguno de sus efectos manifiesto al exterior, y de este modo conoce con mucha frecuencia los pensamientos interiores, no el diablo, sino el hombre, en la medida en que los hombres tienen un jui-cio mas sutil, bien por disposition natural, bien por ciencia o por expe-riencia de las cosas ocultas. Por eso, no solamente por operaciones exte-riores, sino por un semblante, una mirada, una mudanza del rostro, se apercibira el hombre del pensamiento y la afeccion que hay dentro, lo mismo que los medicos expertos, por el pulso o por algun otro signo, co-noceran la disposition de los pensamientos, de las pasiones y de las afec-ciones del animo, como son amor, miedo, tristeza y otras muchas. El otro modo en que se pueden conocer los pensamientos es segun que esten en el entendimiento o en las afecciones, o lo que es decir lo mismo, según

que esten en la voluntad o en el corazon. Segun este modo ninguna cria-tura que este fuera del hombre los puede conocer, sino solo Dios, al cual estan sujetos y manifiestos la voluntad y el corazon del hombre sin mediation alguna, como demuestran san Agustin en el libro *De divinatione daemonum* y Santo Tomas en la *Summa.* Por eso decia Dios por el profeta Jeremias: «Pravum est cor hominis et inscrutabile, et quis cognoscet illud? ego Dominus, scrutans corda»: el corazon del hombre es profundo y per-verso hasta el punto de ser inescrutable: ^quien, pues, lo podra conocer?, y sigue: «Yo, que soy el Senor, escruto los corazones». Y el profeta David: «Scrutans corda et renes Deus». No puede, pues, el diablo conocer el pensamiento ni la voluntad del corazon si de algun modo estos no se ma-nifiestan mediante actos, signos o aspectos exteriores. De esto se sigue que sabe todo lo que los hombres dicen, hacen y ordenan en cualquier lu-gar, en cualquier tiempo y de cualquier modo. Se sigue, ademas, que sabe lo que los hombres imaginan fantaseando, y lo que suenan; porque la imagination y el sueno no quedan encerrados dentro por el entendimiento ni la voluntad, sino que son sentimientos corporales, aun cuando esten dentro con respecto a los sentimientos de fuera...

Con toda su ciencia y todo su poder, del que dice la Escritura que no hay semejante sobre la tierra, no puede mudar el diablo la voluntad del hombre, sobre la cual, lo mismo que sobre la parte intelectiva, no tiene poder ni fuerza, propiamente hablando. Por eso no puede poner en el corazon un pensamiento ni un deseo que el hombre no quiera tener ni reci-bir: y no puede entrar ni obrar dentro del corazon ni la mente, si el hombre no le franquea la entrada con el consentimiento de la voluntad: que, si pudiera hacer entrar o poner alii dentro lo que el quisiese, considerando su malicia y su voluntad obstinada en el mal, y la envidia odiosa, que es puerta en el hombre, ninguno se le escaparia, y asi se eliminaria la liber-tad del arbitrio que tiene el hombre, y este no tendria dominio sobre sus operaciones, y no se le imputaria ni merito ni pecado. Pero, aun cuando no pueda obrar directamente dentro de la mente, de manera indirecta puede hacer mucho mal; puede merodear, y lo hace todo el dia; y, si no dentro de la puerta, si al menos dentro de las antepuertas, que son los sentimientos de fuera y de dentro, que el puede transmutar, alterar, informar y modelar. Toda la parte sensitiva de dentro y de fuera esta sujeta a su ciencia y su fuerza, la cual, sin mudanza ni alteration, ha de provocar e in-citar a la parte intelectiva, es decir, a la voluntad y la razon, las cuales en los hombres viciosos se pueden mover, pues estos, no habituados por el ejercicio de la virtud a dominarlas ni a refrenarlas, se lanzan desenfrenanadaente

a seguir el apetito sensitivo, el cual, conmovido por el diablo, por la concupiscencia o por la ira, por la alegria o por la tristeza, por el miedo o por el amor, por avasalladoras destemplanzas de humores, por vigoro-sos movimientos de espiritus o por el desordenado calentamiento de miembros, atrae provocando fuertemente a la voluntad desamparada de la razon, la cual esta ocupada y ofuscada por las pasiones del apetito sensitivo mientras no discierne, al juzgar, lo que la voluntad debe razonable-mente querer. Y de este modo puede el diablo provocar tentando e inci-tando la voluntad del hombre, pero no necesariamente doblegarla. Y asi se entiende la Escritura, donde dice: «Cum diabolus jam misisset in cor, ut froderet eum Judas, etc.», y en algun otro lugar habla de ello. Puede, pues, el diablo transmutar la imagination y la fantasia: durante el sueiio, haciendo sonar; durante la vigilia, haciendo aparecer e imaginar figuras, impresiones, semejanzas de cosas pavorosas, deleitables, terribles y fasti-diosas, de cosas verdaderas o de cosas que parecen verdaderas. Por lo cual puede hacer que a la persona le parezca, de si misma y de los demas, que son lo que no son, y que no son lo que son: como sucede en los que deli-ran y en los borrachos, y en aquellos que por alguna pasion de amor, miedo u otro grave accidente, perturbada su imagination, abandonan la memoria y pierden el conocimiento.

FRAY SILVESTRE BEATO

Fray Silvestre Beato fue converso camaldulense, profeso en 1315. Mu-rio en 1348. Compilador de sus *Dichos* fue Zanobi Tantini, camaldulense, que cuenta asi la entrada del maestro en la orden: «Entro en el oficio de la cocina, recibio el don del Espiritu Santo».

DE LOS «DICHOS»

Dijo fray Silvestre: «No le pidas a Dios gracia, sino venganza de ti»...

Dijo: «Yo no miro de recomendar la virtud, sino de hacer frente y de inculpar al vicio. Cristo no recomendaba, sino que increpaba y mostraba y descubria la malicia del vicio. Cristo obraba con rectitud, y no con doblez».

Decia: «Bien ciego es quien obra bien por dar buen ejemplo a los otros. Ciego, hazte bien a ti mismo, y cuida primero de ti, y no de dar buen ejemplo. No miras por que decia Cristo: "Sint lumbi vestri praecinti, etc", y "lo

que hace una mano no, etc.". Porque el hablaba y obraba rectamente, y no con vicio; su vida fue un buen ejemplo, pero no hacia el bien ni era bueno para dar buen ejemplo, como ciertos espirituales y escribas y fariseos»...

Dijo: «Si revelas tu pasion, o desaparece o mengua; y si, pese a todo, regresa, no regresa tan fuerte»...

Decia: «E1 deseo del alma va en pos del cuerpo».

Decia: «La regla esta hecha para los viciosos, y no para los buenos, que son regla para si mismos»...

No queria que el fraile en confesion declarase el sueno, sino que dijese simplemente: «Me acuso de que tuve un sueno malo». Porque es peor la memoria que el sueno.

SANTA CATALINA DE SIENA

Catalina Benincasa nacio de familia de comerciantes en Siena el 25 de marzo de 1347, y tuvo que luchar para veneer la hostilidad familiar frente a sus ascesis, que incluian la flagelacion, la privation del sueno, la cadena de hierro que penetraba en la carne, el ayuno total. Pudo finalmente vestir el habito dominicano. Tuvo arrebatamientos frecuentes y recibio ciencia in-fusa. Sus estigmas fueron invisibles, pero dolorosos. Fray Raimundo de Capua, en su *Legenda major* cuenta hechos extraordinarios, como esta initiation que tiene rasgos de chamanistica: «Una vez mientras oraba con mas fervor al Senor, y le decia con el Profeta: "Crea en mi, oh Dios, un corazon puro, y renuevame por dentro con Espiritu recto" (Sal 51,12)», le sobre-viene la vision de Dios que le quita el corazon y se va con el. Al confesor le confia que ya no tiene corazon; mientras, Dios regresa trayendole uno ber-mejo y resplandeciente, diciendo: «Mira... te doy el mio», dejando como signo del milagro una cicatriz (II, 6).

Cuando se sintio tentada de experimentar repugnancia por la llaga de un enfermo al que curaba, no tanto por efecto natural, cuanto por obra del enemigo, que provoco un hedor para removerle las entranas, se enco-lerizo santamente con su cuerpo diciendo: «Lo que tanto aborreces te en-trara en las entranas». Recogio la fetida lavadura y se la bebio. «Hecho esto, la tentacion de repugnancia ceso... Catalina... me dijo en voz baja y en secreto: "Desde que estoy en el mundo no he tornado nunca un ali-mento ni una bebida mas dulce y exquisita que aquella"», asi lo testimo-nia fray Raimundo (II, 4). El demonio le infligia tambien imagenes de hombres y mujeres deshonestos, y le plantaba ante los ojos figuras torpes,

hacia danzar a su alrededor una chusma que se burlaba de ella a carcaja-das. Cristo, por el contrario, la instruyo en su arte: «Hija, toma por amor mio lo dulce por amargo, y lo amargo por dulce, y no dudes de nada» (I, 11), de manera que ella exclamaba: «Oh eterna bondad de Dios... <que has hecho? De la culpa procede la virtud, de la debilidad la fuerza, de la ofensa la clemencia, del dolor el placer» (I, 10).

En 1370 comenzo la obra politica de santa Catalina, rodeada por su «magnifica brigada». Viajo a Pisa, Florencia, Avinon, donde persuadio a Gregorio XI para que volviera a Roma. Murio en Roma el 29 de abril de 1380.

Al parecer fue analfabeta; sus *Didlogos* ciertamente fueron dictados.

DE FRAY RAIMUNDO DE CAPUA, «LEGENDA MAJOR»

[I, 10] El Senor Jesucristo... se presento ante ella y le dijo: «^Sabes, hija, quien eres tu y quien soy yo? Si sabes estas dos cosas, seras dichosa. Tu eres la que no es; yo, en cambio Aquel que soy»...

¡Mira, pues, oh lector, hasta que punto toda criatura esta rodeada por la nada! Sacada de la nada, tiende naturalmente a la nada; con el pecado se reduce a la nada, como dice Agustin; nada puede hacer por si misma, como afirma la misma Verdad encarnada, que dice: «Sin mi no podeis hacer nada» (Jn 15,5).

Por tanto, se puede concluir que la criatura no es...

¿Que plaga de soberbia puede entrar en el alma que sabe que es nada? ¿Quien se puede gloriar de una obra hecha, si sabe que no es la suya? ¿C6mo considerarse superior a los demas, si en lo intimo del corazon sa-bra que no es? ^De que manera despreciara a los demas, o los envidiara, quien se desprecia a si mismo hasta la nada? ^Como podra gloriarse de las riquezas terrenas quien ya ha despreciado la propia gloria?... Aun mas: (jcomo osara llamar suyas a las cosas del mundo quien sabe perfectamente que no le pertenecen, y que son de Aquel que las hizo? Admitido esto, ;que alma podra deleitarse en los placeres de los sentidos, si se aniquila a si misma con esta consideration?

DE LAS «CARTAS»

Consuelos a un condenado,
de una carta a fray Raimundo de Capua

[CCLXXIII] Fui a visitar a quien sabeis: con ello recibio tanto alivio y consolation, que se confeso y se preparo muy bien, Y me hizo prometer por el amor de Dios que, cuando llegase el momento del ajusticiamiento, yo esta-ria con el. Asi lo prometi, y lo hice. La manana antes de la ejecucion fui a verlo, y recibio gran consolation. Lo lleve a oir misa, y recibio la santa comu-nion, la cual no habia recibido. Aquella voluntad estaba acordada y sometida a la voluntad de Dios: y solo habia quedado en el un temor, el de no ser fuerte cuando llegara el momento. Pero la desmesurada y ardiente bondad de Dios lo distrajo, creandole tanto afecto y amor en el deseo de Dios, que no sabia estar sin el, diciendo: «Estate conmigo y no me abandones. Asi no estare sino bien; y morire contento». Y mantenia su cabeza sobre mi pecho. Entonces sentia yo jubilo y el olor de su sangre; y no era sin el olor de la mia, que deseo derramar por el dulce esposo Jesus. Y, creciendo el deseo en mi alma, y sintiendo su temor, dije: «Consuelate, dulce hermano mio; porque pronto lie-garemos a las bodas. Tu iras lavado en la dulce sangre del Hijo de Dios, con el dulce nombre de Jesus, el cual no quiero que se te vaya nunca de la me-moria. Te espero en el patibulo». Ahora pensad, padre e hijo, que su corazon perdio entonces todo temor, y su cara se mudo de triste en alegre; y gozaba, exultaba, y decia: «<fDe donde me viene tanta gracia, que la dulzura de mi alma me espere en el santo patibulo?». ¥ Ved que habia llegado a tanta luz, que llamaba santo al patibulo! Y decia: «Ire todo alegre y fuerte; y me pareceran mil anos el tiempo que tarde en llegar, pensando que vos me esperais alli». Y decia palabras tan dulces de la bondad de Dios, que hacia llorar.

Lo espere, pues, en el patibulo; y espere alii con continua oration y presencia de Maria y de Catalina virgen y martir. Pero antes de llegar a ella,[30] me arrodille y extendi el cuello sobre el tajo; mas no senti que yo tu-viese pleno el afecto a mi misma. Alii arriba rece, y rogue encarecidamente, y dije: «j Maria!», que yo queria la gracia de saber darle, al llegar el momento, luz y'paz de corazon, y despues verlo volver a su fin.[31] Llenose entonces mi alma tanto, que, aun cuando habia alii una multitud del pueblo, no podia yo ver a criatura alguna, por la dulce promesa que se me hizo.

30. A la ejecucion.
31. Volverse a Dios.

Despues llego el, como un cordero manso, y al verme comenzo a reir; y quiso que yo le hiciera la senal de la cruz. Y recibida la serial, dije yo: «jAbajo!, ja las bodas, dulce hermano mio!, que pronto estaras en la vida perdurable». Se arrodillo con gran mansedumbre; y yo le extendi el cue-llo, y me incline hacia abajo, y le recorde la sangre del Cordero. Su boca no decia otra cosa que Jesus y Catalina. Y mientras asi decia, recibi la ca-beza en mis manos, poniendo la mirada en la divina bondad y diciendo: «Quiero».

Entonces veia a Dios-y-Hombre, como si viese la claridad del Sol; es-taba abierto, y recibia la sangre; en su sangre, un fuego de deseo santo, dado y escondido en su alma por gracia; recibia en el fuego de su divina caridad. Despues que hubo recibido la sangre y su deseo, recibio su alma, a la cual puso en el receptaculo abierto de su costado, lleno de misericor-dia: asi la Verdad primera manifestaba que solo por gracia y misericordia lo recibia, y no por ninguna otra obra. jOh, cuan dulce e inestimable era de ver la bondad de Dios!, j con cuanta dulzura y amor esperaba a esa alma separada del cuerpo!; volvio sus ojos misericordiosos hacia ella, cuando llego a entrar dentro del costado banado en su sangre, la cual tenia valor por la sangre del Hijo de Dios. Asi fue recibido con potencia por Dios (po-deroso para poder hacerlo); y el Hijo, sabiduria Verbo encarnado, le dio y le hizo participar del amor crucificado con el cual recibio el penosa y opro-biosa muerte por la obediencia que presto al Padre para utilidad de la hu-mana naturaleza y generation; y las manos del Espiritu Santo lo encerra-ban dentro.

Pero el hacia un dulce acto de sacar mil corazones. Y no me maravillo de ello, porque ya gustaba la divina dulzura. Se volvio como hace la esposa cuando ha llegado a la puerta de su esposo, que vuelve la mirada y la ca-beza hacia atras, haciendo una inclination a quien la ha acompanado, y con ese gesto muestra signos de agradecimiento.

Una vez que fue sepultado, mi alma descanso en paz y quietud, con tanto olor de sangre, que no podia yo resistir quitarme la sangre de el que me habia caido encima.

¡Ay de mi, misera miserable!, no quiero decir mas. Permaneci en tie-rra con grandisima envidia. Y me parece que la primera piedra esta ya puesta. Y por eso no os maravilleis si no os impongo otra cosa que veros anegados en la sangre y en el fuego que derrama el costado del Hijo de Dios. Ahora, pues, no mas negligencia, dulcisimos hijos mios, pues la sangre comienza a derramarse, y a recibir la vida. Dulce Jesus, Jesus amor.

DE «EL DIALOGO

[2] Y como parece que en la comunion se une mas dulcemente a Dios y conoce mejor su verdad —ya que entonces el alma esta en Dios y Dios en el alma al modo que el pez esta en el mar y el mar esta en el pez—, le vino por ello el deseo de que Uegase la manana para ir a la santa misa. Aquel era el dia de Maria. Llegada la manana y la hora de la misa, le invadio una gran ansia y un gran reconocimiento de lo que era, avergonzandose de su im-perfection. Le parecia ser ella la causa de todo el mal que se hacia por todo el mundo, concibiendo odio y disgusto de si misma, junto con deseos de que se hiciera justicia. Por aquel reconocimiento, odio y justicia deseados purificaba las manchas y culpas que le parecian existir. Ciertamente que ese reconocimiento le invadia el alma cuando decia: «;Oh Padre eterno!, yo me vuelvo a ti para que castigues las ofensas en este tiempo perecedero. Y, puesto que soy la causa de las penas que mi projimo debe sufrir en razon de mis pecados, te suplico benignamente que las castigues en mi».

[3] Entonces la Verdad eterna arrebato y atrajo hacia si con mas fuerza los anhelos del alma, obrando como en el Antiguo Testamento, porque en-tonces cuando se ofrecian sacrificios a Dios, bajaba fuego y atraia hacia si la ofrenda que le era agradable. La dulce Verdad hizo lo mismo con aquella alma, de modo que envio el fuego clemente del Espiritu Santo y recogio el sacrificio de los deseos que ella tenia y le dijo: «^No sabes, hija mia, que to-das las penas que puede sufrir el alma en esta vida no son suficientes para poder ser castigo de una pequena culpa? Porque la ofensa que a mi se hace, Bien infinito, requiere una satisfaction infinita. Por eso quiero que sepas que no todos los sufrimientos sobrevienen en esta vida por via de castigo, sino para facilitar la enmienda y avisar al hijo que peca. La verdad es esta: que se satisface con el deseo del alma, esto es, con la verdadera contrition y abo-rrecimiento del pecado. La contrition verdadera satisface por la culpa y por la pena; no por el dolor finito que se sufre, sino por el deseo infinito. Dios, que es infinito, quiere amor y dolor infinitos. Por dos motivos quiere el dolor infinito: uno, por la propia ofensa cometida contra su creador, el otro, por la ofensa que se hace al projimo. En cuanto a los que tienen deseo infi-nito, es decir, que se hallan unidos a mi por afecto de amor —por eso se due-len cuando pecan o ven pecar—, la pena que sufren, espiritual o corporal, venga de donde venga, tiene merito infinito y satisface por la culpa, que me-recia pena infinita, aun presuponiendo que sus obras sean finitas, hechas en tiempo finito. Pero por ser practicada la virtud y sufrida la pena con gusto y con aborrecimiento infinito del pecado, por eso tiene tanto valor».

Esto lo demostro Pablo cuando dijo: «Si tuviese lengua de angeles, co-nociese las cosas futuras, diese lo mio a los pobres y mi cuerpo a la ho-guera, si no tuviere caridad, de nada me valdria» (1 Co 13,1-3). Enseiia el glorioso Apostol que las obras finitas, sin el condimento del afecto de la ca-ridad, no son suficientes ni para expiar ni para recompensar.

[4] ... Por el conocimiento de ti misma te humillaras al ver que «de por ti» no eres, y conoceras que tu ser viene de mi, que os he amado antes de que existieseis. Por el inexplicable amor que os tuve, queriendo cre-aros de nuevo por la gracia, os he lavado y vuelto a crear en la sangre de mi Hijo unigenito, derramada con tanto fuego de amor.

Esta sangre hace conocer la verdad a quien se le haya quitado la nube del amor propio por el conocimiento de si mismo, pues de otro modo no la podria alcanzar. Entonces el alma se encendera en un amor inefable a causa de este conocimiento sobre mi. Por el se halla en continuo sufri-miento; no aflictivo, que atormente o le produzca aridez, sino el que hace progresar. Pero como ha conocido mi Verdad, su propia culpa y la ingrati-tud y ceguera del projimo, padece torturas intolerables, y, consiguiente-mente, sufre, porque ama, pues, si no amase, no sentiria dolor.

[8] ... Todas las virtudes se prueban y cobran vida en relation con el projimo, lo mismo que los malvados dan el ser a todos los vicios en relation con el projimo. Si lo analizas bien, la humildad es probada por la soberbia, esto es, que el humilde mata la soberbia, razon por la cual el soberbio no le puede hacer dafio espiritual; tampoco la infidelidad del inicuo, que ni me ama ni espera en mi, al que es fiel le disminuye la fe; ni la esperanza, que ha nacido en el por amor a mi, sino que, mas bien, las fortalece y deja todas comprobadas por la dileccion del amor al projimo. Y, aunque se le vea sin fe y sin esperanza ni en mi ni en si mismo —pues el que no ama no puede tener esperanza en mi, sino que la pone en los propios sentidos, a los que ama—, siempre queda la esperanza de que busque en mi la salvation. Asi .ves que en su infidelidad y falta de esperanza se prueba la virtud de la fe. En esto y no en otras cosas da pruebas de la fe, las da por sus obras y las que hace por el projimo.

La justicia no se empequenece con la injusticia, sino, mas bien, intenta dar pruebas de ella, es decir, desenmascara al injusto por la virtud de la pa-ciencia; lo mismo que la benignidad y mansedumbre se manifiestan en el tiempo de la ira por medio de la dulce paciencia; y en la envidia, el des-precio y el odio muestran la dileccion de la caridad en cuanto al hambre y deseo de la salvation de las almas.

Tratado de la discretion:
semejanza de como la caridad, humildad y discretion
estdn intimamente unidas;
a esta semejanza debe acomodarse el alma

[10] (fSabes cual es la position que ocupan estas virtudes? Imagina un circulo rodeando la tierra y que de la mitad de el sale un arbol con un re-tono lateral unido a el. El arbol se nutre de la tierra contenida en la an-chura del circulo. Si el arbol se hallase fuera de la tierra de ese circulo, se moriria y no daria fruto hasta que no fuese plantado en el.

De modo semejante, piensa que el arbol de la virtud ha nacido en el circulo del amor, y por ello no puede vivir sino del amor. Es, pues, cierto que, si el alma no tiene amor divino de verdadera y perfecta caridad, no produce frutos de vida, sino de muerte. Es de necesidad que la raiz de este arbol, es decir, el afecto del alma, este y brote del circulo del verdadero conocimiento de si. Este conocimiento, de por si, esta unido a mi, que no tengo principio ni fin, como el circulo, pues cuando tu vas dando vueltas dentro de el, no encuentras ni fin ni principio y te hallas siempre en su interior. El conocimiento de si mismo y de mi en el se encuentra y reposa sobre la tierra de la verdadera humildad, la cual es tan grande cuanto lo es la amplitud del circulo, esto es, del conocimiento que ha tenido de si por la union conmigo. De otra manera no seria circulo sin principio, sino que lo tendria al haber comenzado a conocerse a si mismo, y terminaria en la confusion si este conocimiento no se hallase unido a mi.

Por tanto, el arbol de la caridad se alimenta de la humildad, haciendo brotar de su interior el retono, como te he dicho. La medula de ese arbol, o sea, el afecto de la caridad que se halla en el alma, es la paciencia. Esta es una serial que manifiesta que se halla en el alma y que esta se halla unida a mi. Este arbol tan dulcemente plantado echa flores perfumadas de virtud con muchos y variados colores. Da frutos de gracia al alma y de utilidad para el projimo, segun la disposition con que quiera recibir los frutos de mis servidores. A mi me da el perfume de la gloria y alabanza de mi nom-bre, y asi cumple la finalidad para que lo cree y consigue su objetivo, llegar a mi, que soy vida perdurable, y no puedo ser apartado de el si el no quiere.

Todos los frutos producidos por el arbol se hallan sazonados con la discretion, porque todos se hallan unidos entre si, como te he dicho

Tratado de la oration

[71] ... Porque en cuanto advierte el demonio que el espiritu esta co-dicioso de recibir, cae sobre el y se transforma aquel espiritu en forma de luz, Tienta a las almas con aquello en que ve a las almas dispuestas a de-sear y aceptar, pues ve al espiritu engolosinado, y su deseo fijo unicamente en las consolaciones y visiones espirituales. No deberia apegarse a ellas, sino solo a las virtudes, y, por humildad, considerarse indigna de ellas y buscar solo consuelos en mi amor. Como no es asi, se les presenta el demonio en forma de luz de diversas maneras; unas veces, bajo las aparien-cias de angel, y otras, como si fuera mi Verdad o alguno de mis santos. Esto lo hace para atraparlas con el anzuelo del gusto espiritual que tiene puesto en las visiones y deleites del espiritu. Y, si esas almas no se elevan con humildad verdadera por el desprecio a cualquier deleite, quedan pre-sas en este anzuelo, en manos del demonio. Pero, si desprecian el deleite con humildad y me abrazan con amor a mi y no al don, pues soy yo el que da, el demonio no puede sufrir, por su soberbia, ese espiritu humilde.

Si me preguntas: «^En que se puede conocer que la visita es, mas bien, del demonio que tuya?», yo te contesto que la serial es esta, que si es el de-monio el que ha venido al espiritu para visitarlo en forma de luz, el alma, de inmediato, recibe alegria con su visita; pero cuanto mas tiempo per-manece, mas pierde esa alegria, y llega el tedio, la oscuridad, el desaso-siego de espiritu y la ofuscacion interior. En cambio, si verdaderamente es visitada por mi, Vida eterna, recibe el alma, en el primer momento, santo temor, y con el alegria y seguridad, junto con una dulce prudencia; de modo que, dudando, no duda, sino que, reconociendose indigna de si misma dira: «No soy digna de recibir tu visita, y, no siendo digna, ^como puede ocurrir esto?». Entonces se vuelve a la generosidad de mi caridad, reconoce y ve que soy yo el que puede dar y que no me fijo en la indigni-dad, pues yo mismo la hago digna de recibir la gracia y de advertir mi pre-sencia, pues no desoigo el deseo con que ella llama. Por eso me recibe hu-mildemente, diciendo: «Ecce ancilla tua: tu voluntad sea hecha en mi». Entonces sale del camino de la oration y de mi visita con alegria y gozo del espiritu, con humildad, juzgandose indigna, y con caridad, recono-ciendola como venida de mi.

Esta es la serial de que el alma es visitada por mi o por el demonio: si la visito yo, en el primer momento, al medio y al fin siente temor, alegria y hambre de virtud; si es el demonio, la primera apariencia es la alegria, y des-pues queda turbada y en oscuridad de espiritu. Asi lo he dispuesto para que

os sirva de signo y para que el alma si quiere andar humilde y prudente, no pueda ser enganada. Sufre engaiio la que prefiere navegar solo con el amor imperfecto de las propias consolaciones antes que con mi afecto.

Los imperfectos quieren seguir solamente al Padre,
pero los perfectos siguen al Hijo.
Vision que tuvo esta alma. Se habia
de bautismos diversos y de otras cosas bellas y utiles

[75] Te he dicho que el alma ha salido de la casa,[32] lo que es signo de ha-berse levantado de la imperfection y unido a la perfection. Abre los ojos del entendimiento y mira como corren por el puente de la doctrina de Cristo, que para vosotros fue regla y camino. El que se halla en amor imperfecto, no quiere sufrir trabajos, y como en mi no puede haberlos, me sigue a mi; pero no a mi, sino al deleite que en mi encuentran.

No lo hacen asi los que quieren la perfection, los cuales no ponen los ojos de su entendimiento en mi, sino que, como ebrios y ardiendo en amor, suben los tres escalones comunes que puse como alegoria de las tres po-tencias del alma, y que prefiguran aqui los tres peldanos del cuerpo de Cristo crucificado, mi Hijo unigenito. Subidos a los pies por el afecto del alma, alcanzan el costado, en que encuentran los secretos del corazon y co-nocen el bautismo del agua, que tiene valor de sangre. En ella encontro el alma la gracia del santo bautismo una vez que ella tiene preparado su re-ceptaculo para recibir la gracia, empapada de la sangre.

¿Donde conocio el alma la dignidad de verse unida y empapada en la sangre del Cordero cuando recibe el santo bautismo en virtud de la sangre? En el costado conocio el fuego de la caridad divina. Asi te lo mostro mi Verdad, si te acuerdas bien, cuando le preguntaste: «Dulce e inmacu-lado Cordero, tu estabas muerto cuando te abrieron el costado; ^por que quisiste que fuese herido y partido tu corazon?». Si lo recuerdas bien, El respondio que habia muchas razones para ello. Te dire la principal: porque mi amor al genero humano era infinito, y el acto de sufrir penas y tormen-tos era finito, y por lo finito no podia manifestar todo el amor con que amaba, que era infinito. Por eso quise que vieseis el secreto de mi corazon

32. Quienes se dedican a la oracion han salido —despues del tiempo de la peniten cia— fuera de la «casa del conocimiento de si mismos».

mostrandotelo abierto, para que vieses que yo amaba mas que lo que po-dian demostraros mis sufrimientos finitos. Derramando sangre y agua, os mostre el santo bautismo del agua, el cual recibis en virtud de la sangre. Tambien os mostre el bautismo de la sangre de dos modos: uno es aquel en que son bautizados en la sangre derramada por mi. Cuando no pueden recibir otro bautismo, ese tiene valor en virtud de mi sangre. Otros se bau-tizan con el fuego, deseando el bautismo con afecto de amor, y no lo pueden recibir. No hay bautismo de fuego sin sangre, puesto que esta se halla entremezclada y empapada con el fuego de la divina caridad, ya que fue derramada por amor.

Hablando figuradamente, recibe el alma de otro modo el bautismo de la sangre. De este provee la caridad, porque conoce la enfermedad y la fragili-dad del hombre, pues por ellas pierde la gracia, que recibio en el bautismo en virtud de la sangre. (No es que el hombre se vea forzado, por su fragili-dad o por otra causa, a cometer pecado en contra de su voluntad, sino que, como fragil, cae en la culpa de pecado mortal.) Por eso fue necesario que la caridad divina determinara dejarles un perenne bautismo de sangre, que se recibe con la contrition de corazon y con la santa confesion, declarando, cuando se puede, los pecados a mis ministros, que tienen la llave de la sangre. Con ella rocia el sacerdote la cara del alma por la absolution.

Si uno no se puede confesar, basta la contrition de corazon. Entonces, la mano de mi dementia os da el fruto de esta preciosa sangre; pero, pu-diendo confesaros, quiero que lo hagais. Quien lo pueda hacer y no quiera, sera privado del fruto de la sangre. Cierto que en el ultimo momento de la muerte, si quiere el hombre confesarse y no puede, tambien recibira la sangre. Pero ninguno sea tan insensato que por esta razon se deje llevar de la confianza para poner en orden sus acciones en el ultimo extremo de la muerte, porque no es seguro, en razon de su obstinacion, que yo, en mi divina justicia, no diga: «Tu no te acordaste de mi en la vida, cuando te fue posible; yo no me acuerdo de ti en la muerte». Por ello, nadie se abandone, y, si alguno lo ha hecho, no debe dejar para el ultimo momento el confesarse pretextando la confianza en la sangre.

Ves, por tanto, que este bautismo es perenne, por lo que el alma debe bautizarse en el continuamente. Por el conoce que mi obra, esto es, el su-frimiento en la cruz, fue finita, pero el fruto que de el habeis recibido por medio de mi es infinito. Esto ocurre en virtud de la naturaleza divina, infinita, unida a la humana, finita, que sufre en mi, el Verbo, que me hallo vestido de vuestra humanidad. Pero, porque se hallan entremezcladas y fundidas una en otra, no porque sea infinito el sufrimiento del cuerpo ni

del deseo que tenia de terminar vuestra redencion, la eterna divinidad atrajo hacia si la pena que sufri yo con tan ardoroso amor. Por eso puede llamarse infinita a esta operation; no porque lo sea el sufrimiento del cuerpo ni la pena de deseo que debia satisfacer por vuestra redencion, sino porque ella termino en la cruz cuando el alma se aparto del cuerpo. Pero el fruto que produjo el sufrimiento y el deseo de vuestra salvation es infinito, y por ello lo recibis de modo infinito.

Si no hubiese sido infinito, el genero humano no hubiera sido restau-rado, es decir, el presente y el porvenir. Tampoco el pecador podria levan-tarse de su culpa si este bautismo de la sangre no se hubiera dado de modo infinito, o sea, si no fuera infinito su fruto.

[78] Estos[33] imitan al Cordero inmaculado, mi Hijo unigenito, que, es-tando en la cruz, se hallaba feliz y afligido: afligido, al soportar la cruz, su-friendo en el cuerpo los trabajos y el deseo de satisfacer por el pecado del genero humano, y feliz porque la naturaleza divina, unida a la humana, no podia#sufrir, y constantemente hacia feliz a aquella naturaleza humana al mostrarsele sin velo alguno. Y por esto se hallaba feliz y afligido, pues la carne sufria, mientras que la divinidad no podia padecer. Lo mismo ocu-rre al alma en cuanto a la parte superior del entendimiento.

De la misma manera, estos hijos queridos, los que han llegado al ter-cero y cuarto grados, se encuentran afligidos por llevar la cruz temporal y espiritual, esto es, sufriendo temporalmente las penas en su cuerpo en la medida en que yo lo permito; tambien la cruz del deseo, es decir, el tortu-rante dolor por el pecado contra mi y en perjuicio del projimo. Repito que son felices por el deleite de la caridad, que les hace bienaventurados y no les puede ser arrebatada, por lo que reciben alegria y felicidad. Por esta razon no se llama a este dolor «dolor aflictivo», que empobrece al alma, sino «dolor aumentativo», porque la hace crecer en el afecto de la caridad, pues las penas aumentan, fortifican, acrecientan y ponen de manifiesto la virtud.

Asi que la pena es aumentativa y no aflictiva, ya que ningun dolor ni pena la pueden apartar del fuego. Como el tizon, cuando se halla hecho brasa en el horno, no hay quien lo pueda coger para apagarlo, porque todo el es fuego, asi las almas, puestas en el horno de mi caridad, no quedan fuera de mi; ninguna queda con su voluntad propia, sino hecha completa-mente fuego en mi. Nadie las puede agarrar y apartarlas de mi gracia, porque

33. Quienes han llegado al cuarto grado, en el que se ambicionan los oprobios de Cristo.

se han hecho una cosa conmigo y yo con ellas. Nunca me aparto de su presencia, su espiritu me siente dentro de si, mientras, como te dije, de los otros me aparto y vuelvo, desapareciendo a su perception, aunque no en cuanto a la gracia. Esto lo hago para que consigan la perfection. Llegados a ella, abandono el juego del amor, ese marchar y volver que se llama «juego de amor», porque por amor desaparezco y por amor vuelvo. No soy yo precisamente quien desaparece, pues soy inmutable, sino la perception que pone mi caridad en el alma; ella es la que va y vuelve.

[79] ... Decia que los privados por mi de la perception nunca pierden mi presencia. En algun modo, sin embargo, me aparto de ellos, porque el alma que se halla unida al cuerpo no es capaz de recibir de modo perma-nente la union que verifico en ella, y, por no ser apta, me retiro; no por causa de la perception o de la gracia, sino por la union. Se elevan las almas con anhelante deseo, corren con brio por el puente de la doctrina de Cristo crucificado, alcanzan la puerta por la elevation de su espiritu hacia mi. Empapadas y embriagadas de sangre, arden con fuego de amor y sa-borean en mi la eterna divinidad, que en ellas es mar de paz, donde han logrado tan perfecta union que el espiritu no tiene movimiento alguno que se halle fuera de mi.

A pesar de ser mortales, experimentan los bienes inmortales, y, sopor-tando la pesadez del cuerpo, reciben la agilidad del espiritu. Por eso, mu-chas veces el cuerpo es elevado de la tierra, a causa de la union efectuada conmigo; algo asi como si un cuerpo pesado se hiciese volatil. No por ello pierde su gravedad, sino que la union que el alma ha hecho conmigo es mas completa que la existente entre el alma y el cuerpo, y por eso la fuerza del espiritu unido a mi levanta de la tierra el peso del cuerpo, y este queda inmovil, completamente desprendido por el afecto del alma, a la vez que, como recordaras haber oido de algunas personas, le seria imposible vivir si mi bondad no lo rodeara de fortaleza.

Por eso quiero que sepas que es mayor milagro ver que el alma no se separa del cuerpo durante esta union, que ver muchos cuerpos resucita-dos. Y asi, yo, por algun tiempo, la privo de la union, haciendo volver al alma al vaso de su cuerpo; es decir, que el cuerpo, totalmente enajenado por el afecto del alma, recobra su sensibilidad. No es que el alma se aparte del cuerpo, lo que no hace sino por la muerte, sino que sus potencias la abandonan, y tambien el afecto, por el amor unido a mi. Por lo que la me-moria no se encuentra llena sino de mi; el entendimiento es sublimado al contemplar mi Verdad; la voluntad, que sigue al entendimiento, ama y se une a lo que el entendimiento ve.

Juntas y unidas estas potencias, sumergidas y anegadas en mi, pierde el cuerpo su sensibilidad, de modo que el ojo, viendo, no ve; la lengua, ha-blando, no habia; la mano, palpando, no toca, y los pies, caminando, no avan-zan. Algunas veces, a causa de la abundancia del corazon se permitira que la lengua hable, para que se desahogue el corazon y para alabanza y gloria de mi nombre. Todos los miembros se hallan entorpecidos y ocupados por el senti-miento del amor. Por estos lazos estan sometidos a la razon y unidos por el afecto del alma, y casi contra su naturaleza, una vez que me piden a mi, el Padre eterno, ser separados del alma, y esta del cuerpo. Claman ante mi con el glorioso san Pablo: «jDesventurado de mi!; ^quien me desligara del cuerpo? Porque tengo una ley perversa que lucha contra el espiritu» (Rm 7,23-24).

[91] ... ¿Hay otra clase[34] que las lagrimas de los ojos? Si. Hay unas 11amadas lagrimas de fuego, esto es, de verdadero y santo deseo, el cual se rea-liza por medio del afecto del amor. Quisieran derretir su vida en llanto por aborrecimiento de si y para la salvation de las almas, y les parece que no pueden. Digo que estos tienen lagrimas de fuego, en las que el Espiritu Santo llora en mi presencia por ellos y por su projimo, es decir, mi divina caridad enciende al alma con su llama para que ofrezca anhelantes deseos en mi presencia, sin lagrimas en los ojos. Las llamo lagrimas de fuego, y por eso dije que el Espiritu Santo llora. No pudiendo hacerlo con las lagrimas, ofrece los deseos del llanto que su voluntad tiene por amor a mi. Aunque, si abren los ojos del entendimiento, veran que el Espiritu Santo llora por medio de todo servidor mio que derrama el perfume del santo deseo y de humilde y continuada oration ante mi. A esta clase parece referirse el glorioso san Pablo cuando dijo que el Espiritu Santo llora por vosotros ante mi, el Padre, «con llanto inenarrable» (Rm 8,26).

Ves, pues, que no es menor el fruto de las lagrimas de fuego que las de agua, sino que muchas veces es mayor en conformidad con la medida del amor. Por eso, tales almas no deben llegar a la turbacion de espiritu ni les debe parecer estar privadas de mi, ya que quieren las lagrimas, y no las pueden tener de la clase que desean. Deben desearlas con su voluntad con-cordada con la mia, dispuesta al si y al no, segun plazca a mi voluntad. Algunas veces permito que no tengan las lagrimas corporales para obligarlas a estar de continuo humilladas ante mi, saboreandome con perseverante oration y deseo. Porque, si obtuvieran lo que piden, no sacarian el provecho

34, Se entiende: clase de perfeccion

que creen, sino que se hallarian alegres de tener lo deseado y disminui-ria el afecto y deseo con que me lo pedian. Asi que yo, para que aumenten y no para que decrezcan, me niego a darles las lagrimas corporales y les doy las espirituales, es decir, solo las de corazon, llenas de fuego de mi divina caridad; de modo que en cualquier situation y momento seran gratas a mi, a fin de que el entendimiento, por el afecto y amor al objeto de mi Verdad eterna, no se cierre a la luz de la fe. Por eso soy yo el medico, y vosotros los enfermos, y doy a todos lo que es de necesidad e imprescindible para vuestra salvation y para aumentar la perfection en vuestra alma...

[92] ... Te he dicho que todas [las lagrimas] proceden del corazon; este las presenta a los ojos, habiendolas recogido del ardiente deseo. Como la madera verde que esta en el fuego llora agua a causa del calor, porque esta verde —si estuviera seca, no lloraria—, asi el corazon, reverdecido por la renovation que procede de la gracia, arranca de si la sequedad del amor propio, que hace arida al alma. El fuego, o ardoroso deseo, y las lagrimas se hallan unidos. Y como el deseo nunca termina ni se sacia en esta vida, sino que cuanto mas ama, menos le parece que ama, asi obra el santo deseo fundado en la caridad; a causa de el lloran los ojos.

Separada el alma del cuerpo y unida a mi, su fin, no por eso deja el de-seo de ansiarme, e igualmente a la caridad con el projimo, aunque esta ha en-trado en el alma como senora, llevando consigo el fruto de las demas virtudes. Cierto que el sufrimiento termina; sin embargo, si el alma me desea, me tendra de verdad, sin temor alguno a perder lo que tanto tiempo ha deseado. De este modo se fomenta el hambre y queda el hastio alejado de la saciedad y de sufrimiento por el hambre, porque alii no falta perfection alguna.

Vuestro deseo es infinito, pues de otro modo no tendria valor, y ninguna virtud tendria vida si yo fuese servido unicamente por una causa finita, ya que yo, Dios infinito, quiero ser servido por vosotros con algo infinito y no tener vosotros nada que yo no posea, a exception del afecto y deseo del alma. Por eso decia yo que la clase de lagrimas es infinita, y esto es cierto por el deseo infinito unido a las lagrimas. Las que salen del alma y del corazon quedan fuera, pero el afecto de la caridad ha tornado para si el fruto de ellas y las consume como el agua en el horno. No es que el agua se halle fuera del horno, sino que el calor del fuego la consume y la trae hacia si. Asi sucede al alma cuando esta unida. Gusta el fuego de mi divina caridad cuando ha salido de esta vida con el afecto de la caridad a mi y a su projimo y con el amor unitivo con que derrama las lagrimas. Mis servidores nunca dejan de ofrecer continuamente sus santos deseos y sus lagrimas sin sufrimiento. Ofrecen no lagrimas de los ojos, sino lagrimas del fuego del Espiritu Santo.

[140] Asi quedo prefigurado en el Antiguo Testamento cuando se pi-dio a Eliseo que resucitara al joven que estaba muerto. Pero el no fue, sino que mando a Guejazi con su cayado, ordenandole que lo pusiese sobre las espaldas del muchacho. Habiendo ido y cumplido lo que Eliseo le habia mandado, el muerto no resucito. Cuando vio Eliseo que no habia resuci-tado, fue el en persona, extendio sus miembros sobre los del muchacho y le insuflo siete veces en la boca. El muchacho respiro siete veces en serial de que habia resucitado. Esto fue figurado por Moises, a quien mande poner el baculo de la ley sobre el cadaver del genero humano, pero con ella no pudo obtener la vida. Envie entonces, prefigurado en Eliseo, al Verbo de mi unigenito Hijo, que extendio sus miembros sobre el hijo muerto por la union de la naturaleza divina unida a vuestra naturaleza humana. Se unio con todos los miembros de la naturaleza divina, o sea, con mi poder, con la sabiduria de mi Hijo y con la clemencia del Espiritu Santo, todo yo, Dios, abismo de la Trinidad, tomando la forma de vuestra naturaleza humana y uniendose a ella.

Despues de esta union que hizo el dulce y amoroso Verbo, corriendo como enamorado a la afrentosa muerte de cruz, se extendio sobre ella. Despues de esta union dio los siete dones del Espiritu Santo a aquel hijo muerto, dando aliento a la boca del deseo de su alma, arrancandole la muerte en el santo bautismo. Respiro dando seiiales de vida, arrojando asi los siete pecados mortales. Asi ha sido convertido en jardin adornado con dulces y suaves frutos. Es cierto que el hortelano de este jardin, o sea, el li-bre albedrio, puede dejarle que se vuelva salvaje o cultivarle, segun le plazca. Si siembra el veneno del amor a si mismo, de donde nacen los siete pecados principales y los demas que de el se derivan, entonces arroja los siete dones del Espiritu Santo y se priva de la virtud. En el no habra ya for-taleza, por hallarse debilitado; ni templanza ni prudencia, por haber per-dido la luz que usaba la razon; no tendra ni fe, ni esperanza, ni justicia, porque se ha hecho injusto; se fiara de las criaturas y no de mi, su Creador, carecera de caridad y piedad, por haberla echado de si con el amor a la propia fragilidad; se habra hecho cruel consigo mismo, y por eso no podra ser caritativo con el projimo; se hallara privado de todo lo bueno y habra caido en el mal supremo. ^Como reanimara su vida? Por el mismo Eliseo, o sea, en el Verbo encarnado, mi Hijo unigenito. ^De que modo? Este hortelano debe arrancar los cardos con energia —si no la tuviere, no lo podra conseguir— y debe correr con amor a conformarse con la doctrina de mi

Verdad, regandola con la sangre. Esta se la derrama el ministro sobre la cabeza en la confesion acompaiiada de la contrition de corazon, penitencia y proposito de no pecar mas.

Asi puede cultivar el jardin del alma mientras vive, pues terminada esta vida, no hay remedio alguno, como en otros lugares te he dicho.

[143] El alma se halla en estado de pecado mortal o en estado de gracia perfecta o imperfectamente. En cada uno de esos estados tiendo y doy mi ayuda con gran sabiduria, aunque de distintos modos, segun veo que la necesita. A los hombres del mundo que yacen en la muerte del pecado les despertare con el remordimiento de la conciencia o con traba-jos que sentira en el interior de su corazon de nuevas y diversas maneras. Estas son tantas que tu lengua no seria capaz de narrarlas. Muchas veces se apartan de la culpa de pecado mortal por razon de la duration de las penas y del remordimiento de conciencia que hay dentro del alma. Al-guna vez, porque yo siempre saco alguna rosa de entre vuestras espinas, concibiendo el corazon del hombre amor al pecado mortal o a la criatura por prescindir de mi voluntad, le privare del lugar y del tiempo, de manera que no podra hacer su voluntad. Mientras tanto, por el cansancio de la afliccion de corazon, adquirido por deficiencia suya, no puede satisfacer sus desordenados deseos, y vuelve en si con compuncion de corazon y remordimiento de conciencia y echa por tierra sus delirios. Se les puede correctamente Uamar «delirios», porque cree que ponen su afecto en algo, y cuando va a comprobarlos se encuentra con la nada. Algo, sin embargo, habia y hay en las criaturas que el amaba con misero amor; pero lo que de ellas sacaba era el vacio, pues el pecado es la nada. De este vacio, que es una espina que punza al alma, saco yo esta rosa para proveer a su salvation.

¿Que me obliga a hacerlo? No el, que no me busca ni me pide ayuda sino para su pecado, placeres, riqueza y position social; me obliga el amor, porque os ame antes de que existieseis; os ame inefablemente, sin ser co-rrespondido por vosotros. Me ha obligado a hacerlo el amor y la oration de mis servidores. El Espiritu Santo, servidor y dementia mia, les otorga el amor a mi y a su projimo, y ellos buscan con inestimable caridad la salvation de los demas, cuidandose de aplacar mi ira y atar las manos de mi justicia para que no descargue yo contra el. ¿Quien les hace suplicar? Mi divina providencia, pues atiendo a las necesidades de aquel muerto, porque he dicho que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

[144] ^Por que tengo a esta alma rodeada de tantos enemigos, en tanta pena y afliccion? No para que la tomen prisionera ni para que pierda la ri-queza de la gracia; lo hago para demostrarle mi providencia, a fin de que confie en mi y no en si, se levante de la pereza y se refugie en mi, su defensor. Soy padre benigno que procura su salvation. Lo hago para que se hu-mille y vea que ella por si misma no existe y que reconozca que su existen-cia y toda la gracia que hay en su ser proviene de mi, que soy su vida. (fComo reconoce esta vida y mi providencia en los combates? Recibiendo la gran liberation, pues no la dejo que este continuamente en ellos, sino que van y vienen segun veo que le son necesarios. Una vez le parecera hallarse en el infierno, y, sin ella hacer nada, se vera liberada y gustara de vida eterna. El alma permanece serena, toda inflamada de amoroso fuego. Lo que ve le parece que proclama a Dios por la consideration que hace entonces sobre mi providencia al ver que, sin haber ella hecho nada, sale no solo de ese infierno, sino que, por mi inestimable caridad, me volvi a soco-rrerla en su angustia en el tiempo oportuno, cuando ya casi no podia mas.

¿Por que, cuando se ejercitaba en la oration y otras cosas necesarias, no respondi con la luz, librandola de la oscuridad? Para que, siendo aun im-perfecta, no atribuyese a sus practicas lo que no era suyo. Ves, pues, que el imperfecto, por el ejercicio en los combates, llega a la perfection al experi-mentar en ellos mi providencia. Entonces creera en ella para lo sucesivo. Se lo he mostrado con la experiencia, y de ahi que haya concebido el amor per-fecto una vez conocida mi bondad y se haya elevado del amor imperfecto.

Utilizo tambien otra santa argucia para levantarla de la imperfection. Hare que conciba un amor particular a las criaturas, ademas del amor es-piritual comiin. Por medio de este amor ordenado que le he inspirado, arroja el desordenado con que amaba antes. Ves, por tanto, que es lo que erradica la imperfection. Pero atiende a otro medio amoroso; por el se muestra si me ama o no perfectamente. Se lo he dado con esa finalidad para que lo tuviese como sefial de conocerlo y para que lo demostrase. Si no lo conociera, no hallaria desagrado en si mismo y creeria que es suyo lo que procede de mi. De este modo lo conoce, pues te he dicho que el alma es aun imperfecta. No hay duda de que, siendo imperfecto el amor que me tiene, lo es tambien el que tiene a la criatura rational, porque la caridad perfecta con el projimo depende de la perfection de su caridad para conmigo; de modo que en la medida en que me ama perfecta o imperfecta-mente, ama, en la misma medida, a la criatura. ^Como lo conoce ella por este medio? De muchos modos. En cuanto quiera abrir los ojos del entendimiento, no pasara mucho tiempo sin que lo vea y experimente.

De la excelencia de estos perfectos

[147] j Oh, como han ordenado sus sentidos por la buena y dulce guar-dia que hizo el lib re albedrio en la puerta de la voluntad! Todos los sentidos forman una suavisima armonia que sale de la ciudad del alma, puesto que las puertas estan cerradas y abiertas. Cerrada se halla la voluntad al amor propio, y abierta a desear y amar mi honor y la dileccion al projimo. El entendimiento se halla cerrado para mirar desordenadamente las deli-cias, vanidades y miserias del mundo, y abierto con la luz enfocada al ob-jeto de mi voluntad. La memoria esta candada al recuerdo del mundo y de sus sentidos y abierta para recibir y para que a ella vuelva el recuerdo de mis beneficios. El afecto del alma experimenta entonces jubilo, y produce una melodia de templadas y sintonizadas cuerdas con la prudencia y la luz, logrando una musica para la gloria y alabanza de mi nombre.

En esta musica, en que estan sintonizadas las cuerdas de las potencias del alma, se hallan tambien acordes los pequenos sentidos e instrumentos corporales. Lo mismo que te dije, hablandote de los malos, que con ellos todas las cuerdas tocaban a muerto, pues recibian a los enemigos, asi estas suenan a vida recibiendo a los amigos, las verdaderas y reales virtudes: ha-cen uso de los instrumentos [de los sentidos] con buenas y santas obras. Cada miembro lleva a cabo el trabajo que se le ha encomendado, cada uno con la perfection correspondiente a su importancia: los ojos, el suyo de ver; los oidos, oyendo; el olfato, percibiendo el olor; el gusto, paladeando; la lengua, con el habia; el tacto, con las manos y las obras; y los pies, caminando. Todos concuerdan en unica armonia para servir a la alabanza y gloria de mi nombre, y al alma con buenas, santas y virtuosas obras, obedientes al alma, respondiendo como instrumentos. Me son agradables, como a los angeles y a los bienaventurados, que con gran gozo y alegria es-peran participar en conjunto de la felicidad. Lo quiera el mundo o no, los malvados no pueden menos de sentir complacencia en esta armonia, y son muchisimos los que quedan presos en este anzuelo e instrumento y se apar-tan de la muerte y vienen a la vida.

Todos los santos han pescado a las almas por este medio. El primero que se sirvio de esta armonia fue el dulce y amoroso Verbo tomando vuestra hu-manidad, y con ella, unida a la divinidad, produjo la dulce musica sobre la cruz, tomo a los hijos del genero humano, aprisiono al demonio y le quito el dominio que por tanto tiempo habia tenido a causa de la culpa. Todos vo-sotros componeis una musica aprendiendo del Maestro. De El lo hicieron los apostoles, sembrando su palabra por todo el mundo; los martires, los

confesores, los doctores y las virgenes, todos pescaban con esa musica. Mira a la gloriosa virgen Ursula, que hizo sonar tan dulcemente su instrumento, que solo de virgenes capturo once mil, y muchos mas, cautivados por la misma armonia. Y asi todos los demas; unos de un modo, otros de otro. <jCual fue la causa de esto? Mi infinita providencia, que determino darles los medios y el modo de producir esa armonia. Lo que yo doy y permito en esta vida les sirve para perfeccionar el instrumento, si ellos lo quieren aceptar y se privan de la luz del amor propio, del placer y de su propio parecer.

SIMON DE CASCINA

Se sabe que en 1381 fue, en Pisa, prior del convento de Santa Catalina, y que escribio muchas obras en latin y en lengua vulgar. Murio en torno a 1412. A Arrigo Levasti se debe la publication de algunos pasajes del *Colo-quio espiritual,* escrito en 1391.

DEL «COLOQUIO ESPIRITU AL»

El rapto

CATALINA: Te ruego que me expliques cual es el tercer cielo al que fue arrebatado san Pablo.

SIMON: Podemos decir que el primer cielo es aereo; el segundo es el estrellado; el tercero, el empireo. O, si queremos, el primero es el estrellado; el segundo, el cristalino, o de agua, que esta encima; el tercero, el empireo, al cual fue arrebatado san Pablo. No es que viese semejanza de cosas temporales. Dicese contemplation de rapto porque ese es el lu-gar de los bienaventurados. Tambien se puede decir y entender que el primer cielo es la vision de las cosas corporales con los ojos del cuerpo; el segundo, la vision imaginaria; el tercero, la vision intelectual. Cabe decir, asi mismo, que el primer cielo es la cognition de los cuerpos ce-lestiales, el segundo la cognition de los espiritus, el tercero la cognition de Dios.

HERMANITO: Soy de otra opinion acerca de este rapto, sobre como sube el alma al tercer cielo; por eso, estate, Catalina, atenta. Creo que al primer cielo se sube por trabajos de humildad, al segundo por efecto de la compasion, al tercero por un exceso de contemplation. ¿Quieres saber

como sube el alma al primer cielo? Sabete, en primer lugar, que la sabi-duria increada lo ensena ilustrando la razon, y atiende al modo en que, viendo la increada sabiduria la razon abatida por la carnalidad, cauti-vada por el pecado, ciega por la ignorancia, dada solo a cosas de fuera, con clemencia la toma, con potencia [la] levanta, con prudencia le ensena y, atrayendola adentro, la hace ser de si misma juez, fiscal y testigo, y, una vez sometida a examen con diligente inquisition, le ensena a su-bir al primer cielo de la profundisima humildad. Despues viene el Espiritu Santo, y, viendo la voluntad corrompida con venenosos apetitos mortiferos, se digna visitarla y, halagandola, le muestra el esplendor de la razon, para que con su vida lo purifique, con afecto lo encienda; la hace misericordiosa y, con uncion de gracia celestial, la extiende y atrae final-mente a la dileccion de los enemigos, y asi le ensena a subir al espacioso cielo segundo. Ilustrada la razon con perfectisima caridad, y colmada de humildad, y encendida con fuego de dileccion, el alma llega a ser sin mancha y sin arruga alguna; por eso el sumo Padre la arrebata y atrae a si, y como a gloriosa esposa se le une y enlaza; no le deja ya pensar en si misma ni en el projimo, sino que solo le hace pacer en la contemplation de la divinidad inefable, y le colma la memoria de cosas invisibles y ex-celsas. Este es el tercer cielo, al cual creo que fue arrebatado san Pablo, y asi es posible que fuera arrebatado poco ha el espiritu de esta mujer. Y me confirma en esta opinion el hecho de que, despues de que ella hubo dicho tres veces «he aqui», fue inmediatamente arrebatada; tal vez fue que entonces vio a la persona del Hijo, y por eso dijo una vez: «He aqui»; vio a la persona del Espiritu Santo cuando dijo la segunda vez: «He aqui»; vio a la del Padre cuando la tercera vez anadio: «He aqui». Y entonces vimos que desfallecio y fue arrebatada...

MONJITA: ...Eliminemos de nosotros toda herrumbre y toda mancha de cogitation cruel o perversa; desarraiguemonos del centro y, volando a la circunferencia, habitemos en el cielo empireo; tomemos alia bienaven-turados y angeles; hagamos alia nuestras ricas casas y magnificos pala-cios; reunamos alia tesoros, compremos posesiones y adornemonos con preciosos vestidos, gemas preciosas, oro, plata y joyas: multipli-quemos alia, donde la astuta malicia [no] robara, ni la poderosa tirania quitara, ni seremos en modo alguno despojados ni echados. Corramos, espiritus mios, corramos, traspasemos los solidos cielos y las estrellas menores, y Ueguemos [a la] que de toda luminaria es luz, y sobre todas las demas sin comparacion resplandece. Veremos al Padre que es luz, al Hijo que es resplandor, y al Espiritu Santo que es calor diversificarse

en personas, y la esencia ser una. Manteneos firmes, espiritus mios, yo os siento temblar y caer por los rayos desmesurados que os deslum-bran. Estad con los ojos abiertos, y fortaleceos en esta luminaria; ob-servad la mente divina, que, reflejandose en si misma, y pensandose a si misma, engendra al Hijo. Observad el amor con el cual el Padre ama al Hijo, y el Hijo al Padre, y el Santo Espiritu procedente de ambos; mirad fijamente y vereis al Verbo, al que la mente da acogida, que no se aparta de ella, pese a revestirse de cuerpo y con ese cuerpo estar ve-lado bajo estos accidentes. Vosotros me abandonais, oh intelectuales espiritus mios, no podeis mantener el ardor, caeis a tierra porque el cuerpo al cual habeis vuelto os encierra entre sus tenebrosas prisiones. Poco ha se presentaban las cosas magnificas y excelsas, que los humos corporeos no os dejan referir. Estais deslumbrados, no veis ya, por lo cual no podeis recurrir la lengua, por eso esta quieta.

SAN LORENZO GIUSTINIANI

Nacio de antigua familia veneciana en 1380 o 1381. A los once aiios, como cuenta en *Fasciculum amoris,* se le aparecio una joven esplendida que se le ofrecio como esposa. Al preguntarle su nombre, ella respondio: «Sabiduria de Dios». El consintio en las nupcias, y se intercambiaron el beso de la paz.

Cuando su madre le quiso encontrar mujer terrena, el huyo de casa y se refugio en la congregation de los canonigos de San Jorge en Alga, y en 1433 llego a ser general de la orden. Mas tarde, por designation de Eugenio IV, fue obispo de Venecia. Murio en 1456, siendo primer patriarca de la ciudad.

Escribio: *Lignum vitae¥ De casto connubio verbi et animae¥ Fasciculum amoris; De interiori conflictu¥ De contemptu mundi¥ De incendio diviniamo-ris*$_y$ y otros tratados y sermones.

DE «EL CASTO CONNUBIO DEL VERBO Y EL ALMA»

[6] El horno prueba el oro, y el examen de la tentacion, a los justos (Sb 3,6). La tentacion es, sin duda, el camino para la perfection de la virtud, que no solo Ueva a termino al hombre, sino que tambien destapa los tesoros de la divina Providencia. En efecto, las obras de Dios son, a causa de su profundidad, incomprensibles en si mismas. ^Quien, pues, de no ser

probado por la tentacion, sabe indagar la medida de la vigilancia que des-pliega sobre el la divina Providencia? ^Quien, si lo entiende, no admirara el magisterio del Verbo en las tentaciones? La mente arde en anhelo de do-minio, ambiciona las dignidades, quiere ser elevada a los honores, pero pronto, por disposition de la divina Sabiduria, se le permite caer en algun delito evidente gracias al cual se evacua toda la tumefaction del hombre in-terior. El que es soberbio, y no soporta espontaneamente la confusion, con la humiliation dobla la cerviz. A menudo la carne arde con las concupis-cencias, es precipitadamente espoleada hacia la obra ilicita y, como un animal indomito, intenta arrojarse a las voluptuosidades venereas. De impro-viso, por dispensation de la sabiduria, la invade una gran languidez que debilita todo su vigor, enfria el calor de la medula, atenua la audacia, y asi, castigada por el latigo, no consigue ya oponerse al espiritu. Por eso el Profeta decia: «Mando un fuego a mis huesos y me instruyo» (Lm 1,13). «;Oh desmesura de las riquezas de la Sabiduria de Dios, que incomprensibles son sus juicios y que inescrutables sus caminos!» (Rm 11,33). Con el agua de la tentacion extingue el incendio de la lujuria, con el golpe inferido a la carne sana la herida de la mente, perpetrando el delito nutre la virtud de la humildad; hace brotar la salud de la enfermedad, de la pobreza la abun-dancia, de la tribulation la ciencia, del llanto la alegria, de la tentacion la luz de la divina Providencia. ^De quien son obra estas cosas? <;De quien una transformation tan admirable, sino de la diestra del Altisimo y de la Sabiduria que ensena? Todo lo dispone con su moderation, y a todas las cosas las fuerza a servir con su imperio. Manda segun su beneplacito a cada cosa como si fuese suya: levanta las cosas caidas, recoge las abyectas, abandona las fuertes, compone las confusas y derriba las altas, y sin embargo no hay nadie que pueda penetrar estas grandes obras de Dios com-prendiendo su porque. Se embota el entendimiento, la razon se afloja, la mente se ofusca, el alma permanece atontada, en la consideration de tales hechos es vencida toda sabiduria humana. Por medio de su Verbo, y en el, juzga Dios cada una de las cosas, ¿y quien sabra indagarlas? ¿Quien puede vislumbrar la luz sempiterna estan do en este cuerpo mortal?...

Se compadece de quien quiere y endurece a quien quiere, a este lo hu-milla y a aquel lo exalta, nunca injustamente... Basta que todos eviten tentar su propia debilidad para que queden sanos, y que no juzguen la voluntad de Dios para que no sean condenados. Optima medicina de la enfermedad humana es, en efecto, la tentacion. La luz de la humildad resplandece por el choque de la tentacion cuando al animo se le deja enterado de lo que el es. La humildad se alimenta del conocimiento de si. ¿como habria obtenido el

apostol Pedro noticia de si mejor que mediante la tentacion? Estaba todo confiado en si sin saber de si, pero, tentado por la criada, ante el temor de morir nego la verdad: tras haberlo mirado el Senor, recibio luz de luz, vio, reconocio, enrojecio, lloro amargamente. Lloro, diria yo, su delito, su igno-rancia, su flaqueza, y del azote de la tentacion obtuvo mucha mayor salud, que no de la ensenanza del maestro, de manera que la tentacion fue una amonestacion del maestro. Si buena es la tentacion, mejor es la instruction que de ella procede, porque permite distinguir los dones de la gracia de las utilidades de la naturaleza, abre los ojos para que reciban la luz de la sabiduria, para que no se ofusquen en la ignorancia de si. Perniciosa es la igno-rancia de uno mismo, y proclive a toda perversidad; mientras cree estar en pie, yace miserablemente... [El Esposo] confecciono un antidoto espiritual compuesto con la saliva, el vinagre, la hiel, la sangre, los azotes, la irrision, los oprobios, con el cual nuestras heridas, dolores, tentaciones y tormentos son medicados y se vuelven tolerables a causa del ejemplo del Salvador.

[7] De vueltas y mas vueltas... en la mente al amor de Dios por los hombres, a la humanidad de Cristo... y a la felicidad futura de los elegidos. Con la ayuda de la gracia, si perseverando siempre en ello se ocupa de estas cosas, mortificando el afecto voluptuoso del alma con el amor del Creador y con la suavidad de la patria celeste, se podra trocar el deleite de la carne en la jovialidad del espiritu, que es mas que gloriosa. Otro movimiento perni-cioso suele asaltar al soldado de Cristo sin instruction. Este, a causa de la consideration de la perfection, de la elevation de las virtudes y de la santi-dad de los padres del pasado, se vuelve pusilanime, atontado y frio. Se su-gestiona con la hostilidad de los enemigos, su sagacidad y fortaleza, y por otro lado con el numero de vicios que se han de debelar, con la gravedad del conflicto entre la carne y el espiritu, prolongado y sin consuelo, siendo desconocido para el el progreso del alma. Con estos pensamientos y tentaciones forma una acumulacion bajo la cual la mente afeminada se desespera, no ya de morir, sino de progresar. Y pasado este momento, y habiendose rendido la mente a la desesperacion de la pusilanimidad, ^ quien contara sus tentaciones desgarradoras y sus pensamientos desorbitantes? Ademas, piensa en las tareas singulares como sustancias muertas, indaga sobre lo que se hace en el mundo, en torno a lo que ella hace o habria podido hacer, me-dita con asidua meditation, esta encerrado en la celda con el cuerpo, pero con la mente (por llamarla asi) explora todo ambito del siglo. Quien esta agi-tado por tales revolvimientos es insensible a las alabanzas en las cosas divinas, y cuando quiere atender a Dios con el amor de la oration, esta mas bien

ocupado en pensamientos vanos y a veces hasta obscenos. Pierde todo el tiempo, ora hablando de cosas escurriles, ora haciendo disquisiciones de cosas inanes; esta extenuado por el ocio, aborrece de las vigilias, huye de los ayunos, no guarda el silencio, no tolera someterse a la disciplina de las cos-tumbres. Sucede por admirable juicio de Dios que, no queriendo molestarse en adquirir virtudes, se fatiga aun mas ociando y dormitando. Cree escapar a las tentaciones y se precipita en otras mas graves. De todas las tentaciones es esta la mas peligrosa, la de no ser tentados, por lo que el Profeta decia: «Ponme a prueba, Senor, y tientame» (Sal 26,2). El no ser tentados se debe atribuir, por lo general, a la ignavia o a la insensibilidad.

Los soldados honrados y generosos no descansan casi ni un instante; mientras que el hombre virtuoso es pacifico incluso en sus trabajos, quien deserta de la virtud padece trabajos incluso cuando descansa. Por eso quien desee hacer el camino de la presente peregrination, tome sobre si el yugo suave y ligero de la sabiduria, y atienda magnanimamente a combatir para obtener virtud. Tras la lucha sentira cual es el triunfo de la virtud, el merito y el goce suave. Quien haya enterrado bajo tierra el talento, sin ha-ber sacado de el fruto de ningun tipo, tema ser alejado, como indigno, del convite del esposo. La disciplina celeste es semejante al mar. En el nada puede resistir si no vive, pues todo lo que esta muerto o es inmundo es re-chazado a la orilla. Por eso dice el Apocalipsis: «Ojala fueses caliente o frio, pero como eres tibio, ni caliente ni frio, voy a vomitarte de mi boca» (Ap 3,15-16). [Ay de quien es vomitado por ser juzgado inepto para el Reino de Dios! Pues para Dios todo es posible.

Por eso, quien anhele esquivar estos perniciosos movimientos del ammo, y las tentaciones que de ahi provienen, de vueltas en el fondo de su mente a la acerbidad de la muerte, su hora incierta, el horrendo juicio de Dios, la eternidad de las penas del infierno y tambien su acerbidad. En efecto, por la enmienda podra alabar a Dios; redivivo por la resurrection, corregir su vida y participar en la verdadera resurrection.

[13] «Grande», dice el Profeta, «es el Senor, y grande su poder, su sabiduria es sin medida» (Sal 147,5). Como El es grande, sea asi el espacio de su morada. El corazon, no obstante, no se dilata por el espacio, por la altura ni por la anchura, sino por los deseos. Si ama poco, si no esta encendido por la grandeza de los deseos, es angosto e indigno de acoger el Verbo. ^Como sera digno del Verbo si no ama con todo el afecto? La caridad debe dilatarse con vehemencia tanto mas intensa, cuanto mas ha llegado a saber que Dios debe ser amado. El mismo numero de las criaturas grita cuanto se debe amar a Dios.

[14] El animo que conoce el amor comprende prudentemente por va-rios afectos cuando accede el Verbo al corazon pasando a el y cuando hace morada en el. Oh, ^cuantas veces, zarandeada por las tempestades de di-versas tentaciones, ofuscada por demasiada ceguera, ignora lo que hace? Entonces se ve afligida por el tedio, dominada por la tristeza, fatigada por la insensibilidad, y se siente oprimida mas alia de toda su virtud. Desga-rrada por innumerables pensamientos y por toda clase de tentaciones, como ciudad sin guardia y depredada por los enemigos... padece el ataque de las nequicias espirituales, de manera que, casi empujada al baratro de la desesperacion, o se precipita en la voragine de las voluptuosidades, aban-donado el freno de la templanza y el yugo del temor de Dios, o, llena de grandisima tristeza y herida con pena de corazon, piensa en retraerse del santo proposito que habia abrazado. Asi, estando la mente desprovista de todo socorro humano y sintiendo deshechas todas sus fuerzas, el enemigo que la acecha la engulliria del todo si no la socorriese la divina conmisera-cion. Irradiando de repente el esplendor del Verbo los penetrates del corazon, derritiendo los hielos de la insensibilidad, pone en fuga con su presencia a toda la caterva de espiritus inmundos que habia hecho irruption y comenzaba ya a aduenarse de la fortaleza. Nadie dude entonces de que ha llegado el Verbo. Solo Dios puede en un instante mudar el animo, re-parar las fuerzas, conculcar las fuerzas del aire...

¿A quien atribuir las idas y venidas, sino al Verbo? De el se habia en el Salmo: «^Quien soportara su frialdad? Pero emite su Verbo y la derrite, es-pira su espiritu y corren las aguas» (Sal 147,17-18). Las lagrimas se derra-man por la devotion de la mente.

[22] [El alma esposa] ama lo que ve, se arrima a lo que le gusta, quiere poseer para siempre lo que capta en la contemplation, y no duda de que sera dichosa si merece asociarse a los coros angelicos; por eso en sus deli-cias y alabanzas no deja de repetir lo que dijo Tobias: «Sere dichoso si los restos de mi semilla ven el esplendor de Jerusalen» (Tb 13,17). Cuando considera para si la razon de tanta alegria, piensa que proviene de los te-soros de la divinidad. Por eso, ferviente de amor y confiando en la caridad, lleva los ojos del entendimiento a la esencia de la Majestad divina, sobre como es ilimitada y poderosa, y admira las fruiciones que la colman, mas creyendo que reconociendo, De aqui surge el indecible e insatiable apetito de alabanza que, atrayendo a si cada dilecta virtud del animo, la aleja de los sentidos y, habiendola vuelto insensible a lo de fuera, la hace desorbi-tar interiormente con las delicias del Verbo.

Bibliografia

JEAN DE FECAMP
Cauta consideraxione per evitare i rapimenti del demone meridiano
Analecta monastica, a cargo de J. Leclercq, Studia Anselmiana, n° 20, Roma, Pontificio Istituto S. Anselmo, 1948.
SAN PEDRO DAMIAN
Patrologiae cursus completus, Series latina, a cargo de J. P. Migne, vols. **CXLIV-CXLV,** Paris, 1844-.
Vida de san Romualdo
San Pier Damiani, *Vita di san Romualdo ed altri scritti,* a cargo de G. Battelli, Monza, I. E. L, 1927.
GUILLERMO DE SAINT-THIERRY
Patrologiae cursus completus, Series latina, a cargo de J. P. Migne, vols. **CLXXX, CLXX-XIV-CLXXXV,** Paris, 1844-. *El espejo de la fe*
Guglielmo di Saint-Thierry, *Le miroir de la foi*y Bruges, Beyaert, 1946. Guglielmo di Saint-Thierry, *Le miroir de la foi,* a cargo de J. M. Dechanet, Sources Ch-retiennes, n° 223, Paris, Les Editions du Cerf, 1982. *Carta a los hermanos del Monte de Dios*
Guglielmo di Saint-Thierry, *Lettre aux freres du Mont-Dieu,* a cargo de J. M. Dechanet, Sources Chretiennes, n° 223, Paris, Les Editions du Cerf, 1975.

SAN BERNARDO DE CLARAVAL
La considerazione
Giovanni Maria Bertin, *I mistici medievali,* Milan, Garzanti, 1944 (trad, cast.: *Al papa Eugenio sobre la consideration,* en *Obras completas de San Bernardo,* vol. **IV,** Madrid, La
Editorial Catolica, 1983). *Lamore diDio* (trad, cast.: *Tratado sobre el amor de Dios,* Madrid, Alpuerto, 1997).
I *gradi deWumiltd e della superbia*
San Bernardo de Claraval, *De diligendo Deo ed altri opuscoli,* a cargo de L. Ajme, Alba, San Paolo, 1946 (trad, cast.: *Libro sobre el amor a Dios,* en *Obras completas de San Bernardo,* vol. **I,** Madrid, La Editorial Catolica, 1983).
HUGO DE SAN VICTOR
Patrologiae cur sus completus, Series latina, a cargo de J. P. Migne, vol. **CLXXVI,** Paris,
1844-.
J *sacramenti*
La medicina deWanima
Patrologiae cursus completus, Series latina, a cargo de **J.** P. Migne, vol. **CLXXV-CLXXVII,**
Paris, 1844-. *Larra deWanima*
Giovanni Maria Bertin, *I mistici medievali,* Milan, Garzanti, 1944.
HILDEGARDA DE BINGEN *Scivias*
Patrologiae cursus completus, Series latina, a cargo de J. P. Migne, vol. **CXCVII,** Paris,
1844-.
Libro delle op ere divine
Patrologiae cursus completus, Series latina, a cargo de J. P. Migne, **vol. CXCVII,** Paris,
1844-.
HONORIO DE AUTUN
Limmagine del mondo
II sigillo di Maria
La gemma deWanima
Patrologiae cursus completus, Series latina, a cargo de J. P. Migne, vol. **CLXXII,** Paris, 1844-.
RICARDO DE SAN VICTOR
Beniamino minore Beniamino maggiore
Patrologiae cursus completus, Series latina, a cargo de J. P Migne, vol. **CXCVI,** Paris, 1844-.
I *quattro gradi di carita appassionata*
Patrologiae cursus completus, Series latina, a cargo de J. P. Migne, vol. **CXCVI,** Paris,
1844-.
GUILLAUME D'AUBERIVE
Lettera a /rate Stefano
Analecta monastica, a cargo de J. Leclercq, Studia Anselmiana, n° 20, Roma, Pontificio

Istituto S. Anselmo, 1948.

JOAQUIN DE FIORE

Aforismi della «Concordia»

Gioacchino da Fiore, *Aforisimi e presagi,* a cargo de P. Boldini, Lanciano, Carabba, 1927.

ALBERTO MAGNO

Orazioni sui Vangeli per le domeniche delVanno

Alberto Magno, *Opera omnia,* a cargo de A. Borgnet, 38 vols., Paris, Vives, 1890-1899. *II sacramento deWamore, elevazioni sul misterio eucaristico,* Padua, Gregoriana, 1933
(1939).

EL HESICASMO NICEFORO EL HESICASTA

La sobrieta e la custodia del cuore

Patrologiae cursus completus, Series graeca, a cargo de J. P. Migne, vol. **CXLVH,** Paris, 1857-.

Das Herzensgebet. Mystik und Yoga, die Centurie der Monche Kallistus und Ignatius,
Munchen-Planegg, Barth, 1955. *Metodo della santa attenzione*

Das Herzensgebet. Mystik und Yoga, die Centurie der Monche Kallistus und Ignatius,
Munchen-Planegg, Barth, 1955.

SAN GREGORIO DEL SINAI

Capitoli in acrostico

Lesychia e i due modi della preghiera

Patrologiae cursus completus, Series graeca, a cargo de J. P. Migne, vol. **CL,** Paris, 1857-.

Das Herzensgebet. Mystik und Yoga, die Centurie der Monche Kallistus und Ignatius,
Munchen-Planegg, Barth, 1955.

IGNACIO Y CALIXTO

Centurie

Das Herzensgebet. Mystik und Yoga, die Centurie der Monche Kallistus und Ignatius, Miinchen-Planegg, Barth, 1955.

SIMEON EL NUEVO TE6LOGO

Capitoli pratici e teologici

Patrologiae cursus completus, Series graeca, a cargo de J. P. Migne, vol. **CXX,** Paris, 1857-. Simeone il Nuovo Teologo, *Chapitres theologiques, gnostiques et pratiques,* Sources Chretiennes, n° 51, Paris, Les Editions du Cerf, 1957.

NICETAS STETHATOS

DeWanima

La con temp lazione del paradiso

Niceta Stethatos, *Opuscules et lettres,* a cargo de J. Darrouzes, Sources Chretiennes, n° 81, Paris, Les Editions du Cerf, 1961.

NICOLAS CABASILAS

La vita in Cristo

Myrrha Lot-Borodine, *Un maitre de la spiritualite Byzantine au XIV siecle: Nicolas Ca-basilas,* Paris, L'Orante, 1958.

Nicolas Cabasilas, *La vie en Christ, 2* vols., Sources Chretiennes, n^{os} 355 y 361, Paris, Les Editions du Cerf, 1989-1990.
Patrologiae cursus completus, Series graeca, a cargo de J. P. Migne, vol. **CL,** Paris, 1857-.

EL MANIQUEISMO

Esame del catecumeno Inni manichei
A Manichaean Psalm-Book, a cargo de C. R. C. Allberry, Stuttgart, Kohlhammer, 1938. A. Adam, *Texte zum Manichdismus,* Berlin, De Gruyter & Co., 1969.

LA ORACION DOMINICANA FRAY TEODORICO DE APOLDA

I nove modi di pre gar e
Comepregava san Domenico, a cargo de I. Taurisano y A. Floris, Roma, 1947 (trad, cast.: *Los nueve modos de orar de Santo Domingo,* en *Santo Domingo de Guzman: fuentes para su conocimiento,* Madrid, La Editorial Catolica, 1987).

FRAY BARTOLOME DE M6DENA

I quattordici mo do di pre gar e
Come pregava san Domenico, a cargo de I. Taurisano y A. Floris, Roma, 1947 (trad, cast.: *Los nueve modos de orar de Santo Domingo,* en *Santo Domingo de Guzman: fuentes para su conocimiento,* Madrid, La Editorial Catolica, 1987).

EL PRIMER FRANCISCANISMO

Le mistiche nozze delheato Francesco con Madonna Poverta (trad, cast.: *Sacrum commercium o Alianza de san Francisco con dama Pohreza,* en *San Francisco de As is: escritos, biografias, documentos de la epoca,* Madrid, La Editorial Catolica, 1980). Arrigo Levasti, *Mistici del Duocento e del Trecento,* Milan, Rizzoli, 1935.

TOMÁS DE CELANO

Vita di san Francesco dAssisi
Tomas de Celano, *Vita di S. Francesco DAssisi,* a cargo de F. Casolini, Assisi, Porziun-cola, 1961 (trad, cast.: *Vida segunda,* en *San Francisco de Asis: escritos, biografias, documentos de la epoca,* Madrid, La Editorial Catolica, 1980).

HERMANO LEON

Specchio di perfezione
Hermano Leon, *Specchio di perfezione, ovvero leggenda antichissima di S. Francesco dAssisi,* a cargo de F. Tirinnanzi, Florencia, Libreria Editrice Fiorentina, 1923 (trad, cast.: *Espejo de perfection,* en *San Francisco de Asis: escritos, biografias, documentos de la epoca,* Madrid, La Editorial Catolica, 1980).

SAN ANTONIO DE PADUA

Sermoni
Parla il Santo di Padova, dottore della Chiesa, *a cargo de D. Scaramuzzi, Roma, Ferrari, 1946* (trad, cast.: *Sermones dominicales y festivos,* Murcia, Espigas y Azuzenas, 1995).

SAN BUENAVENTURA DE BAGNOREGIO

Le tre vie ovvero I'incendio d'amove (trad, cast.: *Las tres vias o Incendio de amor,* en *Obras de Buenaventura de Bagnoregio,* vol. **IV,** Madrid, La Editorial Catolica, 1947). *Opuscoli mistici,* a cargo de N. Rosadi y M. Sticco, Milan, Vita e Pensiero, 1956.

Itinerario della mente in Dio (trad, cast.: *Itinerario de la mente en Dios,* en *Obras de Buenaventura de Bagnoregio,* vol. **I,** Madrid, La Editorial Catolica, 1945). Giovani Maria Bertin, I *mistici medievali,* Milan, Garzanti, 1944.
II soliloquio o dei quattro esercizi men tali (trad, cast.: *Soliloquio o Los cuatro ejercicios men-tales,* en *Obras de Buenaventura de Bagnoregio,* vol. **IV,** Madrid, La Editorial Catolica, 1947).
Arrigo Levasti, *Mistici del Duecento e Trecento,* Milan, Rizzoli, 1935.
JACOPONE DE TODI
Laudi
Trattato
Detti
Jacopone da Todi, *Laudi, tratatto e detti,* a cargo de F. Ageno, Florencia, Le Monnier, 1953.
GIOVANNI DEI CAULI DA SAN GIMIGNANO
Meditazioni sulla vita di Cristo
Prosatori minori del Trecento, Scrittori di religione, a cargo de G. De Luca, Milan, Na-poles, Ricciardi, 1954.
BEATO EGIDIO DE ASIS
Vita del beato Egidio di Assisi Detti
Beato Egidio di Assisi, */ detti,* a cargo de N. Vian, Brescia, Morcelliana, 1933.
MARGARITA DE CORTONA
Giunta Bevegnati, *Leggenda della vita e dei miracoli di santa Margherita da Cortona,* a cargo de L. da Pelago, Monaldi, Roma, 1858.
ANGELA DE FOLIGNO
Frate Arnaldo, *II libro della beata Angela da Foligno*
II libro della beata Angela da Foligno, a cargo de M. Castiglione Humani, Roma, Signo-relli, 1950.
Versione di Cristina Campo
Angela de Foligno, *Le livre de l*experience des vrais fideles,* a cargo de M. J. Ferre, Paris, Droz, 1927.
II monte della santissima orazione
II monte della santissima orazione, a cargo de E. Cenni y P. Minutoli, Messina, Tipo-grafia Cristo Re, 1965.
SANTA HUMILDAD
Sermoni
Piero Zama, *Santa Umiltd, la vita e i «sermones»,* Florencia, Marzocco, 1943.
ROBERT DE BORON
San Graal: Prologo
Robert de Boron, *The History of the Holy Grail (Prologue),* en «Studies in Comparative Religion», 1974. *San Graal: La visione*
Testi romanzi raccolti da Giulio Sertoli, Moderna, 1939.
San Gral, a cargo de G. Bertoni, Modena, Societa Tipografica Modenense, 1939.
HADEWIJCH
Lettere
Hadewijch, *Cinque lettere,* a cargo de R. Guarnieri, Brescia, Morcelliana, 1950.
BEATRICE DI NAZARETH
/ sette gradini del santo amore «La vie spirituelle», 1929.

MATILDE VON MAGDEBURG
Rivelazioni
Mechtilde von Magdeburg, *Das fliessende Licht der Gottheit,* a cargo de M. Escherich, Berlin, Paetel, 1909.
MATILDE VON HACKEBORN
Johann Lansperg, *Vita*
Johann Lansperg, *Libro della spiritual gratia, delle rivelationi e visioni della beata Ma-tilde Vergine..., a* cargo de A. Ballardini, Gioliti, Venezia, 1589.
SANTA GERTRUDIS
Johann Lansperg, *Vita*
Johann Lansperg, *Libro della spiritual gratia, delle rivelationi e visioni della beata Ma tilde Vergine...,* a cargo de A. Ballardini, Gioliti, Venezia, 1589.
RAMON LLULL
Corpus christianorum, Continuatio mediaevalis, Turnholt, Brepols, vols. **XXXII-XXXIX,**
LXXV-LXXX y **CXI,** 1953-.
Libro delle meraviglie
Ramon Llull, *Libre de meravelles, 4* vols., Barcelona, Barcino, 1931-1934 (trad, cast.: *Felix o Maravillas del mundo,* en *Obras literarias de Ramon Llull,* Madrid, La Editorial Catolica, 1948).
Libro de los mil proverbios
Libro de Evast y de Blanquerna
Ramon Llull, *Llibre de Evast e Blanquerna,* 4 vols., Barcelona, Barcino, 1935-1954 (trad, cast.: *Libro de Evast y Blanquerna,* en *Obras literarias de Ramon Llull,* Madrid, La Editorial Catolica, 1948).
Libro del amigo y del amado
Ramon Llull, *Llibre d'amic e amat,* Barcelona, Barcino, 1927 (trad, cast.: *Libro del amigo y del amado,* en *Obras literarias de Ramon Llull,* Madrid, La Editorial Catolica, 1948). Ramon Llull, *Llibre d'Amich e Amat,* en *Libre de Evast e Blanquerna,* vol. **Ill,** Barcelona, Barcino, 1935-1954 (trad, cast.: *Libro del amigo y del amado,* en *Obras literarias de Ramon Llull,* Madrid, La Editorial Catolica, 1948).
DURANDO DE MENDE
Razionale degli uffici divini
Durando di Mende, *Razionale divinorum oficiorum,* Venecia, Imberti, 1609.
MARGARITA PORETE
Corpus christianorum¥ Continuatio mediaevalis, Turnholt, Brepols, 1953-*Specchio delle anime semplici* (trad, cast.: *El espejo de las almas simples. Hermana Katrei,* Barcelona, Icaria, 1995).
Prosatori minori del Trecento, Scrittori di religione, a cargo de G. De Luca, Milan, Na-poles, Ricciardi, 1954.
JAN VAN RUYSBROECK
Lornamento delle nozze spirituali
Jan van Ruysbroeck, *Lornamento delle nozze spirituali,* a cargo de D. Giuliotti, Lan-ciano, Carabba, 1916 (trad, cast.: *Adorno de las bodas espirituales,* Barcelona, Montaner y Simon, 1943).
Theologia germanica

Libretto della vita perfetta, d'ignoto tedesco del secolo XIV, a cargo de G. Prezzolini y P. Marrucchi, Napoles, Perrella, 1908.

MAESTRO ECKHART

La solitudine

La visione di Dio e la beatitudine

Giovanni Maria Bertin, *I mistici medievali,* Milan, Garzanti, 1944. *La nascita eterna*

Meister Eckhart, *La nascita eterna,* a cargo de G. Faggin, Florencia, Sansoni, 1953.

BEATO ENRIQUE SUSO

Libro della saggezza eterna

Enrico Suso, *II libro della saggeza eterna,* Milan, Bocca, 1942.

JUAN TAULERO

Lamore folle

Giovanni Maria Bertin, *I mistici medievali,* Milan, Garzanti, 1944. *Prediche*

Johann Tauler, *Prediche,* Milan, Bocca, 1942.

Johann Tauler, *Vom gottformigen Menschen,* a cargo de E A. Schmid Noerr, Stuttgart, Reclam, 1955.

Ausgewdhlte Predigten Johann Taulers, a cargo de L. Naumann, Berlin, De Gruyter, 1933.

SANTA BRIGIDA DE SUECIA

Celesti rivelazioni

Santa Brigida di Svezia, *Le celesti rivelazioni,* a cargo de A. Mancini, Milan, San Paolo, 1960.

SAN VICENTE FERRER

Prediche

Vicente Ferrer, *Sermons,* a cargo de J. Sanchis Sivera, 2 vols., Barcelona, Barcino, 1971.

Specchio deifrati predicatori

(Euvres de saint Vincent Ferrier, 2 vols., Paris, Picard, 1909 (trad, cast.: *Biografia y es-critos de san Vicente Ferrer, Tratado de la vida espiritual,* Madrid, La Editorial Catolica, 1956).

GERLAC PETERSZ

L'ardente soliloquio con Dio

Gerlac Petersz, *Lardente soliloquio con Dio,* a cargo de A. Levasti, Lanciano, Carabba, 1938.

JEAN LE CHARLIER DE GERSON

La teologia mistica

Jean le Charlier de Gerson, *De mystica theologia,* a cargo de A. Combes, Lugano, Thesaurus Mundi, 1958.

TOMÁS DE KEMPIS *Limitazione di Cristo*

Tomas de Kempis, *Della imimtazione di Cristo,* Milan, Aldo Martello, 1945; 1ª ed., Verona, 1785; 2ª ed., Turin, Pomba, 1828 (trad, cast.: *Imitation de Cristo,* Barcelona, Bruguera, 1974).

DIONISIO EL CARTUJANO

Sopra i quattro estremi avvenimenti deU'uomo

Dionigi il Certosino, *Sopra i quattro estremi avvenimenti deU'uomo,* a cargo de E

Plan-tedio, Venecia, Imberti, 1603.
La nuhe del no-saber
The Cloud of Unknowing and Other Treatises, a cargo de J. McCann, Londres, Burns, Oates & Washbourne, 1924 (trad, cast.: *La nube del no-saber y el libro de la orientation particular,* Madrid, San Pablo, 1981).
The Cloud of Unknowing, Harmondsworth, Penguin Books, 1961 (trad, cast.: *La nube del no-saber y el libro de la orientation particular,* Madrid, San Pablo, 1981).
El libro de la orientation particular
The Cloud of Unknowing and Other Treatises, a cargo de J. McCann, Londres, Burns, Oates & Washbourne, 1924 (trad, cast.: *La nube del no-saber y el libro de la orientation particular,* Madrid, San Pablo, 1981).
The Cloud of Unknowing, Harmondsworth, Penguin Books, 1961 (trad, cast.: *La nube del no-saber y el libro de la orientation particular,* Madrid, San Pablo, 1981).
RICHARD ROLLE
Lin cendio dell'amore
Richard Rolle, *The Fire of Love,* a cargo de C. Wolters, Harmondsworth, Penguin Books, 1972.
WALTER HILTON
La sea la di perfezione
Walter Hilton, *The Ladder of Perfection,* Harmondsworth, Penguin Books, 1988.
JULIANA DE NORWICH
Rivelazioni dell'amor divino
Julian of Norwich, *Le rivelazioni deWamor divino,* a cargo de P. Bottini, Studium, Roma, 1957
MARJERIE KEMPE
Libro di Marjerie Kempe
II libro Margery Kempe, a cargo de M. Castino, Fossano, Esperienze, 1970.
«Conoscenza Religiosa», n° 3, 1971.
BEATO GIORDANO DE PISA
Prediche fiorentine
Beato Giordano da Pisa, *Prediche scelte,* Florencia, Libreria Editrice Fiorentina, 1924.
DANTE ALIGHIERI
Divina Commedia
Dante Alighieri, *La Commedia, secondo Vantica vulgata,* a cargo de G. Petrocchi, 3 vols., Milan, Mondadori, 1967 (trad, cast.: *Divina Comedia,* 17ª ed., Madrid, Espasa Calpe,
1994).
JACOPO PASSAVANTI
Lo specchio della vera penitenza
Jacopo Passavanti, *Lo specchio di vera penitenza,* a cargo de M. Lenardon, Florencia, Libreria Editrice Fiorentina, 1925.
FRAY SILVESTRE BEATO
Detti
Prosatori minori del Trecento, Scrittori di religione, a cargo de G. De Luca,

Milan, Na-poles, Ricciardi, 1954.

SANTA CATALINA DE SIENA

Fra Raimondo da Capua, *Legenda major*

S. Caterina da Siena, vita scritta dal Beato Raimondo da Capua, Confessore della Santa, a cargo de G. Tinagli, 2ª ed. revisada y corregida, Siena, Cantagalli, 1952 (trad, cast.: *Obras de santa Catalina de Siena: El didlogo; Oraciones y soliloquios,* Madrid, La Editorial Catolica, 1980).

Lettere

Catalina de Siena, *Lettere,* a cargo de Niccolo Tommaseo, 4 vols., Florencia, Barbera,
1860.

Libro della divina dottrina

Catalina de Siena, *Libro della divina dottrina,* a cargo de M. Fiorilli, Bari, Laterza, 1912.

SIMON DE CASCINA

Colloquio spirituale

Arrigo Levasti, *Mistici del Duecento e Trecento,* Milan, Rizzoli, 1935.

SAN LORENZO GIUSTINIANI

77 *casto connubio del Verbo e deWanima*

Sancti Laurentii Justiniani opera omnia, 2 vols., Florencia, Olschki, 1982 (reimpresion de la edicion de Venecia, Albritius e Rosa, 1751).